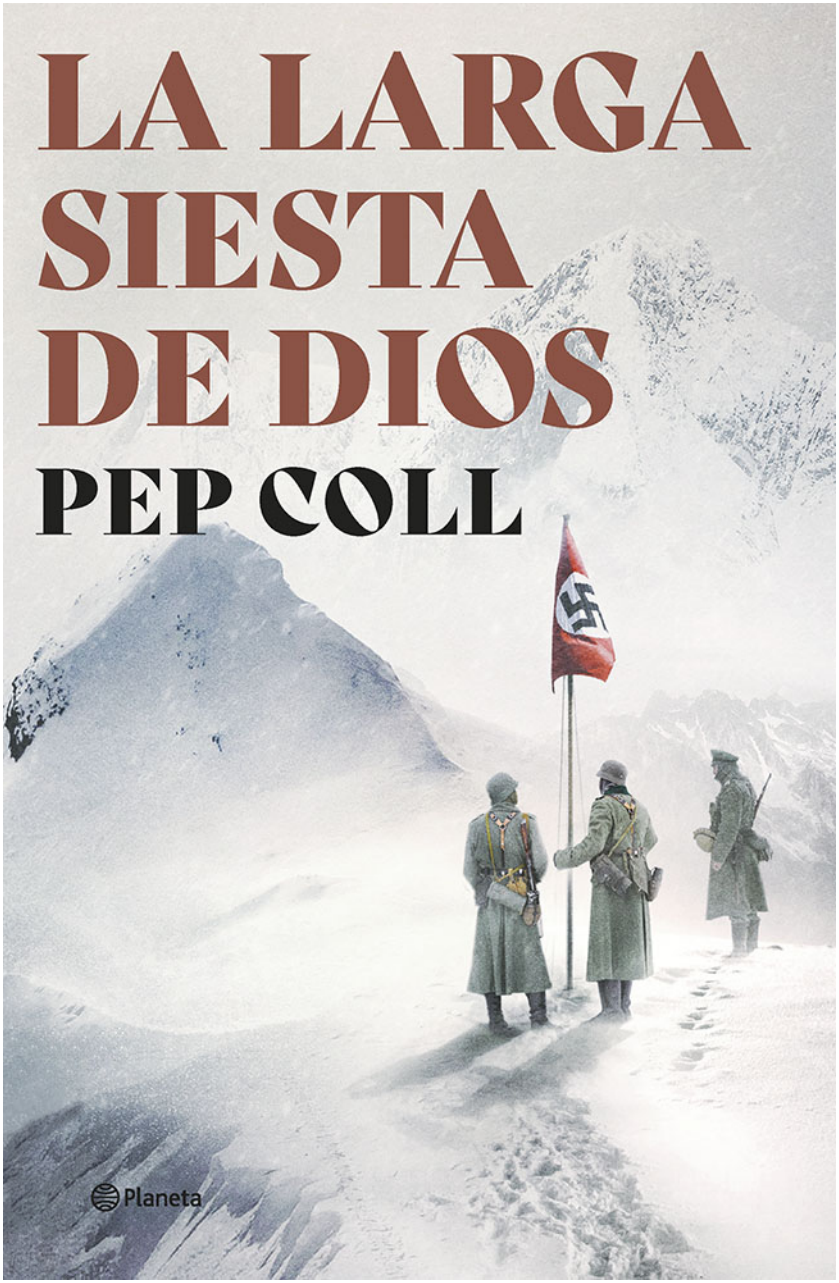
LA LARGA SIESTA DE DIOS

PEP COLL



Planeta

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
1. LIBRO DE SAMUEL SILVERSTEIN I
2. MAURICE DELAFONT
3. ENRIC CLOTET
4. LIBRO DE SAMUEL SILVERSTEIN II
5. RACHEL, HELMUT
6. ENRIC CLOTET
7. DANIEL
8. LIBRO DE SAMUEL SILVERSTEIN III
9. ENRIC CLOTET
10. HELMUT
11. LEVY
12. LIBRO DE SAMUEL SILVERSTEIN IV
13. PHILIPPE
14. DANIEL
15. RACHEL
16. LIBRO DE SAMUEL SILVERSTEIN V
17. THOMAS HEIDER
18. HELMUT, RACHEL
19. PHILIPPE, ENRIC CLOTET
20. LIBRO DE SAMUEL SILBERSTEIN V
21. DANIEL
22. ENRIC CLOTET, HELMUT
23. THOMAS HEIDER
24. LIBRO DE SAMUEL SILVERSTEIN VII
25. PHILIPPE, RACHEL

26. HELMUT, LEVY
27. DANIEL
28. LIBRO DE SAMUEL SILVERSTEIN VIII
29. MAURICE DELAFONT
30. HELMUT, LEVY, RACHEL
31. PHILIPPE
32. LIBRO DE SAMUEL SILVERSTEIN IX
33. DANIEL
34. THOMAS HEIDER
35. DANIEL
36. LIBRO DE SAMUEL SIVERSTEIN X
37. RACHEL Y CARMEN
38. THOMAS HEIDER
39. HELMUT
40. LIBRO DE SAMUEL SILVERSTEIN XI
41. THOMAS HEIDER
42. DANIEL
43. ENRIC CLOTET
44. LIBRO DE SAMUEL SILVERSTEIN XII
EPÍLOGO
FUENTES HISTÓRICAS
AGRADECIMIENTOS
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Francia, mayo de 1940. Samuel Silverstein, un transportista de origen judío, se encuentra atrapado dentro del éxodo de fugitivos que las tropas nazis empujan hacia el Midi. A resultas de un bombardeo de la Luftwaffe, Silverstein lo pierde todo y comienza una nueva vida como agente de una organización clandestina que trabaja para salvar a niños judíos, escondiéndolos en las zonas rurales. El trabajo de vendedor ambulante le facilita los movimientos por los pueblos y masías de los valles del Ariège. Pronto descubrirá un monasterio en ruinas donde sobreviven decenas de niños y adolescentes, bajo la amenaza constante de los gendarmes a las órdenes del gobierno de Vichy. Mientras la barbarie nazi arrasa Europa y los judíos esperan que Yahvé se despierte de una vez, atravesar los Pirineos parece la única opción de escape.

Pep Coll teje con traza, vigor y emoción una novela que, desgraciadamente, nos toca de cerca.

Una expedición condenada al fracaso.

Unos adolescentes huyendo de la barbarie.

Unas montañas demasiado altas para alcanzar la libertad.

La larga siesta de Dios

Pep Coll

Traducción de Javier Rodrigo Zudaire

Planeta

Para Petroska

1

LIBRO DE SAMUEL SILVERSTEIN I

En el séptimo año de su mandato, Adolf Hitler, canciller de los alemanes, hizo estallar sobre Europa la tempestad que el propio gobernante había ido fraguando desde su toma del poder por votación popular. En la primavera del año siguiente, su colosal ejército inició una guerra relámpago que en pocos días invadió Holanda, Bélgica y Luxemburgo. De inmediato, irrumpió con furia en Francia por la región boscosa de las Ardenas, lejos de la línea Maginot, donde lo aguardaba el ejército francés. La ciudad de Lille, capital del departamento del Norte, fue una de las primeras en recibir la embestida de los alemanes.

En aquel tiempo vivía en esta ciudad de Francia un hebreo íntegro y honrado entre sus contemporáneos, llamado Samuel Silverstein, hijo de Simon. Era propietario de una pequeña empresa de paquetería que disponía de almacén, dos operarios y una camioneta de transporte. El hombre vivía con una hija de diecisiete años que lo adoraba y con sus ancianos padres, de quienes cuidaba. Su esposa había muerto trece años atrás, en el trance de parto de un segundo hijo. Pese a la tragedia de perder en un solo día a su querida Abigaíl y la criatura que esta llevaba en su vientre, el viudo siguió caminando por sendas de justicia, mostrándose caritativo hacia los suyos, temeroso de Yavé y apartado del mal. Era conocedor de los libros sagrados, y muy especialmente de los seiscientos trece preceptos de la Torá, el mismo número que los granos de la granada, y procuraba cumplir todos aquellos que le afectaban como servidor del Dios de Israel, padre de familia,

empresario y ciudadano francés.

A primera hora de la mañana del lunes 27 de mayo de 1940, el transportista Silverstein cargó en el camión media docena de paquetes con la intención de entregarlos a su destinatario, un comerciante de ropa de Douai. La mercancía le había llegado al almacén el viernes por la tarde, el peor momento para un transportista hebreo que quiera cumplir con sus clientes, que en su mayoría son seguidores de la cruz. El día siguiente es el *sabbat*, en que Yavé descansó después de la construcción del mundo, y el precepto divino no solo los obliga a santificar el día, sino que prohíbe explícitamente viajar fuera de la población de residencia. Como si no hubiese suficientes trabas, al *sabbat* lo sigue el domingo, y aunque buena parte de los ciudadanos franceses no santifican mucho la fiesta semanal, la actividad comercial se paraliza. Así pues, el transportista pensó que el tendero querría disponer del género el lunes por la mañana cuando abriese su establecimiento. Y a pesar de los rumores de que las tropas alemanas estaban a las puertas de Lille y de las advertencias de su anciano padre, que intentaba hacerle entender que debían huir de los verdugos de la esvástica antes de que fuera demasiado tarde, puso en marcha el motor de su Ford en dirección a Douai, una población situada a cuarenta kilómetros al sur de Lille. Una vez entregada la mercancía al comerciante, dio media vuelta hacia casa sin entretenerse. En el entretanto, la carretera se había llenado de vehículos, carros y belgas y franceses a pie que huían en desbandada del ejército alemán y lo obligaban a detenerse continuamente y a avanzar a paso de tortuga.

A primera hora de la tarde, cuando finalmente circulaba por los arrabales de Lille, un gran número de explosiones y columnas de humo se elevaban por distintas partes de la ciudad. No era un bombardeo alemán, como él suponía, sino una alarma todavía peor. Las tropas francesas y las fuerzas expedicionarias británicas, incapaces de detener la furiosa embestida de los alemanes, habían huido en dirección a los puertos de Dunkerque con la esperanza de embarcar hacia Inglaterra. Y antes de abandonar la ciudad, habían prendido fuego a la central telefónica y hecho volar por los aires

otros edificios y lugares estratégicos para el enemigo.

Sus ancianos padres y su hija lo esperaban en el patio lateral de la casa hechos un manojo de nervios, rodeados de maletas y embalajes que habían empaquetado a lo largo de la mañana. Los mozos del almacén y el contable hacía ya mucho que se habían marchado. A pesar de las prisas por huir, una vez cargado el equipaje en la caja del camión, los cuatro se recogieron un momento para rezar juntos la plegaria del viajero. Aquella que dice: «Te pedimos, Señor nuestro y Dios de nuestros padres, que dirijas nuestros pasos y nos guíes para que lleguemos sanos y salvos a nuestro destino. Sálvanos del enemigo que nos acosa, del bandolero que nos asedia, de las bestias salvajes y de toda clase de calamidades que por el camino nos puedan sobrevenir. Bendito seas, Dios de Israel, tú que escuchas nuestra plegaria».

Los Silverstein abandonaron su ciudad ignorando cuál era el destino de su fuga. Compartían la incertidumbre con buena parte de las familias que avanzaban a su lado ocupando todo el ancho de la vía, a pie o en bicicleta, a lomos de un animal o montados en carros y vehículos motorizados. Huir hacia el sur era el único objetivo que tenían claro. Pernoctaron en la carretera y, a la mañana siguiente, se desviaron a la izquierda para tomar la dirección de Reims. En una población pequeña, no muy lejos de la histórica Ciudad de los Reyes, vivía una hermana de su difunta esposa, que se había casado con un gendarme. Tal como Samuel y sus ancianos padres más o menos temían, la cuñada los recibió con una frialdad que no disimulaba. Y su marido, el gendarme, tuvo la desfachatez de echarles en cara que si los buenos franceses huían como las ratas, nadie podría parar a los cabezas cuadradas. El anciano Silverstein le soltó:

—Parece que te olvidas de cómo nos tratan los nazis a los judíos. ¡Peor que a los animales!

El policía quiso excusarse:

—No lo decía por vosotros.

Un «vosotros» que quería dejar muy claro que ellos estaban al otro lado, el de los franceses de pura cepa. Como si a su cuñada, por el hecho de haber adoptado el apellido de su marido, se le

hubiese borrado cualquier rastro de sangre hebrea. El anciano Silverstein razonó para sus adentros: «Para ellos, nosotros solo somos unos invitados. Y los invitados son como el pescado, que pasados tres días apesta».

Así, pues, dos días más tarde reemprendieron el éxodo en dirección a París. Según les había asegurado el pariente policía, el ejército francés se concentraría en la región de la Isla de Francia para evitar que la capital cayese en manos del enemigo. No tardaron mucho en comprobar que no estaba bien informado. O quizá los había aconsejado de mala fe. Los franceses huían de París en procesión, igual que si la peste se hubiese apoderado de la ciudad. Mucho antes de llegar a la capital, tomaron una carretera comarcal que se desviaba en dirección sur y que cruzaba pueblos cada vez más pequeños, habitados por campesinos que azufraban la vid, segaban la hierba o apacentaban las vacas como si nada malo fuera a ocurrir.

Dos días después, una pista de tierra polvorienta y llena de baches los hizo desembocar en la carretera nacional de Orleans, donde se fundieron con la riada multicolor de personas, animales de compañía y ganado; de bicicletas, vehículos de motor, carros y artefactos rodados de todo tipo. Algunas familias iban a pie arrastrando maletas y bultos, perros y chiquillos. Habían salido de casa con la idea de coger el tren y habían encontrado la estación atascada por un hormiguero de viajeros que esperaban en vano conseguir billete. Los escasos trenes que aún podían circular por vías no bombardeadas por la aviación alemana se reservaban al ejército. Aferrado al volante de su Ford, Samuel se abría paso a bocinazos para adelantarlos e ir avanzando. Por encima de la tristeza y la rabia de tener que abandonar su casa, su ciudad y su negocio, los Silverstein podían sentirse afortunados entre la miserable desbandada de fugitivos. Aparte de alejarse más deprisa del enemigo que les pisaba los talones, llevaban consigo ropa, dinero y provisiones suficientes para sobrevivir algunos meses. Padre e hijo iban sentados en la cabina mientras que las mujeres viajaban cómodamente echadas encima de los bultos y jergones de la caja, equipada con un toldo que las protegía del polvo, del sol

rabiosamente joven de principios de junio y de las miradas y las súplicas de los que iban a pie, quienes les imploraban un lugar en la caja, al menos para la criatura que llevaban en brazos. Tampoco tenían que preocuparse por si en la próxima población encontrarían una habitación donde pasar la noche, puesto que la caja era una cama lo bastante ancha como para acoger a los cuatro.

El mayor quebradero de cabeza del chófer era la gasolina, que cada día era más cara y más escasa. En todo Orleans no quedaba una gota en ninguna parte. Ese éxodo imprevisto y de dimensiones bíblicas procedente de París, del norte de Francia y de más arriba del mapa lo había arrasado todo. A la salida de la ciudad, una patrulla de militares que repartían rancho a la sombra de unos plátanos le indicaron una población próxima del valle del Loira, alejada de la carretera principal, donde cabía la posibilidad de encontrar gasolina. Antes de llegar al desvío esperado, el motor del Ford dijo basta. Samuel bajó a la cuneta con dos garrafas vacías en las manos y se alejó campo a través para ir más rápido.

Hacía cosa de media hora que resoplaba empapado de sudor por una vía estrecha y solitaria cuando oyó a su espalda un ruido estrepitoso. De la parte de Orleans había aparecido una escuadrilla de aviones alemanes que emprendía un vuelo rasante y amenazador por encima de la carretera nacional. De repente, empezaban a disparar contra los fugitivos. El bombardeo fue visto y no visto. Enseguida la formación de Stukas giró en dirección levante y poco después se fundía en el cielo limpio y primaveral dejando detrás de sí un panorama caótico de gritos y gemidos, humaredas y carreras. Samuel dio media vuelta hacia los suyos atormentado por un presentimiento que se iba confirmando a medida que se acercaba, pues el tramo de carretera bombardeado estaba lleno de camiones y coches humeantes. Los aviones solo buscaban los vehículos, comprendió entonces. Por suerte, su Ford no se veía entre la humareda. Hasta que se fijó en una cabina de color crema estampada contra el tronco de un chopo a diez o doce metros de la calzada: era la delantera de su camioneta, abollada y con las puertas abiertas de par en par. La explosión la había proyectado al campo después de arrancarla del armazón de la caja.

El viejo Silverstein no estaba dentro de la cabina ni por los campos de alrededor. En el lugar donde Samuel suponía que debía de estar la caja cubierta con el toldo, la bomba había abierto un agujero en el asfalto, rodeado de bultos que ardían. Al otro lado de lo que había sido la carretera, se veía el esqueleto del remolque. El humo desprendía una chamusquina espesa e irrespirable, mezcla de alquitrán, de gasolina y de restos de animales, que obligaba a los fugitivos a dar un rodeo por los campos para evitar la carnicería. Solamente algunos se acercaban a Samuel, se interesaban por su desgracia, se ofrecían para lo que hiciera falta. Él, como si no los viese. Corría como un poseso de una humareda a otra gritando el nombre de sus familiares desaparecidos, hurgando con un trozo de chatarra en los desperdicios que ardían. No se percató tampoco de la presencia de un vehículo militar que había acudido diligente con la misión de limpiar la carretera. Cuando el suboficial que los mandaba se le acercó, él lo increpó con malos modos:

—¡Ahora venís! ¿Dónde estabais cuando han pasado los aviones? ¡Cobardes, más que cobardes! Repartir rancho a los ciudadanos a los que deberíais proteger y barrer los escombros de los destrozos. ¡Eso es lo único que sabéis hacer!

El militar, un brigada viejo con un bigotito fino y cara de malas pulgas, se retiró como si no lo hubiese oído, se volvió hacia sus subordinados y los abroncó por la lentitud con la que trabajaban. En cambio, a los gendarmes que llegaban a caballo por el otro extremo de la carretera no se los pudo sacar de encima tan fácilmente. Descabalgaron y mientras uno de ellos se encargaba de las caballerías, el otro lo abordó empuñando un lápiz y un pequeño cuaderno. Quería saber la marca y matrícula del camión siniestrado, cuántas personas viajaban en él, su nombre, edad y lugar de procedencia. Él respondió una por una las preguntas, después dijo:

—Quiero poner una denuncia. Han asesinado a tres personas inocentes.

El gendarme frunció las cejas:

—No le servirá de nada, señor. Esto es la guerra.

Samuel respondió con un precepto del Deuteronomio:

—También en la guerra se debe proceder de acuerdo con la ley.

—En las de antes quizá sí —concedió el gendarme—. La guerra de Hitler se lo ha cargado todo. Las leyes, los derechos más elementales de las personas. Lamento su desgracia, señor Silverstein. Lo ayudaremos a encontrar a sus familiares.

Habían acudido más soldados equipados con herramientas para reabrir la vía al tráfico. Cubrían los hoyos de las bombas, apartaban la chatarra hacia la cuneta, hurgaban en los desperdicios con palas y rastrillos en busca de restos humanos. Él se alejó hasta un grupo de árboles que se encontraban más allá de la cabina del camión, con la esperanza de localizar allí a su padre, desorientado o quizá herido. Quería creer que si en el momento de la explosión el viejo no se había movido de la cabina, si no se había ido a la caja con las mujeres, quizá se hubiera salvado. Ahora bien, bajo los chopos y otros árboles de ribera solo encontró matorrales con desperdicios y excrementos de los fugitivos. De vuelta en la carretera, el gendarme que lo había interrogado lo condujo ante la sábana donde habían ido poniendo los restos humanos que habían separado de las cenizas. Entre el montón de huesos y carnizas chamuscadas distinguió la mano con el anillo de su hija Ruth, tras lo cual cerró los ojos negándose a ver nada más. Y cuando el policía le preguntó si podía identificar a sus tres familiares desaparecidos, respondió que sí eran los tres, su padre, su madre y su hija, y que lo dejasen en paz y se largasen de una vez. Poco después, cuando el gendarme lo informó de que los enterrarían en el cementerio del pueblo vecino, les saltó como una langosta:

—¡Ni pensarlo! Son mis muertos y los enterraré donde yo quiera.

—No es posible, señor. La ley dice que los cadáveres...

Él lanzó un grito que hizo que los soldados que barrían la carretera levantaran los ojos del suelo:

—¡No me venga usted con leyes! ¿No me ha dicho antes que en esta guerra no hay leyes? ¡Dejen en paz a mis muertos! ¡A mis familiares que ustedes no han sabido proteger cuando estaban

vivos!

El gendarme consultó la situación con su compañero, que un poco más allá sujetaba a los caballos por el ronzal, impaciente por acudir a otro siniestro más urgente donde se les reclamaba:

—¿Qué hacemos con este pobre hombre? ¿Tú crees que hemos de hacer tantos trámites y papeles por un puñado de huesos?

El otro respondió:

—¡No perdamos más tiempo y que se los quede, con la condición de que los entierre ahora mismo en un margen de la carretera!

Poco después, el brigada de los basureros ordenaba a un par de soldados que cogiesen una pala y una azada y acompañasen al señor del camión quemado hasta una elevación del terreno que se divisaba a tiro de piedra desde la carretera. No tuvieron que cavar muy hondo para meter el hatillo, que no abultaba más que el cadáver de un niño. En el momento de introducirlos en el hoyo, Samuel empezó la plegaria del Kadish:

—Exaltado y santificado sea el gran nombre del Señor... —En este punto enmudeció consciente de que la oración fúnebre en un entierro mutilado como aquel no solo era inútil, sino una burla a sus queridos difuntos.

Una vez cubierta la tumba, mandó a los soldados a hacer la guerra de verdad, se sacó la camisa con movimientos bruscos y se tumbó sobre la frescura de la tierra removida. La cabeza le hervía, la sangre le latía en las sienes como si de un momento a otro le fuese a estallar. En medio del trasiego de la desgracia había perdido la gorra, y su cabeza, calva como un buitre, había cogido todo el sol de la jornada. Cuando el sol se hubo puesto cayó dormido. La insolación de caballo que había pillado, el cansancio y la quietud del lugar pudieron más que el dolor por sus muertos y la indignación contra el mundo y contra los hijos de Adán con uniforme que lo habitan.

La fiebre que lo enardecía lo arrancó de un primer sueño lleno de pesadillas. Se incorporó de medio cuerpo y levantó los ojos al cielo: miles de estrellas titilaban lejos de una luna delgada y

desvalida hundida hacia el horizonte. Entonces, con la misma voz airada y a la vez dolida con que se había dirigido a los militares y policías, Samuel Silverstein, hijo de Simon, increpó a las estrellas:

—Y tú, Dios de Israel, Dios de nuestros padres, ¿por qué no has detenido los aviones asesinos? Altísimo como eres, desde allá arriba, los has podido atalayar antes que nadie. Mi familia, todas las generaciones de Silverstein, te hemos sido fieles a lo largo de los siglos. El lunes pasado te pedimos protección antes de ponernos en camino. Grito y no me respondes. Estoy convencido de que me oyes. ¿Dónde estabas tú cuando los alemanes han arrojado las bombas?

Guardó silencio y aguzó los oídos por si acaso podía captar una respuesta semejante a la que Dios dirigió a Job. Aquella que dice: «Y tú, mortal desdichado, ¿dónde estabas cuando yo fundaba la Tierra?». Pero el hombre no oyó otra cosa que el rumor lejano del río y ese ruido incierto de las noches de verano que no se sabe si proviene de los insectos escondidos en los matorrales o si cae de las estrellas como una fina lluvia. Se puso en pie y siguió increpando al cielo con una voz cada vez más fuerte, decidida y contundente:

—¿Acaso son tus ojos demasiado puros para ver mi desgracia? Pues ahora gritaré tu nombre, Elohim, y otros nombres que nos has prohibido pronunciar a los humanos. Veamos si de este modo reaccionas de una vez. ¡Adonai Sabaoth! ¡Escucha bien lo que te digo! ¡Los Stukas de la Luftwaffe son más rápidos que el carro de Elías! ¡Más poderosos que todos tus ejércitos de pacotilla! ¿Callas como un muerto? También callabas hace trece años, cuando dejaste morir a mi querida Abigaíl y al hijo que llevaba en sus entrañas. Era el niño que debía dar continuidad a la estirpe Silverstein. De un solo tiro mataste dos pájaros. Me arrebataste a mi amor y al retoño de mi familia. Hoy con la bomba te has superado a ti mismo. No solo has matado a tres, sino que has destrozado los cuerpos para impedir que resuciten. ¡Tienes buena puntería, Yavé Sabaoth! Te felicito. Pues, ahora, mátame a mí también y acabarás de cubrirte de gloria. ¡Mátame a mí también, Adonai de los truenos! Solo me has dejado vivo para que sufra.

¡Mátame a mí también! —repetía Samuel Silverstein con los brazos tendidos hacia el cielo y los pies encima de sus difuntos, muertos por siempre. Se desgañitó lanzando improperios al cielo toda la noche hasta que se le gastó la voz. Entonces, cayó rendido. Yaciendo de bruces encima de la mullida tierra de la tumba se quedó completamente dormido, libre de pesadillas y de desazones.

Soñaba que Yavé le gritaba desde un nubarrón, hasta que abrió los ojos y oyó el rebuzno de un asno por encima del rumor de los caminantes. La carretera general también se había despertado. Deambuló por los alrededores del promontorio en busca de tres piedras, que fue colocando encima de la tumba, una al lado de otra. A continuación, se frotó la calva con un puñado de hierbas mojadas por el rocío y se encaminó hacia la carretera, bien derecho y sin mirar atrás, con la vaga idea de fundirse en la riada de miserables y huir bien lejos del maldito lugar de la tragedia.

No pudo evitar ver otra vez la cabina de su Ford, que seguía junto a la cuneta. Con la cabeza más fría, pensó: «Si no estuviésemos en guerra, ahora podría acudir a la aseguradora». Tenía contratada una póliza con una compañía de Bruselas que cubría todo tipo de siniestros. No obstante, ¿qué podía reclamar hoy con una Bélgica ocupada por los alemanes? La guerra total de Hitler había dejado sin efecto los pactos escritos. Mientras se acercaba a la cabina reparó en que los saqueadores habían cerrado las puertas y se habían llevado una de las ruedas, la del lado del conductor. Al ver que se movía alguien dentro de la cabina, cogió una piedra del suelo y la golpeó contra la carrocería. De dentro salió un niño de nueve o diez años, con la piel tostada y en el labio superior un corte abierto que le desfiguraba el rostro. El niño tartamudeaba con voz cavernosa y los ojos asustados:

—Señor, señor. Los ladrones le cogieron la rueda. Yo los eché. Me he quedado toda la noche haciendo guardia. Se lo juro, señor. ¡Me he quedado haciendo guardia!

«¡Date cuenta de qué tesoro me has guardado!», pensó él. Hasta que vio el maletín negro que el pequeño guardián sacaba de la cabina; entonces le dio un vuelco el corazón. Como el nubarrón oscuro de verano oculta un rato la visión del sol, así el desespero

de la desgracia, empañado por el berrinche con las autoridades de Francia y con el Dios de Israel, le había ocultado el recuerdo del maletín con el dinero y las joyas familiares que en la mañana de la huida su padre había escondido furtivamente dentro de la caja de herramientas de debajo del asiento. El viejo Silverstein siempre había sido un hombre desconfiado y previsor. Desde hacía unos meses, a la vista de la gravedad de los acontecimientos en Alemania, especialmente alarmantes para los judíos, el hombre había ido retirando dinero del banco y había invertido una parte en la adquisición de oro y de diamantes. Mientras Samuel inspeccionaba el maletín, el niño seguía balbuciendo con voz ronca:

—No he robado nada, señor. Se lo juro...

En efecto, en un primer vistazo no parecía que nadie hubiese metido mano en la caja. Una vez que hubo comprobado que encima de un montón de billetes grandes estaban el reloj de oro de su padre, el collar de perlas de su madre, la aguja de brillantes de su esposa y muchas cajitas y estuches, cerró de nuevo el maletín y, levantando la mirada hacia el pequeño guardián, le preguntó, a él y a sí mismo:

—¿Quién eres, extraña criatura? ¿Un ángel del cielo enviado por Dios? ¿O bien un demonio salido de las tinieblas?

El niño respondió:

—Tengo hambre, señor. Mucha hambre.

2

MAURICE DELAFONT

—¡Franceses! A petición del presidente de la República, asumo desde hoy...

La voz ronca del aparato de radio llega con interferencias continuas de marchas y de himnos militares a la salita comedor. El discurso que el mariscal Pétain dirige a la nación es uno de los pocos motivos lo bastante poderosos en este momento como para arrancar de la mesa al señor Delafont. La radio es cosa suya. Ni su esposa, ni menos aún la criada, están autorizadas a tocar el aparato. Solo para quitarle el polvo, claro está. De un salto se levanta de la silla con la boca llena de bacalao, un manjar delicioso hace tiempo desaparecido de las tiendas de Tolosa, y se vuelve hacia la cajonera presidida por el aparato. Ajusta el dial, sube el volumen y permanece de pie aguzando el oído:

—En estos dolorosos momentos pienso en los desventurados refugiados que en una pobreza extrema vagan por nuestras carreteras. Quiero expresarles mi afecto y consideración...

«La mayoría se marchan porque quieren», piensa el señor Delafont mientras engulle el bocado de bacalao un pelín demasiado fuerte de ajo. «Como un rebaño de ovejas, allí donde va una, van todas. ¡Ay, el pánico de las multitudes!»

—Con el corazón oprimido, hoy os digo que el combate debe cesar. Esta noche me he dirigido al adversario para preguntarle si estaría dispuesto a buscar, entre él y yo, entre soldados después de la lucha y sin perder el honor, los medios para poner fin a las hostilidades...

«Adversario», «preguntar», «poner fin a las hostilidades», repite mentalmente. Esas palabras ya le gustan más.

—Que todos los franceses formen piña con el Gobierno que yo presido durante estas arduas pruebas y que acallen la angustia para oír únicamente su fe en el destino de la patria.

«La fe en el destino de la patria», concluye para sí mismo el rentista Maurice Delafont. Apaga la radio, vuelve a la mesa y ataca de nuevo el plato sin decir palabra, a pesar de la mirada expectante de las mujeres (su esposa sentada frente a él, la criada plantada con las manos enlazadas descansando encima de la falda del uniforme). Finalmente, la señora se atreve a formular la pregunta:

—¿Qué ha dicho exactamente el Mariscal?

El señor sigue inclinado sobre el plato como si no hubiese oído nada, así que la criada opta por retirarse a la cocina. Entonces él la detiene con un grito:

—¡Espera un momento, Monique! Que a ti también te afecta. —Se seca los labios con la servilleta y resume—: Pétain ha pactado con Hitler. Los alemanes no llegarán a Tolosa ni nos bombardearán.

—¡Loado sea Dios! —exclama la criada—. Pétain es un hombre muy listo y razonable. Lástima que sea tan viejo. Imagínese, tiene la edad de mi padre, que en paz descanse. Que el buen Dios le conceda muchos años de vida.

—Ahora ya te puedes retirar.

Cuando la espalda gris de la criada ha desaparecido por la puerta del pequeño comedor, la esposa suelta un suspiro:

—¡Qué descanso, Maurice! Ya no tendremos que refugiarnos en Artiga. ¡Menudo trajín y cuántas incomodidades, Dios mío! Tener que pasar el verano en aquel convento en ruinas en la montaña. Sin agua corriente y tan lejos de casa.

—Eras tú quien quería ir, yo no pensaba moverme. Los alemanes son gente de orden y civilizada. En París no han hecho destrozos. Por tanto, en Tolosa harán lo mismo.

—Yo prefiero no verlos, Maurice. En la otra guerra mataron a mi hermano, nunca lo olvidaré. Pero en eso del orden y la seriedad

tienes razón. Me dan más miedo los españoles de Artiga que ellos. Los hombres, tanto el uno como el otro, son más comunistas que el mismo Stalin. En España desollaban a los curas. Por eso no pueden regresar.

Él sonríe:

—¡No hables mal de los españoles del convento! ¡Qué suerte hemos tenido con ellos!

El señor Delafont lo ha dicho sinceramente: ¡la suerte que han tenido con los españoles! La propiedad de Artiga era una herencia desastrosa, de esas que te aportan más disgustos que beneficios. Un viejo convento de frailes en ruinas rodeado por una veintena de hectáreas de bosque y de campos de cultivo, situado en el quinto pino de las montañas de Sent Gironç, a más de cien kilómetros de Tolosa. La capilla de san Dionisio y una parte de los edificios reconvertida en vivienda para los labradores de la masía eran las únicas construcciones que conservaban el tejado. El resto del convento se caía a pedazos. Su tatarabuelo había adquirido la finca en la época napoleónica, años después de que los Gobiernos revolucionarios se lo hubiesen expropiado a los frailes. Cuando él la heredó de su padre, hacía tiempo que los últimos arrendatarios habían marchado. «Sin luz eléctrica hoy no se puede vivir», le dijo uno de los pocos campesinos que mostraron interés en ir. «Si usted instala la luz, ahora mismo firmo el contrato.» Se gastó un dineral en una línea de postes desde Sent Pèire, el pueblo vecino, y al cabo de cinco años, cuando debía renovar el contrato, el campesino exigió agua corriente y un cuarto de baño. «La próxima vez me pedirá el teléfono —pensó—. No se conforman con cualquier cosa los campesinos de hoy. Esto será un diezmo sin freno.» Y se quedó sin trabajadores quince días antes de que el Gobierno movilizase a los hombres en edad militar.

He aquí, sin embargo, que el verano pasado apareció por allí como caída del cielo una familia de exiliados de la guerra de España dispuestos a vivir en Artiga y a trabajarle las tierras. Y sin trabas ni exigencias. De momento le han arreglado el tejado de la masía, cultivan una parte de la tierra y cada mes le pagan un alquiler de doscientos francos. Transcurrido un año, la finca ya

empieza a ser otra cosa, hasta el punto de que su mujer tiene intención de refugiarse allí si los cabezas cuadradas llegan a Tolosa. La única condición que los españoles pusieron fue que el contrato tuviese una duración de tres años. Provienen de la región de Cataluña, justo al otro lado de los Pirineos, y tan pronto como caiga el Gobierno fascista de Franco quieren volver zumbando a su país. Franco, ni más ni menos que el monaguillo más fiel de Hitler. Por el momento, con los alemanes desfilando victoriosos desde la frontera rusa hasta Hendaya, tiene el contrato asegurado durante años.

Las alegrías de los afortunados, igual que las correspondientes desgracias de los miserables, no acostumbran a presentarse solas. Justo quince días después de celebrar el providencial mandato de Pétain, Delafont espera la visita de una señora que, según le anticipó por teléfono, es la responsable de un orfanato de la Cruz Roja suiza. Y el motivo de la visita no es mendigar una donación para alimentar a los niños, sino un asunto relacionado con Artiga.

La criada abre la puerta del piso a la forastera y la acompaña hasta el comedor, un salón grande con un empapelado ostentoso que solo sirve para recibir a las visitas y para celebrar reuniones familiares. La deja ahí y le comunica que al señor le ha surgido un imprevisto a última hora, pero que no se preocupe, que intentará atenderla tan pronto como pueda. El rentista Delafont no tiene ningún asunto imprevisto. Y previstos, muy pocos. Quiere que la suiza tenga tiempo de admirar los cuadros y retratos familiares de las paredes y la larga mesa, maciza y suntuosa, rodeada de muebles de estilo Segundo Imperio. Que se vaya haciendo a la idea del gusto refinado y las raíces nobiliarias del señor con quien ha de tratar.

A los diez minutos, el hombre se encuentra ante una mujerona alta y robusta, de treinta y muchos, con una cartera de piel bajo el brazo. Lleva un vestido azul oscuro y unas gafas que le hacen aún más gruesa una cara sin maquillar y llena de pelos largos. El francés correcto pero con deje con el que lo saluda le hace suponer que es de la Suiza que habla alemán.

—Buenos días, señorita Inger. ¿En qué puedo servirle?

La mujer se presenta como la directora del orfanato Secours aux Enfants, una sección de la Cruz Roja suiza que acoge a niños de países en guerra. Sesenta y ocho críos en total y cinco adultos que cuidan de ellos.

—Franceses —supone él. Por las calles de Tolosa se ve a muchos niños abandonados mendigando limosna.

—También tenemos algunos franceses. Chiquillos desorientados que han perdido a sus padres durante la desbandada. Pero la mayoría de los nuestros son extranjeros.

—¿Polacos, quizá?

—Alemanes —dice ella—. De la ciudad de Colonia.

«Judíos, por supuesto —adivina el señor Delafont—. Si fuesen alemanes de verdad no habrían tenido que abandonar su país.»

—Por el momento, nos hemos establecido provisionalmente en Tolosa —prosigue la mujer—. Buscamos una casa en el campo ventilada, con sol y espacio para corretear. Y entre los lugares que hemos visto, está su monasterio abandonado de Artiga, cerca de Sent Gironç. La familia de españoles nos ha dado su dirección. Ellos no son ningún obstáculo para nosotros. Podrían continuar en la casa con los mismos acuerdos que tienen con usted. Nosotros ocuparíamos los edificios en torno al patio central.

El hombre se hace cruces por que piensen vivir en aquellas ruinas:

—Imagino que usted ha visto el estado en que se encuentra el convento.

La suiza asegura que es consciente de todo. De las antiguas construcciones en ruinas solo se podrían aprovechar las paredes maestras, pero dentro del zarzal hay sillares y piedras talladas, y ella cuenta con mano de obra abundante y barata. Además del señor Enric, el soltero de los españoles, que ha trabajado de albañil en su país, los chicos mayores de trece años quitarán las zarzas y luego ayudarán como peones. Saca de la cartera una hoja con el plano del monasterio y se incorpora para enseñárselo extendido en una punta de la mesa, encima de una madera barnizada poco acostumbrada a sostener platos y manteles. El croquis, dibujado a lápiz, muestra un cuadrado irregular con un cuadro pequeño en el

centro que representa el patio del claustro, abierto por el lado de mediodía por una portalada que da a los campos. El lado frontal, el que mira al norte, corresponde a la zona ocupada por los aparceros: la casa donde viven y la capilla con el establo adosado a la bóveda exterior del ábside. Los suizos tienen la intención de habilitar las construcciones en ruinas de las otras tres galerías del claustro. En el caso de que lleguen a un acuerdo, dentro de una semana se pondrán manos a la obra y comenzarán por el edificio que parece la sala capitular del monasterio, el que se encuentra en mejor estado. Prevén trasladarse hacia mediados de octubre; si no todos los internos, por lo menos una parte.

«Esta mujer no sabe lo que dice», piensa el propietario Delafont. ¡Cómo quieren reconstruir en poco más de tres meses un caserón que a los frailes les debió de costar erigir cientos de años! Pero, al fin y al cabo, si los suizos no terminan la obra, él tampoco tiene mucho que perder. Todo depende del trato:

—Y esta obra, señorita Inger, ¿cuánto me costará?

La señorita Inger ha echado cuentas. Considerando que se pueden aprovechar muchas piedras escuadradas y un montón de vigas viejas que se guardaban dentro de la capilla, los gastos en material pueden reducirse de forma considerable. Cemento, yeso, ladrillos y, sobre todo, madera y planchas metálicas para las cubiertas. Por lo que respecta a los gastos de personal, habría que pagar los jornales de seis operarios, contando al señor Enric. Y acto seguido le suelta sin rodeos las cantidades y condiciones. Le ofrece un alquiler de cuatrocientos francos al mes que empezarían a pagar a partir de noviembre, tanto si están acabadas las obras como si no. El contrato sería por tres años. A cambio, él, como propietario, tendría que hacerse cargo de los gastos, que entre material y sueldos ascenderían a la cantidad aproximada de doce mil francos.

—¡Es mucho dinero, señorita Inger! —exclama él mientras calcula que con un alquiler de cuatrocientos francos mensuales, en dos años y medio podría pagar la obra—. Usted comprenderá que semejante gasto en tiempo de guerra no es nada razonable. Está claro que se trata de una obra benéfica... Mire, señorita. Quiero ser generoso. Dejémoslo en cuatrocientos cincuenta francos.

Pero la mujerona es dura de pelar y no está dispuesta a regatear:

—Es mi propuesta, señor Delafont. Hemos visto otros lugares más cerca de Tolosa y de Foish, y en mejores condiciones. Podemos instalarnos en cualquiera de ellos mañana mismo. —Dobla el plano, lo mete en la cartera y se dirige hacia la puerta—. Piénselo y deme una respuesta en un par de días. Nos corre prisa.

—Lo consultaré con mi administrador —miente el señor Delafont. No quiere que la suiza se vaya sin haberle mostrado la joya artística de Artiga—. Espere un momento, señorita. ¿Ve aquella imagen? —Señala con la cabeza la cajonera de ébano decorada con incrustaciones florales, encima de la que se erige una figura decapitada de madera vieja—. Es la única pieza que se conserva del saqueo del monasterio durante la Revolución. La encontró casualmente mi padre, dentro de la capilla, medio cubierta de escombros. Representa a san Dionisio, el patrón del convento.

Ante la ignorancia de la suiza, le complace contarle que se trata de uno de los santos más antiguos e importantes de Francia. Vivió en tiempos de los romanos, trajo la religión cristina al país y fue obispo de París, donde se le tiene mucha devoción.

—¿Sabe qué tenía en las manos?

La mujer observa aquel vacío a la altura del vientre entre las manos medio carcomidas:

—¿Quizá un libro?

—Su cabeza, señorita Inger. Sostenía su propia cabeza. Cuando mi padre encontró la imagen, esta ya había desaparecido. Se podía poner y quitar del cuello. Tenía mucho valor, es una lástima que no se haya conservado. Dicen que cuando los verdugos le cortaron la cabeza, me refiero a la de carne y hueso, el santo la cogió del suelo y caminó tan tranquilo hasta la tumba que habían abierto.

—Pero ¿quiénes fueron los verdugos? —quiere saber la suiza —. ¿Los romanos o los franceses?

El señor Delafont no se espera la pregunta. Va a responder que los romanos, claro está. ¿Acaso no fueron los gobernadores de

la Galia los que persiguieron a los primeros cristianos? Pero no está del todo seguro. Podría consultarlo con la criada, experta en la vida y milagros de los santos franceses. Un toque de campanilla y Monique acudiría encantada de contar con pelos y señales el martirio glorioso de san Dionisio. No piensa hacerlo. No quiere quedar como un ignorante delante de la señorita Inger, de manera que responde lo que el corazón le dicta en ese momento:

—Los franceses, señorita. Le cortaron la cabeza los franceses. La mayoría eran unos salvajes que no querían abandonar sus supersticiones. —Y ante la mueca de la suiza apuntala su afirmación con razones que de pronto le vienen a la mente—. ¡Los franceses somos los inventores de la guillotina! Estos primitivos de la época de los romanos eran los antecesores de Robespierre. Después vendrían los que hoy se llaman bolcheviques.

La mujer, que ha dejado la cartera sobre la mesa, ya no parece tener tanta prisa:

—O sea, que los franceses antiguos cortaron la cabeza al santo. Y siglos después los revolucionarios de Robespierre quemaron la cabeza de madera.

Él se ve obligado a matizar:

—No es exactamente así, señorita. Nos consta que la imagen estaba entera en la capilla después de que pasase la llamarada de la Revolución. Fueron los campesinos del pueblo vecino de Sent Pèire los que la robaron. Una pandilla de ignorantes. Creían que la cabeza de madera tenía el poder de curar las jaquecas. Todos la querían y al final la hicieron trizas y se repartieron las astillas. Qué falta nos haría ahora en Francia una reliquia prodigiosa como esta.

Ella sonríe con indulgencia:

—La cabeza del santo los ayudaría a liberarse de los alemanes.

—No hable de liberar, señorita. Si ahora los alemanes se van de Francia, pueden suceder cosas peores.

—Pero ¿no son los alemanes los eternos enemigos de Francia?

El señor Delafont se siente tan cargado de razones sobre la conveniencia de la ocupación alemana que considera casi una obligación patriótica exponérselas a una extranjera culta con quien

probablemente deberá tener tratos:

—Entiendo que lo vea así, señorita. Usted es de Suiza, una nación pequeña, pacífica y sin colonias. Nosotros somos todo lo contrario. Los franceses queremos ser grandes, estamos bien armados y poseemos colonias por todo el mundo. Sin embargo, ¿sabe qué nos ocurre? Que la mayoría de los franceses llevan la revuelta en la sangre. Si tenemos una larga tradición colonial, la gente de bien debería aceptar que ahora nos toca a nosotros ser una colonia. Para evitar males mayores, ¿me entiende? Mire, se lo diré muy claro. En este momento yo me siento un argelino de orden que acepta ser gobernado por los franceses. —Viendo que la mujer sigue frunciendo las cejas, retoma los prodigios de la cabeza de san Dionisio—. Dejémoslo correr. Ustedes, los suizos, no tienen problemas de este estilo.

La mujer replica:

—Yo tengo uno muy grande, señor Delafont. —Coge aire y suelta un suspiro—. Encontrar un edificio donde poder instalar a sesenta y ocho criaturas antes de que llegue el invierno.

El señor Delafont le tiende la mano:

—Me sacrificaré lo que haga falta para que lleguemos a un acuerdo.

Cuando la forastera se ha alejado por el pasillo detrás de la criada, el hombre se deja caer en la butaca. ¡Quién habría dicho el rumbo que ha tomado la herencia ruinosa de Artiga en poco más de un año! La guerra de España envió a unos labradores estables y de fiar, y ahora la guerra de Francia con los alemanes convertirá las ruinas del convento en un hospicio de judíos pagado por los suizos. Españoles y judíos, extranjeros los unos y los otros, y, por lo tanto, culpables en buena parte del actual desastre militar de Francia. ¡Quién se podía esperar una cosa así!

3

ENRIC CLOTET

Las dos y media de la tarde. La señorita Inger golpea el vaso de aluminio con el mango del tenedor para reclamar atención. Su corpulencia desde la cabecera de la mesa hace enmudecer de golpe la alegre conversación de la veintena de comensales. Todos ellos, tanto el mocerío como los adultos, saben que la mujer solo abre la boca para dar órdenes y reñir. Cuando se dirige en alemán a sus chicos y chicas, Enric siempre piensa que le sentaría mejor el uniforme verde grisáceo de un oficial de la Wehrmacht que las faldas. Fue Daniel, un chico dócil que no hace mucho ruido, quien acertó el nombre que ha prosperado. «Si esto es un convento, ella es nuestra abadesa».

La nueva Abadesa de Artiga se yergue rápidamente con un movimiento brusco y nervioso que está a punto de descomponer la mesa improvisada, montada para la ocasión con tablones gruesos y rasposos de los andamios. Se aclara la voz y dice:

—Hablaré en francés para que me entendáis todos. Hemos acabado la obra dieciocho días más tarde de lo que estaba previsto. Pero la hemos acabado, y eso es lo importante. Como directora quiero dar las gracias en primer lugar a los señores Leclerc, Dubois y Carrère, de Sent Gironç. Todos ustedes han demostrado que son unos profesionales serios y competentes. También a los instructores voluntarios de la Cruz Roja; podríais estar en Suiza con vuestra familia y vuestros amigos, y en cambio os sacrificáis por nosotros. Gracias, Jean-Luc, gracias Raoul. No me olvido de vosotros, chicos y chicas de la casa. Habéis trabajado duro, los primeros en la obra,

las segundas en la cisterna y en la cocina. Por último, quiero agradecer la colaboración de los labradores españoles, especialmente el esfuerzo que ha hecho el señor Enric.

—¡Viva nuestro capataz español! —grita el más grandullón de los chicos. Y añade—: ¡El revolucionario que un día matará a Franco!

Enric sonríe incómodo y avergonzado por los elogios. Días después de haber cruzado la frontera, cuando vagaba por las calles de Foish oía en francés las expresiones «español», «comunista» o «revolucionario», pensaba que hablaban de una clase de gente que tenía poco que ver con él y su familia. Pronto reparó en que ellos también estaban incluidos, si bien ni él ni su hermano se consideraban revolucionarios, y menos aún comunistas. Hijos de una familia de campesinos de un pueblo de la Plana de Lleida, su hermano Ramon había heredado de sus abuelos las tierras de cultivo, de forma que el enemigo más poderoso al que había tenido que enfrentarse en su corta vida como pequeño propietario rural no era ningún cacique comarcal ni un burgués con chistera, sino los pelotones anarquistas de la CNT que en el verano del 36 pretendían requisarle los campos para colectivizarlos. Y Enric, que entonces trabajaba en la fábrica de azúcar a orillas del río Segre, era uno de los pocos obreros que se habían negado a afiliarse al sindicato comunista mayoritario entre los obreros. Ambos hermanos se habían unido al partido catalanista de Macià y Companys. Dos años y medio más tarde, cuando la llegada de los franquistas los obligó a largarse, Ramon era el alcalde del pueblo por Esquerra Republicana de Catalunya mientras él ejercía como delegado comarcal del partido republicano.

En sus primeros días en Francia también se le hacía raro que lo llamasen español. De hecho, él se entendía mejor con determinados franceses que con familias llegadas del sur o del interior de España. Una palabra en catalán pillada al azar mientras hacía cola en la panadería le hacía aguzar el oído; en cambio, las conversaciones en español, en aquellos días tan numerosas como las francesas, no le decían nada, como el que oye llover. Él se esforzaba en darle explicaciones a su interlocutor sobre su país de

origen, la lengua que hablaba, sus ideas catalanistas y republicanas. Pero era inútil. Los parientes franceses en cuya casa se alojaba podían entender la diferencia entre un comunista y un republicano; sin embargo, entre un español y un catalán no hubo manera. Para ellos era una tozudez sin pies ni cabeza. ¿Acaso no venís de España? ¿Acaso no tenéis el carné de identidad español? ¡Pues sois españoles y dejaos de puñetas! Desengañado de sus reacciones, aceptaba con resignación los calificativos que le atribuían.

—¡Que hable el español! ¡¡Que hable el español!! —vocean a coro sus jóvenes peones cada vez más animados.

No está nada acostumbrado a hablar en público, y menos aún en francés. Con todo, algo tiene que decir para calmarlos. Antes de ponerse de pie, aplasta nerviosamente el cigarrillo en el plato; después, balbucea mirándose las uñas:

—Ya lo ha dicho la directora: hemos podido terminar las obras con el esfuerzo de todos. Los fascistas derriban casas nuevas por toda Europa. Pues nosotros hemos reconstruido una muy vieja. Hemos tenido que superar un montón de dificultades: los calores del mes de julio, las tempestades y la lluvia, y otros tropiezos mayores que ya conocéis y que ahora no mencionaré. Pero al final lo hemos conseguido. ¡Gracias a todos!

Tropiezos mayores que ya conocen y ahora no mencionará, pero que él no ha olvidado. El día que empezaron las obras, cuando vio bajar de la camioneta de la Cruz Roja aquella patrulla de barbilampiños, armados con azadas y herramientas de corte que no sabían ni por dónde coger, se acordó del ejército miserable de la República española. Hacía apenas dos veranos unos mocosos como aquellos del reemplazo del biberón, reclutados para la batalla del Ebro, llegaban en camiones militares al cuartel de Espluga de Francolí. Tres meses después no quedaba ninguno vivo. La Abadesa no lo había prevenido sobre el carácter y el comportamiento de los chicos más problemáticos que iban a estar bajo sus órdenes. Solamente el instructor Jean-Luc lo había puesto mínimamente al corriente:

—Helmut es el líder natural del grupo —lo avisó el día antes

de empezar las obras—. Es el mayor, acaba de cumplir quince años, pero tiene la fuerza y corpulencia de un hombre y un temperamento que cuando se desboca puede resultar peligroso. No conviene que te pongas a malas con él. Levy es el otro gallito del grupo. Su padre es rabino y él se pasa el día rezando y leyendo la Torá. Déjalo que rece mientras no fastidie a sus compañeros.

No tardó muchos días en comprobarlo. Cuando llegó el sábado, Levy se negó a trabajar arguyendo que era el día sagrado de los judíos y no se podía hacer nada. Enric no supo qué responderle y el niño se pasó el día rumiando oraciones y rascándose la tripa. Por la tarde, cuando la Abadesa volvió de Tolosa para llevárselos, se enfrentó con él:

—Estamos en Francia y aquí los sábados se trabaja. Quien no lo hace es un gandul.

El chico explicó sus razones celestiales:

—El ángel que habla en mí me dice que debo santificar el sábado. —Y propuso un cambio—: Me quedo a dormir aquí y mañana trabajaré todo el día. Lo prometo.

La mujer no se lo permitió. Lo amenazó con que si el próximo sábado volvía a hacer huelga, se quedaría sin comer ni cenar. Así pues, que eligiese él mismo. Y el hijo del rabino, tozudo como una mula, prefirió santificar el *sabbat* con la tripa vacía.

Ese no fue el único ni el peor incidente con el chico devoto. Una mañana en que una de las chicas bombeaba agua de la cisterna, él se le había acercado por detrás y le había levantado las faldas hasta la cabeza gritando:

—¡Enséñanos el culo a todos! ¡Puta, más que puta!

La chica reaccionó vaciándole el cubo en la cabeza al mismo tiempo que el grandullón Helmut saltaba del andamio y se abalanzaba sobre el agresor. Si Enric no hubiera intervenido, le habría aplastado la cabeza con una piedra. Pero el mal ya estaba hecho. El agua del cubo estaba sucia de yeso y el mocoso se frotaba los ojos gimoteando que no veía, que la mala puta de Yvonne lo había cegado. Enric temía que el yeso le hubiese quemado los ojos. Aunque la cosa no era grave, tuvieron que llevarlo al médico a Sent Gironç. Otro día de trabajo perdido.

La Abadesa se levanta de la mesa, hace un gesto enérgico con los brazos para indicar que la fiesta de celebración se ha acabado y se acerca al lugar donde está sentado Enric. Él saca las piernas del banco y se pone de pie para atenderla:

—Me llevo a los chicos, señor Enric; mañana por la mañana deben cargar los muebles. Quedan muchas cosas por hacer, ya lo ve. La más urgente, la instalación de los depósitos de agua en la cocina y en las letrinas. Me gustaría contar con usted otro mes como mínimo, pero no le aseguro que podamos pagarle lo mismo que de albañil.

Es la propuesta que él esperaba:

—Puede contar conmigo, señorita Inger. Nos pondremos de acuerdo en el precio, no tema.

Mientras la mujer convoca a los chicos y se los lleva hacia la camioneta, piensa que eso de trabajar como quien dice desde casa y en una faena que le gusta bastante no tiene precio, aunque deba soportar a una capataza inflexible, rigurosa y distante como la Abadesa. Además, a partir de mañana la mujer estará todo el día en el convento. Se pregunta si, como ha hecho hasta ahora, cada lunes a primera hora de la mañana le mostrará una hoja con casillas en que se especifican las tareas de la jornada con las horas y minutos previstos para realizarlas. A él le da lo mismo, el caso es que no tendrá que guadañar la hierba ni sembrar el maíz ni ir todo el santo día detrás del trasero de las vacas. Siempre ha detestado las labores del campo; de joven solo pensaba en huir del pueblo. A los dieciséis años entró de aprendiz en la azucarera a orillas del Segre. Allí realizaba trabajos de mantenimiento: rehacer una pared, arreglar una ventana, soldar una tubería y otras tareas parecidas. Y en Francia, dentro de lo que cabe, aún había tenido suerte.

En febrero del 39, cuando los fascistas invadieron Cataluña y tuvo que huir con la familia de su hermano, unos parientes lejanos de Foish les ahorraron las penalidades y los maltratos de los campos de concentración improvisados por el Gobierno francés. Sin embargo, no podían abusar de la generosidad de sus familiares. Además, los gendarmes iban detrás de los desocupados para apuntarlos en la Compañía de Trabajadores Extranjeros. La cuñada

y los niños se quedaban en casa mientras él y su hermano recorrían los pueblos y masías de los valles próximos a la frontera en busca de un payés que quisiese contratarlos de jornaleros, de una granja, de una masía libre donde establecerse. Y así fue como un buen día que inspeccionaban el pequeño valle del río Arac toparon, en una zona soleada de la parte baja de la ribera conocida como el Solan, con el convento en ruinas y la masía de Artiga. El hallazgo parecía hecho a propósito para contentarlos a ambos. Mientras que su hermano podría cultivar la tierra, él tenía meses de trabajo por delante reparando el tejado de la vivienda, ajustando puertas y ventanas, poniéndola en condiciones para instalarse en ella.

Aparte de estas ventajas, a Enric le hacía gracia que la masía se encontrase relativamente cerca de Sent Gironç, una población que de pequeño y en boca de su tío y padrino, le sonaba a música celestial. El hombre trabajaba como capataz de explosivos en las obras del ferrocarril de Balaguer, una línea que debía continuar hacia los pueblos de montaña y que, después de atravesar los Pirineos, tenía que llegar hasta esta población francesa de Arièja. Cada vez que lo veía le prometía:

—El día que inauguren la línea, iremos los dos a Sent Gironç. En Francia hay unas tiendas grandiosas en las que se puede comprar de todo. —A continuación, recitaba una serie de juguetes, golosinas y máquinas modernísimas que solía cerrar con un aliciente que en aquellos años de su infancia le hacía más ilusión al tío que a él—: Y unas muchachas que hacen tilín. Ya verás qué guapas y elegantes son las francesas. Ya lo verás, ya...

Pero no vio nada porque pronto llegó la crisis económica del año 29 y después la proclamación de la República y la rebelión del presidente Companys contra las injusticias del Gobierno de Madrid y el golpe de Estado de los militares fascistas, que degeneró en la guerra. Y entre tanto alboroto y desengaños, la línea férrea Lleida-Sen Gironç había quedado encallada en medio de un túnel de la montaña del Montsec...

—¿Puede ayudarme un momento, señor Enric? —le pide una de las chicas.

Han acabado de quitar la mesa, han sacado los manteles que

cubrían los cuatro tablones y ahora la chica le pide que le eche una mano para trasladarlos. Son demasiado pesados para ella. Cogiéndolos uno por cada extremo, los llevan a la parte superior del patio y los depositan, bien colocados uno encima del otro, al pie del muro de la capilla.

—Venga, a lavarse las manos, señor Enric.

—No hace falta, Alice —dice él.

—¡Me llamo Angela, señor! —protesta la chica. Y se vuelve con aires de ofendida hacia sus compañeras, que están fregando los platos en el centro del patio.

Él se queda allí, con los tablones y caballetes, la carretilla limpia de cemento y un montón de herramientas, descansando después de quince semanas sin parar. Sentado encima de las maderas con la espalda recostada en la pared de la capilla, enciende un gauloises y saborea el humo mientras observa el trajín de las chicas alrededor de la cisterna. Una de ellas acciona, con gestos exagerados y graciosos, la palanca de la bomba de agua que él instaló el primer día. El agua rebosa del cubo e inunda el centro del antiguo claustro del convento. Para no mojarse las alpargatas, han tenido que descalzarse y remangarse las faldas hasta más arriba de las rodillas. La mayor rondará como mucho los quince años. Chiquillas con piernas de mujer. No quiere que ellas vean que las mira, así que curva el cuerpo hacia delante y sigue fumando con los codos en las rodillas, la mirada baja y cavilando desgracias futuras. Niñas que tuvieron que abandonar su casa huyendo de los nazis y dos años más tarde la mayoría no han tenido ninguna noticia de sus padres. Y ahora, aquí abajo, en el sur de esta Francia mal llamada libre, tampoco están muy seguras. Hace algunos días le comentaba el maestro Jean-Luc que el Gobierno de Vichy ha comenzado a dictar leyes muy severas contra los judíos. El Mariscal tiene el culo prestado a Hitler, sin duda...

—¡Señor Enric! ¡Señor Enric! —gritan las chicas—. ¡Venga aquí, venga!

Se levanta de los tablones y se acerca a ellas con curiosidad, con el cigarrillo colgando de los labios y las manos en los bolsillos de los pantalones. Mientras, algunas han ido a buscar una silla en

la que lo obligan a sentarse. Una de las mayores se arrodilla en el suelo e intenta desabrocharle las cintas de las alpargatas:

—Le lavaremos los pies, señor Enric. Hoy hacemos limpieza de todo. ¿A que no sabe cómo me llamo?

Él acierta su nombre por casualidad:

—Rachel.

Otra, la que le había tirado el agua sucia al mocoso religioso de los sábados, le arranca el cigarrillo de los labios, le da una calada y escupe el humo como si fuera una artista de cine:

—¿Y yo, señor Enric?

—Tú eres Yvonne.

—¿Y yo?

—Tú te llamas Alice. Y tú, Angela. Ahora ya no os confundiré.

—¡Nos conoce a todas! —Se provocan entre ellas chapoteando descalzas en torno al pilón de hierro colado de la bomba. Derraman sobre sus pies cazoladas de agua fresca que él recibe con temblores exagerados y muecas de dolor—. ¡Uf!, qué sucios los tenía. ¡Qué sucios los tenía, señor Enric!

Sin la presencia de la Abadesa ni la mirada de los chicos, se sienten libres, alegres, ajenas a los peligros que las acechan. Él las deja hacer mientras las contempla con una sonrisa triste. Le parecen pajarillos recién salidos del cascarón, que han huido de los lobos de la cruz gamada y lo celebran confiadas sin saber que han ido a parar a un corral de perros franceses cubiertos con quepis azul. Ya se verá si son muy serviles y rabiosos nuestros gendarmes bajo las órdenes de Vichy.

Cuando el sol se pone, Enric se dirige a su casa. En el patio delantero, sus sobrinos chutan una pelota de cuero que él siempre ha visto reventada. Utilizan el portal de la casa como portería:

—¿Verdad que mañana llegarán los niños judíos? —grita el pequeño Rafel—. ¿A que sí, tío?

—Mañana aún no. Mañana traerán los muebles. Los niños, la semana que viene.

«Quién sabe qué juguetes deben de imaginar que traerán los niños judíos», piensa el tío mientras sube los escalones que conducen al comedor. Una voz metálica y lejana mezclada con el

rumor de lluvia delata la presencia de su hermano, acurrucado en la habitación, escuchando emisoras clandestinas. Él no tiene ganas de oír malas noticias. Por mucho que los ingleses quieran maquillar los hechos, deben admitir que hoy por hoy a los alemanes no los para ni Dios. Su cuñada sale de la cocina con un plato de porcelana en la mano, batiendo los huevos para la tortilla de patatas de la cena:

—¿Así que hoy habéis acabado de construir la escuela?

—Será un orfanato, Aurora. No una escuela.

—Pero los niños estudiarán allí. Habrá tres o cuatro maestros. Para los pequeños, para los medianos y para los mayores.

—¿Y tú cómo lo sabes?

Su cuñada le demuestra que en según qué asuntos está mejor informada que él. Afirma que ella enseguida pensó que, si llevaban tantos niños al convento, no los tendrían encerrados todo el santo día sin hacer nada, que en Francia el Gobierno se preocupa mucho de que los niños aprendan a leer. Aquí no es como en España, donde en las masías y en los pueblos pequeños los niños campan por las calles como salvajes, y, si quieres un maestro, tienes que pagártelo de tu bolsillo. Conque la mujer había aprovechado la ocasión en que la directora había ido a comprarle una cesta de huevos para preguntarle, con su francés vacilante, a qué pueblo irían los niños a la escuela. Y cuando ella le respondió que estudiarían allí mismo, le preguntó sin tapujos si sus dos hijos también podrían ir. En principio, la jefaza se negó con la excusa de que el reglamento de la Cruz Roja prohibía dar servicio a niños de fuera del internado. La cuñada no se mordió la lengua:

—¡Lo encuentro injusto, qué quiere que le diga! ¡Que mis hijos deban andar más de una hora para ir a estudiar en Sent Pèire, teniendo como tienen otra escuela al lado mismo de casa!

—Lo dice la ley, señora Aurora.

La «señora Aurora» puso una mano en el asa de la cesta de huevos de encima de la mesa y le espetó:

—La ley también dice que hay que comprar los huevos en la tienda y con los cupones de racionamiento.

Entonces a la suiza se le bajaron los humos. Admitió que

quizá sí que su caso fuera especial, que lo consultaría con la oficina de Tolosa y con los maestros y monitores. En la siguiente compra, cuando la mujer fue a por un saco de patatas, le confirmó que los niños podían ir a la escuela de la colonia. Joan, de diez años, con el grupo de los chicos; y Rafel, de siete, con los pequeños.

—Ahora aprenderán francés como Dios manda —concluye la mujer dirigiéndose también a su marido, que ha apagado la radio y acaba de aparecer en el comedor con cara de funeral.

—¿Qué dice el inglés? —le pregunta Enric—. ¿Ya han desembarcado los alemanes en Inglaterra?

—¡Peor, chaval, peor! —refunfuña Ramon arrastrando la silla de la mesa—. Franco ha fusilado al presidente Companys. Fue el martes pasado, en Barcelona.

La noticia le endurece de golpe las facciones:

—¡Criminal! ¡Me cago en la madre que lo parió! Pero ¿cómo es posible? ¿No estaba en México el presidente?

Debía embarcar hacia América con el resto del Gobierno de Cataluña, cuenta Ramon, pero a última hora no se movió de Francia para localizar a su hijo, Lluiset. Parece ser que lo había internado en un centro para niños retrasados y con la confusión de los primeros meses de la guerra no sabía dónde estaba. La Gestapo descubrió al presidente en un pueblo de Bretaña y lo entregó a la policía española. Catalán, independentista y de izquierdas, el mejor regalo que Hitler podía hacerle a Franco.

—¡Solo nos faltaba esto! —se lamenta Enric—. ¿Y ahora qué? ¿Se nombrará a otro presidente de la Generalitat en el exilio?

—No lo sé. ¡Me importa un pepino! —se desespera su hermano. Seis años atrás, cuando Companys proclamó el Estado catalán desde el Palacio de la Generalitat, él había acudido a Barcelona armado con un pistolón de la guerra carlista.

Aurora rompe el silencio por la muerte del político más importante de Cataluña y defensor de los intereses del campesinado para preocuparse por otros desventurados:

—¿Y del pobre Lluiset no se sabe nada? ¿No han dicho los ingleses si lo han encontrado?

—Yo no he oído nada.

La mujer insiste:

—Quizá lo han dicho y tú no lo has entendido.

Ramon estalla:

—¡Entiendo el francés mejor que tú! Lo he oído todo. No han hablado del hijo de Companys. ¡Ni falta que hacía que hablasen de él! ¡Cojones de mujer! ¡Matan a nuestro presidente y tú solo te preocupas de si ha aparecido su hijo subnormal!

Aurora se da la vuelta y regresa a la cocina con el plato de huevos a medio batir y mascullando:

—¡Carajo con los hombres! Solo pensáis en la guerra y en qué pez gordo tiene que gobernar.

4

LIBRO DE SAMUEL SILVERSTEIN II

El pequeño guardián de la fortuna familiar de los Silverstein no era un ángel enviado por Dios ni un demonio salido de las tinieblas, sino un niño con el paladar partido. Había nacido en París la madrugada del 2 de julio de 1928, hijo de una familia de Argel que hacía poco había llegado a la capital de la metrópolis cargada de niños, de hambre y de miseria. Sus padres, horrorizados ante aquella boca desfigurada, incapaz de mamar y de tragarse cualquier alimento, se despidieron del bebé igual que si hubiese nacido muerto, y después de meterlo bien fajado dentro de una caja de madera, ordenaron a su hijo mayor que, antes de que se hiciese de día, fuera a dejarlo a la puerta del hospicio. La monja que abrió, alertada por los lloros de la criatura, encontró dentro del envoltorio a un bebé a punto de dirigirse hacia el limbo o de volar hacia el cielo convertido en un angelito. Todo dependía de ella, de la diligencia con la que fuera capaz de proceder como buena cristiana. Por fortuna, el padre Philippe estaba en el confesionario de la capilla y cuando vio llegar a la novicia con un manojo de llantos en los brazos, abandonó a la hermana, que en realidad no necesitaba absolución, y salió directo hacia la pila bautismal para una ceremonia de urgencia. Cuatro gotas de agua bendita añadidas a la señal de la cruz dibujada en el aire murmurando latinajos fueron suficientes para extirparle el tumor del pecado original y facturar a la criatura hacia la gloria del cielo con el nombre del sacerdote y un apellido confeccionado con la fecha del día: Philippe Deuxjuillet. Los que rodeaban al recién

nacido daban por sentado que estaba más en el otro mundo que en este. Todos excepto el propio afectado, que continuaba berreando su derecho a vivir. Doce años más tarde, Philippe exigía alimento con su voz cavernosa:

—Tengo hambre, señor. Llevo muchas horas sin comer nada.

El viudo Samuel también tenía el estómago vacío. En cambio, no tenía hambre ni creía entonces que jamás en la vida pudiese volver a tenerla. Tan solo deseaba abandonar aquel lugar siniestro lo antes posible. Se había dado ya la vuelta cuando el pequeño guardián le preguntó si no quería llevarse nada más, que en la cabina del camión había también un libro muy bonito con todos los pueblos de Francia. El mapa de carreteras no frenó los pasos decididos del transportista:

—Quédatelo si quieres. Te lo regalo.

Antes de fundirse con la riada de la carretera, volvió la cabeza hacia atrás y vio al niño saliendo de la cabina con el libro rojo de la *Guía Michelin*. Lo llevaba bien cogido con las dos manos, y cuando el niño se dio cuenta de que lo observaba, levantó los brazos al aire y se lo mostró como Moisés las tablas de la ley mientras bajaba del Sinaí.

En las fondas, los cafés y las tiendas de los pueblos que atravesaba la carretera general no quedaba nada, ni un miserable mendrugo de pan con el que llenar la tripa. Ni tampoco por los pueblecitos de las vías secundarias que el niño iba identificando en el mapa de la guía. Finalmente, Samuel optó por desviarse por una pista de tierra, a regañadientes del niño, para quien todo aquello que no salía en el libro era falso o no conducía a ninguna parte. Para convencerlo, tuvo que engañarlo con promesas de banquetes y golosinas. Una vez que lo tuvo caminando a su lado, intentó distraerlo del hambre y el cansancio con preguntas sobre su edad, origen y procedencia. Supo que era de París, que tenía doce años, dos o tres más de los que él le calculaba, y que las monjas del hospicio le hacían trabajar, le pegaban y encima le hacían pasar hambre. Por este motivo, mientras las monjas los trasladaban hacia el sur él había aprovechado el caos de la estación de Orleans para saltar del vagón, abrirse paso a codazos entre los viajeros y, al fin,

camuflarse dentro de la procesión de los fugitivos por carretera. No quiso revelarle el nombre del orfanato ni darle ninguna pista de él, no fuera a ser que el viejo intentase devolverlo allí. ¡Más listo que el hambre, el niño!

La pista de tierra se bifurcaba continuamente a derecha e izquierda en caminos de carro de anchura semejante, cosa que habría hecho dudar a cualquier forastero. Samuel no vacilaba nunca. Para no desanimar a Philippe, tomaba un desvío al azar aparentando seguridad. Pronto los graznidos de las ocas le confirmaron que seguían el camino correcto de alguna granja. Las ocas alertaron a la dueña, que apareció en el umbral de la puerta y los esperaba con un cuchillo de cocina en la mano y cara de desconfiada, tratando de adivinar qué intención llevaban los forasteros. Cuando el hombre preguntó si les podría cocinar una oca, los mandó a hacer puñetas diciendo que ellos no eran ninguna fonda ni lo habían sido nunca. Ahora bien, la mujer cambió de opinión tan pronto como le enseñó un billete de veinticinco francos:

—Les prepararé una tortilla de dos huevos —resolvió—. Son muy gordos los huevos de oca.

Samuel insistió ofreciéndole otro billete:

—Tenemos hambre, señora. Queremos dos tortillas.

Entonces la mujer giró en redondo y musitó:

—Pasen.

La payesa les sirvió las tortillas acompañadas de ensalada verde. El niño apartó el plato a un lado, puso encima del mantel un trapo sucio y arrugado que se había sacado del bolsillo y lo fue doblando en forma de cigarrillo mal enrollado. Abrió la boca mostrando la rendija oscura que le partía el paladar y, con una destreza que demostraba que no era la primera vez que lo hacía, fue apretando el canuto de ropa con el dedo índice para taponar la hendidura. Finalmente, el rabillo que le quedó colgando del labio superior se lo escondió dentro de uno de los agujeros de la nariz. Samuel comprendió que no se trataba de ninguna herida, sino de una tara de nacimiento, y se sumó al banquete sin decir palabra. Viendo cómo Philippe masticaba las hojas de lechuga moviendo los

labios como un conejo y engullía con avidez, no quiso interrumpir su disfrute con preguntas hasta que la dueña no hubo retirado los platos, relucientes como espejos. Entonces le preguntó si en el orfanato de París también debía comer con aquel trapo. Él le aclaró:

—Me ponía una goma. Se quedó en el tren. Hacía años que la llevaba y ya me iba pequeña. Cuando bebía leche se me salía por la nariz.

Antes de abandonar la granja y reemprender la marcha, Philippe extrajo del interior de la guía un mapa plegable y acto seguido lo extendió sobre la mesa. Era tan largo que por un lado colgaba hasta rozar las baldosas del suelo. Con el dedo índice, el mismo con el que poco antes se había taponado la hendidura del paladar, señaló una franja en blanco del mapa:

—Ahora estamos aquí. Un lugar sin nombres. Orleans ha quedado aquí arriba.

Samuel sentenció:

—El mal viene del norte, es allí donde los alemanes lo han desencadenado. Nosotros debemos ir en sentido contrario. —Hizo un gesto con el brazo hacia el faldón del delantal—. Mira qué ciudad hay ahí, abajo de todo.

El niño tuvo que tumbarse de espalda en las baldosas para poder leer el nombre más grande que vio:

—Toulouse.

En aquel entonces la gran ciudad rosa del sur de Francia, atravesada por el río Garona y por el canal del Mediodía, se había convertido en una especie de estanque de aguas turbulentas en ebullición donde desembocaba la riada de fugitivos que llegaba del norte. La mayoría eran franceses, si bien entre ellos también podían encontrarse belgas, holandeses, polacos, familias de los países que los alemanes habían invadido. A pesar de hablar diversas lenguas, compartían el hambre, el cansancio y el calor del verano. También el miedo, como una manada de animales sacados del aprisco por los mismos perros, perseguidos por los mismos cazadores.

Apenas hacía un año y pocos meses que habían desaguado en

Tolosa muchos arroyos procedentes de la vertiente sur de los Pirineos. Eran las escurriduras de La Retirada: la riada de cientos de miles de españoles, fugitivos de la guerra, que había impresionado a Europa y a los países civilizados. Las imágenes en blanco y negro de familias con ancianos y niños llenando las carreteras mientras eran bombardeados desde los aviones escandalizaron a los ciudadanos europeos como una calamidad nunca vista. Las veían en los periódicos o en los reportajes del cine con rabia, con compasión o con indiferencia, incapaces de imaginar que poco después ellos se encontrarían en una situación parecida. Ni los más lúcidos podían prever que Franco y sus militares hubieran estrenado un nuevo tipo de guerra cuyas victorias se contarían a partir de entonces por el número de ciudades arrasadas y por los millones de personas muertas, exiliadas o deportadas. Pilladas desprevenidas, las autoridades francesas habían podido controlar a los fugitivos españoles en campos de internamiento improvisados, una especie de recintos de ganado colocados en la arena de las playas y a campo abierto. A principios de septiembre de 1939, el inicio de la «guerra de broma» con Alemania había facilitado que muchos de estos internos sustituyeran a los obreros de las fábricas y a los trabajadores del campo que el ejército había movilizado. De este modo, en junio de 1940 una parte de los españoles exiliados en el Mediodía habían tenido tiempo de buscarse un lugar, ya fuera en la gran ciudad, ya fuera en los pueblos y masías de su entorno. Algunos miraban con recelo a los recién llegados del norte de Europa: el mismo, al fin y al cabo, con que los habían mirado a ellos los autóctonos franceses un año y medio atrás.

El viudo Samuel y su pequeño acompañante entraron en Tolosa por la carretera de Montalban la noche del 14 de junio, después de atravesar media Francia a pie y a caballo, y sobre toda clase de vehículos rodados. Iban equipados con mochilas, sombreros y un buen calzado en los pies. Las calles y las plazas del centro eran un corral inmenso de familias que dormían o que al menos lo intentaban. Tuvieron que pasar la noche bajo los árboles de un parque.

Aunque, por llena de forasteros que estuviese una ciudad, con dinero siempre se podía encontrar un buen lugar donde vivir. Se alojaron unos días en una habitación carísima de un hotel céntrico, no muy lejos de la plaza del Capitole. El cansancio de la última etapa y la cama confortable después de tantos días de dormir en el suelo sobre lechos improvisados abrieron la puerta a un sueño profundo como hacía días no probaban. Morfeo no tardó mucho en visitar al infortunado Samuel. Conducía el camión cargado con su familia, que huía de los aviones alemanes que los perseguían y que cada vez se oían más cerca, mientras su padre, desde el asiento del copiloto, le gritaba que fuera más deprisa. El estrépito de las bombas lo despertó al lado de un crío que roncaba de forma delirante por la hendidura de la boca. Lo sacudió refunfuñando que cambiase de postura y al poco Philippe reiniciaba la sesión de ronquidos. Al no poder conciliar de nuevo el sueño reparador, lo asaltaron las angustias del desvelado, más desgarradoras que las peores pesadillas, debido a que el sueño y la realidad se confunden. Daba vueltas entre las sábanas rememorando los días alegres vividos con los suyos, también los más dolorosos que habían compartido todos juntos después de la muerte de su esposa y del recién nacido. Se preguntaba con quién compartiría ahora todo el peso del vacío que debía arrastrar por el mundo, no importaba adónde fuera. ¿Cómo podía seguir vivo sabiendo que sus seres queridos se habían convertido en humo, ceniza y cuatro huesos enterrados al lado de la carretera? Se desesperaba hasta el extremo de avergonzarse de haber vivido los doce días transcurridos desde la tragedia.

Samuel se levantó lentamente, se vistió procurando no despertar al niño, que continuaba suspirando con su desazón ruidosa, y, una vez fuera del hotel, se encaminó por una vía ancha en dirección al puente de Sent Pèire. Lo habían cruzado la víspera y era el lugar más apropiado, seguro y accesible para acabar de una vez con todos sus sufrimientos. Cuando entraba en el puente oyó voces lejanas y apretó el paso hacia el centro del armatoste de hierro con la idea de encaramarse a alguna de las torres metálicas y saltar desde más arriba. Treinta, cuarenta o cien metros bajo sus

pies, el Garona discurría perezoso, tan despacio que parecía un estanque de aguas mansas. Se asomó un momento por la barandilla para averiguar hacia qué lado iba la corriente; lo descubrió después de fijarse en el movimiento vacilante, casi imperceptible, de una rama que avanzaba en dirección contraria a la que en principio él había imaginado. Una vez orientado, se giró hacia el pilar con la intención de ascender por él cuando de golpe lo detuvieron unos gritos que no entendía: era Philippe. El niño iba corriendo, descalzo y vestido con calzoncillos y camiseta imperio, resoplando gruñidos y reproches contra él, con la cara sucia de lágrimas, de mocos y de sudor:

—¡He visto cómo te escapabas! ¡Quieres abandonarme a escondidas! ¡Tú también quieres dejarme solo!

Samuel lo miraba con las piernas temblorosas. De repente lo abrazó, lo estrechó muy fuerte contra su pecho y entonces, al sentir las piernas más firmes sobre el suelo del puente, dijo sin que le temblara la voz:

—No te abandonaré nunca, Philippe. Te lo juro.

Dos días después, acompañaba al niño a la consulta de un médico, quien solo con verlo se quedó estupefacto ante una desgracia nunca vista en un niño de doce años. Explicó que se trataba de una malformación genética a la que muy pocos podían sobrevivir si no se los operaba de muy pequeños, y los envió a un dentista para que le confeccionara una prótesis. Eran los días en los que el mariscal Pétain firmaba la paz con los alemanes y establecía un Gobierno títere de Berlín en la pequeña ciudad de Vichy. En vista de que los alemanes no ocuparían el sur de Francia, Samuel optó por quedarse a vivir en la ciudad rosada, en un pisito de alquiler, pequeño pero suficiente para los dos, en el barrio de Matabiau.

A finales de junio, Philippe salía del dentista con un paladar de resina que, aparte de permitirle masticar y engullir sin ahogos ni esfuerzo, le dejaba articular con mayor claridad las palabras. Para que el niño pusiese a prueba el nuevo paladar con un buen banquete, fueron a un restaurante de renombre y pidió un plato consistente, sabroso y típico de la ciudad. El camarero, un español

afable y bromista, le recomendó el *cassolet*:

—Un plato muy completo, en el que hay de todo. Igual que en Tolosa. —Como el cliente no había captado la broma, aclaró que se trataba de un potaje que combinaba salchichas y trocitos de costilla de cerdo y carne de pato con alubias, cebolla, zanahoria y otras verduras—. ¿Verdad que me entiende, señor? La plaza del Capitole es desde este verano un enorme *cassolet*.

Samuel esbozó una sonrisa de compromiso mientras dudaba entre probar la carne de cerdo o pedir otro plato. Desde la noche de la tragedia, cuando riñó con Yavé Sabaoth, el hombre no había murmurado ninguna plegaria ni respetado el *sabbat*, ni tan siquiera se había acordado de la fiesta de los primeros frutos; únicamente había evitado comer animal impuro. Con todo, algún día tenía que empezar:

—¡*Cassolet* para dos! —resolvió—. ¡Qué caramba!

No obstante, cuando el camarero apareció llevando la cazuela, Samuel percibió un tufo que casi le resultó insoportable en cuanto el hombre la destapó y se dispuso a servirles. Mostró el cucharón humeante cargado de rodajas de embutido y fragmentos grasientos y, antes de servirlo en el plato de Philippe, anunció su contenido:

—¡Buen cucharón de franceses! —A medida que le llenaba el plato, le iba revelando el nombre de cada uno de los ingredientes: belgas, luxemburgueses, españoles, polacos, judíos...

Samuel le preguntó por qué a las alubias las había llamado judíos.

—En Tolosa los hay a montones —dijo el camarero—. Aunque no se les ve mucho. Se esconden en el fondo de la cazuela, ¿sabe? —Enseguida le dio una razón más convincente—. Es una ocurrencia mía, señor. En España, a las alubias las llamamos *judías*.

Aparte de la dolorosa soledad a la que lo había condenado la pérdida de sus seres queridos, Samuel Silverstein no estaba satisfecho consigo mismo por otro motivo. Pese a la abstinencia de plegarias y de preceptos sagrados, los reproches dirigidos al Dios de Israel la noche de la desgracia le volvían de vez en cuando como el ardor de una comida mal digerida. Decididamente, había

cometido una falta grave. Se angustiaba pensando si debía arrepentirse e implorar el perdón del cielo desgarrándose la camisa. O tal vez, como se preguntaba Job el Magnánimo, en ocasiones el hombre puede tener razón contra Dios. Necesitaba el consejo de un rabino, de alguien experto en los libros sagrados.

La ciudad de Tolosa contaba en aquellos años con una comunidad judía activa y generosa que tenía que esforzarse lo indecible para atender de manera digna a los miles de hermanos de raza procedentes del norte. El llamado profeta Marcel era uno de sus líderes más conocidos. Al preguntar por él, lo dirigieron a un almacén de víveres destinados a las familias más necesitadas. Samuel se encontró ante un hombre larguirucho, de rostro enjuto y cargado de hombros, que empuñaba un librador con el cual llenaba cucuruchos con la harina que iba extrayendo de un saco. Llevaba un guardapolvo de color cobre manchado de sudor a la altura del pecho y en los rincones de los sobacos. Era un día bochornoso de verano a primera hora de la tarde, y el interior, donde no corría ni una pizca de aire, parecía un horno.

El profeta Marcel escuchó sus calamidades sentado en el lomo de la báscula, con actitud serena y la mirada descansando en el cogedor que mantenía en las manos. A lo largo de su confesión, que Samuel expresó con los pelos y las señales más hirientes, este no le notó ningún gesto de inquietud, ninguna mueca de extrañeza o de rechazo. Cuando acabó su relato, el profeta respondió recitando unas palabras de Isaías:

—¿No tenéis bastante con haceros pesados a los hombres que incluso os hacéis pesados a mi Dios?

Él no captó el sentido que su confidente quería dar a la sentencia:

—Si le he molestado, señor, le pido disculpas.

—No es a mí a quien has resultado pesado. Muy al contrario, has tenido la valentía de contármelo. Creo que hasta cierto punto tu ira hacia Dios es razonable. Yavé está harto de los hombres que se pasan el día loándolo, pidiéndole perdón, exigiéndole favores. Le dicen: «No hay ningún Dios igual a ti, ni arriba en el cielo ni aquí abajo en la tierra. Bendito seas por siempre». Imagínate que

tienes un hijo que en lugar de ayudar a su hermano pequeño te hace continuamente la pelota. Te dice: «Eres el mejor padre de todos, no hay otro como tú». ¿Qué pensarías tú de este hijo? «Algún interés debe de tener para halagarme continuamente.» —Y acabó aconsejándole—: Deja en paz al Dios de Israel. No le implores, pero tampoco lo insultes.

El extransportista de Lille, que había osado desafiar al mismo Dios, no salía de su asombro ante una sentencia tan generosa y favorable para él. Si no se lo esperaba de un judío cualquiera, aún menos de un hombre sabio que, según los hermanos de la comunidad, tenía un conocimiento más profundo de la ley y de los libros sagrados que ningún otro rabino. Objetó:

—Pero en la Torá Yavé respondía siempre que el pueblo lo invocaba.

El experto le soltó una lección magistral de historia:

—En aquellos tiempos el pueblo de Israel era como un crío que necesitaba a Dios para sobrevivir. Le imploraban que los liberase de sus enemigos y Él no dejaba a ninguno vivo. Gracias a sus intervenciones prodigiosas, el pueblo judío se hizo grande, sabio y poderoso, hasta el punto de que en los dorados años del rey Salomón Israel se convirtió en una nación importante, admirada y respetada por los pueblos vecinos. Después llegó la decadencia. Dispersados por el mundo, arrinconados en las juderías como ratas de alcantarilla, durante siglos los judíos no hemos sabido hacer otra cosa que quejarnos. Estamos hechos un pueblo de lloricas: «¡Yavé, castiga a los romanos que nos han destruido el templo!», «Yavé, los españoles nos quieren expulsar de Sepharad», «Yavé, detén los pogromos rusos». Como herederos malcriados, perezosos o cortos de luces, acudimos a nuestro padre como si él tuviera que solucionárnoslo todo. Él está harto de oírnos. Israel, su hijo predilecto, su pueblo escogido, hoy es el pueblo más odiado de la Tierra. Así nos ha ido a lo largo de dos mil años. Y la culpa no es solo de los filisteos.

—Pero la alianza que Dios había establecido con nuestro pueblo ¿no era para siempre?

El profeta Marcel abrió los brazos como si quisiera abarcar los

montones de provisiones acumuladas en el almacén:

—El compromiso de cada uno de nosotros con el pueblo de Israel. He aquí la única alianza que hoy puede salvarnos. ¡Hazte a la idea de que el maná del desierto nunca nos caerá del cielo! —Se puso de pie y, después de secarse con la manga el sudor de la frente, volvió al trabajo.

Samuel aún insistió a su espalda:

—Pero ¿el Altísimo qué hace? Seguro que ve nuestras tribulaciones...

El otro lo cortó en seco:

—¡Deja en paz al Dios de Israel! ¡A esta hora está durmiendo la siesta! Vamos, échame una mano. En media hora vendrán a cargar.

Mientras preparaban lotes de latas de conserva, frascos y cucuruchos destinados a una veintena de familias, el profeta le confió que formaba parte de la Main Forte, una organización de ayuda a los judíos exiliados. Samuel preguntó si eran muchos socios, y al oír que por el momento solo eran cuatro, decidió:

—Pues yo seré el quinto. El dedo meñique que completa la mano.

—Te ocuparás de los niños —le anunció el profeta—. Son el futuro de nuestro pueblo.

Al día siguiente Samuel vendió uno de los diamantes de la fortuna familiar e hizo una donación de mil francos a la entidad benéfica. Superada la ansiedad por la ofensa a Dios, se ocupó de buscarle una escuela a Philippe. No le costó tanto como imaginaba convencer al niño. Una vez que le hubo dicho y repetido que no tenía la menor intención de abandonarlo, le dejó muy claro que él no quería tener en casa a un perro que lo siguiera a todas partes, sino un niño instruido como los de su edad. El chico dijo:

—¿Y me comprarás zapatos y ropa nuevos?

—¡Pues claro! No puedes ir a la escuela con estos harapos.

Después de muchas idas y venidas a la escuela pública del barrio, al final Samuel logró que lo aceptasen para cuando comenzase el curso, a pesar de que no llevara su apellido. Enredó al director haciéndole creer que el niño era hijo de unos padres que

habían muerto en un bombardeo y que él lo cuidaba como si fuera hijo suyo. En cuanto a él, el extransportista no tuvo demasiadas dificultades para encontrar un trabajo. En Tolosa, como en la mayoría de las ciudades de Francia, faltaban hombres con permiso de conducir francés para vehículos de motor. A mediados de agosto conducía un camión de la brigada municipal de limpieza.

Pero la tranquilidad apenas duró un par de meses. Avanzado el otoño, el Gobierno de Vichy promulgaba los primeros decretos contra los judíos, a imitación de los que habían ido dictando los nazis años atrás cuando Hitler llegó al poder. A los judíos, como principales culpables de los desastres de Francia, entre otros castigos, se les prohibía realizar trabajos en la Administración pública. A la vez, se ordenaba a los prefectos que tuviesen controlados a los judíos extranjeros confinándolos en balnearios y campos especiales. El profeta Marcel lo previno de que debería cambiar de nombre:

—Los otros dedos de la Main Forte ya nos lo cambiamos hace tiempo. Llamarse Samuel es como llevar la estrella de David cosida en el pecho. Ponte un nombre bien cristiano.

Le desagradaba renunciar a su nombre. Se sentía muy orgulloso de llamarse Samuel y de llevar un apellido heredado de a saber cuántas generaciones de Silverstein que se habían establecido en Lille procedentes de Alsacia. Intentó defenderlo con argumentos legales:

—El decreto de Vichy no me afecta. Se refiere a los judíos extranjeros y yo soy francés de pura cepa. Bastante luché por Francia en la Gran Guerra.

—Pero ¿no naciste en Lille? Pues Lille ya no es una ciudad francesa. ¡Los alemanes la han traspasado a la región de Bélgica y hoy está gobernada desde Bruselas! —Tras una pausa concluyó—: Los judíos, estemos donde estemos, siempre somos extranjeros.

El profeta le indicó un fotógrafo y este lo mandó al taller de un impresor especialista en falsificación de documentos. Tenía copia de los tampones del Ayuntamiento y de la prefectura, y una lista de ciudades del norte de Francia cuyos archivos se habían destruido en los bombardeos alemanes; de ese modo la policía no

podría verificar los datos. Como nombre de pila escogió el patrón de los chóferes y transportistas, Christophe, un santo en apariencia tan cristiano que no podía serlo más. Un cerero de Lille y cliente suyo que se llamaba así estaba muy orgulloso de ello porque el nombre significa «el que lleva a cuestas a Jesucristo». El apellido era cosa del impresor. Así, al cabo de una semana Samuel disponía de un carné de identidad a nombre de Christophe Leroy, nacido en el año 1890 en Watten, una pequeña ciudad cercana a Calais. Su nueva identidad se repetía en el permiso de conducir y en el de residencia en Tolosa.

Rompió sus antiguos documentos y dejó el trabajo en el Ayuntamiento antes de que lo echaran. La secretaria que le dio a firmar el impreso y la liquidación, una mujer gorda de edad imprecisa, adivinó el verdadero motivo de su renuncia. Mientras le señalaba el lugar donde debía firmar, dijo:

—Me sabe mal. Perdemos a un buen trabajador. Que Dios lo proteja, señor Samuel.

Su nombre, pronunciado por última vez por un funcionario, le sonó como una despedida definitiva a toda su vida anterior.

Semanas después estrenaba nombre en un despacho del diario *La Dépêche*, y al día siguiente de madrugada ya estaba repartiendo paquetes de prensa por los barrios de Tolosa y las poblaciones vecinas. Igual que todos los diarios de la mal llamada Francia libre, *La Dépêche* se había convertido en una especie de boletín oficial del Gobierno de Vichy. Por desgracia, las noticias importantes que cada mañana repartía con el camión no solo eran ciertas, sino que iban de mal en peor. Los alemanes eran como el fuego, que nunca tiene bastante. Un día leía que habían ocupado Grecia y Yugoslavia; al otro, que en la Universidad de Tolosa habían expulsado a todos los profesores judíos de la Facultad de Letras. A finales de junio del 41, los alemanes invadían la Unión Soviética, y a principios de noviembre declaraban la guerra ni más ni menos que a los Estados Unidos de América. Entretanto, a los judíos se les expropiaban los bienes y se les prohibía coger el tranvía, comprar en los grandes almacenes y frecuentar los lugares públicos. De esta manera, mientras unos se iban haciendo amos de todo el mundo,

los otros casi no podían salir de casa. Como habría dicho el camarero español del restaurante, las judías, que hasta entonces se escondían en el fondo de la cazuela, debían disfrazarse de garbanzos o de cualquier otra legumbre para sobrevivir.

5

RACHEL, HELMUT

Los sesenta y ocho internos de la colonia suiza de Artiga se distribuyen por razones de edad en estos tres niveles: niños, chicos y jóvenes. Por otros motivos podrían dividirse en dos grupos: los que esperan recibir carta de sus padres y los que ni piensan en ello, por la sencilla razón de que ni han conocido a sus padres ni han recibido carta alguna. Integran este segundo grupo los huérfanos franceses, acogidos en el verano de 1940 cuando los suizos de Secours aux Enfants desembarcaron de un vagón de mercancías en la estación de ferrocarril de Tolosa. En cambio, los internos del primer grupo, que son la mayoría, no son huérfanos. Provenientes de la ciudad de Colonia, son hijos de familias judías más o menos acomodadas que en el otoño del 38, aterrorizadas por los ataques de los nazis a sus casas y comercios, tuvieron el coraje de confiarlos a la Cruz Roja suiza, que les ofrecía la posibilidad de llevárselos a Bélgica. Era la forma más segura de protegerlos. Y en principio se trataba de una ausencia temporal, poco más larga que un campamento de verano. Transcurridos casi tres años de aquella despedida nocturna en la estación de Colonia, ha llovido mucho en Alemania y en buena parte de la Europa ocupada por los nazis, de modo que es razonable imaginar que en este momento algunos hijos de judíos ya son también huérfanos, aunque ellos lo ignoren.

Las hermanas Estruga, Rachel, de quince años, y Carmen, que pronto cumplirá nueve, forman parte del grupo originario de alemanes. Cenan sentadas en el banco, una al lado de la otra, hoy más inquietas que de costumbre, dirigiendo continuas miradas de

reojo a la mesa de la directora. A mitad de la cena, la mujer ha irrumpido en el comedor con un fajo de cartas en la mano que ha hecho que buena parte de los comensales levanten los ojos del plato de patatas estofadas. Saben que la mujer viene de Tolosa, donde ha ido a hacer encargos y a recoger el correo de la delegación de la Cruz Roja. Saben también que la Abadesa no repartirá las cartas hasta que acaben de cenar. Como si fuesen el postre, un postre extraordinario que las hermanas Estruga hace más de un año que no han podido probar.

La Abadesa se pone de pie con el manojo de cartas en la mano. Lee para sí misma los destinatarios de los sobres y los va cambiando de lugar como si los ordenase, mientras espera a que los niños franceses acaben de salir del comedor y se haga el silencio. Finalmente, canta:

—¡Helmut Bachenheimer!

Es el preferido de la Abadesa y, por lo tanto, ni Rachel ni nadie se extraña de que sea el primero en recibir el regalo. El más mayor y el más apuesto del grupo se levanta con parsimonia del banco y camina sin prisa, con una actitud más altiva que alegre. Los siete u ocho afortunados y afortunadas que lo siguen van a buscar su carta con una emoción que no disimulan. La Abadesa anuncia el último destinatario:

—¡Rachel y Carmen Estruga!

La pequeña Carmen, que ya se había puesto de espaldas al plato, echa a correr hacia la mesa de la presidencia. La Abadesa le dirige un gesto a la hermana mayor para que también se acerque y, antes de darle el sobre, le anticipa que la carta procede de Grecia y que ha llegado abierta. En lugar de quedarse en el comedor como hacen la mayoría, ambas huyen con su tesoro hacia la habitación que Rachel comparte con tres compañeras de su edad.

La carta de su padre lleva la fecha de 2 de abril de 1941. Cuenta que hace una semana que llegaron a Salónica, que es una ciudad muy bonita de Grecia, a orillas del mar Mediterráneo. La vida en Alemania se había vuelto muy complicada. Con toda aquella agitación de la guerra habían cerrado el colegio donde él daba clases, y su madre, que trabajaba de enfermera en la clínica,

también se había quedado sin empleo. En Salónica viven en casa de los abuelos y de los tíos, y están muy bien. Por el momento los ayudan en la tienda de ropa, pero la ciudad es muy grande y pronto encontrarán trabajo, él de profesor de español y la madre de enfermera. El padre se alegra de saber que el lugar de Francia donde ellas viven se encuentra muy cerca de España. Les recuerda que si, por el motivo que fuera, deben ir a refugiarse a España, ellas, como hijas de padres sefardíes, tienen la nacionalidad española. El Gobierno español ofreció este privilegio para compensar la injusticia que sufrieron sus antepasados siglos atrás cuando los expulsaron del país. Y él y su madre se hicieron arreglar los papeles y tienen pasaporte español. La señorita Inger ya lo sabe. «Recordádselo por si se ha olvidado. Y acordaos también de que es a esta dirección de Salónica a la que debéis escribir a partir de ahora, y no a la de Colonia.»

La hoja de su madre es una retahíla de recomendaciones y advertencias, de preguntas que tendrán que responder. Quiere saber qué comen, si han estado enfermas y de qué, y también si han pasado frío durante el invierno. «Como decís que la colonia se encuentra en la montaña, quizá incluso nieve.» Pero la madre también dice cosas que resultan más gratas de leer. Por ejemplo, que Carmen escribe con una letra muy bonita, que les gustó mucho el dibujo del antiguo convento donde se han instalado. «Menuda suerte tenéis, hijas mías, de poder vivir en una casa tan grande, rodeada de campos y de bosques. Y no os preocupéis por nosotros, estamos muy bien. En Salónica cada día luce el sol y nos hemos hecho amigos de un comerciante que tiene un almacén inmenso, lleno hasta el techo de ropa de niñas. Hay unos vestidos preciosos. Como ya no puede estar lejos el día en que volvamos a reunirnos, tenéis que decirme qué color os gusta más. Y también la talla que tenéis, que después de tres años no puedo imaginarme cuánto habréis crecido...»

Mientras la pequeña lee y relee las hojas, Rachel trata de adivinar lo que las cartas no dicen, las tristes verdades que sus padres les esconden para no disgustarlas, y las que callan por si acaso la carta cayese en manos de los gendarmes o de la Gestapo...

Imagina que si se han marchado de Colonia debe de haber sido porque se han visto obligados a hacerlo. O quizá los nazis los han expulsado, tanto da. Y como no sabían adónde ir, han tenido que refugiarse donde los abuelos de Salónica, con quienes no congenian nada... En Alemania no hay guerra y, por lo tanto, los colegios y los hospitales siguen abiertos. A su padre le gustaba mucho el colegio, hacía dos o tres años que trabajaba allí; todo el mundo decía que era muy buen profesor. Qué injusticia que lo hayan echado. ¡Y menudo disgusto debe de haberse llevado! Primero los nazis del Gobierno lo expulsan del instituto y ahora lo expulsan del colegio católico. La chica se consuela pensando que por lo menos están seguros en casa de los abuelos. Grecia queda muy abajo en el mapa, allí no llegarán nunca los alemanes.

—¡Pero después volveremos al piso de Colonia, ¿a que sí, tata?! ¿A que sí?

A la tata también le toca mentir a la pequeña y aparentar satisfacción:

—Pues claro que volveremos a Colonia. Cuando acabe la guerra.

Carmen quiere escribir la carta de inmediato. Ella la convence de que ahora no les da tiempo porque pronto oscurecerá y de noche la señorita Inger no les deja escribir ni dibujar ni leer para no gastar luz. La pequeña se dirige afuera corriendo, deseosa de darles envidia a sus amigas anunciándoles que su madre le comprará un vestido de color azul adornado con lacitos blancos.

Sentada en el borde de la cama inferior de la litera, Rachel rompe a llorar por lo que no dice la carta. Saber que sus padres están vivos es, de hecho, la única alegría que contiene. Mañana por la mañana, cuando ella escriba la carta de respuesta, no le quedará más remedio que hacer lo mismo. Deberá dejar sus mayores inquietudes en el tintero; no podrá decirles que algunas noches Carmen se hace pipí en la cama y que cuando se despierta mojada se escapa del dormitorio de las pequeñas y se acuesta con ella, y por la mañana la señorita Inger las riñe a las dos. Tampoco le dirá a su madre que puede ahorrarse el dinero de sus vestidos de niña, que ella es una chica. Que ya hace más de dos años que le bajó la

sangre. Si no fuese a leerlo su padre, eso quizá sí que se lo diría. Y a veces, cuando le baja, le da un dolor de cabeza y una tristeza tan honda que no la dejan vivir. Suerte tiene de su amiga Angela, que es un año y medio mayor que ella. Ni que decir tiene que tampoco escribirá nada de su amistad íntima con Daniel, el hijo del relojero Grüpner.

Por la puerta de la habitación que su hermana ha dejado abierta le llegan las voces delgadas y apagadas de los pequeños que juegan en el comedor. Como se ha puesto a llover, han tenido que volver a entrar. Se levanta del borde de la cama y se queda de pie en el umbral de la puerta con la mirada perdida en la lluvia fina del patio. El árbol que a finales de invierno plantó el señor Enric continúa seco. El payés asegura que por dentro está muy vivo y pronto brotará, que los robles no brotan hasta finales de primavera, pero el señor Ramon, que en cuanto a árboles y plantas entiende más que su hermano, ha dicho por la mañana que ya lo pueden arrancar, que está más muerto que la democracia en toda Europa. Las ramas esqueléticas, goteantes de lluvia, le recuerdan una canción sefardí que la abuela de Colonia le cantaba de pequeña:

> Arvolés yoran por lluvias, y muntanyas por ayres.
> Ansí yoran los mis ojos por ti, kerida amante.
> Torno y digo ke va ser de mi,
> en tierras ajenas yo me vo morir.

Daniel estará en la habitación con los otros chicos, se imagina ella. Todos excepto Helmut, que aparece en la portalada del patio y se acerca a ella con las manos en los bolsillos, a paso lento y con la cabeza muy alta, desafiando la lluvia. Debe de volver de las letrinas, que dan a la parte de fuera.

—Qué bien, Helmut. Me alegro de que tú también hayas recibido carta.

—No pienso leerla —dice él con aires de superioridad.

«Quiere hacerse el duro delante de mí, quiere hacerme creer que su familia le importa un bledo», imagina erróneamente Rachel.

La verdad, sin embargo, es que no se trata de ninguna fanfarronada: el mayor de todos es el único del grupo de Colonia que no espera carta de sus padres. Las pocas que recibe las rompe sin leerlas.

La rabia que Helmut Bachenheimer sentía hacia su madre desde que tenía nueve años, cuando nació su hermano, se volvió también contra su padre la maldita noche del mes de noviembre en que los nazis pretendieron destrozarles la puerta de la zapatería. Estaban cenando en el piso de encima de la tienda cuando de repente oyeron en la calle un alboroto de gritos, de golpes y rotura de cristales. Por la ventana vieron que se acercaban pelotones de canallas de la cruz gamada. Los que iban al frente marcaban con pintura los comercios y tiendas de uno y otro lado de la calle; los demás, armados con mazas, hachas y garrotes, destrozaban puertas, rótulos y escaparates. Su padre les mandó que cerrasen la ventana de inmediato, apagasen la luz y guardasen silencio. Enseguida murmuró poniendo cara de perro apaleado:

—No podemos hacer nada. Si intentamos detenerlos, será incluso peor. Esperemos a que pase la tormenta.

—«No podemos hacer nada. Esperemos a que pase la tormenta» —dijo Helmut imitando la voz del Jeremías de pacotilla —. No sabes decir otra cosa. Un día vendrán a casa para matarnos a todos y tú aún dirás: «No podemos hacer nada. Esperemos a que pase la tormenta».

Y, sin aguardar respuesta, bajó los escalones de dos en dos y, una vez en la tienda, cogió el hierro de descolgar el género de las estanterías altas y se quedó haciendo guardia de pie delante de la puerta. Los nazis más miserables se habían entretenido en la librería de los Mendelson, nueve o diez números más arriba. Después de destrozar el escaparate, sacaban montones de libros, que arrojaban a una hoguera en medio de la calle. Los que embadurnaban puertas y escaparates seguían con su faena calle adelante. «Estos deben de ser los más débiles —pensó él viendo al chico enclenque que se le acercaba—. A estos pobrecitos míos, incapaces de destrozar una puerta a golpes de mazo, los envían delante a embadurnar paredes.» El pintor que se disponía a marcar

su tienda vivía tres o cuatro calles más allá, lo había visto en la escuela. Le plantó cara blandiendo el bastón de hierro:

—¡Aquí no, muchacho! Nosotros no somos judíos.

—Mi padre os conoce —ladró el cachorro nazi armado con brocha y botes de pintura—. Un día se compró los zapatos aquí.

—Yo también te conozco a ti de la escuela. Te aconsejo que te largues. Si me ensucias la puerta, un día u otro iré a por ti. ¿Y ves este bastón? Te lo clavaré en el culo y te saldrá por la boca.

El chico dudó un momento; después, se dio la vuelta en dirección a sus compañeros, que marcaban casas más allá, y oyó que se excusaba: los de la zapatería no son judíos.

Los bárbaros de la cruz gamada pasaron de largo y él volvió al piso orgulloso de haber salvado la tienda del destrozo. Su padre, en lugar de felicitarlo, le echó una bronca por haber amenazado a aquel mierda de vecino:

—Mañana volverán y son capaces de pegar fuego a la tienda. Si los provocas otra vez, te echaré de casa, mira lo que te digo.

Antes de acostarse, el hombre rompió un cristal lateral del escaparate y pintó en la puerta la palabra *Jude* con betún de lustrar zapatos. Por miedo a un escarmiento de los nazis, claro está. Pero también para poder llorar su desgracia con los tenderos vecinos, no fuera a ser que maliciasen que los Bachenheimer eran delatores de los nazis y por eso se habían librado del destrozo. ¿Puede haber una persona más cagada en el mundo?

A los pocos días, al volver de la escuela con su hermano Robert, su madre les contó que por la mañana habían recibido la visita de un señor y una señora de la Cruz Roja suiza. Ellos, que desde el extranjero conocían mejor que los mismos alemanes el riesgo que corrían las familias judías de Colonia ante los ataques cada vez más feroces de los nazis, se habían ofrecido generosamente a llevarse a los niños a Bruselas, donde se hallarían fuera de peligro. Se trataría de una estancia breve en una casa muy grande y preciosa que los suizos tenían allí. Era necesario que se decidieran cuanto antes porque disponían de pocas plazas y las familias que querían proteger a sus hijos eran numerosas.

—¿Qué os parece, niños? Sería cosa de poco tiempo, dos o

tres meses como máximo.

Él respondió:

—Ya soy mayor y sé defenderme.

El pequeño miraba embobado a su hermano, con cara de quien no sabe de qué va el asunto. Helmut se lo aclaró con un ejemplo:

—Nos quieren echar de casa, Robert. ¿Sabes qué les hicieron a Hänsel y Gretel? Pues lo mismo a nosotros.

Entonces, el mocoso rompió a llorar con unos bramidos que parecía que lo estuviesen matando.

—¡Cruel! —le escupió su madre—. ¡Dios mío, cuánta maldad llevas dentro! —Y se agachó para consolar a su hijo malcriado, que berreaba revolcándose por el suelo.

Él se lo temió: «Esta noche dictarán mi sentencia». Así que, ni bien terminó de cenar, se fue directo a su habitación, y Robert a la suya siguiéndolo como un perrito. Tan pronto como el mocoso se durmió, él salió al pasillo y escuchó cómo los viejos decidían su destino. Pese a que conspiraban en voz baja, pudo seguir el hilo de la conversación. Al principio el hombre sostenía que tenían que marcharse los dos, que la situación en Alemania era cada día más grave. «Debemos hacer este sacrificio, Hanna. Es la única manera de tenerlos en un lugar seguro.» Ella respondió que ni soñarlo, que Robert se moriría de pena. «Si Helmut se comportara como un hermano mayor, todavía. Pero ya sabemos cómo es. No me lo puedo imaginar protegiendo al pequeño Robert...» Al final, como se temía Helmut, lo habían sentenciado a él solo. Y acabaron celebrando el acierto del veredicto, porque, «al fin y al cabo, una buena temporada en un internado no le irá mal. Los suizos saben más que nosotros de enderezar a los niños». «Además, sin él en casa estaremos más tranquilos —remató su padre—. Cualquier día se sacudirá con alguno de estos gañanes nazis y entonces sí que tendremos que largarnos todos...»

—¡Helmut! ¡Espera un momento! —oye que lo reclama Rachel Estruga. Se vuelve y observa que la chica corre hacia él bajo la lluvia. «Cada día está más buena, la tía.»

—¿Tus padres aún viven en Colonia? Los míos se han ido a

Grecia, ¿sabes?

—¡No lo sé! Ya te he dicho antes que no he leído la carta.

Ella sonríe, incrédula; piensa que está bromeando:

—Muy bien, hombre. Enséñame el sobre entonces. Solo quiero ver la dirección del remitente.

—Te lo enseño si tú me enseñas lo que yo te diga.

—¡Vamos, hombre! No estoy de broma. Mis padres han tenido que marcharse de Alemania. Los tuyos aún siguen allí, ¿no es verdad?

—Yo tampoco estoy para bromas, Rachel. ¿Quieres saber dónde está el sobre que me ha dado la Abadesa? Dentro del pozo negro de la letrina.

6

ENRIC CLOTET

Hace rato que las primeras nieblas del otoño han quedado atrás. Cuando la camioneta se adentra en las primeras calles de Tolosa, el copiloto mantiene los ojos clavados en el cristal del parabrisas para evitar cruzarse con las miradas de curiosidad con que los transeúntes lo observan con una mujer a su lado conduciendo el vehículo, una mujerona de ademán severo que agarra muy fuerte el volante, como si fuera un monstruo que se le pudiese escapar de entre las manos. Desde que Enric se instaló en Artiga, no había hecho ningún viaje que durase más de un día y lo obligase a dormir fuera de casa. En las fondas y los hoteles anotan tu nombre y la dirección del carné de identidad, que después pasan a la policía. En los primeros meses en Francia lo habían reclamado para alistarse en la Compañía de Trabajadores Extranjeros, pero no se presentó. De todo eso hace tiempo; ahora en Francia mandan los alemanes y los gendarmes no están para bromas, lo enviarían directamente a un campo de trabajo de Alemania o a construir búnkeres en la costa francesa del Atlántico. Anteayer, cuando la directora le pidió que la acompañase a Tolosa para hablar con el propietario de Artiga, él le confesó sus temores. La mujer lo tranquilizó:

—No tenga miedo, que yendo con la camioneta de la Cruz Roja los gendarmes no lo molestarán. Y por la noche podrá dormir también en nuestro albergue, siempre hay alguna habitación libre para los forasteros. —Y enseguida le contó los motivos por los cuales lo necesitaba.

A las cinco y media de la tarde, hora alemana, el señor Delafont los recibe en su lujoso salón de burgués rentista. Enric nunca había estado allí. El señor debe de considerar que los labradores españoles son demasiado poco para él, de modo que cuando hacían tratos sobre Artiga luego, a la hora de firmar el contrato, se encontraban directamente en la notaría.

—Usted dirá, señorita Inger.

La mujer esquiva por el momento la cuestión lamentando las penalidades que sufrieron el invierno pasado en el convento:

—Las paredes y el tejado son poco consistentes, ya lo sabe. Los más pequeños tenían que dormir con la ropa puesta, y aun así se pelaban de frío, como si durmiesen en barracones. Imagínese que el pipí se helaba en el cubo que les dejábamos por si tenían que levantarse por la noche. Tuvieron de todo. Resfriados, sabañones en las orejas y una tos que arrastraron hasta la primavera. Un invierno muy duro, señor Delafont. Era el primer año de Artiga y nos cogió un poco por sorpresa. Este año queremos evitarlo. Hemos pensado que las paredes se podrían aislar por dentro con planchas de madera, pero la obra es muy cara y, por otro lado, no estamos seguros de que dé resultado. Hemos venido para proponerle una solución que nos parece más barata y definitiva. Se lo explicará el señor Enric.

Entonces él, que durante la intervención de la directora ha extendido encima de la mesa un plano general de los edificios, acomete la parte más delicada de la visita:

—Aquí está la capilla, ¿ve? La nave no es muy grande. Cinco metros de ancho por once de largo, más o menos. Pero la bóveda es lo bastante alta como para construir otro piso con un techo de madera. No sería muy complicado. Para clavar las vigas no haría falta ni agujerear los muros. Ya hay agujeros hechos de algún piso anterior, que al parecer se trataba de un gallinero. Lo debieron de construir los antiguos arrendatarios. Así pues, la capilla podría perfectamente hacer las veces de dormitorio. Entre los dos pisos caben las literas dobles de los pequeños y de los medianos. Las paredes son muy gruesas y la bóveda es de piedra. Con una sola estufa se mantendría el calor toda la noche. Los más pequeños

dormirían arriba, la parte más caliente.

El señor Delafont no reacciona ni pone cara de que la propuesta de la capilla lo entusiasme mucho. La mujer se apresura a aclararle un par de dificultades que a su entender le impiden dar su consentimiento:

—Por la familia Clotet no hay ningún problema. Haremos un intercambio de locales. Las herramientas y los productos que ahora se guardan en la capilla se trasladarán al dormitorio de los pequeños, y la obra correrá a cargo de Secours aux Enfants. Usted no ha de pagar nada.

El dueño murmura al fin:

—No es por el dinero, señorita Inger. No lo digo por el dinero. Es que la iglesia es un espacio sagrado. Y aunque no se celebre misa en ella, queremos que sea respetada. —Con los ojos señala una imagen vieja y sin cabeza encima de una cómoda—. Algún día san Dionisio volverá a presidir su altar.

La directora se exaspera:

—¡Por el amor de Dios, señor Delafont! ¡Ahora funciona como almacén y antes era un establo! ¡Nosotros queremos instalar niños en ella para que no pasen frío!

—Pero también ensucian. Antes ha hablado del orinal... Tiene que comprenderlo, señorita Inger. Mi esposa y yo pertenecemos a familias muy católicas. A ella le hace ilusión conservar la capilla como tal.

La Abadesa no se rinde:

—Será algo temporal, no definitivo. Cuando podamos irnos de Francia, dejaremos la capilla tal como está hoy. Yo misma me comprometo a ello.

El hombre continúa cerrado en banda. Visiblemente incómodo y nervioso, pide disculpas por ausentarse un momento aduciendo que tiene que ir a buscar a su esposa, que quiere saludarlos. No vuelve hasta al cabo de ocho o diez minutos, acompañado de una mujer gruesa con una sonrisa más postiza que el maquillaje y la pintura de los labios. La señora Delafont se deshace en elogios a la señorita Inger por su labor desinteresada para con los huerfanitos, le pregunta a Enric por la familia Clotet

y, sin esperar respuesta, tiende a la señorita un sobre cerrado con un donativo para que compre una estufa para los pobrecitos huérfanos. A continuación, se excusa con que ha de vigilar a la criada, que en estos días está sacando de los armarios la ropa de invierno y guardando la de verano. Dios mío, qué trajín. Y se retira sin más explicaciones. El señor Delafont también tiene prisa, si bien él no concreta de qué urgencia se trata.

Pocos minutos después, Enric y la Abadesa caminan por la calle cabizbajos, afectados por una negativa que ninguno de los dos esperaba, cuyos motivos son incapaces de comprender en ese momento. La mujer no sale de su asombro:

—¿Usted cree que si los niños no fuesen judíos nos lo permitiría?

—¡No tengo la menor duda! —exclama él—. Los pipís de los judíos huelen peor que los de los cristianos. —Viendo que la mujer no le ríe la broma, añade—: No sé por qué lo ha hecho. Por la devoción católica y otras hostias que ha dicho seguro que no. Algún plan debe de tener para la capilla.

Al día siguiente los viajeros de Artiga se levantan de madrugada, desayunan en un periquete y abandonan los locales de la Cruz Roja suiza donde han pasado la noche. Fuera, la calle comienza a despertarse entre hilachas de niebla que llegan del río. La mujer se va por su lado a terminar las gestiones que el día anterior no tuvo tiempo de acabar. Él se acerca hasta al restaurante de Joan Clot confiando en que encontrará a algún conocido de Cataluña, pero el local aún está cerrado y callejea mirando los escaparates con la idea incierta de comprar una chuchería para sus sobrinos. Una hora más tarde ya vuelve a estar al lado de la camioneta. La Abadesa se presenta puntual. Cargan del almacén botes de leche condensada, queso enlatado y otros productos recién llegados de Suiza, y cogen la calle del Taür en dirección a la plaza del Capitole. De camino hacia la salida de la ciudad pasan por la chamarilería a cargar la estufa de hierro colado que compraron la tarde anterior. El vendedor les aseguró que, pese a las abolladuras que tiene, calienta como si fuera nueva. Con los treinta francos de la señora Delafont apenas les da para pagar los

tubos de la salida de humos de una estufa nueva.

Cerca de mediodía se desvían de la carretera general y toman la pista empinada y enlodada de Artiga. Enric repara en unas roderas que parecen recientes y aventura:

—Creo que tenemos visita.

Por desgracia, acierta. Tan pronto como se asoman a la explanada de Artiga, vislumbran el furgón oscuro de los gendarmes estacionado delante del portal de entrada al patio. La conductora frena en seco y le pregunta si quiere bajarse.

—Todavía estás a tiempo, no parece que por los alrededores haya ningún guardia que los haya visto llegar. Quizá han venido por la colonia, no por los españoles.

—Siga adelante —dice él mientras se ajusta en la manga la faja de la Cruz Roja.

Una vez en la entrada, la conductora apaga el motor, salta del estribo y avanza a paso decidido y con las manos en los muslos, alisándose las arrugas del vestido. Va directa hacia el interior del patio, donde los gendarmes tienen rodeado al grupo de los chicos. Por el camino la asalta un grupo de las niñas más pequeñas, asustadas por la llegada de los hombres de uniforme armados. Se agarran a sus faldas gimiendo, se le cuelgan de los brazos, abrazan sus piernas impidiéndole avanzar. Ella se las saca de encima con una vehemencia que Enric encuentra inclemente, como si se sacudiera un enjambre de mosquitos. La mujer se encara al gendarme de más graduación, un viejo brigadier de la gendarmería de Èrce, de rostro anguloso y bigote de anciano venerable. Le pide explicaciones por una actuación tan desmesurada:

—Tenemos los papeles de cada uno de ellos en regla. El carné de identidad, el permiso de residencia como exiliados y las cartillas de racionamiento.

—No se alarme, señora —dice el gendarme—. Hemos venido a censar a los extranjeros de raza judía. En los documentos que me dice no consta si son judíos y solo por el nombre y el apellido no se puede saber. Ellos se niegan a confesarlo. Pues muy bien. Hemos tomado nota de todos los alemanes de Colonia y les hemos estampado en la cédula el distintivo de judío. Si alguno de ellos no

lo es, que nos lo demuestre.

La mujer se vuelve hacia los chicos y las chicas que están sentados en el suelo, de espalda al pilón de la bomba de agua y del retoño de roble que Enric plantó el invierno pasado. Uno de los chicos mayores levanta la mano como si estuviera en el aula.

—Di, Daniel Grüpner.

—No hay derecho, señorita Inger. La religión es algo personal de cada uno. La policía no tiene que meterse en eso.

—Nos han hecho salir de clase como si fuésemos delincuentes —se queja Yvonne Kraft—. No han querido esperar a que el maestro terminase la lección.

Las protestas levantan murmullos y chillidos de aprobación de sus compañeros. La mujer se vuelve hacia el brigadier:

—¿Tiene órdenes del juez para irrumpir de esta forma en una propiedad privada?

El brigadier sonríe bajo el bigote blanco, amarillento de tabaco justo encima del labio:

—¡La República Francesa ya no existe, señora! ¡Hace más de un año que la palmó! Pero no se alarme, que no le tocaremos a sus niños. Tenga en cuenta que a partir de hoy los internos de raza judía no pueden salir del orfanato. Bajo ningún concepto, ni para ir al médico, ¿me entiende? Si hay una urgencia, tiene que pedir un permiso especial a la subprefectura de Sent Gironç. ¿Le queda claro, señora?

Ella repara de pronto en que Helmut no se halla en el grupo:

—¿Dónde está el chico que falta?

—Ha agredido a un guardia, señora. Hemos tenido que inmovilizarlo.

—¡Mentiroso! —grita uno de los chicos de la primera fila. Es Levy Keller, el fanático que no quiere trabajar en sábado. Canijo como es, se ha puesto de pie para que lo pueda ver y oír todo el mundo—. ¡Es un mentiroso, señorita! Helmut solo se ha defendido. ¡Querían que se desabrochase la bragueta, ¿sabe?! ¡Para ver si tiene el prepucio! Él solo se ha defendido. ¡¡Lo juro por el sagrado Tabernáculo!!

La mujer mira al gendarme y le suelta, sin pelos en la lengua:

—¡Vaya porquerías les hacen a los críos! ¿No le da vergüenza llevar este uniforme?

—¡Lo llevo muy orgulloso, señora! —replica el viejo. Pese a que quiere aparentar serenidad, el bigote blanco le tiembla de nervios—. Ahora más que antes. En la Francia del Mariscal haremos limpieza de toda esta chusma que nos ha llevado a la ruina. ¡La nueva Francia no es Suiza, señora! No lo olvide. Así que vaya con ojo con la sinagoga infantil que ha montado aquí. Se lo aconsejo por su bien. —Se da la vuelta, ordena a sus hombres que liberen al chico detenido dentro de la furgoneta y se retira.

Mientras el siniestro furgón se aleja, el grupo de los mayores celebra con alharacas el regreso de su líder. Helmut presume de héroe delante de las chicas:

—¿Lo habéis visto? ¡Quería tocarme la polla y yo le he clavado una coz en los huevos!

Enric se vuelve a la camioneta para coger el hatillo del equipaje. Al cerrar la puerta de la cabina, se percata de la presencia de Angela. Imagina que la chica debe de haberlo seguido desde el patio.

—¿Es bonita Tolosa, señor Enric? —Se ha puesto a andar a su lado y lo acompaña a la casa por la parte de fuera de los edificios —. Jean-Luc nos dijo un día que hay un canal muy grande, tan largo que va desde el mar Mediterráneo hasta el océano Atlántico. ¿Lo ha visto usted?

—Lo vi ayer por la tarde. En ese momento pasaba un barco.

—¡Navegan barcos también! —se entusiasma la chica—. Cómo me gustaría verlos.

A Enric se le ocurre una solución bien fácil:

—Pídeselo a la Abadesa. Va a la ciudad muy a menudo y necesita un ayudante para cargar la camioneta.

—Es imposible, señor Enric —dice la chica con un deje de tristeza—. Ahora no podremos salir de Artiga sin un permiso especial. Ni a Sent Gironç podremos bajar. Sin embargo, ¿sabe qué le digo? ¡Que yo estoy muy contenta de vivir aquí arriba!

Él iba a preguntarle los motivos de su alegría, pero tiene que cuidar de sus sobrinos, que de repente han aparecido en la esquina

de la vivienda y se acercan a todo correr proclamando a gritos la vuelta de su tío, desafiándose entre ellos a ser el primero en tocarlo, exigiéndole el regalo que les ha llevado del viaje:

—¿Qué nos has traído de Tolosa, tío? ¿Qué nos has traído?

—Están de fiesta estos días —se lamenta él—. Todas las tiendas estaban cerradas.

Al pequeño Rafel se le apaga de golpe la alegría:

—¡Qué pena!

—¡No seas burro! —dice Joan—. ¡No ves que nos está engañando!

El tío Enric hoy no tiene ganas de alargar el juego de las tiendas cerradas, así que saca del hatillo una flamante pelota de cuero y la chuta en dirección a la casa. Los dos echan a correr como posesos detrás de la pelota, gritando que es de reglamento, es de reglamento como la de los futbolistas del Barça. Mientras sus sobrinos se alejan, repara en que Angela ya no está a su lado. La ve como un destello que desaparece detrás de la camioneta.

La visita inesperada de los gendarmes ha turbado también la comida de los trabajadores españoles. Ramon ha visto llegar la furgoneta desde el campo y se ha escabullido en un largo bancal de maíz, uno de cuyos extremos conecta directamente con el bosque. Aurora se ha quedado en casa con el corazón en un puño, sufriendo por su marido y por sus hijos. «Malditos gendarmes. A ver si ahora los toman por judíos.» Gracias a Dios, nadie de la familia ha salido malparado. Terminados los sustos de grandes y pequeños y la excitación entusiasta (esta solo de los pequeños) por la pelota de reglamento que bota incluso más alto que el tejado de la casa, Aurora sirve en los platos una sopa de fideos fría, pastosa, como de argamasa. Enric se apresura a comunicar a su hermano y a su cuñada el fracaso de la visita al amo de Artiga. La mujer lo lamenta. «Pobres niños, deberán dormir otro invierno en esa Siberia.» En cambio, Ramon no lo siente tanto. Ellos también necesitan la capilla. Es un local muy adecuado para guardar las herramientas y allí las patatas se conservan frescas todo el año. «Además, ¿acaso no les hacemos ya bastantes favores a los suizos? Les vendemos los huevos, la leche y las patatas por la mitad del

precio que pagarían en Sent Gironç. Y les cedimos de balde medio jornal de tierra buena al lado de la casa para su huerto.»

Enric calla como un muerto. Sabe que, en parte, su hermano tiene razón, que, si intenta matizarle alguna de sus quejas, puede perder los estribos. Le reprochará que se pasa el día con los suizos, que si trabajase en casa podrían comprar más vacas de leche y hacer queso. Ganaría más en casa que la miseria que le dan en el convento. Por lo tanto, será mejor cambiar de plato:

—¿Cómo va la guerra en Rusia? ¿Qué dicen los ingleses?

—Los alemanes avanzan imparables hacia Moscú. No lo dicen así, pero se entiende —y concluye—: Podíamos haber firmado tranquilamente el contrato de Artiga por cinco años. O por diez, tanto da.

Enric no se desanima, si bien cada día tiene que hacer más esfuerzos para reparar las grietas de su optimismo:

—Pero Inglaterra sigue resistiendo. Eso es lo importante. Tarde o temprano Europa derrotará al fascismo. Y Franco también caerá. ¡Ya lo creo que caerá, me cago en la reina regente!

7

DANIEL

Dentro del aula hace el mismo frío que fuera. Acurrucado en el pupitre, Daniel espera la llegada inminente del maestro de lengua y humanidades, inquieto por saber si el hombre les hará algún comentario sobre el pasado *réveillon*. Después de darle muchas vueltas, prefiere que no hable de ello y hacer gramática francesa, aunque sea sobre los verbos irregulares. El maestro Jean-Luc entra en la barraca, que siglos atrás había sido el granero del monasterio, con unos andares de hombre cansado. Resuella un buenos días que solo oyen los de la primera fila, deja la cartera encima de la mesa, cuelga la bufanda en el respaldo de la silla y, antes de comenzar, hace el gesto de peinarse el pelo con la mano plana. Un tic que repite a menudo y que hace que su peinado liso y echado hacia atrás sea más negro y reluzca más. Dirige la mirada a la bancada de los mayores:

—Helmut, Levy, Daniel, estuvisteis fantásticos. Ya os lo dije la otra noche y hoy os lo repito delante de la clase. —Ahora sus ojos pequeños tras las gafas lo enfocan a él—: Daniel Grüpner. Sabía que nos harías quedar bien, por eso te pedí que te encargases de las actuaciones.

Una petición que le ha dado más disgustos que satisfacciones. Sus compañeros de habitación son huesos malos de roer cuando intentas que hagan cualquier cosa que de entrada no les apetece. Primero hubo de convencer al fanático Levy, hacerle ver que el *réveillon* era una costumbre francesa que no tenía nada de ceremonia cristiana. «Puedes estar tranquilo, que no cometerás

ningún pecado contra los preceptos de la Torá. Al contrario. Tú hablas muy bien, sabes defender tus opiniones delante de la clase. Ya buscaré alguna historia de la tradición judía.»

El otro, el grandullón Helmut, se negaba a actuar aduciendo que el *réveillon* y toda esta comedia de Papá Noel eran cuentos para entretener a los niños. Daniel sabía que el motivo de su menosprecio era otro muy distinto; el mayor del grupo siente pánico a hablar en público. Cuando el maestro le hace leer un texto en voz alta, se pone tan nervioso que no le salen las palabras y tartamudea. Él trata de disimularlo fingiendo que le da un ataque de tos, y entonces el maestro cambia de lector. Daniel lo retó: «En la historia que tengo pensada, tú harías el papel de general alemán. No tendrías que hablar, solo actuar y hacer el animal, y dar algún chillido de vez en cuando». Entonces aceptó. Poder burlarse de los nazis sin tener que articular ni una maldita palabra era un pastel demasiado delicioso como para rechazarlo. Y hete aquí que con una historia de la Torá que había encontrado en uno de los libros del hijo del rabino, había matado dos pajarracos de un tiro.

Después de cenar, arrimaron los bancos y las mesas del comedor contra las paredes para hacer sitio al escenario de las actuaciones. Como presentador del acto, el maestro Jean-Luc advirtió a pequeños y mayores que a Papá Noel no le gustaba la luz eléctrica, de manera que apagaron las dos bombillas y se quedaron a la penumbra de las velas que iluminaban el abeto, adornado con piñas del bosque y dibujos pintados por los más pequeños. Después anunció con una voz que quería ser solemne:

—¡A continuación, la increíble historia del gigante Og y las hormigas! ¡Una leyenda hebrea que hoy es noticia en todo el mundo!

Levy fue el primero en salir a escena. Llevaba un libro abierto en las manos, sombrero negro y una barba rojiza confeccionada con la pelusa de las mazorcas de maíz. El presentador lo alumbraba con una vela para que pudiese leer:

—En aquel tiempo del patriarca Noé, gobernaba el país de Basán un rey malvado y de estatura gigantesca llamado Og —declamó con voz potente—. Cuando llegó el gran Diluvio, quería

meterse en el arca, pero era tan enorme que no cabía dentro. Entonces se instaló en el tejado del arca, donde aguantó el temporal durante cuarenta días y cuarenta noches. Así fue como el hombre más malvado y corpulento de la Tierra se salvó del Diluvio.

De repente se oyeron unos alaridos del lado de la puerta que asustaron a los más pequeños. La repentina aparición del gigante Og levantó una algarabía de sustos, risas, *ooohs* de sorpresa, incluso algún aplauso. Helmut pateaba haciendo equilibrios subido en unos zancos que lo obligaban a andar un poco encorvado. Llevaba un bigote cuadrado en medio del labio, el pelo liso y negrísimo, con un mechón que le cruzaba media frente, y un brazalete rojo con la esvástica. La capa blanca abrochada al cuello convertía a esa especie de Hitler en un fantasma de polichinela que se movía, gesticulaba y berreaba de acuerdo con lo que la narración dictaba:

—El rey gigante era tan orgulloso que creía ser Dios en la Tierra. Desde su altura miraba a las personas con desprecio. Les decía: «¿Qué hacéis aquí abajo, hormigas, arrastrándoos por el suelo?». Y los aplastaba con la suela del zapato. Su palacio era una cueva de la montaña y, de vez en cuando, salía a cazar personas. Cazaba a los hombres más jóvenes y fuertes que encontraba, se los llevaba a las montañas y los obligaba a trabajar para él. Les hacía cultivar la tierra, pacer el ganado y cazar animales salvajes, como si fuesen esclavos, y todo lo que los hombres cosechaban él se lo zampaba. Su apetito era tan insaciable que, por mucho que trabajasen, nunca tenía suficiente. Un día, el gigante vislumbró muy lejos una multitud que iba andando. Eran los hebreos que se habían escapado de Egipto y se dirigían a la Tierra Prometida guiados por Moisés. Y ya lo tenéis brincando montañas abajo, salvando a zancadas barrancos, ríos y cordilleras. Cuando estuvo cerca de los judíos, se dio cuenta de que la procesión avanzaba bajo una nube, una nube blanca y alargada que los protegía del sol y a la vez los guiaba. Se acercó para atacarlos, pero la nube era tan densa que no se veía nada. Braceaba enfurecido y bramaba: «No os escaparéis, hormigas extranjeras. ¡Os aplastaré como a una torta!».

Salió de la nube, se dirigió hacia la montaña que vio más cerca y de un tirón la arrancó del suelo de cuajo como quien extrae una piedra del barro. La llevaba con los brazos en alto con la intención de arrojarla contra la multitud.

La montaña que el Hitler de polichinela arrancó era en realidad un saco enorme relleno de mazorcas de maíz con un agujero en medio para dejar pasar una cabeza.

—Entonces, Dios envió a la montaña una nube de hormigas que enseguida se pusieron a excavar galerías. Eran tan minúsculas que el gigante no podía verlas. Sentía picaduras en la piel, briznas en los ojos, cosquillas en los agujeros de la nariz. Intentó rascarse y entonces la montaña se le resbaló de las manos y cayó encima de él. No lo enterró por completo. La cabeza, tras agujerear la tierra blanda del hormiguero, le salía por la parte de arriba, de manera que la montaña le quedó empotrada en el cuerpo y le impedía mover los brazos. Por la parte inferior solo se le veían los pies y las piernas. El gigante vociferaba de rabia, golpeaba con los pies en el suelo para liberarse de la montaña, pero era inútil. Entonces Moisés, armado con una espada de siete palmos de largo, le segó las piernas de un solo golpe y el gigante se hundió como un edificio sin cimientos. —Levy cerró el libro, levantó los ojos hacia la bombilla apagada que colgaba del techo y recitó—: Bendito sea el Dios de Israel, que bajo el aspecto de una nube blanca mató al gigante infiel.

La historia del gigante resultó un éxito clamoroso. Todo el mundo, niños, chicos y jóvenes, la Abadesa y los monitores, aplaudía a los actores con entusiasmo mientras Daniel pensaba que no era para tanto. Al fin y al cabo, Levy no había hecho nada más que leer la historieta de un libro que él mismo había adaptado y resumido, y Helmut solo había abierto la boca para pegar chillidos, hacer muecas y patear con los zancos. Ambos recogían los frutos que él había sembrado. Cuando por fin la ovación se apagó del todo y Levy se retiró, el otro se quedó allí en medio y continuó haciendo tonterías que provocaban nuevas risas y aplausos por toda la sala. «Retírate de una vez —se irritaba Daniel—. Ahora me toca actuar a mí.» Pero por el momento no parecía que Helmut

tuviese la menor intención de abandonar el centro de la sala. Los pequeños, y también las chicas, le reían las bromas, y él quería sacarle todo el jugo a su papel de Hitler de polichinela. «Si él no se va, haré el ridículo con mi papel de Shylock. Y si se va, también. Debía haber actuado yo primero.» O quizá debería haber elegido algo más divertido. Al fin, Helmut se fue a medias. Como no había forma de sentarse con los zancos, las chicas le hicieron sitio para que pudiese apoyar el trasero en la mesa.

Cuando al fin se hizo el silencio, Jean-Luc anunció su número. Empezó diciendo que para entender bien el monólogo era preciso conocer el argumento de la obra de Shakespeare titulada *El mercader de Venecia*. Y mientras trataba de explicar el papel que juega Shylock, un judío usurero que quiere vengarse de una injusticia por parte de los cristianos, Daniel pensaba: «No te mates, que no pienso seguir el guion». Llegado el momento, se abrochó una chaqueta negra, se cubrió la cabeza con un sombrero negro igual que el que llevaba Levy y salió a escena. Desde el centro del comedor dirigió una mirada circular como si buscase a alguien entre el público. Al comprobar que su silencio había hecho enmudecer a los asistentes, se sintió fuerte, seguro de sí mismo. De pronto gritó:

—¡Ya te he encontrado, payaso criminal! —Con pasos decididos se plantó delante de Helmut y le soltó a bocajarro el monólogo retocado a última hora—. ¡Has deshonrado a la gran nación de los alemanes! ¡Has insultado a mi familia! ¿Y por qué motivo? Pues porque somos judíos. ¿Acaso no tenemos dos ojos como los alemanes? ¿No tenemos manos, órganos internos, sentidos, sentimientos como vosotros? ¿No comemos los mismos alimentos? ¿No nos hieren las mismas armas? ¿No padecemos las mismas enfermedades y no nos curan los mismos remedios que a vosotros? ¿No pasamos también calor en verano y frío en invierno? Si nos pinchan, ¿no sangramos? Si nos hacen cosquillas, ¿no reímos? Si nos envenenan, ¿no morimos? Pues, si todos estamos hechos de la misma pasta, ¿por qué nos persigues? —Hizo una pausa para saborear una vez más el silencio sepulcral de la sala y prosiguió mientras se acercaba unos pasos a Helmut—: ¿Qué has

hecho con mis padres? Y mi hermana mayor, el abuelo Josef, ¿dónde están? ¿Los has encerrado en una cárcel o quizá los haces trabajar como esclavos en una fábrica de bombas? —El otro, que no sabía qué cara poner, lo miraba con una sonrisa idiota—. ¡Di, dónde están! ¿No me respondes? Ya lo entiendo. Tú no sabes hablar como las personas. Solo sabes chillar, patear y hacer el payaso. Y las mujeres, más bobas aún, te ríen las tonterías. Pues escucha bien lo que te digo, payaso cruel. ¡Si haces daño a mi familia, si continúas maltratando a los judíos, juro por Dios que te pagaremos con la misma moneda!

Había acabado y en la sala solo se oía el ronquido de la estufa. Hubo de iniciar el gesto de saludar al público bajando la cabeza y acto seguido sacarse el sombrero para demostrarles que no iba en serio, que solo estaba actuando. Entonces aplaudieron, claro está. Aplausos tristes y sinceros de los pequeños, pero fríos y poco entusiastas por parte de la Abadesa, de Jean-Luc y de sus compañeros de clase. Unos por envidia, otros con la sospecha de que como responsable de las actuaciones le había tendido una trampa al más mayor del grupo para humillarlo delante de todos.

—¡Una puñalada por la espalda! —le escupió Levy cuando se encontraron en la habitación—. Lo engañaste obligándolo a hacer de Hitler.

—Eso es mentira —se defendía él. Y lo razonaba recordándole que el papel de Hitler había sido idea de Helmut. El gigante Og que él en principio le había propuesto era un general alemán.

También Rachel encontró demasiados defectos en la actuación. Era la única que lo sabía; días antes habían leído y comentado el monólogo de Shakespeare. Pues ella, después de felicitarlo con poco entusiasmo por su interpretación, le dijo que no le habían gustado nada los cambios que había introducido en el texto del libro, que se había pasado de rosca con Helmut y que a ella la había hecho sentir mal. En cambio, Helmut, el único que podía sentirse ofendido, no le hizo ningún comentario. Ni aquella noche ni al día siguiente. Entre una cosa y otra, no tenía argumentos para acusarlo de nada. Y, por otro lado, debía de considerar que el lucimiento de Hitler en el papel del gigante Og

compensaba con creces los insultos de mentira que le habían caído después como Hitler real. Le puso mala cara un par de días...

Daniel vuelve al aula porque el maestro ha abierto el libro de Shakespeare y anuncia a toda la clase que comentarán el monólogo de Shylock. «El texto original que escribió el autor», quiere dejarlo claro. Hojea buscando la página y le pasa el libro a Yvonne, que es la que pronuncia mejor el francés. Cuando la chica acaba la lectura, el maestro le pide a Daniel que explique por qué motivo lo eligió. Él responde muy satisfecho:

—Shakespeare escribió esta obra hace más de trescientos años, algo que tiene mucho mérito. La mayoría de la gente era antisemita y él, en cambio, defiende a los judíos. Se atreve a decir que los judíos somos personas como las demás. Shakespeare era un genio.

El maestro le pregunta:

—¿Qué quieres decir con que era un genio? ¿Qué es un genio para ti?

—Pues eso. Un sabio que descubre inventos nuevos. Un escritor que se atreve a escribir cosas ciertas en contra de la opinión de la mayoría. Por ejemplo, que los judíos somos personas normales.

—Quieres decir que Shakespeare denuncia los prejuicios que los ingleses de la época tenían sobre los judíos.

—Eso, los prejuicios.

—Los judíos tenéis la mala fama de ser usureros. Todavía hoy...

—¡Eso es mentira! —salta Levy—. ¡¡Una infamia inventada por los gentiles!!

—¡Un prejuicio! —concluye el maestro—. Shakespeare se atreve a denunciar que los judíos sois de carne y hueso como los humanos, que ya es mucho en la Inglaterra del siglo XVII. Pero aquí se queda. No va más allá y convierte a Shylock en un estereotipo, un judío tópico. ¿Os imagináis que Romeo, o bien Julieta, uno de los dos protagonistas, fuera hijo de padres judíos? ¿Y que el conflicto entre las dos familias rivales viniese de aquí? La chica, en lugar de Julieta, podría llamarse Rachel.

Rachel Estruga, que se sienta en la primera fila del lado de las chicas, se pone como un tomate entre risillas y comentarios. El maestro sonríe complacido. Enseguida sigue criticando al gran dramaturgo inglés:

—Shakespeare no se lo debía ni plantear, y en eso nos demuestra que es un escritor poco atrevido. O corto de miras. Por lo tanto, Daniel, yo no lo consideraría un genio. Se deja llevar por el espíritu de su tiempo, igual que los ingleses de la época. —Coge aire, pregunta si alguien sabe qué es el espíritu del tiempo y, acto seguido, él mismo se responde—: Las ideas dominantes en una época determinada. La gente de la calle cree que es la única forma sensata de ver el mundo. No se dan cuenta de que con el tiempo esta percepción cambiará, que evolucionará, en una palabra. Solo un genio es capaz de adelantarse. ¿Alguna pregunta?

Daniel levanta la mano, no para discutirle la genialidad del dramaturgo inglés, sino para plantear una idea que le ha venido a la cabeza de pronto:

—Esto que usted acaba de decir, eso del espíritu de la época —balbucea como puede en francés—. Si es verdad que cambia con el tiempo... Quiere decir que dentro de cincuenta años la gente verá el mundo de una manera diferente a como lo vemos ahora y esta visión futura será mejor, más avanzada; será más acertada que la que tenemos ahora nosotros.

—¡Un buen razonamiento! —le reconoce el maestro—. A finales de este siglo XX vuestros hijos o vuestros nietos encontrarán normales situaciones que para nosotros hoy son inimaginables.

Le gusta tanto la idea que acaba por imponerla como tema de debate para la próxima clase de lengua. Cada uno deberá defender un asunto, un tema, una situación nueva de la sociedad que hoy nosotros imaginamos impensable y que, en cambio, la gente de finales del siglo XX encontrará normal. Dicho eso, Jean-Luc quiere comentar también algo más de la otra actuación del *réveillon*:

—La leyenda del gigante Og demuestra que el fascismo, la ambición desmesurada de Hitler, caerá por su propio peso.

—Pero esta vez no seremos los judíos los que haremos caer al gigante —interviene Yvonne Kraft. La chica está colada por el

galán de la clase y no lo disimula—. Yo estoy de acuerdo contigo, Helmut. Tú siempre dices que los judíos no sabemos defendernos de las injusticias que sufrimos.

Helmut recibe el elogio con una sonrisa de satisfacción en los labios, pero mudo, sin osar mirar a su admiradora, no fuera a ser que le obligase a hablar en público. Es Levy quien responde a la chica:

—¡Cómo quieres que Dios te ayude si no se lo pides! —exclama el hijo del rabino—. No respetas sus preceptos. Ni tú ni ninguno de esta clase. Yo soy el único que cumplo como buen judío.

Yvonne replica:

—El día de los gendarmes no vi ninguna nube encima de tu cabeza. Si se nos hubieran llevado, tú habrías sido uno más. A trabajar a la montaña para engordar al gigante.

Atención porque Helmut hace algo que nunca ha hecho antes, como pedir la palabra en clase. Su brazo, largo y robusto como el chopo del molino del Fraile, atrae todas las miradas. El maestro le anima a hablar:

—Di, Helmut. Te escuchamos.

Él suelta a borbotones:

—Los gendarmes volverán pronto. No tenemos escapatoria. El convento es una ratonera. Yo he pensado una solución. No la diré aquí. Es un secreto. Un secreto militar.

8

LIBRO DE SAMUEL SILVERSTEIN III

Incluso con el nombre falso, Samuel se sentía inseguro en la ciudad roja del Garona. Al haber trabajado como basurero en el Ayuntamiento, eran muchos los empleados municipales que lo conocían y en más de una ocasión lo habían saludado por la calle: «¿Cómo vamos, Samuel? ¿Dónde andas ahora?». Él susurraba un «Voy tirando» y huía del policía municipal igual que si lo hubiese pillado desnudo.

Para amargarle aún más la estancia, Philippe no quería volver a la escuela después de un incidente grave, alarmante y del todo inexplicable, que había tenido con una maestra. Un día en que sus compañeros de aula lo martirizaban espetándole los insultos habituales de «cerdo», «bulldog» y otros dardos hirientes, el niño terminó por derrumbarse y estalló en un llanto de rabia y desesperación. Una de las maestras acudió a consolar a aquel niño con la boca partida cuyos padres lo habían abandonado en el hospicio. Pese a estar a punto de cumplir catorce años, parecía mucho más pequeño, sin duda por culpa de la malnutrición que había sufrido. Mientras la mujer lo estrechaba maternalmente contra su pecho, el niño metió la mano por entre los botones de la abertura delantera de la blusa y se puso a sobarle las tetas con fuerza, como si quisiera arrancárselas. Este fue el relato que la maestra le contó y que el niño no negaba. Samuel lo riñó:

—¡Cómo es posible, Philippe! ¿Se puede saber por qué lo has hecho?

—No lo sé. No quiero volver nunca más a la escuela.

—¿Cómo que no lo sabes?

El niño no mentía. Ignoraba que el inusitado pronto de rozar pechos y pezones tibios le venía de muy pequeño, de los primeros días de haber aterrizado en un mundo extraño donde se pasaba frío y hambre, bajo sombras gigantes y ruidosas que se movían por encima de él. Unas sombras que no sabían qué hacer de aquel pedazo de carne bautizada que el primer día al empezar a oscurecer seguía aferrándose tenazmente a la vida con unos bramidos muy perturbadores. Las monjas se lo entregaron a Paulette, una chica de diecisiete años que tres meses atrás había llamado a la puerta del hospicio con lágrimas en los ojos, un hatillo y un vientre enorme, hinchado como un globo. Las monjas la habían acogido por caridad cristiana. El hijo que llevaba en la tripa nació muerto en un parto prematuro y Paulette se quedó en la casa como criada. Tan pronto como tuvo en brazos a Philippe, se lo llevó al cuartucho donde tenía la cama, decidida a alimentarlo y a mantenerlo vivo a toda costa. Se entregó a ello en cuerpo y alma, como si se tratase del hijo salido de sus entrañas. No era una empresa fácil, sin embargo. ¿Cómo taponarle el labio y el paladar partidos que le impedían sorber los líquidos y le desviaban la leche hacia la nariz provocándole unos ataques de tos espantosos? Al final, con paciencia e ingenio, aplicando paños en el corte, lograron que la criatura probase las primeras cucharadas de leche aguada. Pero el bebé nunca tenía suficiente. Por la noche, cuando Paulette se echaba en la cama, rendida por los trabajos de madre adoptiva y de burro de carga en la cocina y en las letrinas, el niño buscaba con labios y manitas el calor de sus pechos secos. Y ella le dejaba hacer, satisfecha de unas caricias que la hacían soñar despierta. Hasta que una madrugada se despertó con el pecho mojado: a costa de insistir, el niño había obrado el milagro de hacerle subir la leche. Desde ese momento, Paulette lo amamantó como un ama de cría. Hete aquí la explicación de aquella agresión a la maestra de Lengua. Si bien en los primeros meses de vida la criatura aún no había cerrado la jaula de la memoria, el recuerdo de la teta salvadora había dejado rastro en algún rincón escondido de su alma.

Así pues, Philippe se negó en redondo a volver a la escuela. De hecho, ya antes del incidente con la maestra, para él la escuela era un infierno. Samuel se inquietaba viendo que vagabundeaba mañana y tarde por las calles como un tarambana, y como le gustaba meter la nariz en las peleas y los follones, cualquier día le daría un disgusto. Y cuando estaba en casa se quejaba de la comida, se moría de aburrimiento, le mendigaba dinero, más pesado que una gotera en los días de lluvia. Al encontrarse en esta situación de inseguridad para él y de sufrimiento para Philippe, se planteaba abandonar Tolosa cuando el profeta Marcel le dio el empujoncito que le faltaba para dar el paso. Lo informó de que en la Main Forte necesitaban agentes activos instalados en las zonas rurales, buenos conocedores de pueblos pequeños y de masías donde era más fácil esconder a los niños que ellos rescataban del campo de concentración de Vernet y de otras poblaciones del sur de Francia donde el Gobierno de Vichy había confinado a familias judías. Para alojarlos en lugares seguros, la organización inclinaba sus preferencias por la región de los valles de los Pirineos, próxima a la frontera española. Aparte de ser lugares aislados, en el caso de que las cosas empeorasen, la huida a España por caminos de montaña podía ser la única salida.

Philippe saltaba de alegría cuando supo que se iban. Corrió a abrir la *Guía Michelin* y, después de haberse ajustado con el dedo índice la goma del paladar, fue leyendo en voz alta los nombres, de Tolosa hacia el sur, hasta la línea irregular de la frontera donde se acababan las palabras, las rayas torcidas de los ríos y las más rectas de las vías de tren y carreteras. De toda la letanía de poblaciones que recitó, al viejo transportista de Lille solamente el nombre de Sent Gironç le decía algo. Lo recordaba de haberlo leído en la dirección de cajas y paquetes procedentes de Bélgica. «Almacenes Sentenac, calle Alsacia-Lorena, Sent Gironç, Arièja, Francia.» Al día siguiente, el profeta Marcel le confirmaba que precisamente Sent Gironç era una población estratégica, bien comunicada por ferrocarril y puerta de entrada a los valles pirenaicos que descienden de las montañas de la frontera española. Le pidió que hiciera una escapada a la zona y que tratase de encontrar un

empleo cualquiera, por muy mal pagado que estuviera. El niño quiso acompañarlo a toda costa, ilusionado de viajar en tren. Arrimado al cristal de la ventanilla, observaba cómo desfilaban los pueblos del mapa a medida que la lisa llanura de Tolosa se iba estrujando en arrugas cada vez más altas que se convertían en cerros redondeados y boscosos.

Por entonces, Sent Gironç era la estación de ferrocarril más próxima a los valles pirenaicos. Allí, un ramal del tren giraba hacia el este en dirección a Foish, mientras que otra línea, aún en construcción, debía continuar hacia el sur y atravesar los Pirineos por un túnel larguísimo bajo las montañas del puerto de Salau que saldría por la parte de España. La capital de la comarca de Coserans era un pueblo fluvial con sus puentes y con esclusas que canalizaban el agua hacia molinos manufactureros, fábricas de papel y centrales eléctricas. Una población de siete mil habitantes, con calles de trazado geométrico, tendida sobre el Salat, el río que baja de las montañas de mediodía y confluye con el Les, que viene de poniente.

Fuera de la estación hacía un tiempo lluvioso y anieblado que no dejaba ver nada a dos palmos de la nariz. Como si se hubiesen bajado en el extremo en blanco del mapa. El centro del pueblo quedaba más arriba de la estación, de modo que el niño tuvo que meterse la guía en el pecho para evitar que el agua le estropease las cubiertas. Como en buena parte de las poblaciones francesas, una de las calles céntricas de la orilla derecha recibía el nombre de Alsacia-Lorena, y en marzo del año 1942 mantenía el nombre, aunque estas dos regiones disputadas del norte de Francia ya hacía casi dos años que formaban parte de la nueva Alemania imperial. Los Gobiernos de Berlín y de Vichy eran lo que se dice uña y carne, y consideraban que no era el momento oportuno para cambiar placas ni nombres. A los viajeros no les fue necesario preguntar por el establecimiento que buscaban. Las puertas, los escaparates y los mostradores colmados de género de los grandes almacenes Sentenac & Reich se extendían a lo largo de un lado de la calle, bajo un cartel de una veintena de metros de longitud en el que se anunciaba de todo: desde flores artificiales y plumas de pájaros

exóticos para sombreros de señora hasta perfumes y coronas mortuorias. Al preguntar por el señor Sentenac, uno de los empleados con guardapolvo que despachaba junto a la puerta les señaló un hombre de mediana edad, traje con chaleco y pajarita, que atendía a un cliente detrás de uno de los mostradores del interior. Samuel indicó a Philippe que mientras hablara con el amo, eligiese una cosita para él, la que quisiese con tal de que no excediese de cinco francos.

El señor Sentenac atendía a un individuo robusto y malencarado. Ambos discutían sobre el precio de un viejo cajón de madera que el cliente había puesto encima del mostrador. Era una caja bastante curiosa. Iba equipada con correas para llevarla a la espalda como una mochila y su interior estaba lleno de unos pequeños cajones que contenían estampas, botones, medallas y otros objetos diminutos. Por lo que Samuel deducía de la discusión, era el cliente el que pretendía venderle la caja llena de género a un precio que el dueño del establecimiento encontraba exagerado. Al final, el vendedor aceptó unos billetes e, irritado, se dio media vuelta murmurando maldiciones, jurando que nunca más volvería a poner los pies en aquella cueva de ladrones. El señor Sentenac apartó la caja a un lado del mostrador y se dio la vuelta para atender al nuevo cliente forzando una sonrisa:

—Diga, señor. ¿En qué puedo servirle?

Samuel soltó su discurso de presentación la mar de tranquilo. Como dicen en el norte de Francia, a quien viene de lejos le es muy fácil decir mentiras. Empezó presentándose como un transportista profesional con permiso para conducir vehículos de motor. Había trabajado más de veinte años en la empresa Silverstein de Lille, donde, por cierto, muchos paquetes dirigidos a los almacenes Sentenac, procedentes de Bruselas, habían pasado por sus manos. Antes de la ocupación alemana de la ciudad, había huido al sur y ahora buscaba un empleo para poder vivir honradamente con su hijo. Tenía cincuenta y dos años, y, por tanto, estaba libre de servidumbres militares. El señor Sentenac, que mientras lo escuchaba había transformado su atención inicial en cara de fastidio, lo despidió diciendo que en su empresa no necesitaban

personal. Pero Samuel no se dio por vencido:

—Puedo trabajar de chófer, de mozo de almacén, de vendedor. Cualquier cosa.

Entonces el dueño señaló con la mirada la caja de madera:

—Si quiere trabajar de *colporteur*...

—¿Cómo dice?

—Vendedor ambulante —explicó el dueño—. Es el único trabajo que le puedo ofrecer. Aquí en Arièja hay muchos pueblos pequeños que no tienen tienda. Y no digamos ya las masías. Yo les suministro el género. Con un descuento considerable, no crea.

Samuel empezó a entender el misterio del cajón:

—¿Y tiene usted muchos de estos empleados *colporteurs*?

—Le seré franco, señor...

—Me llamo Christophe Leroy —pronunció Samuel Silverstein con contundencia.

—Le seré franco, señor Leroy. Este individuo maleducado que se acaba de ir era el último *colporteur* que me quedaba. Y lo he echado, como usted mismo ha podido ver. Pero no vaya a pensar que es un mal negocio; las estampas y medallas de Lourdes se venden muy bien. ¿Sabe lo que ocurre? Que los jóvenes de hoy son muy gandules, no quieren ir a pie a ninguna parte. —El hombre le adivinaba un punto de interés y se iba animando para venderle la moto destartalada—. Pero es que tampoco se trata de caminar como antes. Hoy puede uno desplazarse en autobús o en bicicleta. Y el día de mercado, aquí mismo en Sent Gironç, podría montar el tenderete.

Samuel no acababa de verlo claro:

—Pero ¿estas ventas son legales?

El comerciante más poderoso de Sent Gironç exclamó con vehemencia:

—¡Tan legales como el género que vendemos en la tienda! Nosotros no somos gitanos. El *colporteur* dispone de un carné que le permite vender y desplazarse por los pueblos. Autorizado por la gendarmería, no vaya a creer. Hoy día, en que todo son obstáculos para moverse y viajar, usted podrá ir a donde quiera.

El extransportista pensó que, en realidad, la facilidad para ir

de un lugar a otro era importante para la auténtica tarea que pretendía iniciar:

—¿Es muy complicado sacarse el carné?

—No tiene que preocuparse por eso, señor Leroy. No deberá realizar ninguna gestión para obtener el carné. Nosotros nos encargamos de los trámites. ¿Vive usted aquí?

—Ahora vivimos en Tolosa, pero hemos pensado en trasladarnos a Sent Gironç. Estoy buscando un piso de alquiler.

—Pues, cuando tenga piso, me trae el certificado de residencia y el carné de identidad, y al día siguiente tendrá el carné de *colporteur*. ¿Y sabe lo que le digo? Que, si acepta el empleo, le regalo la caja. —Entonces se percató de la presencia de Philippe, que se había acercado llevando un pajarito de lata en las manos—. ¡Caramba, qué hijo más espabilado tiene, señor Leroy! ¿Qué te has comprado, un ruiseñor? Mire, vale cinco francos y se lo dejo por dos y medio. Precio de *colporteur*.

Samuel ya se había decidido antes del descuento:

—Gracias, señor Sentenac. Guárdeme la caja hasta la semana que viene. Si no surge ningún imprevisto, volveré pronto para cerrar el trato.

Nada más salir de la tienda, Philippe buscó una fuente, llenó de agua su ruiseñor de lata y empezó a hacerlo sonar con insistencia mareante. A Samuel le estallaba la cabeza y aun así no reñía al chico mientras pensaba: «Ha elegido un juguete que funciona soplando. Y ahora, a pesar de la esquirla de la boca, quiere demostrarme a mí y a todo el mundo que él es un niño normal capaz de soplar un silbato». Le permitió, pues, que aventase su condición de niño normal por las calles y plazas de aquel pueblo de montaña. Al llegar a la estación, le dijo que ya bastaba. Cuando subieron al tren ya era de noche y, como el niño no tenía ganas de distraerse con el mapa ni con las luces de las estaciones que pasaban como relámpagos al otro lado de la ventanilla, el hombre creyó que era el momento oportuno para exponerle la cuestión que tenía en mente:

—He pensado una cosa, Philippe. He pensado que podría inscribirte con mi apellido, como si fueses un hijo adoptado. El

otro día pasé por la oficina de los juzgados y me dijeron que los trámites no son muy complicados. —Abrió la pequeña carpeta donde llevaba su documentación y le mostró un papel—. Para empezar, deberíamos rellenar este impreso.

El niño, que parecía adormilado en su asiento, reaccionó de golpe:

—¡Tú no eres mi padre!

—Ya lo sé, Philippe, ya lo sé. Solo lo hago por tu bien. ¿Qué harás si te reclaman del orfanato de París? Los gendarmes vendrán a buscarte a casa. Te devolverán allí a la fuerza.

—Pues volveré a escaparme.

Él le expuso otro motivo por el que le convenía figurar en los papeles como hijo suyo:

—En Sent Gironç no te querrán en ninguna escuela.

—¡Mejor! ¡No quiero ir a la escuela!

—¿Y qué harás en casa todo el día?

—No me quedaré en casa. Viajaré contigo. Te ayudaré a vender cosas.

El hombre no quiso abrir más frentes de discusión y retornó a las ventajas que le comportaría el pequeño detalle de cambiar de apellido en su carné de identidad. Al fin y al cabo, Leroy era un apellido falso:

—Por lo tanto, tú serías hijo adoptivo de un padre con apellido falsificado. Y cuando acabe la guerra o la situación mejore, puedes volver a llamarte Philippe Deuxjuillet.

El niño no daba su brazo a torcer:

—¡Tú no eres mi padre! ¡Mi padre me abandonó! ¡No quiero tener ningún otro!

—Es que en realidad no seré tu padre. Nuestra relación seguirá como hasta ahora. —Le mostró de nuevo el impreso—. Vamos, Philippe. Solo tienes que firmar este papel y mañana por la mañana vamos los dos al juzgado.

—¡Te he dicho que no! —chilló el niño. Le arrancó la hoja de un zarpazo, la estrujó fuerte con los dedos y le lanzó la bola a la cara. A Samuel le dolió como una pedrada.

Transcurridos ocho días regresaban con el equipaje al pueblo

del Salat después de que el profeta Marcel considerase el oficio de vendedor ambulante como muy apropiado para la misión que se le encomendaba. Se instalaron en un piso de alquiler en una calle estrecha del barrio viejo, justo detrás de la iglesia parroquial dedicada al patrón de la villa, san Geroncio mártir. El dueño de los grandes almacenes Sentenac, que ya desconfiaba de la palabra de aquel viejo conductor de camiones, lo recibió con mucho gusto. Se ofreció a tramitarle la documentación en la gendarmería y pocos días más tarde cumplimentaban el contrato de *colporteur*. Como Samuel no tenía parientes ni conocidos que lo avalasen, ni ninguna propiedad para hipotecar, tuvo que pagar al contado la mercancía que se llevaba:

—Las normas de la empresa son estas, señor Leroy. En el próximo pedido le daremos a crédito el cincuenta por ciento del valor del género.

Samuel no le dio importancia, ya que el dinero no representaba para él ningún problema. Por lo menos de momento. Cuando le comunicó al dueño que tenía intención de acercarse hasta la población balnearia de Aulús uno de esos días, aquel le aplaudió la iniciativa:

—Al parecer, todas las fondas y los hoteles están llenos de judíos. Judíos ricos, no crea. Y como tienen prohibido salir del pueblo... —Y añadió con una sonrisa—: No es preciso que cargue con muchas medallas, estampas y rosarios.

—¿Sabe usted si hay algún carruaje que vaya?

—Hay un coche de línea diario. Ah, y el del colmado. El de la plaza Pasteur sube con el camión un par de veces a la semana. Le saldrá más barato.

El comerciante Sentenac quedó muy satisfecho por aquella vocación tardía de *colporteur* que de repente le había llegado del norte de Francia cuando él hacía tiempo que había dado el oficio por muerto. Además, el viejo transportista le había dado una buena impresión: parecía serio y había pagado a tocateja sin regatearle el precio ni exigir plazos. Abandonó un momento la caja registradora y salió hasta la puerta para despedirse. Lo siguió con la mirada calle adelante encorvado bajo la caja mientras su cabeza cavilaba:

«¡Las sorpresas que nos ha traído la ocupación alemana! Quién iba a decir que los viejos oficios y las herramientas arrumbadas volverían a ser útiles. Los propios carros, a punto de ser retirados de la circulación, han vuelto a llenar las calles. Nos hicieron avanzar el reloj para ponernos a la hora de Berlín y, mira por dónde, parece que vamos atrás. Pero, en fin, si esto es la guerra, por el momento que no vuelva la paz».

Una mañana de primeros de abril el último *colporteur* de Coserans y su chico se adentraban en el valle ancho y soleado de Garbet hasta Aulús, una estación de aguas termales y último pueblo francés al lado de la frontera. Tal como le había indicado el profeta Marcel, en aquel callejón sin salida de montañas, el prefecto regional de Tolosa había confinado a cientos de familias judías, la mayoría procedentes de Polonia. El camión del tendero lo dejó en la puerta del Gran Hotel, uno de los varios establecimientos de huéspedes que se sucedían, a la entrada del pueblo, a uno y otro lado de la carretera. Delante de mismo hotel montaron el tenderete. Samuel abrió la caja, sacó de su interior los diez cajoncillos llenos de baratijas y los fue colocando alrededor mientras Philippe desplegaba acordeones de cromos y postales encima del murete de piedra que separaba el río del paseo de los hoteles. Enseguida se vieron asediados por un enjambre de niños. Era una mañana radiante de primavera y los confinados salían a estirar las piernas por el paseo de la carretera y por los caminos de tierra a orillas del río.

El primer volumen del desplegable de la Torá, que los cristianos llaman «Historia Sagrada», era el objeto más solicitado por la chiquillería. Cuando solo quedaba un juego y eran muchos los niños que se lo disputaban, Samuel, queriendo poner paz, les anunció: «¡Este será para todos!». Fue desmontando el acordeón por las junturas de los pliegues y le pasó los doce cromos a Philippe para que los repartiese de balde a los que se habían quedado sin uno. Y el niño, encantado de la vida. Nunca se había visto solicitado por tantos amigos. Hizo que se pusieran en fila por orden del más pequeño al más mayor e iba preguntando a cada uno qué cromo escogía. «Moisés dentro del cesto bajando por el

río», dijo una niña. «Adán y Eva desnudos en el paraíso», «Jacob delante de la escalera que asciende hasta el cielo», «Judith cortándole la cabeza a Holofernes», «Elías dentro de un carro de fuego volador»... Y así hasta el último pedigüeño, una niña de ocho o nueve años, que hubo de quedarse de mala gana el sacrificio de Isaac. Con la espalda apoyada en el muro, Samuel los observaba satisfecho con una sonrisa en los labios con la que pretendía esconder las amenazas ocultas que los acechaban.

Los adultos también se acercaban atraídos por la novedad. La mayoría eran hombres que superaban los cuarenta años y sin un real en el bolsillo, ociosos a la fuerza porque en aquel apartado rincón de pastores y de vacas había trabajo para muy pocos. Las mujeres, en cambio, trajinaban por las cocinas y las habitaciones de los hoteles, pensiones y casas particulares. Pese a ser extranjeros, al llevar casi dos años en el sur de Francia, se hacían entender en la lengua del país y a menudo la chapurreaban para informarse de las novedades de la guerra. A Samuel la conversación le iba como un guante. Porque en realidad él tenía más interés en venderles temores, prevenciones y recelos hacia las autoridades francesas que cualquiera de las bagatelas que llevaba en el cajón. Para llamar su atención, dejaba caer que él como vendedor ambulante había circulado por pueblos y ciudades de las tres Francias: la ocupada por los alemanes, la de Vichy y la de Mussolini. «Hace un par de años estaba en Lille —ponderaba sin exagerar—; la semana pasada, en Tolosa.» Y ciertamente el panorama que había visto por todas partes pintaba muy negro para las comunidades judías. Él no era judío, pero, como ser humano, las injusticias que sufrían le dolían en el fondo del alma. Sufría sobre todo por el peligro que corrían los niños, aunque por suerte en Francia había muchas entidades y personas dispuestas a acogerlos. Las reacciones de los viejos que lo escucharon a lo largo del día no eran precisamente optimistas. He aquí algunas de las respuestas hirientes que tuvo que escuchar:

—Nosotros no podemos quejarnos. Hemos tenido mucha suerte de venir a Aulús. En el campo de concentración de Gurs nos pelábamos de frío.

—Aquí, en la Francia libre, es diferente. Aunque para el Gobierno somos unos indeseables, la gente del pueblo nos trata bastante bien.

—Peor mal ya no pueden hacernos a los judíos. ¿Qué más pueden hacernos, matarnos a todos? ¡Todo eso de los peligros solo son habladurías!

—El paisaje es precioso. Y los campesinos del pueblo muy amables.

—A mis hijos yo no los entrego a cualquier desconocido. Nadie puede protegerlos mejor que su familia. Aquí van a la escuela con los niños franceses.

—Somos pobres. En Amberes lo perdimos todo. La Unión de Israelitas nos paga los gastos de la pensión. Suerte tenemos del rabino Moses.

«¡La Unión General de los Israelitas de Francia!», se desesperaba Samuel. El profeta Marcel lo había prevenido que este organismo oficial del Gobierno era el peor enemigo de los judíos de Francia. A pesar de que muchos judíos actuaban de buena fe, su resignación y servilismo hacia los gobernantes de Vichy había acabado por convertirlos en unos colaboracionistas, traidores al pueblo hebreo. Con estos vendidos repartiendo migajas a los confinados y los gendarmes de Èrce controlando la única carretera de entrada al valle, el rescate de los niños sería muy difícil.

El *colporteur* y el chico pernoctaron en una casa vieja del pueblo, el único lugar de Aulús en el que encontraron una habitación libre. Por la mañana, cuando bajaban a la carretera para coger el coche de línea, les abordó una mujer de Polonia. Tan pronto como Samuel oyó que era viuda y madre de un niño de siete años, pensó: «Esta me hará caso. Las mujeres saben olfatear los peligros mejor que los hombres». Y mandó a Philippe hacia el autobús para atenderla como Dios manda. La mujer le agradeció la preciosa estampa de la Torá que el día anterior le había regalado a su hijo, si bien ese no era el verdadero motivo de su consulta. En el Hotel de France donde ella trabajaba de lavandera, le habían llegado rumores de que el *colporteur* conocía lugares seguros donde esconder a los niños y ella quería informarse. Le preocupaba lo que

le pudiese ocurrir a su hijo. Su marido había muerto luchando contra los rusos, y los alemanes habían asesinado a sus padres:

—El pequeño Léon es lo único que me queda en la vida, el único apoyo que me sostiene. ¿Sabe qué le digo? Que si yo tuviese la certeza de que él sobrevivirá a todos estos desastres que nos han caído encima, me quedaría tranquila. No me preocupa nada lo que me pueda pasar a mí. No sé si me entiende, buen hombre.

El viudo Samuel Silverstein la entendía perfectamente. Le aconsejó de entrada que en estos tiempos despiadados que a los judíos les había tocado vivir, no se fiara de ninguna autoridad del Gobierno, ni siquiera de los delegados judíos de los israelitas de Francia. Solo se podía confiar en la buena gente del país, en las familias de la zona dispuestas a acoger a niños. Al vivir en el campo en granjas aisladas y pueblos pequeños, pasaban desapercibidas para los gendarmes. Este era sin duda el refugio más seguro para su hijo. En un principio, la viuda no lo vio mal. Quería saber el lugar donde iría su hijo Léon, conocer personalmente a los padres que debían acogerlo y hablar con ellos. Ya que ella no podía moverse de Aulús, pues que viniesen ellos. «Tres o cuatro familias, ¿sabe? —exigía la madre—. Así podré escoger.»

«¡Santa inocencia!», exclamó por dentro Samuel. Y en cuanto le hubo aclarado que había que actuar clandestinamente, que por razones de seguridad al niño le cambiarían el nombre y que la madre no podría saber el lugar ni conocer a la familia, la mujer se echó atrás, convencida de que antes de entregarlo a unos desconocidos ya estaba bien con ella.

Habían llegado a la parada, el autobús calentaba el motor y Philippe, que le había reservado un asiento, desde la ventanilla le hacía señas para que subiese. La mujer se despidió agradeciéndole una vez más el regalo del cromo:

—¡Es una estampa preciosa! El niño la ha copiado en la libreta de la escuela.

Él, que ya tenía un pie en el estribo metálico de la puerta, preguntó:

—¿Qué escena de la Torá representa?

La mujer gritó por encima del ruido del motor:

—¡El Diluvio universal!

El *colporteur* Christophe no estaba nada satisfecho de su primera salida: regresaba a casa con las manos vacías de los frutos que él más anhelaba. Debía haberse mostrado más duro con los judíos confinados, se lamentaba dentro del desvencijado vehículo, columpiado por los baches de la carretera de montaña. Ir por los hoteles donde trabajan las mujeres y espetarles a la cara la sentencia de Jeremías: «¡Escuchadme bien, mujeres! La muerte nos ha entrado por la ventana, se ha metido dentro de casa. Ha segado al niño en la calle, ha hecho desaparecer la juventud de las plazas».

9

ENRIC CLOTET

—Si no caváis más hondo —les advierte Enric— de las tomateras no sacaréis nada.

Al salir de casa, de camino hacia el campo donde trabajaba su hermano, se ha parado el tiempo justo de dar un consejo a la cuadrilla de jóvenes a quienes esta tarde de mayo les han tocado las labores del huerto. Los chicos extienden el estiércol, arañan con las azadas el terreno endurecido y lleno de malas hierbas, dibujan los caballones en la tierra ablandada. Las chicas acarrean cubos de agua desde la cisterna del patio, clavan en la tierra brotes minúsculos y marchitos y los riegan con un chorro de agua que mañana los espabilará. «Pobres niños, ponen más voluntad que destreza», se lamenta el payés que odia doblar el lomo encima de los terrones. No entiende que los jóvenes prefieran el huerto a otros menesteres domésticos que deben hacer cada tarde.

El ruido de un vehículo de motor que se acerca les hace levantar la cabeza de la faena y girar los ojos con miradas inquietas hacia la pista de entrada a Artiga. No es el furgón oscuro de los gendarmes, respiran aliviados, sino un camión de carrocería verde con la caja cubierta con un toldo grisáceo que pasa de largo por delante de la entrada al patio y continúa hasta la puerta de la vivienda. Se apean dos tipos. El uno con cazadora oscura y gorra de visera, y el otro con sombrero y gabardina, que Enric identifica en el acto como Maurice Delafont. «¡Mecagüendiós, ha venido el amo! —reniega para sus adentros mientras se apresura a saludarlo —. Podría haber avisado, el malnacido.» El propietario de la finca

ha bajado del camión y espera al masovero con una sonrisa que quiere ser cordial:

—¡Visita sorpresa de inspección! —Con los ojos señala a los chicos—. Me alegro de encontraros trabajando. Veo que tenéis muchos ayudantes.

Enric da un apretón a una mano de dedos abotagados, de piel finísima y privilegiada, que nunca ha empuñado el mango de una azada:

—Bienvenido a su casa, señor Delafont.

—¿Qué son todas aquellas hierbas? —pregunta el dueño con un aire de autoridad que le viene de lejos.

—Patatas. Esto es terreno de patatas. El producto que más da. Ahora los chicos de la colonia quieren intentar hacer también un poco de huerto.

Entretanto llega Ramon, resoplando por la carrera que ha tenido que hacer desde el extremo de la finca donde labraba el barbecho con la mula. Repetición de sorpresas por la visita, de bienvenidas y de saludos mutuos. El amo y señor de la finca les presenta al chófer del camión, un sobrino de Foish llamado René, comerciante de comestibles al por mayor. Y mientras se dirigen hacia la vivienda, les adelanta lo que ellos imaginan: que el motivo de la visita es la renovación del contrato de arrendamiento.

Una vez acomodados en las sillas, ante la mesa cuadrada del comedor, el propietario les suelta:

—Así que habéis arrendado tierra a los suizos. ¿Se puede saber cuánto les cobráis?

Ramon reacciona rápido y con contundencia:

—¡No les cobramos nada!

—Eso no lo sé yo. No podéis arrendar mi finca por vuestra cuenta.

—El contrato no habla de la tierra. Va con la casa.

Enric interviene para dejar las cosas claras:

—¡Nosotros no les cobramos ni un céntimo! Se lo juro, señor Delafont. —Y remata el juramento soltando, en su lengua original, un taco que heredó de su tío dinamitero—: ¡Me cago en la reina regente! —Enseguida repara en que el redoblar contundente de las

erres puede haber molestado al señor y retorna al cuchicheo suave del francés—. Los suizos, sabe, van muy escasos de alimentos. Y les cedemos apenas medio jornal de tierra que a nosotros ni nos va ni nos viene. Ellos le sacan un provecho y a los chicos también les viene bien para hacer ejercicio.

—¡Me da igual que el contrato no lo diga! —insiste el amo—. ¿Verdad que no podéis tener gente realquilada en la vivienda sin mi permiso? Pues con la tierra, lo mismo. —Pellizca una pasta de la bandeja que Aurora ha puesto encima de la mesa y, antes de morderla, decide mostrarse generoso—. Tenéis mi permiso, qué demonios. No me gusta que la gente pase hambre en mi casa, aunque sean judíos extranjeros. Y ahora hablemos del nuevo contrato.

Enric se huele que se ha sacado de la manga esta concesión para estrangularlos con el nuevo contrato. Efectivamente, el amo aborda la negociación quejándose de la subida de precios; desde la ocupación alemana los productos suben como la espuma, hasta el punto que hoy por doscientos francos no se puede comprar ni un miserable abrigo de lana. Aun así, anuncia que él está dispuesto a mantenerles el precio del arrendamiento, siempre que esta pequeña cantidad se compense con especies y algún que otro detalle sin importancia. Empecemos por las especies. El señor Delafont sabe que Artiga es tierra de patatas, que cada año produce una buena cosecha:

—No me lo invento —añade mirando a Enric—. Tú mismo me lo has confirmado no hace mucho.

Enric calla como un muerto mientras su hermano le dirige una mirada de reproche por haber hablado más de la cuenta. «Hubieras podido meterte la lengua en el bolsillo.»

—Teniendo en cuenta el precio al que las pagan hoy —prosigue el amo—, me dais ochocientos kilos anuales.

—¡Eso es una burrada! —protesta Ramon.

Enric se pone de su lado rápidamente con una mentira de buen negociante:

—Ochocientos kilos equivalen a la mitad de la cosecha del año pasado.

Los tres se enzarzan en un tira y afloja de cantidades y de productos hasta que finalmente llegan a un acuerdo, un diezmo de cuarenta kilos mensuales de patatas, limpias y ensacadas, y dos quesos de kilo. El propietario exige que los masoveros depositen el género dentro de la capilla del convento. Enric no acaba de entenderlo y empieza a desconfiar. «¿Acaso no nos dijo que quería limpiarla para meter en ella el santo de madera medio podrido y sin cabeza? ¿Nos engañó, o bien ha cambiado de idea?» Según explica el amo, la capilla es precisamente el detalle sin importancia que se ha de añadir al contrato:

—Tú necesitas la capilla, ¿no es cierto, René?

El sobrino, un tipo de unos treinta años, pecoso de cara y que no ha abierto la boca en todo el rato sino para dar traguitos de vino dulce y encenderse gitanes, no tiene cara de ser hombre de misa y comunión diaria. Escupe una bocanada de humo y dice:

—Necesito con urgencia un cacho de almacén.

«¿Tiene el negocio de comestibles en Foish y además quiere otro almacén a cincuenta kilómetros?», se pregunta Enric. De golpe cae en la cuenta: más que un almacén, debe de buscar un escondrijo para hacer estraperlo. Su hermano no abre la boca, temeroso de que el amo descubra a los nuevos inquilinos de cuatro patas que a principios de año instaló en la capilla.

—A nosotros nos es muy útil para guardar las herramientas —dice finalmente Enric—. Y habría suficiente espacio para los dos si se construyese un techo de madera. Ya se lo expliqué, señor Delafont.

El sobrino aplasta la colilla y se levanta de la silla:

—Vamos. Tengo que verlo.

La puerta principal de acceso a la capilla da a la planta baja de la vivienda, la cual, según contó un día el maestro Jean-Luc, antes había sido la residencia del abad, y antes incluso de que existiese el convento, en el lugar que ocupan las habitaciones del abad, estaba el castillo de un señor feudal, uno de esos tipos de los tiempos de Maricastaña que vivían de renta. Masoveros y visitantes bajan la escalera y, sin salir fuera, se detienen delante de una gran portalada de piedra que se abre en el muro de la derecha. Cuando

Ramon abre la puerta, sale un tufo rancio a meado. Le da al interruptor y la bombilla ilumina un pasillo sucio de estiércol, flanqueado por jaulas de conejos adosadas a los muros. Enric se adelanta a dar explicaciones al amo:

—Las pusimos el mes pasado. No nos cabían en el establo. Si conviene, las sacaremos.

El señor Delafont no dice nada, sigue avanzando por la nave, abriéndose paso entre pacas de hierba seca, herramientas del campo y montones de chatarra abandonada. Cuando llega a la barandilla del altar, se dirige a su sobrino:

—¿Cómo lo ves, René?

Antes de responder, el sobrino quiere saber si aquella puerta abierta en el muro lateral, entre el pasto y las herramientas, da a la parte exterior donde han dejado el camión. Su tío le confirma que, efectivamente, la abrieron los anteriores masoveros para tener acceso directo al campo. Entonces René pide que le dejen libre todo el espacio que hay desde la hierba almacenada hasta el altar, porque de este modo no será preciso construir ningún techo de madera. Dice que mientras pueda utilizar la puerta lateral para cargar y descargar, con este espacio le basta.

—Pues, no se hable más —concluye el amo frente al altar ruinoso de san Dionisio—. Limpiáis toda esta mierda y le dais la llave de la puerta exterior.

Antes de dar por cerrado el trato, Ramon le pide que esta vez la renovación sea por un período de cuatro años. El amo no le ve ningún problema. Eso sí, que quede constancia de que si ellos, por el motivo que sea, se van antes de tiempo, le abonarán el arriendo de los meses que falten para cumplir el plazo. El cabeza de familia lo acepta sin regatear. Debe de pensar que si entretanto Franco la palma o lo echan del Gobierno, le pagarán bien a gusto la penalización. Aunque tengan que volver a Cataluña más pobres que las ratas.

Cuando el sobrino ya se ha sentado al volante y el propietario tiene un pie en el estribo a punto de meterse en la cabina, aparece Aurora, resoplando y acalorada, con un cesto para los señores de Artiga. Delafont vuelve a poner en el suelo su zapato lustrado y se

gira con un gesto complaciente hacia la labriega para recibir el obsequio cubierto con una hoja de col. Coge el asa con una mano y con la otra aparta la hoja, confiado de que va a contemplar las delicias naturales del campo. Pero se le escapa una mueca instintiva de asco. El señor de ciudad esperaba encontrarse una nidada de huevos de gallina encima de un lecho de judías tiernas o una combinación de frutos por el estilo y acaba de ver un muñeco de carne sanguinolento como un recién nacido:

—¡Un conejo! —exclama de golpe—. ¡Oh, gracias, Aurora! ¡La carne va tan escasa en Tolosa! Cécile estará muy contenta. No sabes cómo valora ella las comidas de campo.

Los masoveros despiden al dueño con gran alivio después de las inquietudes de la visita. El ama de casa, que nunca había matado ni desollado un conejo tan rápido, está contenta de que el señor Delafont no le haya hecho sacar las jaulas de la capilla para celebrar misas. Se portan muy bien las conejas dentro de aquel antro sagrado de los frailes. Solo de ver al macho, ya quedan preñadas. Ramon, que presagiaba un castañazo más fuerte, también puede respirar tranquilo. Lo único que le duele es el diezmo de las patatas y los quesos:

—Este año tendremos que racionar la leche que vendemos a los suizos y sembrar dos o tres sacos más de patatas —anuncia a su hermano—. Quizá alguno de estos muchachos del huerto podría echarnos una mano. Por ejemplo, aquel que el otro día fue a verte al campo cuando segábamos la yerba. Es fuerte y parece darse maña.

Enric lo conoce bien:

—Daniel. Quizá sí le haría ilusión. Es un chaval trabajador y le gusta la tierra. Lo hará muy a gusto. Y no creo que la directora ponga trabas. Les vendemos las patatas a un precio muy bajo... —Con la mirada busca por el huerto del convento y distingue a una pareja apoyada de espalda en el tronco de un manzano. Daniel y su chica, piensa. Nadie más puede ser. Los demás compañeros han desaparecido del huerto tan pronto como han cumplido las dos horas de servicio—. Creo que todavía está en el huerto.

—Pues ya puedes decírselo ahora mismo. Al campo, no hace

falta que vayas. Quedan solo dos dedos de sol en la sierra.

Ni bien Enric se acerca, observa que los jóvenes aprovechan la ocasión de estar solos para hacer manitas y darse el pico como un par de tórtolas. Dejémoslos en paz, decide. Ya le veré mañana. Se da media vuelta y regresa con pasos indecisos a la casa. Podría entrar en la iglesia y examinar con detalle una pequeña grieta entre el enlosado del suelo que ha descubierto antes. En presencia del amo y del sobrino de este no ha querido decir nada. Al llegar a la puerta de casa, el chirrido de un violín que suena al otro lado de los edificios le hace cambiar de idea. Debe de haber poca luz a estas horas, piensa. Vuelve a salir y, guiado por la música, dobla la esquina de la antigua torre de defensa transformada en vivienda.

Angela está ensayando con el violín, sentada en una silla que habrá sacado de la cocina, de cara a la pared donde tiene clavada la partitura. Él se le acerca por la espalda sigilosamente, un poco en diagonal para evitar que le delate su sombra, que el último sol de la tarde alarga en dirección al muro. Concentrada en la música, la chica sigue moviendo el brazo como si quisiese serrar por la mitad el mango de una azada. Enric levanta poco a poco el brazo y lo acerca hacia la chica atento de no tocar la panza del violín ni el arquito que escarba el aire hacia atrás. De pronto, le coloca la mano abierta encima de los párpados y pregunta en alemán disfrazando la voz:

—¿Quién soy?

—Señor Enric —dice la violinista con un suspiro—. Por favor, no aparte la mano.

Él se pasa al francés y normaliza el tono de voz:

—No podrás ver la partitura.

—Para esta pieza no la necesito. Me la sé de memoria.

—¿Cómo se titula?

—¿Acaso no sabe leer, señor Enric? —Con la punta del arco da golpes de ciego en la partitura.

Él silabea en voz alta palabras que nunca había leído:

—*Se-re-na-de* Franz Schu-bert.

Él no entiende de música clásica. Las pocas ocasiones en las que la ha escuchado por compromiso o porque la ha oído en la

radio, la ha encontrado más bien aburrida. No obstante, el gemido lastimero que la chica arranca de las cuerdas es como un punzón dulce y suave que le agujerea la piel y le llega al corazón. ¡Vaya con la chavala, menuda artista está hecha! Después de los primeros compases, él también cierra los ojos y deja de ver la piel blanca de sus brazos, la sombra de ambos que el sol bajo proyecta en el muro como un animal raro. Solo percibe el olor rancio del sudor de la chica, su respiración durante los breves silencios de la pieza, y de nuevo el hilo finísimo del violín que lo transporta muy lejos de la España de Franco, muy lejos de su pueblo de la ribera baja del Segre a donde piensa en ocasiones que no volverá nunca más, muy lejos del exilio de Artiga trabajando para un amo usurero, tan miserable que tiene la desfachatez de permitir que pasen frío una setentena de niños dejados de la mano de Dios para poder ganar cuatro francos haciendo estraperlo.

10

HELMUT

«La Junta Militar de la colonia de Artiga se reúne clandestinamente en el molino del Fraile con el objetivo de estudiar una estrategia defensiva frente a un ataque inminente de los gendarmes de Vichy, una fuerza armada al servicio de la Wehrmacht.» Un redactado de este estilo le encantaría escribir a Helmut para anunciar la reunión secreta que dentro de pocos minutos tendrá lugar en este sitio, en caso de que él debiese levantar acta. Justo es decir, sin embargo, que el chico mayor del orfanato suizo es incapaz de hilvanar una frase tan larga. Pese a todo, nadie puede quitarle el mérito de ser el impulsor de la iniciativa. Fue él quien alertó a Jean-Luc delante de los compañeros de clase sobre el peligro que corrían en Artiga. Y a la salida del aula el propio maestro lo acompañó para hablar con la Abadesa, la cual le agradeció la advertencia. Posteriormente, la mujer creyó oportuno incluir en la Junta de Defensa a uno de los campesinos españoles. Por la confianza que le merece el señor Enric y, sobre todo, por el hecho de que él y su hermano también corren el riesgo de que los gendarmes los envíen a trabajar a Alemania.

Helmut llega diez minutos antes de la hora para inspeccionar el lugar de la cita y los alrededores. Identifica una pared de piedra, asediada por troncos de árbol, matorrales y abundantes zarzas, que las lluvias de la primavera han vestido de brotes y hojas tiernas. Solo puede ser el edificio del molino, se imagina. Parece muy difícil acceder a él sin una herramienta de corte para abrirse paso. Debe de hacer mucho tiempo que no han bajado hasta aquí los

españoles de Artiga. Por fin descubre un paso por entre la maleza, probablemente abierto por los animales. El corto sendero lo conduce a la parte baja del molino, justo delante de una puerta abierta en el muro con un arco de piedra. Larguirucho como es, tiene que tenderse sobre la hierba para curiosear por dentro de aquel pequeño túnel cubierto con bóveda de piedra, ocupado por una especie de rueda de madera medio podrida con muchos cajoncitos y sostenida por un eje de hierro que baja del techo. Como hijo de un zapatero de ciudad, no es nada raro que ignore que se ha metido en el interior de la caverna donde desaguaba el molino.

El agujero de la bóveda que atraviesa el hierro es lo bastante ancho como para que pueda pasar una persona. Se desliza por él y sale al piso de arriba, un cuarto bastante bien conservado con las piedras de moler y construcciones de madera que formaban parte de la antigua maquinaria del molino harinero. En un rincón hay un catre y, a su lado, una chimenea equipada con algunos utensilios para cocinar, además de un montón de troncos arrimados a la pared. Observa la ventana por donde entra la luz y el murmullo del río Arac, que discurre escondido detrás de los árboles de ribera. En el muro lateral está la entrada al molino, una puerta de dos hojas atrancada por dentro con una barra. Sospecha que, aparte de los masoveros, deben de esconderse allí los maquis. Las voces que vienen de repente por el lado del bosque le ponen en alerta. Solo un momento. Enseguida identifica el francés macarrónico con que se expresa el payés español. Entonces, él grita en alemán:

—¡Quietos y manos arriba!

Un momento de silencio y la respuesta de la Abadesa, también en alemán:

—Somos nosotros, Helmut Bachenheimer. Sal, vamos. No hemos venido a jugar a guardias y ladrones.

Él responde:

—¡A sus órdenes, mi capitana!

Al sacar la cabeza, se encuentra ante los otros tres miembros de la reunión. No le hacen caso. La directora y el maestro escuchan las explicaciones de Enric sobre el interior del molino y sobre el

único paso para acceder a él, que no es otro que el agujero por donde Helmut acaba de salir. Él se dispone a hacerles de guía:

—Vengan por aquí. Es muy estrecho y bastante complicado. Pero se puede pasar.

La Abadesa espía por el arco de la entrada y, a pesar de la insistencia del chico, no acaba de decidirse. Y eso que la mujer se ha puesto pantalones, camisa a cuadros, salacot y las botas de montaña de fabricación suiza que solo se calza en invierno cuando nieva. Finalmente se retira aduciendo que ya se hace una idea de cómo es. Él no tiene más remedio que seguirlos por un sendero que desciende, oculto entre árboles y matorrales, por el margen derecho del río. El payés los conduce hasta un llano abierto y acogedor donde podrán sentarse en una viga vieja y escuadrada, que debía de formar parte del molino. Enric saluda a Helmut y lo pone al corriente de lo que los otros dos ya saben, o sea, que el molino es el escondrijo que tienen previsto usar los españoles en caso de que les reclamen los gendarmes.

—¡Yo también lo he descubierto! —aclara él con su precario francés—. Hay leña para encender fuego. Y también me he fijado en la ventana para huir. Si se presentan los gendarmes.

—Eres muy listo —reconoce el payés, quien acto seguido le pregunta, como si le estuviese examinando—: Y después de saltar por la ventana, ¿hacia dónde tirarías?

Él le responde con una lección aprendida de un libro de aventuras que la Abadesa le trajo de la biblioteca de Tolosa:

—Correría hacia el río para cruzarlo. Por el otro lado pasa la carretera. He oído el ruido de un coche.

—Buena observación —reconoce el payés—. Pero, si el río baja caudaloso como hoy, no podrás cruzarlo. ¿Entonces qué haces?

—Corro hacia abajo por la orilla del río. Hasta encontrar un puente.

—No encontrarás ninguno hasta el pueblo de La Cort. Se debería poner una pasarela, ¿no crees? Más o menos donde está la ventana del molino.

«Es inútil que me pongas una trampa, que no me harás caer»,

adivina el chico. Y responde:

—¡Una pasarela nunca! Será el primer lugar que vigilarán los gendarmes.

A Enric no le queda más remedio que felicitarlo:

—¿Sabes qué te digo, muchacho? Que no me importaría tenerte por compañero de patrulla.

Helmut sonríe complacido. A partir de ahora, ninguno de los tres adultos podrá discutirle su lugar en la Junta de Defensa de Artiga. La Abadesa, que se ha sentado en una piedra delante de la viga para tener a todos sus subordinados de cara, dirige la conversación hacia el motivo que los ha llevado hasta aquí abajo. Una vez visto el molino, ni ella ni Jean-Luc creen que sea un escondrijo muy apropiado para el grupo de chicos que tendrían que esconderse. Son muy jóvenes y el lugar queda demasiado lejos del control de ella y de los monitores. Correrían demasiados riesgos en caso de que se viesen obligados a escapar por el camino del bosque. Tendría que acompañarlos alguno de ellos, y eso no es posible. Aparte de que el reglamento de la Cruz Roja les prohíbe participar en fugas y cometer otras ilegalidades, si los gendarmes lo descubriesen cerrarían el orfanato. Acabado el razonamiento, la mujer se dirige a Helmut y le pregunta en qué escondite había pensado.

—No es ningún escondite —les avisa—. Es una defensa preventiva. Debemos poner una barrera en la entrada a los campos de Artiga. Con una puerta para entrar y salir. Así los gendarmes no nos cogerán desprevenidos. Tendrán que detenerse allí. Entonces nosotros podremos escapar hacia el bosque o escondernos.

Enric es el primero en reconocerle que es una gran idea. La cerca de la pista impediría que los gendarmes pudiesen sorprenderlos, como ocurrió la otra vez. El problema es que el terreno es llano y el campo abierto, y el furgón podría colarse por los laterales de la pista. El payés calcula que cuando menos deberían cerrar un terreno de más de cien metros y eso significa mucho material y dinero. La Abadesa le encuentra otra pega:

—¿Cómo se lo tomarán los gendarmes? Si ven que hemos puesto una barrera, sospecharán que queremos ocultarles algo.

Deberíamos buscar algún motivo que justifique la necesidad de la cerca.

—Podemos decirles que la hemos puesto para impedir que entren animales salvajes —improvisa Enric—. Más de una noche hemos visto a la zorra rondar cerca de los corrales. —Hace una pausa y se corrige—. Pero claro, los animales vienen del bosque, no entran por la pista...

El maestro Jean-Luc, que hasta entonces no ha abierto la boca, encuentra una excusa más convincente:

—Hemos puesto la cerca para que no entren los ladrones. En Sent Gironç la gente se queja de que cada vez hay más hurtos. Sobre todo de alimentos. En el mercado negro pueden venderlos al precio que quieran. Y los ladrones no son cuatro granujas, van con camiones, revientan la puerta de los almacenes y arramblan con todo lo que encuentran.

La prevención contra los ladrones es la tapadera más consistente, celebran por unanimidad los reunidos. Una tapadera que en realidad no tapa ninguna mentira, dado que los gendarmes pretenden robarles a los chicos para enviarlos a trabajar a Alemania. Por el momento, los cuatro acuerdan instalar en la pista una puerta de barrotes, que se cerrará con candado. De la llave de la colonia deberán hacer tres copias. Una para los españoles, otra para el panadero de Sent Pèire que les trae el pan dos veces a la semana y la tercera para el señor Delafont, como propietario de la finca.

Consumado el acuerdo para la defensa de la colonia, la Abadesa le recuerda a Enric que mientras bajaban por el camino del bosque le ha dado a entender que si la opción del molino no les convencía, él disponía de una alternativa. El español no parece muy dispuesto a revelarla:

—Es un asunto delicado. Debería quedar entre nosotros.

La mujer se dirige a Helmut:

— Helmut Bachenheimer, ¿no es cierto que podemos fiarnos de ti?

«¡Joder con la tía!», reniega él para sus adentros. Le recuerda que tiene diecisiete años cumplidos y enseguida formula su

juramento más solemne:

—¡No se lo diré a nadie, caramba! ¡Lo juro por la espada de Josué, que conquistó Jericó!

Finalmente, Enric les confía que bajo la nave de la capilla de Artiga hay una cámara subterránea. La descubrió el mes pasado después de fijarse en que la suciedad del suelo se filtraba por entre la juntura de dos losas. La piedra que cubre el agujero es enorme. Él y su hermano la levantaron ejerciendo presión con una palanca y se descolgaron a su interior. La cámara es como una bodega y queda justo debajo del altar, por el suelo hay muchos huesos y calaveras y la pared del fondo tiene forma redondeada.

—¡Caramba! ¡¡Qué gran descubrimiento!! —exclama Jean-Luc. Y se las da de sabelotodo anunciando el hallazgo con palabras librescas—. No cabe duda de que se trata de una cripta sepulcral bajo el presbiterio, justo delante del ábside.

El español les advierte una vez más:

—Solo lo sabemos los masoveros, y ahora también ustedes. Así que tengan mucho cuidado, que nadie se vaya de la lengua. Si llega a oídos del amo, a hacer puñetas el escondrijo.

Los tres se mueren de ganas de ver el agujero de la capilla. Como a finales de junio el día es muy largo, quedan para esa misma tarde. A las siete y media, Enric los esperará en la entrada de la casa. Si Aurora o Ramon rondasen por allí, les haría creer que tienen que entrar un momento en la capilla, que Jean-Luc les quiere dar una explicación histórica.

A la hora exacta, ni antes ni después, Helmut acude a la cita de la puerta de la capilla. Los otros ya le esperan en silencio, y no hay curiosos a la vista. Con el mismo silencio respetuoso que debían de guardar los frailes siglos atrás cuando entraban en el templo, avanzan por un pasillo rodeado de conejos que los observan con ojos rojizos detrás de la alambrada de sus jaulas, atraviesan la zona de hierba seca y de chatarra hasta que topan con una pila de cajas de carne en lata. La Abadesa no puede más y susurra:

—¡Caramba, señor Enric! ¡Veo que están bien provistos! ¡No han de tener ustedes miedo de pasar hambre!

El payés les revela que todo aquel género es del amo, que ellos no tienen nada que ver, y sin más explicaciones les manda que le ayuden a trasladar las cajas que ocultan la losa de entrada. Junto a las cajas tiene preparadas dos barras de hierro con las que hacer palanca, y una lámpara de carburo para inspeccionar el subterráneo. La losa es un cuadrado de poco más de medio metro de lado, lo justo para que pueda pasar el cuerpo de una persona. Helmut, que enseguida se ha apropiado de una de las palancas, ayuda al payés a levantar la piedra y tumbarla hacia un lado.

—Entraremos de dos en dos —dispone el guía—. Los que se queden fuera vigilarán por si viene alguien. Después nos ayudarán a salir. —Y se dirige a su ayudante, como si diese por hecho que el chico tiene el privilegio de acompañarlo—. Cuando yo esté dentro, me pasas la lámpara. Luego bajas tú.

Helmut no quiere que le ayude nadie. Para descolgarse dentro de un agujero que a duras penas tendrá dos metros de profundidad, no necesita la mano que le ofrece Jean-Luc ni las explicaciones del guía que, desde abajo, le indica dónde tiene que poner los pies. La cavidad es bastante decepcionante. Esperaba encontrar quién sabe qué y allí dentro solo hay huesos y harapos de ropa medio podrida. No están mucho tiempo porque los otros dos también quieren verla y el payés tiene prisa por terminar la visita. La Abadesa también quiere bajar. Aunque con asomarse al agujero de entrada se puede ver bien el interior, como directora tiene la obligación de inspeccionar personalmente el futuro escondrijo de sus chicos. Por otro lado, Jean-Luc ha de meter la nariz por otros motivos. Y le gusta tanto su cripta que para hacer que salga, Enric tiene que amenazarlo más de una vez con poner la losa y dejarlo encerrado allí dentro. El maestro sale entusiasmado, diciendo maravillas de las columnas que sostienen el techo y pronosticando que no son los primeros en entrar allí después de que los frailes abandonasen el convento, que alguno de esos buscadores de tesoros había reventado los sepulcros.

Una vez colocada la losa y camuflada bajo un montón de cajas, Enric les revela la pieza que faltaba para redondear la estrategia de defensa que esta tarde han planeado:

—Hasta ahora no he caído en la cuenta —murmura mostrándoles, medio cubiertos de hierros oxidados, algunos carretes de alambre espinoso—. Por lo que parece los antiguos arrendatarios ya tenían previsto rodear la finca con una cerca. A nosotros nos irá bien para cubrir todo el campo de delante, a un lado y al otro de la pista de entrada.

A Helmut le gusta imaginar que se trata de material militar de la Gran Guerra, destinado a las trincheras del frente de Verdún. Y sale de la capilla ungido como capitán indiscutible de sus compañeros, ansioso de que la batalla defensiva contra los gendarmes no se haga esperar.

11

LEVY

Los sábados por la mañana, pequeños y mayores deben pasar por la ducha. Y aunque se encuentren en pleno verano, el agua de la cisterna es demasiado fría, por lo que antes de acarrearla hasta el depósito del cuarto de las duchas habrá que calentarla unos pocos grados en la cocina. Como se trata de llevar agua, al principio de Artiga se ocupaban de la tarea las chicas, hasta que un día se quejaron de tener que subir una escalera cargadas como mulas. Entonces la Abadesa les endosó el servicio de duchas a los chicos mayores.

Este sábado de julio le toca el turno a Levy, hijo del rabino Joachim Keller, de Colonia. El chico más piadoso de la colonia considera que el servicio de duchas no representa ningún impedimento para santificar la fiesta del sábado como Dios manda. Hace tiempo que sueña con ello. Llena los dos primeros cubos en la caldera de la cocina y los lleva por el exterior del edificio hasta la escalera de madera, asegurada a la pared para acceder por la parte de atrás, a través de un ventanal, al desván del cuarto de las duchas. Comprueba que la escalera está bien calzada, deja uno de los cubos en el suelo y sube la escalera con el otro para verter el agua en el depósito. Hace un par de viajes más y se queda en el desván esperando a que empiecen a ducharse los más pequeños. Entran estos de dos en dos y no paran de chillar y de quejarse porque para ellos el agua siempre está demasiado fría. Él aprovecha el griterío para intentar abrir la mirilla. Algo inquieto clava el punzón que ha birlado de la cocina en la juntura donde el

tubo de plomo que desciende del depósito atraviesa la hojalata del techo. La operación resulta más difícil de lo que imaginaba, pero, pese a todo, logra doblar la lata un dedo, creando una incisión suficiente para ver el plato de la ducha. Cuando acaben los pequeños, comenzarán a desfilar las chicas, y él quiere espiar a una muy especial: ni más ni menos que a la mujer que guarda dentro de su cuerpo un trozo del alma de él.

Según consta en los libros sagrados, en el momento en que un feto de sexo masculino es concebido en el vientre de su madre, Dios corta un pedacito del alma que le tiene destinada y se la reserva para infundirlo al azar dentro de un feto femenino. A veces Dios se anticipa y corta el alma del niño antes de que sea engendrado, como fue su caso, dado que la chica es mayor que él. He aquí la base divina de la pasión amorosa por parte del hombre: ir en busca de la mujer que ha de completar la parte mutilada de su alma. Y, una vez identificada, seducirla para que quiera ser su esposa. Afortunadamente, Levy ha podido superar la primera parte del proceso, ya que sabe con total certeza que la chica es Yvonne, la hija mayor del sastre Rudolf Kraft.

Hacía tiempo que él sospechaba que era Yvonne, si bien hasta la primavera pasada no tuvo la confirmación definitiva. Habían ido de excursión a la montaña boscosa del norte de Artiga y volvían dando saltitos por una estrecha senda, Yvonne delante de él, que, como de costumbre, iba pegado a sus talones y la escrutaba con los ojos de arriba abajo. La cola de caballo columpiándosele en la nuca, la caída graciosa del vestido encima de la pantorrilla ovalada de sus piernas y, de vez en cuando, visto y no visto como en un relámpago fulgurante, los hoyos tiernos de las rodillas. En medio de la contemplación excitante, una rama de zarza salió disparada de un lado del camino y atrapó a la chica por la manga del jersey. Él no tuvo tiempo de frenar y topó contra el brazo de ella, que le quedó enganchado al pecho de su jersey. Dos o tres minutos muy largos tardaron en deshacerse del sarmiento espinoso que los mantenía tan deliciosamente atrapados. Los compañeros que venían detrás les lanzaban improperios que él recibía como caramelos. «No hagáis manitas en medio del paso.» «Vamos, que lo

habéis hecho a propósito, no le echéis la culpa a la zarza.» Helmut gritó: «¡Enganchados como los perros!», y siguió camino abajo, muerto de envidia de no encontrarse en su lugar. Levy vio muy claro en aquel incidente que se trataba de una señal del cielo que le decía: «He aquí la que será tu esposa». Ahora no tiene ninguna duda, para él es tan cierto como que Dios creó el mundo en seis días.

Yvonne no lo sabe, claro está. Y aunque él se lo confesara, no querría creérselo. Lo mandaría a paseo: «Déjame en paz, niñato. Búscate otra mamá». La chica piensa que es demasiado pequeño, aunque en realidad ella apenas es diez meses mayor. Además, la chica no ve con buenos ojos que rece y quiera seguir los preceptos de la Torá. Aquella tarde en el bosque, cuando los dos intentaban desprenderse de las espinas, ella ponía cara de fastidio, quería darse tanta prisa que por poco no se desgarra el jersey. Como si eso no fuera poco, a Yvonne le gusta Helmut, pero él no le hace caso porque a él le gusta Rachel, que es la novia de Daniel. Pese a todas las dificultades, confía en que tarde o temprano le caerá la venda de los ojos. Tenía toda la razón su padre cuando decía que a la mujer, por muy lista que parezca, le cuesta Dios y ayuda entender las cosas importantes de la vida.

Después de ducharse los pequeños y los medianos, les llega el turno a las chicas. Como la puerta del baño da al patio y él, desde la parte posterior, no las ve entrar, no le queda más remedio que espiarlas a todas hasta que pase Yvonne. Y hay otro inconveniente más. En la comprobación que ha hecho mientras se bañaban los pequeños, se ha dado cuenta de que el recinto de la ducha es tan bajo que los mayores casi tocarán el techo con la cabeza. Es decir, que tendrá una coronilla peluda a un palmo de los ojos. ¿Podrá reconocer a Yvonne desde allá arriba si no puede verle bien la cara?

Él confía en identificarla por un detalle de su cuerpo que descubrió hace quince días, cuando los mayores montaban la cerca de la colonia a un tiro de piedra de la entrada del patio. Tenían que cavar hoyos para empotrar los troncos que días antes habían cortado en el bosque, y la tierra estaba más dura que una roca.

Enric indicó que, si regaban la tierra, esta se ablandaría y no costaría nada hincar el pico en ella. Y pidió a la Abadesa la colaboración de las chicas. Ellas, entusiasmadas de trabajar con los chicos, hicieron una cadena de brazos que iba de la bomba de agua del patio hasta la raya marcada para clavar los palos. Como todas querían ponerse en primera línea, más cerca de los chicos, acordaron entre ellas que la cadena iría rotando. La que había regado la tierra regresaba a la cisterna con el cubo vacío y se ponía en la cola. Cuando le tocó a Yvonne, en el momento de verter el agua en el hoyo de Helmut, se le mojaron las alpargatas. Tan empapadas se quedaron que se las sacó y las dejó al sol para que se secasen más deprisa. Ella culpaba a Helmut de haberle dado un empujón, pero este replicaba: «¡Pero qué demonios dices! Te las has mojado tú para enseñarnos los pies». Fuera de quien fuese la culpa, el caso es que Yvonne desfiló hacia la cisterna, llevando en una mano el cubo vacío y con la otra arremangándose las faldas, exhibiendo unos pies pequeños y preciosos, coronados por unas uñas pintadas de color rosa. Un detalle que a Levy no le pasó desapercibido.

Hoy es él quien lleva cubos. Ni bien oye que se abre el grifo, se echa en el suelo del desván hasta pegar la pestaña en la ranura de la hojalata. A un palmo de su nariz ve una mata de pelo, y más abajo unos pechos enormes. Retira la cabeza rápidamente. Debe de ser Angela, supone. Yvonne no es tan alta ni puede tener estas tetas tan gordas. La segunda es más baja, tiene que estudiarla desde la coronilla hasta la punta de los pies para asegurarse de que no es ella. Las dos siguientes tampoco lo son, y pese a ello las observa de todos modos, sorprendido de algo que acaba de descubrir: las mujeres tienen vello en el pubis. Él creía que ahí únicamente lo tenían los hombres. Solo había visto los culos limpios y pelones de las niñas y así, pero más gruesos, era como se figuraba los de las mujeres.

La quinta es ella. Está seguro porque la chica ha entrado en la ducha tatareando una canción de moda. Como si quisiese alertarlo: «Prepárate, chiquillo, que allá voy». El corazón le late con tanta fuerza dentro del pecho que si ella deja de cantar, tiene miedo de

que pueda oírlo desde abajo. No se atreve a espiarla hasta que ella abre el chorro del agua. Entonces ve bastante abajo un pelo castaño y ondulado en medio de unos hombros tiernos y carnosos de donde nacen los brazos, que al principio son blancos y, a medida que se alargan hacia los dedos, se vuelven tostados. En medio de los brazos le tiemblan los pechos, firmes, redondeados y acabados en punta. A pesar de que las salpicaduras y la niebla del vapor le hagan borrosos los contornos más alejados, puede distinguir al fondo del pozo los puntitos rosas de las uñas de los pies. De repente, Yvonne levanta los ojos y mira hacia arriba como si lo hubiese descubierto. Él retira la cabeza y retrocede arrastrándose hacia el ventanal de entrada con la intención de huir por la escalera. Sin embargo, al oír que el agua sigue fluyendo, cambia de idea y vuelve al agujerito celestial. La chica continúa mirando hacia arriba, pero con los ojos cerrados y haciendo muecas y dando suspiros de placer. Mantiene el cuerpo arqueado de manera que el chorro de agua que le estalla en la base del cuello se le escurre por el interior del canal de los pechos, le atraviesa el vientre y, una vez en la lomita del pubis rodeado de vello, se precipita como una cascada cristalina hasta los pies. ¡Dios mío, qué maravilla! No quiere ver nada más. De pie en lo alto de la escalera levanta los ojos al cielo y susurra la siguiente plegaria:

—Oh, Dios misericordioso. Te doy las gracias por tu generosidad desbordante hacia mi humilde persona. Gracias, Señor, por haberme dado el alma y por darme a conocer la parte más preciosa que vive fuera de mí y que algún día recuperaré.

Durante todo el día la imagen de la chica le mantiene endurecido el pene, que, sin la protección del prepucio en el punto más delicado del miembro, le roza la ropa áspera y las costuras de los pantalones. Lo destensaría muy a gusto en un santiamén, pero esta vez no lo hará. Ni en la letrina, ni de noche en la habitación, aunque Helmut, que duerme debajo de él, le invite a hacer temblar la litera juntos. Esta noche no piensa masturbarse. Si lo hiciese con la imagen de Yvonne en la ducha, la ensuciaría, a ella y a la parte más bonita de su propia alma. Y con este propósito se duerme.

El ángel que habla en él le envía un sueño apasionante, que

cuando se despierte no sabrá si calificar de celestial o de mal augurio. Ignora cómo ni por qué, el caso es que ha llegado el día de casarse con Yvonne. La sinagoga no es la de Colonia, ni ninguna otra que él conozca. Entra en ella seguido de familiares y amigos y se encamina hacia la novia, que le espera sonriente con el rostro descubierto. Él le coge el velo que mantiene arrugado encima de la frente y se dispone a taparle la cara mientras recita:

—No me caso contigo por el atractivo de tu cuerpo sino por la belleza de tu alma. —Y le declara su amor con unos versos extraídos de los libros sagrados—. Las montañas se pueden mover, las cimas pueden tambalearse, pero mi amor no se moverá de ti.

La novia sonríe con ojos algo maliciosos y susurra:

—Antes de taparme la cara, quiero que entres dentro de mí. Así me conocerás mejor.

De pronto, el velo de la cabeza, el vestido de novia y la ropa íntima que ciñe su piel ternísima se esfuman como el vapor de la ducha. Yvonne le abraza muy fuerte con las piernas abiertas y de golpe él siente cómo el deseo le estalla en olas de un amor indescriptible que se lo llevan hacia el paraíso deseado donde su alma mutilada se unirá definitivamente con el trozo cortado. No puede terminar de correrse. Los últimos espasmos de placer son interrumpidos por el rabino, que intenta separarlos regañándolo:

—¡Sal de aquí, desgraciado! ¡¡Huye de esta buscona, candelabro de mil cirios!!

Él abre los ojos, aún dentro del sueño, y entonces resulta que en realidad el rabino que oficia la ceremonia es su padre. En la mano lleva una hoja escrita que el hombre blande como la prueba indiscutible de sus insultos. Levy identifica el papel: es la redacción que Yvonne escribió para la clase de francés.

Se despierta inquieto, con la barriga empapada por una polución de caballo que le ha atravesado el pijama y ha manchado las sábanas. Hasta el colchón ha llegado la humedad, lo comprueba cuando aparta la sábana bajera. Se saca los pantalones del pijama, los cuelga en el cabezal de la litera y se acurruca en el extremo seco del colchón. Mientras intenta dormirse de nuevo, un sonido negro, opaco, sin imágenes de ninguna clase, le recuerda la

polémica que Yvonne levantó en la clase de francés cuando Jean-Luc le hizo leer su redacción, que debía tratar sobre el tema de «el espíritu del tiempo a finales del siglo XX». La mayoría de sus compañeros, tanto los chicos como las chicas, habían escrito sobre la situación de los judíos en aquel futuro lejano. Defendían que los judíos podrían vivir en paz como cualquier ciudadano, tanto en Alemania como en otras naciones, y todo el mundo lo aceptaría como un hecho normal. Daniel concretaba que incluso podrían ser propietarios de tierras de cultivo. Levy pronosticaba que vivirían en Palestina, y Helmut le daba la razón añadiendo que la tierra de Israel tendría un ejército más poderoso que la Wehrmacht. Yvonne, en cambio, sorprendió a todos escribiendo que dentro de cincuenta años, todo el mundo consideraría normal que chicos y chicas fueran a la misma clase y pudieran sentarse mezclados, el uno al lado de la otra. Jean-Luc lo consideró un asunto banal y bromeó al respecto: «Un pupitre para cada parejita. Y todavía mejor, que se sienten desnudos». Apagados los comentarios y las risas de los compañeros, el maestro recordó a Yvonne que la situación de Artiga era una cosa excepcional, adoptada por necesidad. La Cruz Roja no disponía de suficientes maestros para dividir chicos y chicas, y al final, muy a regañadientes de los tutores y especialmente de la directora, se había adoptado la solución de ponerlos en la misma aula, separados por el pasillo. «No te lo tomes como una mejora de la escuela, Yvonne. ¿No es una situación injusta y provisional la que debéis vivir vosotros aquí? Pues esta clase lo mismo.» La chica no defendió su postura. Había llamado la atención de los chicos y de la clase entera, que era lo que pretendía. «Le gusta que los chicos le hagan caso», concluye Levy, acurrucado en el extremo seco del colchón. Por eso se pinta las uñas de los pies y en la clase quiere pasar por lista defendiendo posiciones extremas. Nada más. Su padre no sabe lo que dice. «¡Candelabro de mil cirios, menudo insulto más feo e injusto!»

El sábado siguiente al día más excitante de sus quince años, el chico recibió carta de sus padres después de cuatro meses largos de no saber nada de ellos. En la anterior carta, el matrimonio Keller seguía viviendo en Colonia como una familia alemana normal. Su

padre, que como rabino formaba parte del consejo de los judíos de la ciudad, le repetía noticias tranquilizadoras y las advertencias de cartas anteriores. Que los alemanes los trataban bien, que a ellos no los enviarían a campos de trabajo, y al final no dejaba de recordarle que no se olvidara de rezar para que todo siguiera así.

Pero en esta carta las cosas debían de haber cambiado mucho, se alarmó el chico al leer en el remite que el sobre procedía de Theresienstadt, un campo de internamiento de judíos cerca de Praga, en el protectorado alemán de Bohemia y Moravia. Apenas empezada la lectura, tuvo la sensación de haber entrado en un sueño delicioso, como el inicio del sueño de su boda, e iba leyendo con miedo, temiendo que de una línea a otra apareciera una frase que trastrocase todo lo que había leído antes. Porque, según escribía el rabino Keller, Theresienstadt no era un campo de trabajo como los demás sino una ciudad modélica que Hitler había construido para los judíos importantes, como por ejemplo escritores, artistas, científicos y gente famosa. Su padre era un miembro del Consejo de Ancianos que gobernaba la ciudad, mientras que su madre trabajaba de jardinera, y su hermana Sara daba clases de yidis en una escuela para niños judíos. Leyó en diagonal las preguntas y las recomendaciones y llegó al final de la carta, eufórico por la buena fortuna familiar. Para confirmar que el paraíso era de verdad, le adjuntaban una fotografía de los tres sentados en un banco, detrás del cual se veía a un grupo de niños jugando al fútbol en un campo reglamentario.

Le faltó tiempo para mostrar la carta y la fotografía a sus compañeros de habitación. «¿Lo veis ahora como sirve de algo seguir los preceptos de Yavé?», les decía mientras le miraban con unos ojos que no podían disimular la envidia. Más tarde, se las enseñó al resto del grupo de los mayores, y todas las chicas, incluida Yvonne, le seguían para pedirle lo mismo:

—Por favor, Levy. Cuando les escribas, pregunta si mis padres también están allí. Y si no es así, si saben a qué campo de trabajo los han destinado.

Cuando la fotografía llegó a manos de los más pequeños, la pizca de ilusión que había despertado en los mayores se convirtió

en llantos desconsolados, que se contagiaban del uno al otro. Al ver a aquellos padres felices con niños jugando al fútbol, chicos y chicas se preguntaban por qué ellos no estaban allí. ¿Por qué sus padres no los reclamaban si estaban tan bien? ¿Por qué no les escribían nunca? ¿Los habían abandonado para vivir más tranquilos? Al final, tuvo que intervenir la Abadesa. Les quitó la fotografía de las manos, llamó a Levy a su despacho y le prohibió que se la mostrara a nadie:

—Ni la fotografía ni la carta, Levy Keller. Las cartas son cosas personales y no se enseñan.

Él no se mordió la lengua:

—Si es personal, usted no tenía por qué leerla. Me dio la carta abierta.

—Ya llegó abierta —se excusó la mujer—. Llegó por correo postal, no como las otras que vienen a través de la Cruz Roja. Debieron de abrirla los de la Gestapo. Pero sí, yo también la leí. Es la primera carta que recibimos de un campo de trabajo y tenía derecho a saber qué pasa en ellos. Y lo que leí no me cuadra en absoluto. Lo comenté con los compañeros de Tolosa. Ellos tampoco lo acaban de entender. Creen que si los alemanes dejan escribir cartas a los trabajadores de este campo, debe de ser por algún motivo. Quizá para hacer propaganda. En la Cruz Roja temen que si solo dejan escribir a los prisioneros de este campo, a saber lo que ocurrirá en todos los demás.

12

LIBRO DE SAMUEL SILVERSTEIN IV

Un sábado de finales de julio del año 1942, el último *colporteur* de Arièja con la caja cargada de mercancía y su mozo Philippe salían de casa por la mañana, ambos caminando sin prisa puesto que el día de mercado semanal no necesitaban moverse del pueblo. En el momento en que montaban el tenderete, al *colporteur* le llamó la atención una camioneta blanca que acababa de detenerse en el extremo superior de la avenida. Las palabras pintadas en la puerta de la cabina, «Croix Rouge Suisse, Secours aux Enfants, Saint-Denis de l'Artigue», figuraban en la lista de direcciones que le había dado el profeta Marcel. Poco podía imaginarse entonces la importancia que aquel orfanato suizo había de tener para él en los próximos años. De la cabina se apeó una señora robusta que conducía el vehículo y un hombre más joven, alto, que andaba un poco encorvado, como si le pesaran las gafas. Cuando se alejaban del auto, Samuel indicó al chico que los siguiese por las calles sin que le vieran y que se fijara bien en todo lo que hacían y compraban.

Él se quedó en la avenida Champs de Mars vigilando sus cajoncitos de bagatelas desplegados al pie del tronco gris de un plátano. Por el mercado se apreciaba muy poco movimiento. Desde el inicio de la guerra, los alimentos básicos debían adquirirse en la tienda mediante cupones de racionamiento, o bien había que acudir al mercado negro. Las voces de los escasos vendedores ofreciendo género competían con el chirrido de los vencejos que se habían despertado con hambre. A los pájaros no les afectaban las restricciones de la guerra. Ni tampoco al agua del río. Detrás de la

barandilla del paseo, el Salat continuaba bajando ancho, lamiendo los muros a uno y otro lado, indiferente al hambre de los vecinos, a la humillación y la rabia de ver su país invadido, empeñado y mutilado por el enemigo más odioso de Francia.

Philippe volvió de su misión secreta, ansioso por recitar una lista de hechos antes de olvidar alguno en el mientras:

—Primero han ido al colmado Regagnon. Han enseñado un montón de cupones. Tantos que han podido comprar un saco de lentejas. Y en la carnicería también han comprado mucha carne. Una vaca entera.

—Quieres decir, carne de ternera.

—Te juro que han comprado mucha carne. Y la gente que hacía cola refunfuñaba porque pensaba que no iba a quedar para ellos. Una mujer decía, estos judíos de Artiga lo acaparan todo. Después han ido a Sentenac. La mujer ha comprado libretas y lápices. El hombre miraba cajas de lápices de colores y quería comprar algunas, pero la mujer se ha negado. Le ha dicho: «Son demasiado caras, Jean-Luc. Ahora no podemos permitírnoslo». Era ella la que llevaba el dinero y pagaba. Luego, hacia el carbonero de la calle Jacobins. No me he atrevido a entrar porque estaban ellos solos en la tienda. Creo que han encargado carbón. De allí han vuelto a cruzar el puente y yo detrás. —El niño señaló con el dedo hacia el extremo de la avenida—. Mira, ya han puesto en marcha el camión, ¿lo ves? Deben de volver a su pueblo.

Samuel encontró raro que se volviesen sin comprar otros víveres básicos, como por ejemplo pan, verdura, huevos, fruta y, sobre todo, patatas, el alimento que en tiempo de penurias llena el estómago de los pobres. Supuso que los adquirirían en otro lugar. Le reconoció al chico el buen trabajo de detective que había sabido hacer y le comunicó que la semana siguiente irían a Artiga a visitar la colonia de niños judíos. A Philippe no le gustó nada la idea. Hacía días que le pedía volver a Aulús y le recordó que allí había hecho amigos. Samuel dijo:

—En Artiga también harás amigos. Ya lo verás.

—¿Me dejarás hacerles regalos?

—Igual que en Aulús. Uno para cada niño.

Cuatro días más tarde, el coche de línea que subía a Massat los dejaba en un paraje umbrío y escondido del valle del Arac, que al primer vistazo no parecía que tuviese otra salida que la carretera general. Si el chófer no se lo hubiese indicado antes, no habrían reparado en el puente que cruzaba el río y la pista de tierra que se adentraba en el bosque zigzagueando entre los troncos de los árboles. Un lugar muy recóndito para esconderse, pensó Samuel. Menuda diferencia con los confinados en el balneario de Aulús.

Media hora más arriba, la cuesta y el bosque desaparecían de golpe, ambos a la vez, como si fuesen juntos, y la montaña se abría en una extensión de campos de cultivo con los edificios de la colonia de los suizos. El camión de la Cruz Roja estacionado delante les confirmaba que no se habían equivocado. Pocos pasos más allá topaban con una puerta de troncos con alambre cerrada con un candado. Al lado de la puerta había un poste clavado en el suelo, uno de esos postes del tendido eléctrico, con una campana en lo alto. Samuel señaló al niño la cuerda que colgaba del badajo:

—Anda, Philippe, toca la campana.

El niño agarró la cuerda y enseguida los «tilín-tilín» resonaron por el aire aún fresco de aquella mañana de verano como el reclamo cristiano de una ermita de montaña. Se había animado tanto que Samuel tuvo que mandarle parar, que ya los habían oído. Pronto acudió un payés que trabajaba no muy lejos de la cerca. Samuel se presentó como *colporteur* mostrándole el carné oficial, y después de contarle en qué consistía su oficio, el payés abrió la cerca y los acompañó hasta la entrada.

Los «talán-talán» de la campana habían despertado a toda la colonia, un conjunto cuadrado de edificios de una planta que cerraban un patio interior. A la entrada los esperaba la conductora del camión que habían visto en Sent Gironç con tres personas más, entre ellas Jean-Luc, el mozo del día del mercado. A su espalda había muchos niños espiando y armando bulla. El payés se dirigió directamente a la mujer del camión, le contó quiénes eran los visitantes y volvió a su quehacer. La mujer se dirigió a Samuel en un tono de voz que no era nada amable:

—Soy la directora del orfanato, señor. Esto es un centro

privado. No puede entrar a vender.

—Nos quedaremos aquí afuera, señora —dijo él.

La directora tampoco se lo permitía:

—¡Ya le he dicho que esto es un orfanato! ¿Cómo puede vender nada si los internos no disponen de dinero propio?

Él pensó que probablemente los campos no eran de la Cruz Roja, sino del payés que les había abierto la cerca y, por lo tanto, ella no podía privarle de montar el tenderete. Pero no lo sabía con seguridad y, además, si se ponía a malas, ya podía dejarlo correr porque no sacaría nada en claro. Así que el hombre optó por hacerse la víctima:

—Venimos de Sent Gironç, señora. Hemos caminado mucho para subir hasta aquí. Permítanos por lo menos abrir la caja que he acarreado cuesta arriba. Nada les cobraremos a los internos por mirar, se lo juro.

Entonces la mujer cedió:

—¡Haga lo que quiera aquí fuera! —Y se volvió hacia el bullicioso patio del interior.

Aún no había acabado de sacar al sol todos los cajoncitos cuando ya Jean-Luc se había acercado a curiosear las cajas de doce lápices de colores. Preguntó el precio de cada caja y cuando Samuel pronunció una cantidad equivalente a la mitad de lo que costaba en la tienda Sentenac, el maestro se fue adentro en busca de la directora. Se quedaron diez cajas, todas las que llevaba. Ya habían pagado y se iban con cara de satisfechos cuando el *colporteur* les dijo que se olvidaban los cuadernos de pintar, que iban incluidos con las cajas. Y les regaló diez cuadernos de escribir de treintas hojas. Jean-Luc exclamó:

—Oh, gracias.

Ella en cambio frunció las cejas y le soltó con aires de reproche:

—¡No habrá robado todo esto!

Samuel encajó la acusación sin alterarse. Del bolsillo de cuero cosido a la madera a un lado de la caja extrajo el carné de identidad y el permiso de *colporteur* y se los tendió a la directora como quien enseña la documentación a un policía. La mujer les

echó un vistazo y se los devolvió enseguida pidiendo disculpas por su sospecha. Pero todavía no se dio por satisfecha y siguió hurgando:

—Creo que nos lo ha vendido muy barato. Algo nos esconderá usted...

Entonces él respondió:

—¿Y ustedes no esconden nada aquí arriba? Yo no le he preguntado, señora, si usted cobra mucho dinero por cuidar a estos niños dejados de la mano de Dios. Trabajando para la Cruz Roja, imagino que muy poco. Pues le pido que respete mis motivos personales para vender al precio que quiera. La época en que vivimos es muy cruel, señora. Tan cruel que incluso la generosidad hacia los niños más odiados y desvalidos puede convertirnos en delincuentes.

Esta fue la respuesta que Samuel Silverstein —el hombre que dos años atrás había perdido su empresa de transportes, su familia y la fe en su dios todopoderoso— dio a los responsables del orfanato de Artiga.

Cuando los adultos se retiraron a sus asuntos, acudieron los niños, todos a la vez, como un rebaño de cervatillos en un estanque en el desierto. Tan intensa era la ilusión con la que miraban los cajoncitos llenos de pequeños productos que el sol de la mañana hacía brillar, que parecía que de un momento al otro se les saltarían los ojos de sus órbitas. El *colporteur* reclamó la atención de la concurrencia para presentarles a su ayudante Philippe Deuxjuillet. Y señalándoles el cajoncito de las estampas, les anunció que eligiesen una, que Philippe se las regalaba. Las niñas, pese a ser judías, elegían la de Bernadette sentada en el suelo abrazando a un cordero, o la Virgen con un niño Jesús mofletudo y de piernas carnosas. Los niños se quedaban cromos de un desplegable de la Gran Guerra que Philippe había troceado y que pronto se agotaron. Los últimos de la cola hubieron de conformarse con los restos de desplegables bíblicos o la estampa de San Juan Bautista de la Salle rodeado de niños pobres.

Mientras el mozo repartía ilusiones a los pequeños, Samuel miraba hacia el interior del patio, donde los internos más mayores

charlaban y alborotaban sentados en bancos alrededor de una larga mesa. De repente se encontró pensando que aquellas chicas tenían la misma edad que Ruth, y al acto el recuerdo de su hija calcinada en la carretera de Orleans le asaltó como una fiera salvaje. Les dio la espalda y se sentó encima de la caja de madera. Pronto se recuperó de su abatimiento. Había acudido el grupo de los mayores y tenía que estar alerta porque ellos no se conformaban con estampas. Pensó que algunos de los chicos más jóvenes debían de tener catorce años, la edad de Philippe, y se dirigió a ellos con voz fuerte para que lo oyesen todos:

—¿Qué hacemos, Philippe? Decide tú.

Y él anunció muy satisfecho:

—Elegid lo que vosotros queráis. Una sola cosa.

Las chicas escogían pintalabios, pastillitas de jabón perfumado, un tubo de agujas y un espejito de mano. Para los chicos, no había tanto para elegir. Se llevaron un desplegable del Génesis, un bloc pequeño para escribir y un peine. El que parecía el más mayor quería un encendedor montado con la piedra y una mecha de dos palmos, pero Samuel consideró que no era un objeto apropiado para un chico internado. Le engañó diciéndole que lo tenía comprometido en el pueblo vecino y el chico tuvo que conformarse con una maquinilla de afeitar con la hoja correspondiente.

La primera visita a Artiga del falso *colporteur* Christophe Leroy duró muy poco. Pronto se hizo la hora de comer, los jóvenes clientes se retiraron hacia el interior del patio y ellos se quedaron solos recogiendo los pequeños cajones medio vacíos, observados únicamente por las gallinas que picoteaban por allí. Era pleno mediodía y el sol desde lo alto del cielo calentaba a más no poder. De bajada hacia la carretera, se detuvieron un rato a la sombra del bosque para zamparse algo de comida. Philippe estaba contento, le habían gustado los chicos de la colonia hasta tal punto que le pidió a Samuel que volvieran, que quería quedarse allí. El hombre lo calmó:

—Primero tendremos que ver si los suizos te admiten. Piensa que tú no eres judío.

—Ya llegaré a serlo. Quiero ser judío como ellos y como tú. Quiero que seas mi padre. Me pongo tu apellido, así me aceptarán.

Pero Samuel le respondió:

—Lo he pensado mejor, Philippe. No te conviene llevar mi nombre. Hoy el mundo está peor que hace unos meses, cuando te lo propuse. Si entonces los judíos éramos unos indeseables, hoy nos han convertido en delincuentes. No tienes ninguna necesidad de correr este peligro.

El sábado siguiente Samuel salía de casa, solo y sin la caja, con la idea de esperar la llegada de la camioneta blanca en lo alto del paseo del mercado. Según pensó, el hecho de que la conductora llegase sola podría facilitarle las cosas. Tan pronto como esta hubo bajado de la cabina, la abordó diciendo que tenía que hablarle de un asunto importante y le propuso ir a sentarse un momento en el Grand Café de l'Union. La mujer reaccionó con una actitud fría y distante. Llevaba prisa y además debía bajar a la estación de tren a hacer un encargo, de modo que si quería podía acompañarla y decirle por el camino lo que fuera que tuviera que decirle.

—Iremos por la otra orilla —añadió mientras atravesaban el bullicioso mercado, ella delante con aires de saber adónde lo llevaba. Un poco más abajo, giró a la izquierda y embocó el puente Viejo, un brazo que por encima del río une las dos orillas de la población. Cuando estuvieron en mitad del puente, se apoyó en la barandilla de cara a las montañas y le pidió con una voz seca:

—Diga, señor Christophe.

Él fue al grano, sin preámbulos:

—Quería hablarle del mozuelo que subió conmigo a Artiga. No es hijo mío. Es huérfano. En el verano del cuarenta, cuando la desbandada hacia el sur, lo recogí en la carretera cerca de Orleans. Huía de París con las monjas y otros niños del hospicio, y él se perdió. Durante dos años he sido un padre para él. Cuando vivíamos en Tolosa, iba a la escuela, pero aquí, en Sent Gironç, no me lo quieren aceptar por una cuestión de papeles. Tal como ahora está París, es imposible aclarar qué ha ocurrido con el hospicio. Al niño le conviene ir a la escuela para aprender y también por relacionarse con chicos de su edad. He pensado que en Artiga

estaría muy bien. A él también le gustó el lugar el día que subimos. No piense que quiero abandonarlo; lo hago por él.

—¿Cómo puede demostrar que es huérfano? ¿Tiene algún documento que lo pruebe?

—Ya le he dicho que es imposible localizar el orfanato. Pero su nombre lo dice muy claro. Se llama Philippe Deuxjuillet. El nombre del sacerdote que lo bautizó y el apellido del día en que las monjas le encontraron en la puerta.

—¿Es judío?

—No, no lo es. Pero el defecto del labio lo hace aún más desvalido que si fuera judío. Ustedes también tienen huérfanos franceses en Artiga.

—Buena parte de los pequeños lo son —admitió ella—. Se lo he preguntado por otros motivos. El dinero no nos sobra, ¿sabe? Recibimos ayuda de la Joint, una entidad de Estados Unidos que brinda apoyo a los judíos. Recibimos cien francos mensuales por cada niño, ya es mucho que podamos mantener la colonia.

Samuel, que ya contaba con ello, respondió:

—Yo le pagaré esta cantidad. Me comprometo a hacerlo.

La mujer se volvió de repente:

—Sigamos andando.

Mientras avanzaban en dirección a la parte baja del pueblo, él trató de conmoverla para que terminara de decidirse. Argumentó que, aparte de la falta de padres, el niño tenía ese defecto de la boca de nacimiento, que lo hacía a menudo objeto de burla por parte de sus compañeros de colegio. Los niños de la escuela pública solían ser muy crueles. En Artiga, en cambio, a pesar del poco rato que había estado, se notaba un ambiente de respeto y disciplina. El hombre se guardó muy mucho de revelarle el motivo más consistente que tenía para desembarazarse del niño.

Habían llegado delante del monumento que recuerda a los muertos de la Gran Guerra. La mujer fue a sentarse en la escalinata de acceso, sacó un lápiz y un cuaderno de la bolsa, y lo interrogó sobre cuestiones concretas relacionadas con el defecto de la boca, el nivel escolar, especialmente en lengua francesa, la ropa de vestir y el calzado del que disponía, y de otros detalles que Samuel

contestaba con respuestas que favoreciesen su admisión.

Finalmente, solo quedaba un obstáculo:

—No sé cómo hacer constar su aportación mensual de cien francos. Solo recibimos dinero mediante la Cruz Roja.

Él dijo:

—Podría pagarle con lápices de colores.

La mujer reaccionó con una breve sonrisa:

—Eso mismo, con material escolar. Cada mes le haré una lista de lo que necesitamos. —Y soltó el veredicto—: Admitimos a Philippe durante un mes a prueba; espero que se porte bien. Bajaré a buscarlo el próximo martes, así podrá comenzar la semana.

El martes por la mañana, Philippe salió de casa limpio y peinado; estrenaba una camisa a cuadros, unos pantalones largos de golf y una mochila de excursionista llena de ropa y de sus cosas a la espalda. Desde un largo trecho corrió hacia la camioneta suiza, que acababa de llegar y esperaba con el motor en marcha en un extremo del paseo de los plátanos. Se subió a la cabina y se instaló en el asiento del copiloto antes de que los adultos que habían decidido su futuro tuviesen tiempo de arrepentirse. Los accesos de tos del motor al ralentí le habían despertado un recuerdo de infancia, cuando la camioneta que llevaba el pan al hospicio le robó a Paulette. Él sabía que la mujer que le había hecho de madre estaba en relaciones con el panadero y tenía miedo de que un día se fuera con él; por eso, cada mañana, a la hora de desayunar, espiaba la llegada de la camioneta. Tan pronto como vio que Paulette subía al estribo de la cabina con un hato en la mano, salió disparado del comedor, tan aprisa que logró alcanzar la camioneta y colgarse de la barandilla de atrás. Habría accedido a la caja si la malvada monja de la puerta no lo hubiese arrancado de allí a tirones. «Esta vez no se me escapará», se decía Philippe siete años después mientras la conductora bajaba con una carpeta en la mano para dar tiempo a que Samuel llegase. Por mucho que la mujer insistiese en que bajase un momento para despedirse de «su tutor», como ella lo llamaba, el niño no tenía intención de abandonar el asiento ni aunque lo matasen.

Desde tierra, Samuel gritaba a la mujer por encima de los

ronquidos del motor que no hacía falta, que lo dejase, que cualquier día subiría a verlo, y enviaba hacia el niño unos adioses muy expresivos con el brazo. Los sentimientos del hombre eran, sin embargo, de otra clase. Después de haberle firmado los papeles a la directora, le había quedado una sensación de alivio semejante al que sentía como transportista cuando acababa de entregar un encargo voluminoso a su destinatario. A pesar de que en esa ocasión el alivio le supiera también a culpabilidad, el hombre confiaba en que a partir de entonces, sin la servidumbre que la presencia del niño le comportaba, tendría libertad de movimientos para cumplir la misión de salvar niños que la Main Forte le había encomendado.

El día siguiente, miércoles 26 de agosto de 1942, fue un día de mal recuerdo para la buena gente de Sent Gironç, que fueron testigos de unos hechos ignominiosos para la historia de Francia. El *colporteur* madrugó lo suficiente para coger el autobús de la línea de Foish y dar una vuelta por los pueblos y masías de las montañas de los alrededores de Rimont. A la hora de la salida, el coche no estaba en la parada ni acudió después, si bien había bastantes pasajeros esperándolo. Él permaneció en la parada un buen rato hasta que al fin, al ver que la mayoría optaba por marcharse, abandonó el lugar decidido a bajar hasta la estación del ferrocarril. No había dado muchos pasos cuando se oyó un gran alboroto de motores y gritos alarmantes, lo que lo hizo encaminarse hacia el centro del pueblo. Pronto vio una fila de autobuses y de furgones de policía detenidos un poco más abajo de la iglesia de Sent Valièr. Inmóviles en las aceras, los transeúntes observaban la caravana en silencio. Los gritos provenían de los pasajeros de los autocares, gritos de desesperación que suplicaban ayuda en un francés con acento extranjero:

—¡Auxilio! ¡Nos quieren matar!

—¡Salvadnos!

—¡Por Dios Santo, haced algo!

El alboroto había desordenado la fila de mujeres que hacían cola en la panadería. Por una de ellas se enteró de que en los autocares viajaban familias judías confinadas en Aulús.

—Deben de llevárselos a un campo de trabajo —decía una de las pocas que hablaban—. Pues que trabajen como tenemos que hacer todos los franceses. Se ve que en los hoteles de Aulús viven como reyes, con todo pagado y sin dar golpe. Para mí no son nada dignos de lástima.

Los furgones de los gendarmes se intercalaban en la caravana de una docena de autocares, entre los que Samuel identificó el que hacía la ruta de Foish. Después supo que el prefecto había confiscado todos los autocares de servicio en Arièja para transportar a los confinados de Aulús. A su espalda, una voz de hombre murmuraba:

—¡Qué vergüenza! ¡Eso es inhumano! Va en contra de los principios del Evangelio. Los cristianos no podemos permitirlo.

Al girarse, se sorprendió de encontrarse ante un sacerdote católico. Por lo que Samuel sabía, eran precisamente los curas, con sus obispos, los más entusiastas de los decretos antisemitas del Gobierno de Vichy. Todo ello debido a aquella historia cristiana que culpaba a los judíos de haber hecho crucificar al profeta Jesús. Preguntó al sacerdote si sabía por qué motivo se habían detenido. El de la sotana le aclaró:

—Hacen el relevo de los gendarmes. Se irán muy pronto. —Y repitió su indignación—: Los cristianos no podemos permitirlo.

Iba a secundarlo con una queja parecida cuando le llamaron la atención los gritos de una mujer:

—¡Señor *colporteur*! ¡¡Señor *colporteur*!! ¡Ayúdeme!

«*Colporteur* en Sent Gironç no hay ningún otro aparte de ti», le había dicho el señor Sentenac. Quizá ni en toda Francia quedaba ninguno más. Los gritos que lo reclamaban procedían del autobús de más arriba. Detrás del cristal de la ventanilla vio una cara conocida, la única que recordaba de su visita a Aulús: era la viuda polaca que a última hora no se había acabado de decidir a confiarle su hijo. La mujer, en cuanto se fijó en que el *colporteur* la había visto y la observaba, quiso hacer pasar a un niño por el cristal medio bajado de la ventanilla mientras chillaba como una mujer primeriza que estuviera pariendo:

—¡Ayúdeme, señor! ¡Salve a mi Léon! ¡Por el amor de Dios,

haga algo!

¿Y qué podía hacer él?, se preguntaba el último *colporteur* de Francia. El niño era demasiado grueso para pasar por la abertura, el gendarme que tenía delante le impedía acercarse a menos de dos metros del autocar y los coches que abrían el convoy ya empezaban a moverse. Pese a todo, pensó: «Si me quedo aquí sin intentar hacer nada, lamentando la cruel injusticia contra mis hermanos de raza, toda la vida me sentiré avergonzado». El viejo transportista de Lille había conducido muchos años el camión y por lo tanto conocía por experiencia las averías y los puntos más débiles de los vehículos de motor. También había aprendido a provocarlos. Se descargó la caja de la espalda, cogió de uno de los cajones unas tijeras de coser y buscó con la mirada la sotana negra del sacerdote de las lamentaciones. Se acercó a él y le dijo:

—Los cristianos no podemos permitirlo. Debemos hacer algo. —Y señalándole con un dedo una de las ruedas del autocar, susurró—: Venga conmigo. Sígame.

El sacerdote lo siguió con cara de no entender qué se proponía. Cuando estuvieron al lado del coche en el que la mujer gritaba como una parturienta, le señaló la rueda trasera, abrió la mano mostrándole tres monedas de cinco céntimos, las únicas que llevaba encima, y con un gesto brusco del brazo trató de hacerle entender cómo debía actuar. El sacerdote lo había entendido tan bien que rechazó aquella minucia. Se metió la mano en el bolsillo del hábito, extrajo el puño lleno de calderilla, toda la recaudación del cepillo de la iglesia, y con un gesto rápido y contundente lanzó las monedas hacia los bajos del autocar. En el acto ambos se agacharon hacia la rueda trasera simulando que querían recogerlas. El autocar ya se ponía en marcha y habría seguido adelante si algunos de los que miraban no se hubiesen sumado a la recogida de monedas. Gracias al apoyo de estos observadores silenciosos que, ya fuera por interés personal ya fuera por un acto de heroísmo que ponía en peligro su integridad física, se abalanzaron hacia los bajos del armatoste en movimiento, Samuel tuvo tiempo de pinchar el neumático y detener por el momento la expedición. Enseguida, aprovechando el alboroto levantado por la

lluvia de céntimos, pudo acercarse a la ventanilla de la viuda. A base de gestos y palabras sueltas lanzadas como monedas contra el cristal, logró hacerle entender que el niño se fuera hacia la parte delantera del autocar, que se pusiera al lado del chófer. Él dio la vuelta al vehículo por la parte exterior, se puso delante de la ventanilla del conductor y le advirtió:

—¡Tiene la rueda pinchada! ¡La rueda de atrás!

Tan pronto como el hombre abrió la puerta, el niño se le escabulló por un lado, saltó a la calle y se abrazó a las piernas de Samuel. Él le dijo flojito al oído:

—Corre, Léon. Huye deprisa. ¡Yo te sigo! —Y le dio un empujón.

El niño arrancó a correr escurriéndose entre la gente, perseguido por el gendarme que estaba muy cerca de la puerta y que no paraba de gritar que lo detuviesen. Cuando alguien lo intentaba sin mucho entusiasmo, el niño lo sorteaba y proseguía adelante, en dirección a las calles cada vez más estrechas del centro del pueblo. De vez en cuando giraba la cabeza. Veía al policía del quepis pisándole los talones y, más atrás, al *colporteur*, sin la caja a la espalda, que no lo perdía de vista y le hacía señales con la mano susurrándole «Corre, Léon, corre, que te va la vida en la carrera». Y el pequeño Léon, con zapatos de vestir, calcetines blancos y unos pantalones cortos con peto de color amarillo, sorteaba a una señora con una cesta bajo el brazo y se desviaba por una calle larga y vacía de gente. Delante de él solamente veía caminar a un guardia alto y robusto; era uno de los gendarmes que habían relevado de la expedición nocturna de Aulús y que regresaba a casa. Pese a los gritos de alarma de su compañero de uniforme, el guardia se apartó simulando que franqueaba el paso al niño, pero en el instante en que este pasaba por su lado, se giró de golpe alargando una pierna con la pérfida idea de ponerle la zancadilla. El pobre «leoncito» tropezó en la bota y cayó cuan largo era encima de los adoquines. Entonces el gendarme se agachó, lo agarró por los tobillos y lo levantó colgando cabeza abajo. El niño, aunque sangraba por las rodillas y la boca, braceaba y se retorcía como un conejo recién degollado. De esa guisa se lo entregó a su

compañero, que se acercaba lanzándole una lluvia de blasfemias y maldiciones:

—¡Cagüendiós! ¡No dejéis escapar el ganado! ¡Hemos perdido toda la noche para cazarlos!

Samuel se detuvo horrorizado diez pasos atrás. Nunca habría imaginado que una autoridad francesa de uniforme pudiese mostrar tanta crueldad y menosprecio hacia un chiquillo. Y se preguntó, como Salomón en el libro de los Proverbios: «¿Quién es capaz de atormentar a un niño y burlarse de su terror?». Y él mismo se respondió: «Esto es el fin del mundo. Del mundo más o menos ordenado en el que vivíamos antes de la tempestad».

13

PHILIPPE

Se ha despertado en mitad de la noche con ganas de orinar y ha tomado la decisión de aguantarse por temor a despertar a los dos que duermen en la litera de al lado. El compañero de debajo no le da miedo; al contrario, Daniel le cae muy bien. Después de la cena, cuando ha visto que lo habían puesto en su habitación, le ha dado la bienvenida y le ha agradecido el cuaderno de notas que le regaló la primera vez que subió a Artiga. Un par de horas antes, en la clase, ya lo había defendido del ataque de Levy.

Las novedades han empezado a media mañana. Cuando han llegado a la colonia, la directora le ha mandado que dejara el equipaje en la habitación y lo ha conducido directamente a la clase de los mayores, de los «jóvenes», como dicen ellos. Y allí lo ha dejado, al lado del maestro Jean-Luc y frente a una hilera de pupitres de chicos y otra de chicas que no se reían ni se burlaban de él, como sí le había sucedido el primer día en la escuela de Tolosa. Lo recordaban, claro está, de su visita con el *colporteur* y quizá esperaban que les llevara otro regalo. Las chicas lo miraban con más curiosidad que recelo. Ponían cara de estar pensando: «¿Qué haces tú, tan pequeño, en nuestra clase?». Por suerte, enseguida el maestro se lo ha aclarado:

—Tenemos un nuevo compañero en clase. Se llama Philippe, tiene catorce años y es de París; por lo tanto, habla muy bien francés. El pequeño defecto del labio hace que las palabras no le salgan tan claras como él querría. Os pido que seáis comprensivos con él.

«Hasta aquí todo muy bien», ha suspirado Philippe. Si no fuera porque, en lugar de dejarlo en este punto, el maestro se ha enzarzado en explicaciones médicas de su labio. Una malformación genética conocida en medicina como «labio leporino». Lo llaman así por su semejanza con el morro de las liebres, que tienen el labio de arriba cortado. Y toda la clase en pleno miraba su labio, aunque ninguno de ellos debía de haber visto en su vida una liebre. Por último, cuando ya confiaba en ir a sentarse a su pupitre sin tener que hablar y, en consecuencia, evitar las risillas de burla o las miradas compasivas, el maestro ha pedido que le planteasen preguntas. «Así practicaréis la conversación con un francés nativo, y a la vez todos nos conoceremos mejor.» Y los ha animado a preguntar, a ver quién es el primero en romper el hielo.

Una morenaza del lado de las chicas ha levantado la mano señalando el techo con el dedo índice:

—Me llamo Rachel Estruga, tengo dieciséis años y soy de Colonia. Te quería preguntar sobre tus padres, si sabes dónde están actualmente y qué hacen.

Antes de responder ha intentado afinar la voz. Ha carraspeado y, después de apretarse el paladar con la punta de la lengua, ha resonado en el aula una voz nasal más cavernosa de la que él ha oído nunca dentro de su cabeza:

—Mis padres me abandonaron de pequeño. Nunca los he visto. Espero que estén muertos.

A continuación, una chica llamada Yvonne y que habla muy bien, como si fuera francesa, le ha preguntado si conocía París y a qué sitios le gustaba más ir. Él ha pensado en las postales que venden en la tienda Sentenac y ha respondido que conoce muy bien los lugares más bonitos de la ciudad, como la Torre Eiffel, el Arco de Triunfo y el Moulin Rouge, donde bailan las artistas más famosas del mundo. Eso de las artistas ha provocado risas y murmullos de aprobación, sobre todo en los pupitres de las chicas, lo que le ha hecho sentirse más seguro para responder la pregunta siguiente, que iba sobre el viaje que debido a la guerra había tenido que hacer desde París hasta Artiga. Se ha explayado contando que había logrado escaparse del hospicio cuyas monjas lo

maltrataban y que había esquivado los aviones alemanes que bombardeaban las carreteras. Por el camino había conocido al *colporteur* Christophe. Juntos habían atravesado un montón de poblaciones que él recordaba de la *Guía Michelin*. Primero se habían quedado en Tolosa y después en Sent Gironç.

Cuando confiaba en que el interrogatorio se había acabado y en haber salido bastante airoso del trance, un chico bajito, que entonces aún no sabía que era compañero suyo de habitación, le ha dicho a bocajarro:

—Mi nombre es Levy Keller, tengo quince años, mi padre es rabino y tiene el cargo de gobernador en la ciudad judía de Theresienstadt. Quiero saber si eres judío, como nosotros.

Él ha tenido que confesar que no era judío, pero que quería convertirse en uno. El hijo del rabino le ha soltado:

—Pues escucha una cosa, Liebre. Si no eres judío como nosotros, ¿qué haces en nuestra clase?

El mote de Liebre le ha dolido tanto como el hecho de no poder ser judío como ellos. Se ha quedado mudo, sin saber qué responder. Suerte que enseguida ha intervenido el compañero que duerme debajo de su cama:

—Me llamo Daniel Grüpner, tengo dieciséis años y hace tiempo que no tengo noticias de mis padres. —Ha girado la cabeza hacia donde estaba sentado el hijo del rabino—. La pregunta te la hago a ti, Levy. Si tú eres judío, ¿qué haces en Francia, si aquí la mayoría son cristianos?

Después de llevarse este chasco, el cabrón de Levy no ha sabido qué decir. Y Helmut, el de la litera de al lado, aquel que el primer día quería un encendedor de mecha y Samuel hizo que lo cambiara por una maquinilla de afeitar, no le ha formulado ninguna pregunta, pero lo ha mirado con cara de pocos amigos.

No puede aguantar más; si no va a mear, revienta. Por más que vaya con cuidado al bajar, el armazón metálico de la litera chirría y se mueve como si de un momento a otro fuera a desmontarse. Una vez de pie en el suelo, camina de puntillas hasta la puerta, la abre lentamente y sale a la fría noche del patio. El barreño de lata que sirve de bacín está dos puertas más allá.

Liberada la presión en la vejiga, cuando se da media vuelta para regresar a la habitación, se topa con Helmut, que acaba de salir.

—¡Espérame aquí, Liebre! —le ordena en un francés precario —. Tú y yo tenemos que hablar.

Cuando el mayor del grupo ha terminado de mear, se lo lleva hacia el banco adosado al muro de la capilla. A Philippe le cuesta entender qué le pregunta, de qué hecho lo acusa, ya que habla un francés rústico y por la gesticulación y el tono de voz parece que le eche en cara algo que él ignora. Al final lo capta. Su compañero sospecha que el *colporteur* trabaja para la policía y lo ha colocado a él en Artiga para que espíe a los judíos de la colonia:

—¡Tú recibes dinero del vendedor ambulante!

Él intenta negarlo, también con más gestos que palabras. Sin el paladar postizo, que se ha sacado antes de acostarse para respirar mejor, las palabras se le deforman en ronquidos y gruñidos:

—Yo no cobro nada. Te lo juro. No tengo dinero.

—¡Tienes veinte francos en el armario! ¡Yo los he visto!

¡Qué cara más dura tiene el cabrón! Le ha registrado el armario y ha descubierto el dinero:

—Me lo he ganado trabajando para el *colporteur*.

No es preciso que lo jure porque el otro se lo cree enseguida. O quizá solo lo simula.

—Aquí, nosotros, prohibido tener dinero. Si la Abadesa se entera, Liebre será expulsado. Yo necesito diez francos. Tú me das y yo no digo nada. Te lo juro por la espada de Josué.

Acepta el trato, qué otro remedio le queda. Le promete que al día siguiente por la mañana se los dará, pero que no diga a nadie que tiene dinero y que no le vuelva a pedir. El otro responde solo que esté tranquilo y se levanta del banco como dando por terminada la conversación. Le sigue satisfecho, descalzo y ligero de ropa encima de las losas del patio mojadas por el rocío de la noche, hasta la habitación, donde reencuentra el calor maloliente a calcetines y sudor. Trepa por los barrotes de la litera con la vejiga vaciada y la cabeza llena de pensamientos. Si la directora sabe que tiene dinero, se lo dirá a Samuel y se descubrirá todo. «Me

expulsarán, eso como mínimo. ¿Por qué lo cogí de la caja, si aquí arriba no hay tiendas y no sirve para nada? Tendré que esconderlo o bien hacerlo desaparecer de la forma que sea...» El gallo de la casa de payés vecina anuncia la llegada del nuevo día. Por hoy ya ha dormido suficiente.

Dos horas más tarde, Philippe se dirige al comedor a desayunar siguiendo a sus compañeros de habitación y hace lo que ellos, que antes de entrar se paran un momento ante la pizarra colgada a un lado de la puerta para saber qué servicio les toca por la tarde. Levy lee en voz alta para todos:

—Habitación tres. Servicio especial de agricultura con los españoles. —Se gira hacia Daniel y le pregunta—: ¿Qué significa eso de servicio especial?

Este responde:

—Enric me ha dicho que ya lo sabremos.

Después de comer, sigue a sus compañeros de habitación, que se dirigen a la vivienda de los campesinos. En la puerta ya los esperan los dos hijos del matrimonio, Joan, que es de la clase de los chicos, y Rafel, que va con los pequeños. Ambos los reciben con chillidos, entusiasmados de ser tantos, y les enseñan orgullosos la carretilla que han cargado con troncos de leña, cubos y frascos de conserva vacíos. Al poco rato, aparecen los hombres: el cabeza de familia y padre de los niños, y su hermano, que se llama Enric, el payés que les abrió la cerca el primer día. Levy se muere por saber en qué consiste el servicio especial:

—Ya nos diréis qué tenemos que hacer.

—Los niños os lo dirán —dice Enric.

Entonces el mayor anuncia:

—Queremos matar todos los gusanos de la patata.

El pequeño Rafel exclama:

—Hoy mataremos un millón.

—¡Tantos no, imbécil! —le grita su hermano. Y precisa la cantidad—: El año pasado matamos trescientos cuarenta y tres mil quinientos setenta en una tarde. Pero hoy somos más. Debemos matar medio millón.

Diez minutos más tarde la cuadrilla de exterminadores llega

al extremo de un campo de patatas inmenso. Mientras, Ramon indica a los niños el lugar donde deben encender la hoguera y les da instrucciones de cómo tienen que poner las ramas; Enric les reparte los botes, uno a cada uno, y los conduce hasta la primera mata, una planta de un par de palmos de altura coronada por alguna que otra florecilla de color blanco. Entre el follaje verde se distinguen a primera vista los escarabajos que devastan la planta. Tienen forma de tortuga pequeña, de caparazón blancuzco a rayas negras.

—Los niños dicen que son mariquitas que se han puesto un pijama de rayas para dormir —prosigue el labriego—. Y parece que duermen de verdad porque no se asustan. Podéis ir pellizcándolos sin miedo a que escapen. Si os cae alguno al suelo, no lo chaféis. Llevan la tripa llena de huevos y dentro de cuatro días la mata volvería a estar llena. Los huevos también debéis sacarlos. Son de color amarillo y se esconden en la parte de atrás de la hoja. ¿Lo veis? Cortáis la hoja y al bote.

Cada uno se coloca en el extremo de una ringlera de matas con el bote colgado al cuello con un cordel y las manos libres para trabajar. Entre los dedos de ellos cuatro, más los de los dos campesinos, revisarán en cada pasada una ancha franja de la plantación. De vez en cuando, pasa uno de los niños con el cubo para recoger las capturas realizadas. Se las lleva hacia la hoguera, pero no las vierte directamente en las llamas, como hacían antes sus padres. Ellos quieren saber la cantidad total de gusanos chamuscados, lo que comporta un ejercicio mental considerable para su edad. Primero separan las hojas, eligen unas cuantas al azar para contar los huevos y sacan la media, una cantidad que suele variar entre treinta y cincuenta huevos por hoja. A continuación, cuentan las hojas una por una y, naturalmente, multiplican ambas cantidades para saber el total. Contar los escarabajos adultos es la mar de fácil. Los niños saben de la temporada anterior que en un bote de litro caben mil doscientos escarabajos, así que vierten a las llamas el bote bien raso y en una sola hornada calcinan mil doscientos. Tan fácil como beberse un huevo.

Dos horas y media más tarde los recolectores de escarabajos y de nidadas de huevos liquidan toda la plantación. Philippe ha sido uno de los primeros en llegar al final de su ringlera y, en lugar de retirarse a la sombra como han hecho los demás, se ha quedado un rato echando una mano al compañero de litera, que se encarga de la hilera de arriba del todo. Ha aprovechado la ocasión para pedirle que le dé lecciones de alemán; así los entenderá cuando hablen entre ellos. Daniel ha respondido:

—Lo que dicen entre ellos no es preciso que lo entiendas, solo sueltan tonterías. —Después le ha propuesto—: Yo te enseño alemán y tú me enseñas las palabras de francés que no entiendo.

Es una tarde serena y bochornosa de finales de agosto. El humo de la hoguera planea por encima de los cultivos y los bosques de Artiga y desprende un hedor amargo, a chamusquina. Philippe y su compañero de litera son los últimos en terminar. Los niños los esperan ansiosos de recibir las últimas capturas y cerrar el recuento definitivo. Ellos dos, en cambio, de lo que tienen ganas es de lavarse las manos de aquel jugo maloliente y amarillento. Se ayudan el uno al otro a enjuagarse con chorros del cántaro mientras oyen la chifla de la última tanda de insectos asándose en las brasas.

Más allá, a la sombra de los primeros árboles del bosque, los compañeros y los campesinos españoles, sentados en el suelo en torno a un mantel, están a punto de zamparse la comida campestre que les ha preparado Aurora, la esposa de Ramon y madre de los niños. Una merienda al estilo de Cataluña, a base de una gran ensalada verde para todos, embutido, queso y rebanadas de pan seco, pero que humedecidas con el jugo de un tomate se comen como si fuesen bizcocho. Los pequeños verdugos no tardan en acudir, con cara de decepcionados porque la cantidad total de la matanza, sumando los gusanos y los huevos, no llega a medio millón. Rafel muestra la cifra exacta que su hermano le ha escrito en el brazo con un trozo de carbón. Es tan larga que le ocupa de la muñeca hasta el hombro: cuatrocientos veinticinco mil doscientos ochenta y siete. Daniel, que siempre quiere saberlo todo, pregunta a los campesinos si no hay algún método más cómodo y limpio de

exterminarlos, algún producto químico. Ramon refunfuña:

—Son muy caros y no sirven de nada.

Enric da una explicación más larga:

—De vez en cuando aparece algún producto que al principio los mata, pero el mismo producto al año siguiente ya no les hace nada. Son gusanos muy listos y no lo deben ni probar. O quizá, si lo prueban, su organismo se adapta a él y ya no les surte efecto. No lo sé. El caso es que, si no los quemas, lo arrasan todo. Y cada año hay más.

Aurora también interviene:

—¿Acaso no dicen que la culpa es de los americanos? Al parecer, desde los aviones lanzaron bolsas de gusanos en los campos de Alemania. Por eso hay tantos.

—¡Todo eso son pamplinas! —concluye Ramon—. Ya tienen bastante trabajo los americanos en el Pacífico bombardeando a los japoneses. ¡Estos son los únicos gusanos que por ahora les importan!

Enric se pone de pie, anuncia que ha llegado la hora de que los chicos vuelvan a la colonia y se dispone a acompañarlos. Helmut, el único que capta en el acto de qué va la cosa, se yergue de un salto y los demás hacen lo mismo. También Philippe, que, cogido por sorpresa, se lleva la media rebanada de pan y la loncha de queso que roía con los dientes torcidos. Guiados por el payés, se dirigen por el camino ancho que separa los cultivos del bosque hasta poco antes de la vivienda, donde se desvían por el sendero que baja al molino. Pocos pasos más abajo, cuando personas, cultivos y edificios han desaparecido de la vista, el guía se detiene y les muestra un paquete de Gitanes:

—¡Vamos, chicos! Este es el postre.

Entonces Helmut saca de su bolsillo un billete de color azul, el mismo billete de diez francos que por la mañana le ha arrancado a Philippe, y se lo entrega al payés:

—Hoy pago yo. Quédatelo. Y no me preguntes de dónde lo he sacado.

Enric se lo mete en el bolsillo de la camisa:

—Hostia, chico, sí que vas sobrado. ¡Tendremos para más

días! —Y ofrece tabaco a todos los del grupo.

A Philippe le da miedo fumar. Una vez, cuando aún vivían en Tolosa y merodeaba por las calles como un perdulario, quiso probar con una colilla de cigarrillo que acababan de escupir, y a la primera calada le dio un ataque de tos que por poco se ahoga. De entrada, encuentra una buena excusa para rechazarlo sin quedar como un desgraciado delante de sus amigos. Se llena la boca de pan y, con gestos expresivos, les da a entender que ahora no puede, que ya fumará después. Pero este después será muy breve y nadie le jugará la mala pasada de recordarle que se ha quedado sin el postre. Mientras sube la cuesta del bosque, le da vueltas de nuevo al destino del dinero que en mala hora birló de la caja de su protector. ¿Qué hará si aquí arriba no hay tiendas donde gastarlo? ¿Y qué sacará de tenerlo escondido en algún lugar secreto? La opción de repartirlo entre sus compañeros de habitación la encuentra demasiado arriesgada. Cuantos menos lo sepan, mejor. Así que decide dárselo todo a Helmut.

14

DANIEL

Viernes, 14 de agosto de 1942

Como no puedo leer ningún libro nuevo porque los pocos que tengo a mi alcance ya los he leído, por lo menos a partir de hoy podré escribir. Ayer por la mañana pasó por la colonia un vendedor ambulante con una caja de madera a la espalda llena de pequeños artículos. Lo acompañaba un chico que me regaló un cuaderno de notas de cincuenta hojas. Ni más ni menos que cincuenta páginas en blanco. Para no malgastar el papel en pocos días, seguiré estos siete mandamientos. Primero: escribir un semanario en lugar de un dietario. Cada viernes por la tarde anotaré el hecho, el pensamiento o la emoción de la semana que valga la pena recordar. Segundo: hacer la letra pequeña. Tercero: ser breve. Cuarto: contar los hechos de la manera más sencilla, sin florituras. Quinto: utilizar el lápiz y la goma para las correcciones. Sexto: considerar que ninguna semana, por rica e intensa que haya sido, merece más de una página. Y séptimo: escribir con un código secreto que solo yo pueda descifrar. Así me libro de la curiosidad de maestros y compañeros y evito que los gendarmes se puedan aprovechar de la información en caso de que el cuaderno cayese en sus manos.

Viernes, 21 de agosto de 1942

Me gusta ayudar a los españoles en las labores del campo. Para mí

es también la forma de escaparme de los trabajos monótonos, como son barrer, ayudar en la cocina o hacer jugar a los más pequeños. También en Colonia tenía que trabajar. Mi padre quería que fuera relojero, como él, y me retenía en el obrador. Todo el día encerrado allí con una lente pegada al ojo y un destornillador minúsculo entre los dedos, matando su tiempo para que el tiempo de los demás siguiera funcionando puntual. Ajustar un segundo el reloj del director del banco le costaba un día entero de trabajo. Me decía: «Si no quieres aprender a arreglar relojes, ¿qué harás?». Yo entonces le respondía: «Quiero estudiar Astronomía». El tiempo de los relojes da vueltas en la esfera, y yo quería huir a años luz del obrador. Enric Clotet también huye. Cada semana hace una escapada a Sent Gironç para reunirse con gente de la Resistencia que lucha contra los nazis. En eso nos parecemos.

Viernes, 28 de agosto de 1942

El chico que me dio el cuaderno de notas es un huérfano de París que se llama Philippe. El pasado martes ingresó en Artiga y duerme en la cama de arriba de mi litera. Por la noche a veces ronca. Tiene el labio partido y un agujero en el paladar, por eso respira mal. Yo me tapo las orejas con un retal, pero los compañeros de la otra litera protestan. «¡Liebre, para ya, cojones! ¡Te meteré un calcetín en la boca!» El primer día el maestro nos dijo que su defecto se llama «labio leporino», y Levy lo bautizó con este nombre. Él no quería. Yo le dije, en francés porque él no entiende el alemán: «No te quejes por el nombre. La liebre es un animal listo y elegante que corre más que ningún otro. A mí me gustaría que me llamasen Liebre». Dejando a un lado el defecto, yo le envidio dos cosas: que no sea judío y que no tenga que sufrir por la situación de sus padres.

Y ahora me como la página de la próxima semana con un hecho remarcable de ayer por la tarde. Tuve que ir con mis compañeros a ayudar a los españoles en la peor de las labores del campo que he tenido que hacer hasta ahora. Debíamos coger con

los dedos los insectos que devoran las plantas de la patata y luego quemarlos. Me han quedado las manos manchadas de una saliva amarilla que apesta y tengo un tufo a socarrina pegado a la nariz. Enric nos contó que no hay otra manera de exterminarlos. Dice que son unos insectos tan inteligentes que resisten cualquier insecticida. Si tan inteligentes son, es extraño que se dejen coger como si fuesen caracoles teniendo alas. Me pregunto por qué no huyen volando tan pronto como ven la sombra de una persona o notan que la planta se mueve. Incluso delante de la hoguera, sintiendo el murmullo de sus compañeros asándose, siguen impasibles. Todo un misterio la pasividad de estos insectos tan inteligentes en según qué cosas.

Viernes, 11 de septiembre de 1942

Enric ha querido mostrarme el viejo molino del convento. La gente de los pueblos vecinos lo llama el molino del Fraile. Cuentan en Sent Pèire que por la época de la Revolución, cuando los campesinos asaltaron el convento, uno de los monjes se escondió en el molino. Creen que aún está allí y que algunas noches puede oírse el rugido de la muela y el estruendo del agua que la hace rodar. Por fuera, el molino parece un montón de ruinas cubiertas de zarzas y de ramas. Pero por dentro es un buen refugio, con un camastro y un fuego en el suelo. Me ha dicho: «Puedes traer a tu chica». Cuando hemos vuelto a salir me ha enseñado un camino secreto. Lo ha abierto él para ir a Sent Gironç sin pisar la carretera general ni cruzar el río. Dice que de vez en cuando se escapa al pueblo.

Viernes, 18 de septiembre de 1942

Hoy el maestro Jean-Luc nos ha contado la historia del convento. Dice que lo fundó un hijo del conde de Foish en la época de la Edad Media y que llegó a ser muy importante. En su época de

esplendor vivían veinte frailes, que eran propietarios de las tierras de los alrededores, las que hoy cultivan los españoles, y también del pueblo de Sent Pèire y de todas las tierras del Solan. Los frailes no cultivaban la tierra, eran señores de los campesinos que trabajaban para ellos. Como si fuesen sus labradores. En la época moderna el convento entró en decadencia. Cuando llegó la Revolución francesa, los campesinos asaltaron y saquearon el convento. El abad y los pocos frailes que quedaban consiguieron salvarse gracias a que huyeron a las montañas y se refugiaron en España. Los frailes de Artiga eran de la orden de los «canónigos blancos», igual que los frailes de Comalonga, que es otro convento que hay cerca de Rimont. Seguían un reglamento escrito por Agustín de Hipona, un sabio que nació en Argelia y que los cristianos adoran como a un santo. Dice el maestro que el sabio escribió ideas muy profundas sobre el comportamiento de las personas y que nos quería leer algunas. Ha dicho: «Imaginaos que resonaron durante siglos dentro de esta misma aula». Entonces Levy Keller ha intervenido para hacer un comentario que yo, más o menos, también pensaba, pero que no me atrevía a decir: «Por mí no es preciso que los lea. Un moro nacido en Argelia y adorado por los cristianos no tiene nada interesante que decirme». Jean-Luc le ha respondido que a eso de juzgar el valor de una idea sin conocerla se llama prejuicio. «Por lo tanto, primero escucha. Os leeré cuatro sentencias; vosotros copiáis una, la que encontréis más interesante. Pensad que después deberéis comentarla por escrito». Y nos ha soltado estas cuatro sentencias, una detrás de otra, dejando una pausa entremedias para que tuviésemos tiempo de copiarlas: «El mundo es un libro y los que no viajan nunca solo leen una página», «Ama y haz lo que quieras», «Cuida del orden para que el orden cuide de ti», «Conócete a ti mismo; acéptate tal como eres; trata de superarte». Después nos ha pedido que levantase la mano el que hubiera copiado más de una sentencia. Y la hemos levantado todos, excepto el ceporro de Helmut, que es incapaz de escribir una línea en francés.

Viernes, 25 de septiembre de 1942

Compruebo que en siete viernes he llenado diez páginas del cuaderno. Hace una tarde tan ventosa que no se puede salir a pasear. Acepto la propuesta de Rachel de bajar al molino a tocar el clarinete. Primero que toque ella el suyo; luego el mío.

Viernes, 2 de octubre de 1942

Aunque de repente los alemanes perdiesen la guerra y todo volviese a ser como antes, yo difícilmente podría estudiar en la universidad. Si por arte de magia eso fuera posible, hoy no elegiría la carrera de Astronomía. Me gusta más la agricultura. Las estrellas están muy lejos, solo se las puede ver con telescopio. En cambio, la tierra la tienes al alcance de la mano, la tocas, puedes transformarla. Cuando el payés cultiva un campo, limpia la tierra de piedras, de árboles y de matorrales; como si dijéramos, pone orden. Eso es lo que hicieron los primeros frailes cuando llegaron a Artiga. Le pregunté a Enric si había una carrera de agricultura y me respondió: «¿Cómo quieres que haya una carrera para esta miseria?». Pero Jean-Luc me ha asegurado que existe. El maestro encuentra raro que me guste la agricultura porque los judíos hace siglos que no podemos ser campesinos. Y no solo en Alemania; por todo el mundo tenemos prohibido ser propietarios de campos y cultivarlos. La única tierra que por ley nos dejan tener es la del cementerio. La afición a la tierra debe de venirme de un abuelo de mi madre, un polaco hijo de campesinos que no era judío. O quizá no, quizá no lo lleve en la sangre, ni en el cerebro, ni donde esté el lugar donde se guardan estas herencias. Quizá me hace ilusión precisamente porque no la tengo.

Viernes, 9 de octubre de 1942

El pasado martes a primera hora de la tarde acompañé a Enric a Sent Gironç, una escapada clandestina, emocionante, que me ha

dejado un sabor agridulce y un dolor de piernas que aún me dura. Las coartadas que teníamos por si nos tropezábamos con los gendarmes eran muy débiles. Él llevaba un hierro de arado roto para que lo soldase el herrero y yo les diría que me había enviado el maestro de la Cruz Roja a comprar libretas; en el bolsillo tenía treinta francos que me había dejado Enric para demostrarlo. Atravesando bosques y barrancos, en una hora y cuarenta y cinco minutos nos plantamos en la iglesia de Sent Valièr, que está a la entrada de la población viniendo de las montañas. Allí nos separamos. Yo conocía la ciudad de una vez que había bajado con la Abadesa. Fui a las calles comerciales del centro. En medio de la gente que iba arriba y abajo sentía por dentro una inquietud nueva, mezcla de libertad y de temor. Me paré delante del escaparate enrejado de una librería. En torno a un diccionario de alemán y una gramática, el librero tenía expuestos varios libros y folletos sobre agricultura. En tiempo de penuria la gente de ciudad siembra alubias en los tiestos de los geranios, planta una col donde hay un palmo de tierra libre. Me los habría quedado todos. No hay nada más triste en el mundo que tener libros al alcance, ganas de leerlos, treinta francos en el bolsillo y no poderlos comprar. Me sentí muy desdichado. Dos horas más tarde me reuní con Enric en la puerta de la misma iglesia. No me quiso decir qué había ido a hacer. Seguramente se había encontrado con algún militante del maquis o de la Resistencia. Llegué a Artiga reventado de la caminata. Le devolví los francos. Por unas pocas horas mi bolsillo supo qué es el dinero.

Ahora veo que esta crónica se ha saltado la norma de espacio que me impuse al estrenar el cuaderno. Desde hoy, escribiré como quiera siempre que tenga ganas. Ya padezco bastantes normas y restricciones, solo me faltaba esta.

Lunes, 9 de noviembre de 1942

Hoy se cumplen cuatro años del ataque de los nazis a la relojería. Ya habíamos cerrado la tienda y mi padre se había quedado un

rato en el obrador mientras mi madre preparaba la cena. Yo estaba en mi cuarto haciendo los deberes del colegio. Cuando oímos acercarse el alboroto de chillidos y destrozos, mi padre subió al piso a refugiarse con nosotros. En nuestra tienda se quedaron más rato que en las otras. Porque no solo venían a destruir, sino sobre todo a saquear. Se llevaron joyas, relojes, todo lo que les apeteció. Días después, uno de los clientes reclamó de malos modos el reloj desaparecido que había dejado para reparar. Decía: «Cuesta poco echar la culpa a los nacionalsocialistas. Judíos teníais que ser». Es lo único que nos faltaba. Aun así, los relojes y las joyas no fueron las cosas de más valor que aquella maldita noche de noviembre nos robaron. A mí los nazis me han robado los mejores años de mis estudios; a toda la familia nos robaron la libertad, la dignidad de ser personas. Quizá incluso nos robarán la vida. Para los nazis, los judíos somos como los gusanos de las patateras.

Viernes, 13 de noviembre de 1942

Malas noticias de la guerra. Las tropas alemanas han ocupado los departamentos de la Francia libre. Ayer por la tarde llegaron a Sent Gironç. Enric piensa que quieren controlar la frontera de los Pirineos. Además de los gendarmes, ahora tenemos muy cerca a otros cazadores más crueles que nos buscan. A pesar de todo, Enric es optimista. Él es optimista por naturaleza. Dice que todo este despliegue de fuerzas de la Wehrmacht es consecuencia de las derrotas que han sufrido en Egipto y en el norte de África. Han perdido el mar Mediterráneo y ahora tienen miedo de que los ingleses y los americanos desembarquen en España a través de Gibraltar. Enric desea que lo hagan, ojalá, porque un frente de guerra en España sería a la larga la sentencia de muerte para la dictadura de Franco.

Miércoles, 2 de diciembre de 1942

Más malas noticias. Al acabar la clase, Jean-Luc nos ha anunciado que pasará la Navidad en Suiza y que no volverá a Artiga. Nos hemos quedado mudos. No contábamos con que es un maestro voluntario de la Cruz Roja y que un día u otro tendría que dejarnos. En el lado de las chicas se ha oído un suspiro que enseguida se ha contagiado a toda la bancada. Los chicos solo callábamos, la procesión iba por dentro. Él nos ha recordado que había pasado dos años y medio con nosotros, que tenía intención de terminar el tercero, pero que por razones personales ha pedido dejarlo. No nos ha revelado cuáles son estas razones personales. Dice que no debemos preocuparnos, que en enero nos enviarán otro maestro que lo hará mejor que él. Antes de irse ha querido dejar organizada la velada del *réveillon*. Y ha decidido, quizá para compensarles las lágrimas, que este año se ocuparán las chicas.

Rachel me ha dicho que ellas están seguras de que se va por su novia, una chica de Lausana que le escribe muy a menudo. Debió de conocerla en el verano, durante el mes de permiso. Pondrían la mano en el fuego a que se va por ella, lo cual hace que su marcha las entristezca aún más.

Viernes, 18 de diciembre de 1942

Las chicas se han tomado muy a pecho el *réveillon*. Quieren controlar todos los detalles de la celebración. También los trabajos pesados que no pueden hacer solas y requieren la fuerza de los hombres. Esta tarde Enric y yo habíamos previsto ir al bosque a cortar el árbol de Navidad, e Yvonne y Rachel han querido a toda costa acompañarnos. Una vez dentro de la espesura caótica del bosque, nos hemos fijado en que todos los pinos tenían ramas muertas, como si hubiese una plaga. Enric no le ha dado importancia. Dice que con los árboles pasa como con las familias. Las ramas jóvenes estiran el tronco hacia arriba buscando los rayos del sol y desde allá arriba chupan toda la savia, que es como la sangre del árbol. Las ramas viejas de abajo se van muriendo en la sombra. Es ley de vida.

Al cabo de muy poco nos ha guiado más allá, hasta una zona donde el bosque raleaba debido a un incendio provocado por un rayo. El fuego quemó los matorrales y las ramas bajas de los pinos, pero el tronco resistió gracias a la protección de su corteza. Y así los pocos pinos que quedaron continuaban vivos con un penacho joven en lo alto. Enric ha señalado un tronco y ha dicho: «Cortaremos este». A Yvonne no le ha gustado nada aquel pino altísimo con el tronco renegrido. Ha dicho que le daba pena matar el árbol que había sobrevivido al incendio. Enric ya había tomado la decisión. Había descargado el hacha del cuello y se escupía saliva en la palma de las manos: «¿Pena por qué? No lo cortamos para hacer leña. Por el contrario, es un árbol afortunado. El tronco es una buena viga y vivirá durante muchos años en el tejado de la casa, y su penacho alegrará vuestra fiesta adornado de luces». A mí también me daba no sé qué cortar el árbol con el tronco chamuscado. Los hachazos que hacían temblar las ramas jóvenes en lo más alto resonaban dentro de mi cabeza como los tiros de una ejecución. Rachel, como si leyese mi pensamiento, me ha cogido la mano mientras me preguntaba bajito: «¿Cuánto tiempo hace que no has recibido carta de tus padres?».

15

RACHEL

Réveillon 1942. El comedor de la colonia es una burbuja cálida de luz, música y alegría rodeada de bosques y campos invernales. Los pequeños cantan el último villancico de la noche acompañados por el clarinete de Rachel y por el violín de Angela:

> Petit papa Noël,
> quand tu descendras du ciel,
> avec des jouets par milliers,
> n'oublie pas mon petit soulier...

La actuación levanta una tormenta de aplausos entusiastas y sinceros por parte de las ochenta personas de la sala. Rachel se seca con el pañuelo el sudor de la cara, se ata en la nuca un mechón rebelde que se le desprende de la cola y se gira de lado para guardar el clarinete en el maletín. Al levantar los ojos ve que una niña del grupo de los pequeños atraviesa la sala muy decidida y, medio descalza, con la zapatilla en la mano, va a dejarla al pie del árbol de Navidad. A continuación, sus compañeras se apresuran a imitarla. Ahora solo queda el colofón de la fiesta, suspira aliviada. No se da cuenta de la presencia de la Abadesa hasta que siente su aliento en el cogote dirigiéndole un reproche:

—¿Por qué habéis tocado esta pieza? ¡Precisamente el villancico del zapato!

Ella quiere tranquilizarla:

—Ahora se lo explico, señorita.

Pero la mujer, tras escupirle la reprimenda, se ha dado la vuelta sin esperar respuesta y se abre paso por el medio de la sala en dirección al árbol adornado con velas, con dibujos de los más pequeños y piñas del bosque pintadas. La clarinetista observa curiosa cómo el ama y señora que quiere tenerlo todo controlado intenta en vano abortar la ilusión y el trajín de los pequeños de la casa. No puede entender qué les está diciendo, pero se lo imagina. «Vamos, pequeños, retirad los zapatitos, que Papá Noel no pasa por Artiga. Hay guerra en el norte de Europa y no puede viajar, los alemanes bombardearían su trineo. Ale, calzaos, que ya es hora de acostarse». Quién sabe qué excusa se habrá inventado. Pues que sepa que esta noche Papá Noel pasará de verdad. No puede faltar, será la guinda del pastel del *réveillon* que ellas solas se han encargado de preparar.

Hasta ahora las actuaciones han ido de perlas. Yvonne ha bordado el papel de presentadora, a pesar de que en algunos momentos se ha pasado de rosca y ha estado a punto de aguarles la fiesta. Se empeñó en presentar la velada vestida de payaso y ha aparecido con la cara embadurnada de harina, la nariz pintada de rojo, una chaqueta roja estampada de topos blancos, pantalones negros y zapatos enormes. Ha saludado al público con su francés, que mana de sus labios como un cuchicheo sedoso, mientras subrayaba las palabras con gestos y posturas que en ocasiones rayaban la grosería pero que provocaban risas, especialmente entre los más pequeños:

—Señoras y señores, bienvenidos todos al *réveillon*. Me llamo Augusto y, como podéis ver, soy un hombre. Llevo pantalones, no me molestan los pechos y os puedo asegurar que meo de pie y estoy circuncidado como Dios manda. Los hombres hablan de cosas importantes y serias que deben escucharse poniendo cara de palo. El año pasado los chicos nos representaron una obra aburridísima de Shakespeare. Pero no temáis, que yo soy el payaso Augusto y esta noche mágica nos lo pasaremos pipa, ya lo veréis. Hemos invitado a la fiesta a nuestros vecinos españoles, que nos venden los alimentos tirados de precio. Gracias a ellos algunos días aún podemos darnos el atracón. En realidad, ellos no son españoles,

sino catalanes. ¿Acaso no habéis oído hablar nunca de los catalanes? Yo tampoco, hasta que ellos me lo han contado. Para que lo entendáis, os diré que los catalanes son como los irlandeses antes de independizarse de los ingleses. Estamos muy agradecidos por todo lo que hacen por nosotros, les dedicamos una canción tradicional catalana titulada *Rossinyol que vas a França*.

Ella y Angela la habían conseguido de los españoles, que se habían llevado del pueblo un librito de canciones populares, y a Aurora le hacía ilusión que la cantasen. Tanto el matrimonio como Enric sabían que la cantarían y, pese a ello, tan pronto como han sonado las primeras notas del violín y el clarinete, a los tres se les ha mudado la expresión. Y cuando sus hijos han empezado a cantar «Rossinyol que vas a França, rossinyol. Encomana'm a la mare, rossinyol...» a la mujer le goteaban más los ojos que a las velas del árbol de Navidad.

A continuación, Yvonne ha presentado al señor Christophe:

—El *colpolteur* que muy a menudo nos visita con su cajita mágica llena de sorpresas habla un francés de muy arriba de Francia y con su cabeza rapada, el bastón de caminar y la caja a la espalda parece un personaje que se ha escapado de un cuento de miedo. Le dedicaremos la canción *Voici le marchand de sable*, que cantarán los del grupo de los pequeños.

Después del *colporteur* ha llegado uno de los momentos más comprometidos de la velada:

—A continuación, el grupo de los chicos cantará el villancico que lleva por título *Es ist ein Ros entsprungen*. Se la dedicamos a nuestra querida directora, la señorita Rosmarie Inger. Porque, aunque a veces parece un rosal con más espinas que flores, ella es para nosotros la flor más preciosa y resistente de este invierno que padecemos en la colonia.

Las chicas sabían que, sin disponer de maestro de música ni de nadie que entendiese ni pizca de solfeo, les costaría Dios y ayuda adaptar los acordes a sus instrumentos. A pesar de las dificultades, se habían propuesto que la letra pareciese pensada expresamente para una mujer de nombre Rosmarie. Lo tenía todo para ablandar su corazón, más duro que una roca. Era un villancico

tradicional de Suiza; la música sonaba solemne, tal como correspondía a una directora con tantos humos como ella, y los versos hablaban de una «rosa» en una primera estrofa muy poética que decía:

Ha eclosionado una rosa
de una raíz nueva.
Así lo cuentan los antiguos
del árbol de Jesé.
Una florecilla nace
en mitad de la fría noche
de este helado invierno...

Soplando el clarinete, Rachel miraba por el rabillo del ojo a la Abadesa, que no había mostrado ninguna señal de emoción. Sus labios comprimían una sonrisa rígida mientras su cuerpo se mantenía tenso, con las manos cruzadas encima de las rodillas y la espalda pegada al respaldo de la silla.

Aún flotaba en el aire la melodía de la rosa que florece en invierno cuando Yvonne ha continuado deseosa de presentar nuestra canción estrella:

—La siguiente canción se la queremos dedicar al maestro de francés, nuestro querido Jean-Luc Forestier, que se fue la semana pasada. Era un maestro joven y apuesto que había leído toda la literatura francesa y a quien Shakespeare no le gustaba nada. Aparte de literatura, nos enseñó las cosas importantes de la vida. Pero tenía dos defectos: como maestro era demasiado atractivo y seductor, y las alumnas lo miraban embelesadas sin escuchar la lección que explicaba, y el otro defecto es que como hombre demostraba tener mal gusto para las chicas. Vivía rodeado de un grupo de chicas simpáticas, listas y encantadoras que lo adoraban, pero él hacía como si no las viera y seguía enamorado de una suiza de Lausana sin ninguna gracia. La canción que enseguida cantaremos la compusieron los mayores, chicos y chicas, cuando él nos anunció que se iba a Suiza y que no volvería a darnos clase. La letra se basa en el Salmo 137, conocido como «El canto de los

exiliados». El que dice «A orillas de los ríos de Babilonia nos sentábamos, llorando de añoranza de Sion».

Entonces, los mayores de la casa han salido al centro del comedor, satisfechos de cantar una canción que habían compuesto entre todos:

Junto a los ríos de Francia vamos a cantar
que el maestro Jean-Luc nos ha dejado.
¿Por qué cantáis, la gente preguntará,
judíos indeseables, expulsados
lejos de vuestra nación y hogar?
Echaos a llorar o callaos.
Junto a los ríos de Francia vamos a cantar
que somos jóvenes y queremos libertad...

A continuación, ha venido el villancico *Heilige Nacht*, dedicado al resto de los maestros y monitores, y a la cocinera, y finalmente un repertorio de villancicos franceses que han clausurado la velada con el *Petit papa Noel, n'oublie pas mon petit soulier*...

«Las actuaciones musicales han salido bordadas, mejor de lo que pensaba», celebra Rachel mientras avanza hacia el árbol resplandeciente que los más pequeños asedian como las mariposas nocturnas del verano la bombilla del patio. Cuando llega a él, Yvonne y Alice han logrado frenar las iras de la Abadesa, que muy a regañadientes ha tenido que permitir que los pequeños dejen sus zapatos bajo las ramas. Aunque en presencia de los más jovencitos las organizadoras no pueden darle muchas explicaciones, la mujer ha entendido la identidad del Papá Noel que esa noche visitará Artiga. Ahora, sin embargo, el mal humor le viene de otra parte. La mujer acaba de darse cuenta de que aquella docena de zapatitos expuestos a la luz turbia de las velas delata públicamente una miseria extrema, indigna de un centro de la Cruz Roja suiza como el que ella dirige. La mayoría son heredados de los medianos, que a su vez los habían recibido de los más mayores, quienes los habían estrenado poco después de que los nazis asaltasen la tienda

Bachenheimer y otras zapaterías judías de Colonia. Zapatos de color incierto, con las puntas abiertas, arqueados como si fuesen zuecos, con la suela rota de tanto pisar adoquines de las calles de Alemania, de Bélgica y de Francia, tablones de vagones de mercancías y la tierra, el barro y la nieve del patio de Artiga. La Abadesa intenta justificarse ante la campesina Aurora, que los observa con ojos compasivos, ante el señor Christophe, que sonríe con la mirada perdida como si tuviese la cabeza en otra parte, muy lejos de Artiga. La Abadesa, pues, les cuenta sin que nadie se lo pida, que hace tiempo que les tiene que comprar zapatos nuevos, pero últimamente el dinero de Suiza tarda demasiado en llegar. Aurora le comenta en una mezcla de francés y catalán:

—¡Caramba, qué calzado! ¡Ya podría haber tenido de pequeña unos zapatos así! ¡Pues no iba yo bien descalza!

Rachel interrumpe la conversación para comunicar a la señorita Inger que los pequeños deberían empezar a marcharse hacia el dormitorio, pero como llueve y van medio descalzos, tendrán que llevarlos a hombros. La Abadesa dice que adelante, que son más de las nueve y que tienen que acostarse como sea. Los pequeños, que hasta ahora se negaban a abandonar la burbuja cálida de la fiesta, reciben como un juego la noticia que los llevarán a hombros, y cada uno elige al chico o la chica que será su caballo. Rachel se carga a la espalda a Pierrot, un huérfano francés, probablemente hijo de una familia gitana. En el patio cae una aguanieve espesa y silenciosa. El ansia del niño que la arrea como si fuera a lomos de la burra le hace más pesado el transporte de un crío de ocho años. Como si no hubiese bastante con ello, el chaval exige una vuelta al árbol desnudo del centro, que ella cumple chapoteando por los charcos con un palmo de lengua fuera.

De vuelta en el comedor, todo el mundo ya sabe que el *colporteur* de Sent Gironç será Papá Noel y que cada zapatito tendrá su correspondiente juguete. La mayoría de ellos ignoran de qué clase de juguete se trata. Deben de imaginar una estampa religiosa, una golosina o una bagatela por el estilo. He aquí, sin embargo, que el señor Christophe llega con un saco bien grande a la espalda precedido por Liebre, que hace las veces de paje y lleva también

una funda de almohada llena de juguetes. Del interior del saco extrae, una detrás de otra, nueve muñecas de trapo grandes como conejos, preciosas, de ojos asustados, que despiertan la admiración de los mayores y la envidia de las niñas del grupo de las medianas, entre ellas su hermana Carmen, que lloriquea:

—¡No hay derecho, tata! ¡Por tres meses me quedaré sin muñeca!

Los juguetes destinados a los niños son más variados: tres camiones de madera, una locomotora de lata, un arco que dispara varillas y una caja con media docena de soldaditos de plomo.

La Abadesa se ha quedado con un palmo de narices: no tiene idea de cómo ha ido la historia ni piensan contárselo hoy. Resulta que las chicas querían organizar un *réveillon* sin que faltara de nada, así que se habían puesto en contacto con el *colporteur* para pedirle una estampa de regalo para los más pequeños de la casa. El mismo Jean-Luc, que les había encargado organizar la fiesta, les hizo de correo un sábado que bajaba al mercado de Sent Gironç. Pocos días más tarde el señor Christophe se presentaba en la casa de los españoles con un cargamento de juguetes con tara que había adquirido al proveedor que le suministra el género. Los dejó en el taller de carpintería, de pintura y de lo que haga falta reparar que Enric tiene instalado en la zona de los establos. Bajo la tutela del español, zurcían vestiditos, cosían rasgaduras, pegaban los ojos salidos de las órbitas y los soldaditos de plomo decapitados; rebajaban abolladuras en la lata o repintaban arañazos. Su amiga Angela no se habría movido nunca de aquel hospital de muñecas donde ellas trabajaban como enfermeras a las órdenes de Enric:

—Tiene unas manos de plata el señor Enric —suspiraba cuando volvía a la cocina.

Yvonne la pinchaba:

—¿Solo para las muñecas? ¡Deja que te cure a ti también, no seas boba!

—¡Oh, no, calla! —decía su amiga enamorada. Y se le encendía la cara como las brasas de los fogones.

A lo largo de una semana trabajaron duro en sus horas libres de la tarde, a escondidas de la Abadesa, de su hermana Carmen,

incluso de los chicos, como si las cuatro se encerrasen con él en el taller para hacer cosas feas.

16

LIBRO DE SAMUEL SILVERSTEIN V

Nunca bajo los cielos de Francia se había visto una crueldad semejante. Arrimado a la entrada de una casa, el *colporteur* observó cómo el grandullón del quepis azul que había participado en la razia nocturna de Aulús maltrataba al pequeño Léon como si fuera un animal de corral, lo entregaba al gendarme que lo había perseguido desde el autocar y desaparecía calle abajo. Por fortuna, el gendarme perseguidor no era tan despiadado. Le secó a toda prisa la sangre de la cara y de las rodillas con un pañuelo, y a continuación lo agarró por el brazo, decidido a devolverlo al autobús. El niño, a pesar de las heridas y del maltrato del otro verdugo, jadeaba angustiado, pero no lloraba ni le caía ninguna lágrima; se dejaba arrastrar por el guardia como un chaval rebelde al que su padre castiga mandándolo a la cama sin cenar. Samuel se puso a la altura de la pareja e intentó frenar al gendarme con una mentira:

—No es preciso que corra. Los autocares ya se han ido. —Al ver que el de uniforme seguía andando como si no lo hubiese oído, se adelantó y le cerró el paso con decisión—. Este niño tiene que ir al médico. ¡No ve que está herido!

—Van al campo de Vernet —dijo el guardia—. Allí hay médico, lo llevarán cuando llegue.

Entonces Samuel se dirigió al niño:

—¿Te acuerdas de mí, Léon?

Ya lo creo que se acordaba. Se soltó de la mano del gendarme y se le abrazó al vientre profiriendo unos chillidos de socorro

idénticos a los que emitía su madre desde el autocar:

—¡Ayúdeme, señor *colporteur*! ¡¡Por el amor de Dios, sálveme!!

El del quepis quedó más desconcertado por el hecho de que se conociesen que por el intento de huida del pequeño prisionero:

—¿De qué lo conoce usted?

—Los conozco de hace tiempo, a él y a su madre, que trabajaba en el hotel de Aulús. Un día me pidió que me hiciera cargo de Léon si a ella la detenían.

—El niño tiene que ir con su madre —replicó el gendarme.

Samuel protegió al niño con los brazos, dio unos pasos hacia un lado y exclamó:

—¡El campo de Vernet es una prisión! Allí no tiene que estar, y menos aún con heridas. ¡No permitiré que se lo lleve! —Se oyó el chirrido de un carro que tras haber doblado la calle se acercaba a ellos. Entonces le dirigió una andanada de reproches, uno detrás del otro tal como le venían a la cabeza—: ¡No sea cruel con el pequeño! ¿Quiere hacer como su compañero? ¿Es que no tiene usted corazón? ¿Trataría así a sus hijos? ¡No me quitará tan fácilmente al pequeño Léon! ¡Si hace falta, armaré un escándalo aquí, en medio de la calle! —Viendo que el gendarme vacilaba, le susurró una solución—: Los autocares ya no están, nadie echará en falta al niño. Si sus compañeros le preguntan, les dice que no ha podido darle alcance.

El guardia, que entretanto había dirigido rápidas miradas adelante y atrás para asegurarse de que nadie los observaba, señaló un callejón lateral y les ordenó en voz baja:

—¡Lárguense! ¡Va, deprisa! ¡Desaparezcan!

Samuel agarró de la mano al niño y lo arrastró hacia el callejón, que los condujo a una calle comercial donde se fundieron con los transeúntes que iban de un sitio a otro. Lo apretaba tan fuerte que el niño se quejó:

—Me hace daño, señor *colporteur*.

Él aflojó la presión de los dedos y se detuvo justo delante de un escaparate de los almacenes Regagnon, la competencia de Sentenac. Con la palma de una mano le peinaba el pelo, poco a

poco, como una caricia, mientras decía:

—Muy bien, Léon. Lo has hecho muy bien. Ahora iremos a mi casa.

Nada más llegar al piso, le lavó con agua y jabón los rasguños de las rodillas. La herida de la boca era más grave. El encontronazo de cara contra los adoquines le había abierto una brecha en el labio y le había roto un diente, uno de los incisivos superiores. Entonces, al buscar el frasco de desinfectante y material de botiquín, se acordó de la caja de *colporteur*. Se la había descargado de la espalda en el momento de pinchar la rueda y allí se había quedado, abandonada sobre la acera. A saber dónde debía de estar ahora. Los cajones estaban llenos de género, pero el producto era lo de menos, podía pagarse con dinero. La pérdida más comprometida eran los documentos que llevaba dentro del bolsillo de cuero clavado en un lateral de la caja. Los carnés de identidad y de residencia, y el permiso de *colporteur* con la libreta donde tenía que anotar cada salida. Decidió que, pese a la gravedad de la pérdida, no podía dejar al niño solo en casa. Para ese día por lo menos tenía algo que darle, una cama donde dormir y ropa limpia de Philippe para cambiarse.

El pequeño Léon tenía más sueño que hambre y pronto cayó rendido en la butaca. Lo cogió en brazos, lo llevó a la habitación de Philippe y lo desnudó antes de meterlo en la cama. Cuando iba a poner en remojo los pantalones, notó que dentro del bolsillo del peto del mono había un papel doblado. Supuso que su madre le habría metido dinero. Pero no era ningún billete, sino una estampa del arca de Noé, la misma que Philippe le había regalado en la visita a Aulús. La mancha de sangre había penetrado en la ropa y desdibujado el contorno de las figuras. Por una de las ventanas de la barcaza que flotaba encima de un mar tempestuoso, aparecía el rostro barbudo del patriarca junto a su esposa y, más allá, otros rostros más jóvenes que representaban a sus tres hijos. Todas las caras miraban hacia el cielo oscuro y lluvioso, en el que se veía volar un pájaro en dirección al arca. Samuel imaginó que el diluvio ya debía de estar en la fase final, pero se equivocaba. Al fijarse poco después en que el pájaro no llevaba ninguna ramita en el

pico, se lamentó: «Es un cuervo. Hay tormenta para rato».

Permaneció todo el día en el piso velando su sueño, atento a sus pesadillas angustiosas, en las que gritaba en una legua extraña que debía de ser polaco. Por la tarde, cuando despertó del todo, reclamó a su madre y, al encontrarse en un lugar desconocido, estalló en un llanto desconsolado e interminable. El niño desahogaba su pena por la separación de su madre, el pánico a los uniformes y el dolor del porrazo en la calle, sufrimientos que horas antes había tenido que aguantarse para escapar de los perseguidores. Para evitar que los vecinos de la escalera pudiesen oírlo, lo llevó a su habitación y se taparon los dos con una manta.

Entre lágrimas, mocos y suspiros cada vez más sosegados, el niño le contó que a medianoche los gendarmes habían irrumpido en la habitación, los habían hecho levantarse y a bastonazos los habían obligado a salir del hotel y subir a los autocares. No les habían dejado llevarse lo que querían, ni siquiera hacer las maletas. Ni lavarse la cara pudieron hacer. Con todo, más que la furia de los gendarmes, lo habían aterrorizado las quejas y protestas de su madre y de los adultos gritando auxilio, reclamando ayuda por las calles de Aulús y, más tarde, en Sent Gironç. Por la noche el niño quiso dormir con él.

A la mañana siguiente, cuando Samuel hacía rato que se había levantado, llamaron a la puerta. No creía que a excepción del Ayuntamiento y de la gendarmería hubiese nadie en Sent Gironç que conociese su dirección. Antes de abrir, despertó al niño y lo obligó a esconderse debajo de la cama. En el rellano no había nadie. Al oír, sin embargo, que alguien bajaba la escalera, miró desde arriba y vio a un individuo que llevaba a la espalda su caja de *colporteur*. Se precipitó escaleras abajo para alcanzarlo. Era un mozo de Sentenac que le llevaba la caja que el cura de la parroquia había encontrado, según dijo, en un banco de la iglesia.

—Se lo olvidaría usted en la misa de la mañana —supuso el chico.

—¿En la misa, dices? —se extrañó el judío, que nunca había pisado una iglesia. No tardó en caer en la cuenta de que esa debía de ser la excusa que había dado el cura que la había recogido de la

acera. Y exclamó—: ¡Ah, pues claro! En la misa matinal. Gracias, joven. Saluda de mi parte al señor Sentenac.

Para consolidar el rescate del pequeño Léon tenía que hacer una visita al profeta Marcel, cuanto antes mejor, pero llevarse el niño a Tolosa era demasiado arriesgado. ¿A quién confiarlo durante las seis o siete horas que requería, como poco, una escapada en tren a la capital del Alto Garona? La única persona que se le ocurría era el cura que le había echado una mano en el autocar. Ahora bien, como ignoraba su nombre, no pudo localizarlo. Ni en la iglesia parroquial del centro del pueblo ni en la otra de Sent Vàlier supieron darle razón sobre un cura de unos treinta años, robusto, no muy alto, de pelo negro y ondulado. Supuso que se trataría de un cura forastero que estaba de paso.

Por suerte, el niño se iba adaptando a su refugio de la Petite Rue de Burg. Se entretenía largos ratos jugando a ordenar las baratijas del *colporteur* dentro de los cajoncitos, mirando estampas o pintando escenas de la Torá, de modo que Samuel podía ausentarse para ir a comprar comida y ropa para el niño. Transcurrida una semana le comunicó que al día siguiente tenía que ir a Tolosa a salvar a otros niños de los malvados gendarmes y que, por lo tanto, debería quedarse solo en casa hasta por la tarde. El pequeño no mostró ninguna clase de inquietud; al contrario, incluso se alegró imaginando que volvería con un amiguito para jugar. Al día siguiente de madrugada lo despertó para recordarle que no abriese la ventana ni la puerta si alguien llamaba, se cargó la caja a la espalda y salió hacia la estación del ferrocarril.

Una vez en Tolosa, se encaminó hacia una joyería de la calle Pargaminièras y pidió al empleado un reloj de señora, marca Vacheron Constantin, y una correa de piel de cocodrilo. El empleado le hizo pasar a la trastienda y, tras esperar media hora, apareció el profeta Marcel con dos cañas de pescar y un zurrón con utensilios de pesca. Marcharon hacia el puente de Sent Pèire y, una vez en la orilla izquierda, se sentaron encima de un tronco muerto que la corriente del río, antes de escupirlo encima del muelle, había ido royendo por la corteza hasta dejarlo pelado.

El profeta estaba al corriente de la razia de los gendarmes del

26 de agosto en los hoteles de Aulús, así como del barullo que la caravana de judíos deportados había armado al pasar por Sent Gironç. Le contó que la operación policial formaba parte de las detenciones masivas de judíos por toda Francia que habían comenzado a mediados de julio en París con el encarcelamiento de miles de familias en el Velódromo de Invierno. Ante tal crueldad, muchos ciudadanos franceses habían reaccionado con quejas y protestas que habían hecho llegar hasta las autoridades de Vichy.

—No te extrañe nada la actitud del sacerdote que te ayudó —prosiguió el profeta—. Hay muchos católicos de buena fe que han hecho oír su voz. El propio obispo de Montalban, en una carta pública dirigida a los católicos, calificaba de horribles los hechos de París. «Una salvajada bárbara», decía. Por cierto, ¿te has puesto en contacto con el cura?

—Lo he intentado, pero no he sido capaz de localizarlo.

—Olvídate. Si hemos de confiar en la ayuda de la Iglesia católica, estamos apañados. No hay que esperar que los seguidores de la cruz se mojen el trasero por nuestras desgracias, solo levantan la voz para que no se diga, para demostrar que tienen corazón. Por desgracia, con nuestros rabinos y autoridades judías ocurre algo parecido. —Y acabó sentenciando—: Los sacerdotes, sean cristianos, judíos o adoradores de Alá, en tiempos convulsos se convierten fácilmente en colaboracionistas.

—Entiendo por qué no quieres ejercer de rabino aun teniendo los estudios necesarios —dijo Samuel pasando al tuteo. Sentado a su lado sobre el mismo árbol muerto, no tenía ningún sentido la distancia que imponía el usted—. Lo que no entiendo es que aceptes que te llamen profeta. Los profetas se comunicaban con Yavé continuamente. Eran sus intermediarios con el rey, con el pueblo.

El pescador profeta se llevó la palma de la mano al pecho, encima de la cazadora:

—Yo llevo a mi Dios aquí dentro. —Recogió el hilo en el carrete y lo lanzó muy lejos hacia otra parte de la corriente—. Tengo algo importante que comunicarte. La Main Forte ya no existe. La organización se ha disuelto. Hemos considerado que no

es preciso gastar tantas energías para sobrevivir si van a acabar liquidándonos como a mosquitos. Ha llegado la hora de sacarnos la ropa de la paz y empuñar las armas. Ahora somos el Armée Juive, un ejército armado para defendernos. Tienes que decirme si quieres continuar con nosotros. Piénsatelo bien, ahora te juegas el pellejo. Si te pillan, te torturarán hasta la muerte.

Él respondió:

—No me importaría nada matar a algún alemán. Pero, si me dais un arma, no sabré por dónde cogerla. A mi edad me parece que os estorbaría más que otra cosa. El mes pasado cumplí cincuenta y dos, y como puedes ver... —No pudo acabar la frase.

—¡No te des la vuelta! —le susurró su compañero mirando al río—. En la barandilla del puente Nuevo hay una pareja de gendarmes. Nos observan con binóculos. Si cruzan el puente, yo me iré. —Se palpó el pecho de la cazadora como había hecho antes al hablar de Dios—. Podrían encontrar el arma. Tú quédate aquí. Si te piden los papeles, diles que la joyería es proveedora tuya. Pásate por allí antes de volver a Sent Gironç. Te darán un paquete de género.

Permanecieron sentados encima del esqueleto del árbol mirando de reojo a las dos siluetas con quepis apostadas en la barandilla del puente. El Garona bajaba ancho y perezoso después de haber recogido el agua de la vertiente norte de los Pirineos a través de media docena de ríos caudalosos, entre ellos el Salat de Sent Gironç. Pasados unos minutos, los guardias regresaban al centro de la ciudad y el profeta recuperó el hilo de la conversación:

—En primer lugar, tendrás que jurar fidelidad al Ejército de Israel. Pero no te preocupes, para tu trabajo no necesitas armas. Seguirás ocupándote de los niños. El objetivo de nuestra organización es doble. Sabotear a los alemanes en la zona ocupada y, una vez que los hayamos derrotado, emigrar a Palestina, nuestra tierra prometida, donde fundaremos el nuevo Israel.

Siempre que oía esta expresión, Samuel pensaba, no podía evitarlo, en aquel refrán del norte que advierte: «En el país de las promesas, la gente se muere de hambre». No quiso mencionárselo al profeta. Se limitó a comentar:

—¿Quieres decir que será posible? Desde que nací oigo hablar de esta nueva patria para los judíos.

—Cuando tú naciste, Palestina era de los turcos. Hoy es un territorio bajo mandato británico. Y a los ingleses no les interesa mucho mantenerlo y se desprenderán de él. Los ingleses prefieren entregarlo a los judíos antes que a los moros. Nosotros somos europeos como ellos.

Samuel no lo tenía tan claro:

—Pero los árabes son mayoría allí. Y todos los países vecinos los ayudarán.

—Los moros no están tan organizados como nosotros. Cada tribu va por su lado. Y muchas tribus están de parte de los nazis con la idea de que Hitler los liberará del colonialismo británico, mientras que nosotros luchamos al lado de los británicos. Si los ingleses ganan la guerra, tendremos una oportunidad de oro. Por eso necesitamos gente joven, críos para repoblar el nuevo Estado. Esa es tu labor. Nosotros con las armas desbrozaremos la tierra de Israel. Tú encárgate de las cepas. ¿Entiendes?

Samuel lo entendía a la perfección:

—Tengo una cepa en casa, ya te lo he dicho. Dime dónde debo trasplantarla.

El profeta pasó a concretarle los detalles de su tarea de viticultor de la viña de Israel. Comenzó por recordarle que tenía que actuar solo y en secreto. Nadie debía saberlo ni él conocería a ningún otro miembro de la Armée Juive aparte del profeta. Tal como este le había anticipado meses atrás, su misión consistía en alojar en el campo y en familias de confianza a los niños rescatados de los campos de concentración. Ellos los llevarían a Sent Gironç camuflados en camiones de transporte. La familia de acogida recibiría una compensación económica proveniente en buena parte de la JDC, conocida popularmente como la Joint, una asociación americana de ayuda a los judíos.

—Entre cien y doscientos francos al mes —concretó—. Negocia tú mismo el precio con cada familia. Si piden más de doscientos, déjalo correr; demuestran que quieren aprovecharse de la situación, no son de fiar. Asegúrate de que al niño se le acoge

bien en la casa y encárgate de llevar las cuentas y de pagarles cada mes. Y hablando de dinero, a ti te corresponden trescientos francos mensuales por los desplazamientos.

—No es preciso que me paguéis —dijo él—. Por ahora aún dispongo de unos ahorrillos.

—Guárdate los ahorros para ti y deja que los americanos te paguen los gastos. Tienen dinero y pagan muy a gusto. Es lo único que pueden hacer para socorrer a sus hermanos de raza. Su Gobierno no permite que los judíos fugitivos de Hitler entren en Estados Unidos, pues que paguen. Así lavan también su mala conciencia. Recibirás el dinero a través de la joyería. Pídeselo al empleado del pelo blanco que te ha atendido hoy. Ahora ya te conoce, no te mandaré ninguna otra contraseña. Se supone que la joyería te suministra género para la venta. ¿Lo entiendes? Y no preguntes por mí si no es estrictamente necesario.

Recogió el sedal y los aparejos de pesca, y emprendieron el regreso por la misma ruta. De camino a la joyería, Samuel se interesó por los espías o por los guardas pagados que la Armée Juive podía tener en el campo de trabajo de Vernet. Como sabía que habían trasladado allí a las familias de Aulús, le gustaría comunicar a la madre de Léon, una tal Gertrude Halpern, que no se preocupase, que su hijo estaba bien y en buenas manos.

—Ya es tarde —se lamentó el profeta—. Las familias del convoy de Aulús apenas estuvieron una semana en Vernet. A primeros de septiembre los trasladaron en tren al campo de Drancy, cerca de París. De allí los envían a algún campo de trabajo de Alemania o bien del este.

—No lo entiendo. La mayoría son viejos, mujeres y niños. ¿Qué trabajo pueden hacer?

El profeta Marcel respondió con preguntas aún más alarmantes:

—¿Cómo se explica que ahora los reclamen de Alemania si años atrás los expulsaban? ¿Por qué de los deportados a los campos de Alemania y del este nadie recibe nunca ninguna carta? Imaginemos lo peor.

Habían llegado a la puerta de la joyería y, antes de

despedirse, el profeta le preguntó en qué lugar de Sent Gironç quería recibir los pedidos. Mejor que fuera un sitio poco concurrido, pero a la vez accesible y a pie de carretera. A Samuel le vino a la cabeza el lugar donde él y la directora de la colonia de Artiga habían cerrado el trato para acoger a Philippe:

—Delante del monumento a los Caídos. Justo en la entrada de la población, un poco más arriba de la estación de tren.

Caía el atardecer cuando llegó a Sent Gironç. Léon dormía en su cuarto, vestido y con los zapatos puestos, la luz encendida y muchos dibujos desparramados por el suelo. Acurrucado sobre el colchón, tenía la mano desmayada encima de una hoja donde había dibujado el arca de Noé, una especie de barca llena de figuras que parecían representar a sus padres y a toda la parentela. Desde aquel día, lo dejaba solo en el piso toda la mañana. Salía de casa muy temprano con la caja a la espalda, directo hacia la parada de los autocares de línea que hacía la ruta por los diversos valles que desaguan en el Salat. Se apeaba en las primeras poblaciones y enseguida se alejaba a pie por caminos de tierra en busca de granjas aisladas.

Pronto aprendió que los campesinos son desconfiados por naturaleza con los forasteros y que el primer contacto suele ser decisivo. Para romper el hielo solía emplear el recurso del comprador ocasional que desconoce el lugar y pide información. En otras ocasiones se ofrecía a mostrarles sin ningún tipo de compromiso los muchos pequeños objetos que llevaba en la caja. El oficio de *colporteur* era, a fin de cuentas, el recurso que más frutos solía darle, dado que la oferta parecía pensada expresamente para deslumbrar a aquellas familias campesinas, aisladas de las poblaciones comerciales, cuyas mujeres y ancianos, en ausencia de los hombres en edad de trabajar, eran quienes tenían la llave de la hucha.

Si en lugar de dinero se avenían a pagarle en especies, que solían materializarse en una comida con toda la familia, ya tenía mucho ganado. Un ciudadano del norte de Francia como él, que se había cruzado todo el país y que había vivido dos años en Tolosa, se convertía con facilidad en el centro de atención. Conducía la

conversación hacia los acontecimientos de la guerra, el Gobierno de Vichy y su política con los judíos. Según cómo reaccionaran los comensales, daba la visita por concluida y al día siguiente sería otro día. Si adivinaba en ellos un sentimiento de justicia, una migaja de piedad hacia la raza maldecida por las autoridades y por todo el mundo, se las arreglaba para relatar las escenas inhumanas y vergonzantes que él había contemplado en Sent Gironç la mañana en que los gendarmes transportaban a los confinados de Aulús. ¿Que veía que la complicidad de los oyentes lo acompañaba? ¡Pues adelante, Samuel, que el cielo se te despeja! Se concentraba en la persecución cruel que sufrían los niños y en este punto su rabia contenida se desbordaba sin freno: «Si incluso los animales disfrutan de temporadas de veda para facilitarles la procreación, ¿por qué los cazadores del quepis azul persiguen todo el año a las criaturas inocentes? En el verano, en Francia están más protegidos los gazapos de los conejos de bosque que los niños judíos». Y no tardaba en contar el ejemplo de una masía del valle del Salat que tenía a un niño judío acogido que hacía compañía a sus dueños y los ayudaba en pequeñas labores. Además, la familia recibía compensaciones económicas de una institución americana. En fin, si tenían interés, él podía ponerlos en contacto con la persona adecuada. Y si la fruta estaba a punto de caer pero no terminaban de decidirse, ningún problema, que lo hablasen con tranquilidad, que al *colporteur* Christophe Leroy podían encontrarlo cada sábado en el mercado de Sent Gironç.

A mediados de octubre encontró alojamiento para el pequeño Léon en una masía del valle del río Les. Allí vivía un matrimonio de ancianos y su nuera con un hijo de catorce años. Al marido y padre del chico lo habían hecho prisionero los alemanes el primer año de la guerra y estaba en Cherburgo trabajando en el muro del Atlántico. Para el transporte de Léon y de futuros niños, había llegado a un acuerdo con el carbonero de la calle de los Jacobins. Fueron hasta Molins con el camión, él en la cabina y el niño en la caja escondido dentro de un saco de carbón, y de allí a pie hasta la casa. Samuel se quedó un par de días con la esperanza de que el niño se adaptase y la ruptura fuera más suave. Pero no pudo

evitarlo. Llegado el tercer día, la separación fue un mar de lágrimas y él se marchó por el camino de tierra con el corazón encogido, igual que si hubiese abandonado al pequeño pintor de barcas de Noé en casa de unos desconocidos. Se consolaba pensando que eso le ocurría porque era el primero, no se imaginaba entonces que el momento más triste de la misión en la que se había embarcado llegaba precisamente cada vez que una operación de acogida culminaba con éxito.

Una vez al mes visitaba la colonia suiza de Artiga con un cargamento de material escolar que excedía con creces los cien francos del trato. Philippe había superado con buena nota el mes de prueba, había hecho amigos y le insistía en que quería ser judío como ellos. Samuel no tenía ninguna prisa por formalizar la adopción. Le decía: «Esperemos a que acabe la guerra. No quiero que corras peligros innecesarios». Al lado de las mismas paredes de los edificios antiguos del orfanato se levantaba una casa de campo, una masía habitada por una familia de españoles exiliados, gente sencilla y acogedora que había huido de su país debido al dictador Franco, aliado de los alemanes. Samuel iba a comer con ellos y a veces incluso se quedaba a dormir.

Una tarde del mes de noviembre, cuando volvía a pie de dar una vuelta por pueblecitos del norte de Sent Gironç, oyó de repente un estrépito infernal de vehículos de motor que se acercaban por el lado de Sent Líser. Tuvo que saltar a la cuneta para evitar que lo embistiese una columna de alemanes formada por motocicletas, vehículos ligeros y camiones de soldados y de caballerías, plataformas cargadas de tanques, cañones y material de intendencia. A su paso parecía que la tierra fuera a resquebrajarse. Cuando se alejaban abandonó el frágil refugio de la cuneta. Salpicado de barro y asfixiado por el humo de los motores, les lanzó la maldición que Isaías dirigía al poderoso ejército enemigo: «Ah, devastador que aún no eres devastado, rapiñador que aún no te han rapiñado. Cuando ya estés harto de devastar, serás devastado. Cuando dejes de rapiñar, te rapiñarán a ti». Supuso que los militares iban de paso, que debían de estar de maniobras.

A la mañana siguiente supo por Sentenac que los alemanes también habían ocupado la Francia libre y se quedaban en Sent Gironç para controlar la frontera de los Pirineos. Un batallón de los llamados Cazadores de Montaña, entrenados para vigilar los pasos más elevados de los Pirineos, había tomado posesión del castillo de Beauregard, mientras que la Gestapo se había instalado en el chalé conocido como la Mosquée. Estos eran los más peligrosos. Al lado de los verdugos de la temible Gestapo, a los gendarmes más fanáticos de Vichy se los podía considerar unos pajaritos.

Pocos días después encontró en el buzón una carta de la joyería de Tolosa. Le comunicaban que el día 27 de noviembre a las once de la mañana recibiría por el camión una pulsera de plata. Él exclamó para sus adentros: «Qué bien que sea niña». La misma reacción que le había salido del alma dieciocho años atrás cuando la comadrona le comunicó que había tenido una hija.

17

THOMAS HEIDER

El cabo Heider escribe una dirección de Innsbruck en el dorso de la tarjeta postal, pega el sello y, antes de metérsela en el bolsillo de la cazadora, repasa las líneas de letra pequeña que ha encajado a un lado:

Biarritz, 7 de noviembre de 1942

Añorados padres y hermana:

Ya lo veis, una semana de vacaciones en el mar. Pero la imagen de la postal es hoy muy distinta. Delante de las sombrillas y los vestuarios hay búnkeres y, entre los bañistas medio desnudos, se ven muchos militares con uniforme. Pasado mañana vuelvo a Burdeos. Después me destinarán a los Pirineos, las montañas fronterizas con España. Tengo muchas ganas de veros. Un abrazo muy fuerte de vuestro Thomas.

A la salida del hotel deposita la postal en la oficina de correos militar y sigue avanzando por la calle dispuesto a apurar sus últimos días de descanso en el mar. Acodado en la barandilla del paseo, observa un rato a los contados bañistas de la Grande Plage, todos jóvenes, militares y alemanes que desafían el aire fresco del otoño y las olas impetuosas del Atlántico. Dos minutos más tarde baja a la arena. Al pasar por la zona del Hôtel du Palais reservada a los jefes y oficiales, identifica al capitán de su compañía leyendo en una hamaca. De entrada, no lo ha reconocido. Con el bañador

parece más viejo, más panzón y más frágil. Entiende por qué la mayoría de los militares, a pesar de gozar de unos días de descanso y estar libres de servicio, procuran no mostrarse sin la elegancia del uniforme y la firmeza de las botas hasta media pierna. Cuando tienen ganas de bañarse, van directos del vestuario al agua. Pero el capitán Leopold Rehm es un militar especial, a quien le gusta más que lo traten como doctor que como capitán. Le importa un pimiento su aspecto físico. Desnudo delante del océano de los ingleses, va tomando notas de un libro con la tranquilidad que da saber que los submarinos de la base de Burdeos patrullan por la costa. Debe de estar preparando la conferencia de esa noche, imagina el cabo Heider mientras avanza hacia el extremo de las rocas donde lo esperan tres compañeros del cuartel con chicas alemanas que han conocido en esos días. Cuando llega allí los encuentra vestidos, a punto de abandonar la playa y dar un paseo hasta la peña de la Virgen. Él protesta blandiendo la bolsa donde lleva el bañador:

—¡Tengo ganas de bañarme! ¿Te animas, Gisela?

A la chica no le cuesta nada cambiar de idea. Le encanta el mar, nada como los peces y tendrá la oportunidad de exhibir sus piernas desnudas ante un joven austríaco que le cae bien. Así que se encaminan el uno al lado del otro hacia las casetas de los cambiadores adosadas al muro del paseo. Antes de llegar, él la detiene:

—Hace mucho frío, ¿no crees?

—¡Ya me extrañaba a mí que quisieras bañarte! —exclama la chica.

—¿Podrías hacerme un favor, Gisela?

Ella sonríe mostrando unos ojillos claros y malévolos:

—Según qué clase de favor.

«Nada de lo que puedas imaginarte», piensa él. Y se dispone a poner en práctica una argucia que le ronda por la cabeza desde los primeros días de vacaciones, cuando conoció a la chica:

—Acabo de ver a mi capitán aquí en la playa leyendo un libro. Antes de la guerra era profesor en la Universidad de Múnich. Esta noche da una conferencia en el Hôtel du Palais sobre los

filósofos del nacionalsocialismo, sobre uno de los más importantes, cuyo nombre es Friedrich Nietzsche.

—Nietzsche —repite la chica—. He oído hablar de él.

«Todo el mundo ha oído hablar de él, pero nadie lo ha leído», piensa el estudiante de leyes que tuvo que dejar la universidad para alistarse en el ejército. Y continúa hacia el núcleo del engaño:

—El capitán es un fanático de Nietzsche. Es un tipo rarillo, muy estricto con la disciplina militar. A mí me tiene manía. Un día me castigó porque, según él, no tenía el armario lo bastante ordenado. Nada, una tontería, pero me la hizo pagar. Querría ganármelo, pero no sé cómo hacerlo. A él le encanta que alguien se interese por Nietzsche... Yo no puedo. Me conoce y creería que le hago la pelota. Pero a ti no te costaría nada. ¿Cómo lo ves? ¿Me puedes echar un cable?

Gisela lo hará muy a gusto. Acostumbrada a tratar con oficiales y peces más gordos, no le da miedo que la presente al capitán y doctor como lectora de Nietzsche. Así pues, le termina de explicar los detalles de la petición mientras se acercan a la zona de hamacas frente al Hôtel du Palais.

—Disculpe un momento, doctor Rehm. Permítame que le presente a la señorita Gisela Bachmann. Trabaja como secretaria en la Kommandantur de Burdeos.

Hundido en la hamaca, el doctor levanta los ojos del libro, se ajusta las gafas metálicas y observa, recortada contra el cielo azul de la mañana, una figura femenina alta con el pelo revuelto, vestida con ropa clara y holgada que el aire le ciñe contra la piel resaltando sus formas de mujer como en las estatuas clásicas. Se incorpora de medio cuerpo, cierra el libro y lo deja encima de la lona:

—Mucho gusto, señorita.

—El gusto es mío, doctor Rehm —sonríe la chica.

Thomas le explica el motivo de la presentación:

—A Gisela le gusta mucho la filosofía de Nietzsche. Me ha comentado que querría comprar uno de sus libros, pero no lo encuentra en las librerías. Quisiera saber dónde lo podría encontrar.

—¿Qué libro en concreto le interesa, señorita?

—Se titula... —La chica piensa un momento el título que ha intentado memorizar. Coge aire y suelta—: *La «genología» de la moral.*

Thomas se apresura a corregir un error imperdonable en una lectora habitual de Nietzsche:

—¡Genealogía, mujer!

Por suerte, el doctor Rehm, entretenido en repasar aquel ejemplar ideal de hembra aria, no se ha percatado del error. O por lo menos lo disimula:

—Un libro muy apropiado para usted, señorita Bachmann. Es una obra indispensable, en la que Nietzsche aborda el tema de la nueva moral. Nada menos que el evangelio del nacionalsocialismo. No lo encontrará aquí, señorita. Ni en Burdeos, ni diría que en ninguna ciudad francesa. Ya se lo prestaré yo. Dígame dónde se aloja y se lo enviaré. —La chica le confía el nombre de la residencia, el doctor toma nota con el lápiz y se dirige a Thomas—: Quiero verle esta tarde en mi conferencia, cabo Heider. Usted, como abogado que es, sabrá valorarla mejor que la mayoría de oficiales. Dejaré su nombre en el cuerpo de guardia para que se le permita la entrada.

La pareja se despide del capitán desnudo y regresan paseando en dirección a las rocas, ambos satisfechos del encuentro. La chica arrastra los pies sin prisa, muy orgullosa de haber conocido a un oficial culto y educado que ese día dará una conferencia en el Hôtel du Palais, contenta sobre todo de haber hecho un favor a un chico austríaco que cada vez le gusta más. Con la mirada distraída en la raya de espuma que acaricia la arena, le reprocha:

—No me habías dicho que eras abogado.

—Es que no lo soy todavía, no pude acabar la carrera. En el último curso empezó la guerra y me movilizaron. —Vislumbra al grupo de sus compañeros, que vuelven del paseo, y acelera el paso para reunirse con ellos—. Gracias, Gisela. Me has hecho un gran favor.

Ella no tiene prisa. Más adelante coquetea jugando al gato y al ratón con las olas que amenazan con mojarle las sandalias. Da

pequeños saltitos cerca del espumarajo alargado y de golpe retrocede gritando como si la lengua de un monstruo intentase lamerle los tobillos:

—¿Sabes qué dicen en la Kommandantur? Que las olas más grandes y furiosas vienen directamente de Inglaterra. Es la única manera que tienen los ingleses de llegar a las playas de Francia. —Al ver que él no le hace el menor caso, antes de encontrarse con los de la pandilla, le suelta—: ¿Quieres que quedemos mañana por la mañana y nos damos el último baño? El mar está muy quieto por la mañana.

Él solo tiene ganas de perderla de vista cuanto antes, pero no se le ocurre ninguna excusa razonable:

—No lo sé, no te lo aseguro, Gisela. No sé qué querrán hacer mis amigos.

Después de cenar, el cabo Thomas Heider sube a su habitación para vestirse con el uniforme y las insignias plateadas de rottenführer, y luego sale del hotel en dirección al Hôtel du Palais, el edificio más lujoso e imponente de Biarritz. Dice el folleto turístico que Napoleón III, el emperador de Francia que cayó prisionero de los alemanes en Sedán, mandó construirlo para obsequiar a su esposa, María Eugenia de Montijo. No es extraño, pues, que el Tercer Reich, el nuevo y flamante Imperio alemán que ha hecho trizas la república de juguete de su eterno rival, lo haya requisado y reconvertido en cuartel general del Ejército y residencia de jefes y de oficiales. Para acceder al pequeño y lujoso salón de la conferencia, el cabo invitado tiene que superar tres puestos de guardia con la tropa apostada detrás de vallas de hierro y fortines equipados con cañones. Una vez dentro del salón, le dan un asiento en la última fila de sillas. El capitán Rehm ya está delante, plantado al lado de la tribuna, como si pasase revista a los asistentes que van llegando. Heider también se mantiene de pie hasta que el otro le dirige un leve movimiento de cabeza. Ahora ya puede sentarse tranquilo.

Un comandante de las Waffen SS saluda a los cargos y las autoridades, y enseguida lee un texto de presentación, probablemente escrito por el mismo presentado:

—Hoy gozamos del placer de tener entre nosotros al doctor Leopold Rehm, capitán de la cuarta compañía de los Gebirgsjäger. No exagero si les digo que se trata de uno de los pensadores más profundos del nacionalsocialismo, comparable a figuras como Alfred Rosenberg, Alfred Bäumler y Martin Heidegger, el actual rector de la Universidad de Friburgo. El doctor Rehm cursó los estudios de Filosofía en la Universidad de Múnich...

«Podrías explicar también —piensa el cabo Heider— que ya tenía veintiocho años cuando empezó Filosofía. Antes había intentado estudiar Ingeniería, pero era tan corto que tuvo que abandonarla. Y había tenido que volver a su casa, al negocio familiar, a vender máquinas de segar hierba.»

—En la Universidad de Múnich trabó amistad con el capitán y médico militar Josef Mengele, condecorado con la Cruz de Hierro de Primera Clase por su heroísmo demostrado en Rusia. Actualmente, el doctor Mengele trabaja en el Instituto Káiser Guillermo de Berlín supervisando programas para la pureza racial...

»Cuentan las malas lenguas que la cosa sucedió más o menos así: Mengele, hijo de un potentado industrial de Günsburg, fabricante de maquinaria agrícola, conoce en una reunión del partido nazi a Leopold Rehm, vendedor de sus máquinas y siete años más viejo que él. El médico lo convence de que, si quiere subir como la espuma dentro del partido, ha de tener un título universitario. Si no ha tenido éxito en Ingeniería, pues que estudie Filosofía, que ahora es una ganga. Los sustitutos de los profesores judíos que expulsaron de la universidad son tan ineptos que confunden a Emmanuel Kant con una cantante de ópera. El mismo Mengele le escribió una carta de recomendación...

»El doctor Rehm se especializó en el estudio de los grandes pensadores alemanes, que son también las grandes figuras de la cultura europea y mundial. Hoy disertará sobre su tesis doctoral, un trabajo que lleva por título *Fundamentos filosóficos del nacionalsocialismo*.

El capitán Leopold Rehm comienza su discurso celebrando el público reducido y selecto de la sala:

—La filosofía, señores, como pueden ver en la sala, no es para la tropa. El mismo Adolf Hitler se ha autodefinido, y en más de una ocasión, como *führer* «filósofo». Sin embargo, para aprender filosofía no tuvo que asistir a las clases magistrales de ninguna de nuestras universidades. La prisión de Landsberg fue su mejor universidad. A lo largo de nueve meses de gestación intensa, nuestro genio tuvo tiempo de estudiar y digerir a los grandes pensadores alemanes y, a un tiempo, dar a luz *Mein Kampf*, obra maestra del pensamiento, auténtica biblia del nacionalsocialismo. La filosofía y la arquitectura fueron, como muchos de ustedes saben, las dos grandes pasiones juveniles de Adolf Hitler. No es extraño, pues, que el genial arquitecto quiera construir la nueva Alemania del futuro con los mejores materiales ideológicos aportados por Immanuel Kant, Georg Wilhem Friedrich Hegel y Friedrich Nietzsche. He aquí de dónde salen los cimientos de cemento armado que sostienen el búnker inexpugnable del nacionalsocialismo. Del pensamiento de Kant extrae el concepto de la razón como única fuente de conocimiento; de Hegel toma prestados la necesidad de un Estado poderoso, el conflicto como origen del progreso y la consecuente afirmación de que, en cualquier guerra, el bando de los vencedores es siempre el que tiene la razón; por último, de Nietzsche extrae la pasión por los héroes griegos y romanos, el concepto de superhombre y, sobre todo, la contraposición entre la moral de los señores por encima de la moral de los esclavos. Los libros de Nietzsche están cargados de explosivos. Permítanme, señores, que compare el poder destructor de sus sentencias con nuestros Junkers cargados de bombas. Los tres pensadores alemanes, padres de la cultura europea y, por lo tanto, admirados también por los ingleses y por toda Europa, coinciden en una idea, una sola idea: que la raza judía es el peor peligro para nuestra cultura, a la que podría hacer desaparecer.

El conferenciante se enreda un rato con otros fundamentos teóricos de la tradición alemana. Después salta a las investigaciones médicas, biológicas e higienistas actuales empleadas para desinfectar la raza aria de judíos y gitanos, locos, deformes e invertidos. Entre los varios nombres que cita, destaca la

figura de su amigo Josef Mengele, doctor en Medicina y Antropología, con el que asegura haber compartido dos cosas: los ideales del Partido Nacionalsocialista y el placer de esquiar.

»Es un buen esquiador, el doctor Mengele. Lo conocí en las pistas de Garmisch. Él trabajaba entonces en su tesis doctoral, un estudio antropológico sobre los rasgos raciales de la mandíbula humana. Se interesaba especialmente por los factores genéticos que originan la deformación del paladar partido, conocida en términos médicos como el «labio leporino». En el invierno de 1938, un año antes de que estallara la guerra, fue la última vez que nos encontramos en aquella magnífica estación de esquí de Baviera. Les tengo que confesar, sin embargo, que no esquiamos juntos todo el día. Él se había aficionado a los saltos de esquí y de vez en cuando se iba al gran trampolín. Me decía que en las pistas había demasiada gente, incluso hasta en las más empinadas, y que había llegado a un punto en que eso de deslizarse sobre la nieve lo encontraba aburrido. Y me insistía en que dejase de arrastrarme con los esquís por la nieve y me fuese a volar con él por encima de las multitudes. Me lo pintaba tan tentador, tan excitante, que me convenció para probarlo. Me previno de que, si sentía vértigo, cerrase los ojos y me lanzase sin miedo por el tobogán. Que eso solo ocurría la primera vez, que él se lanzaba hacia el precipicio con los ojos bien abiertos, como el águila que preside nuestro emblema. No obstante, cuando llegué a lo alto de la escalera metálica, el panorama que vi me pareció tan espantoso que me eché atrás. No fui lo bastante valiente, señores, no tengo ningún inconveniente en admitirlo. Tengan en cuenta que desde entonces han transcurrido tres inviernos durante los que ha llovido en abundancia sobre nuestra gran nación alemana. Osaría especular, señores, que, si en aquella época se hubiesen encontrado en lo alto de aquel trampolín infernal, la mayoría de ustedes se hubiesen echado atrás como hice yo. —Se aclaró la garganta e hizo una pausa para beber un trago de agua.

«¡Qué bien habla en público el cabronazo!», reconoce el cabo Heider, ante el silencio expectante de la sala.

—Estoy seguro de que ustedes ya adivinan adónde quiero ir a

parar con esta anécdota personal del gran trampolín. Los alemanes hemos pasado siglos intentando andar con carruajes por caminos de tierra, con embarcaciones por nuestros caudalosos ríos, deslizándonos con trineos y esquís sobre la nieve. ¿Y cómo nos ha ido? Peleados y divididos entre las diversas regiones que conforman nuestra gran nación, continuamente hemos recibido trompazos y humillaciones por parte de nuestros poderosos vecinos de poniente y de levante, de los mares del norte y de dentro de nuestras ciudades, que son los más peligrosos. Hasta que al fin llega nuestro Führer filósofo, nos une en un solo pueblo y nos arma con el ejército más poderoso de la tierra. Ahora bien, eso no es suficiente para garantizarnos la supervivencia, porque el enemigo de nuestra raza es astuto, más numeroso de lo que aparenta, y está camuflado entre nosotros. Para derrotarlo definitivamente, de una vez, el Führer nos conduce por los escalones del trampolín de la Historia y, desde lo más alto, nos señala la trayectoria del gran salto vertiginoso. Y nos dice: «Aquí tenéis la solución final, la única que asegura el glorioso destino que la Historia nos depara. Si alguien tiene vértigo, que cierre los ojos». Comenzamos el gran salto cuando invadimos Polonia, y en poco más de tres años nos ha llevado muy lejos, mucho más de lo que los más optimistas podíamos imaginar. No debemos olvidar, sin embargo, que, aparte de la dimensión geográfica que como militares tanto valoramos, el gran salto en el que estamos inmersos tiene otra dimensión moral de consecuencias nunca vistas. Una nueva moral, señores, que pasa por encima de los vicios corruptos heredados de la tradición judeocristiana para aterrizar en una nación virgen más allá del bien y del mal. Y aquí lo dejo, señores. En estos días de noviembre, cuando nuestro glorioso ejército se encuentra a las puertas de Moscú, a punto de extirpar para siempre el tumor comunista, nosotros, desde el extremo occidental del Reich, proclamamos, tal como canta nuestro himno: «¡Adelante con la bandera muy alta! ¡La esclavitud durará solamente de hoy a mañana! ¡¡Heil Hitler!!».

Acabado el canto del himno *Die Fahne Hoch* y los saludos de rigor, el cabo Heider se desliza con discreción hacia la puerta, cruza los varios controles y, una vez en la calle, se encamina hacia

la cafetería, donde ha quedado con su amigo Kurt. Él es en buena parte el responsable de los papelones que ha tenido que hacer hoy en la playa y después en el Hôtel du Palais para limpiar su imagen delante del capitán Rehm. El verano anterior, cuando estaban de servicio en las montañas de la frontera suiza, el día del cumpleaños de su amigo le regaló el libro *Am Rande der Nacht*, de Friedo Lampe, con la ilusión de que sintiese el placer y las emociones que él había experimentado al leerlo. Aunque el Partido Nacionalsocialista hubiese censurado el libro por considerarlo degenerado, aun así, si se tomaban precauciones, no corrían ningún riesgo. Le advirtió que lo leyese de una tirada y lo hiciese desaparecer, pero al temerario Kurt los avisos le entran por una oreja y le salen por la otra. Un mal día el capitán Rehm pasa revista y descubre el libro prohibido en el estante inferior de su armario, detrás de las botas de montaña. El capitán lo coge, mira la cubierta y dice: «Este no es lugar para guardar los libros». Con todo, seguro que un tipo culto y bien informado en noticias culturales como él sabía que los libros de este autor han ardido en más de una hoguera purificadora.

Al entrar en el café, distingue a su amigo sentado a una mesa solitaria delante de una jarra mediada de cerveza. El local, neblinoso de humo y apestando a cuartel, está casi vacío. Falta apenas media hora para el toque de queda y la mayoría de los clientes se han retirado a sus casas.

—¿Cómo ha ido con los peces gordos? —le pregunta Kurt—. Debe de ser la hostia por dentro aquel castillo.

—Solo me han permitido ver la sala de conferencias. Los jardines y las terrazas de fuera están llenos de cañones antiaéreos —dice Thomas. Y lleva la conversación hacia el asunto que le interesa—. Y a ti, ¿cómo ha te ido con la enfermera?

—Una pánfila. No la aguanto.

—Pues nos iría bien a los dos que la aguantases. No te costaba nada dar una vuelta por la playa de delante del Hôtel du Palais. El capitán se ha pasado allí un buen rato leyendo en la hamaca. Era una buena ocasión.

—Si estaba leyendo, tampoco nos habría visto. Además, ya lo

has hecho tú. Y la comedia ha colado. Con una chica escudo hay suficiente para borrar sospechas. Ahora ya podemos estar tranquilos.

—Nosotros nunca estaremos tranquilos —suspira Thomas—. ¿Por qué guardabas el libro? Mira que te había avisado.

Su amigo salta, fuera de sí:

—¡Y tú por qué cojones me lo regalaste! —Habla tan fuerte que, desde la barra, el camarero, ansioso de cerrar el local, les dirige una mirada de reproche.

Thomas deja escapar un resoplido de cansancio.

—Por favor, Kurt. No empecemos otra vez. —Y prosigue en un tono de voz que pretende ser amable—: Mañana por la mañana he quedado en la playa con ella, pero no pienso presentarme. La chica está muy ilusionada y a mí me da no sé qué continuar con la comedia. No quiero herirla todavía más. Ve tú. Dile que me han mandado a Burdeos antes de lo previsto, cualquier excusa. ¡Para mí se ha acabado para siempre el juego de las chicas escudo!

El cabo Thomas Heider ignora en este momento que no se librará tan fácilmente de su última chica escudo, que pasado un mes y medio recibirá en su nuevo destino de Sent Gironç una carta inesperada y amenazadora:

> Maldito Thomas Heider:
>
> Te sorprendes de que desde la Kommandantur conozca el lugar al que te han destinado. Me enteraré de tus destinos futuros y tengo también tu dirección de Innsbruck. Os imagino a ti, a tu amigo y al cerdo del capitán burlándoos de mí. Caí en tu trampa como una tonta. No pensaba que fueses su perro, que te utilizara para atrapar chicas ingenuas para él. El último día de Biarritz me tragué la excusa de tu amigo. Tampoco sospeché nada cuando, en lugar de llevarme el libro a mi hostal, me hizo ir a su hotel a recogerlo. Me esperaba en la habitación vestido con albornoz. Me has destrozado la vida y te juro que me las pagarás. Ruego a Dios que no te maten en la guerra y que vuelvas vivo a casa.

TU VÍCTIMA, G.

18

HELMUT, RACHEL

Al mayor de la clase la lección de lengua se le hace interminable. En cuanto oye el ruido del camión, se levanta del banco, balbucea al maestro que va al baño y, sin esperar respuesta, se encamina decidido hacia la puerta y sale al patio. Una vez en el exterior, pasa por delante de la puerta de la letrina y avanza sigiloso, rozando el muro con la manga del jersey. Se queda apostado en la esquina espiando los movimientos de los estraperlistas. Pronto repara en que el sobrino del amo no ha ido, únicamente está su socio. Este, solo y vestido con el uniforme negro de la milicia, traslada sacos y cajas del camión a la capilla y de la capilla al camión. Pasados unos minutos, cuando ve que el miliciano se sacude los pantalones de golf y que enseguida abre la puerta de la cabina, retrocede hacia su refugio de la letrina.

Un cuarto de hora más tarde, cuando los ronquidos del motor se disuelven al alejarse por la pista, de nuevo resuenan los golpes de hacha que la llegada del camión ha ahogado. «Enric vuelve a partir leña», piensa Helmut. Sale de la letrina y se encamina hasta el cobertizo adosado al muro de la masía por el lado del bosque. A Enric le cuesta poco parar el hacha. Ante la visita, la deja quieta con el mango entre las piernas y se seca el sudor de las manos frotándoselas en la pernera de los pantalones:

—¿No tendrías que estar estudiando a esta hora?

—Es que he de vigilar —le recuerda él.

—¿Ya te da permiso el maestro para salir de clase?

—Charles no es Jean-Luc. En clase hacemos lo que nos da la

gana. No tiene ni idea de francés. —Se apaña un asiento de troncos y se sienta de cara al leñador—. He salido a espiar el camión. Que lo sepas, hoy solo ha venido el miliciano. Este tipo no me hace ninguna gracia. Me dijiste que son unos hijos de puta.

El leñador pasa la mano abierta por encima del leño para astillar, asienta las posaderas encima y le confirma la maldad del chófer del uniforme:

—¡Más malo que la peste, cagüen la reina regente! Son gente del lugar. No como los gendarmes, que los destinan de cualquier sitio de Francia. Fascistas, malhechores, estraperlistas, toda la gentuza de Arièja se ha apuntado a la milicia. La Gestapo no podría tener mejores confidentes.

—Pero ¿este también es pariente del amo?

—No lo creo. El sobrino debe de haberlo admitido como socio por conveniencia. Con el uniforme fúnebre hacen lo que quieren, los gendarmes no les dicen nada. Seguro que lo sabe todo de nosotros. Que yo soy extranjero y que debería trabajar para los alemanes, y que tú ya has cumplido los diecisiete...

—En abril cumpliré dieciocho. ¿Crees que nos delatará?

—Por el momento, quizá no. Si nos delatase, vendrían los gendarmes y descubrirían el almacén. Pero no podemos confiarnos.

—¡Vamos, saca el paquete! No seas rácano.

El día de febrero se ha levantado tarde, con un cielo ceniciento y encapotado que señala nieve. Más arriba de los bosques, hacia el lado del pico de Calamana, ya ha empezado a nevar. Después de la segunda bocanada de humo, Helmut escupe el verdadero motivo que lo ha llevado hasta allí:

—Tengo una idea para matar al miliciano.

—¿Ah, sí? —sonríe Enric—. ¡Tú no te andas con chiquitas!

—Ha de ser un día que él venga solo. Como hoy. Lo esperamos dentro de la capilla y, cuando abra la puerta, estacazo en la cabeza. Lo cargamos en el camión y lo bajamos hasta el cruce de la carretera general. Tú sabes conducir el camión, ¿verdad? —Al no responder quiere decir que sí—. Pues adelante. Nos damos prisa en bajar el camión y dejamos al muerto al volante; así los gendarmes pensarán que lo han matado allí mismo, que han sido

ladrones que querían robarle el género. O los maquis, tanto da. Lo tengo todo bien pensado. No puede fallar.

Al español no le queda más remedio que reconocer que la idea es genial:

—Coño con Helmut. Lo tienes todo pensado.

—¡Vamos, hagámoslo! El día que vuelva. Pero no lo tiene que saber nadie más, ¿eh? Solo tú y yo.

Enric reflexiona un momento, luego dice:

—Un miliciano no es un muerto cualquiera. Los alemanes lo considerarán un sabotaje y no dejarán el caso en manos de los gendarmes. Lo investigarán los de la Gestapo de Sent Gironç. Y con los moros de la Mosquée, mucho cuidado. Subirán a Artiga y, si no descubren nada, son capaces de cargarse a cinco de nosotros. ¡Un escarmiento de padre y muy señor mío! Quítatelo de la cabeza, chaval. No quieras meternos en un berenjenal. A mi familia y a tus compañeros.

«Eres un cagado», concluye Helmut. Antes de acabarse el gitanes, ha abandonado su plan genial de liquidar al miliciano y emprende otro, un golpe doméstico menos ambicioso al que le da vueltas desde hace días y que se guardará muy bien de revelar al español. Sin embargo, antes de ponerlo en práctica debería comprobar algunos detalles del interior de la capilla, de modo que aprovecha la ocasión para pedirle la llave con la excusa de que quiere echarle una ojeada a la losa que cubre el refugio secreto. Cualquier día pueden presentarse los gendarmes y, entonces, todos a correr, se la pueden encontrar enterrada bajo una pila de tarros de conserva. Enric le responde que puede estar muy tranquilo por ese lado, que tal como quedaron con la Abadesa, de la losa se ocupa él.

De repente, cuando ya lo daba por perdido, Enric se pone de pie de un salto y no con la intención de volver a la faena:

—¡Vamos, que hace días que no hago una visita a la despensa de los estraperlistas!

En la despensa de la capilla hay manduca para alimentar a un regimiento durante todo el invierno. Las sacas de legumbres y los montones de latas de conserva adosadas a los muros se levantan

hasta al nacimiento de la bóveda.

—Tanta comida aquí y vosotros, al otro lado de la pared, jodiéndoos de hambre —masculla el español como si le adivinase el pensamiento.

La losa de entrada al refugio se mantiene bastante accesible, cubierta solamente por un par de sacos. Enric le enseña, bien disimuladas en un rincón del altar, las barras de hierro que servirán para mover la piedra. Helmut, que entretanto ha localizado la única abertura de la capilla, deja de hacer comedia y entra en materia.

—¿Cómo es que no entra la luz de fuera? —Con la mano señala una especie de ventanilla larga y estrecha abierta en la pared trasera del altar—. ¿No da al exterior?

—Al otro lado se levanta el corral de las vacas. ¿Quieres verlo?

Él no desea otra cosa. Salen de la capilla y, una vez fuera, giran a la derecha siguiendo el muro exterior hasta la esquina donde se encuentra la puerta del establo. Cuando Enric descorre el cerrojo y abre una de las hojas, del interior sale un vaho caliente de animal grande.

—Ten cuidado con dónde pones los pies —le advierte el payés mientras avanzan por detrás de los traseros de una mula y dos vacas, colocadas de lado, encerradas de cara al pesebre. Una de las vacas gira el cuello hacia ellos y los observa con una mirada tranquila, de ojos grandes y calmosos, mientras mastica algo. Explica Enric que el establo es un edificio más moderno que la capilla, que construyeron pegado a la pared curva de detrás del altar:

»El ábside o algo así, lo llamó Jean-Luc. El tejadillo que sobresale hace de altillo para guardar el pasto. Y la aspillera que hemos visto en la pared del altar está allí arriba, ¿la ves?

Helmut calcula que desde el altillo se puede acceder a ella con facilidad. La abertura parece muy estrecha, pero seguro que tendrá unos treinta centímetros, y las vacas y las mulas son animales que no ladran ni se espantan si ven forasteros. Antes de salir del corral, se fija en que la mula tiene vendada una de las

patas delanteras:

—¿Qué le pasa en la pata?

—Nada. Cosas de mi hermano. Ha oído en la radio que los alemanes requisan las caballerías a los campesinos. Si se presentan aquí, verán que cojea.

Por la noche, Helmut comunica a sus compañeros de habitación su plan de asalto al almacén de la capilla. Empieza justificando la necesidad del golpe; en la colonia pasan más hambre que un maestro de escuela, sobre todo los más pequeños, mientras ahí dentro hay una montaña de comida de estraperlo que se vende en el mercado negro y solo sirve para que los gordos hagan negocio y engorden aún más. A continuación, les expone los detalles técnicos del asalto nocturno. Han de levantarse a medianoche y abandonar la habitación de uno en uno, como si fuesen a la letrina para hacer aguas mayores. La puerta que hay poco antes de la esquina es la del establo. Los españoles la cierran echando el cerrojo, así que no es ningún problema. En la pared del fondo del establo hay una abertura que da directamente a la capilla. Es bastante estrecha, pero una persona delgada puede pasar por ella.

—Lo tengo todo estudiado, no puede fallar. Que me cuelguen si os engaño.

Levy y Liebre le aplauden la idea y ya se disputan el mérito de ser el más delgado para introducirse en la capilla. Incluso Daniel reconoce que el golpe es razonable, aunque, como era de esperar de un aguafiestas como él, le encuentra algunos peros. Les advierte que tienen que evitar como sea que el sobrino del amo y su socio se den cuenta de que les han robado. Confidentes de la policía como deben de ser, si lo notasen, se lo harían pagar muy caro:

—Por lo tanto, habiendo una cantidad tan grande de provisiones como dices, habría que coger un poco de cada clase para que no se notara. También necesitamos la complicidad de la cocinera y de las chicas de la cocina; de no ser así, ya me dirás tú dónde guardaremos las provisiones robadas, y luego, cómo las repartimos entre los grupos de los pequeños y los medianos.

Helmut no tiene inconveniente en aceptar unos detalles que, a fin de cuentas, acaban de redondear su operación:

—Estoy de acuerdo. Habla tú con Rachel Estruga.

La primera vez que oyó el plan de ataque a la despensa que habían tramado los chicos, se negó en redondo a participar. «A los chicos no os cuesta mucho complicaros la vida, pues mojaos el culo vosotros solos —le respondió a Daniel—. Si la Abadesa lo descubre, seremos nosotras las que pagaremos los platos rotos y toda la vajilla.» Pero al final, después de rumiárselo durante todo el día, dándole vueltas a las razones con las que su amigo había intentado convencerla y de consultarlo en secreto con su amiga Angela, decidieron colaborar. Bien pensado, las provisiones robadas a los estraperlistas calmarían el hambre de los pequeños y de su hermana, que para hartarse se comía las uñas y se pasaba todo el día mendigando. Para hacerla callar tenía que sacarse como quien dice la comida de la boca o birlar a escondidas golosinas de la cocina. Las otras dos compañeras de habitación, Yvonne y Alice, se animaron encantadas.

A las dos menos cuarto de la noche, una noche ventosa de finales de invierno, ya estaban las cuatro en la cocina reuniendo sacos vacíos, bolsas y cajas para facilitar el transporte de la mercancía. Más tarde, cuando acudieron los chicos, Helmut organizó la cadena. Rachel y Angela tenían que permanecer en la cocina para guardar las provisiones. Eran las últimas de la cadena humana, o las primeras, depende del extremo desde el que se mirase. En la oscuridad exterior estaban Alice, más allá Yvonne y después Helmut, que como jefe de la operación había querido situarse en medio de la cadena. Daniel operaba dentro de la oscuridad del establo. Subido al altillo de la hierba, recibía las bolsas que Levy y Philippe le pasaban por la aspillera. Al reconsiderar el plan, Helmut había acabado admitiendo que entrasen en la capilla los dos, ya que era demasiado trabajo para uno solo. Si querían que los propietarios no lo notasen, había que desatar el saco, sacar un par de ambuestas o tres y volverlo a atar.

Poco antes de las tres de la madrugada, cuando según los cálculos de ellas habían transportado unos doscientos kilos de

género, Helmut ordenó la retirada. «La operación ha sido un éxito», celebraban los chicos. «La operación solo acaba de comenzar», recelaban ella y su amiga ante aquel montón de provisiones en la despensa de la cocina. También tendrían que decírselo a la cocinera; no podían esconderle la súbita aparición de todo aquel maná.

Por la cocinera, sin embargo, no tenían que preocuparse en absoluto. Al día siguiente, cuando lo vio, les dijo que tranquilas, que al fin y al cabo su trabajo se limitaba a cocinar las provisiones que había disponibles. Conservaron intacto el botín hasta el sábado, el día en que la Abadesa solía ir al mercado de Sent Gironç o se acercaba hasta la delegación de Tolosa para cargar género, ir a buscar el correo y hacer otros encargos. Aquel día la comida se animó considerablemente con un primer plato de fideos a la cazuela del que podían repetir, carne estofada con patatas y, de postre, dos trozos de melocotón en almíbar que estaban para chuparse los dedos. El generoso menú se fue repitiendo cada sábado. Por parte de los afectados tampoco había peligro; a la semana siguiente, el sobrino del amo y su socio miliciano llegaron con el camión, hicieron sus intercambios de género y, poco después, regresaban como si no hubiesen visto nada raro.

Cuando las provisiones del asalto estaban a punto de agotarse y los chicos ya planeaban repetir la operación, la Abadesa lo descubrió todo. Fue un sábado en que la mujer se quedó en Artiga para inspeccionar personalmente la higiene y el turno de duchas. Habían aparecido piojos en la cabeza de algunas niñas y sospechaba que en su ausencia los monitores y el maestro Charles hacían la vista gorda. Las más frioleras debían de lavarse la cara como los gatos. Los pequeños de la casa, al verla montando guardia a la salida de la ducha, pasando revista a cabezas, orejas y culillos, ponían morros y murmuraban. Una de las pequeñas preguntó:

—Señorita, ¿por qué hoy no ha ido al mercado?

—¿Y a ti qué te importa, mocosa? —reaccionó la Abadesa—. ¿Por qué me lo preguntas?

Y la mocosa le soltó:

—Porque cuando usted no está comemos cosas buenas.

—¿Qué quieres decir? —se alarmó la Abadesa.

La sospecha de que su ausencia, en lugar de criar piojos en la cabeza de sus niños, pudiese aportarles «cosas buenas» la inquietaba enormemente. Del interrogatorio al que sometió a la criatura solo sacó en claro que el sábado anterior habían merendado pastas dulces y media tableta de chocolate. Registrando la cocina encontró una lata de galletas vacía que ella no había comprado ni la cocinera sabía de dónde había podido salir. El hecho de pensar que en la colonia había ocurrido algo fuera de su control la sacaba de quicio hasta el punto de que si, por ejemplo, una mañana hubiese encontrado el patio lleno de maná caído del cielo, habría sido capaz de reprocharle a Dios que lo hubiese enviado sin su permiso. Las chicas de la cocina por fuerza tenían que saber algo, así que las llamó a las tres a su despacho y las presionó con amenazas. Al fin, Yvonne se autoinculpó:

—Fui yo, señorita. Robé las cajas en el almacén de la capilla.

—Tú sola no puedes haberlo hecho. Participasteis las cuatro.

Rachel y Angela no reaccionaron enseguida. Mientras mantenían un silencio sospechoso que las delataba, de pronto irrumpieron en el despacho los chicos de la habitación tres. Al saber que únicamente ellas iban a cargar con la culpa, habían tomado la decisión de confesar el golpe y compartir las consecuencias. Helmut dio la cara muy orgulloso. Se presentó como principal responsable de los hechos y al momento contó con pelos y señales el increíble y modélico asalto a la capilla de Artiga. Daniel añadió:

—Robar a estafadores que especulan con alimentos no puede considerarse delito, así que no hemos hecho nada malo.

—Lo hicimos por necesidad, señorita —intervino Angela—. Los pequeños no están nada bien alimentados. ¿No lo ve?

El hijo del rabino remató las razones:

—¡Pasamos más hambre que en el séptimo año de las vacas flacas!

Pero la Abadesa ya tenía pensada la sentencia:

—Robar siempre es delito, sea cual sea la víctima. El

reglamento de nuestra entidad es muy estricto en esta cuestión. En caso de robo, el ladrón tiene que devolver lo que ha sustraído y recibir un castigo apropiado.

—¿Y este reglamento no dice que no podemos pasar hambre? —replicó Yvonne. Y hurgó un poco más—. ¿O que los más pequeños de la casa no pueden ir descalzos en invierno? ¿No dice nada el reglamento de la Cruz Roja de estos abusos?

Lo del calzado de los pequeños le llegó al alma:

—Eres cruel, Yvonne Kraft —se quejó dolida. Y dio por acabado el juicio.

Siguiendo al pie de la letra su reglamento de las narices, la Abadesa pretendía devolver los productos robados a los estraperlistas. Suerte tuvieron que estaba Enric. Cuando la mujer le consultó la mejor manera de restituirlos, el español le hizo ver el riesgo que corría la colonia si el miliciano se enteraba de que los judíos le robaban el género, y la mujer se lo quitó de la cabeza. En cambio, para el castigo a los culpables no tuvo compasión: un mes de condena limpiando la mierda de las letrinas, fregando las cazuelas grasientas de la cocina y barriendo el comedor y las aulas.

Por desgracia, no cumplieron del todo la condena a causa de los hechos desdichados que tres semanas más tarde, justo en los primeros días de primavera, iban a trastornar la colonia de Artiga.

19

PHILIPPE, ENRIC CLOTET

¡Qué emocionante! De los cuatro compañeros de habitación escondidos dentro de la cripta de la capilla, Philippe es sin duda el que mejor se lo pasa de todos. Encuentra más excitante esa aventura que la que vivió hace un mes y medio en la nave de la iglesia, justo en el piso de encima de donde ahora se encuentran, la noche en que él y Levy se metieron por la aspillera. Lo peor que podía ocurrirles era que los pillasen la Abadesa o alguno de los payeses españoles, unos enemigos sin embargo de muy poca categoría comparados con la patrulla de gendarmes que en este momento están registrando la colonia. Las clases de aritmética con la maestra, las de lengua y las de historia con el maestro Charles, los servicios de limpieza de todas las tardes, las discusiones que sus compañeros mantienen en alemán entre ellos y que él no entiende... Entre una cosa y otra, la vida allí se le estaba volviendo aburrida. Tenía unas ganas inmensas de que por fin llegaran los gendarmes.

La emoción que hace que el corazón le lata con fuerza solo es comparable a la que sintió tres años atrás en la estación de Orleans, la mañana en que saltó por la ventanilla de un tren en marcha y la monja gritaba como una loca que lo alcanzaran, mientras él se escabullía entre la multitud de viajeros. Al fin y al cabo, hoy también ha empezado haciéndose el sordo a las órdenes de la Abadesa, que no deja de recordarle cada dos por tres que él no es judío. «Por lo tanto, escúchame bien, Philippe; si un día vienen los gendarmes, tú no tienes que esconderte, ¿me oyes?

Acompaña a tus amigos hasta la iglesia si quieres, pero tú no te metas en el agujero. Desde fuera los ayudarás a poner la losa una vez que hayan entrado todos.» ¡Él fuera con los renacuajos de la casa y las chicas no se queda ni borracho! No le da la gana de abandonar a sus compañeros de habitación.

Helmut ha sido el último en bajar al pozo y, una vez allí, se ha cubierto los hombros con un andrajo oscuro y deshilachado que antes envolvía a un fraile muerto. Después se ha apoyado en la escalera de madera apuntalada al lado de la trampilla y se ha quedado allí montando guardia, aguzando el oído a los ruidos de fuera. Si los descubren los gendarmes, él aún no se dará por vencido y pondrá en práctica la estrategia de defensa que ha ideado. Como cuando los gendarmes retiren la losa no podrán ver nada de lo que hay dentro, deberán asomarse al agujero con una linterna y entonces él agarrará al gendarme por la cabeza, por el brazo o por la parte del cuerpo que le sea más accesible y tirará de él hacia el pozo. Cuando lo tengan dentro, lo desarmarán, le atarán las manos a la espalda y lo retendrán como rehén, y abrirán negociaciones con los gendarmes de fuera. Que los dejen salir a cambio de liberar a su compañero. Helmut tiene la idea de llevar al rehén al bosque, coger el camino que baja al molino del Fraile y, una vez que estén lo bastante lejos de sus perseguidores, dejarlo atado al tronco de un árbol. A partir de entonces, pueden esconderse en el bosque o seguir el camino secreto que baja hasta Sent Gironç, ya lo decidirán sobre la marcha. Cada dos por tres Helmut les recuerda que se mantengan alerta, que cuando saquen la losa deberán ayudarlo a tirar del gendarme.

Daniel no está de acuerdo, cree que una acción violenta como aquella está condenada al fracaso y dice que no cuente con él. «Si nos descubren, yo salgo y me entrego.» Helmut ha reaccionado gritando que apagase de una vez la vela, que la llama quemaba el aire de respirar. Quién sabe las horas que deberán permanecer allí dentro. El otro, Levy, hace rato que no abre la boca. Nada más entrar ya quería que todos rezasen con él una plegaria para impedir que los gendarmes encontrasen su escondite. «Rezaremos la oración del profeta Daniel cuando sus enemigos lo arrojaron a

una cisterna de leones famélicos y Dios evitó que las fieras se lo comieran.» Pero Daniel Grüpner, que no es el profeta Daniel aunque se llamen igual, ha rezongado: «¡Hoy los leones están afuera, gilipollas! Aquí dentro solo hay huesos». Y Levy ha recitado completamente solo y en voz alta: «Piensa en nosotros, oh, Dios. No abandones a los que te aman. No hay otro Dios aparte de ti». Después se ha puesto a decir pestes de ese sepulcro de frailes. Para un judío convencido como él, tocar con la mano, aunque sea por descuido, algún hueso impuro es peor que comer carne de cerdo.

Aunque Philippe no pueda ver a sus compañeros, sabe exactamente dónde están por la respiración y los ruiditos nerviosos. Uno se prepara para cazar a un gendarme; otro, ansioso de escribir, golpea con el lápiz la tapa de un cuaderno; el tercero echa pestes, susurra oraciones y plegarias a su Dios todopoderoso en la lengua secreta de los judíos. Calcula que ya llevan bastante más de una hora dentro de aquel agujero.

Los gendarmes han llegado a la colonia hacia media tarde, cuando hacía poco que habían terminado los servicios y disponían de tiempo libre. Él estaba con el grupo de los mayores, claro está. Habían ocupado la mesa larga del patio y jugaban a las cartas, abrigados al solecito del mes de marzo cuando han sonado el «talán, talán» de la campana. Al principio no le han prestado atención. «Debe de ser el carbonero», ha dicho Yvonne. Los pequeños que jugaban en la parte exterior son los que han dado la alarma: «¡En la barrera hay un autobús negro lleno de policías!». ¡Entonces, a correr todos! Los menores de quince años hacia el refugio del aula y los de la habitación tres hacia la casa de los españoles. Enric estaba en el campo con su hermano y no tenían tiempo de ir a avisarlo. Suerte que Aurora se encontraba en casa y estaba al corriente de lo que había que hacer. Les ha abierto la capilla, han apartado los sacos que ocultaban la losa y, una vez que han estado todos en su interior, la mujer desde fuera ha ajustado la piedra y la ha ocultado bajo cajas de género.

Atentos todos, que Helmut acaba de oír algo y reclama silencio. Philippe coge del suelo un hueso largo, un hueso de muslo, al parecer; se pone de pie y se sitúa al otro lado de la

trampilla. Tan pronto como el gendarme caiga dentro, le arreará un garrotazo en la espalda. Con el corazón encogido puede oír la respiración acelerada de Levy, que está a su lado, y, de fuera, un roce de pasos que se acercan, cajas que se arrastran y el repiqueteo del hierro encima de la losa. Y una voz de hombre que murmura:

—Soy yo, niños. Vamos. ¡Que hoy os habéis librado de una buena!

Es el señor Ramon. Con su francés adusto y endurecido les dice que se apresuren a salir del agujero, a dejar la piedra tal como estaba y a abandonar deprisa y corriendo el almacén del amo, no vaya a ser que el sobrino y su socio los cojan con las manos en la masa. Antes de separarse, Daniel le pregunta por su hermano:

—Y Enric, ¿dónde está? ¿Ha tenido tiempo de esconderse?

El payés responde:

—No te preocupes por él, que ya sabe espabilarse solo.

*

Enric estaba en un bancal cerca de la vivienda cortando leña y a la vez cuidaba de las vacas que pacían no muy lejos de allí. Tan pronto como vio el furgón parado en la cerca, huyó hacia el molino, donde se quedó hasta el anochecer, cuando sus sobrinos bajaron a comunicarle que ya podía volver. Los policías se habían marchado y no se habían llevado a ningún niño porque todos se habían escondido. Al llegar a la casa, Aurora le contó que los gendarmes habían preguntado por él:

—Les he dicho que te fuiste, que hace días que no sabemos nada de ti. Han dicho que, si te presentas voluntario, podrás quedarte en Francia, pero que, si no lo haces, cuando te cojan te enviarán a un campo de trabajo en Alemania. Piénsatelo bien, lo de presentarte.

Él, que ya tenía pensado y decidido qué haría, se interesó por los chicos de la colonia. Su cuñada le contó que ella les había abierto la puerta de la capilla y la losa del escondite, y que los gendarmes no los habían descubierto. De hecho, ni siquiera habían querido registrar la capilla. Su cuñada se alegraba sobre todo de

que los gendarmes no hubiesen preguntado por su marido. «Debe de ser influencia del amo, que no quiere quedarse sin labrador —sospechaba ella—. O quizá porque ya lo encuentran demasiado viejo para trabajar en una fábrica.»

A continuación, Enric fue a la colonia para despedirse de la directora; también tenía curiosidad por conocer su versión de los hechos. Aunque era la hora de cenar, no la encontró en el comedor. Se había retirado a su despacho y estaba tan enfadada que no le dejó ni abrir la boca. Solo con verlo le cerró la puerta en las narices con unos modales que no le conocía: «Los chicos son asunto mío, señor Enric. Usted ocúpese de su casa». «Qué mosca le habrá picado», pensó él entonces.

Al día siguiente, al amanecer, abandonó Artiga. Cogió la carretera que remonta el río Salat hasta la población de Sèish, donde abandonó el valle principal y tomó el desvío de una pista de tierra que se adentraba en el bosque en dirección a poniente. Tenía la intención de llegar a una granja de montaña donde había trabajado en sus primeros tiempos de exilio en Francia. Hacía cosa de dos años que había encontrado a su propietario en el mercado de Sent Gironç; el hombre lo había saludado igual que si fuera uno de su familia y le había ofrecido trabajo: «Si por aquí abajo no encuentras nada, allá arriba puedes subir cuando quieras. En el tejado siempre hay alguna gotera que reparar».

Una hora larga más arriba de Sèish, el bosque se abrió en un calvero de prados de montaña en medio del que se levantaba la masía de Pradeth. Las vacas pacían desperdigadas por la parte baja del llano, donde la hierba quemada del invierno comenzaba a verdear. En un lado de la vacada vislumbró, al borde del camino, la figura de un hombre cubierto con sombrero. Era Louis, un hombre de cincuenta y seis años, más bien alto, con la nariz y las mejillas rojas, castigadas por el viento helado de las montañas. Enric se fue acercando sin decir palabra, esperando que lo reconociese. De pronto el pastor exclamó:

—¡Cagüen, Enric! ¿Se puede saber de dónde sales? ¿Qué se te ha perdido por estas montañas?

Él respondió:

—¿No tenéis una gotera en el tejado?

—Más de una... —dijo el otro mientras miraba la mochila que llevaba a la espalda—. Muy contento de verte, y más contento de que vengas para quedarte. Pero no sé si el sueldo será el mismo de antes. Sin el chico en casa, mucho trabajo y poco dinero.

—Huyo de los cabezas cuadradas, Louis —explicó Enric—. Busco una cama donde dormir y un plato en la mesa. Nada más.

En Pradeth vivía el matrimonio con la madre de él. Las hijas se habían casado, una en Foish y otra en un pueblo vecino, y el hijo mayor estaba en Bretaña, prisionero de los alemanes.

Enric se quedó cinco días. Dio un repaso a los tejados, ayudó a Louis a clavar cercas por los prados que proporcionaban la hierba tierna y el último día treparon los dos montaña arriba para echarles una ojeada a los pastos altos de verano. Había todavía mucha nieve. El ganadero calculó que hasta finales de junio no podrían subir las vacas al monte. La minúscula cabaña de pastor había desaparecido bajo un montón de nieve y tuvieron que utilizar la pala para desenterrar las primeras losas de la cubierta hundida. El amo le mandó trabajo por adelantado:

—Ya lo ves. Cuando vuelvas en verano, aquí tienes trabajo para unos días.

Enric paseó la mirada por la cresta de cumbres blancas e inhóspitas que coronaban la zona de pastos:

—Volveré pronto. Me gusta este lugar.

*

Al día siguiente, a primera hora de la tarde, después de muchas horas de camino, Enric llega a la alambrada de Artiga. No lleva la llave de la cerca y, como no quiere llamar la atención con la campana, entra discretamente en la finca dando un rodeo por un extremo de la barrera. Aun así, su presencia no pasa inadvertida. Helmut y dos más, Levy y Philippe, hacen guardia en la entrada del patio y, al verlo acercarse, lo abordan cosiéndolo a preguntas inesperadas:

—¿Sabes dónde está la Abadesa? ¿La has visto?

—¿No sabes la putada que nos ha hecho?

—¿De verdad que no sabes nada? ¿No estabas aquí el día de los gendarmes?

Claro que estaba. Había huido a la mañana siguiente al despuntar el día, convencido de que el escondite de la capilla había dado resultado, que los gendarmes se habían vuelto con las manos vacías. «Eso es lo que ellos creían al principio», explica el canijo Levy. Pero después supieron que la Abadesa había negociado en secreto la retirada de los gendarmes. Les dijo que se volviesen a Foish, que ella se comprometía a llevarles a dos chicas al cabo de pocos días. Dos días más tarde, de madrugada, desapareció con la camioneta de la Cruz Roja. Se llevó a dos chicas al cuartel de los gendarmes para que las entregasen a los cerdos de la Gestapo. Han pasado tres días y la Abadesa no ha tenido arrestos de volver a la colonia. Levy termina diciendo:

—Si vuelve sin ellas, la mataremos. ¿A que sí, Helmut?

Enric quiere saber de qué chicas se trata.

—Yvonne y Angela.

«¡La madre que la parió!», reniega para sus adentros. Recuerda entonces la visita de aquella noche al despacho de la Abadesa y la reacción malhumorada y maleducada con que lo había enviado a freír espárragos: «¡Los chicos son asunto mío, señor Enric! ¡Usted ocúpese de su casa!». La mujer debía de imaginar que él sabía algo y que había ido a reprocharle la entrega de las chicas. «Si el maestro Jean-Luc hubiese estado aquí —piensa el payés vagabundo—, no le habría permitido que hiciera semejante burrada. Él le habría plantado cara, pero este Charles que lo ha sustituido no tiene ninguna autoridad, ni con los niños ni aún menos con la Abadesa, una mujer con el corazón más duro que la peña de Quercabanac.»

Sigue su camino hacia la casa, inquieto por la chica del violín, arrepentido de las palabras no dichas, de tantas ocasiones desaprovechadas cuando ella le echaba el anzuelo: «Me gustaría ver los canales de Tolosa, señor Enric». Y aquella tarde en que le tapó los ojos mientras tocaba el violín de cara a la pared y ella dijo: «Por favor, señor Enric, no aparte la mano». La última vez que

ambos se vieron solos estuvo muy a punto de corresponder a las tímidas insinuaciones de la chica. Fue un día en que, cuando se dirigía a casa por el camino que pasa junto al muro exterior de la colonia, Angela salió de la letrina. No se chocaron por los pelos. La chica abrió unos ojazos de espanto y, sin decir palabra, continuó en dirección al patio del convento, avergonzada quizá de que la hubiera pillado saliendo de un lugar como aquel. Pocos pasos después, él se giró y sus ojos se toparon con la mirada de ella, que también se había detenido para observarlo. Por un momento se miraron los dos, separados diez o doce metros, sorprendido cada uno de que el otro lo hubiese descubierto. Él le sonrió e iba a dar el primer paso para acercarse a ella cuando, de repente, Angela le dio la espalda y aceleró el paso hacia el refugio del patio.

Enric llega a casa cuando los suyos terminaban de comer. Apenas acaba de sentarse a la mesa cuando los niños se apresuran a ponerlo al corriente de la noticia que los últimos días ha creado un mal ambiente en Artiga. Sobrinos y cuñada están preocupados por la detención de las chicas y la ausencia de la directora. Su hermano se ha encerrado en la habitación para escuchar la radio. Desde la derrota de los alemanes en Stalingrado, solo está pendiente de los avances de los rusos. El pequeño Rafel dice:

—Angela me preguntó por ti. Le dije que te habías ido muy lejos, pero que pronto volverías.

«Quizá la chica quería pedirme que hiciera algo por salvarla», piensa él. O quizá solo quería despedirse... Y se arrepiente una vez más de haber huido de Artiga de forma tan precipitada, como si los gendarmes fueran a volver al día siguiente mismo a buscarlo. No le habría costado nada quedarse un día más para comentar con los chicos cómo les había ido en el escondite, para conocer de primera mano cómo habían actuado los gendarmes, si habían hecho algún pacto con la directora y los maestros. «Quizá el pacto no fue tan secreto», se le ocurre de pronto. Debería hablar con Charles.

En efecto, el nuevo maestro y tutor de los mayores había sido testigo de los tratos fatídicos entre la Abadesa y el brigadier. He aquí su relato. Los gendarmes irrumpen en la colonia blandiendo órdenes de la prefectura de Foish de detener a tres chicos judíos

que, de acuerdo con la lista redactada en la inspección hecha el mes de octubre del 41, tienen dieciséis años o más. Uno de ellos, llamado Helmut Bachenheimer, ya ha cumplido dieciocho. La directora intenta convencerlos de que esos chicos ya no están en la colonia, que hace días que se fueron y no sabe dónde se encuentran. «Probablemente habrán huido a España.» El brigadier no se lo traga. Ordena identificar a los chicos más mayores y hacer un registro exhaustivo del convento. A medio registro cambia de parecer y envía a sus guardias a la masía en busca de los campesinos españoles mientras ellos tres se van al despacho de la directora. Es allí donde se cierra el pacto después de un largo tira y afloja. El brigadier expone sus razones:

—Tiene que entenderlo, señorita Inger. Yo estoy obligado a obedecer las órdenes. No vaya a creerse que a mí personalmente me hace mucha gracia detener a jóvenes. Comprenderá que me juego el cargo.

Ella responde:

—Pues mis chicos se juegan la vida.

—¡Por el amor de Dios! Los llevan a un campo de trabajo. ¡No a la guillotina!

—En realidad, ustedes ignoran adónde los llevan los alemanes. Ustedes no mandan, son sus criados.

—¡Usted lo sabe mejor, por supuesto!

—Por la Cruz Roja corren rumores, sospechas muy graves de asesinatos y maltratos. Mi obligación es conocer el lugar exacto al que van los chicos y tener garantías de que serán bien tratados. A eso me comprometí con sus padres en Colonia. Aparte del compromiso, después de cinco años es como si fuesen hijos míos. Póngase en mi lugar. ¿Permitiría usted que entregasen a sus hijos a los alemanes?

—Yo no soy judío, gracias a Dios.

—Pero tiene sentimientos, imagino.

—¡Dejémonos de sentimientos y de cuentos chinos! Usted sabe que su organización está obligada a cumplir las leyes del país donde presta un servicio humanitario, y en la Francia libre la ley obliga a los judíos de dieciséis años en adelante a presentarse en el

cuartel de policía. Si usted se salta la ley, si esconde a los chicos o es cómplice de desertores, el Gobierno le clausurará la colonia.

—También tenemos a nuestro cuidado a niños franceses. ¿Qué harán? ¿Los dejarán en la calle?

—En Francia tenemos orfanatos en donde colocarlos. Mire, señorita Inger, entiendo su contrariedad de tener que deshacerse de tres chicos a la vez. Le propongo un trato. Me conformo con el chico mayor, el que este año cumple dieciocho. Así, por el momento, puedo contentar a las fieras con el pescado más gordo de la batida. Después ya veremos, la guerra puede traernos muchas sorpresas. Vaya a buscar a este tal —lee el nombre en el papel— Helmut Bachenheimer y los dejamos tranquilos.

—Ya le he dicho que no sé dónde está.

El gendarme devuelve la lista a la carpeta, la cierra haciendo golpear sonoramente las gomas y se levanta:

—Sabemos que está aquí y lo encontraremos. A él y a los otros dos. Y si hoy no los localizamos, pediremos apoyo a la Gestapo. Ellos tienen perros amaestrados que olfatean a las personas a cien leguas. Piense que, si los perros de la Gestapo se le meten en el gallinero, le desplumarán también a los pollitos.

El jefe de los gendarmes enciende un cigarrillo, se separa unos pasos de la silla y deja descansar la mirada en el cartel de un paisaje bucólico de Suiza que cuelga de la pared. De vez en cuando mira de reojo a la mujer, que sigue sentada y en silencio. El hombre debe de confiar en que pese a ser una solterona con cara de marimacho sus amenazas han hecho mella en ella. Y no se equivoca. Poco después, la directora reacciona ofreciéndole dos de sus chicas a cambio de Helmut. De hecho, los alemanes también piden mujeres para trabajar en las fábricas. Mientras el brigadier se lo piensa, la directora aclara que ella se compromete a entregarlas a la comisaría de los gendarmes o al lugar de Foish que él le indique en el plazo de tres días. En ese momento es demasiado apresurado, necesita tiempo para prepararlas.

El gendarme, dispuesto a aceptar el cambio, repasa la lista de internos. Reclama a la chica mayor, Angela Niezond, que ya tiene dieciocho años. La acompañará otra más joven, alguna de las siete

nacidas en el año 1926, que ella elija la que quiera. La directora observa la lista y finalmente escoge a Yvonne Kraft. El gendarme toma nota de las chicas y le advierte de las nefastas consecuencias que habrá para ella y la colonia si no cumple su palabra.

Charles prosigue el relato asegurando que cuando se quedaron solos en el despacho, él intentó hacerle ver que la decisión que acababa de tomar era injusta, que las chicas no podían ser las víctimas inocentes de la colonia. La mujer replicó que del odio despiadado contra los judíos tan inocentes son ellos como ellas y, por lo tanto, la directora, como principal responsable, tenía el derecho y la obligación de elegir las víctimas necesarias para la salvación del orfanato y de la vida de los pequeños. Aun así, la mujer le prometió que acabaría de pensárselo y le prohibió que revelase a nadie el trato hecho. Pasaron un par de días y, al no notar nada especial en el comportamiento de la directora ni en las chicas sentenciadas, Charles confiaba en que se había vuelto atrás. Pero en la madrugada del tercer día la mujer desapareció a hurtadillas habiéndose llevado a las dos chicas.

—Anteayer fui a Tolosa, a la delegación suiza de la Cruz Roja —dice el maestro para terminar—. Se quedaron atónitos al oír los hechos. Me prometieron que discretamente intentarán hacer alguna gestión en la gendarmería de Foish. Y así estamos, a la espera de que la directora aparezca o de que el delegado de Tolosa nos dé noticias.

Todo muy sospechoso, cavila Enric de vuelta a casa. Los gendarmes no venían del cuartel de Èrce como la otra vez, sino de Foish, casualmente la ciudad del sobrino del amo y del miliciano. Era muy raro que no hubiesen registrado la capilla y que tan siquiera hubiesen metido la nariz en ella. ¿Sabían acaso que encontrarían allí un almacén del mercado negro colmado de víveres? Su hermano tiene treinta y siete años, once más que él, y, por lo tanto, está en edad de ir a trabajar para los alemanes. Es curioso, pues, que no preguntaran por él. Como si no estuviera. ¿Tal vez sabían que, deteniendo al cabeza de familia, el amo de Artiga puede quedarse sin labradores y sin el tributo de patatas y quesos? Todo demasiado sospechoso. ¡Mecagüen la reina regente!

20

LIBRO DE SAMUEL SILBERSTEIN V

Como si se tratara de una cita de interés vital comparable al primer amor o al primer empleo, Samuel acudió al monumento a los Caídos antes de la hora convenida para la llegada de la «pulsera de plata». Para no llamar la atención de los transeúntes, vehículos y carruajes que aquella mañana neblinosa de noviembre entraban en el pueblo procedentes de Sent Líser y de las poblaciones del norte, subió los escalones para curiosear en la columna central, donde se exhibía la lista de los soldados muertos. Tuvo que dar la vuelta entera a la columna para leer el emblema de grandes letras que la presidía: «Libro de oro de los héroes caídos por Francia, 1914-1918». O sea, que las lápidas de mármol con los nombres de los muertos grabados con letras doradas eran las páginas del Libro de Oro; lo que no entendía era la estatua del fraile. ¿Qué pintaba allí en medio aquel fraile con la cabeza inclinada y los brazos en actitud de recogimiento, calzado con zuecos y unos rosarios enormes colgados del hábito? Pensó asimismo, no podía evitarlo cada vez que veía uno de estos monumentos funerarios, que en el Libro de Oro podría haber figurado su nombre, no en el de Sent Gironç, sino en el de Lille, en un mausoleo colosal que, al lado de aquella simple columna acabada en punta, parecía una catedral. En las trincheras del frente de Verdún, a donde lo habían destinado, tenía todos los números de figurar, pero por fortuna, a última hora un golpe de suerte le había arrebatado tal honor. Se encontraba en el hospital militar recuperándose de una herida de metralla en la pierna cuando en un ataque alemán habían muerto la mayoría de

los compañeros de su unidad.

La aparición de un camión que emergía de la niebla como un monstruo parduzco que llevaba en la tripa una cosita viva que él debía salvar lo arrancó del monumento funerario. De debajo de los toldos de la caja salió una niña de aspecto frágil, vestida con un abrigo de color verde botella, zapatos planos y tocada con una gorrita de visera. Si no hubiera sido por la pequeña maleta de cuero, habría parecido una colegiala que iba a la fiesta de cumpleaños de una amiga. Levantó los brazos hacia el chófer, que había salido de la cabina para ayudarla a saltar, y, una vez de pie encima de los adoquines, susurró con educación:

—Gracias, señores. Muchas gracias. —Contaba diez años y hacía cinco que había huido de Praga con sus padres. Con ellos había pasado media vida huyendo de los nazis y de los gendarmes, escondiéndose en casas de amigos y desconocidos, aprendiendo a decir gracias en alemán, en flamenco y, finalmente, en francés en el campo de concentración de Vernet, donde se habían quedado sus padres—. Gracias, señor —repitió cuando Samuel le cogió la maleta y se marcharon calle arriba.

—Me llamo Christophe, ¿y tú?

—Nicole, señor. —Dos pasos más arriba remarcó—: En los papeles me llamo Nicole.

No pudieron ir a casa tan aprisa como él hubiese deseado. Al vislumbrar un grupito de alemanes parados en la entrada del puente Viejo, siguieron por la cuesta hacia los jardines de en torno al castillo de los vizcondes con la intención de hacer un poco de tiempo en un banco. Pero a la recién llegada no le gustó el descampado de los jardines y se sentaron en el escalón de entrada a una casa con aspecto de estar deshabitada.

La niña parecía contenta:

—Hay casas muy bonitas en este pueblo, señor Christophe —exclamó. Y se sacó la gorrita dejando al descubierto un peinado de cabello liso y oscuro, cortado muy corto junto al lóbulo de las orejas.

Samuel supuso que el campo de Vernet debía de estar lleno de chinches y le preguntó cómo habían podido rescatarla de allí y si

hacía mucho tiempo que estaba fuera del campo. La niña le contó que hacía un mes sus padres habían engañado a los guardias haciéndoles creer que estaba enferma y debía ir al médico. Era verdad lo del médico, la visitó, pero entonces un señor y una señora se la habían llevado a su casa. Él observó aquel rostro blanco como la cera:

—¿Te encuentras bien, Nicole?

—Sí, señor. Gracias. Hay casas muy bonitas en este pueblo.

El hombre concluyó que después de tanto tiempo encerrada, la niña tenía unas ganas locas de estirar las piernas y ver calles y tiendas. Seguro que le encantaría ir a dar una vuelta por las calles céntricas y mirar escaparates. Sin embargo, consideró que no valía la pena correr riesgos innecesarios y fueron hacia su refugio de la Petite Rue de Burg. Pese a encontrarse en un lugar céntrico, los alemanes, temerosos de un atentado, evitaban pasar por un callejón tan estrecho y tortuoso. Desde mediados de noviembre, cuando los cabezas cuadradas habían irrumpido en la localidad, había que ir con cuidado con los agentes de la temible Gestapo. Se habían establecido en una mansión discreta en la entrada de la población, situada en lo alto de una colina, encima de la confluencia del Salat con el Les. Popularmente, el chalé era conocido como la Mosquée por la decoración exterior de ladrillos y arquerías que imitaban el estilo arábigo.

Los alemanes con uniforme, un destacamento de un centenar largo de militares, no daban tanto miedo. Su llegada había animado el comercio de la villa del Salat, en buena medida languidecido como consecuencia de las restricciones de alimentos y de la ausencia de hombres en edad militar. No es preciso decir que, de entrada, la mayoría de los pueblerinos habían recibido con resignación y rabia contenida al ejército de ocupación del eterno enemigo de Francia. Con todo y con eso, pronto se vio que los aduaneros alemanes encargados de controlar la frontera española eran una tropa especial que tenía poco que ver con la arrogancia y la ferocidad de los cabezas cuadradas. Los soldados eran chicos educados y discretos que no se hospedaban en casas particulares como en la Francia ocupada, sino en el castillo de Beauregard, una

mansión lujosa a las afueras de la población por el lado de mediodía, y cobraban un sueldo de treinta francos diarios. Propietarios de cafés, de restaurantes, de grandes almacenes y del pequeño comercio celebraban interiormente que buena parte de este dinero, pagado de hecho por el Gobierno cautivo del Mariscal, retornase a la patria pasando por sus cajones. «Hace apenas quince días que han llegado —ponderaba el librero de la calle Gambetta —, y ya conocen mejor la belleza de nuestros Pirineos que todos nosotros. A estos muchachos les gustan más el paisaje y las montañas que los desfiles militares y la parafernalia nazis.»

Las mujeres, sobre todo las más jóvenes, repararon enseguida en la flor de nieve que exhibían bordada en el quepis de sus uniformes. Ciertamente, comparada con la calavera de las Waffen SS, no había color. Para acabarlos de santificar, solo faltaba que el rector de la parroquia descubriese que el emblema en alemán que exhibían grabado en la hebilla del cinturón rezaba exactamente: «Dios está con nosotros». Un acto de fe como aquel era ciertamente impensable en el ejército francés. De hecho, la mayoría de los aduaneros y militares del cuerpo de Cazadores de Montaña procedían de Austria y de la región católica de Baviera. Pocos días después de su llegada, el capitán Leopold Rehm había ido a ver al rector para confesarle su interés por los santos patrones del pueblo.

En cambio, para Samuel Silverstein los soldados de la flor de nieve en la cabeza y Dios en medio de la tripa formaban parte de la misma jauría de lobos que habían asesinado a su familia y perseguían a muerte a la gente de su raza. El sábado por la mañana acudían, como moscas a la miel, a curiosear a su tenderete del mercado. Pronto se percató de que, por católicos que fuesen, los objetos devotos del santuario de Lourdes no les daban ni frío ni calor. Tarjetas postales y grabados de los Pirineos con sus picos más elevados, pueblos pintorescos y estaciones balnearias de montaña, este era el tipo de estampas que adoraban. Cuando se encaprichaban de una imagen, no preguntaban por el precio y, en el momento de pagar, sacaban del bolsillo superior de su guerrera un billete de diez francos y no comprobaban el cambio.

Estas consideraciones y otras semejantes se hacía el falso

colporteur Christophe la mañana en que llegó a su piso acompañado de la primera joya enviada clandestinamente desde Tolosa. En cuanto hubo abierto la puerta del piso, la pequeña Nicole se fue directamente al balcón del comedor, descorrió la cortina y exclamó:

—Menudo piso tan bonito tiene, señor Christophe. Y qué casas tan altas se ven desde aquí arriba.

—¿Quieres que salgamos de nuevo y demos una vuelta por las calles?

—Oh, gracias, señor Christophe.

A pesar del riesgo que corrían, Samuel no quiso desilusionarla. Dejaron en el piso la caja y la maleta y, antes de salir, le dio instrucciones precisas sobre el paseo. Le dijo que fuera a donde quisiese, que él la seguiría de cerca, y en el supuesto de que la parase un policía, él acudiría en el acto con la documentación. A lo largo del paseo observó varios detalles curiosos. Por ejemplo, que la niña pasaba de largo por delante de las tiendas y en lugar de mirar los escaparates levantaba los ojos hacia los pisos de arriba. Cuanto más alto era un edificio, más rato se encantaba con ojos embelesados. Observó asimismo que, si en algún momento se acababan los adoquines, se detenía en seco y daba media vuelta. Se preguntaba, pues, si tendría miedo de ensuciarse los zapatos.

Un par de horas más tarde, cuando hubieron regresado a su refugio del tercer piso y la niña ponderó una vez más que en el pueblo había casas muy bonitas, él le preguntó:

—Veo que te gustan más las casas que las tiendas. ¿Cómo es eso?

—Las tiendas están abajo, señor Christophe. Como los barracones.

—¿Cuánto tiempo pasaste en el campo de Vernet?

—Un año y nueve meses, señor. Tiene usted un piso muy bonito.

Finalmente, comprendió que la niña debía de estar asqueada de vivir en barracones a ras de tierra, por eso le gustaban las casas con pisos y las calles empedradas. Cuanto más altos, más cómodos

y seguros debían de parecerle. Creyó conveniente adelantarle que en su piso no podía quedarse mucho tiempo, que en una población grande como Sent Gironç la policía rondaba por las calles y no estaría segura. Y acabó prometiéndole que le buscaría una casa de campo muy alta y una familia de buenas personas que la acogerían.

Después de cenar repasó la lista de granjas que habían aceptado acoger a niños, consultó sus preferencias y acabó inclinándose por una familia con una hija más o menos de la edad de Nicole. Era una masía grande de la ribera del Nert, apenas a una hora a pie de Sent Gironç. El *colporteur* los había convencido gracias a un objeto especial, probablemente el más útil de la carga de fruslerías que llevaba: unas gafas de leer. La abuela de la casa, lectora de devocionarios y vidas de santos, se encaprichó de ellas en cuanto las vio. Desde que Sentenac le había aconsejado que probara el nuevo producto, llenaba un cajoncito de gafas y quevedos de graduaciones diversas que hacían abrir los ojos a los escasos ancianos de vista cansada que no querían renunciar a la lectura. Se las probaban y, en caso de que ninguno de los cristales les afinase lo suficiente la vista, él se comprometía a llevarles el modelo exacto en la próxima visita.

Al día siguiente, pues, dejó a la niña en el piso haciendo ejercicios de lengua francesa mientras él se iba andando a la ribera del Nert. Los campesinos recibieron gustosamente la noticia y, una vez concretadas las condiciones, les preguntó si sería posible que la habitación de la niña estuviera en un piso muy alto de la casa. La dueña respondió que su hija dormía en la mansarda y el cuarto era lo suficientemente grande para las dos. El sábado siguiente los campesinos bajaron al mercado y, de vuelta a casa, se llevaron en el carro la pulsera de plata y su maleta de cuero.

*

La llegada inminente de la Navidad, que se anunciaba en las tiendas y en el mercado semanal, despertó en el alma de Samuel los recuerdos alegres de su vida anterior y lo sumió en la nostalgia.

Dentro del saco de Papá Noel que se exhibía en los escaparates, el viudo judío veía la fiesta familiar del Januká, el ajetreo acelerado de pedidos al almacén que revitalizaban el negocio, y el zapato de su hija Ruth, la cual se obstinaba en celebrar el *réveillon* como sus amigas cristianas de la escuela. Por lo menos, después de la desgracia había tenido la compañía de Philippe; pero, no obstante, aquella Navidad de 1942 debería pasarla completamente solo en el piso como una carcoma en su agujero.

Se encontraba sumido en estos pensamientos un sábado de mediados de diciembre en el paseo del Champs de Mars mientras barría las hojas muertas al pie del tronco gris del platanero. Había acabado de desplegar los cajoncitos cuando la sombra del comprador más madrugador le hizo levantar los ojos de la mercancía. Era el señor Jean-Luc, uno de los maestros suizos de la colonia de Artiga que le llevaba un pedido navideño. Le explicó que las chicas mayores de la clase de Philippe, responsables ese año de la organización del *réveillon*, le pedían que les suministrase quince estampas o algún detalle baratito por el estilo que sirviese para llenar el zapato de los más pequeños. Antes de atender el encargo, Samuel pidió informes sobre Philippe. El maestro le dijo:

—Llegó a Artiga con algunas dificultades para escribir, pero es voluntarioso y va haciendo progresos. No me lo imaginaba, señor Christophe. Un niño pequeño para la edad que tiene, que no es judío y con el defecto de la boca, que de repente llega a una clase cuyos alumnos hace cuatro años que van juntos y que entre ellos hablan en alemán... Cuando lo vi el primer día, pensé que deberíamos pasarlo al grupo de los medianos. Pero ha sabido hacerse un lugar en la clase. Por cierto, ha insistido en que le dijese que las estampas son de regalo. Pero ya las pagaremos nosotros.

Emocionado por los elogios, el hombre bajó los ojos a los cajoncitos de las estampas:

—Aquí no tengo nada de lo que me pide. Puede usted verlo, los paisajes pirenaicos y los uniformes alemanes han sustituido a Bernadette, a su rebaño de corderos y a las madonas con bebés en la falda. Las pediré a mi proveedor y tardaré unos días en tenerlas. Cuando lleguen las subiré yo mismo a Artiga. Quizá tenga que

quedarme allí a dormir; se hace de noche a media tarde, ya sabe.

—Me sabe mal que no pueda quedarse con nosotros en la colonia —se lamentó el maestro—. La señorita Inger es muy estricta con el reglamento.

—No se preocupe. Los campesinos españoles me tratan muy bien. Avíselos de que subiré algo antes de Navidad.

—Así lo haré, señor Christophe. Las chicas me han pedido también que no le diga nada a la directora de eso de las estampas. Quieren que sea una sorpresa. Y una cosa más, cuando usted vaya, yo no estaré. Diríjase directamente a las chicas.

Reconfortado por las buenas noticias, Samuel pensó que una estampa religiosa era, por otra parte, un obsequio muy pobre para un niño. Preguntó a Sentenac si tenía algún juguete barato y el amo exclamó que saldos todos los que quisiera, que en un rincón del almacén había un montón de cajas como para parar el tren de Sent Gironç. Eran juguetes que habían salido con alguna tara o se habían deteriorado durante su transporte y que él no había podido devolver a los proveedores porque los alemanes habían requisado la fábrica. En lugar de soldaditos de plomo fabricaban balines de pequeño calibre; en lugar de muñecas de trapo, uniformes para los prisioneros de los campos de trabajo. El *colporteur* concretó el pedido:

—Necesitaré quince.

—Se los dejaré todos por cien francos —dijo el amo.

«No llegan a siete francos la pieza; una ganga», calculó el *colporteur*. Y no regateó el precio, solo exigió poder elegir los juguetes. Una semana antes de Navidad se presentaba en Artiga con el camión del carbonero, que descargó las cajas directamente en la cocina, a escondidas de los niños y de la directora. Las chicas organizadoras habían arreglado los defectos de los juguetes cuando regresó el día de la fiesta, en la que él actuó como Papá Noel, un papel ciertamente bien curioso para un judío indeseable. Fue un *réveillon* que no olvidará nunca. Philippe estaba la mar de satisfecho de ser su ayudante y, al día siguiente, los pequeños de la casa saltaban de contentos como los terneros en el establo.

*

A finales del mes de enero hizo su viaje mensual a Tolosa para informar al enlace de la organización sobre la marcha de las adopciones y recibir el dinero correspondiente y nuevos encargos. El empleado de la joyería, un hombre robusto de pelo blanco, cerró la puerta por dentro y lo hizo pasar a la trastienda, donde le susurró que el profeta Marcel se encontraba fuera de la ciudad. Le comunicó que tenían una docena larga de niños a la espera de ser acogidos en su región. Así pues, que estuviese preparado para recibirlos, al ritmo de uno cada ocho o diez días. Le explicó que las familias judías, escarmentadas por la razia de Aulús y las deportaciones del campo de Vernet, les entregaban sus hijos con más facilidad que antes. Por otro lado, corrían rumores de que para apagar las protestas del clero y de otros sectores conservadores de Vichy, los prefectos habían recibido órdenes del Mariscal en el sentido de que detuvieran por el momento la caza de judíos. Por lo tanto, se tenía que aprovechar la veda invernal para trasladarlos a lugares seguros. Con el fin de evitar los riesgos que comportaba el correo, le hizo un calendario de entregas que alcanzaba los tres meses siguientes.

—¿Cómo lo ves, Christophe? ¿Crees que puedes cumplirlo?

Él respondió con decisión:

—He trabajado muchos años como transportista y no he rechazado nunca ningún pedido por cuestiones de trabajo.

—Si tú solo no das abasto, tendrás que buscarte un colaborador de confianza.

Ya había pensado Samuel en un colaborador, y más de una vez. Para él, la colonia de Artiga era el refugio ideal por el hecho de estar situada en un lugar oculto y boscoso, al margen de las grandes vías de comunicación, y al tiempo guarecida bajo el paraguas de la Cruz Roja suiza. Si actualmente acogía a unos sesenta niños, en situaciones de emergencia podrían meterse una veintena más. En los días previos a la Navidad, aprovechando su estancia en la colonia, había buscado la ocasión de hablar con la directora y, como quien no quiere la cosa, sacar el tema de la pena

que le causaba saber que había niños judíos salvados de los campos de trabajo que buscaban familias que los acogiesen. Y le preguntó si sería posible alojarlos en la colonia, aunque fuera de manera provisional. La mujer le respondió que este asunto se había planteado alguna vez en la delegación de Tolosa, pero que ella lo veía una temeridad. Si los gendarmes descubrían que escondían clandestinamente a niños de familias judías destinadas en campos de trabajo o en otros lugares de residencia, corrían el riesgo de que les clausurasen la colonia. Decididamente, con una mujer inflexible como ella no había nada que hacer.

El trabajo de *colporteur* no estaba pensado para la estación de los días cortos y neblinosos y con flores de escarcha por los caminos. Sus antecesores en el oficio, en cuanto despuntaba noviembre, ponían el cajón a dormir, se preparaban un hato con cuatro prendas de vestir y un bocado para el camino, y, ligeros de equipaje, cogían los caminos del Rosellón o del Languedoc, donde pasaban el invierno trabajando en los viñedos con los españoles que acudían de la otra parte de los Pirineos. Pero Samuel Silverstein no era un *colporteur* como los de antes. Tal como le había anunciado el profeta Marcel, él era un viticultor responsable de cepas que se tenían que trasplantar por las masías, aunque fuese en pleno invierno, antes de que la tormenta infanticida de los nazis las decapitase. A las otras tempestades, las naturales de la estación, tenía que enfrentarse él solo, y con el cajón de madera a la espalda, que, calado por la lluvia o empapado de niebla, pesaba como el plomo. Llovía de la mañana a la noche y al día siguiente «rellovía», como decían en su ciudad del norte de Francia. Pese a encontrarse en el Mediodía, los valles de Sent Gironç también eran lluviosos por el hecho de discurrir por la vertiente norte de la cordillera de los Pirineos.

Incluso con los tropiezos de aquel invierno aguado, mal que bien pudo salir adelante. El miércoles 28 de abril de 1943, un día infernal de aguaceros intermitentes, había conseguido alojamiento para trece niños en el plazo de tres meses. Por la tarde llegó a su piso calado hasta los huesos. Al echar una ojeada a la agenda del joyero, comprobó que solo le quedaba un encargo encubierto con

el nombre de «pendientes de coral». Se imaginó que se trataba de dos pequeños a la vez. Debían de ser dos hermanas y por lo tanto resultaría más complicado colocarlas. Se quitó la ropa, que tendió encima de los muebles del comedor para que se secase, y se enterró bajo un espesor de mantas. Desde hacía un par de días le rondaba un resfriado y al día siguiente tenía que estar en forma para recibir a los niños.

A las nueve menos cuarto de la mañana el timbre del despertador lo liberó de un sueño abrumador salpicado de pesadillas inquietantes. Al incorporarse de medio cuerpo y sacar los pies fuera para sentarse a un lado de la cama, tuvo una leve sensación de mareo, pero no le dio importancia. Pensó que cuando volviese de recoger a las niñas se quedarían los tres encerrados en el piso a la espera de que el mal tiempo amainase y las ventanas del cielo, abiertas de par en par los últimos días, se cerrasen de una vez. Cuando estuvo vestido y desayunado, se cargó la caja a la espalda, abrió la puerta, la ajustó suavemente para evitar que lo oyesen los vecinos y bajó la escalera. En el momento de poner los pies en el rellano del primer piso notó que la cabeza le daba vueltas e intentó cogerse a la barandilla, pero no llegó a tiempo porque ya había perdido el mundo de vista y se desplomó. Ni siquiera sintió que se golpeaba de costado contra las baldosas con un estrépito que resonó por todo el hueco de la escalera.

Cuando abrió los ojos vio encima de él el rostro asustado de una desconocida que decía:

—Señor Christophe, señor Christophe. ¿Me oye?

Era la vecina del primer piso, una mujer delgada y de edad indefinida con quien en alguna ocasión se había cruzado en la escalera. Él murmuraba haciendo esfuerzos por erguirse de medio cuerpo:

—Estoy bien, señora. Gracias.

Le dolía el brazo izquierdo, sentía un sudor frío en la cara y resonaban otras voces preguntando qué había ocurrido. La vecina gritó muy fuerte que el señor Christophe del tercero había resbalado, pero que no se había hecho daño y ya se levantaba. Él solo tenía ganas de desaparecer, de huir escaleras abajo del cotilleo

de los vecinos. Al ponerse en pie, tuvo que agarrarse a la barandilla porque las paredes basculaban. La mujer dijo que le convenía descansar e insistía en que entrase en su piso. Él fue dejando tras de sí un rastro de botones y de quincalla que le caían de la caja. En el interior del piso había un viejo sentado en una butaca que lo observaba con ojos alarmados. La mujer le dijo que era su padre:

—Y no es preciso que le hable, no oye. Siéntese de lado en la silla, le sacaré la caja de la espalda.

Después de liberarlo del cajón de madera, la mujer recogió el desparrame del recibidor y del rellano de fuera, cerró la puerta del piso y se interesó por su salud:

—¿Cómo se encuentra, señor Christophe?

Él sentía una punzada en el brazo izquierdo:

—Me duele un poco el brazo, pero estoy bien. Gracias, señora...

Ella se apresuró a corregirlo:

—Señorita. Y me llamo Lucienne.

Samuel bajó la voz como si el viejo pudiese oírlo y le reveló la inquietud que más lo atormentaba:

—Tendría que hacerme un favor, señorita Lucienne. Escúcheme bien. ¿Sabe dónde está el monumento a los Caídos?

—Claro que lo sé —respondió ella.

—Tiene que ir enseguida. Llegará un camión. Un camión con la cabina de color castaño. Dígale al chófer que va de parte del señor Christophe *colporteur*. Le dice exactamente esto: «Vengo a buscar los pendientes de coral». Es muy importante, señorita.

—¿Hay que pagar el paquete?

—No es ningún paquete. Son dos criaturas.

La mujer no pareció muy sorprendida:

—¿Criaturas, dice? Entendido. ¿Niños o niñas?

Samuel dudó un momento:

—No lo sé, no los he visto nunca. Pero apresúrese, por favor. El camión debe llegar a las nueve y media.

La mujer desapareció detrás de una puerta y poco después salía peinada y vestida con ropa de calle. Le hizo un gesto al viejo

indicándole que volvía enseguida y cruzó la puerta como un rayo. Al cabo de media hora volvió acompañada de dos mellizos holandeses, un niño y una niña de once años, pelo oscuro y mejillas rubicundas. Los «pendientes de coral» llevaban una maleta grande para los dos, se hacían entender en francés y tenían hambre. Lucienne guardaba provisiones en la despensa, no tuvo que salir a comprar ni hizo caso al *colporteur*, que quería subir a su piso a toda costa a buscar pan y un bote de leche condensada que había reservado para ellos.

Cuando los niños hubieron almorzado, los trasladaron tomando precauciones en la escalera hasta el tercer piso. Parecían dóciles, especialmente la niña, que era la que más hablaba y hacía de hermana mayor. Lucienne les dijo que tenían que quedarse solos un rato porque debía acompañar al señor Christophe al médico, que no se moviesen mucho y fuesen descalzos por el piso. Él no tuvo ánimo para negarse a que lo acompañara a un médico conocido de la familia. La muñeca se le había hinchado y cada vez le dolía más. Caminaban en silencio por la calle cuando él dijo:

—Le pido una cosa. No me pregunte de dónde vienen los niños.

—Esté tranquilo que no se lo preguntaré. Ni de dónde vienen estos de hoy ni los otros que usted ha tenido en casa. Soy un poco cotilla, ¿sabe? —Cogió aire y añadió—: Usted no hace nada malo. Estoy segura. Estoy contenta de ayudarlo. Hoy y siempre que me necesite.

—Piénseselo bien, señorita. Le advierto que la piedra que hoy aplasta a los niños judíos es pesada y áspera. Piense que, si me ayuda a levantarla, puede pelarse los dedos.

Ella respondió decidida:

—Si es preciso, me pondré guantes.

—Gracias, señorita Lucienne. —Unos pocos pasos más allá le preguntó—: ¿Les ha dicho su nombre a los niños?

—Creo que no.

—Pues, a partir de ahora, usted se llamará Brigitte. Aquí tiene los primeros guantes para protegerse las uñas.

—A partir de ahora puede contar conmigo siempre que

quiera.

A la fuerza tendría que contar con ella, porque el médico diagnosticó que se había roto la muñeca, que se trataba de una ruptura mala y que debería llevarla un tiempo enyesada. Que entre el yeso y la recuperación calculase como mínimo un par de meses.

De vuelta en el piso, Samuel escribió una carta a la joyería de Tolosa pidiéndoles que, como consecuencia de la falta de clientes, en un período de dos meses no le enviasen ningún otro encargo. ¿Qué podía hacer entretanto con los mellizos? En principio, por la alimentación no tenía que preocuparse. Los mellizos, aparte de carnés de identidad falsificados, iban equipados de cartillas de racionamiento y un número de tiques de víveres básicos para una semana.

—Deberemos racionar lo que nos dan racionado —dijo Lucienne.

Eso era lo de menos; ya estaban acostumbrados a racionarse en Francia. La mujer lo convenció también de que los niños estarían más seguros con ella en el primer piso por el hecho de que el otro piso del rellano estaba vacío y en el taller de carpintería de abajo hacía tiempo que no entraba nadie. Además, si alguien oía algún ruido al subir la escalera, siempre podía pensar en su padre. Y por lo que respectaba al viejo, podía estar tranquilo: sordo como una tapia y con el seso oxidado por la vejez, no le pediría muchas explicaciones.

Los mellizos se adaptaron muy pronto. La señorita Lucienne, una mujer soltera y que por lo tanto no había tenido ocasión de batallar con hijos ni tampoco hacer de tía porque no se llevaba nada bien con su hermana de Tolosa, estaba encantada con aquel par de centellas que, como quien dice, le habían caído del cielo donde el monumento a los Caídos. La ayudaban en la cocina y en las faenas de limpieza, a levantar al viejo de la cama y a trasladarlo a la butaca. Durante las horas muertas del día leían cuentos, pintaban o jugaban a hablar como los mudos a base de gestos, muecas y pasándose papelitos escritos. Incluso el viejo, de entrada desconfiado, celoso de aquellos intrusos que le robaban a su hija, pasados quince días ya les sonreía con otros ojos.

He aquí, pues, cómo, tras un invierno de idas y venidas y caminatas arriba y abajo por la ribera del Salat, el *colporteur* Christophe gozaba de un par de meses de descanso obligado. Tenía tiempo de callejear, apremiar al carpintero de la calle de los Jacobinos para que le arreglara la caja, llegarse hasta Sentenac para demostrar al amo que seguía de baja y, a la vez, curiosear las nuevas postales de montaña que habían llegado de la estación balnearia de Luishon. El sábado paseaba por los alrededores del mercado con la idea de encontrar a la directora de Artiga o, por lo menos, ver estacionada la camioneta de la Cruz Roja. Hacía tiempo que no tenía ninguna noticia ni de la colonia de los suizos ni de Philippe, y se inquietaba imaginando qué podía haberles sucedido. Tan pronto como hubiese podido colocar a los mellizos haría una escapada hasta la colonia.

Una vez recuperado de la muñeca y teniendo que decidir el destino de los niños, Lucienne propuso que se quedasen en su piso. Pero él no lo veía nada claro. La Armée Juive consideraba las casas de campo más seguras que las poblaciones grandes y, por lo tanto, habiendo masías comprometidas a acoger niños, no había ningún motivo para hacer excepciones. Además, como la mujer estaba dispuesta a colaborar con él, les iría muy bien disponer de un piso franco para cubrir cualquier otra emergencia. Ocurría sin embargo que Lucienne les había cogido cariño y a él le causaba pesar disgustarla por motivos que ella pudiese considerar de poco peso. No sabía cómo explicarle un hecho que a él le había costado bastante entender cuando se lo había dejado claro el profeta de Tolosa: que los colaboradores solamente eran un eslabón en la cadena de salvamento. En consecuencia, que el compromiso pasajero con el rescate de los niños solía conllevar el disgusto de tenerse que desprender de ellos cuando se les había cogido cariño. Ese era precisamente el punto más amargo de su misión. Así pues, para no herirla, provocó la separación por otros conductos. Le dijo que eran los niños, como primeros afectados, los que debían decidir entre el piso de la calle estrecha o una casa de campo cerca de Massat. Y los mellizos, hartos de ir descalzos por el piso y de caminar como los gatos, de morderse la lengua y no ver sino la

cara de ella y de los dos viejos, prefirieron cambiar de aires.

Corrían los últimos días de la primavera de 1943 cuando una mañana partían los tres de Sent Gironç con el camión del carbonero, Samuel en la cabina y los mellizos en la caja, escondidos entre sacas y capazos de carbón. Los alemanes habían montado un control de carretera en el cruce de Quercabanac. Cuando el *colporteur* tuvo que enseñarles la documentación, la camisa no le llegaba al cuerpo de tan aturdido como estaba. En efecto, después de mirar con cuatro ojos los papeles, se descolgaron con que el cuaderno de ruta no estaba actualizado y que, por tanto, quedaba detenido. Samuel sabía de sobra que antes de cada salida debía pasar por gendarmería para que le aprobasen la ruta, pero viendo que los gendarmes en ese trámite no eran muy estrictos, solo lo solicitaba de vez en cuando, y siempre a través de Sentenac. Le daba miedo que los quepis azules pudiesen descubrir su falsa identidad. Los alemanes le requisaron la caja de *colporteur*, y ya lo conducían esposado al vehículo militar cuando los que registraban la caja del camión encontraron a la niña embadurnada de carbón hasta las orejas. Le pidieron explicaciones al chófer y este se excusó quejándose de que no sabía nada, que probablemente la intrusa había aprovechado alguna parada para esconderse en la caja en Sent Gironç o quizá en el pueblo de La Cort, donde se había detenido para descargar. Por su parte, el *colporteur* juró que tampoco la conocía, y la niña, que tenía la lección bien aprendida, recitó la mar de tranquila en un francés bastante correcto que se había escapado de casa y se había metido en la caja a escondidas del chófer. Le formularon preguntas en alemán que no entendía. De dónde procedía, cómo se llamaba, dónde vivían sus padres, y ella muda como una oveja delante de los esquiladores. Por fortuna, a su hermano no lo habían descubierto.

Al fin, los de la flor de nieve en el quepis se llevaron a los dos detenidos en el furgón. Sentados cara a cara en los bancos laterales, en un determinado momento en que cruzaron la mirada, la niña le guiñó el ojo mientras sonreía. Como si se tratase de un juego. Él le devolvió una sonrisa forzada y siguieron fingiendo que

no se conocían, mientras imaginaba que si la torturaban acabaría confesando el rescate del campo de Vernet y el escondite del piso de la Petite Rue de Burg. En caso de que lo encarcelasen a él, ¿quién se haría cargo de la docena de niños repartidos por los valles de Coserans? Solo él conocía su dirección. ¿Y Philippe? ¿Quién querría ocuparse de un niño deforme e indómito como él? Se arrepentía de no haberle revelado a Lucienne el sentido, la magnitud, todos los secretos de su misión.

21

DANIEL

Miércoles, 7 de abril de 1943

No dejo de preguntarme qué pasó realmente la noche en que la Abadesa llevó a las chicas al cuartel de los gendarmes. Por fuerza, Rachel tiene que saber algo. Angela era su mejor amiga, estaban todo el día juntas en la cocina remendando ropa, haciendo quesos. Y dormían en la misma habitación. Es imposible que la noche en que desaparecieron no oyese nada mientras se levantaban, se vestían y hacían el equipaje. Cuando insisto en que me lo cuente, me dice que es un secreto, que el día que la Abadesa vuelva me lo contará todo. ¿Por qué la Abadesa castigó a estas dos y no a otros del grupo de los mayores? A Yvonne le tenía tirria, no le perdonó nunca que en el *réveillon* le dijera en público que ella «era un rosal con más espinas que flores».

Ya han transcurrido quince días y la Abadesa no ha dado señales de vida. Por la colonia corren rumores de todo tipo. Dicen que los gendarmes la tienen retenida en Foish como rehén, y el día menos pensado se presentarán en Artiga y, a cambio de liberarla, exigirán llevarse a todo el grupo de los mayores, chicos y chicas. Quizá no sean los gendarmes los que vengan, sino la Gestapo con sus perros. Otros dicen que la Abadesa entregó a las chicas a cambio de Helmut, que era a quien los gendarmes buscaban. Y que se siente tan avergonzada por ello que ha huido a Suiza y no le veremos el pelo nunca más. Levy me dijo el primer día: «Si vuelve sola, sin Yvonne Kraft, la mataré, te lo juro». Y me confesó que

Yvonne es su chica, que Yavé la ha destinado a casarse con él. ¡El hijo del rabino tiene unas ideas...! No puedo imaginarme a una chavala lista como es ella, que se ríe de todo lo sagrado, casada con una rata de sinagoga que todo el día se pasa susurrando plegarias. Me caía bien Yvonne, a mí me decía bromeando: «¿Cómo te va, Daniel de los leones, dentro del foso?». Me duele su desgracia.

Helmut también calla como un muerto. Cuando hablamos del asunto, niega que la Abadesa le salvase el pellejo a cambio de las chicas. Sabe que ni en inteligencia, ni en carácter, ni en ninguna otra virtud les llega a la suela del zapato. Precisamente por eso, el cabronazo está orgulloso del cambio.

Jueves, 15 de abril de 1943

Sin la Abadesa ni Jean-Luc, el grupo de los mayores hacemos lo que nos da la gana. Por la tarde, cuando llega la hora de los servicios comunitarios, escobas, cubos y estropajos siguen durmiendo en el cuartito de la limpieza. En las letrinas no se puede entrar de la peste. Ayer por la tarde, mientras defecaba en el bosque agachado como los primitivos, pensé en una de aquellas cuatro máximas de Agustín de Hipona que Jean-Luc nos dictó. Eran normas que durante siglos habían regido la vida de los frailes del convento. He pensado en una frase que ninguno de nosotros escogió para comentarla, aquella que dice: «Cuida del orden para que el orden cuide de ti».

Hoy he ayudado a los españoles a sembrar patatas. Como Enric está en la montaña, he pedido al Liebre que me acompañase. Aurora se encarga de las simientes. Arrodillada y con el cuchillo en la mano, cogía una patata y la partía en dos o tres trozos. Liebre llevaba las simientes, Ramon y la mula abrían la tierra con el arado y yo las iba echando al surco: un trozo por cada paso corto. Pasado el verano, cuando las plantas comiencen a secarse, llegará el momento de la cosecha. Los españoles pedirán voluntarios. Ramon y la mula irán delante desenterrando las patatas, y toda la

chiquillería de los mayores, chicos y chicas, detrás recogiéndolas y separándolas en tres montones. Las patatas grandes serán para el sobrino del amo y su socio miliciano; las medianas y pequeñas, para los españoles. Y las mordidas por el hierro de la reja, las que en tiempo de paz se daban a los cerdos, serán para los judíos de la colonia.

Martes, 27 de abril de 1943

Llegado el buen tiempo, al maestro Charles le ha dado por los ejercicios de gimnasia. Como dentro del aula no puede aguantarnos, nos saca fuera a correr, saltar y estirar brazos y piernas. *Mens sana in corpore sano*, nos repite para justificar que no sabe hacer otra cosa. El primer día que nos lo dijo, yo le respondí que eso estaba muy bien, pero que primero venía la *mens* y luego el *corpore*. Y dije también con buenas palabras que su obligación como maestro de lengua y de humanidades era educarnos la *mens*, hacerla más *sana*. Del *corpore* ya nos ocuparemos nosotros. Ninguno de mis compañeros abrió la boca. Pensé en Yvonne Kraft, seguro que ella me habría apoyado. Para las chicas, la pérdida de tiempo es aún más grave porque no pueden hacer las tablas de gimnasia con nosotros y les manda saltar a la comba y dar vueltas a la colonia.

Bien pensado, sin embargo, es mejor salir a tomar el sol y el aire que aburrirnos en clase haciendo dictados, oyendo al maestro leer la lección del libro o aprender de memoria una poesía de La Fontaine. También en las clases de aritmética y de ciencias naturales perdemos el tiempo: hacemos los mismos problemas, estudiamos los mismos temas del primer año en Artiga. Mientras movemos los brazos y las piernas como muñecos autómatas, los árboles van sacando brotes y hojas nuevas. Son las mismas hojas que veremos caer en otoño. Después nos caerá encima el invierno y otra vez tendremos que pasar tres meses encerrados en las aulas respirando nuestros malos olores.

Martes, 4 de mayo de 1943

Aunque antes de coger el lápiz me lavo las manos, los dedos me han quedado verdosos; las uñas, negras, y la piel rasposa de tanto arrancar malas hierbas. Después de llover salen con un tirón suave de las entrañas de la tierra con toda la raíz. Para que las remolachas se hagan bien grandes y panzudas, dice Ramon que hay que eliminar las malas hierbas de alrededor porque les chupan la humedad. El primer día le pedí que me aclarase cuáles eran exactamente «las malas hierbas», cómo se podían distinguir de las otras, «las buenas hierbas». Me explicó que primero me fijase en cómo eran las hojas de remolacha y que arrancase todas las que eran distintas. Le dije: «O sea, que si en medio de un campo de remolachas encuentro, por ejemplo, una planta de maíz o una mata de patatas, también la tengo que arrancar». Y él: «Ya veo que lo has entendido. Las malas hierbas son las que crecen en un bancal que no es el suyo».

A la puesta del sol ha venido Aurora para ayudarme a llevar hasta la casa los haces de hierbas marchitas. Es pasto para los conejos. En los primeros tiempos de la colonia la mujer siempre me preguntaba por mis padres; le resultaba curioso que tuviésemos una relojería. Eso de poder calibrar el tiempo exacto le debía de parecer cosa de brujos o de magos. Ya hace tiempo que no me lo pregunta, debe de pensar que si algún día tengo noticias de ellos por carta ya se lo diré. O no hará falta que se lo diga, ella me lo leerá en la cara. Si hoy me lo hubiese preguntado, le habría dicho que mis padres son como las malas hierbas en Alemania. Igual que yo lo soy en Francia y ella y su familia deben de serlo en la España de Franco. Me consuelo pensando que la mala hierba no lo es por su naturaleza, sino por el lugar y por la época en que le ha tocado nacer.

Miércoles, 19 de mayo de 1943

Hace días pregunté al Liebre cuándo vendría el *colporteur*, y él, más

listo que el hambre, me preguntó si ya había terminado mi cuaderno. Le dije que me quedaban un par de páginas. Me contó que su tutor Christophe hacía tiempo que no iba por allí, que a Helmut también se le habían acabado las hojas de afeitar y que si tuviésemos dinero para pagar el autobús podríamos hacer una escapada a Sent Gironç. Él tenía la llave de su piso y, por lo tanto, si el viejo no estaba, también podría entrar. Entonces confesé que Enric me había enseñado un camino que parte del molino y por el que en menos de dos horas se puede llegar al pueblo. Él tenía tantas ganas que quería ir ya. Tuve que frenarlo.

Ayer a mediodía abandonamos el comedor masticando el último bocado del almuerzo y al cabo de nada ya corríamos entre la maleza del bosque. Yo no tenía ganas de matarme andando como la otra vez con Enric. Así que cuando la punta del campanario de Sent Gironç apareció hacia el fondo del valle, señalé por dónde discurría el camino y me quedé en el bosque esperándolo. Liebre volvió a las dos horas largas. Dijo que el *colporteur* no estaba en el piso, pero que había dejado allí la caja. Llevaba mi cuaderno, una cajita de hojas de afeitar para Helmut y dos regalos sorpresa para las hermanas Estruga: un frasquito de colonia para Rachel y un jabón perfumado para Carmen. Como los obsequios estaban envueltos en el mismo paquete, le pregunté si el jaboncillo se lo quería dar él a Carmen. Se puso colorado y dijo con su voz ronca: «No, yo no... Dáselo tú. Le dices, le dices que es de mi parte». Entonces comprendí sus prisas para bajar a Sent Gironç.

Sábado, 29 de mayo de 1943

¡Menudo placer poder empezar un cuaderno nuevo con una noticia extraordinaria! ¡Pues a escribir se ha dicho! No pienso ahorrar palabras ni páginas para contar con todo detalle los hechos sorprendentes que ayer por la tarde les dieron la vuelta a los malos pensamientos de todos los que vivimos en la colonia.

Hacía rato que habíamos acabado de comer y estábamos en el patio cuando sonó la campana. Y esa vez, en lugar de escondernos,

toda la colonia, pequeños y mayores, corrimos hacia la cerca porque el vehículo que quería entrar era nada menos que la camioneta de la Cruz Roja. Pronto vimos que las caras de la cabina no eran ni de la Abadesa ni de ninguna de las chicas encarceladas. El conductor era bastante joven y a su lado iba sentada una mujer de pelo gris y rizado. Pero era nuestra camioneta blanca y los pequeños se subían a los estribos de las puertas, se sujetaban en las barandillas y, los más atrevidos, se encaramaban a la caja. Los forasteros bajaron del vehículo a la entrada del patio. Ambos llevaban el brazalete de la Cruz Roja y muy pronto se dirigieron, con Charles y los demás maestros y monitores, hacia el despacho de Secretaría. Antes de irse, una maestra de los pequeños nos dijo que descargásemos el camión y lo llevásemos todo a la despensa.

No estuvieron mucho rato dentro. Cuando salieron nos reunieron allí mismo, en las mesas del patio, para comunicarnos algo importante, que no parecía malo, porque en general los maestros tenían cara de estar contentos e intercambiaban sonrisas. Charles presentó a la nueva directora, la señorita Margot Grenchen, y le pasó la palabra. La mujer de los rizos grises tenía una voz delgada y se expresaba en un francés perfecto. Nos dijo que la señorita Rosmarie Inger estaba en Suiza recuperándose de un accidente, pero que se encontraba bien y se acordaba mucho de nosotros. Empezó su relato de los hechos anunciando que la directora se había sacrificado por nosotros. Contó que cuando los gendarmes la obligaron a entregarles a los chicos, los engañó con la promesa de que ella misma les llevaría a dos chicas al cuartel. La mujer creía que pasar clandestinamente a Suiza por la frontera de las montañas del Jura sería más fácil. Dejaron la camioneta en el último pueblo francés y continuaron a pie. Era de noche, tenían que cruzar vallas de alambre espinoso y en el suelo había placas de hielo. Acababan de superar la zona vigilada por los guardias alemanes cuando la señorita Inger resbaló con tan mala fortuna que se rompió una pierna. Las chicas se quedaron para auxiliarla, pero ella no podía ponerse de pie y los alemanes, que las habían descubierto, se acercaban con los perros. Ella les dijo que se fueran, que a ella los alemanes no podían hacerle ningún daño

porque era ciudadana suiza y empleada de la Cruz Roja. Debían seguir hasta al primer pueblo, esconderse durante la noche y, al día siguiente, presentarse en una casa que les indicó. En ella vivía un guarda forestal conocido suyo. Las chicas localizaron la casa del guarda, que de inmediato advirtió a los aduaneros suizos del accidente de la empleada de la Cruz Roja. Los suizos reclamaron a la detenida, pero los alemanes se negaban a liberarla. La acusaban de pasar a desertores y a terroristas, y la torturaban para que confesase para qué red de evasión trabajaba. Finalmente dijo: «Con la pierna rota y los maltratos no podéis imaginaros los tormentos que sufrió. Al final, tuvieron que intervenir las autoridades cantonales de Vaud para lograr que la liberasen. Se salvó de milagro. Ahora ya se ha recuperado, aunque quizá quede un poco coja. Os quería mucho vuestra directora. Os quería demasiado, y muy caro que lo ha pagado».

Nos quedamos sin palabras. Quién se lo podía imaginar, que una mujer tan fría en el trato, tan dura con las chicas, a las que consideraba menos que nada y trataba a palos, pudiese jugarse el pellejo precisamente para salvarlas. Entonces Rachel preguntó si la señorita Inger, una vez que estuviese recuperada del todo, volvería a Artiga. Ella respondió que no volvería, sin revelar por qué motivo.

Cuando la directora se retiró, el grupo de los mayores nos fuimos al aula para que Rachel y Alice nos aclarasen con qué criterios había elegido la Abadesa a las chicas. Rachel nos contó que la misma noche del ataque de los gendarmes, la mujer se había presentado en su habitación. Explicó que para salvar a los chicos de ser detenidos se había visto forzada a engañar al brigadier ofreciéndole dos chicas a cambio. Lo había hecho para ganar tiempo. En lugar de llevarlas al cuartel, quería que huyesen a Suiza. Ella se comprometía a acompañarlas en la camioneta, hacerles de guía para cruzar la frontera y alojarlas en un centro de la Cruz Roja. Le dijo a Angela que le había tocado por ser la mayor, así se lo había exigido el brigadier, pero que a la otra la había elegido ella entre las de diecisiete años. Por la fecha de nacimiento le tocaba a Rachel, pero había pensado que no podía

dejar sola a su hermana. Miró a Yvonne y dijo: «La otra eres tú. Es injusto, ya lo sé. Si no lo aceptas, aún estamos a tiempo de cambiarlo. Entonces deberás venir tú, Rachel». Yvonne reaccionó: «¡Cómo quiere que me niegue! Suiza es un país que me encanta. Gracias por haber pensado en mí». La Abadesa les hizo jurar que lo mantendrían en secreto hasta que ella regresase a la colonia. Si lo contaban, aunque fuera a su mejor amigo, pondrían en peligro a sus compañeras. Rachel terminó el relato prorrumpiendo en llanto y quejándose contra mí: «Ahora ya lo sabes, ahora ya lo sabes todo...». No supe qué decirle para consolarla.

El maestro Charles tenía prisa por hacer una limpieza general y a fondo de la casa antes de que la nueva directora se levantase, abriese los ojos y viese la pocilga donde vivimos. Nos dijo: «Hacedlo por la señorita Inger. Demostradle que era una buena directora, que sabía tener la colonia limpia y ordenada». Esa vez le hicimos caso. Mientras nos dirigíamos al cuarto de las escobas, Helmut refunfuñó: «Ya han pasado dos meses desde que la Abadesa engañó a los gendarmes de Foish. Un día de estos volverán».

22

ENRIC CLOTET, HELMUT

Hace una mañana inestable de principios de verano. A ratos el sol aprieta de lo lindo, pero de repente se esconde detrás de una nube y sopla un aire fresco que peina los árboles de la orilla del río. Desde el mirador de la curva, Enric mantiene los ojos clavados en un tramo recto de la carretera y dirige cada dos por tres una ojeada al compañero que más abajo hace prácticas de abrir y cerrar el fusil. El chaval acciona el cerrojo que abre y cierra la recámara, mete la bala, apunta a un lugar imaginario, articula un pum flojito y, tris-tras, vuelve a abrir el arma. Ambos están muy impacientes. Hace una hora y media que se han apostado detrás de los matorrales de la parte alta de la curva y el camión verde del miliciano no aparece. «Quizá se haya entretenido en Massat —piensa el español—. O quién sabe, quizá hoy haya cambiado de ruta.» Esperarán media hora más y, si no llega, lo dejarán estar. Y que rezongue todo lo que quiera su hermano, que lo mate él, al diablo negro, que cuesta bien poco encargar el trabajo sucio a los demás.

*

La víspera de San Juan, Enric hizo una escapada a Artiga para celebrar con su familia el cumpleaños y el santo del mayor de sus sobrinos. No había faltado nunca al cumpleaños del hijo mayor y heredero de la familia Clotet y por tanto tampoco faltaría ese año por mucho que los gendarmes y los milicianos lo persiguieran.

Llegó de noche con una buena bolsa de setas de montaña que había recogido por el camino. Los niños no estaban en casa y se oía jaleo en el patio de la colonia. Aurora le dijo que los niños ya habían cenado y estaban en el convento. Que los suizos habían encendido una hoguera y estaban de juerga, como ellos en su pueblo del valle del Segre, por la verbena de San Juan. Por lo visto, a la nueva directora le gustan mucho la música y el bailoteo. El huraño de su hermano no lo recibió con cara de mala leche, como se temía. Por lo menos no le recriminó que hubiese pasado dos meses sin bajar de la montaña ni le dijo que no le costaba nada hacer una escapada cada quince días y echarle una mano. En primavera, entre las patatas, las vacas y el maíz, iba de cabeza con tanto trabajo como tenía. Pues no, esa noche, en lugar de regañarlo le dijo que qué bien que hubiera ido. «Ala, siéntate a la mesa, que la cena está lista.» A continuación, lo informó de que los alemanes retrocedían en el frente de Rusia, de que los aliados ya los habían expulsado definitivamente del norte de África y bombardeaban Sicilia y el sur de Italia como si de un momento a otro fuesen a desembarcar en sus costas. «Eso es lo que quieren que crean —comentó Ramon—, pero yo estoy seguro de que lo tienen todo listo para desembarcar en Gibraltar. Para los aliados, cruzarse España sería un paseo. No me extrañaría nada que a finales de verano ya los tengamos en los Pirineos.» Enric supuso entonces que el buen humor de su acogida se debía al curso de la guerra.

Después de cenar, se levantó enseguida de la mesa con la intención de dejarse caer un momento por la fiesta de los suizos. Ramon también se apuntó, una reacción que le sorprendió, porque a su hermano las celebraciones del convento y en general todo lo que hacían los suizos al otro lado de las paredes de casa le importaba bien poco. Llegaron al patio cuando la fiesta se estaba acabando, se habían apagado las actuaciones musicales y las llamas de la hoguera, y los más pequeños ya se habían ido a dormir. El grupo de los mayores recibió a los españoles con una euforia exagerada, dirigida especialmente a él. El grandullón de Helmut gritaba para hacerse oír por todos: «¿Cuántos alemanes te has cargado en el bosque?».

Ramon fue directo a saludar a la directora, que estaba sentada bajo el haz de luz de la bombilla, con los maestros y los monitores. Enric dio besos a sus sobrinos y a continuación se fue a sentar con los chicos, que lo reclamaban desde una zona de penumbra de la larga mesa. Se acomodó entre Helmut y Daniel. Los chavales querían saber en qué lugar de la montaña se escondía, si luchaba con los maquis y cómo iba la guerra en Francia y en el mundo en general. Solo respondió a esa última pregunta, con las novedades esperanzadoras que le había transmitido su hermano, dirigió la mirada a la bancada de las chicas que tenía delante, en el otro extremo de la mesa, y que lo escuchaban sonrientes, con las mejillas aún encendidas por el calor de las llamas y la juerga. Se dirigió a Rachel, si bien la pregunta iba para todas:

—¿Sabéis algo de vuestras compañeras de Suiza?

—Están bien, señor Enric —dijo una bajita.

—¿Habéis recibo alguna carta?

La respuesta fue decepcionante para él. Ni las chicas habían recibido ninguna carta ni ellas tampoco habían podido escribirles, porque la directora no quería darles la dirección. Un día les decía que las chicas cambiaban a menudo de casa; otro, que las evadidas a Suiza no tenían papeles y la carta podría delatarlas, y así les iba dando largas.

Cuando los chicos se retiraron a sus habitaciones y él se volvía hacia casa, tropezó con Ramon. Lo esperaba fuera del patio, sentado en el escalón de la puerta del establo de las vacas.

—Siéntate, chaval. Quiero hablar contigo.

Él sospechó que debía de tratarse de un asunto urgente y secreto que Aurora no podía saber, y comprendió por qué lo había querido seguir a la fiesta de la colonia. No había tenido tiempo de poner el trasero sobre la fría losa cuando su hermano ya se despachaba a gusto:

—La semana pasada me las tuve con el cabrón del miliciano por un saco de patatas podridas. Me acusó de que ya se las había dado malas y quería que le cambiase el saco. Yo le dije que las guardaba demasiado tiempo en la capilla, por eso se le habían podrido. «No has de esperar tanto a que suban de precio.» Se puso

hecho una fiera. Al final, me amenazó con denunciarme a los alemanes. Me da más miedo que una boca de lobo.

Enric intentó tranquilizarlo:

—No te preocupes, el sobrino del amo no le permitirá que te denuncie. Si te cogen a ti, se le ha acabado la bicoca de las patatas. Delafont también lo frenará.

—Ya no estoy tan seguro de eso. La última vez que subió no paraba de murmurar que el franco cada día pierde valor y que el alquiler es una miseria. Ahora ve que la tierra de Artiga da fruto y quiere sacar más rendimiento. Estos gabachos ricos no tienen escrúpulos. Si ha recibido una oferta mejor, le puede convenir que los milicianos nos echen.

—Por ley no pueden hacerlo —replicó Enric—. Nos quedan tres años enteros de contrato.

—Somos extranjeros. ¡Le importan un pito al Gobierno de Vichy nuestros contratos!

Enric sospechó que su hermano no lo había detenido solo para quejarse del miliciano. Para llenar el silencio, sacó el tabaco de su bolsillo y encendió un gitanes haciendo cazuelita con las manos. Levantó los ojos hacia las estrellas que titilaban en el cielo de levante por encima de las crestas de los Pirineos y les echó una bocanada de humo. La primera noche del verano era fresca, coreada por el ruiseñor del bosque y por una vibración de insectos lejana e imprecisa. Poco después, Ramon soltó sin más rodeos el encargo envenenado:

—Una vez me dijiste que este muchacho alto... No recuerdo nunca su nombre.

—Te refieres a Helmut.

—El mismo, eso es. Un día me dijiste que quería cargarse al miliciano aquí abajo, en la carretera.

—Es muy joven y muy temerario. Pero en cuanto a estrategias de guerrilla, el chico demuestra que tiene agallas. Eso hay que reconocérselo.

—Tenemos un fusil escondido en casa, ya lo sabes, con diez balas. He observado que últimamente el miliciano va y viene solo con el camión. Imagínate, circula completamente solo por estas

carreteras de montaña... No parece que sea muy complicado cargárselo. Hay miembros de la Resistencia emboscados por estas sierras, tú lo sabes mejor que yo... Lejos de Artiga nadie sospecharía de nosotros. Sin este hijo de puta de la gorra torcida podríamos vivir tranquilos...

Los ronquidos de un vehículo que se acerca lo devuelven a los matorrales y lo hacen mirar hacia la carretera de Massat. Helmut, que también los ha oído, deja el fusil en el suelo y salta pendiente abajo hacia la curva. El autocar de línea suspira decepcionado y con un punto de alivio. Grita «falsa alarma» a su compañero y este devuelve la viga al arcén de la carretera y retrocede resoplando cuesta arriba. Superado el susto, le pregunta:

—Escucha, Helmut. ¿De verdad tienes el permiso de la directora para venir hoy conmigo?

—Pues claro que lo tengo —le miente por segunda vez.

Si se lo hubiese pedido, ahora no estaría ahí a punto de cargarse al miliciano de Artiga. Por más blanda y comprensiva que parezca la nueva Abadesa de los rizos grises, no autorizará a ningún interno a abandonar la colonia sin un compromiso firmado por la persona adulta que tiene que hacerse cargo de él. El jueves anterior por la tarde, cuando uno de los chavales españoles le dio el encargo de que su tío Enric lo esperaba en el molino, ya pensó que lo necesitaba para una operación especial. El payés lo esperaba en su refugio del molino con un juguete fantástico desmontado encima del colchón del catre: un Máuser VZ 24 de fabricación checoslovaca. Las piezas engrasadas brillaban como perlas.

—¿De dónde cojones lo has sacado? Te lo han dado los maquis, claro.

El español no quiso admitirlo. Le contó que el arma era de la guerra de España, que antes de pasar la frontera él y su hermano la habían escondido en una grieta de la montaña y que meses más tarde, una vez instalados en Artiga, la habían ido a buscar. Con el fusil habían guardado también dos peines para balas. «Piensa que en cuanto entrabas en Francia, los gendarmes te requisaban las armas —dijo el español—. Así que, tal como han ido las cosas, si no lo hubiésemos hecho así, ahora el fusil lo tendrían los

alemanes.» A continuación, valoró su idea inicial de cargarse al diablo negro. Ahora, teniendo el arma de fuego, la idea se podría llevar a cabo con la condición de que el golpe fuera en un sitio alejado de Artiga:

—Ya te lo dije entonces, no podemos poner en peligro la vida de tus compañeros y de mi familia.

—Entendido —admitió Helmut dispuesto a hacer algún retoque al plan del español—. ¿Has comprobado si el miliciano viene siempre el mismo día y va solo en el camión?

—Últimamente viene solo, pero el día exacto no puede preverse. Según ha comprobado mi hermano, acostumbra a venir cada diez o quince días. Tampoco es seguro, a veces solo ha transcurrido una semana.

—O sea, que no podemos saberlo con antelación —recapacitó él en voz alta—. Y al salir de Artiga, ¿adónde va?

El español demostró que tenía bastante estudiada la ruta. Según había podido averiguar por su cuenta y a través de su hermano, y también en alguna conversación de hacía tiempo con el sobrino del amo, cuando bajaba de Artiga no se dirigía a Sent Gironç, sino hacia los pueblos de la parte alta de la ribera del Arac. Descargaba género en Bièrt y en alguna tienda de Massat. Después bajaba hacia Sent Gironç y de allí a Foish por la carretera nacional. Por lo tanto, debían de ir a esperarlo al regreso de la montaña y en un sitio alejado del puente que comunicaba con Sent Pèire y Artiga. Descartarían así la sospecha de que los tiros hubiesen podido llegar de la parte del Solan. Por lo que respecta al tiempo, había calculado que desde que el camión llegaba a Artiga hasta que volvía de Massat disponían tirando corto de una hora y media.

Ese día el camión ha llegado a la colonia entre clase y clase, cuando el grupo de los chicos acababa de salir al patio. En cuanto ha visto la cabina verde detenida en la cerca de entrada, se ha agazapado en el taller de carpintería donde Enric trasteaba. Después de comprobar que el miliciano iba solo, el español ha cogido el fusil que tenía envuelto en un saco y los dos han tomado la senda que baja al molino. Antes de llegar han doblado a la izquierda, bosque abajo, y una vez en el río han proseguido por un

camino de cabras poco utilizado que remonta la margen derecha del Arac. Han andado una media hora abriéndose paso entre matorrales y árboles de ribera hasta que han llegado a las vigas que Enric había dejado preparadas. Una ha servido de pasarela para cruzar el río, otra la han llevado hasta el arcén de la carretera. Hace casi dos horas que lo esperan, de manera que el cuervo de la milicia debe de haber cambiado de ruta o quizá haya ido más deprisa que ellos y para entonces ya esté en Sent Gironç contando billetes y rascándose los huevos...

—¡Ahora sí! —grita Enric desde el mirador—. ¡Deprisa, es él!

Helmut corre hacia la carretera, levanta por la punta más delgada la viga depositada donde acaba el asfalto y la revira hacia el otro arcén. Apenas ha terminado de dejarla atravesada en medio de la carretera cuando su compañero le grita órdenes contundentes para que la vuelva a quitar. Los ronquidos del vehículo que se acerca por la curva son tan fuertes que duda de que tenga tiempo de retirarla. Dos segundos de vacilación y los gritos acuciantes de su compañero para que deje el paso libre se imponen al riesgo de entretenerse. Agarra de nuevo la viga, retrocede hacia la cuneta con el ruido del armatoste en el cogote y después de soltarla bruscamente corre cuesta arriba hacia el escondite de los matorrales. Enric ha desaparecido. Lo localiza más lejos, haciéndole señas con la mano de que se apresure. No entiende por qué deben huir como si los acosasen los propios nazis. Más cagado que una gallina. Cuando lo alcanza cuesta arriba, donde se ha parado para esperarlo, suelta una maldición áspera en su lengua mientras le señala la carretera:

—¡Por los pelos! Lleva escolta, el hijo de puta.

Helmut vislumbra el camión verde del miliciano detenido delante de un *jeep* y un grupo de tres o cuatro milicianos con las gorras torcidas y el fusil al brazo, moviéndose por la carretera y mirando a un lado y a otro, con gestos nerviosos, como pajarracos siniestros.

—Iban detrás del camión —resopla el payés—. Parece que no te han visto. Se han parado para inspeccionar la viga.

Cuando el camión y el *jeeps* de los milicianos desaparecen en

dirección a Sent Gironç, bajan a la carretera, cruzan el río y, una vez en la otra orilla, retiran la viga que han empleado como pasarela y reemprenden el retorno al molino con el rabo entre las piernas. Superado el susto de la retirada en el último momento, él le expone las correcciones que deberán hacerle a la operación:

—A Artiga nunca va con escolta. Los milicianos deben de ser colegas de Massat, de algún pueblo de allá arriba. Pues nos lo tenemos que cargar de subida hacia allí. Si dejamos las vigas preparadas, tendremos tiempo suficiente. Cuando veamos que llega a la colonia, salimos disparados hacia aquí abajo.

El español, sin embargo, estaba cagado de miedo:

—Mátalo tú si quieres —rumia con una rama verde prendida en los labios. Cuando no tiene tabaco, mordisquea palitos—. Mañana por la mañana me vuelvo a la montaña.

—Déjame el fusil y lo liquido yo solo.

—Quiero llevármelo. Lo necesito allí arriba.

Al ver que no hay nada que hacer, que probablemente no vuelva a tocar nunca más aquella arma, le pide que por lo menos se la deje llevar hasta el molino. Y no es preciso que la descargue, que él sabe muy bien cómo se hace. Cuando le entrega el arma, se lo demuestra abriendo el cerrojo y recuperando la bala que acto seguido se mete en el bolsillo. Bajan rápido por la orilla del río siguiendo el rastro de la hierba aplastada horas antes, a veces trazando zigzags para desviarse hacia la sombra de los árboles de ribera. A primera hora de la tarde las nubes se han dispersado del todo y parece que llueva fuego desde lo alto del cielo.

Poco antes de llegar al molino se paran en seco alarmados por un murmullo de voces y roce de ramas que provienen de un poco más arriba. Quizá los milicianos de la escolta los hayan descubierto, hayan aparcado el coche más abajo y, después de cruzar el río, los esperen en el molino. Helmut se apresura a cargar el fusil, pero el otro sigue sin fiarse y, cuando lo tiene cargado, se lo quita de las manos. Conforme avanzan encorvados detrás de los matorrales, el español delante con el fusil en las manos y él a una distancia de diez o doce pasos, el ruido de ramas se convierte en chapoteo de agua y las voces se van debilitando. Enric se para y le

hace señas de que se acerque sin hacer ruido. Cuando llega donde él le musita:

—Están en la balsa del molino. Diría que se trata de mujeres. Deben de estar bañándose.

Los dos se hacen la misma ilusión: las chicas han bajado a bañarse a la balsa del molino. Y siguen avanzando con la misma cautela y excitación que si fuesen los mismos diablos negros de la gorra torcida.

Todo ello resulta un gozo sin alegría. Quienes están en la balsa son dos niños de la colonia, del grupo de los pequeños, que se han escapado al molino. Enric le murmura que siga oculto para que no lo vean aún, que uno de ellos es su sobrino Rafel y el otro un amiguito francés de la clase. Quiere espiarlos y saber a qué están jugando. Su sobrino se ha agachado en un extremo de la balsa sosteniendo un pato con las manos. Lo suelta, el animal primero se zambulle, acto seguido emerge aleteando como si intentase volar y, cuando finalmente logra despegar, su amiguito, plantado en el otro extremo de la balsa con una caña en la mano, lo hace caer al agua. Pues enseguida les queda claro: juegan a atormentar a un animal del corral.

Cuando finalmente Helmut sale de detrás de las zarzas blandiendo el fusil y gritando «quietos y manos arriba» en alemán, los chavales, pálidos, se miran con la boca medio abierta y los ojos dominados por el terror. Rafel, que entretanto ha recuperado el pato, levanta los brazos y el animal se le cae de las manos. En ese momento, Helmut repara en que el pato camina con dificultad arrastrando dos ranas que le han atado con un cordel, una a cada pata. Cuando al rato aparece Enric, los pequeños se tranquilizan. Entre uno y otro cuentan entusiasmados que juegan al «submarino volador», un juego muy divertido que consiste en atar ranas a las patas de un pato y, como las ranas lo arrastran hacia el fondo, lo hacen nadar un rato bajo el agua. Pero el pato de hoy tiene mucha fuerza. Deberán atarle otra rana para que tenga que cruzar la balsa de una punta a otra como un submarino. Enric se dirige a su sobrino:

—¿Sabe tu madre que le birlas los patos?

—Es que no les hacemos ningún daño —explica el niño—. Después los devolvemos. Te lo juro, tío. ¿¡A que sí, Gustave!? ¿Verdad que los devolvemos?

—Es verdad, señor Enric —le confirma su buen amigo—. Solo un día se nos ahogó uno. Solo un día.

El sobrino lo fulmina con la mirada y añade:

—Ya estaba enfermo, tío. Se habría muerto igualmente.

Enric les suelta un pequeño sermón:

—No podéis venir aquí, Rafel. El molino es un lugar peligroso para vosotros. ¿Saben tus padres que vais al molino? ¿Dónde están ahora? ¿No os han visto salir de casa?

—Sé que ahora están durmiendo la siesta. Por favor, tío. No se lo digas.

El tío Enric, que ya tiene prisa por llegar a casa, acaba proponiéndoles un trato: no los delatará a sus padres ni a la directora a cambio de que ellos no vuelvan más a la balsa. Si quieren jugar con los patos, que vayan al río, que allí también hay charcas más pequeñas. Los chavales prometen cumplir el pacto y enseguida hurgan entre las hierbas, ocupados en cazar otra rana que mantenga sumergido más rato su submarino volador.

Al emprender la subida del bosque, Helmut le confía que quiere irse al maquis con él:

—Los gendarmes volverán cualquier día y esta vez no habrá quien me libre.

El otro continúa con exigencias:

—No quiero problemas con los suizos. Tan pronto como lleguemos, tú y yo vamos a hablar con la directora. Si ella te da permiso, lo podemos hablar.

No es un buen momento, se teme Helmut. Primero le debería dar explicaciones por la escapada de hoy. Antes de salir del bosque, le pica la curiosidad de aclarar una palabra que no ha entendido de la conversación con los niños, y eso que no les hablaba en catalán como hace siempre con su familia, sino en francés, para que lo entendiese también el compañero de juego de su sobrino:

—¿Qué ha dicho el niño que estaban haciendo tu hermano y

su mujer?

—Pues que a esta hora tienen la costumbre de dormir la siesta.

—¿Van a magrearse?

—No, no lo creo —sonríe Enric, que de pronto exclama—: ¡Ah, claro! Tú eres alemán, allí no sabéis lo que es la siesta. Significa que después de comer los padres se van a dormir un rato. Y el niño aprovecha para escaparse al molino. Durante la siesta de los adultos, nadie vigila las travesuras ni de los gatos ni de los ladrones ni de los niños.

23

THOMAS HEIDER

Las siete menos cuarto de la tarde. El cabo Heider está sentado en la terraza del Grand Café de l'Union con la nariz inundada de un hedor mezcla de cera quemada y de incienso que le recuerda las misas de su infancia en la catedral de Innsbruck. Cuando el capitán Leopold Rehm los ha dejado libres a la salida de la iglesia parroquial, se ha unido a un par de compañeros y todos juntos han huido hacia el centro del pueblo a tomar el aire. Sus compañeros de mesa, como si no estuvieran; el bávaro aprovecha la hora libre que les queda para escribir postales; el otro, el de Salzburgo, lee una novela de aventuras. Él descansa aturdido todavía por las palizas magistrales de su capitán, dando vueltas a su pecado original, del que nunca ninguna religión ni régimen político podrá redimirlo.

El capitán los había convocado a las cuatro y media de la tarde en la iglesia de Sent Valièr. Hacía fresco en los bancos de la nave y, como no deben de decir muchas misas, no olía a iglesia. El doctor Rehm, que es como se hace llamar en sus discursos, ha llegado puntual, acompañado de un sacerdote de Sent Gironç. Con una rápida ojeada a los bancos ha comprobado que no faltaba nadie de los que estaban libres de servicio: nueve soldados y el cabo Heider. Ha empezado el discurso recordando la teoría del filósofo Friedrich Nietzsche (¡quién podría ser si no!) sobre la moral de los señores, que valora la valentía, la nobleza y el orgullo frente a la moral sumisa de los esclavos. Los romanos heredaron esta visión del mundo de la civilización griega, fundada por héroes

de espíritu libre y con voluntad de conquista, capaces de desafiar incluso a los mismos dioses olímpicos... Pronto el vientre prominente del doctor que se hinchaba bajo la guerrera del uniforme se ha llevado al cabo Heider lejos de las nobles virtudes de los señores. Imaginar que aquella piel asquerosa de cerdo de cuarenta años se refregó un día contra el vientre tierno de la chica de Biarritz le ha hecho hervir la sangre. «Cerdo, más que cerdo, forzaste a Gisela.» De la rabia ha pasado al arrepentimiento (él tenía la culpa por haberle ofrecido a la chica en bandeja), y del arrepentimiento al temor a las represalias con las que ella lo amenazó por carta...

El cambio de orador lo ha devuelto a los bancos de la iglesia monumental. El doctor Rehm acababa de pedir al padre Antoine que les contase la vida y milagros de san Valerio, y el hombre ha empezado excusándose de no saber alemán y de que, por lo tanto, tendría que hablarles en francés. Ningún problema, el doctor ya lo había previsto y se había llevado al soldado que haría de intérprete.

—No se saben muchas cosas de san Valerio —ha anunciado el cura—. Sabemos que era un ciudadano romano del siglo IV, llamado Valerius, que fundó el primer obispado de Coserans, en la población vecina de Sent Líser. Era amigo de san Martín, en ese entonces obispo de Tours. Cuenta una tradición cristiana que san Martín lo obsequió con un asno para que fuera montado a predicar la fe de Cristo por los valles del Salat. El regalo no le duró mucho porque un día que el santo se perdió en el bosque, un oso se comió al asno. Entonces él se enfrentó a la fiera y la obligó a que le llevara la carga hasta el primer pueblo. Cuando los vecinos los vieron llegar, se encerraron en sus casas asustados. Pero muy pronto volvieron a salir a las calles para ver cómo el santo dominaba a la fiera, hasta el punto de que la hacía bailar en la plaza delante de todo el mundo. De este hecho, el santo se convirtió en el primer domador de osos que hizo bailar al animal, al que le puso el nombre de Martín en honor del obispo de Tours. Y ahora viene el milagro más famoso de san Valerio, que lo obró estando muerto. Al parecer, siglos después de su muerte hicieron

obras en la iglesia y en el lugar donde lo habían enterrado aparecieron dos tumbas idénticas y no sabían cuál era la suya. Consultaron al obispo de la época y este dijo que llenasen hasta la mitad dos botellas de vino y, por la noche, depositasen una encima de cada tumba. Así lo hicieron y al día siguiente encontraron que una seguía igual, mientras que la otra rezumaba vino y había manchado las losas. Esta era sin duda la que indicaba la tumba del santo. Abrieron el sepulcro y, en efecto, apareció el cuerpo de san Valerio, incorrupto, tan fresco como el día en que murió. Me he olvidado de decir —siguió contando aún el cura— que el santo obispo fue el primero que subió al «Señor de Arièja», la montaña más alta de esta región de los Pirineos. Aún hoy lleva su nombre, el Montvalier.

—Gracias, padre Antoine —le ha agradecido el doctor en francés—. Para ser un santo de quien no se sabe gran cosa, como usted ha dicho, no está mal lo que nos ha contado. —Tras volverse de cara a los bancos, se ha dirigido a los suyos en alemán—: Les pido, señores, que reparen por un momento en los nombres de los grandes santos franceses. ¿Saben de dónde viene el nombre de san Martín? Del latín Marte, nada más y nada menos que el dios romano de la guerra. El patrón de Tolosa, san Sernin, es una variante de Saturnino, que viene de Saturno, el poderoso dios romano que se zampó a sus propios hijos para asegurarse de que de mayores no lo destronasen. Y san Dionisio, obispo de París, proviene del dios griego de la fecundidad y de la viña. Estos nombres y otros que ahora no mencionaré para no fatigarlos nos demuestran que el espíritu glorioso de Grecia y de Roma siguió vivo con el cristianismo. Aquí me centraré en el obispo Valerius, que no llevaba un nombre de dios, sino de emperador romano. ¿Qué opinión les merece, señores, la vida del santo que tan amablemente nos ha contado el padre Antoine?

Mientras el capitán los ametrallaba con la mirada, en la nave se ha hecho un silencio expectante e incómodo mitigado por el ruido sordo de los carruajes que circulan por la avenida. Al final, ha intervenido un soldado que ha dicho que los milagros de san Valerio le parecían un poco estrafalarios, no muy religiosos; poco

cristianos, vaya. El capitán le ha respondido:

—Es que, cristiano, este santo no lo era mucho. Los obispos en aquella época eran antes que nada caballeros de linaje noble, cargados de riquezas, investidos de poder político y militar, religioso y judicial. —Ha vuelto la mirada hacia el cura como si se hubiese acordado de repente de que lo tenía a su lado y lo estaba escuchando. Pero el hombre de la sotana, que no entendía ni pizca de alemán, asentía con la cabeza y sonreía muy ufano, satisfecho de tener en la iglesia a un capitán alemán adoctrinando a los soldados, contándoles los milagros de los santos de la parroquia—. Valerius se había convertido al cristianismo porque este ya era la religión oficial del Imperio, no por convicción. Se percataba de que era el espíritu de su tiempo. Él era en primer lugar un noble con voluntad de poder que, como nos ha contado el padre Antoine, se enfrentaba a las fieras de los bosques de Arièja, las domesticaba haciéndolas bailar en la plaza. Le gustaba el buen vino y subir hasta las cimas de las montañas más altas en una época en la que el resto de los mortales las consideraban malditas. Aquí tenéis, señores aficionados a la montaña, al primer alpinista de Francia. ¡Mirad qué estampa, con la cabeza coronada con la mitra! —Con la mano señalaba la imagen del santo encima de una peana al lado del altar mayor—. Va vestido con hábitos dorados y blande el báculo, que es símbolo de poder, de dominio total sobre sus subordinados. Se conoce como «báculo pastoral», a imitación del de los pastores que emplean un bastón con un gancho de hierro en la punta para coger fácilmente las ovejas por la pata. Sea para castigarlas, sea para sacarles la leche de la ubre, sea para conducirlas al matadero. He aquí las tres funciones principales de un señor como Dios manda. Valerius es, pues, un auténtico romano con mentalidad de señor.

Y ha dado por terminada su actuación en esa iglesia, aunque solo se encontraban en el descanso de la función que les había preparado. Para la segunda parte, los ha convocado media hora más tarde en la iglesia parroquial del centro de la población. Han sido puntuales, claro está. Pero cuando han llegado a la portalada del templo, han tenido que esperarse, guarecidos del sol bajo el

pórtico de piedra, porque dentro estaba celebrándose un funeral. Lo oficiaba el mismo cura de antes y, cuando se ha percatado de que el capitán alemán y sus soltados católicos estaban esperando en la puerta, ha acelerado los latinajos y las gesticulaciones solemnes. Con cuatro golpes de hisopo ha despedido al difunto y, acto seguido, los asistentes enlutados, la mayoría mujeres y viejos, han desfilado detrás de él. En la entrada del templo había una mesa llena de estampas y folletos de oraciones, en los bancos permanecían algunas mujeres que aún no habían acabado de rezar. Se notaba que, a diferencia de la desangelada Sent Valièr, esa era una iglesia viva, con mucha actividad. El cura ha vuelto muy excitado del pórtico donde había salido un momento para despedir al difunto. Ha pedido disculpas al capitán porque la ceremonia se había alargado más de lo que él había previsto, pero en un momento estaría a su disposición, el tiempo de ir a la sacristía para quitarse los ornamentos de la misa de difuntos. El capitán lo ha retenido:

—No es preciso que se cambie. Para hablarnos de san Geroncio, este vestuario fúnebre le irá que ni pintado.

—Como usted quiera —ha dicho el cura.

Y, sin hacerlos esperar más, los ha guiado hasta un lugar de la nave donde había una imagen que él ha presentado como san Geroncio. Representaba a un joven romano con barba. Llevaba una coraza en el pecho, una túnica amarilla muy corta que dejaba ver unas piernas robustas y se cubría con una capa de color azul.

—Sabemos que era un monje nacido en el norte de África, que vivió poco más o menos en la misma época que san Valerio —ha seguido diciendo el cura con la voz y las palabras del intérprete—. Él y su amigo Severo peregrinaron a Tierra Santa, después fueron a Roma y el papa los mandó a la Galia a predicar el cristianismo. El monje Geroncio, acompañado de su amigo y de cinco jóvenes más, fue por los pueblos de Aquitania enseñando el Evangelio de Jesús. Derribaban los templos paganos y en el mismo lugar construían iglesias y monasterios. Pero el gobernador romano de Tolosa, que en aquella época perseguía a los cristianos, los sometió a espantosos tormentos. A Severo le clavaron un clavo en mitad de la

cabeza y después lo decapitaron. Geroncio sobrevivió al martirio durante treinta días. A pesar del dolor de las heridas, tuvo fuerzas para dar sepultura cristiana a su amigo. Finalmente, entregó su alma a Dios, y cuentan que su cuerpo remontó las aguas del Salat y llegó hasta este mismo lugar, donde fue enterrado. Encima de su tumba construyeron un monasterio que con los años dio origen al pueblo de Sent Gironç.

En ese punto ha intervenido el doctor:

—Ya lo han oído, señores. Geroncio y Valerio, ambos romanos de la misma época, ambos santificados por la Iglesia católica, a pesar de que la biografía y la mentalidad de cada uno se oponen como el día y la noche. Reparen en cómo se representan las imágenes. Acuérdense de Valerio, con la capa dorada, la tiara en la cabeza y el báculo del poder, y compárenlo con este africano, pobrecito mío, vestido de romano plebeyo, empuñando en la mano derecha una pequeña cruz de madera y la palma, que significa el martirio que sufrió. De Roma lo han enviado a Francia para difundir el Evangelio de Jesús, un profeta judío que sostenía que todos los hombres son hermanos y que todos han nacido con un pecado cometido por la primera pareja de humanos contra su Dios. Un Dios que los salvará de la muerte y se los llevará al cielo a condición de que ellos lo glorifiquen y le pidan perdón, día sí día también, y renuncien a los placeres y a las cosas grandes de la vida. Valerio y Geroncio son respectivamente dos modelos ejemplares de la moral de los señores y de la moral de los esclavos. Y ahora no piensen que se trata de dos formas del comportamiento humano perfectamente explicables, y aún menos que al señor le gusta ejercer de verdugo, mientras que el esclavo goza en el papel de víctima. No lo cree así nuestro gran filósofo Nietzsche, antecesor del nacionalsocialismo. Él es el primer pensador que denuncia la gran estafa que esconde la moral de los esclavos, un sistema de valores de raíz judía que ha dominado Europa a lo largo de dos mil años. —Ha callado en seco con un gesto de inquietud al observar que el cura le había dado la espalda y se alejaba. Cuando ha reparado en que una mujer lo reclamaba para confesarse, ha retomado el hilo de su discurso—. Los débiles, los desdichados que

se sienten incapaces de vivir la vida con plenitud, con todas las consecuencias, de enfrentarse a todas sus glorias y miserias como hacen los señores, idean una moral que pervierte los valores auténticos. Se inventan una moral basada en el sentimiento de culpa, que valora la obediencia ciega, la compasión y la fraternidad universal, y que confía en gozar después de la muerte de los placeres eternos de una vida celestial. En definitiva, los fracasados y resentidos se inventaron una moral apropiada a su debilidad.

Acabado su parlamento, el doctor ha exigido, como de costumbre, la opinión de su público cautivo. Rápidamente ha levantado el brazo el soldado que había intervenido en la iglesia de arriba. Quería saber si a través de la imagen del santo podrían conocerse sus rasgos físicos y de esta forma poder determinar, por ejemplo, si san Geroncio era judío o de cualquier otra raza inferior. Le ha respondido que de ninguna manera, que los escultores cristianos configuran las imágenes religiosas con modelos de personas bellas y bien proporcionadas. La imagen de un judío de Palestina como Jesús aparece a menudo como un joven atlético, atractivo y con el pelo rubio, como si hubiese nacido en el norte de Alemania. Y las imágenes de las santas y vírgenes parecen artistas de cabaret vestidas con túnicas y con una corona en la cabeza. En definitiva, que las estatuas, tanto las de las iglesias como las de los museos, son engañosas. Y les ha ponderado una vez más la investigación innovadora de su amigo de la Universidad de Múnich y de la estación de esquí de Garmisch:

—Los estudios científicos para determinar la raza deben realizarse directamente en personas de carne y hueso. Como hace el doctor Mengele actualmente en el campo de trabajo de Auschwitz-Birkenau. Allí dispone de miles de prisioneros gitanos, judíos y eslavos, hombres y mujeres de todas las edades. Pronto tendremos criterios científicos decisivos para descubrir la raza a través de la forma del cráneo. ¿Alguna otra pregunta? —Ha esperado unos segundos y, en vista de que nadie osaba abrir la boca, ha clavado los ojos en Heider y le ha disparado con la munición que más daño podía causarle—: Cabo Heider, ¿qué opina

usted del sentimiento de culpa? Usted es hijo de una familia católica. ¿Ha pensado alguna vez que ha nacido en pecado original?

—¡No, de ninguna manera! ¡Jamás! —ha mentido él con rotundidad—. Tuve la suerte de nacer en Innsbruck, en las montañas del sur de Alemania. Y en mi familia no hay ningún ascendente de raza judía. —Él mismo se ha sorprendido de la rapidez y acierto con que ha sabido reaccionar. Para arrojar tierra sobre un asunto molesto para él y a la vez demostrarle que había seguido su discurso, le ha pedido una aclaración—: Hay un punto que no he acabado de entender, doctor. Si Geroncio y Valerio son tan contradictorios, como usted ha dicho, me pregunto por qué ambos son santos. Quiero decir que no entiendo por qué la Iglesia católica, que predica la moral de los esclavos, hizo santo al obispo Valerio, seguidor de la moral de los señores.

—Es una buena pregunta, cabo Heider —le ha reconocido el doctor—. Existen dos clases de cristianismo, el del judío Jesús y el de los romanos. A uno podríamos llamarlo cristianismo del *Miserere mei Deus*, al otro, el cristianismo del *In hoc signo vinces*. Los dos afloran en los primeros santos franceses y más tarde ponen en evidencia la ambigüedad del espíritu de los indígenas de la Galia. Por una parte, los franceses han dado al mundo figuras nobles con mentalidad de señor. Por ejemplo, Napoleón Bonaparte o Luis XIV, conocido como el Rey Sol, y también Carlomagno, claro está, si bien este era medio alemán. Los tres crearon grandes imperios enfrentándose a los moros, a los revolucionarios de la Bastilla, a los ingleses y al mismo papa de Roma. Pero, al mismo tiempo, los franceses son los padres de la Revolución, de los derechos de los miserables y de los Gobiernos democráticos. Son de carácter frágil, vacilante, pasan del Imperio a la República como chiquillos que intercambian cromos. Si no hubiésemos llegado nosotros, hoy en Francia habría un Gobierno bolchevique vasallo de Stalin. La población de Sent Gironç es un ejemplo modélico del carácter ambiguo de los franceses. O Valerio o Geroncio. Roma o Jerusalén. No es preciso, señores, que les diga cuál de los dos espíritus es el que domina hoy en esta población remota de los Pirineos a donde

nos han destinado. —Con los ojos ha señalado el rincón del confesionario en el que se había encerrado el cura. En una pared lateral del cubículo de madera había una mujer arrodillada y dos más esperaban su turno detrás de ella, todas con la cabeza gacha, escondida bajo una mantilla negra—. Ya me dirán ustedes qué tipo de pecados pueden haber cometido estas desdichadas. Adulterio seguro que no, aunque quisieran. Los hombres jóvenes están todos muy lejos del pueblo, trabajando para nosotros o prisioneros en los campos de trabajo.

Mientras Heider se bebe el penúltimo trago de su jarra, llega a la terraza del Grand Café un grupito bullanguero de milicianos. Antes de sentarse a una mesa vecina, lo saludan con un gesto enérgico del brazo y golpe de talón, como si se tratase del mismo comandante Piersig, jefe de la guarnición de Beauregard. Parecen muy jóvenes y se pasan todo el día recorriendo el pueblo de arriba abajo, de la estación del ferrocarril a la iglesia de Sent Valièr, exhibiendo sus uniformes negros, blandiendo las metralletas como niños con juguetes nuevos. Han pedido jarras de litro, como los alemanes, y en cuanto el camarero se las ha servido, han sorbido la espuma con un deleite exagerado, simulando que les encanta la amargura de la cerveza. Dejarán la jarra vacía aunque revienten. El comandante Piersig se muestra muy crítico con la creación de este ejército francés al servicio del Reich. Según él, se trata de una banda de matones y maleducados dirigidos por delincuentes y estraperlistas que denuncian a cualquier vecino por «terrorista» solo para ganar puntos en el ejército. En definitiva, que a los alemanes les estorban más que otra cosa. Por el contrario, el capitán Rehm sostiene que son necesarios y pone el ejemplo de Inglaterra, la nación que durante siglos ha mantenido con mano dura un sinfín de colonias diseminadas por todo el mundo. Los ingleses saben por experiencia que los indígenas de los países ocupados deben tener su propio ejército, controlado discretamente desde la metrópolis, claro está. Hoy día, las tropas indias, egipcias y australianas luchan contra nosotros con más fervor que los mismos ingleses...

«Nous chantons tout le long des grèves...», inician su

repertorio los cachorros del viejo Mariscal. Uno de los que cantan más fuerte, un chico robusto, de rostro grueso y bigotito negro, le recuerda a Kurt, que esa semana está de servicio en las montañas de la frontera andorrana. La ausencia de su amigo lo tranquiliza, lo libera del malestar que le supone tenerlo cerca y tener que comportarse como si fuera un compañero cualquiera. Pero al tiempo se preocupa por lo que pueda ocurrirle. En estos últimos meses se han multiplicado los ataques y las emboscadas de los terroristas por las carreteras de montaña. Desde que el Gobierno de Vichy publicó el decreto que obliga a los jóvenes franceses a trabajar para el Reich, muchos de ellos desertan y huyen a los bosques con los comunistas. Su amigo Kurt ya sufrió las consecuencias de eso. El asesinato de dos compañeros en el mes de mayo en el valle de Vathmala lo afectó mucho. Cuando su patrulla acudió a auxiliarlos, uno de los compañeros ya estaba muerto, otro malherido y el tercero, el que había dado la alarma, había podido pillar a un terrorista muy joven, un muchacho de doce o trece años. El herido era de Kitzbühel, compañero de colegio de Kurt y del club de montañismo. Murió antes de llegar a Sent Gironç. Por la noche, Kurt estaba muy afligido, dolido por la muerte de su amigo y, sobre todo, irritado porque los asesinos habían podido huir y en aquellos momentos debían de estar celebrándolo. A la mañana siguiente coincidió que los dos estaban libres de servicio. En un momento en que lograron estar a solas bajo un enorme tilo de los jardines de Beauregard, le hizo jurar que si a él le sucedía algo parecido, perseguiría a sus asesinos hasta matarlos.

El muchacho prisionero acabó confesando que hacía de enlace entre los emboscados y que él los había avisado del paso de la patrulla alemana. El capitán Rehm ordenó que lo arrojasen desnudo al corral de los perros y que los soldados presenciasen su ejecución. Incluso cerrando los ojos, el espectáculo era estremecedor. Los gritos del niño, mezclados con los ladridos de los perros que lo desgarraban vivo, eran para el doctor en Filosofía la mejor vacuna para liberar a los soldados del Reich del sentimiento de compasión, uno de los peores vicios de la moral de los esclavos.

A las siete y media de la tarde, los tres aduaneros de la

guarnición de Beauregard se levantan de la mesa con la intención de dirigirse al cuartel. Justo en ese momento, los milicianos se ponen de pie y entonan el himno que cierra su repertorio, «Une flamme sacrée monte du sol natal...». Abandonar ahora la terraza podría tomarse como un menosprecio hacia la Francia amiga, así que se quedan en pie y en posición de firmes hasta al final del himno cuando «La patrie renaîtra. Maréchal, Marechal, nous voilà!» El cabo Heider va un momento al baño a vaciar la vejiga y, a la salida, se encamina hacia el paseo del Champ du Mars unos pasos detrás de sus compañeros de mesa. Confortado por el litro y medio de cerveza, llega a la conclusión de que, en resumidas cuentas, es gracias a su pecado original por lo que ha conocido a Kurt, y no cambiaría esa amistad íntima y profunda por ningún tipo de redención.

24

LIBRO DE SAMUEL SILVERSTEIN VII

A la entrada de Sent Gironç según se viene de las montañas, el furgón militar que llevaba detenidos al *colporteur* y a la pequeña Hena dobló por un desvío a la izquierda y enfiló la cuesta de Beauregard. El cuartel de los aduaneros alemanes se levantaba en un claro del bosque. Era una mansión señorial de planta baja y dos pisos que simulaba un castillo rectangular, pero con los muros abiertos por ventanas y balcones. Lo coronaban cuatro esbeltas torres, una en cada esquina, que se elevaban al cielo con tejados en punta.

El motor del vehículo despertó a los perros de rastreo, que ladraban furiosos en un cercado situado detrás de la mansión, erguidos con las patas delanteras contra las paredes. La cara de estremecimiento de la niña se le contagió a Samuel, que recordó el dicho: «Si alguien toca a un niño, es como si me tocasen la pupila». Cuando los hicieron bajar del furgón, se percató de que la maleta de la detenida también se había quedado en el camión del carbonero y, viendo que se la llevaban con su vestido azul celeste de manga corta, sola, sin ropa de abrigo ni equipaje, se preguntó si no habría sido mejor que los alemanes le hubiesen requisado el pedido completo. O sea, los dos pendientes de coral y la caja.

Por desgracia, su caja de *colporteur* había caído en manos de los cabezas cuadradas y, con ella, el bolsillo de la documentación donde llevaba una hoja sospechosa que había llamado la atención del militar que se disponía a interrogarlo. Era la lista de todos los niños a su cargo. Y se puso en guardia: «Ten cuidado con lo que

digas, Samuel. Cuidado con las palabras que elijas, que es peor tropezar con la lengua que con los pies». El militar empezó a leer en un francés desastroso:

—Pulsera de plata, anillo de brillantes, broche, gargantilla de flores, aguja... —Y concluyó—: Usted es un traficante de joyas.

Él intentó venderle la historia que más o menos tenía pensada:

—¡Qué más quisiera yo que traficar con joyas! Llevo estampas y quincalla, como puede comprobar en los cajoncitos. Joyas encontrará muy pocas. En ocasiones alguna campesina me pregunta si puedo conseguirle una joya. Son mujeres solas, con los maridos lejos trabajando en Alemania... No les puedo negar este capricho. Tiene que comprenderlo.

—¿Y las otras columnas? —El militar se refería a los nombres del valle donde se encontraba la masía, a los que seguía una cantidad y la fecha en que les había pagado el alojamiento.

—Me pagan a plazos. Hay ventas que no terminaré de cobrar nunca. —Y le repitió la solicitud que ya les había hecho a los guardias que lo detuvieron—: Yo trabajo como vendedor ambulante para los almacenes Sentenac. Soy un empleado de la casa. He de hablar con el amo, tiene que saber en qué situación me encuentro.

El militar le respondió que en todo caso era él quien debía hablar con el amo de Sentenac. Se levantó dando por concluido el interrogatorio y mandó a un soldado que se lo llevase a un lugar que no entendió. «Ahora vendrá lo peor», presintió mientras arrastraba los pies por un pasillo subterráneo igual que un toro camino del matadero. El calabozo era un cuarto miserable con el techo de bóveda de ladrillos de la antigua bodega de la mansión. Permaneció allí cuatro horas y media de reloj que se le hicieron una eternidad. Por fin entró un soldado y le comunicó que lo iba a conducir ante el comandante Robert Piersig. El jefe del destacamento de aduaneros, un hombre de unos cincuenta años, lo recibió sentado detrás de la mesa de su despacho. Levantó los ojos de los documentos que en ese momento revisaba y con un gesto de la mano lo invitó a sentarse:

—¿Cómo le va el negocio, señor Leroy? —le preguntó en francés.

Era la última pregunta que el detenido habría esperado:

—Pues bastante bien, señor. Sobre todo desde que ustedes llegaron. Sus soldados me compran postales. De uniformes militares, de artistas alemanas y de las montañas y pueblos de los Pirineos.

—Me alegro de que le vaya bien el negocio. —Señaló con la cabeza la caja de *colporteur* que habían depositado en el suelo, apoyada contra la pared—. Lleva unas postales preciosas. Mejor este género que las joyas, la mayoría son de quincalla. He hablado por teléfono con el señor Sentenac y he aceptado sus disculpas. Tiene que llevar siempre la hoja de ruta en regla, ya lo sabe, señor Leroy. —Su mano de dedos delgados y huesudos, uno de ellos con el anillo de casado, le acercó los documentos deslizándolos por el barniz de la mesa—. Y, ahora, váyase a su casa. No me gustaría volver a verlo por aquí.

—Gracias, señor —dijo él.

El soldado que lo acompañó afuera era un chico amable que en alguna ocasión le había comprado postales de paisajes pirenaicos. Cuando se aproximaban a la cerca del jardín, osó preguntarle si sabía algo de la niña que habían detenido con él. Le respondió que se la habían llevado en un furgón, no sabía si a Foish o a Tolosa.

De bajada hacia la población, fue derecho a ver al carbonero para tener noticias del mellizo. No hacía mucho que su camión, un Ford como el que tenía él en Lille, había vuelto de hacer la ruta por el valle del Arac.

—Se ha acabado, Christophe —dijo el hombre cuando lo vio entrar en el cubil de la tienda—. No me lo pidas más.

—¿Y qué has hecho con el niño?

—No sabía dónde dejarlo. Al final, lo he subido a Artiga, a la colonia de los suizos donde tienes a tu hijo. A él y la maleta. Les he dicho que irás tan pronto como puedas. No puedo hacerte ningún favor más, Christophe. Me juego el pellejo y el pan de mi familia.

Samuel se dio media vuelta sin agradecerle los favores

anteriores que le había hecho, incapaz como era de entender la actitud cobarde del hombre que renunciaba a socorrer a los niños judíos. No se planteó la posibilidad de meterse en la piel del carbonero. Ignoraba que en situaciones extremas en las que se obliga a escoger entre el heroísmo y la cobardía, solo las personas excepcionales son capaces de comportarse de forma justa. En ningún momento pensó que, si él no hubiese nacido en el lado de los indeseables, si no hubiese perdido a su familia, su casa y su empresa, probablemente habría reaccionado poco más o menos como el comerciante de carbón.

El amo de Sentenac también lo recibió con cara de pocos amigos. En cuanto lo vio entrar, llamó a su hija para que se encargase de la caja y a él lo hizo pasar a su despacho. La habitación estaba tan llena de cajas y de sacos de género que tuvieron que conversar de pie. El tendero le soltó sin tapujos:

—Usted me ha engañado, señor Leroy. Este no es el trato que hicimos. ¿Dónde compra las joyas? ¡En Regagnon, confiéselo!

El motivo principal de la bronca no era el que Samuel se había imaginado. Con todo, no pensaba revelarle la procedencia de las joyas ni mucho menos la finalidad real que tenían las pocas que transportaba en la caja. Negó que las adquiriese en la competencia:

—¡No, de ningún modo! En Regagnon le juro que no. Las adquirí en Tolosa. —Y balbució la frágil mentira que se le ocurrió —: Los alemanes me las piden y como usted no tiene...

—¡Quién le ha dicho que no tengo! —exclamó el mercader mejor provisto de Coserans—. Yo tengo de todo lo que se puede vender. Pero este es un género demasiado delicado para un vendedor ambulante. A partir de ahora, si algún militar le pide alguna joya, me lo tiene que enviar a la tienda. Si conviene, acompáñelo usted personalmente. Le daré una buena comisión.

Una vez que el *colporteur* se hubo comprometido a renunciar al suculento negocio de las joyas que los militares ocupantes adquirían, fuera para sus amantes francesas, fuera para sus esposas de Alemania, el amo le reprochó otra falta, un pecado venial, como dirían los sacerdotes cristianos, en comparación con la gravedad del primero:

—Le dejé muy claro que debía llevar al día el cuaderno de ruta. No quiero volver a quedar mal por su causa.

—Siento mucho haberlo puesto en un compromiso.

—¡Le costará bien poco, hombre de Dios! Escriba las salidas que más o menos ha previsto hacer en un plazo de quince días. Me deja el cuaderno y yo lo hago llegar a la gendarmería.

Al fin, se fue a casa. Después de tantas mentiras, disculpas y justificaciones delante de los poderosos (la autoridad militar, el pequeño comerciante del oro negro y el gran comerciante de todo lo que se puede vender), el hombre tenía ganas de llegar a su refugio de la Petite Rue de Burg. Aparte de descansar, ansiaba confesar a la vecina de la escalera y confidente la verdad de los hechos, compartir con ella la amargura por la pérdida de uno de los mellizos. A pesar de que ya anochecía, las restricciones de electricidad que solían alargarse buena parte del día lo obligaron a subir la escalera a tientas. Lucienne le abrió la puerta con una palmatoria en la mano. A la luz trémula de la vela, la mujer adivinó que volvía cargado de malas noticias.

—¿Qué ha ocurrido con los niños? —exigió la mujer con expresión severa—. ¿Dónde están ahora?

No le dio tiempo de acabar el relato. Tan pronto como la mujer supo que la desgracia de la pequeña Hena era definitiva, gimió:

—Ya te lo decía yo, que se quedasen aquí. Si me hubieses hecho caso a mí...

Entonces él no pudo más y estalló:

—¡Estoy hasta los cojones de ser culpable! —Se ajustó la caja a la espalda con una sacudida, cruzó la puerta y se marchó escaleras arriba.

El tercer piso estaba oscuro como una cueva. Avanzó por el pasillo con pasos de ciego hasta el comedor, donde consiguió abrir la ventana y luego, de par en par, los postigos hacia fuera. La luz del anochecer dejó a la vista una habitación de paredes desnudas de cuadros y llenas de dibujos y letras por la parte inferior, totalmente vacía de muebles. Desde que habían empezado a llegar huéspedes infantiles, había retirado la mesa y las sillas para evitar

el arrastre de las patas de madera contra las baldosas. Se descargó la caja, la puso contra la pared y se sentó soltando un suspiro de alivio. Habría que pintar las paredes, pensó. «Si los alemanes consiguen que la niña cante y localizan el piso, descubrirán todo el berenjenal.» Pero la pintura tendría que esperar; por el momento tenía por delante quebraderos de cabeza más urgentes que solucionar. Para acabar de rematarlo, la muñeca se le había hinchado y le volvía a doler... Oyó el crujido de la cerradura, el chirrido de la puerta y acto seguido una voz conocida:

—Soy yo, Christophe. —Lucienne pasó delante de él con un cirio encendido en la mano, como si participase en una ceremonia religiosa, y se encaminó a la habitación donde habían amontonado los muebles. Regresó con una silla, se sentó y dijo—: Tienes que perdonarme, no quería decirte eso.

Permanecieron en silencio un buen rato mientras fuera se hacía de noche. Cualquier francés que los hubiese visto los habría tomado por un matrimonio a las puertas de la vejez, preocupados por un hijo prisionero de los alemanes.

A lo largo de toda la semana Samuel tuvo que permanecer en Sent Gironç, a la espera de que la gendarmería le devolviese firmado el cuaderno de ruta. Una de esas tardes, al regresar al piso, se encontró la puerta cerrada de golpe, y como él cerraba siempre con dos vueltas de llave y Lucienne no solía subir cuando él no estaba, sospechó que la policía francesa o la Gestapo le habían hecho una visita. Una vez dentro, sin embargo, no notó que se hubiese llevado a cabo ningún registro. Ni policías ni ladrones, ya que el puñado de billetes que días atrás había retirado del banco seguía intacto en un rincón de la alacena de la cocina donde solía guardarlos. Bajó al primer piso para saber si la vecina había oído o visto movimiento por la escalera. Antes de abrir la boca, ella le soltó que pensaba subir en ese momento para decirle que por la tarde, al volver de la compra, se había topado con Philippe en la escalera:

—Al verme ha huido corriendo.

—Ya he notado que ha venido al piso. ¡Cuando lo vea me va a oír!

—Debe de estar preocupado por ti. Ve a verlo tan pronto como puedas.

El hombre salió a dar una vuelta por las calles más céntricas y por el otro lado del río, pero ni rastro del niño.

*

Cuando por fin tuvo la documentación en regla, pudo hacer la esperada salida a la colonia de Artiga, un sitio que oficialmente se podía incluir en la cartilla de *colporteur* dentro de la ruta de los pueblos del Solan. De madrugada cogió el autobús de Massat y se apeó en el desvío de Artiga. Subiendo rápido por la pista de tierra, el *colporteur* Christophe se daba ánimos recordando que apenas tres años atrás transportaba cuatro paquetes en la caja de un camión moderno y en ese momento, en cambio, llevaba toda Francia a las espaldas dentro de un cajón más viejo que Matusalén. Cromos y lápices de colores para los niños, encendedores y hojas de afeitar para desertores y emboscados, jaboncillos perfumados, espejitos y pintalabios para las mujeres presumidas, postales de los Pirineos para los alemanes, cintas e hilos y objetos de mercería de todo tipo para entretener a las madres y abuelas de los prisioneros, en especial a sus esposas, algunas de las cuales ignoraban que eran viudas. En fin, gafas y quevedos para que incluso los abuelos pudiesen leer sus cartas... Y en el bolsillo de cuero de la parte exterior, una lista de joyas que escondían decenas de niños más hermosos que un sol.

Philippe estaba en un descampado jugando al escondite con un grupito de niñas y simulaba que no lo había visto. Tuvo que gritarle muy fuerte para que fuera donde él y solo entonces el niño abandonó el juego y se le acercó con pose resignada y balanceando los brazos. Samuel lo encontró más delgado, con las mejillas tostadas por el sol y el pelo demasiado largo. Observó también que había dado un estirón, porque los pantalones le quedaban cortos. Tenía ganas de abrazarlo y darle dos besos, pero viendo que el niño se quedaba plantado a dos pasos de él con aire desganado sin hacer ningún gesto, lo dejó correr.

—Ya sé que fuiste a verme al piso —le dijo con un tono que quería ser amable.

El chico balbuceó con una voz que también se había oscurecido:

—Es que..., es que quería saber cómo estabas. Hace mucho tiempo que no subes.

«El chaval es astuto —pensó—. Pero a mí no me engañará.»

—Podrías haberme dejado una nota —le reprochó—. O darle el encargo a la vecina del primer piso. Regresaste muy pronto. No me harás creer que bajaste expresamente para ver si estaba bien...

—También quería decirte... Es que también te quería contar todo lo que ha pasado con la Abadesa y las chicas. No lo sabes, ¿verdad que no?

Cómo iba a saberlo si entre el ajetreo del invierno, el accidente del brazo y la detención de los alemanes hacía más de tres meses que no había subido a Artiga. Los hechos que a continuación le contó Philippe le sacaron de la cabeza la idea de pedirle explicaciones por su escapada a Sent Gironç y endilgarle el sermoncito correspondiente. Se enteró entonces de que los gendarmes habían irrumpido en Artiga para llevarse a los chicos más mayores, y los habrían detenido a todos si no hubiera sido porque ellos se habían escondido dentro de un túnel que hay bajo la nave de la capilla. Los guardias amenazaron a la Abadesa con cerrarle la colonia y entonces la mujer les propuso que en lugar de los chicos les daría dos chicas, que ella misma las llevaría al cuartel de Foish. Pero el día en que debía entregarlas, cogió a las chicas y las acompañó a Suiza con la camioneta. Y allí se habían quedado las tres.

—Así que ahora estáis sin directora —concluyó Samuel.

—Ahora tenemos a Mirla. La llamamos así porque le gusta la música y nos hace cantar. Pero es una buena mujer. A los mayores nos deja hacer lo que queremos.

—Y tú lo aprovechas para escaparte a Sent Gironç. Quiero que me digas de dónde sacaste el dinero para el autobús.

—¡Fui caminando, te lo juro! Daniel me enseñó un camino nuevo. Un camino que pasa por dentro del bosque.

Samuel no se lo acababa de creer:

—¿Un camino por el bosque, dices?

—¿Quieres que te lo enseñe? —se entusiasmó el niño.

—Después me lo cuentas todo. Antes debo hablar con la directora.

Lo dejó en paz, impaciente como estaba por conocer a la mujer. Continuó hacia el patio interior considerando la retahíla de informaciones jugosas que, como quien no quiere la cosa, el niño acababa de soltarle una detrás de otra: el escondite subterráneo bajo la capilla, el camino secreto de Sent Gironç a Artiga, la escapada heroica de la directora a Suiza y la llegada de una nueva directora que, por lo que parecía, era más tratable que la otra.

La señorita Margot lo recibió con muestras y palabras de una satisfacción que parecía sincera. La mujer tenía muchas ganas de conocer al *colporteur* Christophe de Sent Gironç. Aparte de que la directora Inger le había hablado muy bien de él, el hombre era el tutor de Philippe y de Jules, el niño que les había dejado el carbonero:

—Siéntese y descanse, señor Christophe —lo invitó señalando la larga mesa del claustro del antiguo convento. Era una mujer de constitución pequeña, de gestos nerviosos y con una mata de pelo gris y rizado que no casaban nada con su cara joven y expresiva—. Aquí estaremos tranquilos, los pequeños han ido de excursión a la montaña con el maestro Charles.

Él se disculpó por haber tardado tanto tiempo en subir y mencionó el accidente del brazo y el encuentro con los alemanes en el control de carretera:

—Fue la única solución que se le ocurrió al carbonero. A la hermana de Jules y a mí nos detuvieron, pero el niño...

La mujer lo cortó:

—Jules nos lo ha contado todo. ¡Qué pena su hermana! ¿Sabe dónde la han llevado los alemanes?

—No lo sé. Quiero creer que la han devuelto con sus padres al campo de Vernet. ¿Y el niño cómo está? ¿Está contento aquí?

—Muy contento, se pasaría todo el día fuera correteando. ¿Qué piensa hacer con él?

—Había previsto alojarlos a los dos en una masía, pero ahora, con él solo, no lo sé. El niño quería mucho a su hermana.

La mujer se adelantó a ofrecerle la solución que él más deseaba:

—Déjelo aquí unos días más. La señorita Inger me explicó el trato con usted por el alojamiento de Philippe. Si quiere, puede dejarlo durante un mes con las mismas condiciones.

Ciertamente, como le había dicho Philippe, la nueva directora estaba hecha de una pasta más blanda y maleable que la Abadesa, de modo que el hombre se vio con ánimos de proponerle el asunto que apenas había insinuado a la otra. Para empezar, se sacó la careta de *colporteur* y se presentó como agente de un grupo clandestino de auxilio a los niños judíos. Los rescataban de familias internadas en los centros que les habían asignado las autoridades de Vichy o de familias prisioneras en campos de concentración, y los alojaban en casas de campo de acogida. Últimamente, sin embargo, con los alemanes patrullando por las carreteras de Coserans, el traslado de los niños se había vuelto cada vez más difícil. Y sin más preámbulos le pidió que la colonia de Artiga acogiese también a algunos de estos niños. Era, sin duda, el refugio más seguro de la región. Se encontraba en un lugar aislado, bajo la protección de la Cruz Roja suiza y, además, podrían evitarse los controles de la carretera, ya que se podía acceder a ella desde Sent Gironç por un sendero del bosque. La mujer se lo quedó mirando sin decir nada. Al final, reaccionó:

—Me ha dejado de piedra, señor Christophe. —Señaló con los ojos la caja que este había dejado encima de la mesa y sonrió—. Veo que el cajón de madera hace maravillas. ¿Sabe que cuando lo he visto llegar he pensado que dentro llevaba un acordeón? —Y pasó a tocar problemas más prosaicos—. Vamos muy escasos de dinero y de alimentos, ¿sabe? En julio tenemos que renovar el contrato con el propietario y ya nos ha anunciado que nos subirá el alquiler.

Él siguió insistiendo en su asunto:

—Recibirían una subvención de la Joint. Cuente con unos doscientos francos mensuales por cabeza.

—¿Y cuántos niños piensa traernos?

—No lo sé, depende de los que rescaten. —Iba a decir que contase con una veintena, pero pensó que mejor era quedarse corto para no asustarla—. Siete u ocho, quizá más.

—Si de mí dependiese, le diría que adelante. Antes tendré que consultarlo con la delegación de Tolosa.

«Así vamos mal», pensó él. Si lo consultaba con sus superiores, ya podía dejarlo correr:

—En Tolosa no se lo permitirán. Mire, señorita. En situaciones extremas como la que hoy sufrimos, a veces la legalidad estorba. La señorita Inger se saltó la ley y pasó las chicas por la frontera suiza. Si hubiese pedido permiso a sus superiores, hoy las chicas quizá estarían en un campo de trabajo de los alemanes.

—¡Pero lo ha pagado muy caro!

—¿Qué está diciendo? —se alarmó Samuel.

De la ilegalidad heroica de la antigua directora él solo conocía las migajas que le había contado Philippe. Se enteró entonces de que la mujer se había roto la pierna cruzando a pie las alambradas de la frontera; los guardias alemanes la habían hecho prisionera y la habían torturado. Y, para redondear el desastre, su retorno a Suiza había provocado un conflicto diplomático entre los dos países que había desprestigiado a la Cruz Roja.

A pesar de todo, Samuel replicó:

—Las piernas rotas se curan, las torturas se pueden superar. Y con los nazis no puede haber conflicto diplomático; esta banda de asesinos ignora lo que es la diplomacia.

La mujer mencionó entonces el mal más grave e irreparable que su predecesora en el cargo había sufrido:

—La han echado de la Cruz Roja, ¿sabe? Consideraron que había vulnerado normas de la organización. El reglamento prohíbe actuar ilegalmente y, además, los empleados no pueden implicarse en favores personales. La organización era como su casa. Ingresó en ella siendo muy joven. Aspiraba a formar parte del Comité Internacional. Piense que la señorita Inger no se había casado ni tenía otra familia que la organización. ¿No lo entiende? Le han destrozado la vida.

Samuel Silverstein miraba aquella boca joven, de labios gruesos y dentadura perfecta, mientras pensaba «qué me vas a contar a mí de que los alemanes te destrocen la vida». Al final, dijo:

—Lo entiendo perfectamente. Nadie está obligado a jugarse la vida para salvar a los hijos de los demás. Piénseselo, señorita Margot. Coméntelo con sus maestros y monitores, y mañana por la mañana me da una respuesta. —Alargó el brazo hacia la caja y sacó de su interior la cartera—. Y ahora echemos cuentas.

Pagó los meses atrasados de Philippe y los doscientos francos correspondientes al alojamiento de Jules.

—Oh, gracias, señor Christophe. ¡Nos irán de perlas! —exclamó la mujer sin hacer comedia. Recogió de la mesa el puñado de billetes y los hizo desaparecer dentro del bolsillo de su guardapolvo—. Servirán para saldar deudas con los campesinos españoles, ellos son siempre los últimos en cobrar.

Él aprovechó el buen humor de la directora para abrir el último cajoncito de los asuntos que había previsto tratar con ella. A la espera de que le diese una respuesta sobre nuevas admisiones, le preguntó si había previsto alguna solución para los mayores de la colonia. Los que tenían más de dieciséis años eran a los que perseguían los gendarmes y, por lo tanto, corrían más peligro que los pequeños. También insinuó que la huida a Suiza podría ser una solución. Contratando un guía, claro está. La mujer lo rechazó con contundencia:

—¡En Suiza, ni pensarlo! A la mayoría de los fugitivos que logran pasar la frontera los devuelven a los alemanes. ¿Sabe qué dicen nuestros políticos? Que Suiza es una barca muy pequeña y que, si dejamos subir a todo el mundo, nos hundiremos. Y la mayoría de los suizos se lo ha creído. Así que, si algún náufrago supera las alambradas de los alemanes y llega nadando a la barquichuela, lo arrojan de nuevo al mar, un mar plagado de tiburones de cabeza cuadrada.

Ya se habían levantado de la mesa cuando llegó el pequeño Jules, acalorado, resoplando por la carrera, orgulloso delante de sus amiguitos de ser el protegido del *colporteur* Christophe, un

señor rico y cargado de cosas bonitas. El niño le preguntó por su hermana, como Samuel se había temido:

—¡Qué burra fue! —exclamó dirigiéndose a sus compañeros, que miraban la caja embelesados, más pendientes de los tesoros que había allí dentro que de la conversación—. Yo le dije: «¡Corre, Hena, ven hacia aquí! Entiérrate en el carbón como yo». Pero ella no me hizo caso. No quería ensuciarse el vestido. ¡Le está bien empleado, por presumida!

Samuel cenó y durmió en la masía de los españoles. A la mañana siguiente, la nueva directora le comunicó que ella y el equipo de monitores estaban dispuestos a acoger a nuevos niños en la colonia con la condición de que fuesen menores de dieciséis años. El día que los gendarmes regresasen deberían esconderse todos, chicos y chicas, y en el escondite de la capilla ya no cabían más. Él agradeció su coraje y, poco después, abandonaba Artiga por una senda desconocida. Philippe lo guio por un camino costanero, poco practicable y perdidizo, que solo conocían sus compañeros de habitación y el payés Enric, que lo había ingeniado.

—¿Quieres decir que vamos bien? —refunfuñaba cada vez que una zarza les cerraba el paso o debían remontar una cuesta demasiado empinada. No lo vio nada claro hasta al cabo de mucho rato, cuando desde un calvero del bosque vislumbraron la punta del campanario de Sent Gironç. Entonces le reconoció el mérito—. Me gusta este camino. No se lo enseñes a nadie más, Philippe.

El niño reclamó su paga:

—¡Vamos, no seas rata! Déjame elegir una cosa.

El *colporteur* miró complacido a aquella criatura arisca que al día siguiente de la tragedia había aparecido en la cabina de su camión custodiando la maleta del tesoro de su familia y, días después, en Tolosa, lo rescataba del puente de la muerte. Si no hubiese sido por él, su vida habría tomado otros caminos que pintaban ser aún más escarpados, enzarzados y sin salida. Y he aquí como tres años más tarde el niño le mostraba un nuevo un camino por donde seguir adelante sin temor a que los alemanes lo alcanzaran. Quiso mostrarse generoso:

—Elige lo que quieras —dijo sin descargarse la caja.

«Es capaz de querer una de las joyas», recelaba mientras sentía a la espalda cómo registraba los cajoncitos. La directora le había insinuado que tenía una novia y debía de querer hacerle un regalo espléndido. Pero Philippe escogió un frasco de crecepelo.

Quince días más tarde, el *colporteur* Christophe Leroy obtenía la licencia para viajar a Tolosa con el beneplácito de la gendarmería y de su amo, a quien había pedido esa salida con la excusa de devolver las joyas al proveedor. Lo atendió el empleado de pelo blanco. Samuel lo puso al corriente de todas las contingencias de los últimos tres meses. El enlace con la Armée Juive aprobó el cambio de alojamiento de los niños: el orfanato suizo de Artiga era, sin duda, un refugio más seguro que las masías. Y le dio una serie de recomendaciones:

—Debemos seguir con la tapadera de las joyas. No podemos cambiar de género. Si yo tuviese una carnicería, tendrías que vender chorizos y jamones, pero es lo que tenemos. Quédate las joyas que ya tienes y llévalas siempre encima, por si acaso. Si Sentenac te las ve, le dices que el proveedor no las ha querido. A los suizos de la colonia les pagas lo que te pidan. Ya echaremos cuentas contigo más tarde. Ve con cuidado con los cabezas cuadradas, que ahora te tienen fichado y te vigilarán. Cuando haya que ir a buscar al niño, envía a la colaboradora nueva de la que me has hablado. Te haré un calendario de entregas como la otra vez. ¿Quieres que te dejemos los pedidos en el lugar de siempre?

Él había buscado otro mejor:

—A partir de ahora, quedemos en la iglesia de Sent Valièr. Está en lo alto del pueblo, cerca de donde parte el camino secreto que sube a la colonia de los suizos.

—¿Delante de una iglesia? —se extrañó el joyero—. ¿Quieres decir que es un lugar seguro?

—Es una iglesia vieja, ya no se celebran misas en ella. El lugar es discreto y tan adecuado para el camión como el monumento a los Caídos.

Desde el primer viaje Samuel comprobó que el cambio de lugar de acogida de los niños y el posterior alojamiento en Artiga era un procedimiento más seguro y que le ahorraría muchos pasos

y quebraderos de cabeza. No era necesario acompañar al niño al piso, tenerlo encerrado unos días a la espera de encontrarle alojamiento y, a continuación, buscar un vehículo para trasladarlo a la granja de acogida. También le facilitaba el trabajo de controlar a los niños alojados y de liquidar mensualmente los gastos. Además, disponía del apoyo voluntarioso de Lucienne. Iban los dos a la cita de Sent Valièr, por separado, y, si en el momento de llegar el camión había moros en la costa o veían individuos sospechosos por los alrededores, ella abrazaba efusivamente a la criatura, como si fuera su madre, se la llevaba hacia casa y aplazaban su traslado al día siguiente. También debían aplazarlo si llovía o hacía mal tiempo, o en el caso de que el niño o la niña llegase sin ropa ni equipaje debido a la urgencia con la que lo habían tenido que facturar a Tolosa. Durante los meses de verano y de otoño del 43, entre los dos alojaron en la colonia suiza la cantidad de veintiún niños.

A Artiga tenía que ir siempre él porque el camino era largo y en pendiente, y si el niño no podía más, debía llevarlo a hombros. Como a menudo tenía que volver el mismo día a casa porque por la mañana le llegaba otra joya, en el viaje de regreso le sorprendía la noche. Con todo, el hombre no se daba prisa. En el primer calvero del bosque levantaba los ojos al cielo estrellado y se daba ánimos con aquella promesa bíblica que reza: «Cuenta las estrellas si es que puedes contarlas. Pues así será tu descendencia». Quedaba mucho camino, sin embargo, antes de llegar a casa. En un momento u otro del trayecto se topaba dentro del bosque con los fantasmas de su hijo perdido antes de nacer y de su hija Ruth, calcinada por una bomba. El sol y la luna, las dos estrellas que en realidad podrían iluminarlo, se le habían apagado para siempre.

25

PHILIPPE, RACHEL

Después de la cena se va directo a su habitación. Hoy no se queda en el patio para agotar con sus compañeros los últimos momentos de recreo. Calcula que Levy, el primero que suele ir a la habitación para musitar sus plegarias, tardará media hora como mínimo. Busca dentro del armario la cajita cerrada con llave que le pidió a Samuel para evitar que Helmut curiosee sus cosas y extrae de ella un espejito de mano y el frasco de la pomada. Levanta los objetos, los pone encima de la colcha de la litera de arriba y sube por la barra de hierro. El techo bajo, con apenas dos palmos encima de su cabeza, lo obliga a encorvarse e ir con cuidado de que no se produzca ningún estropicio. Se da la vuelta con movimientos de reptil hasta que logra arrodillarse encima del colchón y tira de los pantalones y calzoncillos piernas abajo. Desenrosca la tapa del frasco, se unta la punta de los dedos de una pasta oscura y se da friegas con ella en la entrepierna, con fricciones frenéticas para que el remedio mágico le penetre en la piel. Pronto el roce de los dedos, añadido al calorcito del ungüento y a la inquietud de que de un momento a otro pueda entrar uno de sus compañeros, le despiertan el sexo. Entonces se apresura a subirse los pantalones, se desnuda de cintura para arriba y se aplica la loción en el pecho y en los sobacos.

Para vigorizar la piel de la parte del cuerpo más delicada y también de remedio más urgente necesita el espejo. Una inspección rápida en las mejillas le muestra que, después de unas cuantas sesiones, ni el vello se ha fortalecido ni los pelos del bigote se han

vuelto mucho más espesos. Sin dejar el espejo, se unta ligeramente las sienes. A continuación, cierra la boca apretando los dientes, moja en el frasco las puntas del índice y el pulgar, y se fricciona el bigote con movimientos de pinza, con los que pretende juntar los dos picos cortados del labio superior. Y da por buena la operación. Recoge los utensilios, baja de la litera y los guarda en el armario.

Echado bocarriba, le gusta creer que la comezón que siente demuestra que el remedio va haciendo su trabajo por dentro y que pronto será un chico peludo como sus compañeros. Tendrá más pelo que el esmirriado de Levy, que un día le dijo que no podrá ser nunca como ellos y que el corte del labio se lo tendrían que haber hecho en la piel de la polla. Samuel no quiere de ninguna manera que se haga judío. El último día que subió le recordó que, si vuelven los gendarmes, él no se tiene que esconder por nada del mundo. «Puedes estar tranquilo, que a ti no te detendrán —le dijo —. En cambio, si te encuentran en el escondite de la capilla, te enviarán a un campo de trabajo.» «¿Y qué si me envían? Seguro que aquello será más divertido que en la colonia.»

«Qué raro que no vengan los demás», piensa al cabo de un rato. Le parece oír un murmullo de voces en el patio, así que se baja de la litera, se asoma por la puerta y los ve a los tres sentados en los bancos del patio hablando en voz queda con Mirla. Algo deben de estar tramando. Helmut lleva días diciendo que los chicos mayores deben huir a España, que Enric conoce el camino y un paso secreto por la frontera. A él no deben de querer decírselo... «Ya ha oscurecido y no me lo notarán, no es preciso que me seque la cara», piensa mientras se ata las alpargatas. Pero no se fía y, antes de salir, se pasa la mano por el bigote y las sienes.

Mirla es la primera que lo ve acercarse:

—¿Qué hacías solo ahí dentro, Philippe?

—¡Haciéndose una paja! —salta Helmut—. ¡Te volverás ciego, Liebre!

Él no lo niega, le conviene que crean que hace como ellos. Se sienta dispuesto a escuchar la conversación, que podrá entender perfectamente porque estando Mirla deben hablar todos en francés.

La mujer sonríe y se dirige a Helmut:

—No digas disparates.

En esa ocasión, Daniel sale en defensa de su rival:

—No son disparates, señorita. Son cosas que nos pasan a los chicos. Usted nos dijo el primer día que es una persona abierta a todos nuestros problemas.

—Tienes razón, Daniel. Os lo dije y os lo repito.

—Pues yo ahora quiero hacerle una pregunta. Eso de tocarnos..., usted ya me entiende..., ¿usted cree que es bueno o es malo para nuestra salud?

La mujer deja de sonreír desconcertada por una pregunta que nunca le ha planteado nadie. Mientras se lo piensa, interviene el hijo del rabino:

—El semen es un tesoro de Yavé. Debes reservarlo para cuando te cases. Expulsarlo es pecado.

—¿Quién te ha dicho eso? —interviene Daniel—. ¿El ángel que llevas dentro? Pues yo, qué quieres que te diga, estos pecados no me los creo.

Levy contraataca:

—A ti te satisface Rachel. Y eso aún es peor. Doble pecado, para ti y para ella.

Finalmente, Mirla contesta a la pregunta de Daniel:

—Yo tampoco creo que sea pecado, pero pienso que debéis conteneros, que es bueno para la salud del cuerpo y del espíritu. De alguna manera podríamos decir que va contra la naturaleza. Y la prueba es que los animales no lo hacen.

—¡Los monos ya lo creo que se la pelan! —grita Helmut—. ¡Un día lo vi en el zoológico!

Daniel lo ignora, como si no hubiese dicho nada, y se dirige a la directora:

—No me convence nada su argumento. Nosotros no somos animales. Nosotros tenemos inteligencia y los animales no. Por lo tanto, debemos hacer cosas diferentes.

—¡Por eso mismo! —responde la mujer—. El espíritu se educa controlando las satisfacciones que os pide el cuerpo. Tenéis que aprender a controlar los vicios. ¿Creéis que no os entiendo? Ya sé que, a vuestra edad, los chicos tenéis que hacer un gran esfuerzo

para dominaros.

Daniel insiste:

—¿Quiere decir que todos debemos hacer el mismo esfuerzo?

—¡Por supuesto que sí! ¡De eso no tengo ninguna duda! Tanto si sois de piel blanca como de piel negra. Franceses o alemanes. Cristianos o judíos.

El hijo del relojero Grüpner no piensa lo mismo:

—Yo estoy seguro de que en eso los judíos somos diferentes. Quiero decir los que estamos circuncidados, ya me entiende. La ropa nos roza la parte interior, que es la más sensible, y nos excitamos con más facilidad. A veces caminando nos podemos correr, por eso a los judíos nos cuesta más contenernos que a los cristianos. Debemos esforzarnos mucho más. Usted no se lo cree, ¿no es cierto?

La mujer admite que no había pensado en ese inconveniente de los judíos.

—Nosotros somos diferentes —corrobora Levy. Y se gira hacia Philippe—. Enséñale la polla, Liebre. Ya verá qué pingajo le cuelga en la punta.

«Ahora me verán la pomada», se alarma Philippe mientras nota que el calor de la sangre le sofoca la cara. Por suerte, Daniel sale en su defensa atacando al hijo del rabino:

—¡La tuya tienes que enseñar! ¡Somos nosotros los diferentes, no él!

Mirla, visiblemente incómoda, cree que ya basta y encarrila el debate por caminos que ella controla:

—Philippe, ¿sabes de qué hablábamos cuando has llegado? Les decía que mañana comienza el otoño y lo celebraremos con una salida al bosque. Iréis a ver árboles frutales abandonados, así los conoceremos, y probaremos sus frutos cogidos directamente de los árboles. Daniel sabe dónde están y nos hará de guía.

—¡Podrías hablar más claro! —salta Helmut. Como es el mayor de la colonia, piensa que tiene derecho a tutearla. A ella y a los maestros—. Los niños pasan hambre y se han de hartar.

—Claro, como cada día llegan nuevos... —dice Levy.

Philippe, que no ha abierto la boca en todo el rato, se anima

finalmente a intervenir:

—A mí me gusta mucho subir a los árboles. —Carraspea para aclararse la voz, que le ha salido demasiado ronca—. Una vez trepé hasta la copa de un árbol en el que había un nido. ¿A que sí, Daniel?

A la mañana siguiente, Philippe no se separa de Daniel. Después de desayunar bajan los dos al barranco del molino a cortar palos muy largos de avellano y, de regreso, van al taller de Enric a elegir alguna herramienta que sirva para cortar zarzas. A primera hora de la tarde todos los niños de la colonia están concentrados en el patio. Ellos dos y sus compañeros de habitación, los cuatro equipados con bastones de dos metros y una herramienta para cortar zarzas, se ponen al frente y guían la expedición hasta un extremo de la finca donde acaban los cultivos y aún no ha comenzado el bosque. La frontera entre la tierra cultivada y el bosque, lo llama Daniel. Se trata de una zona de bancales estrechos y escalonados que antiguamente se cultivaban y donde sobreviven, en medio del matorral, árboles frutales dejados de la mano de Dios y de los campesinos españoles. El guía señala con el bastón un árbol enorme de hojas verdes y amarillas, y un tronco de color gris como el pelo de Mirla. Se vuelve hacia la comitiva y proclama el nombre del árbol: ¡un nogal!

Bajo sus ramas se aprecian muchas cáscaras de nueces que, según Daniel, se han comido los jabalíes. Mientras sus compañeros se quedan en el suelo cortando las zarzas y batiendo las ramas más bajas, él se encarama al tronco para hacer caer los frutos más altos, los de la copa. Pronto se percata de que las nueces están en el extremo de las ramas y su bastón es demasiado corto para alcanzarlas. Desde allí arriba observa al grupo de los pequeños que, agachados por el suelo, rompen nueces a golpe de piedra y se zampan su carne. ¿Y dónde estará Carmen? La localiza al borde del tronco peleándose con un niño más pequeño que le coge las nueces. Sin pensárselo dos veces, se descuelga del tronco, recoge un puñado de nueces de bajada y, una vez que está de pie en el suelo, las casca y se mete los frutos en el bolsillo. Se acerca a su amiga y le ofrece un puñado:

—Carmen, mira lo que tengo.

La niña, que por culpa del chaval aún no ha podido probarlas, coge impaciente aquellos cerebritos dorados y se los mete todos en la boca. Pero no puede masticarlos y se atraganta.

—¡Escupe! —le dice Philippe colocando una mano vacía debajo de la boca de la niña.

Escupe un puñado y sigue masticando; pronto se vuelve a atragantar y rompe a toser. Al cabo de nada llega su hermana alarmada por la tos de la pequeña:

—¡No le des más, Philippe! ¿No ves que van a sentarle mal? Las nueces son difíciles de digerir.

Él se retira sin decir nada: con aquella mujerona que lo controla todo, no tiene nada que hacer. Unos pocos metros más allá, se mete en la boca el puñado de nueces tibias y ensalivadas, las mastica bien con sus dientes torcidos y, pese al paladar de goma, las encuentra tan sabrosas que se le convierten en una pasta en la boca antes de engullirlas.

Rachel se queda sola con sus buenos consejos y una talega vacía en las manos. Su hermana se ha alejado de su lado para reunirse con un grupo de las niñas de su clase que machacan las nueces golpeándolas con una piedra y comen como limas. Al ver que no le hacen caso, se acerca a Charles y le advierte del peligro de indigestión que corren los más glotones. Además, le recuerda que han ido a recoger frutos para llevárselos, que al día siguiente también tendrán que merendar y que el invierno será largo. El maestro da palmadas, grita órdenes con la poca autoridad de la que es capaz y que solo ella y la monitora de los pequeños escuchan:

—¡Podéis comer cinco nueces cada uno! ¡Las otras metedlas en los sacos! —Acto seguido, les anuncia que los chicos más mayores irán al bosque a recoger frutas silvestres. Los otros no pueden ir porque está muy lejos, no hay camino y el terreno está lleno de pinchos—. Quedaos aquí y recoged todas las nueces del suelo.

Los peligros mencionados por el maestro animan todavía más a la clase de los pequeños, que abandonan el nogal sacudido y

siguen al grupo de los mayores, que han emprendido la cuesta armados con bastones y el gancho de hierro que corta zarzas. Rachel intenta de nuevo detener a su hermana, que enseguida protesta:

—¡Déjame en paz! ¡Van todos, tata! ¡Hay árboles que dan manzanas dulces!

Se lo ha dicho Liebre, cómo no. El desgraciado de la boca que todo el día la persigue con regalos que le manga a escondidas al *colporteur*. Ella lo sabe porque se lo confesó Daniel, que también se aprovecha y le saca material para escribir. Charles se ha escapado con los chicos con la excusa de que tiene que vigilarlos, pero los chicos lo siguen y él finge que no los ve, como si no les hubiese dicho nada. Cualquier día se mearán en sus morros.

Su amiga Alice le recuerda que deberían ir a casa, que les toca queso. Desde la huida de Angela, ellas dos han terminado cargándose con todo el trabajo de elaborar el queso. Enric, que les echa una mano ordeñando las vacas y acarreando la leche, desaparece de vez en cuando. Y Daniel se escapa tanto como puede con la excusa de que tiene que ayudar a Ramon o de que necesita tiempo para escribir. Pues ella también necesitaría tiempo para practicar con el clarinete y tiene que dejarlo. Daniel solo la quiere cuando está caliente y se la lleva al molino. Y Angela, ¿por qué no le escribe? Ya hace más de cuatro meses que está en Suiza. Mirla supone que los alemanes requisan la correspondencia, que incluso controlan el correo privado de la Cruz Roja. Tiene razón Charles cuando dice que el invierno que se acerca será muy duro y que, si la guerra dura mucho, cada tarde deberán salir a pacer por el bosque como los animales salvajes.

Bajando por el sendero que bordea los campos de cultivo, las operarias del queso, de la cocina y de mil labores más ven llegar a la cerca la camioneta blanca de la Cruz Roja. Mirla ya vuelve de Tolosa. No les hace ninguna gracia, porque como la mujer no encontrará a nadie, ellas tendrán que descargar el género de la caja del camión. ¡Como si no tuviesen ya bastante trabajo esta tarde! Su temor se desvanece tan pronto como llegan al patio y la directora les comunica malhumorada que las provisiones de Suiza no han

llegado a la delegación de Tolosa.

—Sin leche en polvo ni latas de carne, las pasaremos moradas —se lamenta la mujer, y añade—: Rachel, tienes carta de tus padres.

No se puede hablar mal del día hasta que no se ha hecho de noche, se alegra Rachel. El sobre, abierto y que parece haber pasado por muchas manos, no procede de Salónica como las dos últimas cartas, sino de Alemania, de una población llamada Bergen-Belsen. Solo hay una carta de su padre, de siete u ocho líneas escritas a lápiz. Dice que los han trasladado a un campo de trabajo, pero que no se preocupen, que se encuentran bien. Les repite que como sefardíes tienen la nacionalidad española, que pronto irán a España y desde allí se pondrán en contacto con ellas. Y nada más. Como si les enviase un telegrama. Es muy extraño, quizá Mirla le pueda aclarar algo. Tiene que ir a hablar con ella hoy mismo, antes de que Carmen vea la carta.

La directora irrumpe por sorpresa en la cocina cuando ellas se disponen a escurrir la cuajada. Con aire jovial, exclama:

—¡Vengo a ayudaros, chicas —Se remanga la blusa y, después de lavarse las manos en el fregadero, se ata a la cabeza un pañuelo que le oculta los mechones de pelo. A continuación, llena de leche cuajada el recipiente de la quesera, se inclina sobre esta y va apretando la pasta tibia con las palmas de las manos. Con movimientos suaves, como si acunase a un bebé:

—¡Qué gusto da! Es el trabajo más viejo del mundo.

Rachel aprovecha que su compañera se ha retirado un momento de la cocina para recordarle el asunto de la carta:

—¡Qué raro que no nos haya escrito nuestra madre!

La directora le da su opinión:

—Quizá la policía ha requisado la carta porque decía algo que no les ha gustado. Deben de trabajar en una fábrica de armamento y no quieren que se sepa. Me han dicho los compañeros de Tolosa que es cierto lo que te dice tu padre, que a los judíos sefardíes los tratan mejor. La prueba es que les dejan mandar cartas. Claro, como el Gobierno de España es aliado de Hitler...

—¿Usted cree que los dejarán ir a España?

—Nadie sabe lo que los nazis hacen o dejan de hacer en los campos de trabajo. Dicen que los peores campos, los más severos para los prisioneros, están en Polonia y en los países ocupados del este. En cambio, tus padres están en el norte de Alemania. Han tenido suerte, Rachel. No te preocupes por ellos. Ber-gen-bel-sen —musita la mujer separando las sílabas mientras acaricia una pasta cada vez más dura—. ¡Menuda maravilla! Transformar la leche en un alimento sólido y gustoso que puede guardarse todo el tiempo que quieras. Hacer queso es el trabajo más viejo del mundo.

26

HELMUT, LEVY

Pasado el temporal de viento y de lluvia de estos días de mediados de octubre, hay que revisar el estado de la muralla, decide Helmut al salir de la letrina. De manera más o menos consciente, el chico intuye que no es una necesidad urgente, sino que se trata de matar las pocas horas de luz que quedan de la tarde. Se aleja hacia uno de los extremos de la cerca siguiendo la alambrada y comprobando que los troncos siguen rectos y firmes en el suelo. Poco antes de llegar a la puerta de la pista oye un chillido que lo reclama desde los campos de cultivo. Es Daniel, el lacayo de los españoles:

—¡Ven! ¡Ramon quiere verte!

«¡Qué cojones querrá el payés!», protesta para sus adentros. Si lo llama, será para que lo ayude en algún trabajo pesado. Cortar un árbol, arrancar una roca, algo así. Cuando se trata de fuerza, con el comeletras de Daniel no puede contar:

—¿Qué quiere?

—Ya lo verás. Vamos.

Lo sigue por los campos bordeando un haza de cañas muertas de maíz, algunas tumbadas por el viento y por el peso de los frutos a punto de ser cosechados. El labriego los espera en el extremo que linda con el bosque, en una zona donde las plantas de panizo han desaparecido y la tierra fangosa es un montón de hojarasca, cañas secas y panochas medio corroídas. Ramon le comenta:

—El jabalí no ha dormido esta noche. Ya lo ves. Antes no se acercaba. Se quedaba más lejos, en los campos abandonados. Pero los suizos os comisteis sus nueces. Tendría que quejarme a la

directora.

«Qué te apuestas a que el payés me necesita para matar una fiera», se anima Helmut. ¡A bodas me convidas, español! Y se ofrece antes de que el otro añada algo más:

—No le digas nada a Mirla. ¡Yo te lo soluciono! —Duda unos segundos si pedirle directamente el fusil que tienen en la casa. Enric le dijo que se lo llevaba al maquis—. Dame un fusil y te lo demuestro. Voy por la noche a espiarlo y le pego un tiro.

El español niega tener en casa ningún arma de fuego, y aunque la tuviese no podría utilizarla porque los tiros resonarían por todos los pueblos del Solan y alertarían a los gendarmes. Además, hay maquis por los bosques de aquí arriba. El hombre, sin embargo, dispone de un lazo corredizo, una forma más silenciosa y efectiva. El animal queda atrapado y cuantos más tirones dé para liberarse, más sujeto quedará. Entonces el problema está en acercarse a él y matarlo con una herramienta de corte. Tanto él como su hermano lo han hecho, y más de una vez. Y le pregunta sin tapujos:

—¿Serías capaz de matar un jabalí atado?

—Atado y sin atar —dice Helmut.

—Pues venid.

Van detrás del payés, que camina encorvado en dirección al bosque siguiendo un rastro de matorrales aplastados, pisadas encima de la tierra fangosa y algún hoyo de vez en cuando abierto al borde del camino. Treinta pasos más adelante, ya en el interior del bosque, se detiene para observar la rama de un árbol que ha de apartar para abrirse paso. Sacude la rama con la mano y decide: «¡Aquí!». El sendero es estrecho, o sea, que el animal tiene que pasar por ahí forzosamente, y la rama es de roble y lo bastante gruesa como para resistir sus tirones. Del bolsillo de la chaqueta extrae un carrete de soga delgada que desenrolla poco a poco, pinzando el hilo con la punta de los dedos como si manipulase un artefacto delicado. Helmut no pierde detalle de la operación.

Unas pisadas que se acercan hacen que los cazadores furtivos levanten los ojos de la trampa. Es Liebre, el desgraciado que se pasa todo el día siguiéndolo como si fuera su sombra. Él le suelta

una andanada de gritos, que se largue enseguida, pero el chaval sigue acercándose con pasos cortos mostrándole algo pequeño que lleva en la mano, resoplando con ronquidos que no entiende hasta que llega:

—Te traigo un sobre de hojas de afeitar.

Es listo, el hijo de puta. Viendo que a Ramon no le molesta mucho la llegada del intruso, se mete el sobre minúsculo en el bolsillo y le hace jurar que no se lo dirá a nadie. El payés termina de preparar el cable de la trampa, después pela una panocha y la deja de cebo al lado del alambre. Aunque comienza a anochecer, de regreso a casa, el hombre los conduce por el camino más escondido de la parte del bosque.

Ya en el taller de Enric, buscan entre las herramientas de corte las armas más apropiadas para rematar a jabalíes atrapados en un lazo. Escogen tres: el hacha de astillar leña, la horca de púas de hierro y un podón de mango largo que se emplea para cortar zarzas, el mismo del día que llevaron a los niños a recoger fruta en el bosque. Están pasando la piedra afiladora por los hierros de corte cuando de repente aparece Levy. El español suelta una blasfemia en su lengua:

—*Mecàgon lo cap de Déu!* ¡Éramos pocos y parió la abuela!

Helmut sale en defensa de su compañero de litera:

—Es de fiar, Ramon. Este no dirá nada. Te lo juro por el sagrado tabernáculo.

El payés no rechaza de entrada al recién llegado. Se dirige a Helmut como principal responsable para recordarle que solo disponen de tres armas y no quiere curiosos en la cacería, así pues, que elija él mismo a los dos que deben acompañarlos y que a las nueve en punto estén aquí. El jabalí suele ser puntual.

En cuanto el labriego abandona el taller, Daniel renuncia a la cacería con la excusa de que no hay armas para todos. «Más cagado que una gallina», piensa Helmut. Si en lugar de armas se hubiesen tenido que repartir azadas o plumas de escribir, no se habría retirado con tanta facilidad. Con todo, las armas domésticas que el payés les ha mostrado no lo acaban de convencer; las encuentra poco eficientes para un ataque como él prevé. Tienen un

hierro contundente para cortar, en especial para decapitar, cinco puntas torcidas para clavar y un corte curvado, como un hocino, que no sabe muy bien para qué podrá servir:

—Necesitamos un hierro de heridas hondas —musita en voz alta mientras observa los bastones con los que han vareado los árboles para hacer caer los frutos—. Una bayoneta, eso es lo que necesitan. En los asaltos cuerpo a cuerpo es imprescindible. —Se gira de cara a Liebre, que todo el rato lo mira con ojos suplicantes, y grita en alemán:

—¡Soldado Philippe Deuxjuillet! ¿Quieres formar parte de nuestra patrulla?

El niño se cuadra, hace el saludo militar y sopla con fuerza:

—¡A sus órdenes, mi capitán Bachenheimer!

—Pues ve a la cocina y birla un cuchillo, el más largo que encuentres. Un palmo de hoja como mínimo. A las nueve menos cuarto te quiero aquí. Ah, y trae también un puñado de carbón.

Ahora el capitán Helmut desconfía de la fidelidad de Levy. Sospecha que cuando sepa que el animal es impuro, renunciará alegando un impedimento religioso. En cuanto Liebre sale disparado a cumplir las órdenes, los llama a capítulo:

—¡Soldado Levy Keller!

—¡A sus órdenes, mi capitán!

—Te comunico que hemos de matar a un jabalí. ¿Puedo confiar en ti?

Él responde con convicción:

—Puedes confiar, capitán Bachenheimer. La Torá no prohíbe la caza del jabalí.

A pesar de las apariencias, el hijo del rabino no lo tiene claro. A la salida del taller se va escopeteado a la habitación a consultar sus libros sagrados. Comprueba que, efectivamente, a pesar de que Yavé sienta más simpatía por los pastores que por los cazadores, la Torá en ningún momento prohíbe la caza con la condición de que se mate por necesidad, que no se haga sufrir al animal y que la sangre se entierre. La cuestión es saber si al jabalí se le considera, o bien un cerdo salvaje, o bien otra clase de animal. Y lo tiene que resolver él solo; su padre está lejos, no tiene tiempo ahora para

consultárselo por carta. Comprueba que el libro sagrado, en la relación de animales impuros, menciona entre otros el cerdo de corral, pero del jabalí no dice nada. Por lo tanto, determina el joven aspirante a rabino, el jabalí es un animal tan puro como un pichón.

A las nueve menos cuarto de la noche se dirige a la cita del taller de armas, donde encuentra a sus compañeros preparándose para el combate, ocupados en el montaje de la bayoneta doméstica: un cuchillo largo de cortar carne atado con un alambre a la punta de un bastón. Terminada el arma, Helmut ordena que se embadurnen de carbón las manos y la cara; así pasarán inadvertidos en la oscuridad de la noche. Ramon llega puntual mordiendo una manzana. Al verlos, exclama:

—¡La puta de oros, niños! ¡Parecéis el ejército de Pancho Villa!

Guiados por él, abandonan el taller en dirección al bosque, uno detrás de otro, cada cual con su arma. A Levy le ha tocado empuñar el podón y tiene que caminar en tercer lugar de la fila. Se consuela al oír siguiéndole los talones los pasos de Liebre, muy satisfecho con su arma de juguete, que se desmontará al primer pinchazo. Bien pensado, sin embargo, su lugar es muy seguro, porque en caso de que el jabalí los ataque por detrás, él no sería el primero en recibir. Atención, el guía se ha parado, pide silencio y murmura:

—¿Lo oís? ¡Ya podemos correr!

Conforme avanzan, oyen cada vez más claros los gruñidos y ronquidos del animal en medio de un ruido de ramas. El guía cuchichea:

—La jabalina con los jabatos. No nos podemos arriesgar a atacarla de frente. Vamos por la parte de arriba. Seguidme.

Lo siguen unos pasos cuesta arriba y unos cuantos más flanqueando la pendiente. Desde allí entrevén una sombra oscura agitándose entre el ramaje y otras más pequeñas revoloteando a su alrededor. Las brasas de los ojos son lo único que se distingue de los animales. La fiera también los ha visto y ahora sus tirones son más fuertes; los gruñidos, terroríficos. El payés le da indicaciones

precisas a Helmut:

—Primero la jabalina. Sobre todo no le toques ningún jabato, que se pondrá como un demonio. Clávale las púas en los ojos. —Se vuelve hacia Levy y Liebre señalándoles algo con el mango del hacha—. ¿Veis aquel árbol, niños? Id hacia él, corred. Si la jabalina se desata, ¡subíos a él!

Levy no piensa moverse; si la fiera le ataca, sabrá defenderse. Desde allí observa cómo Helmut avanza con pasos cortos, ligeramente encorvado, con los ojos concentrados en el animal, y lleva en las manos la horca de hierro en posición de ataque. A cada paso que da, el animal sacude más fuerte la rama, gruñe mostrando unos colmillos torcidos y blanquísimos, aparta a golpes de morro a los jabatos que intentan buscar refugio junto a ella. Como si les dijese «fuera de aquí, huid bien lejos, que me han hecho prisionera y no os puedo proteger». Los aparta con tanta furia que uno de los lechones va a caer a los pies de Helmut. Tiene el pelo pardo, con rayas de color más claro que van desde el morro hasta las patas. Helmut hace el ademán de clavarle la horca, aunque enseguida cambia de idea y se lo saca de delante de una patada que lo hace huir chillando hacia sus hermanos. Y continúa sin parar hacia su madre. Apunta a la cabeza, pero en el momento de lanzar el golpe, la fiera se escabulle a un lado y la horca se le clava en la barriga, tan firme que el chico no la puede arrancar. El animal reacciona dando un tirón colosal que arranca la rama del árbol y rueda pendiente abajo hecha un revoltijo de ramas, hojarasca y el mango de la horca. Helmut la persigue mientras grita a Ramon que le arroje el hacha.

Los tres corren cuesta abajo y, cuando llegan donde Helmut, este ya le ha cortado la cabeza con el hacha. Al ver que aun sin cabeza se sigue moviendo, Levy la golpea con el podón mientras Liebre le pincha la piel con la bayoneta de cocina. Hasta que el payés les manda parar:

—¡Ya está muerta, niños! ¡Basta ya! Que estropearéis la carne! ¡Bajad allí! Deprisa, a ver si podéis cazar un jabato.

Helmut y Liebre corren pendiente abajo hacia donde se oyen chillidos y roce de ramas. Él prefiere quedarse para ayudar al

payés a desenredar el revoltijo. Una vez aflojada la soga y retiradas las ramas, aparece un gran animal peludo, de pelaje áspero, oscuro y espeso, que no se parece en nada a los cerdos pelones que la Torá considera impuros.

—Pesa más de ochenta kilos —valora Ramon—. Necesitaremos una barra muy gruesa para transportarlo.

Mientras el hombre se aleja con el hacha para cortar el tronco, él rompe un palo pequeño con el que intenta enterrar la sangre que ve por el suelo. Poco después, los perseguidores de los lechones vuelven con las manos vacías. Dicen que los pequeños se han escondido entre los matorrales, que no podían estar muy lejos, pero como no se movían ni hacían ruido y son del color de la tierra, no han conseguido verlos.

Media hora más tarde los cazadores furtivos emprenden la vuelta a casa orgullosos de la pieza abatida: nada menos que el animal más grande del bosque. Levy tiene el privilegio de abrir la marcha con la cabeza del jabalí clavada en las púas de la horca de hierro; Liebre, pisándole los talones, lleva las restantes armas, y, finalmente, Helmut y el payés transportan el animal colgado de una barra con las patas hacia arriba. Desde lejos ven que la bombilla de la pared exterior de la masía está prendida y se ve gente. Ramon refunfuña por si sus compañeros los han descubierto; en cambio, a ellos les parece bien. Maestros y compañeros se quedarán pasmados ante el feroz animal que han cazado. Y por lo que respecta al sermoncito que les soltará Mirla, por una oreja les entrará y por la otra les saldrá.

En efecto, delante de la fachada de la masía los espera la colonia en pleno. Excepto los más pequeños de la casa, todos los demás han salido a recibir a los héroes que vuelven del bosque con el cadáver del monstruo peludo que arrasaba los campos de los españoles. Mirla no sabe qué cara poner ante sus chicos, embadurnados de carbón como un grupo de aborígenes de África, armados con lanzas y herramientas de corte, exhibiendo como un botín de guerra la cabeza del animal. Ramon se descarga la barra del hombro con un resoplido.

—Son muy valientes, señorita Margot. No los castigue. Yo soy

el responsable de todo.

—¡Pues mal hecho! —dice la mujer—. ¡Usted es un temerario! ¡Darles armas a los chicos! ¡Dónde se ha visto algo parecido! ¡Exponerlos a peligros delante de las fieras!

—¿Peligros, dice? Aquí no estamos en Suiza, señora. En Francia las fieras salvajes viven en las ciudades. Sus chicos corren más peligro dentro del convento que en el bosque.

La mujer baja los ojos al jabalí decapitado:

—¡Pobre bestia! ¡Cuánta crueldad, Dios mío!

El payés coge aire y dice en un tono de voz más amable:

—No tiene que darle lástima, mujer. El animal arruinaba nuestros cultivos. Digo los nuestros porque usted y sus niños también viven de ellos. ¿Y sabe por qué motivo lo hacía el animal? Porque se ha quedado sin comida para sus hijos. Antes se alimentaban de las nueces y de otros frutales abandonados, y se han quedado sin nada. Me entiende, ¿verdad?

La mujer lo entiende tan bien que no sabe qué responder. Ramon se da media vuelta y se dispone a desollar el animal rodeado de espectadores curiosos. Entretanto, Aurora se acerca a Mirla, que se ha quedado sola, y le canta las calidades nutritivas de la carne de jabalí. Quizá es un poco dura para la sartén o las parrillas, pero estofada como ella sabe cocinarla se derrite en la boca:

—Imagínese que el animal tiene la misma cantidad de carne que cincuenta conejos. Y no se corrompe, es como la carne de cerdo, que se aprovecha toda. Los jamones se conservan con sal y la carne magra se puede confitar. ¿No se quejaba usted de que los niños necesitaban más alimento y que no se encuentra carne? Pues ahora tiene alimento asegurado hasta por lo menos finales de año.

Levy, que ha oído la conversación, cree oportuno añadir a las calidades nutritivas expuestas un valor esencial:

—Aunque se parezca a un cerdo, no tiene nada que ver, señorita. El jabalí es un animal puro, y cuando lo hemos matado yo he enterrado su sangre. El ángel que habla en mí me dice que podemos comer su carne sin temor.

Mirla no le hace mucho caso. Se lo queda mirando un

momento como si tuviese la cabeza en otra parte y dice:

—Ve a lavarte la cara.

Antes de dirigirse hacia la cisterna del patio, se lo quiere consultar a Helmut. ¿Deben sacarse el camuflaje de la cara o se lo dejan hasta la hora de ir a dormir? Lo ve algo retirado, separado del grupo que rodea a Ramon y el cuerpo del animal, tramando algo con Liebre. El capitán ordena una tarea más urgente:

—Por ahora debemos esconder las armas. El hacha, la horca de hierro y la bayoneta. La otra no hace falta. Mañana por la tarde las meteremos dentro del agujero de la capilla. El día que regresen los cerdos del quepis azul les haremos lo mismo.

27

DANIEL

Sábado, 23 de octubre de 1943

No puedo contar más detalles de la cacería del jabalí porque a última hora dejé la patrulla. Poco después de entrar en mi habitación alguien llamó a la puerta con la yema de los dedos, como si teclease el piano. Era Mirla que venía para preguntarme dónde estaban mis compañeros. Más tarde supe que dos chavales de la clase de los medianos, de los nuevos que llegan con el *colporteur* por el camino del bosque, los habían visto marcharse con el payés español y se lo habían contado a la directora. A mí no me dio la gana de delatarlos. Los rumores de la escapada, que al principio habían corrido entre los pequeños, se habían transmitido también al grupo de los mayores, y el patio se había llenado de curiosos. Mirla y Charles fueron a casa de los españoles seguidos de todos los niños. Aurora los tranquilizó. Les dijo que los muchachos habían ido con su marido y que regresarían pronto. Mientras ellos estaban en la casa, los que nos habíamos quedado fuera oímos gruñidos de animal provenientes de la parte alta de los cultivos. Y allí nos quedamos todos, esperando a que regresaran.

Al verlos llegar, Mirla dio un chillido breve de consternación. Incluso yo, que conocía el trabajo sucio que habían ido a hacer, me quedé sorprendido de verlos con la cara negra de carbón y llevando la cabeza del animal clavada en lo alto de la horca. Mirla riñó a Ramon, pero al momento acudió Aurora. Le explicó que, en su pueblo, cuando una familia mataba un cerdo, lo celebraban; que

incluso invitaban a los amigos para compartir la carne. Y le pidió que nos dejase quedar un rato. Mientras tanto, los cazadores habían colgado al jabalí por las patas de detrás de un clavo en la pared de la capilla y Ramon empezó a despellejarlo. Mirla insistía en que no era un espectáculo apropiado. Ramon repetía que dejase que nos quedáramos, que el animal tenía por dentro lo mismo que tenemos nosotros. Y cortaba la bolsa de los intestinos, que desprendía un hedor caliente.

La mujer no sabía qué hacer. Al final dijo que el grupo de los mayores podíamos quedarnos, pero que los pequeños ni hablar, todos a acostarse. Ellos se rebotaron, entre otros motivos porque Joan, el hijo mayor de los españoles, era de su clase y ayudaba a su padre a despedazar al animal. A partir de entonces Mirla no abrió más el pico. Unos fueron a buscar los bancos del patio y los colocaron de cara a la pared de la capilla para ver cómo actuaba el carnicero. Otros llevaron brazadas de leña y, con la ayuda de Aurora, encendieron una hoguera. Ramon, enseñando un puñado de carne oscura que humeaba en la frescura de la noche, decía con su francés rasposo y chocante: «Chicos, esto es el hígado».

Después de ver y de oler, llegó la hora de probar la carne. Eran unos trozos de color granate que costaba masticar y olían a cerdo. Pero había hambre y Aurora no daba abasto con las parrillas. Mirla mandó traer un cántaro de agua, pero el vino de la garrafa de los españoles tenía más adeptos. Aurora decía: «Bebed, niños, que el vino mata los microbios del resfriado». Eran más de las dos de la madrugada cuando nos fuimos a la cama contentos y alegres, con el estómago lleno y las mejillas sonrosadas por el vino y por la satisfacción de ir a dormir cuatro horas más tarde de lo que tocaba.

Esta mañana Mirla ha venido a buscarme para ir a dar una vuelta. Cuando quiere endilgarte un sermoncito te saca a dar un paseo por los campos de alrededor. Antes que nada, quería saber por qué motivo yo no había ido a la cacería del jabalí. Le he respondido que solo había armas para cuatro cazadores, por eso me había quedado. Ella no se lo ha creído. Ha dicho: «Trabajas cada día con el señor Ramon, os entendéis muy bien y eres mayor

que Philippe y Levy». Yo no tenía ganas de darle más explicaciones. Cuatro pasos más tarde ha dicho: «Te comprendo, Daniel. Se jugaron la vida de forma muy temeraria, aunque fuesen cuatro. ¡Enfrentarse en medio del bosque y de noche a un animal tan grande y con aquellos dientes tan largos!». O sea, que la mujer creía que me había quedado por cobardía. ¡Eso sí que no! Le he aclarado que el jabalí había caído en una trampa y que ellos solo tenían que rematarlo. La mujer se ha parado en seco, ha sacudido la cabeza furiosamente, como si quisiera desenredarse los rizos, y ha musitado: «¡Dios bendito! ¡Menuda crueldad!». He pensado: «Aún no lo sabes todo», y he querido contarle que era un jabalí hembra con sus jabatos. «Cuando el animal ha quedado atrapado, sus pequeños intentaban desatarla, pero ella gruñía indicándoles que huyesen, que se escondiesen, y se los sacaba de encima lanzándolos a golpes de morro contra el matorral. Philippe perseguía a uno de los pequeños y me explicó que...» Ella ha cortado por lo sano: «Ya basta, Daniel. No quiero saber nada más». Hemos reemprendido el paseo en silencio entre una niebla que subía del río, pasaba de largo por los campos de Artiga y se arrastraba bosque arriba. He pensado que quizá hoy haría sol.

Cuando se le ha enfriado el horror ha tocado otra tecla. Me ha preguntado qué pensaba de la colonia. Ha dicho: «Estás aquí desde el comienzo y te considero un chico juicioso y maduro». Juro que lo ha dicho con estas palabras. He respondido que en el último año las cosas han ido a peor. Que se echaban de menos las clases de Jean-Luc, el trabajo y la alegría de las chicas de Suiza, el orden que imponía la señorita Inger. Y he acabado repitiendo la máxima que en tiempos antiguos seguían los frailes del convento: «Cuida del orden para que el orden cuide de ti». La mujer ha agradecido mi sinceridad. Después ha dicho: «Los frailes en aquella época lo tenían todo atado. Entonces el mundo estaba quieto; hoy parece que rueda muy deprisa. Y en sentido contrario».

Habíamos llegado a cien pasos de los edificios por el lado de la masía, en el extremo del campo donde las gallinas de los españoles van a comer. Aurora me dijo un día que no hacía falta poner ninguna cerca, que las gallinas no van más allá por miedo a

la zorra. Entonces Mirla me ha preguntado qué creía yo que se tendría que hacer para que en la colonia hubiese más orden. Le he respondido que sin Helmut habría más orden. Ella ha replicado con contundencia: «No tengo intención de expulsar a nadie. Y aún menos a Helmut». Yo no entendía qué cualidades le veía hasta que ella ha dicho que el chico podía parecer un ignorante, pero que poseía una «astucia natural». Y bien que la había demostrado cuando tuvo la ingeniosa idea de construir una alambrada para prever la llegada de los gendarmes. He imaginado en el acto que el elogio venía de la Abadesa, no podía ser de nadie más. La mujer lo ha acabado admitiendo y ha confesado también que la señorita Inger le había aconsejado que procurase retener a Helmut aunque fuera mayor de edad, que mientras él siguiera en la colonia, todos estaríamos más protegidos. Pues si es un ceporro como él el que nos tiene que salvar, estamos apañados.

Mientras regresábamos a la finca, toda la niebla del valle se ha posado sobre la sierra de Calamana, de donde no se ha movido en todo el día.

Miércoles, 10 de noviembre de 1943

Ayer cumplí diecisiete años, de los que he pasado doce con mis padres en Colonia y cinco perdidos entre Bruselas, la colonia de Artiga y, entremedias, el verano de la huida en Tolosa. Por la mañana, Rachel me felicitó y después me dijo bajito que por la tarde iríamos al molino ella y yo, que tenía un regalo sorpresa. Justo cuando estábamos dentro del bosque se puso a llover. Arrancamos a correr camino abajo amenazados por un chubasco que repicaba ruidosamente en la copa de los árboles y que, si nos entreteníamos, pronto nos mojaría. Aunque en el cobertizo del molino había goteras, por suerte ninguna estaba encima del catre. Nos revolcamos en nuestro nido de amor deprisa y corriendo, sin desnudarnos. Como los pájaros, que hacen el amor vestidos con las plumas. Ella pronto se incorporó de medio cuerpo. Dijo: «Tengo frío». Lo dijo en tono de queja, como si yo tuviese la culpa del mal

tiempo o de otras cosas que solo ella debía de saber.

El montón de leña que Enric guarda tampoco se había mojado y encendí el fuego en el suelo. Ella sacó del hato que llevaba un cucurucho con galletas, después el clarinete y, finalmente, una partitura, que era el regalo secreto que me había anunciado. Me dijo que era una canción de amor sefardí que había aprendido de su abuela de Salónica y que en esos últimos días, con la ayuda de Mirla y de la maestra de música, había sacado la partitura. Se titula «Morena me yaman» y trata de una chica preciosa que cuando pasea por las calles los hombres salen a la ventana y le lanzan flechas, y ella las rechaza porque no son auténticas flechas de amor. Se quitó la chaqueta, la blusa y la falda, y se puso al lado de las llamas con el clarinete en las manos. Descalza y vestida con las enaguas blancas parecía la musa de la música. Como tocar el clarinete y a la vez cantar no era posible, iba alternando la música y la voz:

Morena me yaman, yo blanca nazí.
De pasear galana, mi color perdí.

Me preguntó si me gustaba. Le respondí que me gustaría verla más blanca, tal como nació. Entonces se sacó las enaguas. Cuando iba a continuar la canción, la mandé parar. Le digo: «No me engañes, así no naciste». Entonces ella se deshizo del sostén, yo le exigí más y se quitó las bragas y, por primera vez, la vi desnuda. Sentado en el colchón la veía como una Eva inmensa con la mano cubriéndose el pubis. Pero, a diferencia de las pinturas y de los cromos de la escena del paraíso, la blancura de sus pechos, del vientre y de los muslos contrastaba con la piel tostada de la cara y de los brazos y las piernas. Ella respondió a mi pensamiento:

Morena me yaman, yo blanca nazí.
El sol del enverano me hizo ansí.

Después, dijo: «¿Satisfecho ahora?». Respondí copiando las palabras que una vez le había dicho la maestra de música: «Piensas

demasiado en la solfa, Rachel. Déjate ir, sé tú misma. Enséñame tu música, la que llevas dentro del alma». Ella: «Es que sin solfeo no se puede tocar». Y yo: «No lo has probado nunca. Vamos, líbrate de la jaula del solfeo». Entonces arrancó la partitura de la pinza con la que la tenía cogida en la punta del clarinete y cantó:

D'aquellas ventanicas me arrojan flechas.
Si son de amores, vengan derechas.

Interpretó la música con el clarinete y después iba repitiendo la melodía con variaciones cada vez más alejadas de la canción original. Movía las piernas haciendo contorsiones con el vientre y las caderas al ritmo de los giros de una música que ella por fuerza debía sacar de su interior porque soplaba el instrumento con los ojos cerrados. Yo no podía aguantar más. Me puse de pie, me desnudé en un abrir y cerrar de ojos y me acerqué a ella para abrazarla. Cuando notó mis brazos, abrió los ojos y se me escurrió cuerpo abajo hasta las rodillas. Cuando me percaté de que me agarraba el sexo, la dejé hacer.

Después me preguntó si me había gustado su regalo sorpresa. Le dije que no mucho, que mi flecha de amor apuntaba bien derecha a una diana que ella en el último momento había desviado. Me dio la misma excusa de siempre, por lo que no me resultó ninguna sorpresa: «No estoy preparada».

Había dejado de llover y regresamos a Artiga en silencio y con el cucurucho de galletas sin abrir. Antes de llegar me dijo: «Si no hubiese sido por mi hermana, me habría ido a Suiza».

Lunes, 27 de diciembre de 1943

Los del grupo de los mayores no estábamos de humor para organizar el *réveillon* y, sin nosotros, dábamos por hecho que este año no habría función. Mirla, sin embargo, no quería ser menos que la Abadesa y, a pesar de las restricciones que sufrimos, ella y la maestra de música sacaron adelante la velada. Encargaron los

regalos especiales al *colpolteur*, que ahora nos visita muy a menudo; lo único es que, en lugar de estampas y cosas bonitas, nos trae nuevos compañeros. Como dice Aurora cuando los ve llegar por el camino del bosque: «Otro pobrecito a pasar hambre». Enric, que acudió a última hora para celebrar la Navidad con su familia, aún tuvo tiempo de ir al bosque a cortar el árbol de la fiesta.

La maestra de música abrió la velada con una sesión de villancicos cantados por los más pequeños. Mirla no estaba en la sala, cosa que nos intrigaba. A continuación, dirigió el canon «Frère Jacques, frère Jacques, dormez-vous...» empezando por los pequeños, después los medianos y finalmente nosotros. Aún no habíamos terminado cuando, de golpe, en medio del guirigay de voces que luchaban entre sí para demostrar quién chillaba más alto, se apagó la bombilla eléctrica y se oyó llamar a la puerta. Apareció acto seguido el fraile Jacques con el hábito sucio de tierra y un cirio en la mano. Era un fraile bajito y que hablaba con voz cavernosa. Iba repitiendo: «¿Quién me ha despertado? ¡Tan a gusto que dormía en mi tumba!». La maestra de música le contó que su convento se había convertido en un orfanato de la Cruz Roja suiza que acogía a niños de origen judío. Se entabló una discusión entre ella y el fraile, que en principio se estremecía de ver cómo un lugar sagrado del cristianismo servía para proteger a los descendientes de los que condenaron a Jesús a la cruz. La maestra acabó por convencerlo y el fraile, que ya hablaba como Mirla, dijo que él conocía una historia que había pasado en Suiza en la época en que las ranas criaban pelo. Y ya que los maestros y monitores eran de ese país y era el *réveillon*, nos la quería contar. El fraile fantasma hacía de narrador mientras los más pequeños y los medianos actuaban con canciones, bailando o imitando los chillidos de los animales que iban saliendo en la historia.

El cuento se titula «Los tres lenguajes» y trata de un noble suizo que tiene un hijo tonto, incapaz de aprender nada en la escuela. El padre lo envía al extranjero, a casa de un maestro muy famoso. Pasado un año el niño vuelve a casa, su padre le pregunta qué ha aprendido y el niño responde que ha aprendido la lengua de los perros. El hombre se enfada porque ha perdido el tiempo en

tonterías. Lo manda con otro maestro prestigioso que le enseña el lenguaje de los pájaros. El padre le da una última oportunidad y lo amenaza con que, si no aprende cosas más útiles, no lo reconocerá como hijo suyo. Pero resulta que el tercer maestro le ha hecho aprender el lenguaje de las ranas. Entonces su padre, avergonzado de tener un hijo tan inútil, ordena a su criado que lleve al niño al bosque y lo mate. Pero el criado no se siente capaz de matar al niño y lo deja libre. El segundo acto trata de las aventuras del joven tonto y desheredado. Gracias al conocimiento de la lengua de los perros y de las ranas peludas, el chico llega a convertirse en rey de su país, un rey que pronuncia unos discursos brillantes debido a que las palomas le van dictando las palabras.

La velada prosiguió con una segunda sesión de villancicos, cantados por los pequeños y por los medianos, que acabó con el «Petit Papa Noël». Como era de esperar, los más atrevidos fueron a dejar su zapato bajo las ramas del árbol. El fraile Jacques reaccionó al revés que la Abadesa el año anterior; incitó a los pequeños y a los medianos a poner su zapato porque ese año habría un obsequio para todos. Después los envió a la cama. Cuando los niños se hubieron marchado, el *colporteur* Christophe llevó un saco lleno de unas bolas envueltas con un papel brillante atado con un lazo. Puso una encima de cada zapato y repartió las que quedaban entre los que estábamos en la sala. O sea, el grupo de los mayores, los maestros y los monitores, y los campesinos españoles.

El fraile Jacques se echó la capucha atrás y los rizos grises de Mirla le cayeron encima de los ojos. Desenvolvió su regalo, que resultó ser una naranja. Dijo que nos la guardásemos, que era el postre de la comida de Navidad. A continuación, nos comunicó que el cuento de los tres lenguajes no se había acabado, que faltaba la moraleja final. Que su autor no se la puso, así que deberíamos adivinarla nosotros. Contó que cuando ella estudiaba en Ginebra, le enseñaron latín, literatura francesa y a pelar una naranja con tenedor y cuchillo, sin tocar la fruta con los dedos. Eso de la naranja era una de las lecciones básicas de la escuela de maestros. Por ese motivo había elegido el regalo. Ella quería ser una buena maestra y, por lo tanto, no cejaría hasta que todos los alumnos de

Artiga aprendiesen a pelar una naranja de forma correcta. Pensaba dedicar a ese cometido las horas que hiciesen falta y acabó preguntándonos qué pensábamos nosotros. Nadie osaba abrir la boca mientras nos miraba con sus ojos negros y redondos pidiendo respuestas.

Intervine yo. Dije que no me parecía bien que hubiese comparado conocimientos tan importantes como el latín y la literatura con la forma de pelar una naranja. Ella reconoció que había exagerado y me dio la razón. Pero siguió con lo suyo. Dijo: «Solo quería decir que la sabiduría de antes quizá hoy y aquí no tiene ningún valor. ¿Me entendéis?». El *colporteur* advirtió de que al pelar la naranja con el cuchillo los más pequeños podrían cortarse los dedos, y Enric añadió que a él todo eso le parecía una gilipollez. Los chicos mayores aplaudimos su ocurrencia y entonces ella también sonrió, como si hubiese querido gastarnos una broma. Dijo que estaba de acuerdo, que si creíamos que era un peligro o una pérdida de tiempo, lo dejaría estar. Tras una pausa siguió diciendo que en ocasiones tenía la sensación de que había venido de Suiza para enseñarnos a pelar una naranja con tenedor y cuchillo, y que a ella le gustaría más imitar a los tres maestros extranjeros del cuento, los que enseñan al niño la lengua de los animales. Y concluyó: «Si vivimos rodeados de bosques, quizá lo más útil para vosotros sea conocer el lenguaje de los animales».

Acto seguido hubo algunas intervenciones. Enric dijo que los gendarmes y los cabezas cuadradas iban armados y, en consecuencia, era el lenguaje de las armas lo más útil que debíamos aprender para defendernos. Charles y la maestra de música aprovecharon la ocasión para hacer propaganda de su materia. Uno propuso el lenguaje del cuerpo, o sea, la gimnasia, y la otra, la música, «porque si el mundo se ha convertido en una selva, el arte de Orfeo es más efectivo para amansar las fieras». Mirla cerró el debate agradeciéndonos las intervenciones y prometiendo que las tendría en cuenta.

Ayer por la mañana el regalo de las naranjas causó furor entre los niños. Algunos de los más pequeños creyeron que era una pelota; otros solo las habían visto pintadas en los cromos; la

mayoría hacía tanto tiempo que no había comido una que había olvidado su sabor. En el postre de la comida no quedaba ni rastro de ellas. Las mordían con la boca mellada como si fuesen manzanas. Y si alguno tenía la paciencia de pelarla con los dedos, después se comía las mondas.

28

LIBRO DE SAMUEL SILVERSTEIN VIII

A comienzos del año duodécimo del mandato de Adolf Hitler, el déspota que tres años atrás había hecho retroceder las fronteras de las naciones vecinas de Alemania por los cuatro puntos cardinales, había empezado a retroceder él mismo a marchas forzadas del frente oriental de Rusia y del meridional de Italia. Una madrugada fría de enero, Lucienne llamó a la puerta de Samuel acompañada del niño que había dormido en su piso, un niño polaco que durante el tiempo que había estado con ellos después de bajar del camión no había articulado ni una sola palabra; les había sabido mal llevarlo directamente a Artiga. La mujer gimoteaba desde el marco de la puerta: «Mi papá... Mi papá... Mi papá, muerto...».

Samuel hizo pasar al niño al interior del recibidor y abrazó a una Lucienne desgreñada y ojerosa que gemía de forma contenida para no despertar a los vecinos, como si la muerte de su padre fuera un acto clandestino, como lo era el hecho de acoger a un niño judío en casa. Él le susurraba palabras de consuelo mientras insistía en que acabase de entrar; no quería que se volviese sola con su padre difunto. Pero ella pronto se deshizo de su abrazo y se marchó escaleras abajo. Dudó un instante si seguirla o quedarse. Ante la cara de desconcierto del niño, lo acompañó a la habitación, le mostró el cuarto de baño y, después de tranquilizarlo prometiéndole que enseguida estaría de vuelta, bajó al primer piso a hacer compañía a la mujer. La ayudó a vestir al difunto y, al día siguiente, permaneció a su lado hasta la tarde, cuando la hermana de ella llegó de Tolosa. Entonces, se retiró discretamente a la

segunda fila del duelo.

Después del funeral acompañó al niño polaco a la colonia. No era ni sordo ni mudo, porque entendía lo que le decían y en la documentación no le habían puesto ninguna nota especial, pero ni él ni Lucienne conocían su voz. Al llegar a Artiga le comunicó el problema a la directora y permaneció un par de días en casa de los españoles para ver cómo evolucionaba.

A fuerza de veladas al calor de la estufa y de comidas compartidas, aderezadas con la complicidad del exilio, el *colporteur* y la familia Clotet se habían transmitido franqueza y confianza mutuas. Los españoles sabían que el hombre era un judío que auxiliaba a niños de su raza, y él sabía que los españoles no eran comunistas, sino militantes de un grupo clandestino que pretendía la independencia de una región de España llamada Cataluña. Y sabía también que Enric, el hermano del cabeza de familia, se había ido al maquis de los bosques de la Crotzeta, apenas a una hora de Artiga, y que de vez en cuando les hacía una visita. Se presentó la segunda noche que Samuel se quedó en la casa. Era un muchacho de aspecto jovial y carácter inquieto que hablaba un francés más que aceptable y siempre tenía algo chocante con lo que llenar la conversación:

—Los catalanes somos como los judíos —sentenció—. Nosotros tampoco tenemos país. Hace más de doscientos años que el rey Borbón suprimió nuestras libertades. Era rey del Imperio español, que en aquella época dominaba media América.

Samuel no le dio importancia:

—¡Doscientos años no es nada! Nosotros ya hace dos mil que no tenemos país. Los romanos, que dominaban todo el mundo, nos expulsaron de Israel. Ahora, sin embargo, tenemos esperanzas bien fundadas de volver a la Tierra Prometida. Y volveremos gracias al apoyo de otro imperio, el Imperio británico.

Al guerrillero del maquis no le caían nada bien los ingleses:

—No os fieis ni un pelo de los ingleses. Entonces eran nuestros aliados y en el último momento nos abandonaron. Y ahora siguen el mismo camino.

A continuación, explicó que, en los primeros tiempos de la

ocupación, cuando los alemanes llegaron a la frontera de Hendaya y bombardeaban Inglaterra, sus compañeros del grupo Estat Català, que al principio habían huido a Francia, regresaron de forma clandestina a Barcelona para espiar los movimientos militares de Franco. Enviaban información secreta a los ingleses a condición de que después ellos los ayudaran a luchar contra el fascismo y a liberar Cataluña. Pero a medida que la guerra avanzaba y los ingleses veían que podían derrotar a Hitler, habían hecho un pacto secreto con Franco. Si el dictador no atacaba Gibraltar ni permitía que los alemanes lo hiciesen desde España, ellos respetarían su gobierno:

—Una jugada como la de hace doscientos años —concluyó Enric—. Los ingleses se retiraron de la guerra, y el rey Borbón, que entonces se había aliado con Francia, arrasó Barcelona y suprimió los derechos de los catalanes. ¡Son más falsos que el alma de Judas! Solo miran por los intereses de su isla. —Y remató la crítica con una advertencia—: Los judíos confiáis en que os cederán Palestina. ¡Ya lo veréis!

Él respondió:

—Churchill es amigo del pueblo judío.

Y el otro:

—Los imperios no tienen amigos. Tienen intereses.

Al tercer día después de su llegada a la colonia, el niño mudo recobró el habla. Contaba la maestra de música que el prodigio había tenido lugar cuando ensayaba con el grupo de niños polacos una canción tradicional de su país, en aquellos años desaparecido del mapa, y el mudito se había sumado al canto tarareando la melodía. Si bien no había articulado ninguna palabra entera, la directora estaba segura de que, una vez destrabada la lengua, las palabras le saldrían sin dificultad.

De vuelta en Sent Gironç, Samuel encontró a una Lucienne enfrascada en la limpieza de su piso, que parecía más espacioso, aireado, limpio como una patena. La enorme butaca de su padre, así como la cómoda del comedor y los muebles de la habitación del viejo, habían desaparecido. Le contó que se los había llevado su hermana, y no porque ella los necesitase, sino para venderlos al

trapero, y que habían discutido y no pensaba verla nunca más:

—Quería vender el piso, que nos repartiéramos el dinero y que me fuese a vivir con ella a Tolosa.

—¿Habíais hablado antes de este asunto?

—Me lo pidió cuando comenzó la guerra y su marido cayó prisionero de los alemanes. Me dijo que cuando muriese nuestro padre podríamos vivir juntas con sus hijos. Nada más. Ahora tengo muy claro que no quiero moverme de aquí.

—Me alegro de que te quedes —dijo él.

—Deberemos tener cuidado con los vecinos de la escalera. ¿Sabes lo que me ha contado la señora del segundo primera?

Samuel se inquietó:

—¿Nos han descubierto?

Ella sonrió:

—No, de los niños no saben nada. ¿Quieres creer que piensan que tú y yo somos pareja?

—Si solo es eso, estamos salvados —dijo él. Dirigió los ojos hacia la habitación desnuda del difunto y murmuró—: No compres ninguna otra cama. Un colchón en el suelo, que es más silencioso.

Dice una fábula islámica que, si la montaña no va a Mahoma, es el mismo profeta quien tiene que ir a la montaña. Como la joyería de la calle Pargaminières había debido cerrar el local por razones de seguridad y, en consecuencia, el *colporteur* no estaba autorizado legalmente a viajar al llano de Tolosa, era el profeta Marcel el que cogía el tren hasta las montañas de Sent Gironç. Se presentaba disfrazado de corredor de seguros de la casa l'Espoir, que por el mismo precio del seguro de vida incluía los gastos de entierro. Por su parte, el *colporteur* Christophe había sustituido las joyas del cajoncito inferior de la caja por pólizas, impresos y folletos publicitarios de un producto que no hacía la competencia a los almacenes Sentenac. El representante de la mutua y su delegado en Coserans se encontraban en el café Sports, en la plaza del Centre. Sentados frente a una mesilla frágil de mármol, llena de papeles, pasaban cuentas de las cuotas de los pequeños clientes de las masías de los valles del Salat y de la colonia suiza de Artiga.

Avanzado el invierno de 1944, el profeta alertó del riesgo

inminente que corrían los jóvenes, chicos y chicas mayores de dieciséis años. Los alemanes necesitaban con urgencia mano de obra en las fábricas de armamento y los prefectos y subprefectos habían dado órdenes a los gendarmes de peinar todos los rincones de Arièja para recoger carne joven:

—Las cepas más grandes de tu vivero de Artiga corren peligro. —Y pasó a concretarle algunas medidas—. Que empiecen a prepararse para huir a España por pasos de montaña tan pronto como se derrita la nieve. En los primeros años de la guerra, los policías españoles devolvían a los evadidos. Pero últimamente Franco ha cambiado de actitud. Como los alemanes pueden perder la guerra, quiere evitar a toda costa enfrentarse a los ingleses. Franco se comporta como los gentiles astutos: un cirio a su dios y una vela al diablo. En Barcelona hay una delegación de la Joint que los acoge y los pasa a Portugal.

Samuel expuso sus dudas:

—¿No crees que sería mejor ir a Andorra? España es un país fascista...

—Un país fascista aliado de Hitler —cortó el profeta—. La única nación fascista de Europa que no ha sufrido ninguna derrota militar. Y Franco aún hoy fusila a opositores políticos. Pero no tenemos otra salida. Para que veas lo jodido que está el mundo, que hemos de buscar la libertad huyendo a la España gobernada por un asesino. Ah, y con Andorra no podemos contar. Es como un pueblo de pastores lleno de curas y de espías de la Gestapo.

—Pues tendremos que buscar un pasador que los guíe —propuso Samuel.

El profeta no era partidario de tal cosa, ni de buscar un pasador ni de contactar con ninguna de las redes de evasión hacia España. Los pasadores que no habían caído en las garras de los alemanes habían dejado de actuar y las cadenas organizadas prácticamente habían desaparecido, desarticuladas por la Gestapo con la ayuda de sus cachorros de la milicia. Por lo tanto, tendrían que buscar otras vías:

—Tienes a niños hospedados en masías que no están muy lejos de la frontera. Conoces a campesinos de confianza. Infórmate.

Por ahora, que los chicos se preparen, que caminen y hagan ejercicio. —Se apoyó en el respaldo de la silla, miró de reojo las mesas de alrededor y murmuró—: En la póliza de Artiga encontrarás un mapa de montaña.

Cuando el corredor de seguros se hubo marchado, comprobó que en el reverso de un impreso de declaración de siniestros había un croquis a lápiz calcado de un mapa de montaña de la comarca de Coserans. Los pasos fronterizos señalados como recomendables caían muy lejos de Artiga y de los valles donde tenía niños alojados. El nombre de la población de Sèish le recordó que Enric había trabajado algunas temporadas en una masía cercana a las montañas de la frontera española. Aunque sabía que el payés de Artiga hacía tiempo que vivía emboscado con el maquis, enfiló el sendero de la colonia con la esperanza de localizarlo. A la puerta de casa, la dueña estaba sentada en un cubo vuelto del revés desplumando una gallina. Le dijo que su cuñado no estaba, pero que cuando había un trabajo urgente en el campo y el camión del sobrino del amo hacía poco que había ido a cargar género, colgaban una camisa blanca en el ventanal de debajo del tejado y él no tardaba en aparecer.

—Pues yo tendría que verlo pronto, señora Aurora.

La mujer sonrió:

—Me alegro de que nos haga compañía unos días, señor Christophe. Mato otra gallina y subo a poner la bandera blanca.

Justo acababa de pisar el patio de la colonia cuando un grupito de niños a los que él había acompañado meses atrás lo cosieron a preguntas:

—¿Cómo está, señor Christophe?

—¿No ha venido la señorita Brigitte?

—¿Me ha traído algo?

—¿Cómo es que hoy no lleva la caja?

Y el *colporteur* Christophe, que había tomado la precaución de esconderles el cajón, se ablandó y cambió de idea. Les dijo que fuesen a buscar la caja a casa de los españoles y que podrían elegir una cosa, solo una.

A la espera de que el guerrillero bajase de la montaña, Samuel

mantuvo con la directora una larga conversación en la que, después de advertirla del riesgo que corrían los chicos mayores en la colonia, le adelantó que tendría que pensar en la huida hacia España. Era la única opción que les quedaba. Antes de concretarle su proyecto quería hablar con Enric, que aún tardó cuatro días en dar señales de vida. No obstante, la espera había valido la pena. En efecto, el campesino español confirmó que la granja del Pradeth donde había pasado un par de temporadas se encontraba más arriba de la población de Sèish. El amo tenía un rebaño de vacas que, al llegar el verano, llevaba a pacer a una borda de la montaña cerca de la frontera española. Algunos de los pasos de montaña que Samuel le mostró en el mapa no podían quedar muy lejos de una cabaña que él había arreglado el verano anterior:

—El señor Louis conoce bien las montañas —prosiguió Enric —. Pero no es pasador. Lo fue los primeros años y lo dejó. No quiere jugarse el pellejo. —Dio una calada al cigarrillo y escupió el humo—. Envía a Helmut. ¿Sabes quién quiero decir? Aquel muchacho alto con cara de matón.

—Ya lo conozco. Es amigo de Philippe.

—Hace tiempo que me da la lata. Solo piensa en pirarse de la colonia y emboscarse. Una vez me siguió hasta lo más alto de la sierra. Si se queda aquí, cualquier día os dará un disgusto. Allí arriba estaría bien; ayudaría al pastor a guardar las vacas y, cuando se derritiera la nieve, le podría enseñar el camino de la frontera. Mira, si quieres, un día lo acompaño al Pradeth.

Samuel le agradeció el ofrecimiento y le pidió que, de momento, fuera con él a convencer a la directora. La señorita Margot los recibió acompañada del maestro Charles y la maestra de música. Los tres escucharon con atención los argumentos y la propuesta que les planteaban el *colporteur* y el payés, dos personas que conocían la colonia desde sus inicios y les merecían toda su confianza. Después de formular sus dudas, temores y reticencias, les dieron el visto bueno. La directora dijo:

—Empezaremos con Helmut y sus compañeros de habitación, Daniel y Levy. Solo ellos han de estar al corriente. Pero todo el grupo de los mayores, chicos y chicas, deberán prepararse

físicamente. —Se giró hacia el profesor de gimnasia y dijo—: Puedes estar contento, Charles, tu materia les será de vital importancia.

A la salida de la reunión, Samuel quiso comunicarle a Philippe, antes de que lo supiese por otras vías, que sus compañeros de habitación tenían que huir a España. Le recordó una vez más que él no tenía por qué temer nada, ni de los gendarmes ni de los alemanes; que de todos él era precisamente quien podía estar más tranquilo. El niño le dijo que lo entendía y que no se preocupase, que él no pensaba moverse de la colonia.

Encarrilados todos los asuntos según él había previsto, Samuel enfiló el camino de retorno a Sent Gironç. Era una tarde apacible de abril. El camino, aunque desdibujado, iba cuesta abajo y a su espalda la caja, después del repaso que le habían dado sus niños, Philippe y la señora Aurora, pesaba menos que una pluma. Bosque abajo se animaba pensando que el invierno había pasado, la nieve de las montañas comenzaba a derretirse y él y sus niños aún seguían vivos. Mucho más que vivos, rectificaba descendiendo a la ribera del Nert. Quizá sí que él solo había intentado mantenerse vivo durante los dos primeros años después de su desgracia familiar, cuando ni la aparición de Philippe, ni los nuevos horizontes del sur de Francia, ni los trabajos en Tolosa y en Sent Gironç habían logrado aliviar su tormento. Antes de salir a la carretera, había llegado a la conclusión de que únicamente los niños puestos fuera de peligro eran los que sobrevivían. Pero en lo que a él respectaba, nunca como entonces había vivido con tanta intensidad.

Sin embargo, vivir de verdad implicaba también disgustos imprevistos. Tres semanas después del último viaje a la colonia, Philippe llamaba a la puerta del piso con golpes contundentes. Era una mañana primaveral y el *colporteur* estaba almorzando. El chiquillo, que había bajado con el camión de los suizos, profería por la grieta del labio palabras alarmantes. La directora le había dicho que fuera, que Lukas estaba enfermo, muy enfermo; que fuera cuanto antes. Lukas era hijo de padres austriacos, uno de los primeros niños que en el otoño anterior había alojado en Artiga. Se

cargó la caja y lo siguió escaleras abajo hasta el rellano del primer piso, donde se detuvo para avisar a Lucienne del contratiempo. La mujer pidió que la esperasen, que ella también iba. Él intentó impedírselo:

—Tú no puedes venir. Vamos con el camión de la colonia. No podemos jugárnosla.

La precaución de evitar viajar juntos por el desastre que supondría para sus niños protegidos que los detuviesen a los dos era una cuestión que se habían planteado. No obstante, la mujer estaba harta de ser ella quien siempre tuviera que quedarse en casa:

—Quédate tú si quieres. Yo quiero ir.

—Es que tampoco cabrás en el camión.

—¡Pues subiré a pie!

No hubo forma de retenerla. En la calle Sent Valièr los esperaba Charles acompañado del doctor Dubois, el médico que le había curado el brazo. Samuel y Philippe subieron a la caja del camión. Por la carretera iban encontrando vehículos de gendarmes y de alemanes que patrullaban arriba y abajo. La primavera empezaba a despuntar en las montañas de Coserans. Era una primavera que se presentaba distinta a las anteriores, más impetuosa, ya que, aparte de despertar los barrancos, a los pájaros y a los animales, comenzaba a despertar a los maquis, hasta entonces adormilados en los bosques.

Tuvieron suerte de que ninguna patrulla les diese el alto y de que no hubiese ningún control en el cruce funesto de Quercabanac. La cerca de acceso a Artiga estaba abierta, tal y como la habían dejado un rato antes, y en la entrada del patio no se veía a nadie, solo las gallinas de la masía picoteando la tierra. Todos los niños se encontraban dentro del patio, formando círculos y sentados en los bancos, hablando bajito, como si estuviesen en clase. Lucienne saltó de la cabina y se deslizó hacia las mesas del patio, donde había reconocido a algunos de los niños que habían pasado por su piso, mientras la directora se llevaba a los tres hombres a su despacho. Con cara seria les comunicó que el niño había muerto, que en realidad la maestra de los pequeños lo había encontrado

muerto por la mañana. El médico se quejó:

—Debería habérmelo dicho antes. No era necesario que subiera.

—Hemos de saber de qué ha muerto —dijo la mujer—. Quizá se trate de una enfermedad infecciosa. Tenemos más de ochenta niños aquí arriba. De momento, lo hemos sacado del dormitorio.

El médico pidió detalles de la enfermedad: si hacía mucho tiempo que se encontraba mal y de qué se quejaba, y, sobre todo, si tenía fiebre. La mujer respondió que el día anterior se le veía la mar de alegre y, por lo tanto, fiebre no debía de tener. Tampoco se había quejado nunca de nada. Quizá porque era más bien tímido. Lo único que habían notado era que cuando tenía que caminar se cansaba a menudo, como si se ahogase. Y lo condujo al aula donde habían acomodado al pequeño Lukas. Después de examinar el cadáver, el médico diagnosticó que probablemente había muerto de un ataque al corazón. Así lo indicaban la dificultad que tenía de respirar y la coloración oscura de la piel, señal de una hemorragia interna. Debía de sufrir una enfermedad del corazón congénita. En definitiva, fuera cual fuese la causa de su muerte, él descartaba cualquier tipo de infección. Y añadió:

—Cuando notaron que se ahogaba deberían haberlo llevado al médico.

—Es que es un niño judío —dijo la directora.

—¿Qué quiere decir?

— Los niños judíos vienen al mundo con males peores. Un político de Vichy dijo un día que los judíos son como la lepra. Para ellos, esta colonia es un lazareto. ¿Me entiende, doctor Dubois? Llevar a un niño al médico puede ser más arriesgado que sufrir un ataque al corazón. Le pido que sea discreto.

El doctor Dubois respondió:

—Lo seré, señorita. No se preocupe. Yo también le pido que, si en otra ocasión necesita un médico, venga a verme a la consulta. He visitado más de un niño leproso.

Descartado el peligro de infección, la colonia en pleno se movilizó. Maestros, monitores e internos, con la directora a la cabeza, hicieron todo lo que estuvo en sus manos para despedir a

su compañero de manera digna. Unos limpiaron y decoraron el aula del velatorio, otros salieron por los campos a buscar las primeras flores y el grupo de los chicos más mayores fueron al taller de Enric. Pero no encontraron ninguna madera adecuada con la que fabricar un ataúd. Philippe se acordó de pronto de que en la capilla del convento había maderas, que el día que se había escondido de los gendarmes había visto algunas apoyadas en la pared del lado del altar. Ramon se negó a dejarles la llave. La capilla era, de hecho, un almacén de víveres clandestino del propietario de Artiga, el señor Delafont, y el labrador no se fiaba de los chicos. Solo dejó entrar a Daniel, el chico de su confianza que lo ayudaba con frecuencia con las faenas del campo. Los dos sacaron un haz de maderas viejas, algunas pintadas y agujereadas por la carcoma, maderas que, según le había dicho el amo, carecían de valor artístico.

Entretanto, Samuel y la directora se planteaban qué lugar sería el más apropiado para darle sepultura. Si el difunto fuera un niño legal de la colonia, judío o francés, tanto daba, podrían pedir autorización para enterrarlo en el cementerio de Sent Pèire. Ahora bien, Lukas era un niño ilegal, sin identidad oficial ni certificado de defunción. Un cadáver clandestino, del mercado negro, como si dijésemos, en la misma situación que una lata de carne en conserva del almacén de la capilla. Debían enterrarlo de incógnito, no podían poner en evidencia las ilegalidades de la colonia. Consideraron que el patio interior, el antiguo claustro del convento, no era un lugar muy idóneo para la tumba. Aparte de ser el espacio donde los niños jugaban y pasaban el rato, el español se acordó de que cuando hacían obras aparecieron huesos y sepulturas de los frailes. Al final, decidieron enterrarlo a un centenar de metros de los edificios.

A la mañana siguiente organizaron un acto breve de despedida en el patio. Con las mesas viejas de la capilla, los chicos habían construido una caja cuyas maderas laterales habían decorado con una guirnalda de hojas y flores, rodeada por una cenefa dorada. La tapa del ataúd representaba vagamente la figura de un ángel, que los pequeños habían repasado con tizas de

colores. Uno de los chicos explicó que habían elegido el ángel por tratarse de un personaje que tanto judíos como cristianos reconocen. Un representante de cada uno de los tres niveles, pequeños, medianos y mayores, leyó unas frases de despedida. Al final, la directora le dedicó estas palabras:

—Tu nombre es Jonas, pero nosotros te llamábamos Lukas. Las personas que te querían bien te lo cambiaron para salvarte. Has tenido que guardar tu nombre dentro de tu cabeza. —Hablaba lentamente, haciendo una pausa tras cada frase para pensar la siguiente—. Viviste nueve meses dentro del vientre de tu madre. Al venir al mundo tus padres también tuvieron que esconderte en la casa de Graz, donde vivían. Después, en Francia, te escondieron en Tolosa, en Sent Gironç, hasta que llegaste a la colonia de Artiga. Aquí, con nosotros, has vivido cinco meses, alegre, feliz... Pero tu corazón era demasiado débil para resistir el aire pútrido que se respira incluso aquí, en la montaña. A escondidas te concibieron, a escondidas has vivido y ahora... —se aclaró la garganta y continuó, una vez recuperada la voz—: Y ahora nosotros a escondidas te enterramos. Que descanses en paz, Jonas.

A continuación, cargaron la caja encima de dos barras y se formó la comitiva del entierro. Ramon y los mayores habían cavado la tumba al pie de un roble, en el extremo de un campo de cultivo que señalaba el comienzo del bosque. Mientras enterraban el ataúd, la maestra de música dirigió *Oh Tannenbaum*, un villancico que habían cantado el grupo de los pequeños en el *réveillon* y que, según recordaban algunos, a Lukas le gustaba mucho. Cuando estaban terminando de cantarlo, de repente se oyó roncar un vehículo de motor y un camión de cabina verde apareció en la cerca de entrada a la finca. Algunos de los chicos mayores arrancaron a correr hacia al bosque como si hubiesen visto al diablo, sin hacer caso de la directora, que gritaba que no se moviese nadie.

—Cubrid la tumba de hojas. Que no se note nada —ordenó la mujer a los que no habían huido—. Y vosotros volvéis a cantar la canción y luego todos hacia el patio. —Y dirigiéndose a Samuel, le dijo—: Es el sobrino del propietario de Artiga. Se ha hecho de la

milicia. No conviene que a ustedes dos los vean aquí arriba.

No se hicieron de rogar. Huyeron hacia la masía de los españoles, desde donde tomaron el sendero clandestino de vuelta a Sent Gironç.

29

MAURICE DELAFONT

—¿Una avería o un atentado terrorista? —pregunta el viajero Maurice Delafont.

El empleado de la taquilla que le acaba de vender los billetes no lo sabe. O no se lo quiere decir. Lo único que él sabe es que el tren de Tolosa saldrá con un retraso considerable, quizá una hora o quizá más. Se lo comunica a su mujer, a la que encuentra adormilada en el banco de madera, y a ella tanto le da. Lleguen a la hora que lleguen, encontrarán la cena lista. Él también se arrellana en el banco de listones con un respaldo redondeado que su espalda agradece. Puede respirar tranquilo porque el viaje de hoy, que a primera hora de la mañana se le presentaba tentador y a la vez incómodo y arriesgado, ha llegado a buen puerto.

A las siete y cinco minutos de la mañana, justo después del toque de queda, el señor Delafont ya estaba detrás de los cristales del balcón, confiando y temiendo al mismo tiempo que, de un momento a otro, el camión de René apareciera por el lado de abajo de la calle. La propuesta millonaria de Artiga que le había concretado ayer durante la cena le había fastidiado las últimas horas de sueño de la madrugada. Harto de dar vueltas, ha saltado de la cama. Aun así, la oferta seductora de su sobrino no ha dejado de perseguirlo:

—Dos mil francos al mes, eso por ahora. Acabarán por comprar la finca y entonces le pagarán lo que usted les pida. Artiga les gusta, tío, y ahora la necesitan. La escuela de formación de cuadros de la milicia busca una propiedad extensa como esa, que

les sirva de campamento y de casa de colonias. Los edificios del convento, los campos y los bosques de los alrededores son ideales para hacer maniobras militares y prácticas de tiro. Cada día les llegan más voluntarios de los Chantiers de Jeunesse y no disponen de ningún lugar en el que hacer la instrucción. Pagarán a tocateja, tío. Piense que no solo es cosa del Gobierno de Vichy. Detrás de la operación está el fabricante de Sent Gironç que le he dicho, otro de Pàmias y otros peces gordos del Partido Popular de l'Arièja.

Faltaban cinco minutos para las siete y media, y René sin dar señales de vida. Después de cenar debía de haberse ido de fiesta hasta las tantas de la madrugada. Desde que se había apuntado a la milicia, no quería quedarse nunca a dormir; decía que prefería el hotel, que allí se encontraba con sus amigos. De las putas no hablaba nunca, claro está. «Que disfrute de la vida, ahora que es joven, hay guerra y él ha podido salvarse gracias a la milicia.» Y el chaval lo tenía todo previsto:

—Los contratos que usted tiene con los suizos y los españoles a fe mía que son muy fáciles de solucionar. Si no se van por las buenas, los denunciamos a la Gestapo y los echan fuera como dos y dos son cuatro. Uno de los españoles, el más joven, se ha ido al maquis. La masía es un refugio de los maquis de la Crotzeta. Y los suizos esconden a chavales mayores de dieciséis años. En resumidas cuentas, una guarida de terroristas, la granja y la colonia. No es preciso que usted se ensucie las manos si no quiere. Deje que los denunciemos nosotros. Aún ganaremos puntos en la milicia.

Ni el tintineo de la campanilla reclamando a la criada ni, a continuación, las palabras que le ha dirigido su mujer avisándola de que ni ella ni el señor comerían en casa lo han arrancado de la atalaya del balcón:

—¿Cómo se entiende que no ha de preparar la comida? ¿Y tú donde comerás?

—Voy con vosotros a Artiga. Quiero ver el orfanato de los suizos antes de que se vayan. ¡La de años que hace que no he estado allí!

—¡Mal día hoy, Cécile! La situación puede ser muy

desagradable.

—Pues me la tragaré, Maurice. ¡Tengo ganas de tomar el aire, qué caramba!

El señorito René no se ha presentado hasta las ochos tocadas, vistiendo el uniforme oscuro de miliciano para causar mayor impresión a los inquilinos. Y se lo ha puesto a pesar de saber que a su tío no le gusta nada que lo lleve fuera del cuartel, cuando no está de servicio.

—Y usted, tía, ¿cómo así que viene?

—¡Artiga también es mía, muchacho! —le ha soltado la mujer encaramándose a la cabina—. Vamos, arranca, que es tarde. ¿No has dicho que a la vuelta debemos llegar a tiempo para comer en Sent Gironç? Pues andando, no te entretengas.

Se han tenido que entretener más de lo que los tres preveían. Poco después de cruzar la población de Muret, han encontrado un atasco en la carretera. A la altura de los coches de delante se veía una columna de humo y por los alrededores de la carretera se desplegaban patrullas de alemanes blandiendo metralletas. Un sabotaje terrorista, ha adivinado René. Ha saltado del camión y se ha alejado por la carretera con la pistola que ha desenfundado de la bandolera. La señora Cécile se ha estremecido:

—¡Jesús, María y José! ¡Menuda desgracia con que hemos tropezado!

—Cada día hay desgracias como esta —ha dicho él—. Y cada vez más.

—No lo entiendo, Maurice. ¿No decías que con los alemanes había paz y orden?

—Eso era antes. Pero las cosas han cambiado. El pasado jueves los aliados bombardearon Tolosa.

—Tanto miedo que teníamos de los aviones alemanes al principio de la guerra. ¡Y mira por dónde, al final hemos recibido de los ingleses!

Había otros motivos de inquietud más complejos que el hombre no tenía ganas de explicarle. Dudaba de que su mujer pudiese entender que la ocupación alemana de los dos primeros años, tan ordenada, pacífica y provechosa para Francia, ya no es lo

que era. He aquí que los galos han comenzado a sublevarse contra Roma. Pero los galos de hoy tienen el apoyo de los ingleses, de los americanos, hasta incluso de los vagabundos españoles exiliados. Y a los romanos se les ha venido encima tanta faena en todos los frentes que habían abierto que cualquier día pueden perder la Galia.

—¡Ay, pobre René! —dice la mujer—. Quizá sí que se ha comprometido demasiado.

—No lo compadezcas, Cécile, que él se lo ha buscado. A mí me preocupa por nosotros. No sabes la gracia que me hace tenerlo al lado con este uniforme negro que siempre he encontrado de mal augurio.

El sobrino ha vuelto al camión echando pestes contra los terroristas que han atacado un convoy alemán, y eso que solo han dañado el vehículo que iba delante. Después han huido al bosque como unos cobardes sin haber podido conseguir ni una sola arma.

Alrededor del mediodía han llegado por fin a la cerca de la propiedad de Artiga. René ha bajado a abrir la puerta mientras la señora se ha sorprendido de ver delante de ella un puñado de edificios enteros que ella recordaba en ruinas, y por los alrededores, campos de cultivo divididos en bancales, ordenados y limpios de zarzas. Él ha bajado el cristal de la puerta para observar mejor el montón de niños que cantaban juntos por la parte del bosque:

—¡Qué demonios hacen todos ahí!

A medida que se han ido acercando a la masía ha ido identificando la figura de Ramon, su mujer y la nueva directora, una mujercita delgada que si no fuera por el pelo gris parecería una de las chicas internas. Los tres han dejado el grupo y han ido hacia la masía. René ha parado el camión delante de la puerta lateral de la capilla refunfuñando; él se quedaba a cargar género. Que mientras tanto fuesen a la casa de los labradores. Él ya se acercaría cuando terminase. «Tú no has de decirme lo que tenemos que hacer», ha pensado Maurice mientras empujaba la portezuela hacia fuera. Una vez con los pies en el suelo, se ha girado hacia el estribo y ha estirado el brazo para desembarcar a su señora. La

directora había dejado atrás a los españoles y se acercaba con pasitos rápidos y nerviosos de pájaro y el semblante alegre:

—¡Qué bien que hayan venido hoy! —anunciaba antes de llegar. Y se iba directa a abrazar a la señora—. Imagino que usted es la señora Delafont. Mucho gusto en conocerla. Nos encuentran celebrando la llegada de la primavera.

Maurice ha repetido su frase preferida de presentarse sin previo aviso para recordarles que él, como amo, se presenta cuando le da la gana:

—¡Visita sorpresa de inspección! —ha exclamado con una medio sonrisa para no parecer tan estricto. Y ha añadido—: Hace tiempo que ha llegado la primavera, señorita Margot.

La mujer ha replicado:

—En Tolosa quizá sí. Aquí en la montaña tarda más. Ahora es cuando todo empieza a florecer.

En el ínterin habían acabado de llegar los españoles. La mujer llevaba zapatos bajos y ropa de vestir, piezas ciertamente poco apropiadas para caminar por el campo; en cambio, él iba sucio de polvo de los pies a la cabeza, como una patata recién desenterrada del barro. A golpes de boina se sacudía la tierra de la camisa y las perneras de los pantalones, y le mostraba la mano izquierda embarrada musitando, en un francés sucio como su ropa, que le disculpase por no darle la mano. Cécile y Aurora se han saludado con una alegría exagerada mientras celebraban, la campesina con más entusiasmo que la señora, que ya era hora de que se conociesen en persona. Aurora ha dado por hecho que irían a la casa y se quedarían a comer:

—Deben de estar cansados del viaje. Mientras preparo la comida, tomarán el pastís.

El señor Delafont ya se imaginaba que deberían quedarse a comer. Al fin y al cabo, a él le convenía. Era demasiado tarde para volver a Sent Gironç, no le hacía ninguna gracia relacionarse con un magnate del Partido Popular y, además, empezaba a tener hambre y aquí habría pitanza buena y abundante. Pero antes de ir a la masía tenía que hablar del asunto con los suizos. Su mujer le ha acabado de facilitar el cambio de planes:

—Yo tendría que ir un momento a la *toilette*.

—Venga, señora Cécile. La acompaño y así me pongo a preparar la comida.

El payés se ha escabullido detrás de las mujeres y la directora se ha excusado aduciendo que debía ir un momento a la colonia para que formaran los niños. Ha añadido que cuando la señora Cécile regresara de la *toilette*, fuesen al patio, que los niños les habían preparado una sorpresa. Solo al lado del camión, lo ha rodeado y ha ido a asomarse por la puerta de la capilla, donde su sobrino trajinaba. Lo ha informado de que comerán en la masía, que ya pasarán de bajada a saludar al fabricante de Sent Gironç:

—Mientras tanto, tú haz lo que tengas que hacer.

—¡Yo con estos comunistas no como! —ha soltado apilando una caja.

Él le ha respondido:

—¡Estos que tú llamas comunistas te dan mucho dinero! ¡No me hagas quedar mal! Si no vienes a comer, ya puedes cargar todo el género, que aquí no vuelves.

Así de claras se las ha cantado, y se ha alejado en dirección a la entrada de la masía, a la espera de que la señora bajase de mear.

Minutos más tarde aparecía la directora y se los llevaba hacia el interior del patio, donde han tenido la sorpresa de topar con toda la chiquillería del orfanato. Los pequeños sentados en el suelo, otros en los bancos y los mayores de pie detrás, todos esperaban calladitos la llegada de los señores de Artiga. Guiados por la directora y observados por un centenar de mocosos que se los comían con los ojos, han avanzado entre las dos hileras de bancos hasta las sillas de la presidencia. La directora los ha invitado a sentarse y acto seguido ha anunciado con voz solemne que hoy tenían el honor de recibir a los propietarios de la colonia, el señor Maurice Delafont y la señora Cécile. Se ha dirigido a ambos:

—Les agradecemos que en unos tiempos tan difíciles nos hayan cedido su preciosa casa de la montaña.

A continuación, les ha comunicado que la coral de Artiga quería obsequiar a la señora Cécile con la canción titulada *Il était une dame Tartine*. La *dame Tartine*, ha explicado, es una señora muy

dulce que vive en un palacio construido con toda clase de pasteles y golosinas. Al acabar la canción, una niña le ha regalado un ramo de flores y le ha dado dos besos. A él le han dedicado una canción que se titula *J'ai perdu le do de ma clarinete*.

—Es muy divertida, señor Maurice, ya lo verá —le ha dicho la mujer—. La canción trata de un niño que va perdiendo las notas de su instrumento y está intranquilo pensando en que su padre lo reñirá.

Acabada la canción, que ha interpretado una chica alta y morena con un clarinete auténtico y acompañamiento de flautas, les han regalado dos dibujos de Artiga pintados por los niños con lápices de colores. En uno aparecen los edificios de la colonia tal como están hoy; el otro es un dibujo del convento en ruinas tal como estaba cuando ellos llegaron, pronto hará cuatro años.

—¡Qué bonito! —ha exclamado Cécile entusiasmada—: Los llevaré a enmarcar y los colgaremos en el comedor. —Mientras él pensaba: «¡Estos suizos se la saben todas! Me lo ponen muy difícil».

Después de los obsequios, la directora ha reiterado su agradecimiento a los señores, les ha recordado que en la colonia siempre serán bienvenidos y ha acabado el acto porque era tarde y los niños debían ir al comedor. Cécile, sin embargo, no tenía ninguna prisa. Ahuecada como una clueca después de un recibimiento tan espléndido, se ha empeñado en dar una vuelta por los varios cuartos que dan al patio, como si dispusiese de todo el tiempo del mundo. Se ha entretenido un rato en la sala que utilizan como escuela. Ha mirado uno a uno los dibujos que decoraban las paredes; quería saber qué decían los textos escritos en alemán, preguntaba quién era el niño rubio que aparecía en todos los dibujos.

—Se llama Lukas, ¿verdad?

—Eso mismo, Lukas —ha dicho la directora con cara de mandarla a paseo.

—¿Y cómo es que lo dibujan siempre durmiendo?

—Es que ¿sabe, señora Cécile? —suspiraba la suiza, cargada de paciencia—, el niño estuvo enfermo, muy enfermo. Pero ahora ya se encuentra bien. Cuando se curó le hicieron todos estos

dibujos.

—¡Pobrecito! ¡Ay, Dios mío! Me gustaría verlo.

Al final ha intervenido él para que no lo cabrease más. Ha tenido que hacer un esfuerzo por contenerse:

—Ahora no puede ser, Cécile. Los niños están en el comedor. Y los españoles nos esperan para comer.

—Eso, vamos a comer. Ya veré luego al pequeño Lukas, por la tarde.

La directora los ha despedido en la entrada del patio, una despedida efusiva por parte de la suiza, que daba por hecho que hoy no volverían a verse. El sobrino los esperaba fumando al lado del camión. Después de trajinar en el almacén, había ido a curiosear por el lugar donde estaban los suizos cuando ellos han llegado. Refunfuñaba que había azadas y palas, que la tierra estaba blanda y se notaba que habían excavado un hoyo y después lo habían vuelto a cubrir:

—Han enterrado a un animal. ¡Que me cuelguen si miento! Alguna costumbre salvaje de los judíos.

—¡Qué dices! No me lo creo —ha dicho Cécile—. Los labradores también estaban allí. Y en España son católicos, como aquí.

—¡Nos ha venido la mierda de España, tía! ¡Más comunistas que el dios que los parió!

Aurora les había cocinado una sartén de arroz con conejo que estaba de rechupete. A pesar de todo, entre los comensales se respiraba tensión, con silencios largos e incómodos debido a la presencia del miliciano y su expresión arisca y desafiante. Nada más llegar le ha preguntado a Ramon por su hermano, y el hombre se ha puesto a farfullar en un francés desastroso que a Enric no le gusta mucho el lugar, que se escapa en cuanto puede, que ahora trabaja en el bosque para un carbonero de Rimont. Las mujeres eran las únicas que mantenían entre ellas una conversación distendida sobre recetas de cocina, el sombrero elegante que lucía la señora Cécile y los hijos de la campesina que van a la escuela en la colonia y que hoy se han quedado a comer con sus compañeros. Hacia el fin de la comida, René ha intentado chinchar a su tío:

—Y usted, tío, ¿no debía comentarles un asunto del contrato?

Su intervención ha puesto en guardia al payés, ha paralizado a Aurora en la puerta de la cocina con la cafetera en las manos y ha hecho que Cécile bajara la cabeza, resignada ante la salida impertinente de su sobrino preferido. Maurice, que más o menos se lo imaginaba, le ha tapado la boca de forma contundente:

—No, aún no toca. Falta mucho para renovar el contrato.

—Dos años justos —ha remarcado Ramon—. Esta vez lo renovamos por cuatro años.

El miliciano se ha levantado de la mesa mascullando que los esperaba en el camión y ha cruzado la puerta poniendo morros como un mocoso maleducado. Ellos no han querido alargar mucho más la sobremesa. Poco más tarde, Cécile se deshacía en agradecimientos a la mujer por la comida y el paquete que les había preparado, y se han despedido como si no pasara nada, aceptando la invitación de repetir la visita en el verano, cuando en Tolosa no se puede vivir de calor. El chófer los esperaba con el motor en marcha. Se han acomodado como en el viaje de ida: él al lado de la ventanilla y la mujer en medio, como un almohadón entre tío y sobrino. Ha sido ella quien ha roto el silencio después de dejar atrás la cerca y coger la bajada hacia la carretera:

—¡Me han gustado los niños judíos! ¡Si parecen franceses! —ha exclamado de cara al cristal—. ¡Caramba, qué música! Tendrías que haberlos escuchado, René. No quiero que les pase nada malo. ¿Lo oís?

Su sobrino lo ha aprovechado para volver a la carga:

—Nadie les hará ningún daño, tía. Los llevarán a Foish. Allí hay un orfanato de la Cruz Roja francesa. En la ciudad se lo pasarán mejor que aquí.

—Pero dadles unos días de tiempo, avisadlos antes.

—Es que no tenemos mucho tiempo, tía. Si no lo hacemos pronto, luego ya no será el buen momento. Pero tío no se acaba de decidir.

Entonces el tío ha intervenido:

—Tengo que pensármelo mejor, ya te lo he dicho.

—Mientras usted se lo piensa, encontrarán otro lugar para la

milicia. Estamos en guerra, tío. En la guerra se deben tomar decisiones rápido. Hay que tirarse al charco, como hemos hecho Edmond y yo alistándonos en la milicia.

—Vosotros sois jóvenes. Si yo tuviese vuestra edad, habría hecho lo mismo —ha ponderado el viejo—. Pero ¿sabes qué pienso ahora? Que el charco quizá no sea tan hondo como creéis y os podéis dar una hostia contra el suelo. Es cosa vuestra, no tengo por qué meterme, ya sois mayorcitos. Pero en el asunto de Artiga nos arrastrarías a nosotros. Eso es lo que me da miedo.

Su sobrino ha seguido en sus trece, tozudo como una mula:

—El negocio es seguro, tío. Ya lo verás. Cuando lleguemos a Sent Gironç pasamos por el cuartel de la milicia a buscar a Edmond y después vamos a ver al empresario. Ellos te lo explicarán mejor que yo. Tenemos tiempo de sobra. El tren no sale hasta las seis y media.

«Ni hablar», ha pensado Maurice. No le hace ninguna gracia que lo vean por la calle con los jóvenes de la milicia, y aún menos con un pez gordo del Partido Popular. Además, ya conoce a su mujer. Este Edmond es un seductor de viejas, y cuando ella vea a aquel calavera enjabonándola y dándole coba, se olvidará al acto de los niños judíos que parecen franceses, del ramo de flores y de madame Tartine con su palacio de pasteles. Antes de llegar a las primeras casas de Sent Gironç, le advierte de manera clara y definitiva:

—Seré yo quien decida este asunto. Y pobre de ti como des un paso sin consultarme. Llévanos directamente a la estación, vamos.

Ahora los amos de Artiga están en la estación del ferrocarril, los dos sentados en un banco de la sala de espera. La mujer suelta un suspiro largo y ronco, abre los ojos, comprueba que su bolso de piel no le ha desaparecido del regazo y regresa al lado de su marido. Por lo que ella dice tras un rato de dar cabezadas, la visita a la colonia de Artiga debe de haberla acompañado en el sueño:

—¿Sabes qué pensaba, Maurice? Que si fuésemos más jóvenes, podríamos adoptar a algún niñito de los suizos. Aquel rubito de los dibujos, no recuerdo cómo se llama. Tiene nombre de un santo evangelista...

—Lukas.

—Eso, Lukas. Habíamos quedado con la maestra de los rizos grises en que pasaría a verlo después de comer, pero mira, con las prisas de marcharnos, se me ha ido el santo al cielo.

Él le sigue la corriente:

—Ya lo verás en el verano, mujer; cuando volvamos a Artiga.

30

HELMUT, LEVY, RACHEL

La madrugada de mayo es todavía muy fría en los Pirineos. Los primeros rayos de sol empiezan a encender las crestas más altas del valle cuando regresan a la masía del Pradeth. Ambos han caminado por la montaña toda la noche y, a pesar del sueño y la fatiga que arrastran, Helmut no tiene ninguna prisa por ir a descansar, como ha hecho Louis apenas han llegado a casa. Saca un papel doblado del bolsillo del pecho de la camisa y va a sentarse al extremo de un banco con respaldo que recorre la larga y sólida mesa de la sala comedor. Quiere anotar en el croquis de la ruta algunos detalles y observaciones antes de que el sueño los borre de su memoria.

Hace tres semanas que el muchacho más mayor de la colonia de Artiga llegó a Pradeth acompañado de Enric, que se lo presentó al ganadero como el nuevo jornalero. Louis recibió con su simpatía habitual a aquel ayudante joven y corpulento dispuesto a echarle una mano durante un par de semanas o tres. Poco después, sin embargo, cuando Enric le reveló el origen del chico y su intención de conocer el camino de la frontera, el hombre frunció el ceño:

—Yo ya no soy pasador, ya lo sabes. No quiero que me ocurra como a los hermanos Barrau de Aunac. Uno muerto, el otro deportado a Alemania. Mucho ojo con los aduaneros y la Gestapo. Los cabezas cuadradas no se andan con chiquitas como los gendarmes. ¡Peores que el anapelo azul que mata las vacas!

Para complicar aún más la vida a la gente de montaña, explicó que los alemanes acababan de dictar un decreto por el que se prohibía a los ganaderos subir a los pastos altos en el verano.

Quieren mantener la montaña totalmente limpia de animales y de personas, de modo que ante cualquier figura humana que vislumbren con los binóculos desde alguna cresta o desde un avión, dispararán a matar sin preguntarle si es un pastor de la zona o un piloto inglés. Enric propuso entonces que también podrían hacer de noche la ruta de la frontera, así no correrían ningún peligro. De hecho, los chicos de Artiga deberán hacer de noche buena parte del trayecto. El ganadero meneó la cabeza sin decir ni que sí ni que no, un gesto indeciso que, según adivinó el español, buen conocedor de la gente de montaña, significaba que al final acabaría por acompañarlo. Como así ha sido efectivamente.

Pasadas las diez de la noche, han salido los dos de la masía. A la luz de las estrellas y de la media rebanada de luna han tirado bosques arriba hasta los apriscos abiertos de la cabaña de Suberan, y de allí a los pastizales más altos conocidos como los Clots, donde el guía le ha enseñado la cabaña minúscula donde podrían descansar alguno de los días de marcha. Poco más arriba de la cabaña han comenzado a encontrar nieve, una nieve blanda que a estas alturas del mes de mayo se derrite como la mantequilla. Han tenido tiempo todavía para subir hasta lo alto del collado y asomarse a la otra vertiente. Desde allá arriba el ganadero, que hasta hacía un año había guiado a fugitivos a España, le ha dado indicaciones precisas sobre el tramo que faltaba hasta la frontera española.

—No hay pérdida posible —suspira Helmut horas después mientras dobla la hoja.

Se levanta poco antes del mediodía con la decisión tomada de volver a la colonia y exponer a sus compañeros todos los detalles de la escapada. Louis está en el establo arreglando unas cercas portátiles hechas a base de bastones que montan en el prado para parcelar los pastos. Si durante el verano no pueden llevar el ganado al monte, necesitarán cientos de metros para racionar la hierba de los alrededores de la masía. Si el verano se presenta seco, lo pasarán mal. Mientras clava palos a los barrotes traveseros, Helmut le pregunta la fecha más apropiada para partir hacia España.

—Deberíais hacer la ruta con luna llena —dice Louis levantando los ojos del serrucho—. En unos diez o doce días tendremos plenilunio. O sea, la primera semana de junio. Si aún no estáis preparados, esperad hasta julio.

—¿Qué harías tú?

—No es fácil decirlo, muchacho. En mitad del verano no encontraréis tanta nieve como ahora. Piensa que desde el collado al que hemos llegado hoy hasta la frontera de España pisaréis muy poca tierra. También he de decirte que en julio hay más vigilancia. El año pasado los aduaneros de Salau montaron un campamento en el puerto de Aulà, no muy lejos del collado por donde vosotros tenéis que cruzar. ¿Son bastante andadores tus compañeros?

—Muy andadores —exagera Helmut—. No paran de hacer excursiones con el maestro de gimnasia.

—Pues si solo sois tres y los otros dos caminan como tú, yo me largaría cuanto antes mejor. —El hombre deja la herramienta y se sienta encima de una pila de barras dispuesto a atender al muchacho—. Y cuando lleguéis a España, ¿qué haréis? ¿Tenéis algún contacto allí?

—La directora nos dijo que ya nos informaría.

—¿Y de los papeles no os han hablado? ¿Qué documento le enseñaréis a la policía española?

Helmut le cuenta la estrategia que le reveló Enric. El español aconsejó que rompiesen todos los documentos, que entre ellos hablasen en francés y que se hiciesen pasar por canadienses. Dice que en Canadá hay una región en la que se habla francés. Y la policía no podrá comprobarlo porque España no tiene relaciones diplomáticas con este país. Si la policía española se huele que son alemanes o franceses, los devolverá a Francia.

El pasador retirado discrepa totalmente de esta estrategia:

—No os devolverán a Francia, pero os meterán en un campo de concentración. Y os podéis consumir esperando que os reclamen de Canadá. ¿No sois acaso judíos, vosotros? Pues les enseñáis la cédula de identidad.

—¿Estás seguro?

Helmut siempre ha creído que el cartoncito con el sello rojo

de judío estampado en él es un estigma que tiene que esconderse en cualquier lugar del mundo donde vayas a parar. Louis replica que no es que en España ser judío sea ningún privilegio, ni mucho menos. Él solo sabe que en los últimos tiempos en que pasaba fugitivos, a los judíos era a los que mejor les iba. No tenía noticia de que los hubiesen devuelto a Francia. Incluso abandonaban España más deprisa que los pilotos y los desertores franceses. Le habían dicho que en Barcelona había espías judíos que sobornaban a la policía. De repente le pregunta qué edad tienen él y los otros dos compañeros.

—Yo tengo diecinueve. Otro cumplirá dieciocho a finales de año, y el más joven, diecisiete.

Louis frunce el ceño:

—Lo tenéis crudo, muchacho, tú y tu compañero de dieciocho. Aunque seáis judíos, estáis en edad militar y os retendrán en España.

«Ya me espabilaré», piensa Helmut. El caso es poder llegar a España.

Después de cenar se despide de Pradeth. Dice adiós a la dueña, que lava los platos y se seca las manos en el delantal, y a la abuela, que teje con agujas de tejer un jersey de lana para su nieto, que está en Bretaña trabajando para los alemanes. Louis lo acompaña hasta la cerca de fuera y mientras le indica que a sus maestros de la colonia se los debe poner al corriente del riesgo añadido que comporta la huida después del nuevo decreto de los alemanes que prohíbe el acceso a los pastos de verano:

—Tienes que decírselo. Deben saberlo.

Él responde que lo hará, mientras piensa que se guardará muy bien de alertarlos con otro peligro. Si Mirla y el *colporteur* lo saben, se acojonarán. El ganadero abre el pestillo de la cerca:

—Mucha suerte, chavales. —E insiste en el lamento que ha ido repitiendo estos días—: Me sabe mal no poder acompañaros.

—Gracias, Louis. Te agradezco todo lo que habéis hecho por mí.

Este «todo» incluye la acogida en la casa, la ruta nocturna, los consejos para la huida y también la negativa a acompañarlos. Sin

el pasador, él será el guía y cabeza indiscutible de la expedición, tal como le adelantó el *colporteur* Christophe con unas palabras que, según le dijo Levy, extrajo de algún libro sagrado: «Tú, Helmut, serás su guía como el chivo ante el rebaño». Emprende la vuelta a la colonia convencido de que ya sabe todo lo necesario para la expedición a España y con la intención de partir a principios de junio. Durante estos días tendrá que convencer a Mirla y al *colporteur* de que es el mejor momento para la huida. Y, si no los convence, piensa pirarse igualmente con sus compañeros de habitación. Antes, sin embargo, ha de encontrar una solución a su carné de identidad, y tratándose de manipular letras y números, imagina que Daniel podrá ayudarlo.

Por suerte, al día siguiente, hacia media mañana, cuando llega a Artiga, encuentra a su compañero de habitación escribiendo solo en una mesa del patio. Le murmura con un tono de voz confidencial que vuelve de la montaña con muy buenas noticias sobre la huida a España y que deberían ir a la habitación por razones de seguridad. Daniel no tiene ganas de moverse. Replica que allí están lo bastante seguros, que los pequeños y los medianos están dentro de las aulas, y el grupo de los mayores, chicos y chicas, después de desayunar ha salido de excursión a la montaña con Charles. Añade que él no tiene que perder el tiempo caminando por la montaña, que trabajando en el campo con los españoles dos horas diarias está en buena forma física. «Ya verás lo que es bueno, sabelotodo —piensa Helmut—. No tienes ni idea de lo que es caminar ocho horas seguidas cuesta arriba.» Pero en este momento no le conviene ponerse a malas con él. Se sienta a su lado y le suelta que conoce al dedillo el camino para llegar a la frontera española y que la mejor fecha para partir es dentro de diez días, aprovechando que habrá luna llena. Antes de que tenga tiempo de reaccionar, le suelta que ellos dos tienen el problema de ser mayores de dieciocho años:

—Aunque tú no los cumplas hasta finales de año, los policías españoles cuentan el año de nacimiento. Consideran que estamos en edad militar y nos encerrarían en un campo de concentración. Por lo tanto, hemos de decir que tenemos diecisiete años. —Y le

comunica su idea—: Tú, que sabes escribir, tienes que modificar los carnés. El tuyo y el mío.

—¡Qué dices! Eso es muy complicado. Se notará el garabato y nos acusarán de falsificadores. Prefiero ir sin papeles.

Él trata de hacerle entender todo lo que le ha explicado Louis sobre los judíos: que ahora Franco los admite, que no los devuelve a Francia ni los encierra en campos de concentración y, por lo tanto, tienen que hacer valer su condición de judíos. Se saca del bolsillo el cartoncito doblado y le señala la corrección insignificante que se tiene que hacer:

—Solo debes cambiar el último número del año de nacimiento. ¿Lo ves? Borrar el cinco del año 1925, y poner un siete en su lugar. Y en la tuya lo mismo. —Mientras Daniel se lo piensa, suenan los chillidos y el alboroto de los pequeños que salen al patio—. Tengo que hablar con Levy. ¿Sabes dónde lo puedo encontrar?

—Ya te lo he dicho antes —dice su compañero devolviéndole el documento—. Ha salido de excursión con Charles.

Levy Keller se halla en ese momento en lo alto de la montaña de Calamana con el grupo de los chicos y las chicas, una docena en total. El hijo del rabino se enorgullece de haber sido el primero en llegar a la cima. Bueno, el primero en llegar ha sido Liebre, pero este no cuenta, porque es gentil, puede aspirar más aire por el agujero del paladar y, además, se pasa el día corriendo arriba y abajo por el camino del molino. Sentado en una piedra llana de la cumbre, roe una rebanada de pan seco con un pedazo de queso mientras atiende lo que dice Charles, que les señala varios puntos de la hondonada que tienen delante:

—Estamos en la parte superior de la herradura de montañas que protegen el Solan de los vientos del norte. Esto hace que tengan un clima más benigno. Allá abajo podéis ver los tejados de Artiga, aquel pueblo de allá es Sent Pèire. Al fondo del valle, el río Arac, y enfrente, la cresta de los Pirineos, que hacen frontera con España...

Pronto el maestro abandona la lección de geografía y regresa a la gimnasia, que es donde el hombre se encuentra más cómodo.

Quiere que sepan que, de bajada, los músculos de las piernas trabajan de modo diferente a como lo hacen de subida, que hay que ir con cuidado de no relajarse porque es al bajar cuando se producen más accidentes... Aún está hablando el maestro cuando Liebre se da media vuelta y rápidamente empieza a bajar por el atajo. Quiere llegar pronto a la colonia, adivina Levy, para tener tiempo de llevarse a Carmen al barranco y hacer un rato de ejercicio. Todo el santo día van arriba y abajo por el camino emboscado del molino para evitar que los vean. Pero no es preciso que se maten, pues no les servirá de nada. Helmut no permitirá que se peguen como garrapatas a su expedición.

De regreso en la colonia, Levy localiza a Helmut en las mesas del patio, rodeado de pequeños y medianos, que escuchan boquiabiertos al único interno que, desde que llegaron a Artiga, ha tenido el privilegio de salir de la colonia y ver el mundo de fuera. Enfrascado en contar sus aventuras, no se ha percatado de la presencia de su colega y compañero de litera. Para que sepa que quiere hablar con él, Levy grita muy alto el saludo militar:

—¡A sus órdenes, mi capitán! ¡Le traigo novedades de la colonia!

Efectivamente, Helmut se pone de pie y se quita de encima a los niños:

—Os dejo. Ha venido el sargento Keller y debemos inspeccionar la muralla.

Ambos abandonan el patio, continúan por la pista y enseguida reemprenden el juego de la guerra:

—Ya era hora de que volvieses, capitán. En el campamento se ha producido una insurrección.

—¿Algún desertor?

—No, al contrario. Peligro de intrusos. —A continuación, lo informa de que Liebre está empeñado en ir a España a escondidas del *colporteur* y de Mirla—. Como si fuera judío. ¿No sabes que se ha escrito en su carné la palabra judío? Lo ha copiado con un lápiz rojo del carné de Daniel. A ti te hará caso, capitán. Te estaba esperando.

El capitán Bachenheimer no reacciona de forma tan rápida y

contundente como él había imaginado. Medita unos segundos antes de decir:

—Liebre nos puede ser útil. Necesitamos unos buenos zapatos para la nieve y, a través del *colporteur*, él nos los puede conseguir. Le pondremos esta condición: «Si quieres venir con nosotros, tienes que encontrarnos unas botas de montaña». ¿Qué te parece?

—Hombre, si nos da unas botas... por lo menos para nosotros dos.

—¿Alguna otra novedad, sargento Keller?

«Ya lo creo», piensa él. El lío más gordo aún no se lo ha contado:

—Liebre quiere que venga también Carmen. Le ha hecho creer que tiene que venir. Que si entrena podrá seguirnos y que en España encontrará a sus padres. Los dos están muy animados, cada día salen a caminar a escondidas por el interior del bosque. Y Rachel, como no quiere abandonar a su hermana, también se lo está pensando... No puede ser, Helmut. Qué se han creído las mujeres que son. Diles que no las queremos y sanseacabó.

—¿Y Daniel qué dice?

—Él no quiere que vengan las hermanas. Cree que no podrán seguirnos y que la evasión será un fracaso. Ayer me dijo que si las mujeres vienen, él se queda. Pues que se quede y nos marchamos nosotros dos y Liebre.

De nuevo le sorprende la respuesta de su compañero:

—Daniel vendrá, ya he hablado con él. Y si a última hora quieren seguirnos las hermanas Estruga... Dejemos que vengan, luego ya verán lo que es bueno. Imagínate que a medio camino no pueden más, pues nosotros dos continuamos hacia España. ¿Sabes dónde está Rachel ahora?

Rachel está en el lavadero zurciendo unos calcetines ante una mesa llena de ropa limpia para repasar. Sola. Alice y Esther se han llevado labor a la habitación para hablar de sus cosas. Y Daniel, quién sabe dónde andará. Desde que se marchó Jean-Luc, ha cambiado mucho. Era su alumno preferido, discutía con él sobre libros delante de todos, leía sus redacciones en voz alta en la clase, un año le encargó la velada del *réveillon*. Ahora, como no puede

leer a nadie lo que escribe en su cuaderno, se lo lee a ella. Son escritos tristes. Como aquella página de la semana pasada en que decía que en primavera todo crece, todo se renueva. Plantas, árboles y animales se preparan para dar frutos. «Pero nosotros seguimos confinados en la colonia, como los frailes que antes vivían en el convento. Llegará el verano y únicamente nos habrán crecido las uñas y el pelo.... Cosas por el estilo, propias de un chico amargado de la vida. Con ella se muestra frío, distante, como si tuviese la cabeza en otra parte. Y cuando están juntos y se abrazan, solo piensa en metérsela. Menuda obstinación tiene...

Los pasos de alguien que se acerca y que abre el pestillo sin llamar le cortan sus cavilaciones:

—¡Helmut, qué sorpresa!

Alto y corpulento como es, el cabello encrespado, la piel tostada por el sol y la barba de un mes, parece un profeta joven que acaba de bajar de la montaña. El chico agarra una silla con una sola mano, la planta con un golpe delante de él y se sienta espatarrado con el pecho contra el respaldo:

—Ya sé que quieres venirte a España —le suelta de sopetón—. Me lo ha dicho Levy. Estoy muy contento de que vengas.

Cogida por sorpresa, la chica no osa contradecirlo:

—Es que Mirla no me dará permiso. Dijo que primero iréis los chicos, que las chicas...

—¡Mirla no lo sabrá! —dice él con la misma seguridad, abrazando los barrotes de la silla—. Nos escaparemos a escondidas. También vendrán Liebre y tu hermana.

—Carmen solo tiene doce años. ¿Crees que podrá?

Él sonríe enseñando unos dientes que la oscuridad de la barba hace más blancos.

—Caminará más deprisa que tú, ya lo verás. Conozco bien la ruta hasta la frontera. El camino es largo, pero en cuatro etapas podremos hacerlo. Caminaremos de noche y descansaremos de día. Lo tengo todo calculado. La cuarta noche pasaremos a España. Y allí encontraréis a vuestros padres.

Rachel le expone otra de las dudas que le baila por la cabeza en esos días:

—Es que no sabemos seguro si están en España. En la última carta nos decían que querían ir allí, pero hace más de seis meses que no sabemos nada de ellos. También pienso que España es muy grande y, si no sabemos su dirección, será muy difícil encontrarlos.

—Yo te ayudaré a encontrarlos, te lo juro por la espada de Josué. Tienes que venir, Rachel. Te necesito. ¿Sabes qué te digo? Que sin ti no podríamos marcharnos. ¿Te acuerdas de cuando asaltamos el almacén de la capilla? Tú fuiste una pieza clave, imprescindible. Pues ahora lo mismo. Te necesito por la intendencia. Debemos llevarnos comida para cuatro días. Y tú tendrás que sacarla de la cocina. Quesos, embutidos, tabletas de chocolate, pan, latas de carne... Poco a poco, que no se note. Tú solo la sacas, nosotros bajaremos a esconderla al molino. —Con los ojos le señala la pila de ropa—. También tendremos que convertir sacos vacíos en mochilas. Todo eso en secreto, ¿estamos?

—¿Y qué día queréis que nos marchemos?

Antes de responder, insiste en el secretismo con el que se ha de preparar la operación.

—Si a Mirla le llega el más mínimo indicio, todo se irá al carajo. ¿Sabes lo que te digo? Que ni ella ni el *colporteur* tienen la menor intención de dejarnos marchar nunca de la colonia. Y aún menos a ti. ¿Acaso no ves que te hacen trabajar como a una esclava? Nos harán pasar con cuentos todo el verano y después, cuando vuelva a nevar en las montañas, ya no estaremos a tiempo.

Ella insiste en la fecha de huida y la respuesta le cae encima como un jarro de agua fría:

—El domingo 4 de junio. Saldremos después de la medianoche. No podemos esperar más, Rachel. Hemos de aprovechar la luna llena para caminar en la oscuridad. En verano, en la frontera hay un montón de alemanes. Tenemos diez días, el tiempo justo para prepararlo todo.

—Id vosotros, Helmut. No estoy preparada para andar tanto.

—¡Pues tienes que prepararte! Aprovecha las horas libres para hacer ejercicio. Te quedan diez días aún. Tienes tiempo de sobra.

—¡No me veo caminando por la nieve y con falda! —Nota que él le repasa las piernas con los ojos y encoge las rodillas

instintivamente.

—¿Adónde cojones quieres ir con falda? Tienes que ponerte unos pantalones. Tú y tu hermana. ¡Tantos como has tenido que remendar en tu vida, ya es hora de que te pongas unos! —Echa la silla atrás y se pone de pie—. Confío en ti, Rachel. Ah, y llévate el clarinete. Lo necesitaré para animar a la tropa.

«Ponerme pantalones», suspira Rachel cuando se queda sola. Abandona el calcetín que estaba zurciendo con el huevo de madera dentro y se pone a revolver en la pila de ropa en busca de piezas de hombre. En medio del registro le viene a la memoria una sentencia de su abuela de Salónica: «Quien mucho se lo piensa, no irá nunca a Jerusalén».

31

PHILIPPE

«Hasta hoy todo va como la seda», suspira Philippe acurrucado al lado de Carmen, que duerme a pierna suelta bajo el techo de roca. Ha llegado muerta de cansancio, pero contenta de haber podido seguir sin hacerse esperar demasiado. Puede confiar en Helmut. Es un tipo valiente, astuto y comprensivo. A pesar de que no hubo manera de obtener de Samuel los zapatos nuevos, lo aceptó en el grupo y luego lo escogió para ir al frente, abriendo camino armado con su ruiseñor de hojalata. Aún no le ha gritado por alguna equivocación que haya cometido; ni siquiera lo riñó la primera noche, cuando metió la pata a la entrada de un pueblo e hizo sonar la alarma.

La primera noche fue un túnel de penumbra larguísimo, con subidas, bajadas y tramos de camino llano, salpicado de nervios, fatigas y sobresaltos. Lo embocaron a la una de la madrugada, cuando Helmut murmuró la orden de salida: «¡Adelante, Liebre!». Él se ajustó a la espalda las correas de la mochila de excursionista, abrió la puerta de la habitación poco a poco procurando no hacer ruido con el pestillo, cruzó el patio de puntillas y, una vez fuera, corrió campo a través hasta los primeros árboles. La luna arrojaba una luz cenicienta a campo abierto que se volvía más oscura en la espesura del bosque. Esperó hasta que apareció la larga silueta de Helmut con un bulto a la espalda. Le hizo una seña con los brazos y, al recibir respuesta, se adentró en el bosque entre troncos y matas hasta encontrar el sendero que baja al molino. Esa era la consigna que le había dado: andar separados una veintena de

pasos, cada uno al quite del compañero de detrás.

Carmen y Rachel fueron las últimas en llegar al molino. Ambas llevaban unos pantalones de golf abrochados con una cinta encima de los tobillos, que las convertían en unas personas pintorescas, una mezcla de chico y de chica. A Rachel le hacían el trasero más gordo, pero en cambio Carmen estaba muy graciosa, más elegante que con vestido. Pronto se puso a su lado: «Iré contigo, Philippe».

Tuvo que explicarle que no podía ser, que él debía ir solo delante con el guía, pero que no se preocupara, que la estaría vigilando para ver cómo le iba y que de vez en cuando se reagruparían. Rachel le confirmó a Helmut que su hermana había dormido con ella y que, a la hora de partir, sus compañeras de habitación se habían despertado y les había hecho prometer que no le dirían nada a Mirla hasta por la mañana, cuando se levantasen. «Le dirán que nos hemos ido a España y que no se preocupen, que conocemos bien el camino. Y, sobre todo, que no intenten ir a buscarnos, que cualquier paso que den para encontrarnos nos pondría en peligro.»

Repartieron las provisiones escondidas en el molino días atrás entre los sacos de los chicos y su mochila. Estaban listos para partir cuando Helmut le indicó que preparase el silbato y pidió al grupo un momento de silencio. Él ya había sacado de su bolsillo el ruiseñor de lata con la tripa llena de agua y se lo había metido en la boca. Un momento después se oyó un trino lejano por encima del rumor del río. Helmut dijo en voz baja:

—Eso es el ruiseñor de verdad. Y ahora oiréis la alarma de Liebre. —E hizo piar al ruiseñor de lata—. ¿Notáis la diferencia? Pues cuando lo oigáis, abandonáis el camino y os escondéis en las márgenes. Si conviene, huis hacia el bosque. El ruiseñor de Liebre servirá después para reagruparnos.

Sin más indicaciones, el grupo se puso en movimiento. Él, abriendo la marcha unos pocos metros por delante de Helmut, atento a sus indicaciones; después Levy, a continuación las hermanas y, por último, Daniel, haciendo de escoba. Siguieron bajando y, una vez en el río, lo remontaron por la orilla derecha

hasta que encontraron una viga que hacía las veces de pasarela. Una vez que hubieron pasado todos y se hubieron reagrupado, Helmut advirtió que se encontraban en uno de los tramos más arriesgados de la noche. El cruce de Quercabanac era la puerta de entrada a los valles más altos, donde los aduaneros alemanes solían poner un control de día. Corría la voz de que algunas noches se quedaban escondidos dentro de la caja de un camión cubierto de ramas.

—¿Listo, Liebre?

—Listo —musitó él con el silbato temblándole en los labios.

Enfiló la pared del río, salió a una carretera que encontró muy ancha y demasiado iluminada, y siguió bien derecho hacia el maldito cruce de los controles. La peña siniestra de Quercabanac parecía la entrada a las fauces de un lobo. Lleno de coraje, se aventuró hacia el desfiladero mirando de reojo a derecha e izquierda, sin notar el aire fresco en la cara ni el peso de la mochila, ni siquiera la ropa en la piel. Aunque hiciese sonar el silbato, el rumor del río Salat que discurría paralelo a la carretera era tan fuerte que sus compañeros no lo oirían. A medida que las montañas de uno y otro lado se separaban, se fue tranquilizando. Miraba atrás y veía la sombra de Helmut cada vez más cerca, dirigiéndole gestos enérgicos con el brazo para que fuera más deprisa. Él solo le hacía caso a medias. Simulaba que aceleraba el paso, pero poco después iba aflojando el ritmo para que Carmen pudiese seguirlos. Pasada la población de Soesh, cuando el valle se había abierto en una llanura, se escabulló hacia la derecha por una pista de tierra que sube al pueblecito de Rogala. Dejar la carretera general y la ribera del Salat fue un alivio, hasta el punto de que había tramos en que caminaban confiados uno pisándole los talones al otro.

Cruzaron pequeños pueblos dormidos, granjas vigiladas por perros ladradores que los obligaban a dar un rodeo, tramos de bosque sin camino y campos de cultivo abiertos. Se habían separado otra vez para atravesar una población y él avanzaba completamente solo hacia las primeras casas cuando de pronto se encontró frente a un individuo blanco con los brazos abiertos a

punto de arrojársele encima. Aterrorizado por la visión, se dio la vuelta y corrió haciendo sonar el ruiseñor. No tardó en llegar donde Helmut, que lo esperaba detrás de un matorral al borde del camino:

—¿Un hombre saltando con los brazos extendidos? —se extrañó el guía—. ¿Hacia dónde ha tirado?

Pasados unos minutos y al ver que todo seguía en silencio, se acercaron lentamente, avanzando encorvados detrás de las matas. Philippe señaló el lugar del peligro:

—Era allí, cerca de la cruz.

—¡Mierda! —refunfuñó Helmut—. ¡El fantasma de Jesucristo!

Tras andar unos pocos pasos más, comprobaron que, efectivamente, era un santo cristo lo que le había dado un susto de muerte: uno de esos grandes crucifijos de color blanco que los campesinos plantan en la entrada de los pueblos. Estaban muy cerca de las primeras casas, un mal lugar para detenerse, así que tan pronto como vislumbraron las sombras de sus compañeros, reemprendieron la marcha como si nada hubiese ocurrido.

Carmen, su hermana y Daniel continuaban reclamando con insistencia que parasen para descansar un rato y beber un trago de agua. En todo el trayecto, Helmut solo permitió dos paradas muy breves. Cuando ellas o Daniel lo pedían, les respondía que era un mal momento porque pasaban cerca de Sèish, donde hay una guarnición alemana, o porque se acercaban al puente de Aunac, donde los aduaneros solían montar un control, o estaba amaneciendo y ya no podía quedar mucho para llegar a su destino. Había mucha claridad y el sol estaba a punto de salir cuando llegaron a la borda, un refugio de dos plantas propiedad de los campesinos que Helmut conocía. La granja de Pradeth donde él había estado no quedaba muy lejos de allí. Se instalaron en el piso de arriba, el pajar donde guardaban la hierba seca, que desprendía un grato olor a campo. Carmen no podía con su alma. Se dejó caer encima de un montón de hierba y le pidió que le quitase los zapatos porque los pies le dolían espantosamente. Tenía los talones en carne viva. Daniel le echaba la culpa a Helmut:

—Si nos hubieses dejado parar un momento, se habría podido

cambiar de calcetines. ¡Tú y tus prisas! ¡Si mañana haces lo mismo, te quedarás solo!

Helmut le soltó:

—¡Eres tú quien que te has quedado solo en la cola! ¿No decías que estabas en forma y que no necesitabas hacer ejercicio? ¡Cuesta más hacer mover las piernas que el lápiz!

Mientras ambos discutían, Levy sacó su libro de oraciones y empezó a recitar en voz alta para que todos lo oyesen: «Yavé es mi fuerza. Vuelve mis pies ágiles como los de las ciervas y me hace caminar por las alturas». Carmen y su hermana salieron afuera para hacer pipí y él se puso detrás de un ventanal para mirarles los muslos.

Como los jabalíes que se esconden de la luz del día en la espesura del bosque y en el fondo de los barrancos, el grupo de evadidos de Artiga ha esperado a que oscureciera para salir del pajar y emprender la segunda etapa. Dos nudos en los cordones de los zapatos y a caminar se ha dicho. Por fortuna, la etapa de hoy era más tranquila, sin ningún inconveniente, pero también más pesada. Las carreteras asfaltadas, poblaciones y masías han quedado atrás y, por lo tanto, el silbato de alarma de Philippe y su paladar de goma podían descansar tranquilos en el bolsillo. Los sufrimientos eran de otro tipo. El camino era una cuesta empinada e interminable, con áreas boscosas muy limpias de matorral y unos árboles robustos, de tronco liso, que parecían espectros. Cada hora poco más o menos debían parar para recuperar el aliento, beber un trago de agua y vuelta a todo correr hacia arriba. Despuntaba el día cuando el bosque se ha retirado hacia los lados y ha dejado paso a un barranco que, de pronto, ramificaba su tronco en arroyos que se deslizaban por una cuesta alfombrada de hierba. La panza verde de la montaña reventaba de agua por todas partes. Más arriba, la cuesta se ha ido allanando hasta convertirse en una pradera extensa de pastos verdeantes que este verano se malograrán porque los alemanes han prohibido a los ganaderos subir el ganado. En la parte superior se veía una borda. Se imaginaban que habían llegado al lugar de descanso hasta que Helmut ha echado por tierra sus ilusiones:

—Hemos de subir un trecho más. Aquella es la cabaña de Suberan. Ya solo nos queda una hora de camino.

Con todo, a petición de Daniel y de las hermanas, los tres muertos de cansancio, el guía les ha concedido un rato de descanso. La casita era un refugio muy acogedor. Un arroyo discurría muy cerca y, dentro, había una mesa, un par de bancos y, por el suelo, lechos de paja en los que se notaba que había dormido gente. Daniel razonaba que, si solamente les quedaba una hora de camino, podrían quedarse allí, así tendrían más tiempo para descansar y por la noche estarían más frescos. Helmut no lo ha permitido. Les ha advertido de que la borda era parada habitual de los fugitivos hacia España, que los alemanes la tenían en su punto de mira y que, por lo tanto, debían largarse de allí cuanto antes. Además, la etapa del día siguiente ya era lo bastante larga y pesada como para encima añadirle una hora extra. Diez minutos más tarde reemprendían la marcha con el sol en el cogote y el cansancio en las piernas.

El refugio de final de etapa ha resultado ser una cabaña minúscula de paredes de piedra y cubierta de losas. A duras penas caben dentro cuatro personas tumbadas y se tendrían que encovar todo el día porque la zona es un escalón pelado de la montaña desierta de árboles y de rocas, y, por lo tanto, los alemanes podrían divisarlos de lejos o desde los aviones. La situación ha prendido de nuevo la discusión entre Daniel y Helmut.

—¿Adónde nos has traído? ¿No sabías que no cabríamos?

El guía ha intentado defenderse:

—Es que al principio solo íbamos a ser tres. Liebre y las hermanas se unieron más tarde.

—Hoy ya sabías que somos seis. Teníamos que habernos quedado en la casa de abajo.

—¡Que no, ya te lo he dicho, cabezón! Los alemanes...

—Tú solo sacas a relucir el peligro de los alemanes cuando te conviene.

Mientras los dos gallitos se las tienen tiesas, Philippe ha ido a inspeccionar unas rocas enormes que se ven enfrente, al pie de la montaña, y allí ha visto una guarida, un lugar ideal donde poder

acostarse a cubierto. De vuelta a la cabaña se lo ha comunicado bajito a Carmen, quien enseguida ha querido acompañarlo sin hacer caso de su hermana, que temía que pasara frío. «Cómo quieres que pase frío si tenemos que dormir durante el día y el sol ya empieza a calentar.» Cuando se han acurrucado bajo una visera de roca, Carmen le ha dado un beso en la mejilla y le ha susurrado que, si él quería, le dejaba tocarle el pecho.

Hasta hoy todo va bien, suspira Philippe, tumbado al lado de Carmen, que sigue durmiendo como un tronco. Ya está bien que descanse porque, según les ha adelantado Helmut, esa noche les espera la etapa más larga y pesada de todas.

Siete horas más tarde, Carmen lo despierta, despeinada, gimiendo por algo que no entiende. El sol debe de haberse puesto no hace mucho, porque afuera aún hay luz de día y en la cabaña de los compañeros nada se mueve. La niña lloriquea por el desastre que acaba de cometer sin querer y, al mismo tiempo, le pide una solución para remediarlo. Explica entre suspiros que se había levantado para ir a hacer pipí y que, entre la novedad de tenerlo que hacer fuera de la letrina y el engorro de llevar pantalones, se ha hecho un lío y se le ha mojado de pis el carné de identidad que llevaba en el bolsillo de atrás. Le enseña el cartoncito, que coge con la punta de los dedos pulgar e índice, como si fuera una caca. ¿Qué dirán los policías? Con el documento sucio de orina no la dejarán entrar en España. Él coge el cartoncito doblado sin manías y, tras observarlo un momento, no le parece que la cosa sea grave. Trata de tranquilizarla mientras le saca las hebras de hierba que se le han enredado en las greñas. «No te preocupes, la mancha de humedad no toca la fotografía ni tu nombre, solo la parte inferior de la cartilla, y las letras se pueden leer.» Seca la humedad con la manga de su jersey, procurando que la lana actúe como papel secante. Después se lo pone delante del labio partido y le sopla aire caliente. Cuando parece que está bastante seco, le dice que se lo guardará él, que lo meterá dentro de su carné, así irá más protegido. La niña se queda más tranquila, solo le hace jurar que no les dirá nada a su tata ni a Helmut.

La luz del día no ha desaparecido del todo. Fuera de la

guarida los espera una luna totalmente hinchada que, un poco más arriba, cuando aparece la nieve, ilumina un paisaje frío, desolado, casi mineral. Incluso la hierba y el matorral se han retirado para dar paso a las rocas y veredas de rocalla. Philippe se detiene al pie de la lengua de espuma blanca que se desliza desde lo alto de la montaña, a la espera del guía, que se aproxima seguido de cerca por Levy. Ambos caminan con bastones de pastor que han cogido de la barraca. Mientras esperan a los demás, el hijo del rabino se entretiene rayando la nieve con el bastón; después se agacha y susurra alguna de sus oraciones dando cabezadas como los judíos. Cuando están todos, les explica que acaba de dibujar encima de la nieve la estrella de David. Así Yavé los protegerá de los alemanes tal como protegió al rey de Israel cuando los filisteos lo perseguían y se escondió dentro de una cueva. Entonces Dios mandó a una araña que tejiese a la entrada una tela en forma de estrella. Poco después los perseguidores pasaban de largo de la cueva pensando que hacía tiempo que nadie se metía allí dentro. Por este hecho, la telaraña divina se convirtió en la bandera de Sion.

—Nosotros somos seis como las puntas de la estrella —prosigue Levy. Con el bastón señala las iniciales de los nombres que ha dibujado en cada una de las puntas. A Helmut, como guía de la expedición, le corresponde el triángulo de arriba del todo; él y Daniel están en las puntas superiores; las hermanas, en las inferiores, y la P de Philippe en la punta de abajo.

—¡A mí no me pongas! —protesta Daniel. En cuanto ha llegado se ha sentado encima de la última losa limpia antes de la nieve—. Parece como si hicieses el juego a los alemanes, que obligan a los judíos a llevar la estrella cosida en la ropa.

A Rachel tampoco le gusta el dibujo por otros motivos:

—Bórralo. Sabrán que por aquí han pasado judíos.

—No es preciso, Rachel —dice el guía—. Ya la derretirá el calor cuando salga el sol. —Y a continuación da nuevas órdenes para superar la rampa de nieve. A partir de ahora, él y Levy, que son los que van mejor calzados y llevan bastón, irán al frente para abrir camino.

A Philippe le parece bien quedarse más atrás, cerca de

Carmen. Mira por última vez la estrella de David, orgulloso de figurar en ella a pesar de no ser judío, y sigue las pisadas que han comenzado a abrir trazando una larga diagonal que pretende aligerar la dureza de la pendiente. Cuando gana la primera curva, sus compañeros de delante ya han iniciado la tercera y trepan por un canal altísimo que parece llegar hasta las estrellas, mientras Carmen y los otros dos avanzan a trompicones muy abajo. Recula para ayudarlos y se encuentra a Daniel echando pestes contra el guía por no haberlos avisado de que para caminar por la nieve necesitaban bastones. Él se quita el jersey para utilizarlo a modo de cuerda y tira de la niña cuesta arriba, sin girarse, guiado por la respiración fatigada que oye en el cogote, el roce de la ropa, los pasos pequeños y vacilantes. Conforme ganan altura, el canal es más recto, la nieve más dura y más pesadas están las piernas. Tres pasos adelante y uno atrás, tres pasos adelante y dos atrás, tres pasos adelante y ninguno atrás; vamos, Carmen, que ya no queda mucho. Eso mismo les dice Helmut, que ha bajado con la intención de remolcar a Rachel. Queda mucha más subida de lo que él puede imaginar y, aun así, pasito a pasito, logran coronar el collado.

Una hora larga más tarde, cuando por fin llega Daniel, él y los demás compañeros han tenido tiempo de descansar, de comer un poco y de espiar hacia la otra vertiente de la montaña, que a Philippe le ha parecido una pared de hielo. Lo primero que hace Daniel, una vez que recobra el aliento, es preguntar por dónde sigue la ruta. Y cuando se asoma al otro lado, refunfuña: «Esto es un precipicio y es imposible bajar por ahí». Helmut le enseña la hoja arrugada:

—Estamos aquí, en el collado de Craberons. El mapa lo dice bien claro. La ruta hacia la frontera atraviesa el collado y baja hasta la zona de pastos.

—Pero ¿es que tú has estado allá abajo?

—Con el guía Louis llegamos hasta aquí. Justo donde estamos ahora. Era de madrugada y él tenía prisa por volver a casa. Me dijo que se puede bajar. Te lo juro por el bastón de Moisés.

Daniel le echa en cara lo que él y las hermanas piensan:

—¡Así que nos has engañado diciendo que conocías la ruta!

Nos hiciste creer que habías hecho todo el camino hasta la frontera. —Se gira de espalda al precipicio y baja hasta donde está sentada Rachel—. A mí no me engañarás más. Aquí te quedas.

Plantado en el filo del collado, Philippe observa a su derecha cómo Helmut y Levy andan ocupados intentando abrir un paso en la pared umbrosa del precipicio, clavando los talones y los bastones en la costra de hielo. En el lado por donde han subido, Daniel habla con Rachel. Ambos están de pie y parecen decididos a dar media vuelta hacia casa. A su espalda, oye una pregunta que él mismo se hace y que no sabrá cómo responder:

—¿Y nosotros qué hacemos, Philippe?

—Tú, Carmen, ¿qué quieres hacer?

La niña lo tiene muy claro:

—Yo quiero ir a España. Quiero ver a mis papás.

32

LIBRO DE SAMUEL SILVERSTEIN IX

Al día siguiente del entierro furtivo del pequeño Lukas al pie de un roble de Artiga, la señorita Lucienne estaba impaciente por volver a la colonia de los suizos. Ante la súbita visita de los amos de la finca, habían tenido que irse precipitadamente sin poder despedirse de la directora ni de los niños que habían pasado por su piso. La mujer conocía el camino del bosque y, por lo tanto, pensó que podría ir sola sin tener que pedir a los gendarmes ningún permiso para desplazarse. Al despedirse de Samuel, lo previno de que se quedaría unos días y le dio las llaves del piso para que le echara una ojeada. Pasados cuatro días, la mujer volvió a casa, satisfecha del trabajo en el orfanato suizo, deseosa de volver e instalarse allí una temporada para ayudar en lo que hiciese falta. Más que un acto de generosidad, ella lo consideraba una obligación:

—Tienen veintinueve niños nuestros, Christophe. No puedes imaginarte el trabajo que hay. Soy más útil allá arriba que aquí.

Desde que había empezado mayo, las comunicaciones con Tolosa se habían complicado debido al aumento de sabotajes en las líneas de ferrocarril y en las carreteras, que los controles policiales intentaban neutralizar. La Armée Juive de Tolosa suspendió por el momento el traslado de niños en camión a la espera de que la dureza de los controles se relajase. Así pues, Samuel encontró razonable la decisión de su colaboradora. Al reparar, sin embargo, en que a la mujer le costaba dejar el piso sin nadie, la animó:

—No te preocupes por el piso. Ya lo vigilaré yo.

Pero no eran los ladrones lo que ella más temía:

—Tengo miedo de que un día venga mi hermana. Le juré que necesitaba el piso para vivir en él. No me fío, ella también tiene la llave. Si no me encuentra, me lo revolverá todo. —Tras una pausa, añadió—: ¿Podrías instalarte tú en él mientras yo estoy fuera? Me quedaría más tranquila.

—Y si se presenta tu hermana, ¿qué le digo?

—Le dices una mentira. Que vivimos juntos.

A Samuel el cambio de piso no le comportaba ningún problema. Por el contrario, el piso de ella era más limpio y confortable, y estaba mejor equipado, y no tendría que subir tantas escaleras. Se instaló en la habitación que destinaban a acoger a los niños de paso. Liberado por unos días de andar por el camino escarpado y poco transitable de Artiga, pudo concentrarse en los niños de las masías, algunas de las cuales hacía tiempo que no había tenido ocasión de visitar. Los controles de carretera eran cada vez más rígidos: gendarmes y aduaneros alemanes examinaban con lupa la documentación de los viajeros. Y como las granjas se encontraban desperdigadas por los diversos valles, debía pedir autorización para cada salida. Los sábados por la mañana seguía abriendo el tenderete en el Champs de Mars, donde tenía ocasión de enterarse de alguna noticia sobre los niños de las masías que hacía tiempo que no veía. Aun así, en el momento de hablar con alguien, tenía que estar siempre pendiente de quién podía escucharlo, ya que en aquel mayo de 1944 incluso los plataneros con sus tiernas hojas tenían orejas.

En eso estaba cuando, una mañana de mal tiempo, se asomó por curiosidad a la habitación de Lucienne. Era un cuarto más reducido que aquel en el que él dormía, amueblado con una cama de soltera, un armario y un tocador. Tanto por fuera como en el interior de los muebles se respiraba orden, limpieza y un olor impreciso a alcanfor y lejía. Al fondo de un cajón encontró un puñado de cartas atadas con una cinta de la bandera de Francia. Todos los sobres tenían el mismo tipo de letra y el mismo nombre en el remitente, un tal Joseph, seguido de términos militares como «compañía», «batallón» y la población de Compiègne. Adivinó en el

acto que procedían del frente de la Gran Guerra. Él también había estado allí, pero más al sur, en la zona de Verdún. Imaginó que en aquella época Lucienne debía de ser muy joven, no creía que la mujer tuviese ahora mucho más de cuarenta y cinco años. Por lo tanto, si guardaba aquellas cartas quería decir que conservaba un buen recuerdo del soldado. Sin embargo, él no tenía intención de leer ninguna: violaría aún más su intimidad. Mientras las guardaba tratando de anudar el mismo lazo y dejarlo todo como lo había encontrado, tuvo un presentimiento.

De repente, cogió un paraguas del mueble del recibidor, bajó el tramo de escalera que lo separaba de la entrada y salió a la Petite Rue de Burg, un desfiladero de fachadas trazado a la medida de un paraguas abierto. Al salir de la calle, viendo que caía una llovizna que no espantaba a nadie, lo cerró. Atravesó el puente a paso ligero y dobló a la derecha por la avenida hasta el monumento a los Caídos. Allí encontró lo que buscaba: en una de las páginas de mármol del Libro de Oro de los héroes caídos por Francia, figuraba el nombre y apellido del Joseph del remite. En el camino de vuelta a casa, se paró en el puente Viejo. Apoyado en la barandilla de montaña recordó la reacción de Lucienne el día que él, por razones de seguridad, había decidido trasladar a la iglesia de Sent Gironç la parada del camión de Tolosa que llevaba a los niños. A la mujer no le había gustado nada el cambio y ante el más mínimo incidente que comportase peligro insistía en que la parada de antes era más segura. Y la mañana del accidente en la escalera, cuando él le suplicó que fuera al monumento a los Caídos, no se mostró sorprendida. Por el contrario, se cambió de ropa y salió de casa como un cohete alemán. Y concluyó: «He aquí por qué a la mujer le hace ilusión que los niños a los que ella considera "nuestros" vengan del monumento a los muertos».

El lunes día 5 de junio el *colporteur* había previsto viajar a Molins. Después de desayunar, cuando se disponía a salir del piso para coger el autobús, llegó Lucienne. Volvía de improviso de Artiga con una mala noticia que soltó allí mismo, en medio del pasillo:

—¡Philippe se ha escapado! —resopló acalorada por la carrera

—. Suerte que te encuentro en casa. Me daba miedo que a esta hora ya no estuvieras. —Avanzó hasta la mesa del comedor y, después de dejar el hato encima de la mesa, se sentó en una silla—. Huyó a escondidas ayer de madrugada con sus compañeros de habitación. Y con dos chicas hermanas. —En vista de que él no reaccionaba, continuó—: La huida de los chicos se puede entender. Son el grupo que tú preparabas para ir a España. Parece que una chica se ha añadido porque es la novia de uno de ellos, y ha arrastrado a su hermana. Pero la fuga de Philippe es un disparate. Ni es judío ni tiene edad para trabajar y, aunque la tuviese, los alemanes no lo querrían por el defecto de la boca.

Samuel recibió la noticia peor que una patada en la espinilla. Finalmente, como si pensase en voz alta, dijo:

—Alguna vez me lo había imaginado, que era capaz de escaparse con sus compañeros. No hace muchos días me pidió tres pares de botas de montaña para ellos. Lo creí y las encargué en Sentenac. Me engañó, ahora lo veo. El encargo era una trampa para que yo no sospechara de la fuga. Habíamos quedado en que sus compañeros de habitación no se marcharían hasta finales de junio.

Samuel se olvidó en el acto del viaje previsto a Molins y de las preocupaciones de Lucienne, que se quedó con las ganas de comentarle algún que otro detalle de la evasión. Cogió la carpeta de los documentos y se fue derecho a los almacenes Sentenac confiando en que el amo le conseguiría la autorización de la gendarmería para una visita a Sèish y el alto valle del Salat.

—Es urgente, señor Sentenac —soltó ante el mostrador—. Si puedo tener el permiso para esta tarde, mejor.

El amo, socarrón, le dirigió una sonrisa:

—No tenga tanta prisa, que por un día no perderá ningún cliente. Vuelva mañana a eso del mediodía. Espero que para entonces me hayan llegado las botas de montaña que me encargó. Son un poco caras, pero es buen material, ya lo verá.

Para acabar de remachar el engaño, tendría que gastarse un dineral en tres pares de zapatos que no tenía idea de dónde colocar. La calle Alsacia-Lorena era un barullo de motores, de

bocinazos impacientes y gritos de vendedores que ofrecían su mercancía a las puertas de los establecimientos. Samuel se abrió paso entre los bobalicones que se arracimaban delante de las mesas y los escaparates. Le dolía el golpe bajo de Philippe, el hombre no salía de su asombro. Ciertamente, después de todo lo que él había hecho por aquel desdichado, no se merecía esa puñalada por la espalda. Lo había recogido en la carretera, lo había llevado al médico para que le pusiese un paladar; en fin, había removido cielo y tierra hasta encontrarle un internado donde pudiese aprender a leer y tener amigos. Incluso había renunciado a adoptarlo legalmente para evitar colgarle el sambenito de judío. Pensó que debería haberlo atado más corto desde el principio. Ya lo dice el proverbio de Salomón: «Quien le ahorra el bastón a su hijo, es que no lo quiere mucho»... Mientras se abría paso hacia la calle Gambetta se preguntó si lo de llevarlo a Artiga no había sido un error. Lo había tenido allá arriba olvidado durante meses, dando por hecho que eran los maestros quienes debían ocuparse de Philippe; que él ya cumplía pagando cien francos al mes mostrándose generoso con el niño y con el orfanato, haciendo la vista gorda cuando a veces echaba en falta algo de la caja... Samuel Silvestein se metió en el callejón de su casa con la amarga sensación de que había salvado a muchos niños, pero que mientras tanto había dejado que su hijo se perdiera.

A la mañana siguiente, Lucienne volvió de la panadería con las raciones de pan negro correspondientes y con el temor de que en Sent Gironç hubiese pasado algo gordo. A pesar de que las mujeres de la cola no sabían nada, por las calles se veían muchos soldados alemanes y chicos de la milicia desfilando arriba y abajo. Media hora después, el amo de Sentenac comunicaba a su único *colporteur* que las tropas aliadas habían desembarcado de madrugada en las costas del norte de Francia y que el ejército alemán y la milicia habían sido puestos en estado de alerta máxima ante los posibles ataques de la Resistencia. En consecuencia, la gendarmería había suspendido todas las autorizaciones para desplazarse. Así pues, le devolvió sus documentos personales y le entregó el calzado de montaña que había encargado días atrás.

Cuando hubo pagado los zapatos, el amo le advirtió de que por sustancioso y urgente que fuera el negocio que se traía entre manos en el valle de Sèish, no se arriesgase a salir de la población. Y aún un último consejo que le sonó a amenaza profética: «No quiera cargarse un hato más pesado del que puede llevar».

Sin embargo, él no pensaba quedarse en casa rascándose la tripa mientras Philippe y sus otros cinco compañeros vagaban perdidos por la montaña. Aunque las carreteras le estaban vedadas, siempre le quedaba el camino secreto del bosque. Trataría de localizar a Enric; él podría darle razón de la masía de Sèish a donde probablemente se habían dirigido. También tenía que hablar con la directora. Al fin y al cabo, él era el principal responsable de Philippe y quien había metido en la cabeza a los chicos la idea de huir a España. Después de comer, se cargó la caja a la espalda y se despidió de una Lucienne resignada a tener que quedarse holgazaneando en el piso con tanto que hacer como había en la colonia.

Poco después de haberse desviado de la carretera, tuvo la impresión de que el sendero de Artiga estaba más trillado que de costumbre. No le dio importancia. Pensó que las fieras del bosque debían de habérselo hecho suyo. De golpe, aparecieron de detrás de unos matorrales cuatro hombres armados que le apuntaban con fusiles gritando que se parase y pusiera las manos en alto. Al oír que entre ellos hablaban español, supuso que eran del maquis. Les contó que iba a la colonia de la Cruz Roja de Artiga para suministrarles género. No se lo creyeron, querían comprobar qué llevaba dentro del cajón de madera. Antes de salir de casa, él había sacado los cajoncitos y en su lugar había escondido los tres pares de zapatos nuevos con la idea vaga de que podrían servir a los chicos para futuras evasiones a España. Solo había dejado el cajoncito de arriba, donde llevaba tabaco para Enric, perfumes y jaboncillos de los que le gustaban a la señora Aurora, y un puñado de postales variadas que llevaba siempre. Cuando los guerrilleros vieron aquel calzado nuevo, se les mudó la cara. Entendió que comentaban entre ellos que eran las mismas botas que calzaban los milicianos, y sentía desesperación imaginando que pudiesen

relacionarlo con el enemigo más odiado de los maquis. Se apresuró a explicarles que él solo era un empleado de los almacenes Sentenac, los papeles que llevaba lo demostraban. Que las botas procedían de aquella tienda y las llevaba al orfanato de Artiga. Pero los maquis, en lugar de escucharlo, se habían sentado en el suelo y se descalzaban para probarse las botas. Al final, el que se había quedado sin zapatos nuevos abrió el cajoncito y, al ver el paquete de Gauloises, lo cogió y lo hizo desaparecer dentro del bolsillo interior de su cazadora. Después le dijo en un francés que chirriaba:

—Dile a tu amo que la revolución necesita zapatos. Queremos liberar Francia de los estraperlistas como él. Y a ti no queremos verte más por aquí. El bosque y sus caminos son nuestros. Por ahora. Hasta que nos apoderemos de las carreteras.

Liberado de la carga y de temores más pesados, el *colporteur* siguió su camino a paso ligero sin hacerse de rogar. A la salida del bosque encontró a Aurora recogiendo un halda de hierba para los conejos. La mujer le dijo que Enric no estaba en casa, ni pensaba volver por el momento; que marido y cuñado habían tomado la decisión de común acuerdo para evitar represalias. Si el sobrino del amo o los milicianos que campaban por los pueblos del Solan como perros siniestros descubrían que un maquis los visitaba, eran capaces de fusilarlos. Él pidió quedarse a cenar y a dormir en la masía. Ella respondió:

—Aquí siempre tendrás una cama, Christophe. Ramon está en casa, pero es mejor que no le digas nada. Lleva desde primera hora de la mañana pegado a la radio, pendiente de la guerra.

Localizó a la directora en el huerto que los maestros y los chicos de la colonia cultivaban, a pocos pasos de los muros de la colonia. La mujer lo recibió con una sonrisa franca, como si nada grave hubiera ocurrido. Le agradeció que hubiese ido tan rápido, le pasó la azada a un mocoso y lo condujo hacia los bancos del interior del patio. La cara de la mujer no expresaba que estuviera dolida por la fuga de los chicos ni tampoco por el *colporteur*, a quien podía reprocharle que les hubiera calentado la cabeza con la idea de huir a España. Después de sentarse en el banco, él exclamó:

—¡Menudo desastre, señorita Margot! ¡No esperábamos una traición como esta!

—De los chicos se puede esperar todo, señor Christophe —dijo ella—. Verdes y maduras. Y aún más cuando son de esta edad. Ha de pensar que hace cinco años que tenemos a estos niños encerrados. Es comprensible que tengan unas ganas locas de escapar.

A Samuel le sorprendió que no compartiese la gravedad del disparate que habían cometido. Muy al contrario, que aún quisiera justificarlo:

—Pero por lo menos podrían habernos avisado de que querían marcharse. Hemos hecho muchos sacrificios por ellos. Deberían estarnos agradecidos. ¿No cree?

—No confíe nada en el agradecimiento de los niños. En todo caso, quizá se lo agradecerán cuando sean mayores. El agradecimiento es una virtud que valoramos los adultos. —Tras una pausa, añadió—: He leído en su expediente que Philippe ya se había escapado de un orfanato de París.

—No compare aquello con esto, señorita. Las monjas son una pandilla de fanáticas. Nosotros no les llenamos la cabeza de creencias absurdas ni los atormentamos con castigos severos.

—Los tratamos mejor, se lo concedo. Por lo menos, intentamos prepararlos para la vida de manera más razonable y efectiva. Pero dudo que ellos lo valoren mucho. A nosotros nos ven como a unos viejos que no entienden sus problemas.

Samuel consideró que los intentos de la directora por exculpar a los evadidos eran ciertamente desconcertantes, de forma que dejó a un lado la gravedad y los motivos de la actuación de los chicos y sacó a relucir el asunto del riesgo al que se exponían. Los chicos habían huido solos, sin un pasador que los guiase, sin calzado apropiado ni ropa de abrigo en una época en la que por los pasos de los Pirineos aún hay mucha nieve. Y acabó diciendo:

—Supongamos que tienen suerte y llegan a España, ¿qué harán sin un real en el bolsillo? Allá no conocen a nadie. No tuve tiempo de indicarles la dirección de alguna entidad benéfica que pudiese acogerlos.

La mujer no lo veía tan negro:

—Los jóvenes tienen más recursos de los que pensamos. Yo confío en Helmut, el mayor del grupo, que debe de hacerles de guía. Y son seis para pensar qué tienen que hacer.

—¿Sabe si se llevan bien entre ellos?

—Llevarse bien, no mucho —dijo ella—. Helmut y Daniel a duras penas se hablan. Ambos están enamorados de la chica que ha huido con ellos.

Samuel se exasperó:

—¡Pues sí que estamos apañados! Si no se podían ver en la colonia, imagínese en situaciones difíciles como las que se encontrarán. Quizá a estas alturas ya se hayan peleado y campen cada uno por su cuenta.

—No haga caso, señor Christophe. En situaciones difíciles no se sabe nunca cómo reacciona un grupo. Quizá eso les sirva para ponerse de acuerdo.

«Dejémoslo correr», resolvió él. No se habría imaginado nunca que la nueva directora fuera una mujer tan ingenua, que escurriese el bulto con respuestas absurdas. Con la señorita Inger, pese a ser tan dura y estricta, por lo menos se podía discutir de manera razonable. Decepcionado por sus reacciones, condujo la conversación hacia las medidas urgentes que debían tomar para localizar a los evadidos. Como con el camión de la Cruz Roja tenían vía libre para desplazarse, propuso un viaje a Sèish. No quedaba muy lejos, a primera hora de la mañana podían ir en un santiamén. Una vez allí arriba, preguntarían por el Pradeth, la masía donde había estado Enric y a la que Helmut había ido después. Aunque los chicos ya no estuviesen allí, la familia probablemente tendría noticias de ellos. La directora no supo qué responder. Hizo presentarse al maestro Charles y este le desbarató los planes al comunicarle que la Cruz Roja suiza de Secours aux Enfants estaba autorizada para circular de la colonia de Artiga a Sent Gironç, donde iban a comprar los alimentos, y a Tolosa, donde se encontraba la sede de la entidad. Para cualquier otro trayecto debían solicitar una autorización especial, que en la situación de alarma en la que se encontraban era muy difícil que

les concediesen.

Antes de irse, Samuel les confesó el encuentro con los maquis españoles por el camino del bosque:

—Me han amenazado. Dudo que pueda volver en varios días.

—Son los emboscados de la Crotzeta —dijo Charles—. Si saben que viene a la colonia lo dejarán pasar tranquilo. Le daremos una faja de la Cruz Roja para que se la ponga en la manga.

Delante de la masía, los niños de los españoles jugaban a la guerra. El más pequeño corrió hacia él llevando su caña colgada a la espalda con un cordel y lloriqueando:

—¡A mí siempre me toca ser alemán! ¿Verdad que no es justo?

—¿Y tu hermano qué es?

—Él siempre quiere ser maquis. Como el tío.

Samuel descargó el cajón, hurgó en el cajoncito y le dio una postal:

—Ten. Un comandante alemán con su uniforme de gala.

Entretanto, el aspirante a maquis, que se había ido acercando por detrás apuntándoles con la caña, de golpe cambió de idea:

—Yo también quiero una postal de los maquis.

—De los maquis no hay postales —dijo el *colporteur*—. Quizá algún día también las harán de ellos.

A la hora de cenar, Ramon abandonó su confinamiento en el cuarto del aparato de radio y fue al comedor a hacer compañía a la familia y al invitado Christophe. A pesar de que aún no era seguro que la operación aliada hubiera sido un éxito, el hombre se mostraba eufórico, con unas ganas de hablar poco habituales en él. Si el desembarco salía adelante, explicó con la mezcla de catalán y de francés con que se hacía entender, la liberación de Francia sería cuestión de días. Por suerte, aquella era una guerra de ocupación, no como la que habían sufrido los catalanes. Según él, la guerra de su país se había alargado tanto porque, mientras los españoles combatían entre sí, fascistas contra republicanos, en Cataluña, además de esta guerra civil entre catalanes, habían tenido que sufrir una guerra de ocupación por parte de España. Y acabó sentenciando que lo más espantoso que le puede suceder a un país

es tener al mismo tiempo las dos guerras mezcladas. Samuel replicó que la liberación de Francia no sería tan fácil como él creía:

—Los alemanes no están solos, tienen el apoyo de muchos franceses. Aparte del Gobierno de Vichy están la milicia, los colaboracionistas del Partido Popular con sus tropas de choque, los empresarios y los rentistas con mucho dinero que perder.

—Tú conoces este país mejor que yo —admitió el español—. Yo llevo cuatro años sin moverme de Artiga y en la radio solo oigo «el inglés». ¿Sabes lo que te digo? Que no me haría ninguna gracia encontrarme ahora en otro berenjenal de guerras.

A la mañana siguiente, el *colporteur* Christophe se levantó temprano y, al ver que el tiempo había cambiado, se apresuró a volver a casa antes de que se pusiera a llover. La cresta de los Pirineos que el día anterior se veía recortada hacia mediodía había desaparecido detrás de un nubarrón oscuro. Se adentró en el bosque suspirando: «Solo esto les faltaba a esos desgraciados».

33

DANIEL

Refugio de los Estanhons, miércoles, 7 de junio de 1944

Me pongo a escribir sin tener la certeza de si dispondré de suficiente tiempo para ordenar todo el revoltijo de hechos que me bailan en la cabeza. Los alemanes pueden aparecer en cualquier momento, así que ni siquiera puedo estar seguro de acabar esta línea. No me explico cómo he ido a parar a este rincón helado de las montañas de difícil escapatoria. He llegado aquí siguiendo los pasos de un guía fanfarrón que solo pensaba en jugar a la guerra y que ayer por la tarde acabó enredándonos a todos. Días antes ya me había engañado como a un chino haciéndome corregir el carné de identidad, y ahora el garabato se nota tanto que sería preferible que lo rompiese antes de que el primer policía que lo vea me detenga por falsificar el documento. Con Helmut y los otros cuatro que lo siguen formamos una patrulla lamentable. Un fanático religioso que confía ciegamente en que Yavé nos librará de los alemanes, uno con la boca partida cuyos padres lo abandonaron al nacer y dos hermanas ingenuas que sueñan con encontrar a sus padres en España.

Ayer fue un día horrible, mortal en el sentido literal de la palabra. Ignoro de dónde saqué las fuerzas para caminar sobre la nieve y escalar de noche un canal escarpado, altísimo, del todo inhumano. No me habría imaginado nunca que fuera capaz de caminar tanto. Debe de ser que dentro del cuerpo tenemos una especie de cajón secreto donde se guardan energías de reserva que

solo se sacan en caso de necesidad extrema. El canal de la noche acababa en un desfiladero entre montañas que, de acuerdo con el pringoso dibujo que nos mostraba Helmut, era un paso natural entre dos valles. Pero al otro lado topamos con una pared de hielo más escabrosa que por la que habíamos ascendido. Dije: «Basta, por aquí no paso ni loco». Entonces aún estaba a tiempo de dar media vuelta. Ojalá lo hubiese hecho. Desde aquel primer collado me veía capaz de encontrar los recovecos para volver a Artiga. Pero Carmen y Liebre quisieron seguir al guía y a Levy, que habían comenzado a descolgarse por la pared ayudándose con los bastones. Rachel se quedó a mi lado regañando a su hermana, aterrorizada de ver cómo la pequeña temblaba en lo alto del precipicio. Helmut volvió atrás y gritó estirando el brazo: «Agárrate a mí». Ella se agarró a la manga gimoteando que no la abandonase y lo siguió como una boba. Al quedarme solo no tuve otro remedio que sucumbir.

La bajada duró horas. Cada paso tenías que pensártelo dos veces procurando poner el pie en el escalón que los de delante habían excavado en el hielo. Cuando llegamos al primer rellano ya había salido el sol. Seguimos bajando por una pendiente de nieve que desembocó en una cuesta más suave. Hacia media mañana paramos a picar algo. Según Helmut nos quedaban poco más de tres horas para llegar, y como él no había hecho aquel tramo de camino, quería adelantarse para ver de lejos el refugio de excursionistas al que nos dirigíamos. Dijo que no había pérdida, que la ruta que debíamos seguir era abierta, con ondulaciones suaves y, además, Liebre iría detrás de él, y nosotros los seguiríamos. Por tanto, me quedé un buen rato con las hermanas y Levy, que se había cansado como un animal cavando escalones con el bastón.

Pasada una hora poco más o menos, reemprendimos la marcha sobre la nieve por un terreno de pendientes suaves, en las que se abrían claros de rocas y de hierba seca, como si caminásemos sobre una sábana andrajosa. Delante de nosotros, hacia el fondo del valle, sobresalía una montaña oscura que Helmut había identificado como el Montvalier. Íbamos, pues,

bastante tranquilos cuando oímos un ruido, como una ráfaga de tiros. Corrimos a refugiarnos detrás de una roca. Quizá eran guardias alemanes y habían disparado a Helmut y al Liebre. Al cabo de un rato de silencio, reemprendimos la marcha, primero con cautela, después ya más relajados, pensando que debía de tratarse de un desprendimiento de rocas o de cualquier otro fenómeno de alta montaña que nosotros ignorábamos. Levy se había adelantado también y cada vez se le veía más lejos. Una nueva ráfaga de tiros, esa vez más cerca, resonó por el valle. Poco después apareció a lo lejos una figura humana que venía corriendo hacia nosotros. Parecía un soldado alemán o un gendarme, sin ningún arma larga en las manos ni colgada al hombro. Se desvió de Levy y de donde estábamos nosotros. Nos quedamos observando cómo se alejaba cuesta arriba en dirección al collado de donde veníamos. Hasta que Levy nos reclamó a gritos que siguiésemos.

A la salida de una revuelta nos encontramos ante un estanque todavía helado. Nuestros compañeros estaban en el otro lado. Vimos a Helmut inclinarse sobre un alemán que estaba tumbado en la nieve. Hacía gestos enérgicos con el brazo como si le estuviese golpeando. Siguiendo las huellas de nuestros compañeros, cruzamos el estanque por uno de sus extremos, por encima de un puente de nieve. Antes de que acabásemos de llegar, Helmut le había cortado la cabeza al alemán y nos la mostraba agarrándola por los pelos. Gritaba: «¡Lo he matado yo! ¡Es un capitán! ¡El otro cerdo se me ha escapado!». Era la cabeza de un hombre de pelo negro, ojos vidriosos y unas gafas de montura metálica que le colgaban de una oreja. La lanzó a un lado y se agachó de nuevo para arrancarle a tirones los galones de la guerrera. Decía: «¡Dos soles estrellados! ¡Veis como es un capitán! ¡Me ha costado más que el jabalí de Artiga!». Se acercó a Levy, que estaba más abajo desnudando el cadáver de otro alemán que yacía encima de la nieve sucia de sangre. Tirando de los pantalones y de los calzoncillos, se los había sacado y, con una mano, le tensaba el sexo mientras con la otra intentaba cortarle la punta con el puñal. Murmuré sin mucho entusiasmo algo para que detuvieran aquella salvajada. Ocupados como estaban, uno cortando cuellos y el otro

pollas, no debían ni oírme. Entonces les di la espalda como había hecho Rachel en cuanto llegó. Liebre estaba un poco más lejos, sentado en el suelo y temblando como una hoja. Carmen había ido a consolarlo e insistía en que le dijese qué le ocurría, que qué le habían hecho los alemanes.

Cuando los dos carniceros hubieron obtenido las piezas que querían, Levy le dijo a Helmut que se las ofrendarían al Dios de los Ejércitos. Que imitase su postura y fuera repitiendo la oración. De pie y con los ojos levantados al cielo, uno con la mano abierta mostrando los colgajos del sexo, el otro con las cabezas agarradas por los pelos, improvisó una oración que rezaba más o menos así: «¡Yavé Sabahot, Dios de los Ejércitos de Israel! Igual que el rey David obtuvo por mujer a la hija de Saúl después de entregarle doscientos prepucios de filisteos, tus fieles sirvientes, Levy Keller y Helmut Bachenheimer, te ofrecemos dos prepucios y dos cabezas de nazis criminales. Haz, Señor, que mañana lleguemos a España y concédenos por esposa a la mujer que nos has destinado desde la eternidad».

Después de la oración todo fueron prisas para largarse antes de que el soldado que había huido regresase con refuerzos. Helmut tenía claro que debíamos llevarnos las armas, las de los muertos y la que el fugitivo había abandonado. Me estremecí. Si íbamos armados cuando los alemanes volviesen, nos matarían a todos. Para que no me tomasen por un cobarde dije que las armas pesaban mucho y nos estorbarían para caminar. Helmut saltó como un resorte: «¿Y cómo vas a defenderte, gilipollas? ¿A golpes de piedra y bolas de nieve?». Además, dijo que eran unos Schmeisser con cargador de treinta y dos balas, que son los subfusiles de asalto más modernos y efectivos que existen. ¿Cómo podíamos dejarlos allí tirados? El fusil del capitán se lo quedó él, naturalmente; los otros dos se los dio a Levy y al Liebre, que seguía aturdido sin abrir la boca. No me importó en absoluto que a mí no me diese ningún arma.

Helmut cogió también las cajas de munición y seguimos ascendiendo por una subida interminable, tan pesada o más que el canal de la mañana. Él nos animaba diciendo que íbamos en la

buena dirección, que el refugio era una fortaleza segura donde atrincherarnos si los alemanes nos atacaban. En el primer descanso nos contó su gesta. Dijo que había visto de lejos acercarse a los alemanes y los espió desde detrás de una roca. Gritaron el alto al Liebre, querían matarlo, pero no se ponían de acuerdo en quién debía disparar. Se sacaron las mochilas de la espalda y las armas, y se sentaron en el suelo unos pocos pasos más abajo para discutir qué hacían. Entonces él aprovechó para cogerles uno de los fusiles y con él mató a dos. Y si no se le hubiera atascado el cargador, se hubiese cargado también al otro. Esta era la versión de los hechos que nos dio. Liebre, que también había sido testigo de lo ocurrido, no intervino. Tampoco Levy, aunque él no sabía nada, porque cuando llegó los alemanes ya estaban muertos. Yo no me lo trago. No creo que los alemanes discutieran entre sí en el momento de matar a un fugitivo, aún menos que abandonaran las armas con tanta facilidad.

La subida era interminable, empinada a más no poder. Cuando llegamos a lo alto, yo no podía más. Sentía por dentro una conmoción desconocida que me agarrotaba las piernas y me cortaba el aliento. A duras penas tuve fuerzas para susurrar a mis compañeros que me quedaba para orinar. Se veía el tejado del refugio abajo y, por lo tanto, no tenía pérdida. Me senté en lo alto de una losa enorme como una casa y dirigí una mirada al caos que me rodeaba. ¡Dios mío, menuda devastación! Era un paisaje repulsivo pintado por abajo por rocas dispersas como casas en ruinas encima de neveros sucios y manchas de hierba muerta y por arriba coronado de cimas abrumadoras, de peñones oscuros y espantosos, de cadenas recortadas caprichosamente, como si fuera una obra de locos. Llegué a creer que había muerto y me encontraba en el otro mundo. El ataque de pánico me duró toda la bajada hasta llegar al refugio. Cuando vi la casa de paredes bien rectas de piedra trabajada, con la puerta y dos ventanas, pensé que si los alemanes me mataban allí no sería tan espantoso. El refugio lo había construido un club de excursionistas para subir a la montaña de Montvalier.

Tenemos una mesa con bancos, dos literas y chimenea. Si

hemos de creer a Helmut, la frontera queda a apenas unas dos horas de aquí. Ayer estábamos tan cansados de la caminata que ninguno de nosotros, ni el propio Helmut, se vio con ánimos de seguir. Necesitábamos cinco o seis horas de descanso para recuperarnos y largarnos en cuanto se hiciera de noche. «Nuestro héroe, que nos ha salvado de los filisteos», como lo llama Levy, organizó los turnos de guardia a la puerta del refugio: una hora y media cada uno, armado con el fusil y un cargador de reserva. A las doce y media de la noche, cuando Liebre me ha despertado porque me tocaba a mí, comenzaba a nevar y el cielo estaba bajo y gris.

Y aquí estamos, a la espera de que se levante la niebla o de que vengan los alemanes. Por la mañana, Helmut y Liebre han salido con la idea de bajar hasta el estanque que dicen que tiene que haber más abajo. Han tenido que retroceder porque no veían dónde ponían los pies. Así y todo, nuestro guía se siente la mar de satisfecho. Dice que podemos estar muy tranquilos, que cuando hace mal tiempo los alemanes no salen a patrullar. Se lo dijo el pasador de Sèish que le enseñó la ruta. Yo pienso que, aunque habitualmente no patrullen, cuando sepan que han atacado a una de sus patrullas y que han matado a un capitán y a un soldado, ya veremos si se quedan quietos esperando a que el tiempo mejore.

Refugio de los Estanhons, jueves, 8 de junio de 1944 (mañana)

De madrugada nos ha despertado la oración de Levy. Se ha puesto a murmurar que Yavé misericordioso se había acordado de todos nosotros enviando a la tierra una niebla espesa que nos oculta de nuestros enemigos, el mismo prodigio de la nube blanca que obró con los israelitas cuando cruzaban el desierto y estaban a punto de ser devorados por el gigante Og. No nos quedan muchas provisiones, hace un frío que pela y Carmen no para de quejarse de lo mucho que le duelen los pies. Hecha un ovillo en su jergón, gimotea diciendo que no nota los dedos del pie, como si los tuviese

de madera. Su hermana ha suplicado a Helmut que haga algo, que no podíamos seguir así. Y a su nuevo amante no se le ha ocurrido ninguna otra idea que volver al lugar de los cadáveres: «Liebre, te acuerdas de dónde los maté, ¿verdad?». Liebre ha articulado un ronquido de afirmación no muy convencido. Poco después, ellos dos y Levy se aventuraban a volver al lugar de la matanza. Antes de pasar por la puerta, Helmut no ha desaprovechado la ocasión de humillarme: «A ti te dejo con las mujeres. Trátamelas bien, que son unas joyas». Hace más de tres horas que se han ido. Fuera ha parado de llover y la niebla no parece tan espesa. Quizá en los pueblos del fondo del valle haga buen tiempo y los alemanes hayan salido hacia la montaña a buscar los cadáveres. No puedo imaginarme que mis compañeros se hayan topado con ellos.

Refugio de los Estanhons, jueves, 8 de junio de 1944 (anochecer)

Hacia media tarde se ha abierto la puerta de un porrazo y han irrumpido dos alemanes, lo que ha causado un susto de muerte a las hermanas Estruga. Yo de alguna manera me lo veía venir. El más alto se ha sacado la gorra y la ha puesto en la cabeza de Rachel, que lo miraba con cara de espanto. Eran Helmut y Levy disfrazados con las guerreras de color verde almendra. Detrás de ellos ha asomado el morro Liebre. Los tres volvían con las mochilas de los muertos llenas de ropa de abrigo, de provisiones, de material para escalar montañas y de otros objetos. Según han dicho, han desnudado los cadáveres y los han cubierto de nieve y de rocas para que no los puedan encontrar. Helmut ha dicho: «Los hemos desplumado como a pollos». También les han cogido las botas de montaña, que ya llevaban puestas él y Levy, este con dos pares de calcetines porque le van grandes. Sus zapatos se los ha pasado a las hermanas, que son las que van peor calzadas.

Entre los objetos extraídos de las mochilas había un libro titulado *La genealogía de la moral*. El autor es un tal Friedrich Nietzsche, un filósofo que el maestro Jean-Luc citaba como uno de

los padres de los nazis. Lo he abierto y he leído el comienzo, que dice así: «Nosotros que somos conocedores no nos conocemos, no nos conocemos a nosotros mismos. Eso tiene su buen motivo. Nunca hemos ido en busca de nosotros mismos». No me ha parecido que fuesen muy nazis estas ideas, así que he seguido leyendo sin percatarme de que Rachel y su hermana colgaban sus prendas de vestir en los barrotes de las literas para que se secasen y que los demás se habían puesto a destrozar los bancos a porrazos. Levy me ha cogido el libro de un zarpazo farfullando que necesitaban papel para encender el fuego. Yo no tenía ningún motivo para reclamarlo. Al fin y al cabo, el libro era parte del botín de una guerra en la que yo no había participado. Aun así, he articulado mi protesta: «Hacéis como los nazis, que queman los libros».

Cuando han logrado encender el fuego, nuestro capitán nos ha liberado un rato de los turnos de guardia para hacer una merienda de celebración. Él mismo ha repartido a cada uno una rodaja de embutido, media tableta de chocolate y un trago de vino de marca. Después ha pedido a Rachel que tocase el clarinete para animar la fiesta. Ella ha sacado el clarinete de la funda y ha anunciado que interpretaría con su hermana canciones sefardíes. La pequeña se ha incorporado en la litera, abrigada hasta los pies con la guerrera de un soldado muerto. Se ha puesto de pie delante de la mesa, y cuando Rachel le ha hecho una señal con los ojos, han cantado con una voz delgada unos versos que a mí me han recordado otros tiempos:

Morena me yaman, yo blanca nací;
de pasear galana, el color perdí.

Rachel soplaba el instrumento de cara a la pequeña y mirando de reojo a Helmut, que aprobaba complacido asintiendo con la cabeza. Le ha ofrecido mi regalo de cumpleaños hasta la última estrofa que yo no había oído y que dice así:

Morena me yama el hijo del rey.

Si otra vez me yama, yo me voy com él.

Han tocado otras canciones y al final hemos acabado todos cantando nuestro himno de Artiga:

Junto a los ríos de Francia vamos a cantar
que somos jóvenes y queremos libertad...

Las notas aún resuenan en mi cabeza. Qué rara es la música. Qué tecla tan secreta y misteriosa del alma debe de tocarnos para que de golpe nos cambie el humor. Mirla nos dijo un día que la música es la única cosa del mundo que se mantiene siempre viva, pura y limpia, y que los nazis, por mucho que reivindiquen a Wagner y a otros compositores clásicos, no podrán ensuciar nunca su música.

Refugio de los Estanhons, viernes, 9 de junio de 1944

El mal tiempo continúa. A ratos llueve, a ratos cae aguanieve. Poco importa lo que caiga del cielo, lo que cuenta es que nosotros seguimos retenidos por una niebla espesa que nos mantiene clavados en el refugio. Fuera se lo come todo, hasta el punto de que cuando tenemos que salir para hacer nuestras necesidades, nos da miedo alejarnos de las paredes del refugio. Como si fuésemos náufragos expulsados por el mar a una isla fría, seguimos quemando el interior de la nave que nos acoge. Hoy por la mañana le ha tocado el turno a la mesa y, pasado el mediodía, cuando las llamas han devorado su última pata, Helmut y sus dos acólitos han desmontado una de las literas para alimentar el fuego. Mientras partían la madera a golpes de piedra, yo he sacado el cuaderno y lo he mantenido abierto encima de las rodillas, a punto para escribir algo. Ellos me miraban de reojo e intercambiaban risitas. Como si me dijesen: «No es preciso que te mates mucho escribiendo, que para encender el fuego necesitaremos papel». Dicen los militares que la mejor defensa es un buen ataque. He guardado el cuaderno

dentro del saco y he disparado contra Philippe. Le digo levantando la voz: «Escucha, Liebre. ¿Verdad que llevas la *Guía Michelin* en la mochila?». Él me ha devuelto una mirada de cordero degollado. Los otros dos se han burlado de que fuera tan tonto de acarrear un haz de mapas de carretera completamente inútiles para transitar por estas montañas. Muy pronto ha quedado claro que ahora que estábamos a punto de abandonar la maldita Francia que nos considera unos apestados, la guía de este país era una víctima más apropiada que mi cuaderno. Liebre no ha podido salvar ni las tapas. Un rato más tarde, cuando he ido a relevarlo de la guardia, me ha soltado: «¡Eres un traidor! No te daré ningún cuaderno más».

Nuestro guía y capitán ha querido mostrarse generoso con la tropa y se ha ofrecido a repartirnos los objetos de valor del botín. Él, que ya se había reservado las botas de montaña, se ha quedado con una máquina de retratar y el anillo de matrimonio del capitán. Ha dicho que el anillo servirá para comprar comida cuando lleguemos a España. Los demás hemos escogido cada uno una cosa por orden de edad. Rachel y yo hemos elegido los relojes de pulsera de los muertos, unos Zenith de forma rectangular que no llevan la cruz gamada ni ningún emblema nazi. Levy, que se había apropiado del otro par de botas, ha elegido los binóculos, y, finamente, Liebre y Carmen se han tenido que conformar con unas gafas oscuras para la nieve. Al Liebre le gustaba mi reloj y, astuto como es, enseguida ha intentado que se lo cambiase por sus ojos de búho. Me ha dicho: «Son muy buenos para la nieve. Ya sabes que sin gafas puedes quedarte ciego. No podrás escribir». He acabado dándole el reloj a cambio de nada. No pienso guardar ningún objeto de los nazis. Después le he dicho: «¿Somos amigos, Philippe?». Él ha roncado abriendo unos ojos más grandes que su boca: «Mucho, muy amigos. Gracias, Daniel».

Ahora Helmut está fuera haciendo la guardia. Levy, Liebre y Carmen duermen en la litera, o por lo menos lo simulan. Son las ocho y cinco minutos de la tarde, hora de Alemania en el reloj que Rachel ha dejado encima de una mochila. Ella sigue trabajando con la aguja, el hilo y las tijeras que se ha traído de Artiga. Desde

ayer por la tarde, cuando llegó la ropa de los alemanes muertos, no ha parado ni un momento. Ajusta camisetas, descose insignias nazis, retoca unos calzoncillos de lana largos que dice que le irán bien a su hermana. Se los tendrá que poner atados bajo los sobacos. Hace un rato, antes de ponerme a escribir, le he dicho bajito al oído: «Me gustó mucho la canción, Morena. Ya sé cómo termina mi regalo de cumpleaños la tarde en que llovía». Ella ha levantado los ojos de la aguja, me ha mirado con una sonrisa fatigada y ha dicho: «Ha llovido mucho desde aquella tarde, Daniel». He entendido que la Morena nacida blanca ha encontrado a su rey, así que yo solo he sido uno de los admiradores que le echaba piropos desde la ventana. En el fondo, no me importa mucho.

34

THOMAS HEIDER

Hacía tiempo que el capitán Leopold Rehm había confiado al cabo Heider su intención de escalar la cima del «Señor de Ariège» emulando así la gesta del obispo Valerius. Para la ascensión a la montaña contaba con Heider, el estudiante de Derecho que intervenía en sus discursos soporíferos dirigidos a la tropa, y con su amigo íntimo, el soldado Kurt Wasserman. Ambos eran alpinistas bregados y, por lo tanto, aparte de tener un *sparring* con quien conversar, disponía de *sherpas* expertos en alpinismo que lo ayudarían a superar cualquier dificultad imprevista. En realidad, los dos amigos se sentían más cómodos con el piolet que con el fusil de asalto, por eso se habían apuntado voluntarios a las tropas de montaña. A lo largo del verano y el otoño del 43, el capitán había previsto la expedición en varias ocasiones, si bien a última hora, fuera debido al mal tiempo, fuera por razones de servicio, lo había tenido que dejar correr. Para él los meses de invierno no contaban. No se encontraba lo suficientemente en forma como para calzarse los esquís o las raquetas de nieve, como los jóvenes amantes de las montañas le habían propuesto.

Y aún había otro obstáculo, este de orden geográfico. La cima más alta del macizo del Montvalier se eleva dentro de Francia, bastante separada de la línea de la frontera, la zona en que los Cazadores de Montaña debían centrar su vigilancia. Al quedar fuera de su estricto territorio de servicio, el capitán tendría que comunicar la salida a Piersig justificando la necesidad de la ascensión, cosa que el comandante, teniendo en cuenta la situación

de alarma en la que se encontraban desde principios de mayo, probablemente habría denegado. Heider había descubierto otro posible motivo para elegirlos como compañeros de escalada: el capitán los tenía cogidos por los huevos debido a un pecado original que los obligaba a mantener en secreto la expedición.

Por fin, el capitán Rehm había aprovechado los días de bonanza de primeros de junio y la ocasión de encontrarse de servicio en el puerto de Salau, para llevar a cabo la anhelada ascensión. Había previsto todos los detalles. Ayer por la tarde la patrulla que él comandaba, formada por Heider, su amigo Kurt y cinco soldados más, abandonó la aduana fija del puerto de Salau con la misión de acampar una noche en el puerto de Aulà y desde allí rastrear la frontera en dirección a poniente, hasta al límite con los aduaneros del destacamento de Pau. Una vez instalados en el ancho y acogedor collado, Rehm anunció a la tropa que para el día siguiente por la mañana había previsto una ronda de inspección rápida y ligera hasta el collado de Pala Clavera.

Los tres han salido hoy de la acampada de Aulà cuando rompía el alba. Dentro de las mochilas llevan cincuenta metros de soga, material de escalada y una bolsa de pertrechos para la ceremonia de la cima que el capitán ha escondido en el último momento. Han tenido que prescindir de la emisora portátil: añadir aquel bulto a las mochilas, los fusiles y la munición les habría robado demasiado tiempo y energías. Descendiendo por la vertiente española, de pendiente más suave, y casi sin pisar nieve, se han plantado en poco rato en la brecha por donde se han desviado para enfilar en sentido norte el macizo de Montvalier. Una vez en la vertiente francesa, han tenido que calzarse los crampones y desplegar la cuerda y los hierros para superar tramos empinados de nieve helada y pasos con algún grado de dificultad técnica. El capitán, que ni tan siquiera sabía cómo se abrochaba el arnés, seguía encordado en medio del grupo, inseguro, pensándose diez veces dónde debía poner el pie. En uno de los pasos más complicados, cuando han tenido que descolgarlo como un saco de patatas por una galería de roca, se ha sacudido el acojonamiento abroncando a Kurt, que era el que abría la vía. ¡Como si el soldado

tuviese la culpa de los accidentes geográficos de la ruta! Llegados al collado de donde arranca el último tramo, ancho y abierto, sin dificultades técnicas, a su pánico a la caída ha seguido una fatiga extenuante, consecuencia de sus cuarenta años, de la vida sedentaria en Beauregard y del vientre prominente de cerveza. Kurt ha tenido que ir a la cima a dejar la mochila y regresar para llevarle la suya.

Cuando por fin el capitán ha llegado a la cresta, se ha encaramado a lo alto de una roca, justo al lado de la cruz de hierro que señala la cima, de cara a los valles verdísimos de Arièja. Entonces su rostro de capitán atormentado por una mueca de fatiga y mala leche ha sufrido una transfiguración milagrosa semejante a la de Jesucristo en la cima del Tabor:

—¡Tenemos bajo la suela de nuestros zapatos una buena parte de la Galia Narbonensis! —ha proclamado victorioso. Y tanto por el tono solemne como por el vocabulario empleado, sus subordinados y discípulos preferidos han adivinado que empezaba uno de sus discursos—. *¡Gallia omnia divisa est in partes tres!* Así lo escribió Julio César, y después de dos mil años, nuestro Führer *imperator* ha repetido su operación de trocear la Galia. Le ha dado la Francia de Vichy a un viejo general que chochea; un pedazo de la Provenza para el bufón de Italia. Pero el trozo más rico y productivo, que incluye todo el norte francés con París y la costa atlántica, se lo ha reservado para él, el nuevo emperador de Europa. —Se ha vuelto hacia mediodía y ha proseguido—: España también deberá dividirse en tres o cuatro provincias. Es una nación demasiado grande, Franco se da aires imperiales, e imperios en Europa solo puede haber uno. La provincia del norte, desde los Pirineos hasta el río Ebro, será gobernada por los catalanes y por los vascos. En Berlín ya tienen sus mapas hechos. —Se ha agachado para sacar de su mochila las gafas de leer y el libro *La genealogía de la moral* de Nietzsche—. Hace mil seiscientos años vivió en estos valles de la Galia Narbonensis un noble romano llamado Valerius. Era un obispo poderoso y solitario que con frecuencia hacía escapadas a la montaña para huir de las multitudes. Valerius era un ejemplo modélico del señor con

voluntad de poder. Escuchad el elogio que el filósofo Nietzsche hace de la moral de los señores. —Ha hojeado el libro y al final, sea porque no ha encontrado el fragmento, sea porque solo quería restregarle delante de sus narices el cebo de Biarritz con que había engañado a Gisela, lo ha dejado correr—. Valerius fue el primero que tuvo la osadía de subir hasta la cima de esta montaña, que en aquella época los pastores del lugar consideraban diabólica. —Con el brazo extendido hacia la cruz de hierro, ha recitado con tono solemne las palabras del emperador Constantino, que siempre sacaba en sus discursos: *In hoc signo vinces*. «Con esta señal ganarás»—. Y en la divisa, fieles seguidores del nacionalsocialismo, la palabra básica no es *signo*, como quieren creer los cristianos, sino la postrera, *vinces*. Pensad que, en lugar de la cruz, la señal podría ser la medialuna o la hoz y el martillo o la estrella de seis puntas. Siguiendo, pues, el ejemplo de Constantino, el ciudadano Valerius sabía que la cruz era el símbolo del poder de la nueva religión oficial del Imperio. Los romanos gobernaron su extenso imperio a lo largo de ocho siglos; el nacionalsocialismo, como ha pronosticado el Führer, gobernará el mundo durante los próximos mil años. ¡Cabo Heider!

Este, que había seguido el discurso apoyado en una roca, se ha puesto firmes:

—¡A sus órdenes, mi capitán!

—¡Proceda a colgar la nueva cruz imperial!

Han desplegado la esvástica y, después de fijarla con cuerdas a los brazos de la cruz, han entonado el canto del *Die Fahne Hoch*, el himno nazi, seguido de los saludos de rigor, *Heil Hitler*, que han resonado más altos que nunca por encima de los valles de Arièja.

Mientras comían un bocado sentados en las rocas, han abierto la botella de vino con la que han cargado en el campamento por orden del capitán. Es de Borgoña, el mejor vino de Francia, ha ponderado este, como si fuera un experto en vinos. Después de recordarles el milagro de la botella de vino que, según contó el cura de Sent Gironç, el santo había obrado cuando hacía siglos que se pudría en el sepulcro, ha llenado la copa y ha bebido un trago con gestos ceremoniosos. A continuación, les ha pasado la copa

remedando las palabras del cura durante la misa: «Tomad la copa y bebed de este vino que es portador del espíritu de los señores». La comedia sacrílega de la cima ha concluido con una sesión interminable de fotografías que el capitán ha querido que le tomaran con su Leica: de cerca y de lejos, de pie y sentado, con el libro en la mano y simulando que leía, siempre al lado de la esvástica cubriendo la cruz de hierro. Finalmente, ha guardado la Leica en su mochila, ha sacado los binóculos y se ha alejado hacia uno de los extremos de la cresta rocosa para inspeccionar todos los rincones de su Galia Narbonensis de las narices.

Para los dos amigos ha llegado entonces uno de esos momentos tan esperados, cuando los alpinistas sienten que, pese al esfuerzo y los sufrimientos padecidos, la ascensión hasta la cima ha valido la pena. Los instantes de gloria de todos los amantes de la montaña. A la visión del paisaje y la satisfacción de haber coronado uno de los miradores más espectaculares de los Pirineos, se añadía el placer de estar solos entre las nubes y la tierra, lejos de miradas inquisidoras, dando la espalda a la guerra de Francia. El uno al lado del otro, de cara al mediodía luminoso, con el muslo derecho de Thomas rozando el muslo izquierdo de Kurt, contemplaban el macizo de la Maladeta con la punta piramidal del Aneto, el pico más alto de la cordillera. Pese a saber que la montaña se levanta dentro de territorio español, aún no habían perdido del todo la esperanza de hacer una escapada hasta él. Quizá en septiembre, cuando les corresponde el próximo descanso…

Los chillidos del capitán los han devuelto a la dura servidumbre militar en tiempo de guerra. Plantado sobre la cresta rocallosa, con las piernas abiertas y los binóculos pegados a los ojos, acababa de descubrir un movimiento alarmante en la vertiente francesa:

—Van cinco o seis —ha anunciado pasándole el aparato—. Parece que hay niños. Deben de ser judíos.

Efectivamente, Heider ha vislumbrado el grupo de fugitivos avanzando por una hondonada sobre un claro de nieve con hatos a la espalda. Su amigo Kurt ha desplegado el mapa, ha ajustado la

orientación con la brújula y ha identificado el lugar como la zona de pastos de la cabaña de Espuga. Por la dirección que llevaban era evidente que se dirigían a los Estanhons, un refugio de montaña donde suelen guarecerse los fugitivos camino de España. El capitán ha preguntado a Kurt a qué distancia más o menos se encontraban:

—Hay un desnivel de más de setecientos metros. Y deberemos subir un collado. —Y ha exagerado el tiempo de ascensión—: Dos horas y media como mínimo.

El capitán ya lo había decidido:

—No importa. Tenemos que ir.

Heider se ha apresurado a ponderar la dificultad y el esfuerzo que suponía bajar a detenerlos y ha expuesto la solución que él encontraba más razonable:

—Si ahora bajamos, luego deberemos subir otra vez con el grupo de prisioneros para conducirlos al campamento de Aulà. El trayecto será muy largo y pesado. Creo que lo más práctico será retroceder hasta la frontera y esperarlos allí. Mientras, uno de nosotros puede ir volando a Aulà en busca de refuerzos.

El capitán ha preguntado:

—¿Y en qué lugar de la frontera piensas esperarlos?

—En el collado de Pala Clavera, la puerta de salida habitual de los fugitivos hacia España.

—¿Y si se escapan por otro paso?

Entonces su amigo Kurt ha esgrimido otros argumentos de peso alternativos a la decisión del capitán. Como no llevaban la radio, si se topaban con algún imprevisto no podrían pedir ayuda. Además, la zona de Estanhons es un valle alejado de las poblaciones francesas, una ratonera que por el fondo solo tiene salida a través del canal de Pala Clavera. Sus argumentos no han servido de nada. El capitán se había emperrado en atacar a los fugitivos sin perder tiempo y han emprendido la marcha hacia abajo. Una vez llegados al primer collado, se han desviado a la derecha por un canal que desciende hasta el refugio. Al ver que no había nadie dentro, Heider ha propuesto esperarlos allí, parapetados en su interior:

—Cuando los detengamos, también deberemos conducirlos

hasta aquí.

El capitán se ha negado:

—¿Y si se han desviado y siguen otra ruta?

Mientras emprendían el último repecho, que, de acuerdo con los cálculos de Kurt, los separaba del valle por el que se acercaban los fugitivos, Heider ha comenzado a sospechar que, si en realidad se trataba de judíos, el capitán no tenía ninguna intención de capturarlos, sino de fusilarlos allí mismo. «Si no los matamos nosotros —les diría—, deberán hacerlo después los compañeros de las SS en el campo de trabajo a donde los envíen. Así que, ahorrémonos ahora el riesgo y la tabarra de apresarlos y ahorrémosle también a nuestra nación los gastos de transporte, de mantenimiento y de hacerlos desaparecer sin dejar rastro.» Más de una vez, al proclamar en los discursos la necesidad que tenía su generación de alemanes arios de hacer un trabajo sucio por razones higiénicas, había confesado abiertamente que, si a él se le presentaba la ocasión, no le temblaría el pulso a la hora de apretar el gatillo. Luego sacaría fotos de la matanza de judíos para demostrar su gesta y poder jactarse de ella delante de sus superiores.

Hacía poco que habían superado el collado cuando han vislumbrado hacia el fondo del valle a uno de los fugitivos, el que iba delante inspeccionando el terreno. Parecía muy joven, casi un niño, y avanzaba encorvado con una mochila a la espalda que hacía más bulto que él. El resto del grupo, de tres o cuatro, estaba bastante lejos y se había detenido a descansar. Aunque el chico continuaba avanzando, decidido, el capitán ha ordenado que se abriesen en abanico para evitar que escapase por uno de los lados.

Cuando Kurt le ha gritado el alto, el pequeño fugitivo acababa de dejar atrás un estanque medio helado y enfilaba la pendiente por donde ellos bajaban. Ha levantado la cabeza y, al verse rodeado, no ha hecho ningún intento de huir. Era un chico que no parecía tener más de doce años, con una cicatriz muy fea en el labio superior. En el carné de identidad constaba que tenía dieciséis años, había nacido en París y era judío, tal como delataba su cédula. Pese a la evidencia, el desgraciado lo negaba:

—¡No soy judío! No lo soy —gruñía en francés abriendo una boca espantosamente deformada.

El capitán ha celebrado la detención igual que si acabase de descubrir la pieza de caza mayor más valiosa:

—¡Un judío con el labio partido! —ha exclamado—. ¡La especialidad médica del doctor Mengele! Hace tiempo que busca un cráneo judío con esta deformación. ¡Menudo regalo le haremos hoy! —Y ha ordenado a Kurt—: Mátalo y después le cortas la cabeza. Apúntale al pecho. ¡No me destroces los huesos del cráneo! ¡Vamos, deprisa! ¡Cabo Heider! Acompáñeme a dar alcance a los demás.

El chico, que aun siendo francés había entendido perfectamente su sentencia de muerte, insistía en negar que fuera judío:

—¡Se lo juro, señor! —lloriqueaba—. ¡Yo no soy judío! ¡Es mentira!

Entretanto, Kurt había retrocedido cuatro pasos para evitar dispararle a quemarropa. Le apuntaba con el fusil, pero no se decidía a disparar contra aquella criatura deforme que gemía como un bicho raro. El capitán, que ya se había descargado la mochila y se alejaba preocupado de que se le escapasen los demás, ha bramado:

—¡¡A qué cojones esperas, marica de mierda!! ¡¡Te he ordenado que dispares!!

Su amigo ha encajado el insulto como una patada en el estómago. Ha desviado ligeramente el cañón del fusil y ha disparado al capitán, que ya le había dado la espalda. No ha aflojado el dedo del gatillo hasta que se le han acabado las balas del cargador. Cuando se ha desvanecido el eco de la ráfaga, se ha quedado inmóvil como una estatua, con el Schmeisser humeante en los brazos. Thomas ha sido el primero en reaccionar:

—¡Dios mío, lo que acabas de hacer!

Kurt ha lanzado el fusil con rabia contra la nieve y ha dicho con voz temblorosa:

—¡Lo sabía! Sabía lo nuestro. Nos habría denunciado. Cerdo, hijo de puta. Se lo merecía. —Y se ha dirigido al chico judío, que

los observaba con los ojos aterrorizados—. Vamos, huye. ¡Lárgate de aquí!

Mientras el niño se aleja con pasos cortos e inseguros, girando la cabeza hacia atrás una y otra vez, temeroso de que le disparasen por la espalda, su amigo se ha ido sosegando, cada vez más consciente del disparate que acababa de cometer. «¿Y ahora qué hacemos?», se preguntaban, así en plural. Amigos como eran, la posibilidad de separarse ni se la planteaban. Kurt quería huir bien lejos de los uniformes militares, desertar de una puñetera vez del ejército que los tenía esclavizados en los mejores años de su juventud. Él, sin embargo, le ha hecho ver que, estando allí, la única escapatoria posible era España, un país aliado de Hitler que los devolvería inmediatamente a la Gestapo. Así, en caliente, la única salida que él veía era inventarse una emboscada terrorista:

—Diremos que nos han atacado los maquis. Se lo creerán. Las emboscadas cada vez son más traidoras.

—¿Nosotros vivos y el capitán muerto? No nos creerán. —Con los ojos ha señalado la espalda del capitán acribillada como un colador.

—Es que no tienen que ver el cadáver. Descubrirían que las heridas de bala son de un Schmeisser. Tenemos que esconderlo.

—¡Pues, adelante! ¡Enterrémoslo con nieve!

—La nieve pronto se derretirá. Incluso enterrado bajo piedras lo encontrarán con los perros. —De repente, se le ha ocurrido una solución—: Allá abajo hay un estanque. Tenemos que arrojarlo dentro, Kurt, atado con un buen pedrusco para que se hunda.

La hondonada del estanque quedaba a un tiro de piedra, y el suelo estaba cubierto de nieve; por lo tanto, no les costaría mucho hacer que el cadáver se deslizara a rastras hasta allá abajo. Para tirar de él sin problemas se han descargado sus mochilas y las han dejado, junto con las armas, al lado de la mochila del capitán. El trastorno por la muerte del capitán y la idea descabellada de hacer desaparecer el cadáver cuanto antes mejor les ha hecho olvidarse del niño judío y del grupo de fugitivos que iban detrás de él. Lo cierto es que no se veían por ninguna parte y el valle aparecía abierto y liso, sin árboles ni accidentes geográficos próximos que

pudiesen servir de escondite. No hacía mucho que lo arrastraban, de espaldas al suelo, zigzagueando entre las rocas, él delante tirándole de los brazos y Kurt detrás levantándole los pies, cuando de golpe se han oído tiros. Al girar la cabeza, ha visto como su amigo se desplomaba y, a una veintena de pasos, justo donde habían dejado las armas y las mochilas, a un individuo alto y robusto empuñando uno de sus fusiles. Como si el fugitivo hubiese salido de debajo de la nieve. Instintivamente, ha echado a correr en dirección al estanque mientras oía silbar las balas que le pasaban rozando. Cuando ha llegado al otro lado del estanque, se ha topado con el resto del grupo de fugitivos, que por fortuna iban desarmados.

Por fin, después de una hora larga de zanquear por la nieve siguiendo las huellas de los fugitivos, logra llegar al collado de Craberons, un lugar de la montaña que conoce de haber patrullado por él el verano pasado. Hoy, sin embargo, llega solo, desarmado, ligero de equipaje pero abatido, como si arrastrase todas las desgracias que le han caído encima. «¡Dios mío, menudo desastre!», y resoplando se deja caer de culo sobre la nieve endurecida de la cresta. «Todo por mi culpa —concluye a continuación—. ¿Por qué habré tenido la mala idea de arrojar al estanque el maldito cadáver del capitán?» Si hubiese hecho caso a su amigo de enterrarlo con nieve, ahora estarían vivos los dos y camino del puerto de Aulà, con las armas y las mochilas a la espalda y la idea bien estudiada de la emboscada terrorista. ¿Y ahora qué? ¿Volverse atrás y perseguir al asesino de su amigo que sin duda tirará hacia el refugio de excursionistas? ¿O bien apresurarse a bajar hasta el fondo del valle, donde debe de encontrarse la población de Sèish, y desde allí telefonear a Beauregard para dar la alarma al comandante Piersig? Lo único que tiene claro es la persecución del asesino de su amigo. «Te vengaré, amigo Kurt, te lo juro. Le seguiré el rastro hasta España. Hasta el fin del mundo si hiciera falta.»

35

DANIEL

Borda del río, sábado, 10 de junio de 1944

Helmut nos ha despertado gritando que no había niebla y debíamos marcharnos. La primera luz del día apenas dibujaba el cuadrado de la ventana. Hemos quemado a toda prisa los retales y la ropa sobrante de los alemanes y hemos abandonado el refugio cargados con las mochilas y las armas. Fuera nos esperaba un aire helado que había dejado muy limpias y afiladas las cumbres que nos rodeaban. El guía y sus dos acólitos se han puesto delante para abrir camino sobre una nieve nueva y alta que a veces nos llegaba hasta media pierna. Hemos bajado hasta un estanque redondeado, con agua y hielo de color verdoso, y desde allí hemos remontado una cuesta empinada confiando en encontrar un segundo estanque. Sin embargo, una vez arriba, el estanque no se veía por ninguna parte. Helmut no las tenía todas consigo. Según él, el estanque debía de estar enterrado bajo la nieve de un valle llano que se alargaba por nuestra derecha. A partir de allí, la ruta normal hacia la frontera parecía seguir este valle abierto. Pese a las apariencias, el guía nos ha hecho ir todo recto, por una rampa que conforme subíamos se iba convirtiendo en un canal de nieve helada cada vez más estrecho que quién sabe adónde iba a llevarnos. Me he quedado atrás, con Rachel y Liebre, que había tirado el fusil para poder remolcar a Carmen con la soga de los alemanes. La niña llevaba puesta la guerrera del capitán que su hermana le había acortado. Levy no estaba mucho más arriba que nosotros. De vez

en cuando, gritaba para animarnos: «¡Subimos por la escalera de Jacob! ¡Me lo dice el ángel que habla en mí! ¡Cuarenta escalones y estamos en el cielo!».

En el último escalón de la interminable escalera de Jacob hemos encontrado los primeros rayos de sol y a Helmut amorrado al papelote que él llama «el mapa». Dudaba de que aquel lugar fuera el collado de Pala Clavera. O sea, si habíamos llegado a la frontera de España o nos habíamos metido en un canal sin salida. Tan intranquilo estaba que no ha hecho caso a Rachel, que le tocaba el codo para mostrarle que había llegado. Ni se ha percatado de que Liebre no llevaba el fusil. Confieso que yo tampoco veía nada claro que aquel collado pudiese ser la frontera. Orientarme mirando el curso del sol es algo que he aprendido de los españoles de Artiga trabajando en el campo. Pensaba que si España caía al sur de los Pirineos, los valles a partir de allí deberían discurrir en dirección al mediodía. Pero el collado donde estábamos miraba hacia la salida del sol. Aun así, retroceder por la infernal escalera era impensable. No teníamos más remedio que continuar por la vertiente soleada.

Nos deslizábamos por una pendiente que deslumbraba, encima de una nieve juguetona que te empujaba hacia abajo tratando de hacerte derrapar y caer de culo. El canal del puerto se ensanchaba cada vez más e iba girando hacia mediodía. Hasta que nos ha abocado a la hondonada de un estanque azul, casi deshelado del todo. Allí hemos comenzado a sentir unos «tolón-tolón» lejanos que podían ser cencerros de ganado. Helmut ha dicho: «Si hay animales paciendo, eso es España». Debe de ser el razonamiento más sabio que un ceporro como él es capaz de desarrollar. Hacia el fondo del valle podían distinguirse unas pecas oscuras en un prado verde. Los binóculos de Levy han verificado que, en efecto, se trataba de un rebaño de vacas o de caballos. En un extremo se distinguía una figura humana que muy bien podía ser el pastor. Estaban muy abajo, a la altura en que nos encontrábamos, los pastos aún dormían el invierno bajo un manto de hierba muerta. Helmut ha ordenado al Liebre que le pasase la mochila y bajase a preguntar al pastor si de veras estábamos en

España. Enseguida, Liebre saltaba cuesta abajo con una rapidez digna del mote que le habíamos colgado el primer día que llegó a Artiga.

Poco rato después sus gritos de alegría proclamaban que estábamos en España. La esperada noticia ha destapado nuestra euforia contenida, sobre todo en las hermanas Estruga, que después de abrazarse ellas nos han abrazado a todos, uno por uno. A mí, Rachel me ha dado un abrazo rápido y discreto ante la mirada de Helmut. A Carmen le han pasado de golpe todos los males. Cuando Liebre ha vuelto para celebrar la buena nueva con el grupo, la niña se le ha echado al cuello con tanta fuerza que los dos han rodado por el suelo.

Antes de seguir bajando, he intentado convencer a Helmut de que no podíamos presentarnos al pastor, y aún menos a la policía española, con las armas ni con ninguna pieza de ropa que pudiese relacionarnos con los alemanes muertos. Le decía: «El Gobierno de España es aliado de los alemanes. Si nos descubren, nos devolverán a Francia». Él se negaba con la excusa de que ya habría tiempo de abandonarlas, que aún podían sernos útiles. En realidad, él no tenía la más mínima intención de abandonar su Schmeisser con cargador de treinta y dos balas de nueve milímetros. Las hermanas Estruga, y también Liebre, que ya había tirado el fusil en el canal helado, me apoyaban. Y Levy probablemente también lo habría hecho, pero él callaba por no llevar la contraria a su capitán, que seguía bramando: «Hemos podido llegar a España gracias a los fusiles. ¡Maté a dos alemanes, yo!». Entonces Liebre, al que se le entendía bien porque llevaba puesto el paladar, le ha espetado a la cara: «¡Es mentira! ¡Al capitán no lo mataste tú!». El otro se ha quedado mudo un momento. Después ha reaccionado lanzándole insultos: «¡Seguro que lo mataste tú! ¡Desgraciado, pedazo de mierda!». Por suerte, Rachel ha podido convencerlo. Después de darle jabón diciendo que gracias a él habíamos llegado a España, le ha hecho ver que por el momento era mejor ir sin armas y le ha propuesto dejarlas escondidas entre unos matorrales, por si en algún momento las necesitaban.

Finalmente, hemos podido deshacernos de los fusiles, las

municiones y los uniformes, y también del carrete de fotos que había dentro de la máquina de retratar. Solo ha salvado una cosa que puede comprometernos. Cuando Rachel ha visto que su hermana se sacaba la guerrera del capitán, se ha quedado mirando una insignia cosida en una de las mangas y ha lamentado tener que abandonar algo tan bonito. Era el dibujo de una flor de nieve bordada dentro de un círculo. Entonces Helmut le ha pedido las tijeras, él mismo ha recortado la insignia de la ropa y se la ha dado a Rachel diciendo: «Ten, escóndetela en un lugar donde no te la puedan encontrar». Ni ella ni los demás, ni aún menos yo, hemos osado decir nada. Este capricho absurdo de la pareja nos puede salir a todos muy caro.

El pastor era un hombre bastante viejo, enjuto y canijo que nos observaba apoyado en un bastón. Le ha hablado Rachel. Con su español de los sefardíes le ha hecho entender que éramos fugitivos de la guerra y le ha pedido comida y un lugar donde dormir. Él le ha preguntado si llevábamos dinero, francos o marcos alemanes, tanto le daba. Helmut le ha dado el anillo del capitán muerto jurándole que era de oro auténtico y que tenía mucho valor. Pero el viejo no tenía suficiente. Liebre ha añadido sus gafas de montaña y entonces el hombre ha quedado contento y satisfecho. Hemos tenido suerte, porque hace pocos días que el pastor ha subido el ganado a la montaña y tiene la despensa de la borda muy provista. Él mismo nos ha cocinado un puchero de sopas de leche, una carne confitada muy grasienta, que nadie ha preguntado si era de cerdo, y tacos de queso y lonchas de embutido a porrillo.

Escribo estas líneas a la lumbre del fuego en el suelo de la cabaña, acompañado de Levy, que murmura las oraciones del *sabbat*. Los demás están en el piso de arriba durmiendo sobre un lecho de hierba. Me muero de ganas de saber qué pasó realmente con la patrulla de los alemanes.

Borda del río, domingo, 11 de junio de 1944

Aún estamos en la borda del río. Yo quería partir hacia abajo de

madrugada y alejarnos de la frontera y de los alemanes, que, a estas alturas, seguro que están siguiéndonos el rastro. Además, después de tantos días de dar tumbos por la montaña tengo ganas de llegar a la civilización. Pero Rachel ha querido quedarse toda la mañana en la borda para que su hermana disponga de unas horas más para recuperarse. Helmut se ha puesto de su lado. Ella misma ha hablado con el pastor y le ha ofrecido su reloj a cambio de que nos dé de desayunar y nos prepare una buena comilona a mediodía.

He convencido al Liebre de que, como único testigo de los hechos, nos explicara la verdad sobre la muerte de los alemanes. Él lo ha consultado con Helmut y ambos han salido afuera para discutir en privado qué decidían. Cuando han vuelto, han dicho que lo que de verdad había ocurrido con los alemanes era un secreto militar y, por lo tanto, no nos lo contarían mientras estuviésemos en España, porque si alguno de nosotros se iba de la lengua, la policía española detendría a Helmut y lo entregaría a los nazis. Helmut no se fía de mí. ¿Qué piensa, que voy a delatarlo para quedarme con Rachel? He intervenido para hacerle saber que estaba de acuerdo, que mientras estuviésemos en España él no había matado a ningún alemán ni habíamos visto a ninguno durante nuestra huida. Eso es lo que todos debíamos tener claro delante de la policía española. Entonces Levy ha propuesto que hiciésemos un juramento solemne, así la promesa tendría valor sagrado. Todos hemos aprobado la idea. El pequeño rabino ha consultado el libro roñoso con el que siempre carga; después nos ha dicho que lo haríamos como el juramento de Abraham. Ha explicado que, considerando que si alguien hablase Helmut sería el más perjudicado, era él quien debía tomarnos juramento al resto de nosotros. Y lo ha hecho sentar, con las piernas un poco abiertas, en la sillita baja que tiene el pastor para cocinar en la chimenea. Levy, como maestro de ceremonias, ha sido el primero en jurar. Se ha arrodillado delante de aquel y, con la cabeza inclinada y el brazo extendido hasta ponerle la mano plana encima de la bragueta, ha recitado: «Yo, Levy Keller, juro por Yavé, Dios del cielo y de la tierra, que mientras esté en España guardaré en

secreto el ataque a una patrulla de alemanes durante la travesía de los Pirineos». Los demás han seguido su ejemplo hasta que me ha tocado a mí, que he jurado el último, después de Rachel. He tenido que tragarme el asco de comprobar que Helmut tenía una erección de caballo.

El día se ha levantado frío, le ha costado horas calentarse. Ahora el sol pica de verdad con una luz intensa que recorta la sombra de las cosas con todo detalle, como si las dibujase a carboncillo. Liebre y Carmen se han vuelto al pajar a descansar o a matarse las pulgas bajo la ropa. Levy ayuda al pastor a encender el fuego y a preparar la comida. Se lo ha mandado su capitán antes de escaparse hacia el río con Rachel para evitar que los siguiera. Cuando se iban, Helmut ha visto que yo escribía y me ha dicho con aires de perdonavidas: «Pon que Rachel y yo nos bañaremos en pelotas». Le he respondido que yo solo escribo cosas importantes. No le he dicho que lo que de verdad me gustaría escribir es que la policía española ha descubierto la matanza de los alemanes y lo han devuelto a Francia. A él solo, claro está.

Sort, lunes, 12 de junio de 1944

Ayer, cuando después de comer íbamos a abandonar la borda con la lección bien aprendida sobre las respuestas que debíamos dar a la policía española, Helmut quiso comprobar que cada uno llevara su carné de identidad. Saqué el mío del bolsillo y miré por última vez el garabato del año de nacimiento. Se notaba claramente que había intentado falsificarlo, así que había resuelto tirarlo a las brasas aún muy vivas de la chimenea. Iba a decirle que él hiciese lo que quisiera con el suyo, pero que yo prefería presentarme a la policía sin papeles y jurando que tenía diecisiete años. Esta era mi intención. En ese momento, Helmut inspeccionaba el carné de Carmen mientras la niña lloriqueaba diciendo que ella no tenía la culpa, que un día se le había mojado de pipí sin querer. A su lado, Liebre decía que la mancha no tenía importancia porque las palabras importantes podían leerse. Me percaté de que la mancha

había emborronado el perfil de las letras de manera semejante a los números de nuestras cartillas que yo había corregido. Y de pronto se me ocurrió la idea de disimular nuestras correcciones con unas gotas de agua, como si fuera una mancha de humedad. Podríamos echarle la culpa a la lluvia y la nieve que habíamos encontrado cruzando las montañas.

Así pues, expuse la solución a Helmut y al resto de los compañeros. El guía dijo: «Con agua no. Con una meadita. Así nos aseguramos de que quede bien». Liebre pidió que lo hiciésemos todos, que cada uno se mease en un rinconcito de su carné que no afectase a la fotografía ni a ninguna palabra importante. De esa forma, mezclando los carnés falsificados con los auténticos, el engaño era más fácil de colar. Y confesó que legalmente el suyo también era falso porque había pintado con un lápiz rojo la palabra JUIF. Por último, Rachel redondeó la estrategia. Como era ella la que tendría que hablar con los policías, dijo que les daría todos los carnés con la explicación de que los llevaba en una bolsa y un día de lluvia se le habían mojado.

Cogimos un ancho camino de herradura que baja hacia los pueblos del valle siguiendo el curso del río. Abría la marcha Helmut, al lado de Rachel, que se había cambiado los bombachos oscuros por el vestido de color humo que llevaba doblado en su mochila. Se lo había mandado él para que impresionara a los policías. Con las piernas blancas y la falda revoloteando, parecía una mariposa recién salida del capullo.

Cuando apenas hacía media hora que caminábamos, a la salida de una curva topamos con una pareja de guardiaciviles, que es el nombre que en España tienen los gendarmes. Iban a caballo, vestidos con uniformes verdes y cubiertos con unos sombreros negros y planos por detrás que brillaban al sol de la tarde. Como si llevasen en la cabeza unos zapatos de charol lustrados con la suela en el cogote. Nos echaron el alto y, cuando hubieron descabalgado, Rachel les dijo que éramos judíos menores de edad, que huíamos de un hospicio francés porque los nazis nos querían matar y que ella y su hermana iban a reunirse con sus padres, que eran sefardíes y tenían la nacionalidad española. Al pedirnos los

papeles, dio el puñado de carnés con la cháchara de excusas y lamentaciones que se había preparado. Los guardias no pidieron ninguna otra aclaración ni mostraron la menor reacción de rechazo, solo nos miraban las caras para comprobar si se parecían a las fotografías. Acostumbrados como deben de estar de encontrarse con pandillas de evadidos sin papeles, probablemente valorarían que por lo menos nosotros íbamos todos documentados. Y se tragaron el engaño que les habíamos aliñado con nuestras meadas.

Tras haber caminado mucho rato pasamos junto a un campo de trigo con las espigas aún muy verdes. La visión de un campo de cultivo, el primero que veía después de tantos días dentro de aquel infierno helado y caótico, me alegró mucho. Solo a mí, mis compañeros y los guardias como si no lo viesen. Pronto llegamos a Alós d'Isil, un pueblecito rústico de casas de piedra oscura que encontramos invadido por militares españoles. Fueron ellos los que nos interrogaron. Sacaron un mapa de la frontera y querían saber exactamente por dónde habíamos pasado, en qué lugares nos habíamos refugiado de día y si habíamos visto a hombres armados. Helmut, que era el que respondía por boca de Rachel, dijo: «No vimos a nadie. Ni guerrilleros maquis ni alemanes». El militar sonrió y comentó: «Os creo, chavales. Si hubieseis encontrado alemanes, ahora no estaríais aquí». Para comer nos dieron el rancho de los soldados y dormimos en el cuartel.

Hoy de madrugada nos han llevado con un camión militar hasta un pueblo de más abajo, llamado Esterri. Allí nos han hecho subir a un autocar de viajeros. Iba bastante lleno y nos hemos tenido que repartir los seis por los asientos vacíos. Las hermanas Estruga, que a la más mínima ocasión presumen de ser españolas, han reparado en que la gente del pueblo más o menos las entienden, pero que entre sí hablan en otra lengua que no es el español ni el francés. A mí me sonaban de algo las palabras que oía, no sabía de qué. Al final he caído en la cuenta de que hablan catalán, la lengua de los españoles exiliados de Artiga. El español solo lo hablan los guardias y los militares que ganaron la guerra con el dictador Franco. O sea, que hemos ido a parar a Cataluña, la

región de los campesinos de Artiga.

Hacia mediodía hemos llegado a Sort, donde nos han entregado a otros guardias que nos han traído a la cárcel. Es un antro estrecho y sin aberturas, que ocupa el interior de la planta baja de una casa. De la fachada sobresale una especie de jaula de hierro. Tenemos que meternos allí una docena de hombres, y la peste a sudor y a letrina es irrespirable. Suerte tenemos de que la puerta dé a la plaza pública y de que el vigilante nos deje salir por turnos hasta la jaula para tomar el aire. Los chicos del pueblo nos miran con curiosidad, como si fuésemos bichos en una jaula del zoológico. Las hermanas Estruga están en la cárcel de mujeres, un reducto de la casa de al lado que tiene pinta de granero.

Sort, miércoles, 14 de junio de 1944

Esta tarde ha venido a rescatarnos de la jaula el amo de un hotel que se interesó por nosotros el día que llegamos. El alguacil que nos vigila le ha dado permiso para llevarnos un rato fuera de la plaza, ante la cara de envidia de los demás prisioneros. Nos ha conducido a su hotel. La fachada da a la avenida de la carretera y está adornada con unos balcones que simulan ramas de árbol y las estatuas de dos sirenas mostrando los pechos.

En la recepción nos esperaba un hombre robusto y simpático, de unos treinta años, que el hotelero nos ha presentado como el señor Joel Sequerra, de Lisboa. Es un colaborador de la Joint, una asociación americana que protege a los judíos de todo el mundo. Nos hemos enterado entonces de que el hotelero lo llamó por teléfono y él ha subido expresamente de Barcelona en su auto. Entiende el francés y nos ha pedido que le contásemos nuestra vida en la colonia de Artiga y las peripecias de la huida a España. Por supuesto, no le hemos dicho nada del jaleo con los alemanes. Con todo, el hombre se hacía cruces de que hayamos sido capaces de cruzar las montañas todavía nevadas de los Pirineos completamente solos, sin ningún guía. Le hemos preguntado si a través de su asociación tenía noticias de los judíos de Alemania.

«Hace mucho tiempo que no hemos recibido carta de nuestros padres ni sabemos nada de ellos.» Él se ha limitado a decir: «No se puede esperar nada bueno de los nazis».

Al parecer, en este asunto de la familia solo las hermanas Estruga pueden seguir confiando. El señor Sequerra nos ha dicho que después de muchos meses de silencio, el Gobierno de Franco había aceptado que los alemanes liberasen del campo de Bergen-Belsen a un grupo de más de trescientos sefardíes. La mayoría procedían de Salónica y tenían pasaporte español. Llegaron en febrero a Barcelona, pero pese a su ciudadanía española, Franco no quiso que se quedasen en España y acabaron por instalarse en Marruecos. Por tanto, probablemente sus padres se encuentren entre este grupo. Pero la ilusión de tener noticias de sus padres no les ha durado mucho. A la salida del hotel, cuando nuestro protector nos acompañaba a la cárcel, ha notado que Carmen caminaba un poco coja. Ha hecho que se descalzara allí mismo, en mitad de la calle, y al sacarse los calcetines hemos visto que tenía los dedos de los pies de color morado. El hombre ha dicho: «Tenemos que ir al médico ahora mismo. Si no nos apresuramos, deberán cortarte el pie». El médico del pueblo ha confirmado que la niña sufre una congelación grave y que debe ingresar urgentemente en el hospital.

El señor Sequerra ha pedido al alguacil que esta noche nos dejase dormir a todos en el hotel, que los gastos correrían de su cuenta y de este modo los demás prisioneros estarían más anchos. Pero el guardia solo le ha dado permiso para que se llevase a la enferma y a su hermana. Así pues, los chicos, que ya nos hacíamos ilusiones de dormir en una cama blanda en el hotel de las sirenas con las tetas al aire, hemos tenido que volver a nuestro agujero oscuro y maloliente. Pese a todo, estamos contentos. El hotelero nos ha explicado que el nombre del pueblo en catalán significa «suerte», «fortuna», y que acostumbra a traer buena ventura a los visitantes. Con nosotros parece que el pronóstico se cumple y por partida triple. Primera, Sequerra hará todo lo que pueda para que en España quedemos libres; segunda, a la hora de cenar, una vecina del pueblo nos ha traído una olla de comida muy sabrosa y,

por último, hemos sabido por un francés de la cárcel que las tropas aliadas desembarcaron en las costas del norte de Francia y que avanzan victoriosas hacia París. La operación comenzó precisamente el pasado martes, durante nuestra jornada más horrible en los Pirineos.

Lleida, viernes, 16 de junio de 1944

España es un país muy hondo. Desde el sábado por la mañana, cuando llegamos a lo alto de la frontera, no hemos parado de bajar siguiendo el curso de arroyos y de un río cada vez más ancho. Si en Sort ya nos dividieron en dos grupos, chicos y chicas, hoy nos vemos dispersados en tres parejas. Ayer Joel llevó a las hermanas a Barcelona para ingresar a Carmen en un hospital especializado en congelaciones. A los chicos nos facturó en autobús hacia Lleida, capital del departamento. A esta ciudad van a parar, lo mismo que el agua de las montañas, todos los extranjeros que, como nosotros, cruzan la frontera clandestinamente.

En Lleida nos esperaba el señor Pere Cruspinera, delegado de la Joint, que tiene su oficina en el Hotel España. Nos acompañó a la policía para legalizar nuestra estancia en España. Levy y Liebre quedaron libres y se fueron a Barcelona con los documentos en el bolsillo. Helmut y yo tuvimos que quedarnos. Nos dijo el delegado que no se fían del carné, sospechan que somos mayores de edad. Y nos repitió que por mucho que los policías nos aprieten y amenacen, no debemos ceder, que ellos no podrán demostrarlo y al final tendrán que dejarnos en libertad. Estaba tan convencido de ello que hasta nos adelantó el dinero para ir a Barcelona cuando estemos libres. También nos advirtió de que el peor enemigo con el que podemos toparnos en España no es la policía ni los militares, sino los falangistas. Cuando van de uniforme llevan una camisa azul con un escudo bordado en rojo en el que hay un yugo y un puñado de flechas. Dice que vayamos con cuidado, que en Lleida hay la tira y podemos encontrárnoslos en la comisaría de policía o en la estación de tren. A Joel Sequerra le destrozaron una vez el

coche con una bomba de relojería pegada a los bajos. Imagino que los falangistas españoles deben de ser como los milicianos en Francia.

Escribo esta página en un antiguo convento de curas llamado Seminario Viejo, convertido en prisión provisional. Es como una sucursal de la cárcel central de la ciudad, llena de viejos y jóvenes contrarios al Gobierno de Franco, que ya hace cinco años que ganó la guerra. Ayer por la tarde, cuando llegamos, nos pelaron al cero y nos pusieron en una celda con otros diez o doce prisioneros. De madrugada hemos oído que gritaban nombres para que saliesen al pasillo, y estábamos atentos confiando en oír el nuestro. Después hemos sabido que llamaban a los condenados a muerte para fusilarlos. Nuestros compañeros de cárcel son hombres de ideas republicanas, comunistas, anarquistas o partidarios de la independencia de Cataluña, como los labradores de Artiga. Si Ramon y Enric no se hubiesen escapado a Francia, me los habría podido encontrar por aquí dentro, rapados al cero, muertos de hambre y con cara de desengaño. Me imagino a Enric con el cigarrillo colgando de los labios diciéndome: «¡Qué suerte tienes de ser judío!». Es lo que nos dicen los compañeros de celda. Hacía siglos que no me sentía orgulloso de ser judío.

Barcelona, lunes, 19 de junio de 1944

Por fin soy libre. El señor Cruspinera tuvo que untar a un policía para que nos hiciesen los papeles. Una vez en Barcelona, nos presentamos en las oficinas de la Joint, situadas en la primera planta de un hotel del centro de la ciudad. Nos recibió el hermano de Joel Sequerra, llamado Samuel, que es el delegado oficial de la Joint en Barcelona. Nos dio la bienvenida, nos dijo que nuestra estancia en España era provisional, y nada más. Acto seguido nos dejó en manos de sus empleados. El encargado de tramitarnos los visados para otro país nos anunció que, como procedíamos de un orfanato de la Cruz Roja suiza, probablemente nos destinarán a Palestina. Y la señora responsable de los alojamientos nos envió a

la residencia de la parte alta de la ciudad, donde se habían alojado nuestros compañeros.

Y aquí estoy, de nuevo compartiendo habitación con Helmut. Ya veo que no hay forma de deshacerme de él. Mientras tenga que dormir con él, no estaré del todo tranquilo.

Barcelona, miércoles, 28 de junio de 1944

Tuve que discutir con la secretaria para arrancarle unos minutos de audiencia con Samuel Sequerra. La mujer me despachaba con excusas. Me decía que el señor delegado tenía entre manos muchos compromisos de alto nivel y no podía atender personalmente a todo el mundo. Los refugiados rasos como yo podemos acudir a su hermano Joel, a los empleados de la oficina o a la señora Fagja, que es la encargada de la residencia. Insistí procurando no hacerme pesado. Sabía que el delegado es un hombre inteligente, práctico y honesto, que no está atado por ningún interés político ni religioso. Y, al final, la secretaria me dio hora para esta mañana.

El Sequerra importante me ha recibido en su despacho, sentado en una butaca negra de respaldo alto, detrás de una mesa grande con pilas de carpetas en un extremo. Nada más entrar me ha preguntado si sabía algo de mi familia en Alemania. Le he dicho que, desde el verano del 40, cuando huimos a Francia, no había tenido ninguna carta de ellos. Me ha preguntado en qué trabajaba mi padre y, cuando ha oído que era relojero, se ha repantigado en su asiento y ha dicho: «¡Malos tiempo para los relojeros! Desde que los nazis subieron al poder, el reloj del mundo gira en sentido contrario. Retrocedemos hacia el salvajismo». Por lo tanto, que me hiciera a la idea de que probablemente no los vería nunca más. He respondido que me hago cargo, que deberé espabilarme por mi cuenta y que por eso quería hablar con él.

De entrada, lo he informado de que en noviembre cumpliré dieciocho años, uno más de la edad que consta en los documentos; por tanto, tengo derecho a escoger el país al que quiero ir. Y a continuación le he confesado que no veía claro eso de Palestina. Él

me ha preguntado qué trabajo me gustaba. Le he confesado las dos cosas que me gustan especialmente: una es tener tierra propia para poderla cultivar; la otra, estudiar en la universidad. Él me ha dicho que tierra había mucha en Palestina, pero que la mayor parte era propiedad de los árabes que habitaban la región desde hacía siglos. Dice que la Agencia Judía compra grandes extensiones de tierra yerma que después ofrece a los recién llegados para que la cultiven de manera colectiva formando comunidades agrícolas. He imaginado que allí puedo encontrarme en una especie de granja con los mismos compañeros de Artiga. Sobre mi deseo de cursar estudios superiores, me ha advertido que aquello no es Europa, sino un protectorado británico de Asia Menor que se diputan judíos y palestinos. Ha dicho: «No quiero engañarte. El conflicto armado no es precisamente una situación muy propicia para los estudios universitarios».

Le he preguntado si fuera de Palestina también había vida para un chico judío como yo que quiere tener tierra en propiedad o bien estudiar una carrera. Él ha mencionado países como Inglaterra, Estados Unidos, aunque sus consulados en Barcelona se niegan a conceder visados a los judíos. Solamente lo conceden cuando algún ciudadano de estos países lo reclama, y me ha preguntado si tenía allí algún pariente, aunque fuera lejano. He pensado que ni lejano ni cercano. Mi padre es hijo único y los pocos parientes por parte de mi madre vivían en Alemania. Sequerra ha añadido que un amigo también podía servir, y en ese instante me ha venido a la memoria Victor. Era un joyero amigo de la familia, un solterón que vivía solo y al que mis padres invitaban a comer algunos domingos. Lo recuerdo vagamente, porque el primer año que los nazis gobernaron vendió la tienda y se fue a América. Al principio nos escribía desde una ciudad llamada Pittsburgh, pero hacía años que en casa no sabíamos nada de él. Ni tan siquiera tengo su dirección, solo sé que su apellido es Shaukowitz. Aun así, he querido mencionarle el único asidero que se me ha ocurrido. Sequerra no lo ha descartado del todo. Dice que sabiendo el nombre y la ciudad donde vive, Franz intentará localizarlo. Y me ha enviado a hablar con él.

El encargado de la correspondencia de la Joint me ha dado una migaja de esperanza y un montón de indicaciones. Se ve que en Pittsburgh hay una comunidad judía muy activa y están bien organizados; por lo tanto, este Víctor Shaukowitz debería ser conocido. Como el servicio de correos era muy lento, me ha dicho que sería mejor que mandase la carta directamente a los responsables de la comunidad. Ha dicho: «Escríbele una carta muy bonita reclamando su ayuda. Si no sabes inglés, escríbela en alemán, ya te la traduciremos nosotros». Me ha mirado un momento de arriba abajo y me ha aconsejado que me hiciese un retrato en alguno de los retratistas ambulantes que circulan por las calles del centro. «Que el americano este vea que eres un chico elegante y apuesto. Allí valoran mucho estas cosas.»

De vuelta en la residencia, me he puesto a redactar un borrador de la carta, consciente de que puede ser un escrito decisivo para mi vida. A las primeras líneas me ha abordado Levy sospechando que escribía a mi familia. He tenido que explicarle que era para un amigo de América y toda la pesca. Me ha dicho que él también quiere hacerlo, que irá a ver a este tal Franz de la oficina para que, a través de la Cruz Roja, averigüe la dirección de Yvonne Kraft en Suiza. No me molesta que quiera copiarme la idea, todo lo contrario.

36

LIBRO DE SAMUEL SIVERSTEIN X

El desembarco de las tropas aliadas en las playas de Normandía y, pocos días más tarde, el discurso del general De Gaulle en Bayeux despertaron los bosques del sur de Francia. Maquis y resistentes abandonaron sus escondrijos, en los que se habían adormilado durante el largo invierno de la ocupación, y salieron a fustigar al ejército enemigo con la finalidad de impedir que los alemanes enviasen refuerzos al nuevo frente abierto en el norte de Francia. Para reprimir la insurrección y para reforzar el control de los pasos fronterizos, la Gestapo trasladó nuevos efectivos a Sent Gironç bajo las órdenes del temible capitán Dreyer. Como si no bastase con la Gestapo de la Mosquée, ahora los pueblerinos del Salat tenían otra en el castillo de Beauregard, donde se apostaron Dreyer y sus esbirros.

Samuel se sentía bastante seguro en la Petite Rue de Burg, una calleja estrecha que los invasores solían evitar por miedo a un atentado. Como Lucienne se había ofrecido a hacerle la compra, lavarle la ropa y prepararle la comida, buena parte del tiempo lo pasaba en el primer piso. El tercero, «el piso de los niños», como a ella le gustaba llamarlo, lo usaba de almacén y dormitorio. Solo tenía que abandonar sus refugios para ir a los baños públicos, a la peluquería y, los sábados, a la parada del mercado, todo muy cerca de casa.

El segundo sábado de julio, la directora de la colonia de Artiga bajó expresamente al mercado para darle la noticia de que Philippe y el grupo de evadidos habían llegado a España sanos y

salvos. La mujer no le hizo ninguna otra aclaración. Cogió un puñado de postales simulando que las miraba y, cuando él las guardó en el cajoncito, se dio cuenta de que había dejado dentro un sobre. Cerró el tenderete antes de tiempo. Apenas abrió la puerta del piso, gritó la buena nueva a Lucienne, que estaba en la cocina preparando la comida. La mujer abandonó las cazuelas y salió al comedor impaciente por conocer detalles de la situación de Philippe y de los fugitivos de la colonia.

El sobre había llegado de Barcelona sin timbres ni sellos postales, cosa que les hizo suponer que se había enviado a través de la Cruz Roja. Dentro de él iban cinco o seis hojas, todas con letra diferente. Samuel comenzó leyendo en voz alta la carta de Philippe. El niño le pedía perdón por haberse marchado sin avisarlo porque, si lo hubiese hecho, decía, no le habría dado permiso. La huida por las montañas había sido una aventura increíble, a pesar de que habían pasado mucho frío y a Carmen se le había congelado un pie y le habían tenido que amputar un dedo, pero ya estaba bien. Para terminar, decía que el primer día de su llegada a Barcelona los habían llevado a unos grandes almacenes para comprarles ropa y calzado. Las cartas de los otros chicos, dirigidas a la señorita Margot, explicaban que se alojaban en una residencia de la Joint, donde también les daban clase, comían muy bien e incluso les daban dinero para gastos personales. En la última hoja, la directora de la residencia española les confirmaba que los chicos se encontraban bajo su tutela en Barcelona, pero como en España no podían quedarse mucho tiempo, por el momento, mientras no apareciesen sus familiares, la Joint hacía trámites en los consulados para trasladarlos a Palestina, a Estados Unidos o a cualquier otro país donde tuviesen familiares que quisieran admitirlos. En este sentido, les pedía que si tenían noticias de sus padres o parientes se lo hiciesen saber enseguida.

—Pobres chicos —se lamentó Lucienne—. No verán a sus padres nunca más.

Samuel levantó los ojos de los papeles y vio que a la mujer le caían las lágrimas. Dijo:

—No comprendo por qué lloras. Philippe y los chicos están en

España, en buenas manos y fuera de peligro.

—No me hagas caso —dijo ella—. Es por la emoción... —De golpe gritó—: ¡La cazuela! —y huyó hacia la cocina.

Aunque la mujer se dio prisa en sacar la cazuela del fuego, no llegó a tiempo de salvar el estofado, porque se había carbonizado. Y era una desgracia tenerlo que tirar, ese día que precisamente había podido conseguir cuatro trozos de ternera que daba gusto verlos. Samuel dijo:

—No te preocupes. Pon la mesa con lo que tengas de primer plato, que hoy el segundo ya nos lo hemos comido antes.

La revuelta de maquis y resistentes provocó en el enemigo ocupante una reacción rabiosa de animal herido, la cual, con el apoyo de los perros de la milicia y de otras fuerzas reaccionarias del país, conforme avanzaba el verano degeneró por toda Arièja en saqueos y encarcelamientos masivos, asesinatos y matanzas indiscriminadas. Una verdadera guerra civil, como Samuel se temía desde hacía unos meses. El día 15 de agosto, las fuerzas aliadas desembarcaron en la Provenza y, seis días más tarde, en la mañana del lunes 21 de agosto, después de una noche espantosa de incendios y asesinatos por todas partes, los *guerrilleros* españoles, los maquis y los resistentes franceses liberaron la población de Sent Gironç. Esa misma tarde, calles, plazas y bulevares del pueblo se llenaban de una multitud de resistentes, como si saliesen de debajo de los adoquines.

Al día siguiente, la euforia y el buen humor por la libertad recuperada seguían reinando en las calles, incluso en las colas de la carnicería y de otras tiendas de alimentos. Unas colas que, pese a la liberación, aún se habían alargado más. Samuel reemprendió las visitas a Artiga y a las masías de acogida de los valles más alejados donde hacía meses que no ponía los pies. La semana siguiente bajó al llano de Tolosa, esa vez acompañado de Lucienne, con la intención de tratar con el profeta Marcel sobre la nueva situación política. De paso, quería que su enlace con la Armée Juive conociese personalmente a su fiel y entusiasta colaboradora. Acomodados ambos en el asiento del vagón, Samuel le anunció que había llegado el momento de revelarle un secreto muy importante

sobre él. La mujer, que iba sentada al lado de la ventanilla y miraba el paisaje con ojos distraídos, giró la cabeza como un relámpago. Él dijo:

—No me llamo Christophe. Mi nombre es Samuel Silverstein.

Ella, como si esperase otro tipo de confidencia, volvió la mirada al cristal, visiblemente decepcionada:

—Pues a partir de ahora te llamaré Samuel. Hay cosas más importantes que el nombre. Hace un año y cuatro meses que te caíste en la escalera, hace tres meses y medio que vives en mi piso y no sé nada de tu vida.

Entonces él le contó en pocas palabras, como quien resume una historia que ha leído en un libro, sus orígenes judíos, su vida familiar y profesional en Lille, y la muerte de su esposa y del hijo que llevaba en sus entrañas en los trances del parto, y posteriormente la pérdida de su hija y de sus padres durante la huida hacia el sur de Francia. La mujer se lo quedó mirando como si lo viese por primera vez.

—No sabía que hubieses sufrido tanto —balbucía—. Lo siento mucho... No me imaginaba...

El hombre, que ya había pasado página de su vida anterior, le rebotó la pregunta:

—¿Y tú qué, Lucienne?

—No tengo gran cosa que contar —dijo ella—. Cuidar a mi padre, pelearme con mi hermana, ya te lo puedes imaginar. ¿Sabes qué pienso a veces? Que he estado todos estos años mirando por la ventana de la calleja cómo la vida me pasaba por delante hasta aquella mañana en que tú te caíste de morros delante de la puerta de mi piso. Aquel día empecé de verdad a salir a la calle.

—Saliste disparada a ver al fraile que reza por los muertos —le recordó él—. Ese fue el primer lugar al que fuiste.

—No sé a qué te refieres.

—¡El monumento a los Caídos! ¿No te acuerdas? Fue el lugar donde fuiste a recibir a los mellizos que venían en el camión. Hay la figura de un fraile con zuecos...

—¡No es ningún fraile, hombre! —exclamó ella—. Representa a una madre vestida con una capucha y que calza zuecos. Como las

mujeres de antes en Arièja. Mi madre, que en paz descanse, era hija de un pueblecito del valle de Vathmala y llevaba capucha. Se la ponía los días de fiesta para ir a misa. Ah, y la mujer del monumento no reza. Abraza una cruz de guerra con las manos abiertas contra su pecho. Es la condecoración que le han concedido a su hijo después de morir como un héroe. —Hizo una pausa, y luego continuó con el mismo tono de voz—: En las listas de muertos está mi hermano mayor. Bueno, éramos hermanastros, mi madre se quedó viuda y volvió a casarse. Me llevaba once años con Joseph. Yo solo tenía seis cuando él se fue a la guerra. Me quería mucho. Me escribía cartas a mí en un sobre diferente de las que dirigía a nuestros padres. Aún las guardo.

A Samuel Silverstein se le esfumó de golpe, con la misma rapidez que el humo que escupía la locomotora, la historia de amor que él se había montado después de curiosear en su correspondencia. Acababa de descubrir que no era el recuerdo de un primer amor, sino de la infancia, el atractivo que la mujer sentía por el monumento funerario. Los chiquillos que salían del vientre del camión delante de la figura de su madre con el vestido tradicional y las páginas del Libro de Oro donde constaba el nombre de su hermanastro debían de devolverla a los años felices de su infancia, cuando su madre iba a misa con la capucha y ella, aun siendo muy pequeña, recibía cartas con su nombre escrito en el sobre.

Llegaron a Tolosa cerca del mediodía. El profeta Marcel estaba eufórico por la liberación de París y de buena parte de Francia, y a la vez rabioso por las atrocidades cometidas por los alemanes después de confirmarse las masacres de judíos en los campos de concentración. A finales de julio, los rusos habían liberado el campo de Majdanek, en Polonia. Habían descubierto en él cámaras de gas, donde los mataban a millares como mosquitos, y hornos crematorios para hacer desaparecer los cadáveres. Y este era solo uno de los cientos de campos de exterminio que habían montado en Alemania y en los países del Este. Decía pestes también de los ingleses y americanos, quienes, pese a conocer desde hacía tiempo las masacres de judíos, no tenían ninguna prisa

por acelerar las operaciones militares que permitirían liberar los campos. Si los prisioneros fuesen ingleses o americanos, se sulfuraba el profeta, no cabe duda de que ya los habrían liberado. Y terminó diciendo:

—Los niños que tenemos acogidos ya pueden abandonar toda esperanza sobre sus padres. Tendrán que reagruparlos para trasladarlos a Palestina.

Samuel le comunicó que un grupo de la colonia de Artiga que había huido por los Pirineos estaba en Barcelona acogido por la Joint, y que él había pensado en ir allí para buscar a Philippe, el niño francés al que había adoptado. Mientras él estuviera fuera, Lucienne se quedaría en Sent Gironç y se ocuparía de los niños distribuidos por las masías, y de los de la colonia suiza. El profeta Marcel tenía otros planes para él:

—Tu misión no ha concluido. Barcelona es una ciudad importante para nosotros. Buena parte de los fugitivos de Francia tienen que ir a parar allí. Además, es puerto de mar, cosa que puede facilitar el traslado de los niños. Es conveniente que te quedes en la ciudad y, en colaboración con la Joint, acompañes a los chicos a Palestina.

Él respondió:

—Tengo que resolver algunos asuntos privados en Lille, aún están allí los alemanes. Pero he leído en el diario que su liberación es cuestión de días. A saber quién se ha apropiado durante mi ausencia de mi piso y mi almacén.

—Ya irás cuando regreses —le ordenó el profeta—. Ahora lo más urgente es asegurarse de que los chicos lleguen a Palestina. La tierra de Israel los necesita. Sería una lástima que las mejores plantas que tú has protegido estos años acabasen trasplantadas en Inglaterra o en Estados Unidos.

Cuando ya se iban, el profeta los informó de que la niña encarcelada por los alemanes, la melliza de «los pendientes de coral», había comparecido en casa de la familia que la había acogido después de rescatarla del campo de Vernet.

Lucienne exclamó:

—¡Menuda alegría nos da! Desde que la capturaron, no ha

pasado ni un solo día en que no pensase en la pequeña Hena.

—La niña cuenta una historia poco verosímil —prosiguió el profeta, impasible ante la emoción de su colaboradora—. Es muy raro que los alemanes la dejasen libre. Cuenta la niña que ella les dijo a los alemanes que vivía en Tolosa, que se había escapado de casa y se había escondido dentro del camión del carbonero. Y los alemanes no solo la creyeron, sino que la acompañaron a Tolosa y la dejaron cerca de la familia de acogida. Todo es muy raro. Dice también que el alemán que la interrogó le hizo prometer que no volvería a escaparse y que no contara a nadie que la habían dejado marcharse. Por eso la niña lo ha mantenido en secreto hasta ahora. Ni su hermano mellizo sabía nada.

—¡Cómo me gustaría verla, señor Marcel! —le imploró Lucienne—. Imagínese, que vivió en mi casa un mes y medio. Y ya que estamos en Tolosa... Denos la dirección de la familia y los visitaremos antes de coger el tren.

El profeta le cortó en seco esta ilusión:

—Olvídese, señorita. La niña ahora no la necesita. Y a usted tampoco le conviene verla.

La mujer se mordió los labios hasta que estuvieron solos en la calle y se encaminaban a la estación. Entonces estalló:

—¡Vaya con el profeta! ¡Que va a decirme a mí lo que me conviene y lo que no! ¿Acaso es un pecado encariñarse de una criatura? A la niña le haría una ilusión loca verme. Estoy segura.

Samuel le recordó la norma según la cual el colaborador voluntario no puede implicarse afectivamente con ningún niño en concreto. La mujer replicó:

—¡Normas que os habéis inventado los hombres! ¡Qué poco sabéis vosotros de sentimientos! —Cuatro pasos en silencio y soltó —: No me ha gustado nada tu profeta. Me parece un engreído.

—No te ha hecho mucho caso —admitió él.

—No es por mí. Yo no pinto gran cosa en vuestros grandes asuntos. Soy vuestra sirvienta y me parece bien. Pero me da rabia por ti. Te trata como si fueses su criado. Te ha dicho que debes ir a Barcelona inmediatamente, después a Palestina... ¡Quién se cree que es para decirte lo que tienes que hacer!

Samuel respondió que no se trataba de ninguna orden, que de hecho él ya se había planteado acompañar a Palestina al grupo de evadidos de la colonia. Para que llegue a buen puerto la misión que él inició y, sobre todo, para hacer las paces con Philippe y tratar de recuperarlo. Ella no le discutió sus razones, si bien tampoco se le cambió la cara: estuvo de morros todo el viaje de vuelta y sin abrir la boca. Antes de llegar a Sent Gironç, él se interesó por sus cavilaciones:

—¿Qué demonios te pasa para que pongas esta cara de funeral?

La mujer reaccionó con una sonrisa triste:

—Nada. Cosas absurdas. —Y cogiendo aire le soltó—: Me pongo triste porque la guerra ha terminado.

Samuel pensó que ciertamente era una ocurrencia lamentable, sin pies ni cabeza.

—Ya se te pasará, mujer —le dijo para consolarla—. Ahora podrás vivir tranquila.

Una vez encarriladas las tareas más urgentes, Samuel dio por acabado el trabajo de *colporteur* y así se lo comunicó a su proveedor, el señor Sentenac. Cuando le hubo devuelto el género sobrante y hubo liquidado lo que le debía, quiso aclararle que no lo había engañado en la adquisición y la venta de joyas por su cuenta. Le reveló que era agente de un grupo clandestino de salvamento de niños judíos y que las joyas eran un subterfugio para ir y venir de Tolosa. El comerciante más próspero de la población, que como de costumbre lo atendía desde detrás del mostrador, se quedó un momento pensativo; después dijo:

—¿Sabe que alguna vez sospeché que usted trabajaba para la Resistencia? El día que encargó las botas de montaña. Piense que se las serví muy contento.

—¡Y bien caras que tuve que pagarlas! —le soltó el *excolporteur*—. Y eso que eran de la milicia.

—A mí también me las hicieron pagar, no se crea. Pero ¿fueron útiles?

—Muy útiles, señor Sentenac. Sirvieron para calzar a los guerrilleros del collado de la Crotzeta. Los mismos que liberaron

Sent Gironç.

—Pues me alegro. También sospeché de usted el día que lo enchironaron en Beauregard.

—Le agradezco sus gestiones.

—Puede dar las gracias al comandante Piersig —dijo Sentenac —. Pasaba muy a menudo por la tienda. Es un militar razonable que no comulga con las barbaridades que cometen los nazis. Lo hicieron prisionero y ahora está en el campo de Vernet. Leí en *La Dépêche* que él y otros oficiales prisioneros han creado el Movimiento Alemán Libre, que intenta pactar la paz con los aliados. —Alargó el brazo hacia el cajón que Samuel había dejado sobre el mostrador y le puso la mano encima—. Así que su trabajo de *colporteur*...

—Era una tapadera. Me permitía viajar por los valles y buscar granjas donde alojar a los niños. En estos dos años he alojado a una cincuentena de niños judíos.

El comerciante no hizo ningún gesto de sorpresa por la cifra.

—Y como negocio, ¿le ha ido bien?

Iba a concretarle que no solo no ganaba, sino que en esos dos años se había pulido buena parte de los ahorros familiares, pero el comerciante había visto que un cliente esperaba delante de la caja y acudió rápidamente a atenderlo. Poco después volvió con él:

—Usted ha sido el último *colporteur* de esta casa. Y ¿sabe qué le digo? Que ha dado un final digno a este oficio. Era muy pesado, no es preciso que se lo diga, pero llevaba ilusiones a los rincones más aislados de nuestro país. Ahora puedo ofrecerle un trabajo más agradable y bien pagado. Necesito un jefe de almacén para ordenar el género.

Samuel se sintió más halagado por el elogio del oficio que por la oferta de trabajo:

—Se lo agradezco. Por el momento, aún no sé lo que haré.

—Si cambia de idea, ya lo sabe. Y llévese la caja de recuerdo. Es suya, señor Christophe.

No tuvo ánimo de revelarle su nombre real. El señor Sentenac tenía trabajo en la caja y a él le daba una pereza inmensa tener que contarle las glorias y el final trágico de su primera vida en el norte

de Francia. De camino hacia casa, recordó lo que le había revelado sobre el jefe de la guarnición de Beauregard. El comandante Piersig era precisamente el militar que lo había interrogado, quien lo había tratado de una forma educada, casi amable, y lo había enviado a casa. Supuso, pues, que debía de ser él quien había dejado libre a la niña del camión: he aquí la explicación de la historia increíble que contaba la chiquilla de los pendientes de coral.

A primeros de septiembre, Samuel supo que los aliados habían liberado Lille y se alegró, naturalmente, de que su ciudad volviese a formar parte de Francia. Consideró la posibilidad de hacer una visita para comprobar el estado de la vivienda familiar y del almacén. En caso de encontrar ocupantes en ellos, o de que alguien hubiese aprovechado su ausencia para apropiárselos, tendría que denunciarlos de inmediato. Al fin y al cabo, en una semana podría ir y volver, hacerse cargo de la situación y terminar los trámites más urgentes, de manera que la escapada no le retrasaba mucho el viaje a Barcelona, previsto para mediados de mes. Pese a todo, lo dejó correr: le daba pánico tener que enfrentarse a los recuerdos que la visita a su ciudad le traería. Optó por escribir una carta dirigida a las nuevas autoridades municipales en la que se presentaba como propietario de las fincas que se había visto obligado a abandonar por el hecho de ser judío, les comunicaba que en ese momento se recuperaba en el sur de Francia y no podía ir por problemas de salud y les daba la dirección de Lucienne para que lo informasen lo antes posible sobre el estado de sus inmuebles.

37

RACHEL Y CARMEN

De pie detrás del ancho murete que separa el paseo de la escollera, observa con la cabeza en otro lugar a Carmen y a Philippe jugando a burlar las olas que restallan contra las rocas. Esta mañana de domingo han bajado a pie desde el barrio del Putxet, animados los tres para ver el mar de cerca. Podrían haber cogido el ferrocarril, tienen dinero de sobra para pagárselo, pero a su hermana le conviene ejercitar las piernas después de tantos días en cama. Así se lo recomendó el doctor Pi cuando abandonaron la clínica. Se han acomodado en un espacio libre entre un pescador con caña y una familia con tres chiquillos que han tenido la suerte de encontrar una roca bastante llana de la escollera donde poder sentarse y dejar un capazo con bebidas y comida. Hablan español, ha observado Carmen apenas han llegado, mientras Philippe saltaba el murete y se alejaba tambaleándose sobre la superficie áspera y angulosa de las rocas hasta que las primeras salpicaduras lo han detenido. Se ha quedado un momento mirando embelesado delante de aquella balsa inmensa de agua inquieta. A continuación, se ha sacado las sandalias y, después de dejarlas encima de una roca para que no se mojaran, se ha puesto a hurgar por grietas y agujeros en busca de pequeños moluscos.

Rachel aspira el aire fresco del mar y lo expulsa con la tranquilidad de haberse quitado de encima un par de preocupaciones que últimamente le quitaban el sueño. Una de ellas, el accidente de su hermana. En los primeros días de su llegada a España, tenía miedo de que tuvieran que cortarle el pie.

Suerte tuvieron de que el señor Joel le adivinara la dolencia, la llevara a la clínica Corachan, especializada en congelaciones, y la pusiera en manos del doctor Pi, que con su tratamiento ha logrado salvarle el pie casi entero. Solo han tenido que amputarle un dedo, el del medio, que no tiene mucha importancia porque no se le nota al caminar ni se ve cuando usa sandalias. La Joint se hizo cargo de todos los gastos: tres semanas en una clínica de ricos que debe de costar un dineral.

El otro dolor de cabeza era más íntimo y personal; por lo tanto, complicado de consultar con personas que no sean de mucha confianza. Al final, se decidió por la encargada de la residencia. Fagja Rabinovitsh es una señora polaca de origen judío que vivía en Francia, de donde huyó con su marido, Alexander. Ambos se han quedado en Barcelona para ayudar a los refugiados, y a los del grupo de Artiga se dirige siempre en francés. Tan pronto como entró en el despacho le participó su inquietud:

—Estoy muy preocupada. Ya hace tiempo que no me viene el período.

La mujer reaccionó con una sonrisa:

—Siéntate, guapa, y cuéntamelo todo.

Ella dijo, sencillamente, que hacía dos meses y una semana que no tenía la regla y que no había hecho nada malo para quedarse embarazada. Fagja sabía más cosas de lo que ella imaginaba:

—Tu chico es Helmut, ¿cierto? Cuéntame qué hicisteis.

—Venía a verme cada día al hospital. Un día, mientras Carmen dormía, nos abrazamos... Sin embargo, de esa vez no puede ser, no puede pasar nada... Me ha de creer, señora. Además, de eso solo hace quince días.

—¿Y antes, cuando estabais en Francia?

Tuvo que contarle que en Francia no salía con Helmut, sino con Daniel Grüpner. Habían tonteado mucho tiempo, pero después lo dejaron correr. Fagja parecía tener más interés en la ruptura con Daniel que en lo que realmente le causaba dolor de barriga:

—¿Y por qué lo dejasteis correr?

Entonces ella, que en principio solo quería confiarle la

cuestión de la regla, hubo de improvisar una explicación creíble:

—Fue por la escapada. Yo estaba hecha un lío. A mí España me hacía una ilusión loca, pero a la vez no estaba segura de poder caminar como los chicos. No quería ser una carga para ellos. Además, Carmen también quería venir. Y Daniel, en lugar de animarnos, no quería de ninguna manera que fuésemos. Después le demostramos que caminábamos más que él. Fue Helmut quien lo organizó todo. Unos días antes me dijo que yo debía ir con ellos, que me necesitaban, que sin mi ayuda no podrían marcharse. Desde aquel día empezó a caerme bien. Uno de los días de la huida por las montañas me gustó de golpe.

Fagja soltó una risita:

—¡Caray, chica! ¿Qué pasó ese día?

«Frena, Rachel —pensó—. Muérdete la lengua, que eso no se lo puedes contar.» Al acto notó una bocanada de sangre calentándole las mejillas, no pudo evitarlo. Disimuló la turbación diciendo que en aquellos días de huida habían pasado momentos difíciles, que Helmut había estado muy pendiente de ellas y las había ayudado y dado ánimos para continuar. Y terminó:

—Dicen que en los momentos difíciles es cuando las personas se conocen de verdad. Y en aquellos días él se mostró siempre valiente y decidido. Gracias a su valentía nos salvamos.

No es preciso decir que su confidente ignoraba la magnitud de la palabra «valentía», la cual, aparte de las dificultades de la ruta y del mal tiempo, alcanzaba ni más ni menos que al enfrentamiento audaz y arriesgado de su chico con una patrulla de alemanes. Una demostración de coraje que la chica admiraba, naturalmente, aunque enturbiada por el temor a que los hechos pudiesen ser conocidos por la policía española o por el mismo Samuel Sequerra, un hombre muy estricto en el cumplimiento de las leyes.

—Lo entiendo, guapa —le concedió Fagja, quien retomó el hilo del asunto que la inquietaba—: ¿Cuándo calculas que debía venirte el período?

—Debía de ser en esos días, cuando nos encontrábamos en la montaña.

Entonces la mujer sentenció con contundencia:

—Puedes estar bien tranquila. No eres la primera fugitiva a quien le ha ocurrido. En situaciones de agitación, de angustia y de tensión continuadas, el reloj que regula los flujos de la sangre se para. El cuerpo es muy sabio, ¿sabes? Reconoce cuándo hay un peligro y no malgasta la sangre, se la reserva para otras necesidades más urgentes, como por ejemplo calentar todas las extremidades del cuerpo. Por eso a ti no se te congelaron los dedos de los pies. ¿Lo entiendes, guapa?

—¿Lo dice en serio?

—Por supuesto, mujer. Vamos, no pienses más en ello y ya verás como pronto el calendario volverá a ponerse al día. —Se incorporó y la despidió agradeciéndole que le hubiese abierto el corazón de par en par.

«De par en par no se lo abrí», recuerda Rachel nueve días después de la consulta, cuando los pronósticos tranquilizadores de Fagja se han cumplido con un sangrado liberador. No le contó que Daniel es un creído y un egoísta, que la tenía en poco. Solo quería estar con ella para pasárselo bien un rato. Y como ella no dejaba que se la metiese dentro, se ponía como una fiera. ¡Menuda obsesión tenía!... Y por lo que respecta a Helmut, no le dijo que el chico siempre había ido detrás de ella. Lo que pasa es que ella lo encontraba un creído, un ignorante y se lo sacaba de encima. También le ocultó que Helmut le ha robado el corazón y, por descontado, el momento preciso en el que el chico empezó a gustarle de verdad. Fue el segundo día que estaban en el refugio de montaña, cuando se presentó disfrazado con el uniforme del capitán alemán al que el día anterior él mismo había matado. No se había recuperado por completo del susto cuando él se quitó la gorra y se sacudió la nieve del pelo sobre una frente ancha perlada de sudor, cuando ella pensó de golpe: «¡Dios mío, menudo hombre! Entre sus brazos sería la mujer más feliz del mundo». Y después, en el momento de la juerga, le dedicó la canción «Morena me yaman», con Carmen abrigada con la guerrera del muerto. Ya debía de tener el pie jodido, la pobre. Y, a pesar del dolor, cantaba y marcaba el ritmo golpeando la mesa... Ahora está aquí delante, sentada cerca del agua, con el pie vendado, la mar de contenta observando las

conchas mojadas que Philippe les arranca a las rocas. ¡Qué pareja tan curiosa: él, con el labio partido, y ella, el pie!

Transcurridas cinco semanas desde la llegada a Barcelona, a las hermanas Estruga aún les falta aclarar la gran incógnita de sus padres. La ilusión de que hubiesen llegado a España con un grupo de sefardíes liberados del campo de concentración de Bergen-Belsen, tal como les había anunciado Joel en la población de Sort, se esfumó en cuanto llegaron al hotel de la Joint y el hombre comprobó que el apellido Estruga no figuraba en la lista de los judíos que habían acogido durante tres o cuatro meses y que iban de camino de Marruecos. Encontró raro que, siendo sefardíes con nacionalidad española, no estuviesen en la lista de los trescientos sesenta y siete liberados. Sin embargo, si sus padres procedían de Salónica, como la mayoría de las familias, por fuerza alguno de ellos debía de conocerlos y les podrían dar alguna noticia. A continuación, el señor Samuel Sequerra escribió una carta a los sefardíes de Marruecos pidiendo información sobre la familia Estruga.

Carmen está tan deseosa de reencontrarse con sus padres que como mínimo ya los ha visto un par de veces en Barcelona. Un día, desde la ventana de la clínica, reconoció a su padre cruzando la calle; otra, esa vez desde la acera, vio pasar de reojo a su madre sentada dentro de un tranvía: «¡Era ella, tata, te lo juro! Llevaba aquel sombrero gris en forma de casco con una pajarita». Durante las largas horas de la clínica, Rachel fue alimentando la idea de que sus padres podrían estar en Francia. Que sabiendo que ellas estaban allí y teniendo que cruzarse todo el país para llegar a España, habían bajado del tren en alguna estación francesa. Quién sabe, quizá se habían presentado en Artiga precisamente los días en que ellas habían huido.

Los sefardíes de Marruecos no dicen nada, desconfía la hija mayor de cara al mar con la mirada triste. En España no hay guerra ni allá tampoco; por lo tanto, la correspondencia seguro que va y viene con normalidad. Además, Marruecos no queda muy lejos de España, apenas a la otra orilla del mar; quizá aquel barco ha salido de un puerto marroquí. La silueta borrosa del barco que

se vislumbra en la raya del horizonte le trae a la memoria los versos de la canción «Alta es la luna»:

Los ojos me se hincharon
de tanto mirar la mar:
vaporicos van y vienen,
letra para mí no hay.

Poco se imagina ahora que sus ojazos negros se le hincharán hasta reventar el día que reciba la carta tan esperada.

Una tarde bochornosa de julio, la señora Fagja le comunicó que había noticias de Marruecos y le pidió, a escondidas de la pequeña, que la acompañase a la oficina de la Joint. El silencio de la mujer durante el viaje en el ferrocarril subterráneo y la actitud sospechosamente seria de Joel Sequerra, que las esperaba en la recepción del Hotel Bristol, no auguraban nada bueno. Las guio a su despacho del tercer piso y, una vez que estuvieron sentados en las butacas que rodeaban una mesilla baja, dijo:

—Lo siento mucho, Rachel. Tus padres...

Ella le impidió terminar la frase:

—Quiero leer la carta —dijo con convicción, señalando con los ojos el sobre que Joel Sequerra tenía en la mano. El portugués eligió un par de hojas de todo el pliego que contenía el sobre y, antes de entregárselas, le aclaró que la carta estaba escrita en judeo-español y que el resto de las hojas trataban de otras cuestiones relacionadas con la estancia del grupo en Barcelona.

Querido señor Samuel Sequerra:

El rabino Adams Medina me ha rogado que responda al asunto principal y más espinoso de su carta. Otros compañeros de la expedición que conocían a la familia Estruga mejor que yo han declinado hacerlo. Usted podrá entender su negativa cuando haya leído el incidente vergonzante en la frontera española, que todos nosotros silenciamos durante nuestra estancia en Barcelona y que aún nos atormenta a pesar de que intentamos en vano borrarlo de

nuestra memoria.

Conocí al profesor Alfred Estruga al final de nuestro cautiverio en Bergen-Belsen, cuando los sefardíes esperábamos como al Mesías nuestra salida hacia España. Lo llamábamos el Lehrer, así en alemán, porque procedía de Colonia, donde había dado lecciones de español en un colegio. El Lehrer organizaba representaciones de teatro en uno de los barracones de nuestra comunidad para hacernos más llevadera la espera; a su vez, el teatro nos ayudaba a familiarizarnos con la lengua española que nos encontraríamos en España, que es un poco diferente de la que hablamos nosotros. Como decíamos en Salónica, para resistir el cautiverio, un día tras otro «nos fabricábamos castillos en Sepharad». La obra que nos gustaba más se titulaba La cena del rey Baltasar, una pieza breve que escribió Calderón de la Barca. La historia se basa en el Libro de Daniel de la Torá y se centra en la anécdota de Baltasar, rey de los caldeos, cuando en un banquete profanó los vasos sagrados que su antecesor se había llevado del templo de Jerusalén. Expurgadas las escenas finales de la obra que exaltan las creencias absurdas de los cristianos sobre el pan y el vino convertidos en la sangre del profeta Jesús, para nosotros era un bálsamo de consuelo recordar los sufrimientos de nuestra raza en el exilio de Babilonia mientras nos hacíamos la ilusión de que al déspota Hitler le tocaría pronto el mismo fin que tuvo el idólatra y vanidoso Baltasar. Confiábamos en que pronto llegarían los persas (de Inglaterra, de América o quizá de Rusia) que nos liberarían de la esclavitud y seríamos libres de volver a nuestra tierra de origen.

Durante el viaje en ferrocarril hacia España, mi familia tuvo la fortuna de coincidir en el mismo vagón con el matrimonio Estruga. A lo largo de los tres días y medio de viaje, el Lehrer nos entretuvo dándonos lecciones de conversación en español, haciendo así más soportables las incomodidades del vagón de ganado donde nos habían embutido. En el último pueblo francés antes de la frontera nos

dimos prisa en saltar al andén, como si huyésemos de la última cámara del infierno. Ignorábamos que nos quedaba un último tormento. La Gestapo hizo que nos desnudáramos, allí mismo en el andén, y nos lo quitó todo: dinero, joyas y equipaje. Con la ropa que llevábamos encima, sucia después de un viaje inhumano, y los papeles del pasaporte en la mano, caminamos inquietos bajo una gran techumbre de hierro y de cristal de la estación internacional de Portbou.

La cola de la aduana española avanzaba con una lentitud exasperante. Los policías españoles examinaban nuestros papeles del derecho y del revés, escrutaban cada rostro y lo comparaban con la fotografía, nos manoseaban la piel por encima de la ropa con cara de asco, como si tocasen a una bestia, y nos formulaban preguntas sobre los motivos de nuestra nacionalidad española. Los Estruga iban dos familias por delante de mí y quedaron atascados en la ventanilla del control. El policía les dijo que no tenían los papeles en regla, que les faltaba el visado de renovación del pasaporte. El Lehrer replicó que en el consulado de Salónica le habían asegurado que no faltaba nada, que tenía todos los documentos para ser ciudadano español. El policía le respondió que, si el cónsul era un ignorante, él no tenía la culpa, y que sin este visado no podía entrar. El Lehrer protestaba exponiendo razones consistentes, de más peso que el trámite que le reclamaban. Usando su español florido, le decía que había pasado veinte años en Colonia enseñando a los alemanes la lengua española, haciendo que apreciaran la literatura del Siglo de Oro, haciendo que quisieran a España, la nación más preciosa de la Tierra. Al ver que el policía no cedía, intentó ablandarlo con razones históricas. Le dijo: «Hace cuatrocientos cincuenta años, mis antepasados españoles fueron expulsados del país sin motivo; siglos después, los gobernantes reconocieron aquella injusticia y nos concedieron la nacionalidad española. No hay derecho, señor. Quiero hablar con el responsable de la aduana». Su esposa reclamó que tenían dos hijas, a la pequeña le habían puesto

Carmen, que es el nombre más español que puede haber. Hacía cinco años que no las veían y los estaban esperando en España. «¡Por el amor de Dios, déjenos pasar! ¡Si no, las niñas morirán de pena!»

Mientras los Estruga se desesperaban frente al muro burocrático, ninguno de sus compañeros de cautiverio que estábamos en la cola abrimos la boca ni hicimos ningún gesto ni dimos ningún paso para darles apoyo. Aunque probablemente no habríamos cambiado la negativa de los guardias, por lo menos habríamos demostrado a la familia que estábamos a su lado. Unos nos mirábamos los zapatos, otros miraban hacia otro lado, otros más murmuraban que no perdiesen más el tiempo y dejasen pasar a los que llevaban los documentos en regla. Lo único que nosotros queríamos era que desatascasen el paso fuera como fuera, impacientes como estábamos por superar el último obstáculo a nuestra salvación. Más allá veíamos dispuestos en la vía los vagones que debían llevarnos a Barcelona. Si tardábamos mucho, quizá el tren partiría sin nosotros.

Las razones y súplicas desesperadas de los Estruga fueron del todo en vano, como quien siembra en la arena del desierto. Mientras los soldados alemanes se los llevaban, la señora Estruga giró la cabeza y gritó con todas sus fuerzas una maldición que resonó bajo la inmensa marquesina de la estación de Portbou: «¡Sepharad, traidora! ¡¡Sepharad, desagradecida!! ¡Malditos sean por siempre tus gobernantes!». Pensé (y no fui el único del grupo) que la maldición también caía encima de nosotros como una lluvia de fuego. ¡Dios mío, en qué nos hemos convertido! Años atrás, cuando la Gestapo venía a sacarnos de la cama de madrugada, nos dolía en lo más profundo del alma que ninguno de nuestros vecinos alemanes de escalera, la buena gente con quien a veces habíamos intercambiado una taza de sal, saliese a la puerta ni siquiera para despedirnos. ¡Ahora nosotros, el pueblo escogido por Yavé, familias que a lo largo de generaciones nos hemos ayudado unos a otros, hemos acabado

comportándonos como cómplices de nuestros verdugos!

Estos días calurosos en Marruecos, dándole vueltas a la pieza teatral de la que le he hablado más arriba, he recordado que Calderón de la Barca presenta un personaje secundario llamado Pensamiento. Es un personaje servil y cobarde que ha perdido el juicio, adula al rey Baltasar y se da unos atracones de padre y muy señor mío durante el banquete sacrílego. Se me ocurre que, al igual que en la época cruel del exilio en Babilonia, a gentiles y judíos se les ha trastocado el Pensamiento. Y no solo el Pensamiento de la mayoría de los alemanes, perturbado por un odio feroz, por completo incomprensible, contra nuestra raza, sino de todos los nacidos de un vientre de mujer. Los Gobiernos de las naciones civilizadas se han convertido en unos monstruos burocráticos que valoran a las personas por la posesión de un documento hasta el punto de que la falta de este les cierra el acceso a la salvación. Es así como han acabado levantando una frontera entre la vida y la muerte, con papeles insignificantes que no son buenos ni para limpiarse el trasero. Y mientras los aduaneros sentencian a muerte a una familia honrada, sus amigos y compañeros de viaje miran hacia otra parte manteniendo un silencio culpable de complicidad con los verdugos.

Llegados a este punto, entenderá el retraso de la carta, el verdadero motivo por el cual a ninguno de nosotros le hacía ninguna gracia responder a su pregunta sobre los Estruga. Usted, señor Samuel Sequerra, es una persona razonable, generosa como el sol en invierno, que se ocupa de guardar y archivar todos los papeles que llegan a su oficina de Barcelona. Le ruego que guarde también estas hojas en las que me he esforzado en poner por escrito el desenlace de la tragedia de los Estruga. Acabo de escribir «desenlace» y «tragedia» con el convencimiento de que nuestro Lehrer de lengua española y su esposa no llegaron vivos a Bergen-Belsen. Y si llegaron allí, aún peor para ellos, porque al final acabaron muriendo de hambre o a causa del tifus.

Guarde estas hojas, señor Sequerra. Me sirve de consuelo la secreta esperanza de que dentro de muchos años, cuando Pensamiento recupere el seso y algún estudioso del pasado las lea, quizá el sacrificio de la familia Estruga no haya sido del todo inútil. Mientras tanto, que el Altísimo tenga piedad de todos nosotros. Amén.

JEHUDA KLEIN

La hija mayor de los Estruga se dio cuenta de que había llegado al final de la carta por el espacio vacío que se le apareció de golpe debajo de la firma, como un precipicio abismal abierto delante de sus ojos. Había deletreado maquinalmente los últimos párrafos, sin prestar atención a lo que leía, mientras su cabeza seguía en la estación de Portbou en el momento en que los alemanes se llevaban a sus padres. Devolvió la carta a Sequerra y permaneció de pie frente a sus protectores, en silencio y con las manos cogidas, retorciéndose nerviosamente los dedos. Finalmente, imploró la ayuda de Sequerra:

—La frontera no está muy lejos de Barcelona... En coche se llegará rápido. A usted le harán caso; por favor, señor Joel...

Fagja intentó quitarle la idea de la cabeza recordándole que los hechos de la carta habían ocurrido en el mes de febrero, o sea, que había pasado medio año, y se ofreció a ayudarla en asuntos más reales, inminentes y difíciles:

—Hemos de pensar en cómo se lo decimos a Carmen.

Añadirse a su dolor empleando la primera persona del plural no le aliviaba ni poco ni mucho el dolor por el golpe recibido, la rabia por la injusticia:

—Quiero decirle la verdad —gimió con la voz rota—. ¡Estoy harta de contarle mentiras! ¡Si quiere ser mayor para salir con un chico, pues que lo sea también para los disgustos!

Carmen respondió a la trágica verdad de la carta con una reacción que, si bien podía parecer una chiquillada absurda, bien mirado no era muy diferente de la que su hermana había mostrado en caliente. La pequeña, incapaz de admitir la posibilidad de

perder a su padre y a su madre por falta de un papel que, según entendió, debía extender la policía, intentó lograrlo por su cuenta, a escondidas de su tata, con el apoyo activo e incondicional de Philippe, que la animaba recordándole que a ellos los guardias del uniforme verde y el zapato de charol en la cabeza los habían dejado entrar en España con un solo documento e incluso medio meado. Ambos bajaron al centro de la ciudad y abordaban a los policías de uniforme. La mayoría de ellos se los sacaban de encima solo con ver la pinta que llevaban y al oír las primeras palabras de la niña, dichas en un español raro del año de Maricastaña. A los que tenían la paciencia de escucharla, les contaba la injusticia que habían sufrido sus padres en la frontera y les pedía que, por el amor de Dios, le indicasen adónde debía dirigirse para obtener el documento que necesitaban para entrar en España. Uno de los policías la envió a la Prefectura Superior de Policía de Vía Layetana, donde se encontraba el Negociado de Extranjeros. Y ya tenéis a la pareja, la cojita delante y el de la boca partida detrás, corriendo por la avenida hasta plantarse delante de la fachada de un edificio cuadrado de seis pisos, salpicado de balcones de hierro, que imponía temor y respeto a los barceloneses. Ignoraban que dentro de aquel caserón se abrían los calabozos en los que los policías de la Brigada Político-Social, aleccionados por la Gestapo, torturaban hasta la muerte a los opositores políticos al Gobierno de Franco.

A las cinco y media de la tarde, cuando la telefonista de la Joint recibió la llamada de la policía preguntando con urgencia por el delegado, los hermanos Sequerra estaban en las oficinas del Hotel Bristol. Después de colgar el teléfono, el delegado Samuel comunicó a su hermano que lo reclamaban de la Prefectura de Vía Layetana, donde se hallaban detenidos dos internos de la residencia del Putxet. Al oír sus nombres, Joel le paró los pies razonando que ya iría él, que conocía a la pareja y le extrañaba que hubiesen podido cometer alguna fechoría. El delegado de la Joint, que no se fiaba de las reacciones a menudo demasiado sinceras y directas de su hermano, le advirtió que fuera con cuidado, que el caserón de Vía Layetana era un avispero de

falangistas: «¡No prendas ningún fuego, que yo después tendré que ir a apagarlo!».

La pareja de prisioneros no estaba en la recepción de la entrada, sino en la cuarta planta del edificio, sentada en un banco del pasillo. Antes de llegar, se abrió una puerta delante de él, salió de su interior una bocanada de humo seguida de un hombre robusto de facciones grandes, en mangas de camisa y blandiendo un puro enorme que había encendido hacía poco. Era Eduardo Quintela, inspector jefe de la Brigada Político-Social, el verdugo más odiado por anarquistas, comunistas y otros opositores al régimen. Echaba bocanadas de humo y decía pestes de aquellos dos rufianes que habían irrumpido en la comisaría de forma intempestiva provocando un estrépito de mil demonios. Insinuó que podía tratarse de hijos de anarquistas que llevaban explosivos escondidos:

—Merecen un buen escarmiento, estos rufianes.

Joel replicó con buenas palabras que, antes de castigarlos, quería escuchar la versión de los niños y les pidió que le explicasen qué había pasado. El bramido del policía lo cortó a la mitad de la pregunta:

—¡En español, señor! No nos ensucie la casa con esta mierda de catalán.

—Es que hablamos en francés —le aclaró el portugués.

El inspector hizo una mueca imprecisa. Él, pese a ser gallego y llevar años en Cataluña, no entendía ninguna otra lengua que el español. Joel se dirigió de nuevo a la niña en la lengua de Montaigne:

—Cuéntame qué ha sucedido, Carmen. ¿Cómo es que estáis aquí?

La niña dijo que habían ido para pedir el papel que les faltaba a sus padres para poder pasar la frontera, y como ni el guardia de la puerta ni el de la entrada los atendieron, se precipitaron escaleras arriba y habían logrado llegar hasta la cuarta planta perseguidos por un montón de policías. El Sequerra graduado social, que sabía de qué iba el asunto, no tenía ninguna intención de castigarlos, sino todo lo contrario. Y allí mismo, delante del

inspector jefe de aquella casa de los horrores, quiso comunicárselo a los pequeños rufianes:

—Habéis sido muy valientes, chicos. Os felicito. Especialmente a ti, Carmen, que has sido la inductora. Si tus padres supiesen lo que has hecho por ellos, se sentirían muy orgullosos de ti. Pero no te has salido con la tuya. Las injusticias del mundo —y abrió los brazos en un gesto ambiguo que dispersó el humo pestilente y a la vez señalaba las paredes del pasillo—, las injusticias que hoy campan por todas partes son tan enormes que vosotros solos no las podéis parar. A partir de ahora, Carmen, debes ser lo bastante valiente para admitir que no volverás a ver a tus padres... —Iba a añadir algo más, pero al ver la cara de vinagre del inspector, lo dejó estar—. Ya hablaremos por el camino. Vamos a casa.

Antes de llegar a la escalera, Joel entendió muy bien lo que el policía musitaba:

—Mala peste de judíos, peores que los anarquistas. Subir hasta aquí arriba a cagársenos en los morros. Si me dejasen hacer a mí...

Una vez en la calle, Carmen salió a la acera de Vía Layetana con pasos lentos y seguros, Philippe a su lado respetando su silencio y Joel detrás, como el ángel de la guarda de la pareja. En el hotel los esperaba Rachel, que entretanto había bajado de la residencia del Putxet alarmada por el escándalo que la pareja había armado. Antes de que tuviese tiempo de pedirle explicaciones, Carmen le soltó:

—Me ha dicho el señor Joel que hemos sido muy valientes. No me riñas ahora, Rachel.

Al oír que la pequeña por primera vez pronunciaba su nombre, en lugar del «tata» infantil, Rachel se tragó todos los reproches que había pensado decirle. Las dos se fundieron en un abrazo.

38

THOMAS HEIDER

Desarmado, sin provisiones ni ropa adecuada para caminar por el monte, el cabo de los Cazadores de Montaña consideró, ya con la cabeza más fría, que no le quedaba ninguna otra opción que bajar hasta Sèish y dar la alarma de un ataque terrorista. Igual que había hecho con la chica de Biarritz, intentaría redimir con una mentira los pecados propios y los de su amigo Kurt. Por el momento, pues, debía aplazar la persecución de los judíos fugitivos. Se puso de pie y abandonó el collado de Craberons con la esperanza de desertar del ejército tan pronto como se le presentase una ocasión y huir hacia España en busca del asesino de su amigo.

Al cabo de poco rato, tuvo que admitir que la población de Sèish se hallaba demasiado lejos para que él, extenuado tras tantas horas subiendo y bajando montañas, pudiese llegar con luz de día. Pernoctó en una cabaña de pastor. De madrugada reemprendió el descenso hacia la ribera bajo una lluvia intensa y una niebla que a menudo le borraba las marcas de la senda. Hacia media mañana llegaba a la guarnición de Sèish calado hasta los huesos. Encontró a los soldados nerviosos por un acontecimiento que pese a haber ocurrido el día anterior, él desconocía: tropas inglesas y americanas habían desembarcado en las costas del norte de Francia. El capitán de la guarnición lo envió en un vehículo a Sent Gironç.

El comandante de Beauregard, Robert Piersig, era un oficial de trato agradable que se sentía más cómodo entre compañeros aficionados a la montaña que entre subordinados de disciplina

prusiana. Las muertes del capitán Rehm y del soldado Wasserman no le sorprendieron. La noche pasada, los aduaneros del puerto de Salau lo habían avisado por radio de que la patrulla del capitán había salido en dirección a los collados de Aulà y de Pala Clavera y no había vuelto al campamento. El hombre escuchó con actitud comprensiva el relato de los hechos que él le vendió: habían sufrido una emboscada por parte de una numerosa partida de terroristas cerca del refugio de Estanhons. Piersig dedujo que no debían de ser fugitivos a España, sino maquis o francotiradores de la Resistencia, una emboscada coordinada con el desembarco de los aliados en el norte de Francia. De eso él no tenía ninguna duda. Lo animó a que siguiera adelante, le comunicó que lo libraba del servicio una semana y que, tan pronto como mejorase el tiempo, volverían a la montaña a rescatar los cadáveres. «Mira por dónde, la coincidencia con la operación militar del enemigo puede favorecerme», pensó el cabo Heider soltando un suspiro. Pero la poca tranquilidad en ese asunto le duró muy poco.

Al tercer día de mal tiempo, desembarcaba en Sent Gironç un comando de doce agentes de la Gestapo enviado directamente desde la comandancia de aduanas de París con la misión de reforzar el control de la frontera española. A pesar de la estrecha colaboración que debían mantener con la Gestapo del pueblo, alojados en el chalé de la Mosquée, su capitán, William Dreyer, quiso instalarse en el castillo de Beauregard con los aduaneros y las tropas de montaña. Dreyer, un nazi astuto, duro y despiadado, procedente de los servicios secretos del Abwehr, pretendía hacerse el amo de una guarnición que, según su criterio, dirigía un comandante débil, sin autoridad, incapaz de poner remedio a las continuas fugas de pilotos aliados abatidos, de judíos y de jóvenes desertores del trabajo obligatorio. El atentado contra los aduaneros que él se encontró apenas al poner los pies en Beauregard era, sin ir más lejos, una prueba fehaciente de esta debilidad. ¿Cómo se podía permitir que después del asesinato de una eminencia del Reich como el capitán Leopold Rehm, doctor en Filosofía por la Universidad de Múnich y articulista habitual de la publicación *Völkischer Beobachter*, no se hubiese decretado en el acto un

escarmiento ejemplar a las poblaciones más próximas al ataque? El comandante Piersig se defendió mostrándole en un mapa el lugar de la emboscada:

—¿Y cuáles son, según usted, estas poblaciones próximas? ¿Sèish, Castilhon de Coserans, Santenh...?

—¡Tanto da! ¡Las que sea! Si no aparecen los culpables en un plazo de tres días, siete vecinos del pueblo serán ejecutados en la plaza. Cinco por el capitán y dos por el soldado.

—¿Cree que estamos en Polonia? —replicó el comandante—. No podemos asesinar sin motivo a los campesinos de estos valles. Si hay una rebelión, no disponemos de efectivos suficientes para controlarlos.

Piersig se negó a dar ningún paso en este sentido argumentando que la emboscada se había producido a varias horas de distancia de cualquier núcleo de población y que los asesinos eran terroristas foráneos de la Resistencia que no tenían nada que ver con la población indígena. Le concedió, en cambio, la petición de que fuera la Gestapo quien investigase el ataque, entre otros motivos porque él no creía que pudiese aclarar gran cosa. Le entregó, pues, el atestado con las declaraciones del cabo superviviente, y el primer día de buen tiempo la expedición salió al rescate de los cadáveres. Aparte de Heider, iban dos agentes de la Gestapo, cinco soldados y un perro de rastreo.

Desde bastante lejos vislumbraron la mancha oscura de los cadáveres encima de un nevero. Heider quedó horrorizado por la visión. Los cuerpos, salvajemente decapitados, yacían en cueros vivos uno encima del otro como si se abrazasen. Entre las piernas aparecieron las cabezas enterradas con nieve. Al examinarlos, los agentes repararon en las múltiples heridas de bala en el cuerpo y en las piernas, todas con entrada por la espalda, y en que a ambos les habían mutilado el sexo de forma chapucera. La matanza no encajaba nada con la forma de actuar de los terroristas, pudo oír que murmuraban los policías mientras tomaban notas y sacaban fotografías. Heider se desesperaba: «¡Cuánta maldad, querido Kurt! ¿Por qué se han ensañado con tu cuerpo? ¡Precisamente contra ti, que en realidad les salvaste la vida! Te vengaré, amigo; no viviré

en paz mientras tu asesino campe por el mundo». Terminada la inspección de los cuerpos, recogieron las vainas de bala y las pocas prendas de vestir que encontraron después de recorrer los contornos. Finalmente, cuando le llegó el momento de contar sobre el terreno cómo se habían producido los hechos, él trató de repetir al pie de la letra la declaración que le había hecho a Piersig y que después la secretaria había copiado a máquina. A la mañana siguiente sepultaban los cuerpos en el cementerio de Sèish.

Pocos días después, Heider tuvo que soportar el interrogatorio de un Dreyer tan seguro de las pruebas de asesinato contra él que no tendría más remedio que confesar. Como Piersig seguía dudando de la culpabilidad del cabo, Dreyer le pidió que escuchase el interrogatorio desde fuera. Pronto el policía sacó a relucir el arma de los crímenes:

—Dices que desde la cima de la montaña divisasteis el grupo de terroristas que iban en dirección al refugio de Estanhons. ¿Visteis entonces si llevaban armas largas?

—Nos pareció que no —dijo él.

—En tu declaración dices que os dispararon con sus fusiles. ¿De dónde salieron?

—Es que no vimos todo el grupo, solo vimos a tres. Pero había otros más que nos dispararon.

—Si sospechabais que podían ir armados, ¿por qué no esperasteis en el refugio? Era un lugar seguro para sorprenderlos. Al bajar de la cima pasasteis de largo.

—Mi compañero y yo se lo propusimos al capitán, pero él no nos hizo caso. Quiso detenerlos por el camino.

El policía frunció el ceño:

—Un error inexplicable para un buen conocedor de la montaña como el capitán Rehm. Pero continuemos, que este no es el único error. Sabíais que los terroristas podían ir armados y dices que por el camino parasteis a descansar. ¿No es así?

—Fue un descuido, señor. Un descuido muy grave.

Dreyer dejó escapar una risita burlona:

—¡Otro grave error del capitán Rehm! ¿No te parece que ya has soltado suficientes mentiras? Pero aún falta la más gorda —

dijo mostrándole una hoja de su declaración—. Aquí indicas que los terroristas os dispararon por la espalda con sus armas. ¿No es cierto?

—Sí, señor. No tuvimos tiempo de reaccionar.

—Las heridas de los muertos y las vainas de las balas son de nuestros Schmeisser, no de los fusiles de los terroristas. No tienes huevos de negarlo. ¡Este error es tuyo, no del capitán!

Heider ya contaba con que la munición de sus fusiles de ataque se esgrimiría como la prueba indiscutible para inculparlo. Lo sabía desde el primer momento, cuando su amigo mató al capitán y él lo convenció de arrojar el cadáver al estanque para hacer desaparecer las pruebas. Aun así, por la mañana, cuando confesó los hechos al comandante, vio que era un error imperdonable tener que admitir que se habían dejado coger las armas, de modo que mintió y dijo que los terroristas les habían disparado con sus propios fusiles. Se le había ocurrido un motivo razonable, que repitió a Dreyer:

—Es que ellos llevaban unos Schmeisser como los nuestros. Debían de haberlos robado antes, en algún ataque anterior.

—¿Qué quieres decir? ¿Que los terroristas disponen de un arsenal de armas que han robado al ejército alemán? ¿Y qué hiciste con tu fusil? ¿Se lo regalaste también a los terroristas para que te dejasen marchar?

—Nos cogieron por sorpresa, no lo tenía en las manos... Escapé sin el arma; fui un cobarde, lo reconozco...

Dreyer lo fulminó con sus ojos claros, de una frialdad maléfica:

—¡No quieras tapar con un acto de cobardía el asesinato a traición del capitán! —Encendió un cigarrillo, expulsó una bocanada de humo y siguió en un tono de voz más calmado—: Las armas y las balas de la matanza salieron de aquí, de Beauregard. Mis agentes de la científica lo demostrarán. Te aconsejo que nos confieses la verdad. Y la verdad es esta. El soldado Kurt Wassermann tenía un carácter rebelde, mal genio. Le discutió una orden a Rehm, y el capitán, en un ataque de rabia, lo mató. Entonces tú, ofuscado por el asesinato de tu amigo, disparaste al

capitán. Dime dónde escondiste el fusil, las otras armas y las mochilas de los muertos. Te caerán unos años de prisión, pero salvarás el pellejo y el honor de militar. Si sigues negándolo, tendré que sacar otras pruebas inculpatorias que te avergonzarán. Siento un gran respeto por el ejército alemán y no querría mancharlo con este asunto. —Se puso en pie y siguió diciendo—: Tienes diez minutos para pensártelo, cabo Heider. Aprovecha la oportunidad que te doy para defender la memoria de tu amigo y el honor de la Wehrmacht.

En ningún momento estuvo Heider tentado de aceptar el relato de los hechos que el jefe de la Gestapo le proponía. Aunque el policía estuviese dispuesto a cumplir el trato, el honor del ejército alemán le importaba a él un pepino, y el juicio y los años en prisión le impedirían ir a buscar al asesino de Kurt. La venganza a la que se había comprometido era la única forma posible de defender la memoria de su amigo. Además, Dreyer era perro viejo. Antes del interrogatorio, él y sus esbirros habían mantenido entrevistas secretas con algunos soldados de la guarnición y si, tal como le había advertido, le habían insinuado algo «sucio» sobre su amistad con Kurt, no se lo guardaría para él, sino que lo airearía con sumo gusto. En definitiva, la defensa de la emboscada terrorista era su única baza, de manera que, a pesar de sus insultos y sus amenazas, la mantuvo tercamente hasta al final. En efecto, Dreyer los acusó, a él y a su amigo, de ser unos degenerados y acabó escupiéndole su sentencia:

—No confíes en que te fusilen. Has deshonrado el uniforme y a la raza aria. Te colgarán como a un delincuente. Por la polla deberían colgarte, ¡un enculado! ¡Eso es lo que eres!

A la salida del interrogatorio, Piersig llamó a Heider a su despacho. Le comunicó que había escuchado el interrogatorio y, a pesar de que no tenía del todo claro que se tratase de una emboscada de la Resistencia, solo quería saber si él seguía declarándose inocente de la muerte del capitán y de su compañero. Heider respondió con contundencia:

—Soy inocente, comandante. Se lo juro por Dios y por mi honor.

—Te creo —dijo Piersig—. Pero las acusaciones son muy graves y por el momento tengo que suspenderte de servicio y encarcelarte.

Dreyer se lo tomó como un asunto personal para desprestigiar al comandante. A pesar de la necesidad de personal ante los continuos golpes de la Resistencia, envió al lugar de la matanza una patrulla de tres agentes con perros, confiando en que rastreando la zona encontrarían las armas o alguna pieza del equipo. La patrulla volvió de la montaña con las manos vacías. Sin embargo, nada lo detuvo. Días más tarde, Dreyer tenía listo un sumario de unos treinta folios dirigidos al tribunal militar de asuntos internos de Tolosa, en los que se acusaba al cabo Heider del asesinato a traición del capitán Leopold Rehm. Ante las incongruencias y contradicciones en el interrogatorio, las pruebas de balística, el examen forense de los cadáveres y la confirmación por parte de los compañeros de cuartel de que el acusado y su difunto amigo eran sodomitas, quedaba demostrado que el capitán había sido víctima de un par de invertidos. Piersig se negó a darle el visto bueno alegando que las acusaciones contra su subordinado eran inconsistentes por falta de pruebas.

Aislado durante dos meses en el calabozo, únicamente podía ver por la aspillera el tronco del tilo donde una mañana había jurado a Kurt que lo vengaría. Aunque hacía muchos años que Heider había dejado de rezar, imploraba diariamente al Jesús misericordioso de su infancia en Innsbruck. A pesar de reconocer ante Dios que era merecedor de castigos por otro tipo de pecados, le pedía, en nombre de su inocencia en la muerte del capitán Rehm, que aplazase la pena hasta que hubiese cumplido el juramento hecho a su amigo, que había muerto ni más ni menos que a consecuencia de un acto de compasión suprema como era negarse a disparar contra un niño judío indefenso y con la cara deformada.

El prisionero solo recibía la visita del compañero de la cocina que le llevaba las comidas tres veces al día. Por él sabía que fuera la situación militar de los alemanes iba de mal en peor. A mediados de agosto llegaron a Beauregard los soldados

procedentes de Sèish y de otros pueblos próximos a la frontera que habían abandonado sus guarniciones de montaña y se replegaban para concentrarse en la defensa de Sent Gironç. El domingo 20 de agosto, a primera hora de la mañana, buena parte de la tropa abandonó Beauregard y bajó a atrincherarse en el centro del pueblo. Por la tarde, después de un día de tiroteos continuos y cuando él ya pensaba que los suyos se habían rendido, oyó que alguien abría el cerrojo del calabozo. Era Piersig:

—Nuestro amigo Dreyer la ha palmado —le dijo el comandante mientras se lo llevaba por el pasillo—. Pretendía instalar una ametralladora en el Champs de Mars, justo delante de la escuela, y un francotirador se lo ha cargado. Él se lo ha buscado. Quería actuar como un militar y la ha cagado.

Le contó que cuando los alemanes estaban a punto de rendirse, había aparecido el destacamento de rusos blancos del Turquestán, procedentes de Sent Gaudenç, momento en que los atacantes se habían retirado a las afueras del pueblo. A pesar de los esfuerzos de los llamados «mongoles», los alemanes lo tenían tan crudo que los distintos mandos habían decidido abandonar Sent Gironç de madrugada y huir en dirección a Foish. Poco después, lo habían informado de que Foish había caído el día anterior por la noche, de manera que no tenían escapatoria. A continuación, le confió que él pensaba rendirse tan pronto como se le presentase la ocasión. Acabó confesándole que Hitler era un loco que llevaba al país al desastre, que él formaba parte de un movimiento clandestino de oficiales partidarios de una Alemania libre y de firmar la paz con los aliados para evitar la ruina de su país antes de que fuera demasiado tarde. Después añadió:

—Cuento contigo, Heider. Necesitamos militares con criterio y estudios, como tú.

Heider no se habría imaginado nunca que le harían una propuesta como aquella. Con todo, reaccionó con firmeza:

—Le agradezco su confianza, comandante. Gracias también por haber creído en mi inocencia... Sin embargo, tengo que ir a España para resolver un problema personal. —Dudó unos segundos antes de confesarle el secreto—. Quiero encontrar a los asesinos del

soldado Kurt.

—Dudo de que por el momento puedas salir de Sent Gironç. Estamos rodeados de maquis por todos lados.

—Lo intentaré.

Piersig dejó escapar un suspiro de decepción:

—Como quieras. No puedo obligarte a que te rindas con nosotros. Seguro que en España tratarán a los alemanes vencidos mejor que aquí.

Heider se sacó del bolsillo un papel doblado y se lo entregó para que lo leyese:

—He preparado este escrito. Necesito una cosa así para presentarme a la policía española. Solo hay que copiarlo a máquina en una hoja impresa de la oficina y firmarlo.

El comandante cogió el papel sin mirarlo:

—Diré a la secretaria que te lo haga. —Le tendió la mano—. Adiós, cabo Heider. Que tengas suerte en España. Solo una pregunta. Me gustaría saber quién mató al capitán Rehm.

—El soldado Kurt Wasserman —dijo él, más o menos consciente de que el comandante era la única persona en el mundo que tenía derecho a saberlo—. Rehm lo insultó y él le disparó todo el cargador.

—¡Bien hecho! —exclamó Piersig—. ¡A todos los nazis de malas pulgas como él deberían fusilarlos!

Y se giró para poner orden al ajetreo de soldados que hacían el equipaje e iban de un lado a otro para cargarlo en los vehículos. El castillo de Beauregard rugía como una colmena momentos antes de que la abandonase el enjambre entero que lo había ocupado durante veintiún meses. Heider era la única abeja que se aventuraba a escapar por su cuenta. Se cambió de ropa y escondió dentro de su mochila algunas piezas de abrigo, un mendrugo de pan seco y cuatro latas de provisiones que había mangado en la cocina. Antes de salir pasó por la oficina a buscar el documento. La empleada, que iba y venía de la hoguera del patio llevando cajas de papeles, dejó un momento la labor para atenderlo:

—Aquí tiene su papel —le dijo entregándole la hoja—. Me ha dicho el comandante que ha hecho algunos retoques en la

redacción y que quien tiene que firmarlo no es él, sino el capitán Dreyer. Por suerte, aún he encontrado un impreso firmado por el capitán.

Heider lo leyó deprisa y corriendo: «William Dreyer, capitán de la Geheime Staatspolizei (Gestapo), asignado al cuartel de Beauregard de Sent Gironç, ruega a las autoridades de España que atiendan debidamente al señor Thomas Heider, cabo de infantería del cuerpo de Gebirgsjäger de la Wehrmacht, que ha luchado bajo mis órdenes en los valles de los Pirineos y es un experto conocedor de los pelotones de terroristas españoles que se mueven por la frontera». Y debajo, la fecha y los timbres correspondientes encima de la firma falsificada de un Dreyer muerto hacía horas. Ciertamente, la versión de Piersig era mejor que la que él había preparado.

Anochecía cuando abandonó la confortable mansión de Beauregard, sacudida por una excitación de naufragio. Se adentró en el bosque y enfiló hacia el cerro en dirección a mediodía. Avanzaba lentamente, parándose cada pocos pasos para escrutar las sombras, aguzar el oído y desviarse en caso de oír voces u olfatear un peligro.

La mañana del segundo día, cuando se detuvo a descansar en una cabaña de pastor después de haber dejado atrás el último pueblecito habitado de Francia, irrumpieron de golpe en ella cinco individuos armados que lo amenazaban en español. Por fortuna para él, no eran guerrilleros; muy al contrario, habían ido a Francia con la intención de luchar contra los comunistas españoles. Eran lo que quedaba de la llamada División Azul, la expedición militar integrada por jóvenes españoles voluntarios para luchar codo con codo con los alemanes en el frente de Rusia. Franco, presionado por los ingleses a finales del año 43, los había retirado del frente y los reclamaba en España, pero algunos de ellos, los fascistas más enfervorizados, se habían quedado en Francia para continuar la lucha contra el comunismo diabólico. Estos procedían de un batallón establecido en Pàmias, una población cercana a Foish en la que habían hecho rancho común con la Gestapo en su sucia labor contra sus compatriotas. Para los divisionarios, la caza

y tortura del guerrillero había sido como la guinda del pastel de la Guerra Civil española. Después de la caída de Foish, habían huido en desbandada hacia la frontera. Estos cinco tenían tanta prisa que fueron a parar a un valle andorrano. Desconfiados e ignorando que las autoridades de allí podían devolverlos a Francia, retrocedieron y vagaban desorientados por la montaña buscando un paso seguro para cruzar a España.

Heider les mostró el salvoconducto y desde ese instante fue para ellos su ángel salvador de la Gestapo que conocía la frontera y había de guiarlos hasta un puerto seguro por el que pudieran acceder a su patria. De madrugada llegaron al puerto de Aulà. Pese a que habían transcurrido dos meses, Heider encontró las cenizas de la hoguera con la que él y su amigo Kurt se habían calentado la víspera de la maldita ascensión al Montvalier.

Los agentes de la Guardia Civil y el destacamento de militares desplegados en la frontera recibieron con mucho gusto a los cinco divisionarios, héroes de la lucha contra el comunismo, y al alemán recomendado por la Gestapo, que llevaban noticias frescas e información de primera mano sobre el enemigo que se preparaba para invadir España. Ante un mapa de la frontera, Heider expuso con su francés rudimentario lo poco que sabía y, por lo tanto, lo mucho que tuvo que inventarse sobre el número aproximado de tropas guerrilleras, el armamento del que disponían y los sitios probables por donde podían entrar en España.

Cuando los militares consideraron que el interrogatorio ya no daba más de sí, los fugitivos privilegiados quedaron en manos de la Guardia Civil del cuartel de Alós d'Isil. Una vez solo delante del guardia que le tomaba los datos personales, Heider creyó que había llegado el momento de dar el paso que había previsto. Como quien no quiere la cosa, se interesó por el destino de un grupo de judíos que habían huido de Francia y que debían de haber pasado por aquel pueblo, más o menos entre los días 6 y 10 de junio.

—Es por curiosidad —añadió para restarle importancia—. Entre ellos iba el hijo de un empleado que había trabajado en una empresa de mi familia y el amo querría saber si el chico había llegado bien a España.

El guardia respondió que hacía poco que estaba, que quien tenía que saberlo era un tal Maldonado, y él mismo se ofreció a buscarlo por el cuartel y presentárselo. Entonces Heider mostró su mejor baza:

—En el grupo había un niño con un defecto en la boca. Tenía un corte bajo la nariz que le partía el labio.

—Ya me acuerdo —dijo Maldonado—. Era un grupo de chicos muy jóvenes.

Comprobó en la hoja del archivador que, efectivamente, el grupo había llegado el día 11 de junio, e iban cuatro chicos y dos chicas, todos menores de edad. «El del labio partido es este que se llama Philippe», recordaba el guardia, mientras Heider copiaba la lista. Eran alemanes, de la ciudad de Colonia, y procedían de un orfanato de Francia. Al final, explicó que ellos los habían conducido al cuartel de una población más grande y de allí, a Lleida. Era en esta ciudad, capital de la provincia, donde le podrían dar razón del lugar donde habían ido a parar los fugitivos.

Al repasar los nombres y los datos de la lista, Heider supuso que el asesino de su amigo debía de ser uno de los dos chicos mayores: Daniel Grüpner o Helmut Bachenheimer.

39

HELMUT

El banco desde donde vigila es fresco y consistente, hecho de obra revestida con tejoletas de azulejos blancos que matan los cantos del asiento y de un respaldo liso y redondeado que más arriba se convierte en la estructura de hierro forjado que sostiene un farol. Está tumbado de lado, con las piernas estiradas ocupando toda la superficie del *trencadís*. Una postura más o menos cómoda que, aparte de evitar que cualquier peatón se siente a su lado, le permite estar al acecho del edificio número 28 del paseo de Gràcia, situado tres o cuatro puertas más abajo. Se ve obligado a vigilarlo de lejos para evitar que los dos guardias del portal lo vean. Después de diez mañanas de observación, conoce a la docena de empleados de la Joint que trabajan en el principal y la mayoría de los vecinos que viven en los pisos superiores del edificio. Cuando ve que hay forasteros que están parados en el portal y hablan con los policías, se pone en guardia. Si entran, se acerca discretamente y, desde la calle, trata de ver si los visitantes pasan el filtro del portero.

Hasta hace dos días, cuando el señor Samuel Sequerra salía con su cartera negra de piel para hacer una visita de compromiso a algún pez gordo, se incorporaba y no le quitaba la vista de encima hasta que desaparecía dentro de un taxi. Hoy, sin embargo, si el delegado apareciese en la puerta, abandonaría el banco para que no lo pillase. Anteayer por la mañana estaba tan tranquilo observando a los peatones que iban arriba y abajo sin detenerse cuando de golpe oyó a su espalda:

—¿Qué haces aquí, Helmut Bachenheimer? ¿No deberías estar en la escuela a esta hora?

Se puso de pie de un salto: era el señor Sequerra, que regresaba de hacer un encargo sin que él se hubiera percatado.

—Tengo diecinueve años, señor —masculló él en francés—. La señora Fagja me dijo que ya era demasiado mayor para ir a la escuela.

—Pero ¿qué haces en este banco toda la mañana?

—Vigilo la puerta de entrada, señor. Tenemos muchos enemigos en España. Cuando los falangistas vuelvan vendrán a por usted. No será como la otra vez en el hotel...

El delegado lo cortó:

—No necesito tu vigilancia. Tenemos guardias en la puerta, ¿no los ves?

—No se fíe, señor. Hay muchos que son falangistas...

Sequerra ya no lo escuchaba:

—Va. Ve a dar una vuelta. No quiero verte más por aquí.

Simuló que se iba, pero tan pronto como Sequerra hubo desaparecido dentro del portal, él ya volvía a estar despatarrado en el banco. A partir de entonces se ve obligado a proteger al delegado sin que este se dé cuenta. Y no piensa abandonar su puesto de guardia. Si los falangistas, confabulados con los policías de la puerta, pretenden atacar las oficinas como hicieron en el Hotel Bristol, se llevarán una buena sorpresa.

Hoy la situación parece bastante tranquila. Un niño de seis o siete años que pasa cogido de una mano a su madre mientras con la otra se come un azucarillo, le trae a la memoria a su hermano pequeño. Desde que él llegó a Barcelona, Robert se le aparece en sueños algunas noches. A veces, se lo encuentra saliendo de la escuela de Colonia, a veces por la calle donde vivían, aunque no puede localizar la zapatería familiar. En todos los sueños su hermano se queda boquiabierto delante del uniforme militar, que luce muchas condecoraciones. Helmut le cuenta que al cruzar las montañas nevadas de los Pirineos tuvo que enfrentarse a una patrulla de nazis y él solo los mató a los tres, uno de ellos capitán. «Quiero ir contigo», le pide el mocoso abriendo la boca mellada y

tirándole de la pernera de los pantalones. Helmut le promete que se lo llevará con él a la guerra, pero que antes quiere que lo vea su padre, y le pide que lo acompañe a la tienda. El niño pide que le siga, que él lo guiará. Caminan y caminan por las calles de Colonia, que en el sueño son más estrechas y desiertas que en la realidad, y no hay forma de encontrar la zapatería. Él no sabe si el niño lo enreda o si es verdad que él tampoco sabe dónde se encuentra... «Ya hace muchos años que no lo he visto», reacciona Helmut al salir del recuerdo del sueño. Robert es más mayor que ese mocoso del azucarillo. Ahora ya debe de tener trece años, la misma edad que tenía él cuando sus padres lo entregaron a los suizos.

El día que reciba de nuevo carta de su familia, se propone el guardián de la Joint, por lo menos leerá el remitente para saber dónde se encuentran. Quizá leería incluso la carta entera. Hace más de dos años que recibió la última y quizá ya no recibirá ninguna más. Deben de estar muertos o esclavizados por los nazis en un campo de trabajo, y, por lo tanto, aunque las hubiese leído y les hubiese respondido, a ellos tampoco les habría servido de nada. Todos sus compañeros de Artiga han acabado por perder la esperanza de encontrarlos. Daniel hace años que no tiene noticias de sus padres, y Rachel y su hermana, que ya estaban seguras de que iban a encontrarlos en España, al final se han llevado un gran disgusto.

Incluso su amigo Levy, quien hasta hace poco presumía de recibir cartas con buenas noticias y paquetes con jerséis de lana, la semana pasada recibió una muy breve del campo de Theresienstadt. Un compañero de pabellón del rabino Keller lo informaba de que a él y a su familia los habían trasladado al campo polaco de Auschwitz. Levy lo consultó con Joel Sequerra. Quería saber por qué no le había escrito directamente su padre y si sabía algo de este nuevo destino, si eso de Auschwitz era una ciudad modélica para los judíos al estilo de Theresienstadt y, por lo tanto, si en él su padre conservaría el cargo de presidente del Consejo de Ancianos o una autoridad semejante. El Sequerra simpático le respondió que las dos cosas le daban muy mala espina, o sea, el hecho de que la carta no fuera de su padre y el nombre de

ese campo de concentración sobre el que dicen que nunca se han recibido noticias, que ni Dios sabe qué demonios pasa allí dentro. Levy le confió que «el ángel que habla en mí» le había dicho en sueños que no rezaba lo suficiente. Y el portugués, que en los primeros días en aquel pueblo de montaña les había dicho que él, para salvar a judíos, creía más en el motor de su Hispano Suiza que en el poder de Yavé, le aconsejó que dejase a su angelito en paz y escuchase a las personas de carne y hueso.

Después del disgusto de sus padres, al hijo de rabino solo le falta que Daniel le haya quitado a Yvonne, la chica por la que pierde el culo ya desde los primeros tiempos de Bélgica y que, según él cree, Yavé le tiene asignada como esposa desde la eternidad. Una vez instalados en Barcelona, la localiza en Suiza, le escribe una carta comunicándole que el grupo de Artiga está en España y la convence de que vaya, que «aquí nos lo pasamos la mar de bien». Al poco de llegar a Barcelona, la chica se enrolla con el comeletras, quien, desde que Rachel lo mandó a pelársela, está más solo que la una. ¡Menuda putada! Los primeros días Levy no paraba de mendigarle a él que hablase con ella, que le hiciera entender que nadie la amaría tanto como él.

—A ti te hará caso, Helmut. A ti te admira, siempre le has gustado.

—No la convenceré —dijo él—. Y déjalo correr, que esta tía no te conviene. Yo te ayudaré a encontrar otra que te gustará más.

—¿Tú crees?

En esos días Helmut había vendido en el mercado de los Encantes la Leica del capitán abatido en los Pirineos y estaba forrado. Llevó a su desesperado amigo a dar una vuelta por los burdeles de la parte baja de las Ramblas.

—Escoge a la tía que te guste más, pago yo —le dijo cuando se hubieron introducido en la oscuridad del primer puticlub.

Había tías buenísimas. Si no fuera por Rachel, él se las habría follado a todas. Aun así, al niño le costó decidirse. Al final, escogió a una bastante gruesa, bajita como él. Regresó enseguida:

—¿Cómo ha ido?

—Muy bien —masculló poco convencido—. Pero no quiero

volver más aquí. Nunca más.

Con el dinero que le había sobrado de la invitación a Levy, quiso comprar un obsequio para Rachel, que la semana siguiente cumplía diecinueve años, y como no tenía ni idea de lo que podría gustarle a la chica, pidió consejo a su amigo:

—¿Tú qué le regalarías?

—No lo sé —dijo Levy—. No sé qué le gusta a Rachel.

—A todas las mujeres les gustan las mismas cosas. Imagínate que Yvonne es tu chica y tú quieres hacerle un regalo por su cumpleaños.

Solo de imaginárselo le brillaban los ojos:

—Le compraría unos pendientes. Hace tiempo que lo tengo pensado. Y dentro del estuche le pondría una nota que dijera: «Qué bonitas son tus orejas. Rosadas y firmes como la flor sagrada del granado».

Copió la idea y acertó de lleno: Rachel se quería fundir de tan tierna y cariñosa como se puso. «Un buen amigo, este Levy Keller», concluye arrellanándose en el respaldo del banco. No se merecía esta putada.

Pasados tres cuartos de hora, la cabeza de Helmut navega por otras aguas más tranquilas, lejos de las tribulaciones de su amigo. Mueve la espalda para cambiar de postura y lo que acaba de ver le produce un sobresalto: Levy se le acerca con pasos decididos. ¿Es casualidad o bien es cierto eso de que a veces dice del ángel que le dicta el pensamiento? Esa vez su amigo le lleva una orden de la directora de la residencia:

—Fagja me ha dicho que no quiere que estés aquí. El Sequerra que manda se ha quejado. Dice que no quiere verte más en el banco ni fisgando en la puerta de entrada.

—Que me lo diga ella a la cara si quiere. Dile que no me has encontrado. Ala, vuélvete a casa.

No parece que el mensajero quiera marcharse. Le pregunta si puede quedarse un rato con él y, antes de que le responda, se sienta en el banco, del otro lado del respaldo. Que haga lo que quiera, piensa Helmut, mientras no se le siente al lado ni lo prive de la visión de la entrada al edificio. No tarda mucho en

comprobar que el chico se ha quedado para lloriquear por su mal de amores:

—Yvonne —afirma— se burla de mí. No quiero verla nunca más.

—Pronto dejarás de verla, hombre. Dentro de un mes nos largamos de Barcelona. Ella no vendrá a Palestina, se quedará con Daniel. Me juego lo que quieras a que no vendrá.

—Es que no lo puedo resistir. Tienes que ayudarme a que lo pase mal, que lo pase muy mal... Tú que mataste a dos alemanes...

—¿Qué cojones quieres? ¿Que la mate? —se alarma el héroe de los Pirineos—. A mí no me ha hecho ningún daño esta chica. Además, es una compañera nuestra.

—No, no. Matarla no. Solo te pido que me ayudes. Hemos de impedir que me haga más daño del que me hace ahora. No quiero que tenga hijos con Daniel. Tienes que ayudarme a impedírselo.

Frente a la cara de sorpresa de Helmut, el chico le recuerda esa teoría según la cual el alma de Yvonne Kraft está unida a un fragmento del alma de él, ya que Dios la recortó en el momento de ser concebido en el vientre de su madre. A consecuencia de eso, la destinó a ser su esposa y a parir los hijos engendrados por él. Y concluye:

—Ahora imagínate que se casa con Daniel y tienen hijos. Pues esos hijos serán en parte también míos por el trozo de mi alma que ella posee. Sería como si yo tuviese hijos bastardos. ¿No comprendes la desgracia que me espera?

«Está bien chiflado, el pobre», se lamenta Helmut. Su fanatismo religioso, mezclado con las penas de amor, le ha hecho perder la chaveta:

—¿Y qué quieres que hagamos, pues? ¿Capar a Daniel?

—No servirá de nada. Ella querrá tener hijos con otros. Mi padre me dijo en sueños que Yvonne es un candelabro de mil cirios. Es a ella a quien debemos desgraciar. Si no es así, no estaré tranquilo.

—¿Y cómo cojones se castra a una mujer? ¿Tienes alguna idea?

Le demuestra que algo sabe del asunto:

—Bebiendo una medicina. Existe un jarabe que venden en las farmacias. A mí no me lo venderán, me consideran demasiado pequeño. A ti sí, que eres mayor. Yo te daré el dinero.

Si solo se tratase de capar a Daniel, quizá se lo podría plantear, piensa Helmut. Pero eso de envenenar a Yvonne, ni borracho. Es una chica que siempre le ha caído bien. Andaba detrás de él, coqueteaba con él y, a pesar de que como novia no le ha gustado nunca, ella lo respetaba, no se burlaba nunca de él en la clase cuando se ponía nervioso y no le salían las palabras. Y eso que era la más lista y discutía con el maestro Jean-Luc sin cortarse, más de una vez lo había puesto a parir con buenas palabras. Intenta sacarle de la cabeza la idea del envenenamiento:

—Escucha, Levy. Tú siempre dices que Dios escucha tus plegarias. Pues es a él a quien debes pedírselo.

—¿Qué te crees, que no lo he intentado o qué? Fue lo primero que pensé. En los libros que tengo no hay ninguna oración que sirva para pedir el mal a una persona. Lo consulté con mi padre, él bastante que lo debe saber. No me ha respondido. Quizá ya lo habían trasladado de campo de trabajo y no haya recibido la carta. Si tuviese su dirección del nuevo campo de trabajo. Quizá enviando la carta a la alcaldía de Auschwitz...

A Helmut se le ocurre una idea:

—Escucha. Si la oración que buscas no está en los libros, te la puedes inventar. ¿Recuerdas lo que hicimos para cazar el jabalí? Necesitábamos un arma para matarlo y en el taller de Enric no había ninguna. Pues la fabricamos nosotros. Un cuchillo de cocina atado a la punta de un bastón y ya tenemos la bayoneta. Pues pruébalo cogiendo palabras del libro sagrado y uniendo unas con otras.

Parece que lo ha convencido. Mientras su compañero hojea el libro que lleva en el zurrón, él repara en que en la balconada del piso principal ha aparecido Joel Sequerra con una pareja de refugiados que ha visto entrar antes de que Levy llegase. El Sequerra simpático quiere que los recién llegados contemplen el tráfico del paseo a donde han trasladado la nueva sede de la Joint. Para evitar que lo descubra desde allá arriba, se levanta y se aleja

de espaldas al edificio. Tan pronto como el balcón se vacía y él regresa hacia su puesto de guardia, observa a un individuo parado sospechosamente delante del portal de entrada. Y los policías no le dicen nada, como si no lo viesen. Se le acerca por detrás y lo aborda con una de las pocas frases que ha aprendido en español:

—¿A qué piso va usted?

Es un hombre bastante joven, mal afeitado, nada elegante en el vestir. El forastero se gira, lo mira con ojos aterrados y, después de balbucir excusas en una lengua que le suena a francés, arranca acera abajo como si huyese. Imagina que debe de ser un extranjero sin papeles y que lo ha confundido con un policía de la secreta. Sea lo que sea, tanto por el aspecto como por la lengua, no tiene pinta de falangista. Enseguida se aleja del portal, antes de que los guardias lo vean. Cuando llega al banco, Levy le recita la oración que acaba de urdir:

—Oh, Dios todopoderoso. Tú que has creado el cuerpo humano con sabiduría infinita y has sabido combinar diez mil órganos diferentes para que funcionen sin parar y con armonía, haz que las mamas de Yvonne Kraft se vacíen hasta quedar bien secas y que sus entrañas devengan estériles como la arena del desierto. —Y, cogiendo aire, pregunta—: ¿Qué te parece, Helmut?

El experto en armas lo felicita:

—Te ha salido clavada. Una bayoneta perfecta para capar a la puerca.

40

LIBRO DE SAMUEL SILVERSTEIN XI

Avanzado el mes de septiembre, Samuel se despidió de Lucienne en la estación de Sent-Gironç. Al ver su cara melancólica, le recordó a la mujer que su ausencia sería temporal, que tan pronto como hubiese acompañado a los chicos evadidos a Palestina, volvería a Francia para vender sus propiedades de Lille. Y acabó prometiéndole que desde Barcelona le escribiría cuatro líneas para darle la dirección del lugar donde se alojaba. Ella no cambió la expresión de la cara:

—Volverás, terminarás tus asuntos pendientes y enseguida querrás marcharte de nuevo. Tú no puedes parar quieto. —Y le soltó, con un poco de resentimiento—: Eres muy buen judío errante.

Minutos más tarde, el tren de Foish lo alejaba de un paisaje y unos horizontes que le eran familiares, a pesar de que hacía poco más de dos años que los conocía. Por unos momentos, la queja de la mujer le hizo pensar en el relato que los cristianos cuentan de un judío de Jerusalén a quien Jesucristo, camino del Calvario, pidió un vaso de agua. Él no solo se lo negó, sino que le dio una patada para que siguiese arrastrando la cruz cuesta arriba. Entonces, el profeta pronunció la siguiente maldición: «Yo pronto descansaré, pero tú andarás por el mundo sin parar hasta que yo regrese para el juicio final». Así pues, Samuel se preguntaba si su oficio de transportista, el trabajo de *colporteur*, la preocupación de ir arriba y abajo para salvar a los niños escondiéndolos por las masías de Coserans tenían algo que ver con su origen. Pronto lo dejó correr.

Se trataba, al fin y al cabo, de una de tantas infamias que los seguidores de la cruz se inventaban para difamar a los hijos de Israel.

Llegó de noche a la antigua capital de Cataluña, después de un transbordo largo y pesado en la estación internacional de Portbou, y hubo de pernoctar en una pensión de viajeros cerca de la estación de Francia. A la mañana siguiente se encaminó a la delegación de la Joint, la cual, según la dirección de los chicos de Artiga, se encontraba en el Hotel Bristol, próximo a la plaza de Cataluña, el meollo de la ciudad. El recepcionista le comunicó que la asociación americana ya no se alojaba allí, que a principios de agosto se había trasladado un poco más arriba, al paseo de Gràcia, la avenida que arranca de la plaza en dirección a la montaña. Como buen empleado de la casa, se guardó de mencionarle los motivos del traslado. El hombre no tenía ninguna obligación de contarle unos hechos gravísimos que habían puesto en peligro a su propia persona y el buen nombre del Bristol, a la vez que habían provocado un conflicto político de alto nivel entre los consulados británico y americano y el Gobierno del general Franco.

Era el 18 de julio, la fiesta nacional de la Nueva España que rememoraba el levantamiento de los militares contra la República. Sin embargo, ese año, entre los sectores más fascistas del régimen, ya no se respiraban los aires victoriosos de las celebraciones anteriores. Con las tropas aliadas avanzando victoriosas por el norte de Francia y por el sur de Italia, mientras los bolcheviques presionaban por las inmensas llanuras de Rusia, veían que a sus amigos y protectores la cosa les iba mal. Y Franco, en lugar de dar apoyo a Hitler, había retirado a los voluntarios que luchaban en Rusia y acogía a los refugiados judíos que huían de Francia en el hotel más céntrico de Barcelona. Los falangistas no podían soportarlo, había que actuar con valentía para demostrar al Gobierno y a los españoles bien nacidos que ellos no escondían la cabeza bajo el ala. Aquel día, pues, enardecidos por los desfiles militares y las celebraciones patrióticas de la mañana, a primera hora de la tarde una veintena de ganapanes de la camisa azul atacaban la que consideraban la fuente de todos los males: los

judíos. Aprovechando que en día festivo las oficinas de la Joint permanecían cerradas, irrumpieron armados en el hotel y en la tercera planta hicieron un destrozo de papeles, cristales y mobiliario.

El delegado de la Joint no se acobardó: denunció a la policía el asalto y protestó ante las autoridades españolas y en los consulados de las naciones aliadas. Salió decidido a buscar un local más apropiado que no hubiese de compartir con nadie y que también le saliera más barato que una planta de habitaciones de un hotel. No le resultó fácil encontrar uno espacioso y que estuviese céntrico y próximo a las delegaciones extranjeras, como él quería. A pesar de la larga tradición republicana y liberal de los barceloneses, alquilar pisos para acoger a judíos evadidos de Europa no era precisamente un negocio que entusiasmase a los propietarios. Al final, consiguió una planta entera en un edificio del paseo de Gràcia y el compromiso por parte del gobernador civil de vigilar la entrada con una guardia constante.

El delegado de la Joint en Barcelona era un portugués de treinta y un años, de origen judío, llamado Samuel Sequerra. Había llegado tres años atrás a la ciudad con la misión de organizar la acogida de los numerosos refugiados hebreos que huían de los nazis. Y dado que en aquellos años la asociación americana era clandestina en España, al principio se vio obligada a actuar bajo el cobijo de la Cruz Roja portuguesa. A base de visitas al Gobierno Civil y a los consulados de los países aliados, y sobre todo con ocasión de las primeras derrotas alemanas en el Mediterráneo y en Rusia, por fin había obtenido el reconocimiento oficial como asociación benéfica. Actuaba codo con codo con su hermano mellizo, llamado Joel. Los Sequerra, lo mismo que Esaú y Jacob, eran de esos mellizos que no se parecen nada, ni en el físico ni en el carácter ni en su formación. Samuel era más bien delgado, de carácter frío y taciturno; todo un señor pulcro y elegante, con unas gafas de pasta, negras y brillantes, que hacían juego con su rostro limpio, recién afeitado y peinado impecablemente, el pelo planchado con brillantina. Tenía estudios de Economía y Diplomacia, y se sabía mover entre los peces gordos de la policía,

de la Administración y de la política. Por el contrario, su hermano Joel era un asistente social alto y robusto, de pelo ondulado y rebelde, y un aire jovial que en el acto caía bien a todo el mundo. No estaba fijo en Barcelona: un día sí y otro también iba de una parte a otra del país con su Hispano Suiza recogiendo fugitivos en la frontera francesa, rescatándolos de las prisiones y de los balnearios donde los habían confinado. En definitiva, los Sequerra eran unos mellizos que, en lugar de rivalizar como los hijos de Isaac, se complementaban en el trabajo. Entre el equipo de colaboradores de la Joint corría la ocurrencia de que Joel había sido el primero en nacer, porque, aburrido de estar encerrado en el vientre de su madre, tenía ganas de salir a ver el mundo exterior. En cambio, a Samuel, reservado y calculador, le había costado un poco más decidirse. Para los miles de judíos que en aquellos tiempos convulsos pasaron por las oficinas de la Joint, los hermanos Sequerra eran dos ángeles portugueses que Yavé había enviado a Barcelona para socorrer a los israelitas de todo el mundo.

A Samuel Silverstein lo atendió el propio delegado. Se presentó como agente colaborador de la organización Armée Juive, que había trabajado en la salvación de niños en Arièja, una parte de los cuales había alojado el orfanato suizo de Artiga, cercana a la población de Sent Gironç. Y le entregó una carta de presentación de la señorita Margot, en la que la directora elogiaba su generosidad para con la colonia. Sequerra no tardó ni cinco segundos en leer la carta. Levantó los ojos del papel y le dirigió una mirada inquisitiva, a la que él respondió exponiéndole el motivo principal de su visita:

—A primeros de junio, un grupo de cuatro chicos y dos chicas de la colonia huyeron a España. Ahora se encuentran bajo su protección en una residencia de la calle... —consultó la tarjeta en la que llevaba anotada la dirección— de la calle de Marmellà. Le agradezco su acogida. Querría saber en qué punto están los trámites para su traslado a Palestina.

—Los trámites de emigración van muy lentos —dijo el delegado buscando entre una pila de carpetas—. Por fin podremos

disponer de un barco hacia finales del mes que viene.

—Los compañeros de la organización me han pedido que me añada al viaje. Si es posible, claro está.

Sequerra le respondió que la lista de viajeros aún no estaba completa, por lo tanto, en principio, no debía haber ningún problema para incluirlo a él. Le indicó que hablase con el señor Levy, de la recepción; él le tramitaría los permisos y el billete. Samuel confiaba en que Philippe, pese a no ser judío, también constase entre los viajeros, pero como no estaba seguro del todo, le pidió la lista de los chicos inscritos de Artiga. El portugués leyó cinco nombres, entre ellos el de Philippe.

—Falta uno —remarcó Samuel—. Un chico que se llama Daniel Grüpner.

—Sé quién es. Ese quiere irse a Estados Unidos.

—¿Y usted se lo ha permitido?

Sequerra hizo una mueca de contrariedad; después dijo:

—No lo entiendo, señor Silverstein. Nuestra misión es acoger a los judíos perseguidos y facilitarles los documentos para refugiarse en el país que ellos deseen. El chico es mayor de edad y quiere emigrar a Estados Unidos. Un amigo de la familia lo ha reclamado.

Samuel echó mano de una de las razones sionistas más consistentes esgrimida a menudo por el profeta Marcel:

—Pero Palestina es el destino natural de los judíos de todo el mundo. Israel será nuestra tierra. Por fin los judíos seremos propietarios de una tierra que nos pertenece, porque en realidad es bien nuestra desde hace siglos. ¿No lo ve usted así?

—Es que a mí no me gusta trabajar en el campo —sonrió el delegado. Pero enseguida recuperó un tono más serio—. ¿Sabe qué pienso? Que la prohibición de ser propietarios de tierra a los judíos no nos ha hecho ningún mal. Eso de no poder hundir las raíces en ninguna parte nos ha obligado a espabilarnos buscando actividades nuevas. Y también ideas nuevas.

Samuel redirigió la conversación hacia la cuestión política:

—Tendremos nuestra nación, un Estado propio donde podremos vivir en libertad.

—Dudo que con un país propio seamos más libres. Yo personalmente me siento más libre sin tener país. Prefiero vivir sin sentirme atado a ninguna ideología nacional, a ningún partido político... No tener un Estado también puede ser un privilegio.

Samuel imaginó que ese joven portugués con humos de alto funcionario debía de ser de aquellos judíos de la banca, del comercio a gran escala o de la Administración, que se vanagloriaban de no tener patria y argüían acto seguido que su patria era el mundo entero. Y le espetó:

—Todo judío es libre de pensar lo que quiera o de escoger un oficio. Incluso de creer o no en los preceptos de la Torá. Se lo concedo. Pero por encima de todo los judíos bien nacidos debemos amar la futura nación de Israel.

El delegado de la Joint lo observaba arqueando unas cejas más negras que la montura de sus gafas. A continuación, dijo:

—Eso de amar es un sentimiento complicado. Yo creo que se puede amar a una persona, pero nada más. No se puede amar una cosa abstracta como una nación o un oficio, ni siquiera a un dios. A mí me hace ilusión que los judíos podamos tener un día un país con un Estado propio, tanta ilusión como le puede hacer a usted. Pero yo seguiré viviendo fuera de la tierra prometida y me niego a obligar a alguien a que vaya. Mire, señor Silverstein, hable con el chico y, si puede convencerlo, aún estamos a tiempo de apuntarlo. Y ahora hablemos de asuntos más prácticos. —Después de encender un cigarrillo, continuó—: Este verano nos han llegado muchos menores y vamos un poco desbordados de trabajo. Nos haría un gran favor si en este mes y medio de espera se alojase en la residencia de los niños. Ayudaría a la señora Fagja y a su marido, ellos solos no pueden ocuparse de todo. Tendría que encargarse de las compras y de poner un poco de orden en la contabilidad de la casa.

Como si hubiese adivinado sus intenciones, dado que él pensaba pedirle instalarse cerca del grupo de Artiga.

—Lo ayudaré con mucho gusto, señor Sequerra.

La encargada de la residencia aceptó de buen grado la llegada de un hombre como Samuel, que, aparte de ser el tutor de

Philippe, conocía al grupo de Artiga y llegaba dispuesto a ayudarla en las labores de intendencia. En cambio, Philippe lo recibió con una frialdad nada disimulada. Y tan pronto como él le anunció que se alojaría en la residencia y que tenía intención de viajar con ellos a Palestina, le espetó a la cara que, si lo jorobaba mucho, se largaría de la casa.

Fagja y su marido Alexander eran un matrimonio polaco de unos treinta años y de origen judío. Residían en Francia, de donde hacía más de un año que habían huido a Barcelona, donde se habían quedado para colaborar con la Joint.

Samuel se levantaba de madrugada para acompañar a Alexander a hacer la compra, dentro de la caja de un triciclo que funcionaba con gasógeno. Era un vehículo destartalado que de bajada hacia los mercados del centro; iba perfecto, pero, al volver cargado, el motor no tiraba. Uno de los dos, habitualmente Samuel, debía coger el ferrocarril y, a la salida, encaminarse por las calles empinadas hasta la villa de la colina. Barcelona era una ciudad de cielos claros, clima benigno y cartillas de racionamiento que a Samuel le recordaba en parte la Tolosa del primer año de guerra. Sin embargo, al no cruzarla ningún río ancho que le diese aire fresco y sensación de libertad, la vida era más bulliciosa, intensa, incluso asfixiante, sin espacios abiertos para respirar. El mar, como si no estuviera. Pese a tenerlo ahí mismo, solo se podía ver un charco de agua sucia por el ventanal del puerto. Parecía como si la ciudad se escondiese detrás de una barrera formada por un barrio de barracas miserables, la escollera del puerto y una colina boscosa por el lado de mediodía. Contaba Alexander que dos años atrás, cuando ellos llegaron, las autoridades de Barcelona presumían de que era una ciudad amiga de los fascistas italianos y de los nazis alemanes. Últimamente, sin embargo, las cosas habían ido cambiando. Banderas italianas ya no quedaba ninguna, y las esvásticas iban desapareciendo de los edificios oficiales al mismo ritmo con el que los aliados avanzaban hacia Alemania.

Para orientarse en la circulación por las callejas laberínticas de los barrios antiguos disponían de una guía de la ciudad que Samuel debía consultar a menudo. Su compañero le advirtió de

que, aun no siendo muy vieja, no podía fiarse del todo porque los franquistas habían rebautizado las calles con nombres que la mayoría de los barceloneses odiaban. Samuel reparó entonces que en las placas nuevas abundaban nombres de militares, especialmente de generales, cuando se trataba de vías y plazas importantes. La avenida Diagonal de su guía, un bulevar ancho y larguísimo que cruzaba la ciudad en diagonal, en las nuevas lápidas de mármol recibía el nombre de avenida del Generalísimo Franco. Samuel recordaba haber oído mencionar el nombre de Diagonal a los españoles de Artiga. E imaginó su irritación si supiesen que los franquistas habían convertido su «capital de Cataluña» en un campamento militar.

Por la tarde se ocupaba de desbrozar y de mantener limpios los jardines en torno a la mansión. Un día barría las primeras hojas del otoño mirando de reojo a Philippe y a su amiguita Carmen, que habían encontrado un rincón para estar solos y hacer manitas. En un determinado momento, vio que el chico se sacaba del bolsillo un reloj de pulsera, brillante, con su cadena de plata, y ambos se entretenían observando su funcionamiento. El hombre sospechó que Philippe lo había robado. Siempre le echaba el guante a algo. Más de una vez había comprobado que le había cogido de la caja algún objeto, incluso dinero, para regalárselos a sus amigos. Y resolvió: «No puedo seguir simulando que no pasa nada». Como dirigiéndose directamente al niño no sacaría nada en claro, más bien al contrario, todavía envenenaría más su relación, se lo comentó a Rachel, la hermana mayor de Carmen. Al fin y al cabo, la pequeña también debía de ser cómplice del hurto.

—He visto que la parejita tiene un reloj de pulsera. Parece de lujo... No sé de dónde lo habrán sacado.

La chica no le dio importancia:

—No se preocupe. Le aseguro que no lo han robado.

—Pero ¿de dónde ha salido?

—No se lo puedo decir, señor Samuel. Le pido que los deje en paz. Mi hermana lo ha pasado muy mal.

«Pues dejémoslos en paz», decidió Samuel. Rachel Estruga era una chica juiciosa, una hormiguita en Artiga y en Barcelona, que

cuidaba de la pequeña como si fuera su madre. El hombre quiso aprovechar la conversación para intentar recuperar a Daniel Grüpner. Él ya lo había intentado por su cuenta, pero no había conseguido hacerlo cambiar de idea:

—¿Cómo es que tu chico quiere irse a Estados Unidos? ¿No crees que podrías convencerlo?

—¡Ya no es mi chico! —reaccionó ella. Y añadió con un punto de enfado en la voz—: ¡Rompimos hace tiempo! Aquí todo el mundo lo sabe excepto usted.

Decididamente, ya podía dar por perdido a Daniel, se lamentó Samuel. En su interior culpaba a los jóvenes de hoy, que cambian de pareja como los pájaros. El hecho de que hubiese metido la pata al ignorar la relación personal de dos de sus jóvenes protegidos, que incluso los nuevos compañeros del pueblo conocían, no lo inquietó lo más mínimo. En ningún momento se planteó que, para guiar al grupo de Artiga al buen puerto de Palestina, tal como se había comprometido a hacer ante el profeta Marcel, quizá debía hacer algo más que controlarlos, comprarles la comida y rastrillar las hojas muertas del jardín.

Corría el mes de octubre cuando Fagja le entregó una carta de Lucienne que había llegado a las oficinas de la Joint vía Lisboa a través de la Cruz Roja portuguesa. Su colaboradora, al ver que pasaban los días sin que diese señales de vida, como él le había prometido, había resuelto escribirle por su cuenta. En primer lugar, lo informaba de que había recibido una carta muy lacónica del Ayuntamiento de Lille en la que le comunicaban que, por el asunto de la vivienda y del almacén, tenía que dirigirse al nuevo Ministerio de Prisioneros, Deportados y Refugiados. Por lo que respectaba a los niños franceses y a los extranjeros de familias judías, de todos se había hecho cargo la Cruz Roja francesa, tanto de los de Artiga como de los acogidos por los campesinos. Excepto los alemanes de Colonia, que continuaban por el momento bajo la protección de los suizos. Ya no estaban en Artiga, los habían trasladado a Tolosa, a un edificio más confortable para pasar el invierno. La mujer lamentaba que, pese a la liberación de Francia, solo habían aparecido tres familias reclamando a sus hijos.

Entretanto, ella hacía escapadas a Tolosa para echarles una mano a los suizos, pero debía volver a menudo a Sent Gironç por miedo a que su hermana le quitase el piso. Y acababa diciendo: «Si vienes pronto, nos lo podremos combinar como hacíamos antes con Artiga».

Samuel dobló la carta y la guardó dentro del sobre mientras pensaba que solo le faltaba tener que guardar el piso de una solterona, como si no tuviera nada mejor que hacer. No quedaba mucho para el viaje a Palestina, así que no valía la pena contestarle a la carta.

41

THOMAS HEIDER

Después de pasar unos días retenidos en el calabozo municipal de Sort, el cabo de los Gebirgsjäger y los cinco españoles fugitivos de la División Azul llegaron a la ciudad de Lleida, custodiados por una pareja de guardiaciviles. En principio, el destino de Heider pintaba muy mal, porque, tratándose de un militar extranjero huido a un país neutral, en justicia se le debía internar en un campo de concentración. Pero el alemán recomendado por la Gestapo no era un militar cualquiera. Mientras esperaba la resolución definitiva, averiguó a través de la policía que del grupo de evadidos judíos que buscaba se había hecho cargo una asociación americana con sede en Barcelona que acogía a judíos de paso por España y se encargaba de los trámites para enviarlos fuera del país. La asociación tenía un nombre inglés muy largo que él anotó en un papel.

—Suelen estar poco en Barcelona —comentó el policía—. Transcurridos tres meses, tienen que salir de España.

«Lo encontraré donde sea», pensó él. Al final, el gobernador civil de la provincia, tras considerar los servicios prestados al ejército español desplegado en la frontera, le concedió la libertad a fin de que pudiese continuar trabajando por España. Como Heider había mostrado la intención de trasladarse a Barcelona, el policía que le entregó el permiso de residencia le aconsejó que, en cuanto llegase a la ciudad, se presentase en el consulado de Alemania.

Cogió el tren con uno de los compañeros divisionarios, que también iba a Barcelona. Hacia la medianoche llegaron a la

estación del Norte, donde Heider fue testigo mudo de los llantos y los abrazos con los que una pareja de ancianos recibía a un hijo que, tras casi tres años de ausencia, volvía sano y salvo de dos frentes de guerra, uno en Rusia y el otro en Francia, de los que se había tenido que retirar derrotado. Se imaginó que sus padres le darían una acogida ferviente parecida en la estación de Innsbruck. Quizá sin tantos aspavientos. El divisionario les presentó a su compañero de viaje como un militar alemán que había sido su guía en la huida por los Pirineos. Y como ya era tarde para ir a buscar un hotel, los viejos insistieron en que fuese a dormir a su casa.

A la mañana siguiente, Heider se presentaba en el consulado general de Alemania, una delegación diplomática que en Barcelona se había convertido, con el beneplácito del Gobierno franquista, en una agencia poderosa de propaganda nazi, de negocios de alto nivel y de espionaje militar. El funcionario que lo atendió lo felicitó por sus servicios al Reich en territorio francés. Al mismo tiempo, lo animó asegurándole que la retirada de Francia y de Rusia era una estrategia para salvar la Wehrmacht, ya que Hitler tenía preparada una bomba con una capacidad destructiva nunca vista, capaz de hacer desaparecer capitales como París y Moscú en pocos segundos. «A su lado, los cohetes zumbadores que destruyen Londres son como picaduras de mosquito.» Y acabó proponiéndole que volviese a Alemania para seguir luchando en el cuerpo de los Gebirgsjäger. Heider comenzaba a arrepentirse de haber ido a parar a aquel centro de reclutamiento:

—Es que necesito unos días para descansar, señor —balbucía —. Lo he pasado muy mal en Francia. Sufrí una emboscada de los terroristas. Mataron al capitán de mi patrulla y a un amigo...

—En su casa descansará mejor. Una semana de permiso en Innsbruck con su familia y después se reincorpora a las filas como nuevo.

En Innsbruck ni pensarlo, se exasperó él. La chica escudo de Biarritz podría localizarlo y, además, tarde o temprano sus padres sabrían que lo habían acusado de asesinar a su capitán y otros males peores. En un intento de evitar regresar a casa, se ofreció para otros servicios a la patria:

—Hace años que sirvo fuera de Alemania, estoy acostumbrado. Creo que puedo ser más útil a mi país luchando desde el extranjero.

El funcionario hizo un gesto de sorpresa. Le preguntó si tenía estudios, si sabía español o alguna lengua extranjera, y cuando oyó que había estudiado leyes en Viena, que dominaba el francés y un poco el italiano, consideró que quizá sí podría ser útil en tareas más urgentes y comprometidas, y pasó a exponerle la delicada situación del nuevo servicio de espionaje después de que Hitler hubiese disuelto el Abwehr del almirante Canaris, por traición a Alemania e intento de atentado contra el propio Führer. Necesitaban como el aire que se respira nuevos agentes operantes en el extranjero. Le insinuó con buenas palabras que, antes de admitirlo, el consulado debía hacer algunas consultas, nada que pudiese alterar sus planes, evidentemente, y que tan pronto como hubiesen recibido la confirmación, se pondrían en contacto con él. Al pedirle la dirección de su alojamiento, explicó que había llegado la noche antes y se había alojado en casa de un compañero.

—Discúlpeme —dijo el funcionario—. Creía que estas necesidades ya las tenía cubiertas. —Se apresuró a comunicarle que el consulado disponía de una bolsa de dinero para hacerse cargo de los gastos de los exiliados alemanes hasta un máximo de tres meses, e indicó a un empleado que le solucionara el alojamiento—. Búsquese un hotel y por el momento descanse, cabo Heider.

Abandonó la delegación diplomática bastante preocupado, con la duda de si, al querer evitar el regreso a casa, no se habría arriesgado demasiado y acabaría metiéndose en la boca del lobo. Por un lado, era posible que el expediente que Dreyer había abierto acusándolo de asesino y degenerado hubiese llegado ya a Berlín, de manera que, si el consulado pedía informes de él, estaría perdido. Con todo, como el juicio no se había celebrado y antes de la rendición a los franceses se habían quemado los archivos, de lo que él había sido testigo en Beauregard, confiaba en que hubiese desaparecido para siempre cualquier rastro acusatorio contra él. Aparte de eso, consideraba que debía evitar ponerse en manos de

organizaciones poderosas, como la Gestapo o los servicios secretos, que podrían descubrir sus intenciones. Localizar al asesino de su amigo y cumplir el juramento era un asunto personal que tenía que ejecutar por su cuenta. Por el momento, disponía de unos días de margen para averiguar si el asesino aún estaba en Barcelona o a qué país se había ido.

Pocos días más tarde se tomaba una cerveza en la Casa de Alemania, el hogar que la numerosa y selecta colonia de alemanes residentes en la ciudad había abierto en una calle moderna del ensanche de la ciudad. Aposentado delante la barra del bar, pegaba la hebra con el camarero, un hombre de unos cincuenta años con un bigotito recortado que le puso el ojo encima en cuanto entró. El camarero había supuesto que el nuevo cliente procedía de Francia, y como por aquel entonces el bar estaba vacío, le daba la tabarra lamentando la caída de París y la desastrosa retirada del ejército de un país tan importante y estratégico para el Tercer Reich. Sin muchos miramientos, Heider desvió la conversación hacia el asunto de los judíos. Según había oído, en Barcelona se habían refugiado muchos.

El hombre se apuntó al tema en el acto:

—¡Somos la vergüenza de Europa! Aquí los reciben como a reyes. Y el Gobierno de Franco lo permite.

—Tengo entendido que hay una asociación americana que los protege. ¿Sabe dónde está?

—Supongo que se refiere a la Joint. —Heider no estaba seguro de que fuera esa, pero, de todos modos, asintió—. Pues no está muy lejos de donde nos encontramos. Aquí mismo, en el paseo de Gràcia. Vea qué cerca tenemos la plaga. ¡Y a fe mía que está bien custodiada! Noche y día hay una pareja de policías haciendo guardia en la puerta.

Heider no pidió otra cerveza. Minutos más tarde se encaminaba por el ancho y concurrido bulevar que bajaba hacia el centro de la ciudad. Pese a desconocer la dirección exacta, la pareja de guardias de uniforme que estaban plantados ante el portal le indicó dónde estaba la Joint. Antes de llegar, observó que no debían de ser muy estrictos, habida cuenta de que un

matrimonio de mediana edad con una niña entraba directamente en el edificio sin que los detuviesen ni les pidiesen la documentación. Se acercó para comprobar si en la discreta placa colocada al lado del portal se anunciaba el nombre que había copiado en Lleida: «American Jewish Joint Distribution Committee. Delegación de Barcelona». «Voy bien encaminado», pensó mirando de reojo a los policías que seguían en sus puestos con cara de aburridos. Se quedó por allí un rato, con la esperanza de que alguien entrase y pudiera echar una ojeada al interior, cuando de repente oyó una voz a su espalda que le preguntaba algo en español. Al girarse le dio un brinco el corazón: se encontró de narices frente al asesino de Kurt. En medio de su desconcierto, murmuró que no lo entendía y se marchó acera abajo acelerando el paso y lanzando miradas de reojo a ambos lados, cada vez menos inquietas al comprobar que el otro no lo perseguía. Probablemente no lo había reconocido, se tranquilizaba dos travesías más abajo. Bien pensado, era muy difícil que el asesino de los Pirineos lo reconociese porque les había disparado por la espalda y, a pesar de que Heider se había girado un momento antes de huir, aquel día llevaba en la cabeza la gorra de uniforme y los ojos protegidos con gafas oscuras de montaña. Él, en cambio, no había olvidado el rostro de aquel joven alto y robusto, de facciones grandes, con un mechón de cabellos dividiéndole la frente.

Cuando consideró que se había alejado lo suficiente como para que el otro no pudiese identificarlo, cruzó la calzada central por donde circulaban todo tipo de vehículos y un carruaje descubierto lleno de chicas que armaban jaleo y que iba a paso de tortuga para que las viese todo el mundo. Una vez en la acera de enfrente fue retrocediendo hasta la altura del portal. Desde allí, identificó al asesino sentado en un banco, no muy lejos de la entrada de la Joint. Cambió de nuevo de acera para espiarlo de cerca sin que el otro lo descubriese. El tipo no se movió en toda la mañana. Muy de vez en cuando se acercaba con pasos decididos hacia la puerta, decía algo a los peatones que iban a entrar y después regresaba al banco. Los policías no se inmutaban, como si no existiese.

Ya era cerca de mediodía cuando el asesino abandonó el banco. El trasiego de peatones que iban arriba y abajo lo obligaba a seguirlo de cerca para no perderlo de vista. En la parte baja del paseo se metió en la galería de una estación de metro. Se bajó del tren cinco paradas después y al salir dobló por una calle solitaria y en pendiente, flanqueada por casitas bajas con jardín. Justo en la casa situada en lo más alto de la calle, desapareció. Espiando a través de la valla metálica vio una casa más grande que las que había encontrado de subida, rodeada de jardines que la aislaban de las demás. Dentro se oían voces tenues de niños. Durante las horas que permaneció allí de guardia, a ratos quieto, a ratos deambulando por los alrededores con un ojo puesto en la entrada, no vio que entrase ni saliese nadie. Cuando ya se iba, una vecina que se encontró por la calle le reveló que hacía poco la casa era una especie de orfanato que acogía a niños judíos.

A la mañana siguiente salió del hotel con la idea de volver a la casa de la colina. Como las oficinas de la Joint no quedaban muy lejos de la estación del metro, antes de cogerlo les echó una ojeada. Pues bien, el asesino volvía a estar en el banco y no parecía que por el momento tuviera ninguna intención de moverse de allí. Antes de montar la guardia, Heider entró en una tienda de ropa, de la que salió cubierto con un sombrero de fieltro que le cambiaba la fisonomía, por lo menos en un primer vistazo. A lo largo de la jornada el asesino se comportó como el día anterior: por la mañana calentando el banco del paseo y, por la tarde, encerrado en la casa de la colina. Y al día siguiente, tres cuartos de lo mismo.

Después de tres días de espiar sus movimientos, Heider había valorado los sitios y la manera más propicia para consumar su deuda con su amigo difunto. El lugar más discreto para dispararle, y también más favorable para su posterior huida, era la calle en cuesta y casi desierta de peatones que subía de la estación del metro a la casa de la colina. Aunque iba a necesitar un arma corta, no creía que en una ciudad como Barcelona, donde abundaban espías, malhechores y estraperlistas, le fuese muy complicado obtener una pistola en el mercado negro. Probablemente, Santiago, el camarero de la Casa de Alemania a la que solía ir cada día,

pudiera facilitarle la manera. Otra opción, para la cual no necesitaba ningún arma, era la vía del tren. Había observado que, mientras esperaba el convoy, el asesino solía situarse en el borde del andén y se inclinaba sobre las vías mirando con avidez para descubrir quién sabe qué tesoro. Una vez incluso había saltado a las vías para recoger un paquete de tabaco vacío. Como el tipo iba solo, podría aprovechar el momento en que el convoy entraba en la estación para empujarlo al foso.

Pero el temor a que estuviese equivocado y pudiera asesinar a un chico inocente le hacía aplazar un día tras otro el tomar de una vez una decisión. ¿Cómo podía reconocer a una persona a la que solo había podido ver un instante?, se preguntaba cada vez con más convicción. Los indicios que le había dado la policía española no eran suficientes, podía tratarse de coincidencias. Ni siquiera sabía si el hombre al que debía matar se llamaba Daniel, Helmut o de cualquier otra forma. Pero todas sus dudas se desvanecieron de golpe ese mismo día. Por la mañana, oyó muy claro de labios de un chico que hablaba con él en el banco del paseo que lo llamaba Helmut; y por la tarde, cuando hacía guardia en la casa de la colina, salió de ella un grupo de niños, entre los que distinguió al niño judío del labio partido. Se retiró al hotel con la decisión tomada de que al día siguiente mataría al asesino de su amigo, un judío llamado Helmut Bachenheimer.

Hacia media mañana, ansioso de que llegase de una vez la tan esperada hora, le llamó la atención una mujer joven que de pronto se había sentado al lado de su futura víctima. Heider se acercó al banco paseando como un viandante más. Oyó que discutían en alemán y, por lo que captó de la conversación, la chica quería que la acompañase a algún lugar y él se negaba a moverse de allí. Acabó por ganar ella, una mujer morena de unos veinte años, que, por la franqueza con la que se trataban, debía de ser su chica. Plantada frente a él, le tiraba del brazo para arrancarlo del banco, una y otra vez, con tozuda insistencia. Hasta que el chico cedió de mala gana. No fueron a ninguna tienda, como Heider imaginaba, sino a la estación del metro del final del paseo, en el mismo andén donde se subía para ir a la casa de la colina.

A esas horas de la mañana había muy pocos viajeros, apenas tres o cuatro repartidos a lo largo del andén, observó Heider desde el extremo de la entrada donde se había quedado. A pocos pasos había una anciana sentada en un banco arrimado a la pared y, en el banco siguiente, la pareja a la que él no perdía de vista. En una de las frecuentes miradas que les dirigía, vio que Helmut se había levantado del banco y se acercaba al borde del andén. Desde allí iba examinando la vía mientras avanzaba con pasos lentos hacia donde se encontraba Heider. Este se dio media vuelta: los latidos de su corazón resonaban más fuerte que el martilleo sordo del tren, que ya se oía venir. Si el otro se acercaba un poco más, la ocasión no podía ser más propicia. Estaban muy cerca de la boca del túnel por donde debía entrar el convoy, justo delante de un pasillo desierto por el que él podría escaparse. Vio por el rabillo del ojo que el otro seguía avanzando por el borde del andén, barriendo las vías con los ojos, indiferente al ruido del convoy que estaba a punto de entrar en la estación. Heider se volvió de cara a la vía y dio el primer paso con las manos ya fuera de los bolsillos, concentrando en los brazos toda la fuerza que habría de necesitar. En el momento de iniciar el empujón, resonó un grito por encima del estrépito del tren, que lo paralizó en seco:

—¡¡Helmut!!

Heider se quedó clavado como una estatua delante de los vagones que se deslizaban con chillidos de frenada a dos pasos de su víctima, que no se había percatado de nada y decía dirigiéndose a su compañera:

—¡No des esos chillidos! ¡Cojones, Rachel! ¡Ven tú hacia aquí!

Él permaneció en el andén, inmóvil en medio de las prisas de los viajeros que entraban y salían de los vagones. Cuando el último vagón hubo desaparecido dentro de la negrura del túnel llevándose a la pareja a la que había seguido, salió a la mañana luminosa de fuera. Se marchó directamente al hotel, con la cabeza gacha, desviando la mirada de los peatones que le venían de cara, recelando que alguien adivinase sus intenciones criminales.

Se encerró unos días en el hotel, atormentado por un lío de sentimientos que se sentía, incapaz del todo de desenmarañarlos.

Solo abandonaba la habitación para comer y para dirigirse a la Casa de Alemania, cada vez más vacía de clientes, donde se tomaba una cerveza y se ponía al día leyendo periódicos alemanes atrasados y dando conversación a Santiago. A base de horas de calentarse la cabeza, la sospecha de que la muchacha del judío o algún otro pasajero hubiese sido testigo del intento de asesinato dejó paso al sentimiento de culpa. Le dolía por la chica, que él sabía que se llamaba Rachel, no por la víctima: imaginarse que ella encontraría a su amigo trinchado bajo las ruedas le recordaba sus propios sufrimientos ante el cadáver espantosamente mutilado de Kurt. Rachel, lo mismo que la Gisela de Biarritz, no tenían por qué recibir un castigo severo por actos que no habían cometido. En consecuencia, y dando por hecho que la venganza por su amigo Kurt era incuestionable, le aliviaría a la chica los horrores procurando matarlo de forma más limpia y fuera de su presencia.

Al quinto día, cuando abandonó el hotel animado a reemprender la cacería, el asesino había desaparecido. Por las mañanas, Helmut no estaba en el banco de los azulejos rotos ni por los alrededores del edificio del paseo de Gràcia; tampoco había podido verlo entrar o salir de la casa de la colina por las tardes. Transcurrida una semana sin dar señales de vida, temió que se hubiera largado de Barcelona. Tan a mano como lo tenía, se exasperaba ahora, sin escrúpulos, y lo había dejado escapar como un estúpido. Solo alguien que tuviese acceso a la Joint, o a la policía, podía averiguar a qué país había ido a parar. Confió sus cavilaciones al camarero Santiago con una versión de los hechos menos comprometedora y también más verosímil. Resulta que desde hacía tiempo iba detrás de un judío que había trabajado en una empresa de su familia y que se había fugado llevándose una suma considerable de dinero. Sabía que se encontraba en Barcelona acogido por la Joint, si bien no estaba seguro de si todavía estaba allí o había huido. El camarero le dijo que los refugiados debían presentarse cada semana en la oficina de extranjeros de la policía; por lo tanto, era ahí donde debía indagar. Arrancó una hoja de la pequeña libreta de las consumiciones y se la puso delante: «Escribe su nombre. Trataremos de comprobarlo».

Pocos días más tarde, Santiago le daba noticias frescas de su perseguido: el nombre de Helmut Bachenheimer figuraba en una lista de la Joint de los que, hacia finales del mes de octubre, tenían previsto embarcar en el puerto de Cádiz rumbo a Palestina. Como si el camarero adivinase sus intenciones, le aconsejó que, si iba con la idea de amenazarlo o causarle algún daño, esperase a hacerlo fuera de España, que allí los judíos estaban protegidos directamente por los americanos. Y mencionó el caso de un amigo suyo que un mal día había irrumpido con una pandilla de compañeros falangistas en el hotel donde entonces estaba el local de la Joint y ahora estaba a la espera de juicio. Y todo por haber reventado un armario lleno de papelotes.

Al día siguiente, al mediodía, cuando Heider volvió al hotel a la hora de comer después de una enésima ronda de cacería sin resultado, el recepcionista le entregó una nota que le habían llevado del consulado de Alemania. El funcionario que lo había atendido cuando llegó a Barcelona le comunicaba que había recibido buenas noticias de Alemania, que pasase por el consulado lo antes posible. Al principio, sospechó que eso de «las buenas noticias» podía ser un reclamo engañoso para detenerlo. Después razonó que, si hubiesen recibido el expediente de Dreyer o algún otro documento de inculpación, no habrían tardado ni un minuto en hacer que la policía española lo detuviera. «Si de verdad están interesados en mis servicios —pensaba Heider—, tendrán que atender mis preferencias.» Aquellos últimos días en el bar de los alemanes había tenido ocasión de informarse, a través de Santiago y sobre todo a través de la prensa, sobre el encarcelamiento del almirante Canaris y la supresión de la Abwehr por traición a Alemania. Confiaba en que el hecho de que, según la prensa alemana, los servicios secretos estuviesen plagados de judíos al servicio de los ingleses, algunos de los cuales habían huido a Palestina, favoreciera sus exigencias.

El funcionario lo recibió con una expresión jovial que descartaba cualquier sospecha. Después de felicitarlo por las calificaciones obtenidas en la Universidad de Viena y por el brillante expediente en el cuerpo de los Gebirgsjäger y el grado de

cabo, le comunicó que, por el momento, aceptaban su petición y que lo pondría en contacto con un tal don Pedro, el responsable de reclutar agentes para los servicios secretos en el extranjero. Heider dio el primer paso de su petición:

—Tengo un interés especial por mi misión. Querría que se respetase. —Enseguida repitió el relato del judío que había estafado a un familiar suyo y después había huido. De ahí le había nacido el odio contra los judíos y, en consecuencia, quería que sus actividades dentro de los servicios secretos fuesen en ese sentido.

—No es muy especial su interés —sonrió el funcionario—. Millones de alemanes lo compartimos con usted. Tiene que comprender, sin embargo, que las cuestiones personales deben quedar al margen.

—Lo tengo en cuenta, señor. Este judío que le digo murió antes de la guerra. Es a su raza en general a la que quiero perjudicar. Y como por fortuna en Europa ya no quedan muchos, mi idea es ir a Palestina. Estoy convencido de que en aquella colonia inglesa mis servicios podrían ser muy útiles a Alemania.

—Palestina es un avispero. No sé si tenemos muchos agentes allí... —dudaba el empleado—. Pero Líbano está al lado, un país nuevo con muchas posibilidades para restablecer la relación con nuestros amigos árabes. Y usted domina el francés.

—¡Líbano me iría perfecto! —admitió él. Y abordó el tramo más peliagudo de su solicitud—. He mirado un transporte para viajar hasta allí. Querría embarcarme en un barco que saldrá de Cádiz en dirección al puerto de Haifa. Va cargado con judíos de toda España; me iría de perlas para familiarizarme con ellos.

—Coméntelo con don Pedro. A ver qué le dice.

—El problema es que el barco zarpa dentro de quince días y solo pueden viajar en él judíos. Quiero decir que por el pasaporte...

—No se preocupe por los papeles —lo cortó el funcionario—. Si algo nos sobra a los alemanes son documentos de identidad judíos. En cualquier campo de concentración hay para parar un tren.

42

DANIEL

Barcelona, jueves, 10 de agosto de 1944

Noticia bomba: ¡mi amigo americano ha respondido! En una carta muy breve me dice que está dispuesto a acogerme en su casa. También dice que hará gestiones ante las autoridades de su país para averiguar dónde está mi familia. He metido prisa a Franz, de la oficina, para que tenga listos mis documentos. Cuanto antes pueda largarme, mejor. Mientras esté en España, el incidente de los Pirineos sigue planeando encima de mí como una amenaza. Franz me ha prometido que mañana por la mañana irá al consulado de Estados Unidos para solicitar mi visado y me ha dejado sitio en su mesa para que escribiera una carta de agradecimiento a mi protector.

El lunes pasado llegó Yvonne Kraft, que se aloja en la residencia. Levy se ufana de haberla rescatado de Suiza y va detrás de ella todo el día. Ella se lo saca de encima como puede, a veces me utiliza como refugio. Me dice: «Ayúdame, Daniel, tú que te salvaste del foso de los leones. Un cachorro de león me persigue». A mediodía me ha dicho que el sábado por la mañana Fagja le da una fiesta y quiere que le enseñe el lugar más bonito de Barcelona. Ella no pide, exige. Sigue siendo la Yvonne de siempre. Provocadora, guasona, exigente, aunque un poco más delgada, más atractiva, con un punto de amargura en los ojos. Las montañas de Suiza la han hecho más mujer.

Barcelona, miércoles, 16 de agosto de 1944

Me ha gustado llevar a Yvonne a lo alto de la montaña de Montjuïc. Hemos contemplado desde allí el mar azul y luminoso que se extendía a nuestros pies más allá de los barcos y las grúas del puerto. Le he explicado que Montjuïc significa «montaña de los judíos» y que, siglos atrás, en Barcelona había una comunidad judía numerosa e importante. Miles de judíos habían mirado al mar desde allí arriba como nosotros. Ella ha lamentado con un deje de rabia que nosotros hoy no podríamos vivir aquí, que dentro de poco tendremos que marcharnos. Y ha dicho: «El mundo empeora. Ya lo decía Jean-Luc, que Europa es una mesa vieja de madera podrida». No recordaba yo el ejemplo de la mesa. El maestro nos comparó Europa con una mesa larga, antigua y de madera noble. Durante siglos los gobernantes de todas las naciones se sentaban a su alrededor para conversar y ponerse de acuerdo. Pero había llegado un momento en que la madera se había carcomido, comenzando por las patas, que ya a duras penas la sostenían. Yo iba a confiarle que me marcharía a Estados Unidos, pero ella ya lo sabía y se me ha adelantado. Ha dicho: «Tú nada, que aún puedes irte a la mesa más nueva y poderosa del mundo». No he sabido qué responder. He callado como un muerto, guardando un silencio incómodo que me hacía sentir más culpable que afortunado.

El silencio lo ha roto ella. Se moría de ganas de saber por qué Rachel y yo habíamos reñido. Le he dicho que a los dos se nos había acabado la ilusión que sentíamos el uno por el otro, que lo habíamos dejado de común acuerdo. Después ella se había liado con Helmut. Para pasar página al asunto, le he preguntado por Angela, por qué no había venido a Barcelona. Me ha dicho que intentó convencerla, pero sin éxito. Su amiga sigue colgada de Enric, de Artiga; le ha escrito cartas declarándose, pero todavía no ha recibido ninguna respuesta. A pesar de todo, sigue esperándolo como una pánfila. Sabe que Enric no vendrá a buscarla nunca a España porque Franco lo metería en prisión.

Barcelona, domingo, 10 de septiembre de 1944

El señor Christophe de Sent Gironç llegó anteayer a Barcelona para acompañar al grupo de Artiga a Palestina. Hemos sabido que su nombre real es Samuel, que es judío como nosotros y que fingía que trabajaba como *colporteur* para protegernos. Cuando lo saludé me dijo que tenía muchas ganas de hablar conmigo.

Hoy por la tarde he ido a verlo mientras trabajaba en el jardín. Antes de ir a sentarse en el banco, me ha preguntado: «¿Cómo está el chico más listo de Artiga?». Enseguida he sospechado por qué me enjabonaba de aquella manera. Y no iba errado. El hombre se había enterado de que quiero irme a Estados Unidos y pretendía que cambiase de idea y me embarcara rumbo a Palestina con el resto de los compañeros. Hemos discutido un rato. Él pintándome el nuevo país como una tierra virgen que los judíos debemos convertir en nuestro paraíso histórico y natural, y yo acudiendo a la excusa de que me reclama un americano, al cual he acabado convirtiendo en un pariente lejano de mi familia. Me sabía mal discutirle cara a cara sus razones. Al fin y al cabo, el *colporteur* es un hombre generoso que ha comprometido su vida para salvar a niños judíos. Pero al final no lo he podido evitar. Cuando él ha dicho y repetido «debes venir con nosotros, Daniel. Israel te necesita», yo le he respondido: «Es que yo no necesito a Israel».

Barcelona, lunes, 18 de septiembre de 1944

Escribo esta página en una mesa que cojea y que antes he tenido que calzar con un trozo de cartón. Ayer, a mediodía, Fagja nos comunicó a mí y a Helmut que teníamos que dejar la habitación, que la necesitaban para alojar a niños exiliados. En lugar de dos camas pondrán tres literas dobles. Desde que se ha liberado Francia, los judíos llegan a centenares. Nos hemos trasladado a una pensión barata del barrio de Sants, que cae al otro extremo de la ciudad.

Así pues, una vez más deberé compartir habitación con él. En

Bélgica, en Artiga, en la prisión de Lleida, en la residencia del cerro... Siempre tengo que pasar la noche al lado de este ignorante, obsesionado por las armas y las artes de la guerra. Cuando cambiaron de lugar las oficinas de la Joint, se le metió en la cabeza que los falangistas querían poner una bomba y pasaba las mañanas haciendo guardia en la puerta. Tuvo que intervenir Sequerra para que dejase de hacer el espantapájaros, lo que finalmente ocurrió el sábado pasado. Si sus padres no fuesen judíos, me lo imagino con el uniforme nazi desfilando por las calles de Colonia, quemando libros y reventando los escaparates de los judíos. Cuando veo que se desnuda, pienso (no lo puedo evitar) que Rachel lo acaricia y me nacen por dentro una rabia y un asco que me quitan el sueño.

Barcelona, sábado, 23 de septiembre de 1944

Visita sorpresa de Yvonne a la pensión. Le he preguntado cuál de estos sitios tenía ganas de ver: el Museo de Arte de Montjuïc, la Biblioteca Central o bien dar un paseo por el barrio Gótico en torno a la catedral. Ella me ha salido con que quería ir al Instituto Alemán de Cultura. Le he dicho que allí cultura no encontrará nada, pero ella ha insistido en que quería comprobarlo. Le he advertido que es arriesgado, que si se huelen que somos judíos incluso pueden detenernos. Ella naturalmente ignora mi encontronazo con los alemanes en los Pirineos. Al final me ha dicho: «Veo que aún te dan miedo los nazis. Como cuando éramos pequeños. Pues yo quiero ir. Te explico mis planes y, si tienes huevos, me acompañas».

El Instituto es un caserón moderno y espectacular situado en la avenida del Generalísimo Franco. Pretende ser el escaparate cultural de la nueva Alemania nazi en Barcelona. Cuando en mis primeros días en la ciudad pasé por delante, había una bandera nazi desplegada de arriba abajo de la fachada y una pareja de policías armados en la puerta. Me he alegrado de que lo hayan retirado todo, sobre todo a los policías. El marido de Fagja me dijo un día que, después de la liberación de Francia, a Franco le

empiezan a estorbar los nazis y ha adoptado con ellos una actitud semejante a la que muestra con los judíos: tolera que estemos en España, pero no quiere que nos signifiquemos. La diferencia es que los nazis se quedarán y nosotros hemos de marcharnos a otro país.

En la primera planta no había ningún visitante, solo el encargado de la exposición de libros y cuadros colgados de las paredes. Cuando ha visto que entrábamos, nos ha atendido con una cordialidad exagerada. Yvonne le ha contado, en un alemán que quería ser defectuoso, que somos estudiantes franceses exiliados, enamorados de la cultura alemana. Ha dicho: «Buscamos libros en alemán y en Barcelona no los encontramos». El nazi babeaba como un cerdo: «No se preocupe, señorita. En el Instituto le daremos razón de todos los títulos publicados en la lengua de Goethe. Y en caso de que no lo tengamos aquí, lo pedimos a Alemania y en una semana estará en sus manos». Entonces ella le ha espetado en los morros: «A mí me apasiona el teatro, ¿sabe? Busco una obra titulada *La ópera de los tres centavos*, de un autor que se llama Bertolt Brecht. ¿Verdad que lo tienen?». El hombre ha reaccionado diciendo que no tenían el libro porque el autor es un comunista que conspira contra su país desde el extranjero. Ella ha continuado la comedia: «Pero escribe muy bien. Una vez que vi esta obra en París...». Yo le he cortado los elogios: «¡Déjalo correr, Claude! ¡Ya te dije yo que Brecht es un comunista indeseable!». Y me he dirigido al nazi, que durante mi intervención asentía con la cabeza. Le he dicho: «A mí no me gustan nada el teatro ni las novelas. Todos estos escritores que se inventan historias falsas son una pandilla de comunistas. A mí me interesan los descubrimientos científicos». Él ha celebrado mis gustos. Ha explicado que en la primera planta tenían una sección entera dedicada a la ciencia y me ha preguntado qué rama de la ciencia me interesaba. Ahora me tocaba a mí disparar, y lo he hecho sin contemplaciones: «Me gusta mucho la física. Querría encontrar la versión original alemana de un estudio científico titulado *Teoría general de la relatividad*. El sabio que lo ha escrito se llama Albert Einstein. ¿Lo conoce?». Al nazi no le ha cambiado la cara y su respuesta nos ha desconcertado: «Claro que lo conozco. Es un judío traidor a

Alemania que ha puesto sus descubrimientos al servicio de los americanos. Pero es un gran científico. Espere un momento, que voy a buscarle el libro». Y ha emprendido la ascensión hacia la primera planta. Hemos oído que hablaba con alguien y, enseguida, ruido de pasos que bajaban. Entonces nos hemos ido rápido hacia la puerta de entrada. Desde allí y antes de echar a correr, Yvonne ha gritado hacia el interior: «¡Nazis de mierda! ¡No tenéis cultura ni la tendréis nunca!».

Hemos huido corriendo avenida abajo hasta el primer chaflán, hemos doblado por un callejón y luego hemos continuado caminando deprisa. Ya fuera de peligro, ella se ha parado y me ha dado un beso en los labios mientras resoplaba: «¿Quieres que venga también mañana?». Le respondo: «No deseo otra cosa. Si quieres, me siento con ánimos de acompañarte al consulado general de Alemania». Y ella va y me dice: «No es preciso, Daniel de los leones. Hoy ya me has demostrado que tienes huevos. Mañana prefiero acostarme contigo».

Lisboa, miércoles, 11 de octubre de 1944

La vibración sorda del barco que hace rato que mantiene encendidos los motores y se dispone a zarpar del puerto me obliga a escribir con una letra temblorosa que nada tiene que ver con mi estado de ánimo, firme, seguro y satisfecho. Viajé yo solo a Madrid, y de allí hasta Lisboa con un pequeño grupo de judíos.

El último día en Barcelona regresé a la residencia de la colina para despedirme de Yvonne y también de los compañeros de Artiga. No imaginaba que la visita de despedida fuera a dejarme un regusto amargo. Las caras largas de Levy, del *colporteur* Samuel y de las hermanas Estruga me hacían sentir mal, como si fuera la oveja negra que intenta justificar por qué quiere separarse del rebaño. Quería hablar un momento a solas con Rachel, decirle que toda mi vida guardaré un buen recuerdo de ella, alguna mentira bonita por el estilo. Pero Helmut, el único del grupo que se alegra de que me marche, me había seguido a la residencia y la marcaba

de cerca. Cuando le propuse ir a dar una vuelta por el jardín, ella se negó. Debía de pensar que si Helmut nos veía solos le gritaría; era capaz de zurrarla. También intenté hablar a solas con Liebre, sobre todo para sonsacarle algo del incidente de los Pirineos con los alemanes. Le dije que, al día siguiente, a primera hora de la mañana, me iba de España. Por lo tanto, aunque quisiera, no tendría tiempo de contárselo a nadie. No hubo forma de hacérselo entender. Murmuró: «Ven con nosotros y sabrás qué pasó en las montañas nevadas. Si te vas a América, nunca lo sabrás». Lo envié al cuerno: «¡Crees que desgraciaré mi vida por una historia!».

Yvonne me acompañó a la pensión. Por suerte, la despedida con ella fue de otro tipo. Duró toda la tarde y hubo lágrimas, suspiros y caricias. Me había sentado en el borde de la cama y me disponía a vestirme cuando le solté la sospecha que me hervía por la cabeza desde el día que ella llegó de Suiza. Le digo: «Levy te hace venir a Barcelona porque está colgado de ti. Pero tú, en realidad, vienes por Helmut y te encuentras con la sorpresa de que él se ha liado con Rachel. Has ido a parar conmigo de carambola, confiésalo». Ella rebatió mis sospechas con pruebas convincentes, cosa que me quitó un buen peso de encima. Me dijo que Levy, en la carta que le escribió de reclamo, ya la informaba de que Rachel y yo habíamos roto y de que ahora ella se veía con Helmut. El muy tonto confiaba en que, si, a pesar de la noticia, la chica le hacía caso y venía a Barcelona, lo haría por él, no por Helmut. No se imaginaba que ella, que hasta entonces se lo pasaba bastante bien en Suiza, al saber que yo estaba libre había decidido venir. Y me dice: «Así que quítate de la cabeza eso de la carambola. He apuntado directamente a tu bola, Daniel de los leones». Me empujó de nuevo contra el colchón y se me echó encima rugiendo como una fiera: «No te librarás tan fácilmente de esta leona».

Por ahora, ella se queda en Barcelona a la espera de que yo convenza a mi amigo americano de que la reclame como hizo conmigo. Por ahora, no puedo imaginarme mi vida sin Yvonne. Su cuerpo en la cama es un volcán en erupción que se te traga todo entero. Para vivir juntos en América, si fuese necesario, estamos dispuestos a casarnos por poderes. Confío en que como muy tarde

podamos estar juntos para las fiestas de Navidad.

Y aquí termino la última página de un dietario que comencé durante mi cautiverio de Artiga el día 13 de agosto de 1942. A lo largo de dos años he llenado seis cuadernos, que he traído hasta el barco con la idea de tirarlos al mar. A partir de ahora no tiene sentido seguir escribiendo en clave. Cuando estemos lejos de la costa, arrojaré por la borda todo el peso de mis años pasados. Entonces gritaré desde el puente de cubierta de cara al océano: «¡Fuera lastre y viento en popa!».

43

ENRIC CLOTET

—¡Vamos, diez pasos más y ya estaremos! —suspira su amigo y camarada Magí. Hace más de cuatro horas que es su muleta, le da ánimos y lo arrastra cuesta arriba—. ¡Vamos, diez pasos más y estamos en Francia!

Enric sabe que la raya de Francia no es ninguna salvación. Lo había sido cinco años atrás, cuando cruzó la frontera del collado de Ares con su familia. Hoy, para él, no hay salvación posible ni a un lado ni a otro de la raya. Así que, muerto por muerto, siempre es mejor morir en casa. Se deshace del abrazo, se desploma como un saco, se arrastra un par de metros hasta acurrucarse en un hoyo entre dos rocas y resopla.

—Aquí me quedo.

Su amigo no está dispuesto a abandonarlo herido en la cresta. Insiste en que a partir de ese momento todo es bajada y que, aunque el hospital de campaña quede lejos, por el camino hay cabañas donde encontrarán caballerías, incluso algún carro para acabar de llegar a Santenh. El herido resuella:

—Aunque llegase vivo, no serviría de nada. —Con la mano se palpa la herida del vientre—. ¿No lo ves? Nada más sale que porquería. No me queda sangre, ni una gota...

El otro no cede. Intenta hacerle comprender que aquel es el peor lugar para descansar, que se ha puesto mal tiempo y en lo hondo del valle está nevando. Por el lado francés encontrarán una guarida mejor, está convencido, aunque sea bajo una roca. Le responde con un hilo de voz:

—Vete, por favor, Magí. Te lo ruego. Yo no tengo remedio. Por lo menos, sálvate tú. Es el último favor que te pido. —Con la mano temblorosa le alarga una cartera de cuero que ha sacado del bolsillo interior de su cazadora—. Llévala a Artiga. Diles a mi familia que he muerto luchando contra los franquistas.

Al fin, su compañero acaba por ceder. Saca la manta de su mochila y, una vez desplegada, le abriga con ella la cabeza formando una capucha y se la ciñe al cuerpo por encima de la otra manta mientras susurra: «Perdóname, Enric. Perdóname». El herido no tiene suficientes fuerzas para replicarle que no hay nada que perdonar, que fue él quien tomó la decisión de embarcarse en la temeraria operación de invadir España. El otro tampoco lo oiría porque ha desaparecido de su lado. El ruido de las botas requisadas meses atrás a los prisioneros alemanes haciendo deslizar las piedras por el cantizal de la vertiente francesa le llega cada vez más lejos hasta que desaparece.

Bien pensado, ni su amigo Magí tiene la culpa de su desgracia ni es del todo cierto que la herida mortal sea consecuencia directa de un combate contra los franquistas. Él mismo se lo ha buscado por unirse a los guerrilleros. Su hermano ya se lo advirtió dos años atrás, cuando los alemanes llegaron a Sent Gironç y él tuvo que huir de Artiga:

—Si no te gusta ser campesino y quieres hacer la guerra a los alemanes, búscate algún grupo de la Resistencia o vete al maquis francés. Nunca con los guerrilleros españoles. Aquello es un nido de víboras dominadas por los comunistas de Stalin. Ahora duermen en el mismo lecho con los trotskistas del POUM y los anarquistas, sus peores enemigos durante la guerra de España. Allí andaban a la greña. Unos y otros son los principales culpables del desastre de la República y la ruina de Cataluña. Unos únicamente estaban pendientes de las consignas y de las armas de Rusia, los otros dos, con la chiquillada aquella de hacer la revolución antes de ganar la guerra... Los comunistas son los más falsos de todos. Mientras Hitler y Stalin meaban en el mismo orinal, bien calladitos que estaban en Francia. Pero ahora, desde que los alemanes han invadido Rusia, se han vuelto de golpe antifascistas. Más falsos que

el alma de Judas...

No le hizo caso. Trabajaba en el carbón para un empresario de Rimont y, viendo que la mayoría de sus compañeros de trabajo eran guerrilleros, tan pronto se formó el maquis del collado de la Crotzeta él no dudó en emboscarse. En el grupo también había catalanistas de Esquerra Republicana, como Magí, y algún que otro del Front Nacional. Además, los bosques de la Crotzeta están a un par de horas a pie de Artiga. Aquel maquis era como una república española en miniatura: pasaban más tiempo discutiendo las ideas políticas de cada grupo que planeando ataques contra los alemanes. Una mañana de finales de julio se despertaron rodeados por las tropas alemanas apoyadas por milicianos. A punto estuvieron de dejarse el pellejo. Por suerte, él conocía los andurriales de la montaña y se escabulló por la parte del Solan. No le sirvió de escarmiento: quince días después volvía a estar con ellos preparando el ataque definitivo contra los alemanes.

Después de la liberación de Sent Gironç y de las celebraciones por la victoria, volvió a Artiga convencido de haber abandonado el fusil para siempre. Su hermano y su cuñada le expusieron que, con la marcha inminente de la colonia de los suizos, deberían hacer cambios en la producción agrícola y, al mismo tiempo, tendrían que espabilarse para vender sus productos fuera. Habían pensado en criar pollos y conejos, comprar un par de vacas más y transformar toda la leche en queso. Enric se encargaría sobre todo de ir a vender los productos a Sent Gironç con una motocicleta equipada con remolque. Él aceptó de buen grado: todo lo que no fuera trabajar la tierra le parecía perfecto.

Pero el nuevo trabajo de transportista y vendedor en realidad ni comenzó. Un sábado de mediados de septiembre se encontró a Magí en el mercado y este le contó que los comunistas volvían a empuñar las armas para invadir España y que él se había planteado alistarse. Enric le explicó que había decidido trabajar con la familia, pero aun así le pidió que subiese un día a Artiga, que a su hermano también le gustaría conocer detalles de la expedición. Pocos días después el amigo comía con la familia Clotet y les exponía la operación secreta que se cocinaba en Tolosa y

Montalban. Se trataba de invadir la Val d'Aran en un ataque sorpresa. Es un valle hundido entre montañas altísimas, comunicado con España solo por la carretera del Port de la Bonaigua; por lo tanto, para evitar que llegasen refuerzos solo tenían que cortar ese acceso. Disponían de más de veinte mil hombres equipados con armas, municiones y vehículos requisados a los alemanes. De hecho, la ocupación del valle sería provisional. El objetivo era ganar tiempo para demostrar a los aliados que, sin acabar con la dictadura de Franco, Europa no sería libre. Al mismo tiempo, confiaban en provocar sublevaciones en los pueblos y ciudades de toda España. Los agentes comunistas enviados al interior aseguraban que una gran mayoría de los españoles solo esperaban una señal para levantarse contra la dictadura. Su hermano preguntó si era algo exclusivo de los comunistas o si también se habían unido otros partidos republicanos.

—Los comunistas son los que lo han ideado y lo dirigirán —dijo Magí—. Quieren que la Val d'Aran sea como su Normandía, una cabeza de puente para reconquistar España. A continuación, se han añadido muchos otros a título personal. Anarquistas, militantes del POUM y también catalanistas. —Y mostró un manifiesto que empezaba: «Ja som aquí entre vosaltres, catalans!».

Ramon, que hacía años que no veía ni una línea impresa en su lengua, quería saber qué proyecto tenían para Cataluña. El otro reconoció que los comunistas no querían la independencia de los catalanes, estaba claro. Ni la mayoría de los demás grupos tampoco. Pero en uno de los manifiestos constaba, literalmente, que Cataluña existe, y eso, aunque parezca una miseria, es mucho comparado con los franquistas, que en pocos años han hecho desaparecer del mapa nuestra nación. Su hermano insistió:

—¿Crees que realmente la operación puede tener éxito? Churchill y los americanos no se lo permitirán. Para ellos, los comunistas son peores que los nazis.

Magí no lo veía tan negro. Sostenía que, si la ocupación del valle se consolidaba, si los aliados veían que la cosa avanzaba, no les quedaría otro remedio que intervenir. Por lo menos, para controlarlo. No querrían dejar España en manos de los comunistas.

Y acabó diciendo:

—Si la operación de la Val d'Aran triunfa, habrá libertad en Cataluña y nosotros podremos volver a casa. Eso es lo que cuenta.

—Volver a casa es lo que cuenta —ponderó Ramon. Se dirigió a su hermano y le soltó—: Y tú, chaval, ¿qué quieres hacer? —Viendo que «el chaval» no sabía qué responder, añadió un comentario imprevisto—: Por el trabajo de aquí no te preocupes. Ya nos las apañaremos.

Aurora, sin embargo, tiró en sentido contrario:

—¡No te busques problemas otra vez! Tienes veintisiete años, Enric. Ya has gastado suficiente juventud por tu país y por los demás. Demasiada, incluso. Sin ti también lo harán.

Enric dudaba entre la libertad que por una vez en su vida le ofrecía su hermano o la protección maternal de su cuñada. Antes de decidirse, preguntó:

—Magí, ¿tú que piensas hacer?

Su amigo confesó que él se había alistado en una brigada especial que no intervenía directamente en las acciones militares de ocupación del valle. Que una semana antes de la invasión cruzarían la frontera por varios puntos divididos en patrullas ligeras con la misión de repartir propaganda por los pueblos y reclutar personal. Se dejarían ver en lugares fuera de la Val d'Aran como maniobra de distracción para confundir a la Guardia Civil y a los militares franquistas.

—No pienso alejarme mucho de la frontera —dijo para terminar—. Y si veo que las cosas se tuercen, vuelvo escopeteado hacia Francia.

Entonces Enric dijo que se lo pensaría, aunque de hecho ya lo tenía bastante claro. Después de oír el beneplácito de su hermano mayor, consideró que la oferta de su amigo de ir por los pueblos catalanes repartiendo folletos e incitando a los campesinos a deshacerse del yugo franquista que los esclavizaba era una ocasión demasiado tentadora para rechazarla. Y así, una noche de primeros de octubre, su batallón de la Brigada 21 cruzaba la frontera, pasaba de largo por la Val d'Aran y enfilaba el camino en cuesta del Port de Vielha. Su misión era recorrer las poblaciones pequeñas

del valle de la Noguera Ribagorzana, que discurre a caballo entre Cataluña y Aragón.

Al otro lado de la montaña se encontraron con una sorpresa increíble: en la hospedería al pie del puerto, conocida como el Hospital de Vielha, se alojaban los trabajadores que abrían el túnel que debía comunicar la Val d'Aran con España. No tuvieron ningún problema en inmovilizar a los pocos soldados que hacían guardia. Por ellos supieron que había más de doscientos obreros, buena parte de los cuales eran prisioneros republicanos que redimían su pena agujereando la montaña como esclavos. Así pues, todo aquello se les presentaba como si hubieran descubierto una mina de oro apenas iniciada la expedición y se hacían ilusiones de que en una sola noche multiplicarían por diez los compañeros del batallón. Unos rodearon los edificios de la hospedería, los establos y la ermita, mientras el resto del batallón irrumpía en los dormitorios cantando el himno de los guerrilleros de la Unión General:

Por llanuras y montañas,
guerrilleros libres van,
los mejores luchadores
del campo y de la ciudad...

La cara de asco que tenían los obreros al saltar de las literas y mientras se abrochaban las alpargatas no era de sueño, como sus liberadores en principio suponían. No habían ni acabado de repartir las hojas impresas cuando los primeros arrancaron a correr en dirección a la salida. Los compañeros del maquis que hacían guardia no tuvieron valor de disparar contra aquellos esclavos vestidos con harapos que huían aterrados hacia el bosque. No quedó ni uno en la hospedería. Él y Magí se quedaron tan afectados por el desengaño que no tenían ánimos para llenar la mochila en un almacén surtido de latas de carne, bebida y víveres de todo tipo. Porque si aquellos obreros encarcelados por sus ideas, obligados a trabajar como esclavos y sin nada que perder los habían recibido peor que si fuesen fascistas, ¿cómo los recibirían

los campesinos de la zona, los pequeños propietarios, los trabajadores con un sueldo miserable pero suficiente para vivir? Magí no se lo podía creer:

—Nos hemos dejado engañar como unos bobos.

—Larguémonos —resolvió Enric—. Regresemos a Francia.

Magí estuvo de acuerdo. Al fin y al cabo, esa era la salida que los amigos habían pactado en caso de que la cosa no pintase bien. Aun así, desertar de un ejército mandado por comunistas de la cuerda de Stalin no es tan fácil, le advirtió su amigo. Si los jefes descubrían su intención, eran capaces de fusilarlos. Incluso si lograban cruzar la frontera sin ser descubiertos, a partir de ese instante sus vidas en el sur de Francia correrían peligro. Las malas lenguas decían que los comunistas habían hecho desaparecer a militantes por el mero hecho de no estar de acuerdo con la invasión de España. Imagínate qué pueden hacer con los desertores. Entonces Enric sacó su carta más secreta, aunque guardándose de mostrársela del todo. Al menos por el momento:

—Vayamos a Suiza. Ahora, sin nazis en la frontera, será muy fácil pasar.

—Pero ¿qué haremos allí? ¿Conoces a alguien?

—A la directora de la colonia de Artiga. Trabajé para ella al principio de la guerra, cuando los suizos se instalaron en el convento. La mujer tiene un cargo importante en la Cruz Roja suiza. Nos ayudará, me debe algunos favores...

—¿Y tú a ella no le debes ninguno? —sonrió irónico—. ¿Te acostabas con ella?

—Si la hubieses conocido, no lo dirías. ¡Es una mujer corpulenta, un marimacho de más de cuarenta años!

Y, sin más dilaciones, acabó por confiarle la verdad. Le explicó que hacía tiempo que pensaba ir a Suiza para localizar a una chica alemana de la colonia que ahora debía de tener unos veinte años. La chavala le iba detrás y a él cada día le gustaba más. De un día para otro tuvo que huir a Suiza con otra amiga y la directora porque los gendarmes habían amenazado a las chicas con entregarlas a los alemanes. Hacía como un año y medio de eso y no había sabido nada más. Quería escribirle una carta, pero la nueva

directora se negó a darle la dirección. Aun así, sabiendo que vivía en Lausana, si acudía a la Cruz Roja, donde trabajaba la directora, estaba convencido de que la encontraría. Al concluir su confidencia, Magí dijo:

—Te envidio, Enric. Tú, por lo menos, tienes una ilusión. A mí, después de lo que acabamos de ver, ya no me queda ninguna. Vete a Suiza, es lo mejor que puedes hacer. Yo aún no sé qué rumbo tomaré. Por el momento, te acompaño hasta la frontera suiza. —Enseguida estableció las precauciones que debían tomar—: No tengamos prisa por escaparnos del batallón. Si ahora huimos por la montaña al otro lado de la frontera nos encontraremos con un montón de comunistas preparados para entrar en España. Esperemos a que entren ellos y, cuando estén en la Val d'Aran, aprovechamos la primera ocasión para pirarnos.

La primera ocasión se hizo esperar doce días. Después de entretenerse espantando a campesinos miserables en pueblos minúsculos de la frontera de Aragón y de renunciar a atacar el cuartel de Pont de Suert, su brigada se dirigió de nuevo a la boca sur del túnel en construcción. Pese a la estrechez de la guarida, tenían que vigilar que los franquistas no intentasen pasar refuerzos militares por ahí. Aprovecharon un encontronazo con la Guardia Civil para huir hacia lo alto del puerto y de allí hacia los pueblecitos de más abajo de Vielha. Habían cruzado el río Garona y empezaban a remontar en dirección a alguno de los pasos de montaña cuando se toparon con una unidad de artillería que desde un cerro controlaba la carretera general. Eran compañeros maquis de las tropas que habían ocupado la parte baja del valle y, por lo tanto, les habrían podido dar cualquiera excusa. Cuando oyeron, sin embargo, que entre ellos estaba el temible comisario Chumákovo, optaron por huir. No tardaron en dispararles. Mientras corrían hacia el barranco, Enric notó un golpe en el costado, y enseguida mucho dolor de estómago: una bala le había traspasado el vientre de lado.

*

Ahora la herida ya no le duele, ni nota las agujetas en las piernas, ni encuentra muy fríos los copos que le acarician las mejillas. Un dulce sueño se lo lleva muy lejos de sus infortunios, desengaños y derrotas militares... La liberación de Sent Gironç, su única victoria después de ocho años de guerras, lo compensa de todos los males sufridos a uno y otro lado de la frontera. Y se ve desfilando por el Champs de Mars con los guerrilleros de la Crotzeta, gritando consignas al lado de Magí, aclamados por la multitud que llena las calles, atascándose cada dos pasos para corresponder a las mujeres que se les echan a los brazos... Si tío Cisquet lo pudiese ver ahora, delira el moribundo. Él, que le prometía que tan pronto como se inaugurase el ferrocarril que tenía que cruzar los Pirineos lo llevaría a Sent Gironç... ¿Qué diría si ahora viese que no ha ido a comprar baratijas, sino a liberar la ciudad de los fascistas alemanes? A la entrada del Pont Vielh se ve aclamado por el grupo de chicos y chicas de Artiga, que han bajado a celebrar la victoria. Las chicas lo abrazan eufóricas, incluso la Abadesa, y cuando le toca el turno a Angela, él le estampa un beso en los labios. Ella susurra: «Señor Enric, por favor. Béseme otra vez». Y él responde: «Aquí no. Te llevaré a Tolosa y navegaremos en barco por el canal del Mediodía. ¿Hacia dónde quieres ir, hacia el Mediterráneo o hacia el Atlántico?». A la salida del puente lo espera su hermano con Aurora y los niños. Toda la familia Clotet ha bajado a felicitarlo. Su sobrino preferido, su ahijado, a quien puso el nombre del héroe Rafael de Casanova, le pide el fusil. Él se lo saca de la espalda y le dice: «Ten, guárdalo, Rafel. Cuando seas mayor lo necesitarás...».

En la montaña ha comenzado a nevar con ganas. Los copos que al principio le respetaban la piel han acabado por cubrirle las manos y la cara. Este invierno prematuro de finales de octubre será largo, muy largo. Sobre todo en esa vertiente sur de los Pirineos.

44

LIBRO DE SAMUEL SILVERSTEIN XII

La noche del 23 de octubre de 1944, una expedición formada por poco más de trescientos judíos refugiados en Barcelona abandonó la ciudad en vagones de tercera clase de un tren especial con destino Cádiz. Fue un viaje largo y pesado, con continuas inspecciones de la policía y una parada interminable en Madrid, donde subió un segundo grupo de refugiados, la mayoría prisioneros liberados del campo de concentración de Miranda de Ebro. Samuel acompañaba al grupo de evadidos de Artiga, salvo Daniel Grüpner, quien días atrás se había embarcado hacia los Estados Unidos de América. Los chicos se habían mezclado con otros jóvenes del vagón y cantaban, dormían o metían bulla. Él como si viajase solo. Sentado en un banco de listones de madera que se le clavaban en la espalda peor que el cajón de *colporteur*, atravesó las mesetas amarronadas y desérticas de Castilla, al lado de Fagja y de su marido, que hablaban de sus proyectos.

Llegaron a la ciudad del extremo sur de España muertos de cansancio después de soportar más de treinta horas de viaje, pero a la vez contentos al comprobar que el barco Guiné los esperaba amarrado en el puerto. De madrugada, una vez que hubieron embarcado todos los pasajeros, se despidieron de España en un acto sencillo y emotivo organizado por el consulado británico de Cádiz. Aparte del cónsul, intervinieron Fagja Rabinovitsh y Samuel Sequerra, que también había viajado en el convoy. Los tres pronunciaron palabras de recuerdo de las penalidades del pueblo judío, de apoyo a la lucha por la justicia y la libertad, y de

agradecimiento a la Joint que los había acogido y había organizado la expedición. El acto se cerró con el izamiento solemne de la bandera de la estrella de David mientras los viajeros entonaban, en una Babel de lenguas europeas, el himno del nuevo Israel. Samuel cantó en francés con voz fuerte y clara como en los días de fiesta:

Mientras en lo hondo del corazón
lata un alma judía,
y encarados hacia el Oriente
con los ojos vislumbre Sion,
aún tendremos esperanza...

Le gustaba especialmente el *Hatikva* porque ni la letra ni la música tenían aires de marcha militar como los himnos de las viejas naciones de Europa. El hombre estaba convencido de que una antigua canción de amor conocida como «La Esperanza» era el mejor augurio para un nuevo país que en el futuro debía ser modelo de paz, de libertad y fraternidad entre los diversos pueblos de la tierra.

Se instaló en un camarote con Philippe y los demás chicos de Artiga; a las hermanas Estruga las habían puesto con dos chicas belgas. Al camarote solo se retiraban a dormir; en lo mejor del día el grupo se reunía en el puente de cubierta. El tercer día de viaje, cuando habían dejado atrás la escala de Gibraltar y, por fin, el molesto mareo de los primeros días, el barco avanzaba fatigosamente sobre las aguas tranquilas del Mediterráneo. Samuel observaba complacido a sus jóvenes medio tumbados en el maderamen de cubierta mientras pensaba: «He aquí cinco gavillas tiradas en la era a punto de soltar el fruto». Y lamentó una vez más el par de gavillas que había perdido por el camino. Le dolía especialmente la pérdida de Daniel, una de las gavillas que consideraba más granadas y que se le había desviado hacia América. La otra, la chica risueña y un poco alocada que, en el último momento, había llegado de Suiza y que había querido quedarse en Barcelona, habría alegrado al grupo. Aportar a la Tierra Prometida el grupo de los siete jóvenes de Artiga habría sido

sin duda un obsequio más completo.

En el momento de girarse, vio de reojo a un individuo que los estaba observando. No era la primera vez que lo sorprendía espiándolos. Era un joven de cabello castaño, de veintipocos años y cuya cara le recordaba a alguien, si bien, por mucho que se calentase la sesera, no lograba averiguar su identidad. Juraría que era una persona de quien guardaba un buen recuerdo, y como en el barco solo iban judíos, podía ser alguno de los confinados de Aulús, o quizá un judío de los que había conocido en Tolosa. Resolvió que la próxima vez que lo viese se daría a conocer.

Sin embargo, cuando volvió a verlo no tuvo ganas de saludarlo. No hacía mucho rato que se habían acostado y estaba adormecido en la litera cuando oyó medio en sueños que alguien gritaba su nombre: «¡Samuel! ¡Samuel!». Él golpeó con los nudillos de los dedos la litera del techo murmurando:

—¿Me has llamado, Philippe?

El chico dormía como un tronco. Pero Levy, desde la litera superior del otro lado, refunfuñó que Helmut había salido a fumar a cubierta y que se habían oído gritos. Se calzó en un santiamén, se echó sobre los hombros una manta y salió al pasillo en dirección a la escalera. Al asomar la cabeza en la noche fría de cubierta, entrevió a dos individuos peleándose cerca de la barandilla. Uno de ellos gritaba maldiciones en alemán:

—¡Nazi criminal! ¡Puerco de mierda! ¡¡Te mataré!!

Era Helmut. Y de inmediato reparó en que el chico tenía las de perder, dado que se encontraba al otro lado de la barandilla, a punto de caer por la borda. Protegido por la penumbra y el rumor del mar, Samuel fue acercándose al agresor por la espalda y, de golpe, se le echó encima. Era el tipo que los espiaba en el barco. A pesar de ser más joven y corpulento que él, pudo tumbarlo en el suelo, momento que Helmut aprovechó para volver a cubierta y ayudarlo a reducirlo, mientras seguía gritando:

—¡Nazi criminal! ¡Puerco de mierda! ¡Arrojémoslo al mar!

Entre los dos lo arrastraron por el maderamen mojado y, a fuerza de empujones, de golpes y de patadas, intentaron tirarlo por la borda. No lo consiguieron del todo. El agresor quedó colgado

por fuera del casco, con los puños agarrados al barrote inferior de la barandilla, mientras resoplaba y decía en francés:

—Tú mataste a mi amigo en los Pirineos... Y lo mutilaste.

Entonces Samuel reconoció su voz y el acento extranjero: era un militar alemán del destacamento Beauregard, un chico educado que le compraba postales de los Pirineos en el mercado de los sábados. Pensó que se trataba de un error, que estaba equivocado y le dijo:

—Se confunde de persona. Mi compañero no ha matado a nadie.

—¡No se confunde, no! ¡Me cargué a ese podrido nazi! ¡Puerco de mierda! ¡No te quedarás conmigo!

Entonces el alemán dijo:

—Usted es el *colporteur* de Sent Gironç. Lo vi en Barcelona. Su chico mató a mi amigo. A traición, por la espalda... Mi amigo salvó a un niño judío...

Samuel no entendía nada. Iba a decirle a Helmut que dejase de pisotearle los dedos con la suela del zapato, que antes quería esclarecer qué había pasado, pero no llegó a tiempo. De pronto, Helmut le arreó una patada en medio de la cara que desenganchó del hierro al alemán y lo hizo desaparecer por el precipicio del mar. Asomados a la barandilla de popa, vieron, en la claridad tenue del barco, que su cuerpo emergía de la espuma y braceaba desesperadamente, como si intentase desafiar la velocidad de los motores. Poco después su cabeza desaparecía en la oscuridad de las olas. Mientras tanto, iban acudiendo algunos pasajeros atraídos por el barullo de los gritos y los golpes. Cuando Samuel vio que se acercaba un guarda de seguridad le susurró a Helmut que ya hablaría él:

—¡Tú no digas nada, que vas a meternos a todos en un compromiso!

Samuel le contó al policía que un pasajero se había arrojado al mar, que él y el chico, tras pillarlo cuando estaba a punto de saltar, habían intentado inútilmente hacerlo desistir. Después tuvo que repetir la misma versión de los hechos delante del capitán y los representantes de los diferentes grupos y familias de la

expedición. Se lo tragaron sin hacerle muchas preguntas. Según dijeron, se trataba de un individuo solitario, un judío ucraniano de veinticuatro años que había subido al tren con el grupo de Madrid y al que nadie conocía.

Pasada la medianoche, volvieron ambos al camarote, donde encontraron a Philippe y a Levy durmiendo como marmotas. Helmut, que hacía rato que no había abierto la boca, la abrió para despertarlos y enseguida se dispuso a contarles la proeza que había protagonizado durante la huida por los Pirineos.

—¡Me he cargado a otro nazi! —proclamaba eufórico a sus compañeros—. ¡Aquel cerdo que se escapó!

Y se dirigió a Samuel para revelarle cómo había matado al primero en una aventura que el grupo de evadidos había jurado mantener en secreto mientras estuviesen en España. Philippe empezó el relato de los hechos. El tercer día de su escapada caminaban por la montaña muertos de cansancio y de sueño cuando, de repente, él, que iba solo delante y con el paladar en el bolsillo para respirar mejor, se topó con una patrulla de tres alemanes. No había tenido tiempo de dar la alarma con el silbato. Le pidieron los papeles y, al comprobar en el carné que era judío, el capitán ordenó que lo matasen allí mismo. El soldado le apuntaba con el fusil, ya se daba por muerto y cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir seguía apuntándole con el fusil, que le temblaba en las manos, y no se decidía a disparar. Como si tuviese miedo. Entonces el capitán le gritó, y el soldado giró de golpe el cañón y le disparó. Philippe no vio nada más. Los soldados le decían a gritos que se fuera y él arrancó a correr, y zigzagueó por si le disparaban por la espalda.

—Y aquí entro yo —exclamó Helmut—. Era yo el que iba al frente. Y mucho más avanzado que tú. Llego a lo alto de la montaña que estábamos ascendiendo y oigo voces que se acercan por el otro lado. Es una patrulla de tres alemanes. Me escondo detrás de unas rocas de la cima, no tengo otro remedio. Los alemanes pasan de largo a pocos pasos de donde yo estoy. Los voy siguiendo de lejos. Para que no me descubran, avanzo de roca en roca dando pequeñas carreras. En la última roca veo que te gritan

el alto. Y después veo que el soldado dispara contra el capitán. Los otros dos discuten qué deben hacer con el cadáver del capitán. Deciden arrojarlo al estanque. Se descargan las armas y las mochilas, y las dejan en el suelo. Cuando veo que lo arrastran por la nieve, allá que voy y cojo una metralleta. La del soldado que no había disparado, claro, que está cargada. Apunto al que tengo más cerca y me lo cargo. Apunto al otro y, mierda, la metralleta se atasca. Era el mismo de esta noche. Puerco nazi, me ha seguido el rastro hasta aquí.

Samuel les comentó que lo conocía de los sábados en el mercado; era un militar con galones de cabo que le compraba postales; parecía un buen muchacho. El hombre no se vio con ánimos de contar nada más. Como le incomodaba haber participado en la muerte del alemán, dio por acabado el asunto:

—¡Vamos, chicos! A dormir, que ya es muy tarde.

Pero Helmut tenía más cosas que contar:

—Espera, que falta el mejor plato. Los degollé a ambos. Primero al capitán, después al soldado. Igual que David a Goliat.

—Y yo les corté el prepucio —saltó Levy—. Y después se los ofrecimos a Yavé Sabaoth.

Philippe no quería ser menos que sus compañeros:

—Y al día siguiente los desnudamos del todo. El uniforme y los zapatos; la comida, las mochilas y las cosas que llevaban, lo cogimos todo. Luego los enterramos con piedras. Suerte tuvimos, con sus provisiones y abrigos pudimos aguantar tres días en el refugio. —Alargó el brazo mostrándole el reloj de pulsera—. ¿Qué te creías? Que lo había robado, ¿verdad? Pues, no. Lo llevaba uno de los muertos. ¿No nos felicitas? ¿Qué te parece nuestra aventura en los Pirineos?

—Os felicito, chicos —susurró Samuel—. Fuisteis muy valientes. Y ahora deberíamos dormir un rato.

El hombre no pudo pegar ojo en toda la noche. Sus jóvenes, cuya malicia hasta entonces desconocía, roncaban en la litera mientras él, desvelado, no paraba de dar vueltas en la cama, pensando todo el tiempo en los dos alemanes que Helmut había matado, el de la montaña y el del mar. Desde el asesinato de su

familia en la carretera de Orleans había soñado con matar a un nazi. No lo ocultaba; no tuvo escrúpulos en confesárselo al profeta Marcel el día en que este le comunicó que la Armée Juive había empuñado las armas. De todos modos, el nazi de su fantasía era un militar de rostro indefinido que pilotaba un cazabombardero, o bien un oficial de las Waffen SS, con la calavera en la gorra y la mirada gélida, o bien un agente de la temible Gestapo que torturaba hasta la muerte en la Mosquée de Sent Gironç. No se habría imaginado nunca que a un soldado alemán, obligado a disparar a sangre fría contra un niño con la cara deformada, le pudiese temblar el pulso, que al final tuviese el coraje de matar a su superior. Y que, gracias a este acto heroico de rebeldía, Philippe y el grupo de Artiga habían podido llegar sanos y salvos a España. Y he aquí que el amigo de este soldado valiente era un joven amable y educado. Una vez le había pedido estampas de un macizo de los Pirineos conocido como Maladeta, donde, según dijo, se encuentra la montaña más alta de la cordillera... Colgado de la barandilla de cubierta, en ningún momento les había implorado clemencia, como si hubiese acosado a Helmut durante meses solo para recriminarle que había matado a su amigo a traición y había mutilado el cadáver... Una persona así no podía ser malvada de ninguna manera. Y él no solo había tomado parte activa en su asesinato, sino que después había elogiado al asesino. Solo de pensarlo le repugnaba.

*

Una semana después de estos hechos, los pasajeros de la expedición desembarcaban en el puerto de Haifa, donde los esperaba una representación de la Agencia Judía, el Gobierno oficial judío del protectorado británico. La mayoría, entre ellos Samuel y el grupo de Artiga, fueron internados en barracones en el campamento de Atlit, un campo de concentración controlado por los ingleses. Era el alojamiento provisional de los judíos recién llegados a Palestina antes de su destino definitivo. El trabajo colectivo en una comunidad agrícola, conocida como «kibutz», era

el destino más apropiado para aquella familia peculiar formada por un viudo de más de cincuenta años y cinco jóvenes que querían vivir juntos. Cuando la agencia les mostró las varias opciones que tenía disponibles, Samuel dejó que fuesen los chicos los que escogiesen la modalidad de kibutz y el lugar donde instalarse; al fin y al cabo, el futuro era más de los jóvenes que de él.

Pasada la fiesta del Janucá se trasladaron a un kibutz en construcción situado a cien kilómetros al sur de Haifa y que hasta ese momento estaba formado por unas setenta familias llegadas de todas las naciones de Europa. Era un kibutz fortificado, de frontera, que los fundadores habían erigido encima de una loma a las puertas del desierto del Néguev. La población más próxima, conocida como Beerseba, se encontraba a dos horas largas de camino. Sin embargo, al estar habitada por árabes, en lugar de ir allí a vender los productos de su cosecha y comprar lo que les hiciera falta, se tenían que defender de ellos. Los chicos estaban encantados por la elección. Tan pronto como saltaron de los camiones, Helmut se puso a inspeccionar la fortaleza de los muros exteriores de ventanas altas; Rachel seguía a un grupo de mujeres que los habían recibido, curiosa por conocer las habitaciones nuevas en las que debían instalarse, mientras Philippe y su amiguita desaparecían dentro del túnel que se había comenzado a excavar para la construcción de un refugio subterráneo. El viejo Samuel, que a pesar de haber viajado en la cabina se había hartado de respirar polvo, se quedó un momento al lado de los vehículos para sonarse los mocos por última vez. Observando aquella extensión abrumadora de ondulaciones terrosas, pelada de vegetación, pensó que el mundo asolado por el diluvio que encontró Noé al salir del arca debía de ofrecer un panorama semejante. Levy Keller estaba a su lado hojeando un libro:

—¿A que te gusta este lugar, Samuel? Lo elegí yo. Aquí es donde Abraham hizo un pacto con el filisteo Abimelec. Después de plantar un árbol, se quedó aquí a vivir.

—¿Qué árbol era?

—Un taray.

Era la primera vez que Samuel oía este nombre. El taray es un

arbusto esmirriado propio de tierras arenosas que proyecta una sombra delgada y no da fruto. Ciertamente, la región del sur de la tierra de Israel era un terreno desértico que no rezumaba leche y miel precisamente. Lo primero que hacía falta era que rezumase agua. Para lograrlo, viejos y jóvenes debían trabajar de sol a sol excavando pozos, abriendo canales de riego, construyendo balsas y depósitos. A pesar de su edad, a Samuel no le preocupaba lo más mínimo tener que sudar encima del asiento de hierro del tractor.

Durante las largas tardes de invierno, los hombres se reunían para discutir sobre la situación política del país. Eran muy pocos los sensatos que defendían la convivencia pacífica con las autoridades británicas, a la espera de que acabase la guerra en Europa y se negociase con ellos la independencia y la creación del Estado de Israel. A pesar de que en aquel batiburrillo de lenguas se le escapaban muchos matices, Samuel compartía en general la opinión de los pocos ancianos de la comunidad que sostenían ante los jóvenes la idea de que, sin la ayuda de los ingleses, los judíos no tenían nada que hacer. Les advertían:

—El día que los ingleses se vayan, los moros nos arrojarán a todos al mar.

No obstante, este tipo de sanedrín no tenía ninguna autoridad en aquel Israel embrionario. La mayoría de los jóvenes y no tan jóvenes del kibutz eran una pandilla de exaltados con prisa por empuñar las armas contra los colonialistas opresores. A Philipe y a los demás les faltó tiempo para alistarse al Irgún, el grupo armado más radical que luchaba con el objetivo de expulsar a los ingleses. Por la tarde dejaban la azada y cogían el fusil para hacer ejercicios de tiro. Al anochecer, al viudo francés le entraban todos los males. Los días que no había asamblea ni ninguna celebración especial, vagaba de un corro al otro del local social como una cabra loca: los viejos no entendían su lengua y los jóvenes que le entendían las palabras vivían en otra época.

Estando en esta situación, el hombre tuvo tiempo y ganas de escribir a Lucienne una carta muy larga, llena de anécdotas divertidas y chocantes que escogió de toda la retahíla de trances, disgustos y desencantos vividos desde que había abandonado Sent

Gironç. En el último punto de la carta osó hacerle una propuesta, aun sabiendo que ella probablemente rehusaría. Decía lo siguiente: «Ya sé que no eres mujer de misas ni de curas, pero existen personajes históricos que son importantes más allá de las creencias de cada uno. Quiero decir que si tienes curiosidad por visitar los lugares antiguos donde vivieron los profetas y los reyes de Israel y el mismo Jesús de Nazaret, ahora tendrías un guía para acompañarte. En esta "Tierra Santa", como la llamáis los cristianos, el invierno es benévolo y soleado. Como a finales de invierno debo ir a Francia para liquidar las propiedades de Lille, haríamos juntos el viaje de vuelta». Más abajo le indicaba los trámites que debía hacer para embarcarse en un barco que a finales de enero zarpaba de Marsella con dirección a Beirut. La respuesta de Lucienne no se hizo esperar. Le exponía la situación de los niños acogidos, lo informaba de que por las mañanas trabajaba en una panadería y, por lo que se refería al viaje turístico a Palestina, le venía a decir que a ella en la Tierra Santa de los cristianos no se le había perdido nada.

Avanzado el mes de febrero, Samuel recibió otra carta, esa procedente de una autoridad de la Agencia Judía de Tel Aviv, un rabino llamado Jacob Lavitte. Al abrirla comprobó con perplejidad que se trataba del profeta Marcel. Más que por el hecho de que hubiese ido a Palestina o que lo reclamase para un «encargo importante», no le cabía en la cabeza que el hombre que en Tolosa censuraba a los rabinos, tildándolos de colaboracionistas con el ocupante, se hubiese convertido en uno de ellos. Sospechó que la decisión no se debía a cambios de criterio o de creencias personales, sino a alguna estrategia para ganar puntos entre sus rivales políticos de la agencia.

Unos días más tarde, Samuel se entrevistaba en un edificio nuevo de «la ciudad blanca» de Tel Aviv con un rabino elegante cubierto con sombrero negro y que llevaba gafas gruesas y una barba de siete semanas, a contar justo desde el día en que había desembarcado en Haifa. La barba creciente suavizaba las arrugas y asperezas de su rostro. El flamante rabino le anunció la creación urgente por parte de la Agencia Judía de una red de transporte que

debía comunicar las poblaciones y colonias hebreas dispersas por todo el territorio. Para sacar adelante el proyecto necesitaban a una persona como él, con experiencia en vehículos de motor y en transporte de mercancías. Para comenzar, habían adquirido de los ingleses una docena de camiones dados de baja por el ejército.

Samuel se temió que la urgencia y la categoría del cargo le impedirían hacer el viaje a Francia que él tanto esperaba:

—Me siento viejo y fatigado —dijo—. Este año cumpliré cincuenta y cinco.

El otro contestó:

—Estás en la flor de la vida. Piensa que Noé, cuando acabó el diluvio, tenía más de seiscientos y aún tuvo humor para plantar una viña. Incluso pudo probar su fruto transformado en vino. Y muy contento que se puso.

—Me cansa conducir —concretó Samuel—. Hoy para venir del kibutz con el camión he terminado exhausto.

—Tranquilo, que tú solo conducirás por el mapa. Tendrás la oficina aquí al lado, luego te la enseño. Comenzarías el mes entrante.

El viejo conductor de camiones tuvo que confiarle la excusa más consistente de su negativa:

—Tan pronto no puedo. He de volver a Francia para recuperar las propiedades que tuve que abandonar en Lille, te lo dije en Tolosa la última vez que nos vimos. Necesito el dinero, en estos años me he gastado toda la herencia familiar.

—Déjalo correr, por el dinero no tienes que preocuparte.

«Por mucho que insistas, no me lo impedirás», se propuso Samuel. Enseguida desplegó razones personales más poderosas que el dinero. Argumentó que, si él no reclamaba personalmente las fincas, se las quedaría el Gobierno francés y no le daba la gana regalar ni un céntimo a un país que no lo había protegido, ni a él ni a su familia, y que después no lo había reconocido como ciudadano y había entregado miles de familias hebreas a los verdugos alemanes. Además, con las prisas de acompañar a los chicos a Israel, no había tenido tiempo de despedirse de parientes y de amigos. Al fin y al cabo, el viaje era cosa de un mes y medio,

dos a lo sumo. El rabino acabó cediendo a regañadientes:

—Entendido; haz el viaje que tienes pendiente y te espero a mediados de abril.

Para rebajar la tensión, Samuel llevó la conversación hacia el conflicto político de Palestina. El rabino no tardó en sacar el ejemplo bíblico de las espadas y las rejas:

—A los judíos nos ha llegado la hora de forjar las espadas en las rejas del arado y ponernos a sembrar la paz. No aún todas las espadas. Hemos de reservarnos una partida para la lucha contra los filisteos.

—¡Contra los árabes, está claro! —intervino Samuel sin temor a equivocarse. Los soldados ingleses que se había encontrado en la puerta custodiando el edificio y el encargo de los camiones militares le confirmaban que ambos compartían la misma postura.

Pero el exdirigente del Armée Juive discrepaba:

—No está claro que los moros sean nuestros únicos filisteos. No podemos fiarnos tampoco de los ingleses... Pero, en fin, hoy por hoy tenemos unos enemigos peores, los terroristas del Irgún. A estos los tenemos dentro de casa, por eso nos pueden causar más daño que los moros e ingleses juntos.

Samuel no salía de su asombro. Mira por dónde, el profeta que meses atrás se exasperaba al ser tildado de terrorista por los alemanes y los franceses de Vichy, ahora lanzaba el mismo insulto a los jóvenes de su raza que luchaban por los mismos ideales que él. Se calló por no comprometer a los jóvenes del kibutz y también porque ya tenía ganas de tocar la cuestión que peor le sabía del falso profeta de Tolosa:

—Sabes que me resulta extraño verte vestido de rabino. Imagino que debes de haber hecho las paces con Dios.

—¿Hacer las paces, dices? ¡Lo que soy yo, nunca he hecho la guerra al Dios de Israel! En Tolosa no tenía mucho tiempo de levantar los ojos al cielo, es cierto. Las desgracias de mis hermanos eran dramáticas y requerían actuar con urgencia.

—Me dijiste que el Altísimo no estaba dispuesto a ayudarnos y que lo dejásemos en paz de una vez. —Y le repitió las palabras que él no había olvidado—: Me dijiste que Dios no nos escuchaba,

que dormía la siesta.

El rabino Jacob Lavitte soltó una carcajada estridente:

—¿Eso te dije? Pues ahora toca despertarlo de la siesta. Tú también, Samuel. Tú también tendrás que reconciliarte con el Altísimo.

—Yo no sé quién es este Altísimo. A mí no se me ha manifestado nunca.

El otro recitó con solemnidad el argumento del libro de Judit:

—Si no puedes llegar a las profundidades del corazón del hombre, ni comprender las ideas de su entendimiento, ¿cómo quieres averiguar quién es Dios, que ha hecho todas estas cosas, y llegar a comprender su inteligencia y abarcar su pensamiento?

—Es que no quiero averiguar cómo es Dios —aclaró Samuel —. No tengo ningún interés en conocer a un Dios que se echa a dormir mientras sus criaturas, la raza que él se había comprometido a proteger, son exterminadas en las cámaras de gas y reducidas a cenizas en hornos crematorios. Si de verdad existiese un dios así, sería un monstruo.

El rabino dejó de acariciarse la barba incipiente, suspiró y le soltó el siguiente discurso:

—Te entiendo, Samuel. Hoy por hoy no cuesta mucho ser ateo, es la conclusión más razonable a la que llega cualquier persona con dos dedos de frente. La ciencia y la razón nos han traído a este punto. «El espíritu del tiempo», como dicen los alemanes. Los ciudadanos de países civilizados se lo pueden permitir; los judíos no. Nosotros aquí tenemos que construir una nación, no una facultad de Filosofía. Y tenemos que construirla con las multitudes que acuden de todas partes de la diáspora. ¿Con qué vínculos piensas cohesionar todo este cascajal que ha de constituir los cimientos de Israel? Aparte de armas y de dinero, necesitamos dos cosas básicas, del todo indispensables. Una es la lengua. El hebreo tiene que ser la lengua única con la que todos nos entendamos. La otra es la tradición, las creencias y los rituales religiosos que incluye, evidentemente, la renovación de la alianza con el Dios de Israel. Piensa que para fundar una nación es más efectiva la sinagoga que el Gobierno y el Parlamento. Cuando

acabe la guerra en Europa, los ingleses se retirarán de Palestina, de Siria, de las colonias árabes que nos rodean. Muchos de los ideólogos árabes han estudiado en Londres, son más ateos que las barbas del mismo Karl Marx. Pero ¿sabes qué han comenzado a hacer para exaltar a sus dirigentes contra el Gobierno colonial? Han despertado a su dichoso Alá. Dentro de cuatro días, cuando los ingleses se hayan ido, los moros atacarán vuestro kibutz invocando a Alá y su maldito profeta. ¿A quién invocaréis vosotros? ¿A la momia de Lenin?

Samuel se negaba a comportarse como un hipócrita:

—Me liberé del yugo de la Torá y no pienso cargar de nuevo con él. ¡No me gusta hacer comedia!

Entonces el rabino, más lúcido y convencido de su misión terrenal, lo atacó por el flanco que él menos esperaba:

—¿Y qué has hecho en estos años en Francia sino comedia? Te has dado un hartón de andar por pueblos de mala muerte haciéndote pasar por *colporteur*. Imagino que no lo hacías por gusto, que en lugar de cargar a la espalda con un cajón del tiempo de Adán hubieras preferido ir repantigado al volante del camión. Vamos, Samuel, ahora nos toca hacer este sacrificio. Tampoco es tan grave. Al fin y al cabo, tú solo tendrás que cambiar el cajón de madera por el arca de la alianza. —Tras una pausa continuó diciendo—: Cuando vuelvas también deberás cambiarte el nombre. El nombre que te va bien es «Israel», el sobrenombre de Jacob. En hebreo significa «aquel que lucha con Dios». Tú también luchaste con Dios la noche en que huías de casa cuando los alemanes mataron a tu familia. Y lo mismo que a Jacob, muy bien se te puede decir que en aquella ocasión también tú le ganaste.

Samuel Silverstein no captó si lo decía en serio o le estaba tomando el pelo.

*

Dos semanas después del encuentro en Tel Aviv, Samuel comunicó al comité ejecutivo del kibutz su intención de viajar a Francia para reclamar la propiedad de sus fincas en Lille requisadas por los

nazis y ponerlas a la venta. Inició, pues, los trámites legales del viaje, adquirió el billete y envió una carta a Lucienne anunciándole su visita. La mañana de la partida solamente las hermanas Estruga se encontraban en el kibutz. Philippe y sus compañeros de Artiga habían salido al despuntar el día a trabajar en una zona lejana del desierto. Le supo mal, claro está, no poder despedirse del chico al que consideraba como su hijo adoptivo, y eso que el hombre ignoraba entonces que no lo volvería a ver nunca más.

Avanzado el mes de marzo desembarcaba en Marsella. Reservó el pasaje de vuelta para finales de abril y cogió el primer tren en dirección a Lille, la capital del departamento del Norte de donde lo habían arrancado los alemanes cinco años atrás. La vivienda familiar y el almacén se encontraban en un estado lamentable de saqueo, suciedad y abandono. Los asaltantes se habían llevado los muebles, el material del almacén y del despacho, cualquier cosa que pudiese tener valor. Sin embargo, por lo menos habían respetado las paredes del interior y los cierres de las puertas y las ventanas. El empleado de la oficina ministerial encargada de atender a los prisioneros de guerra y otras víctimas de la deportación y del exilio no acababa de creerse que aquel hombre robusto, con cara de no haber pasado hambre, fuera un ciudadano de Lille de origen judío que cinco años atrás había huido de los nazis. Una vez consultados los documentos, no hubo ningún problema legal para que se le reconociese la propiedad de los inmuebles. Cuando ya lo despachaba, Samuel reclamó también una indemnización por los muebles y objetos desaparecidos. El funcionario frunció el ceño, después se deshizo de él diciéndole que presentase una lista de todo el material desaparecido, aunque seguramente no serviría de nada. Samuel, que mientras esperaba su turno había observado el trato afable y benevolente que el funcionario había dispensado a sus predecesores, sospechó que el hecho de ser judío podía perjudicarlo. Se temió, pues, que en este asunto las nuevas autoridades de Francia no habían cambiado mucho.

Con todo, Samuel volvía a sentirse francés de pleno derecho y, al lado de sus conciudadanos, que seguían por la radio y por los

diarios el derrumbe de Alemania, el hombre daba palmadas de contento. Puso a la venta sus propiedades y, mientras esperaba a que apareciese algún comprador, se alojó en el hotel, donde se deleitaba leyendo que los rusos por un lado y los aliados por el otro acorralaban a los alemanes, cuyas tropas retrocedían en desorden en todos los frentes. Desde que los rusos habían liberado el campo polaco de Auschwitz y se habían descubierto las atrocidades de los nazis, se le había apagado la comprensión que él un día había sentido por el comandante Piersig y la piedad por los dos muchachos de la flor de nieve en la gorra a los que Helmut había matado. Asesinar a sangre fría a miles de personas (ancianos, mujeres y niños) gaseándolos como a langostas y después quemarlos en hornos industriales para que no quedase ni rastro de ellos era una crueldad nunca vista bajo la cúpula celeste. Incluso el filisteo más sanguinario se avergonzaría de ello.

Nadie sabía darle razón de sus viejos amigos o conocidos en la ciudad. Sus comercios se veían abandonados y sus pisos estaban vacíos o bien ocupados por otros inquilinos. Fue a buscarlos al hospital donde, según le indicaron, se recuperaban los escasos supervivientes de los campos liberados del este. De la lista de internados que le mostraron, reconoció a dos. La enfermera encargada de la sala lo previno de que ambos tenían heridas internas graves:

—¿El corazón, los pulmones? —preguntó él.

—Peor. Heridas que no se detectan con el estetoscopio ni en la pantalla de rayos equis.

El primer convaleciente había sido contable del banco de confianza en el que la familia Silverstein depositaba sus ahorros. La enfermera le advirtió que tuviera cuidado, que era un paciente con arrebatos agresivos. La policía municipal lo había pillado destrozando las flores de una jardinera en la plaza del Ayuntamiento. Cuando Samuel lo vio pensó que se había equivocado de enfermo. Aquel cráneo rapado, solo piel y hueso, descansando sobre la almohada no tenía nada que ver con el joven de cara saludable que le sonreía al otro lado del vidrio de la ventanilla. Las manos de dedos regordetes que contaban billetes

con destreza se habían convertido en unas garras esqueléticas que sobresalían del espesor de las mantas. El frío que había sufrido en los campos de la muerte había sido tan intenso que se le había metido hasta el tuétano de los huesos y no había suficientes mantas en el mundo para calentarlo. Samuel intentó calmarlo:

—La tormenta de hielo ha sido muy larga, señor Neumann. Lo ha sido para todos. Pero ya ha parado. —El otro no reaccionó. Se agarraba al embozo de la sábana con las manos crispadas, receloso de que quisiera quitarle la ropa—. Todos hemos sufrido mucho, tenemos que ayudarnos unos a otros.

El hombre abrió unos ojos de rana:

—¿Lo dices en serio, que quieres hacerme un favor?

—Claro. Por eso he venido.

El enfermo le indicó con un gesto que se acercase, levantó un poco la cabeza y susurró:

—Ve al cuartel de los gendarmes y préndele fuego. ¡Una buena hoguera, más alta que la catedral!

Pasó a otro enfermo, un comerciante de sombrerería, cliente habitual de su empresa de transportes. Este había intentado suicidarse porque se sentía culpable de haber dejado a su mujer y a sus hijos abandonados en Lille, pese a que había sido hecho prisionero por los alemanes y, por lo tanto, poco habría podido hacer para salvar a su familia. El hombre había resistido tres años de trabajos forzados en el muro del Atlántico y diez meses en el campo de concentración de Auschwitz. Samuel le contó su desgracia confiando en que le serviría de consuelo:

—Había ido a buscar gasolina cuando el avión lanzó la bomba. Aunque no me hubiese movido del camión, no habría podido hacer nada por ellos. Igual que tú. Hemos sobrevivido para recordarlos. Debemos vivir...

El otro le cortó:

—¡Todo eso tuyo no vale un carajo! Tú no has estado en los campos de la muerte. No sabes que este mundo vuestro es falso. Yo he vivido en el mundo verdadero. Y es espantoso. No se puede explicar con palabras.

«¿Cómo es posible que no se pueda explicar con palabras?», se

preguntó Samuel. Pero no insistió. Poco podía imaginarse que para entender el infierno que habían sufrido millones de ciudadanos de su raza era necesario un nuevo lenguaje. Y no se empezaría a entender (y solo en parte) hasta pasados muchos años, cuando palabras como «holocausto», «exterminio», «cámara de gas», «convoy número tal», «crímenes contra la Humanidad» y muchas otras adquirirían un nuevo significado, desconocido hasta entonces.

Abandonó el hospital más compungido que si volviese del funeral de un niño. Por el recepcionista del hotel supo que la vieja sinagoga de la calle Auguste Angellier resistía en pie, que los alemanes la habían utilizado como almacén. Aquel sábado se dejó caer por allí con la esperanza de que acudiese algún superviviente sano, o por lo menos con heridas más leves y visibles que las de los internos del hospital. La encontró cerrada. Aun así, se alegró de ver que los muros de piedra, las columnas y el gran vitral del monumento continuaban enteros y exhibían la leyenda en hebreo, extraída del Génesis, que coronaba el portal de entrada: «Este lugar es la casa de Dios y esta es la puerta del cielo».

Acurrucado en una de las monumentales columnas de la portalada había un hombre enjuto de cara y de aspecto descuidado y miserable. Samuel le preguntó si era judío, si había estado prisionero en los campos de los alemanes, si había pasado frío, hambre, suplicios de todo tipo, y el hombre respondía asintiendo con leves movimientos de cabeza. Finalmente, cuando le preguntó si había ido para la celebración del *sabbat* y lo había encontrado cerrado, él murmuró con voz quejosa:

—No puedo entrar. Tengo que quedarme fuera. Soy una bestia.

El viudo Samuel dijo que todos los hijos de Adán habían sufrido castigos inhumanos, penalidades de todo tipo, él también, pero, a pesar de todo, los que habían sobrevivido seguían siendo personas y como tales debían comportarse. El miserable reaccionó gritando:

—¡Soy una bestia, cojones! ¿Tú tampoco te lo crees, eh? — Caminó a cuatro patas hasta unas matas de malas hierbas que

crecían en las grietas de la calle; las arrancaba con los dedos sarmentosos, se las metía en la boca y balbucía con los labios embadurnados de saliva verde—: ¿Ves como soy una bestia? ¿Todavía no te lo crees? —Se desabrochó el botón del puño y se remangó la camisa mostrándole un número de cinco cifras tatuado sobre una piel pálida—. ¡Aquí lo dice muy claro que soy una bestia!

Samuel no se sintió capaz de contradecirlo. Ciertamente, los prisioneros a quienes la espada de los nazis había perdonado la vida habían sufrido una metamorfosis espantosa. Dejó, pues, a la bestia con nombre de cifra paciendo al borde de la puerta del cielo y huyó hacia otros sitios más humanos de la ciudad.

Transcurridos diez días de espera, al ver que no aparecía ningún comprador y que el propio amo del hotel se había ofrecido a hacerle de enlace en caso de que saliese un interesado, resolvió abandonar la ciudad. Antes de irse regresó a la oficina ministerial para reclamar los mil francos que, según había sabido después, el Gobierno concedía a los ciudadanos franceses que habían sufrido prisión, exilio o deportación.

Partió de Lille en dirección al sur pasando por París y por buena parte de los pueblos, de paisajes y horizontes que le plantificaban delante de los ojos imágenes desgarradoras de la muerte de sus padres y de su hija. A pesar de la tragedia familiar, no se arrepentía en absoluto de haber escapado bien lejos. El retorno a su ciudad natal le había revelado que el destino que les habría esperado en el caso de haberse quedado, era, aunque parezca mentira, más infernal que la huida con el camión. Al fin y al cabo, sus seres queridos habían muerto de golpe, los tres juntos y sin sufrimientos. Y por lo que a él respectaba, podía muy bien decirse que había vuelto a nacer en una segunda vida en la que, libre de la esclavitud de los campos, había tenido ocasión de trabajar a favor de los más débiles de su raza, una actividad humanitaria de la que podía sentirse orgulloso. En definitiva, sus seres queridos se habían evitado los sufrimientos y la muerte vergonzosa, inhumana de los campos, mientras que él no se había convertido en un herido de por vida, golpeado por el sentimiento

de culpabilidad, de suicidio o de venganza. O aún peor: transformado en una bestia que pace las malas hierbas de las calles en ruinas.

Aparte de sus padres y de su querida hija, el bombardeo alemán se había llevado a otro ser hasta entonces importante en su vida, el Dios de Israel. Más temido y respetado que querido, la familia Silverstein lo invocaba cada dos por tres como si se dirigiesen a un pariente invisible, millonario, todopoderoso. ¿Cómo podía soportar el viudo una ausencia infinita como esa? No son pocos los pensadores que en los últimos siglos han pontificado sobre las consecuencias nefastas que la llamada «muerte de Dios» (sea el de Israel, el de Arabia o el judío crucificado por los romanos) acaba ocasionando al deicida. Sostienen que, entre otros males, el sentimiento de pérdida es tan abismal para los deicidas que la vida y el universo dejan de tener sentido y no distinguen entre el bien y el mal, de modo que acaban metiéndolos en el mismo saco. Si estas teorías son ciertas, hay que admitir que Samuel Silverstein, hijo de Simon, fue una excepción. Si bien en el primer momento de haber reñido al Altísimo en la carretera de Orleans había sufrido una especie de caída libre hacia la nada, pronto tuvo la sensación de haberse desprendido de un lastre y volaba hacia los valles de los Pirineos, donde se tiró de cabeza a salvar a niños perseguidos. Nunca el bien y el mal se le habían revelado tan nítidos e incompatibles.

Llegados a este punto, puede uno preguntarse si la reacción excepcional del viudo Samuel fue favorecida en parte por su origen hebreo, un pueblo peculiar entre las naciones. El propio Yavé, por boca del profeta Balaam, vaticinaba en los años del retorno de Egipto: «He aquí un pueblo que vive aparte». Siglos más tarde, como consecuencia de la diáspora de las comunidades hebreas por todo el mundo, este «vivir aparte» colectivo devino un rasgo peculiar de su carácter individual. Un carácter incómodo, contestatario y rompedor hacia la cultura dominante de los pueblos que los acogían, cosa que puede explicar en parte el antisemitismo. Sabios, artistas y científicos de esta raza han causado devastadores terremotos ideológicos que han hecho temblar los cimientos de la

sabiduría europea de la época. Parece mentira, pues, que el pueblo obsesionado por el monoteísmo, el pueblo que siempre ha seguido fiel a sus creencias y rituales milenarios hasta el punto de que ha hecho el milagro de resucitar una lengua muerta, este mismo pueblo haya dado al mundo los prohombres más contrarios a esta visión de las cosas. Aventureros de las ciencias, de las artes y del comportamiento humano han desbrozado los rincones más tenebrosos del alma. Como si cada hebreo encarnase todas las fantasías y contradicciones de los nacidos de un vientre de mujer. En definitiva, pues, la reacción de Samuel Silverstein en este punto (como también en su voluntad tenaz de salvar niños) no hacía otra cosa que seguir aquella conocida máxima del rabino Hillel: «Allí donde no hay hombres, esfuérzate en serlo tú».

*

Una tarde gris y lluviosa de primavera, el viajero hebreo bajó del tren en la estación de Sent Gironç con la agradable sensación de volver a casa después de una larga ausencia. A pesar de la llovizna que lo recibió en el andén, se levantó el cuello de la gabardina, se caló el sombrero hasta las orejas y se encaminó hacia el centro de la población andando con calma, con una mano en el bolsillo y la otra en el asa de una maleta pequeña. Lucienne lo recibió en el piso de la Petite Rue de Burg en bata de estar por casa y dos besos tibios y fugaces en sus blandas mejillas:

—¡Dónde vas con este tiempo, desdichado! Si me hubieras avisado, habría ido a la estación con el paraguas.

—Tenía ganas de mojarme —dijo él—. Hacía meses que no veía llover.

—Ve a la habitación y cámbiate o cogerás un resfriado.

Encontró la habitación ordenada, con la cama hecha, el lavamanos a punto y la toalla doblada encima de la colcha. Se deshizo de la ropa mojada, se puso otra seca y se presentó en el comedor con dos billetes de veinte francos en las manos que le ofreció a la mujer:

—Estaré once días. Tengo el pasaje para el 28 de abril.

Ella los rechazó:

—¿Crees que esto es una pensión?

—Cógelos, no seas boba. Ahora estoy forrado.

—Guárdatelos para mañana por la mañana. Irás a comprar y así sabrás lo que es hacer cola en la Francia liberada. —Se acercó a la mesa y cogió de encima una especie de cartapacio de tapas doradas—. Tengo una foto de cada uno de los niños que auxiliamos, con su nombre real y la masía que los acogió. La mayoría son copias de la cédula. Las encargué al fotógrafo de la calle Gambetta. Este álbum es para ti.

Samuel le agradeció un obsequio que le había costado trabajo y dinero, y que sin duda le hacía más ilusión a la mujer que a él:

—Lo llevaré al fotógrafo para que te haga una copia. Teniendo los clichés, le será fácil.

—Ten, míralas, hay cuarenta y ocho.

Él dijo:

—No sé si me acordaré de todos. Mirémoslas juntos.

Sentados a la mesa, uno al lado del otro, iban pasando las gruesas páginas, entreteniéndose en cada imagen con comentarios a veces graciosos, a veces más serios, siempre entrañables, todos con final feliz excepto el pequeño Lukas, enterrado deprisa y corriendo al pie de un roble de Artiga. Cualquiera que no los conociese los habría tomado por un matrimonio que hojea un álbum familiar y, como suele pasar en estos casos, era la mujer quien llevaba la voz cantante de los comentarios. Cuando llegaron a la última página, ella cerró el álbum y dijo con contundencia:

—No quiero moverme de aquí. No vuelvas a pedirme que viaje contigo a Palestina. Esta es mi tierra santa. —Se levantó de la mesa y fue a la cocina a preparar la cena.

Él pensó: «Pues quédate aquí con tus muertos».

Uno de esos días de estancia en el pueblo del Salat, Samuel hizo una escapada a Artiga con la intención de despedirse de los españoles, especialmente de Enric, de quien no había tenido noticias desde el desfile triunfal el día glorioso de la liberación de Sent Gironç. Sabía que los suizos habían abandonado la colonia hacía meses y, pese a todo, al encontrarse en el patio del convento

una gallina clueca escarbando la tierra y rodeada por una docena de pollitos, no pudo evitar que lo invadiese una oleada de melancolía. Se la sacudió de encima imaginando que los pequeños que salían de estampida de las aulas y lo recibían con aspavientos de alegría habían pasado un invierno más confortable en Tolosa. En todo el caserón solo estaba la labradora. La mujer le dijo que sus hijos estaban en la escuela del pueblo vecino de Sent Pèire y el marido trabajaba en algún campo de la finca.

—¿Y Enric por dónde para?

La pregunta le trasmudó de golpe la franca sonrisa con que lo había recibido:

—¿No lo sabes? Murió hace tiempo, en octubre pasado —dijo ella. Enseguida le contó que su cuñado había tenido la mala idea de juntarse con una banda de comunistas tarambanas que pretendían liberar España y que había muerto en un enfrentamiento con la Guardia Civil—. Una gran desgracia. Los niños lo adoraban, aún no lo han digerido. Te quedarás a comer, ¿verdad?

Él no lo había previsto; había quedado con Lucienne, que aquella tarde la acompañaría a la sastrería.

—Gracias, Aurora. Pero cogeré el coche de línea del mediodía.

—A Ramon le gustaría verte.

—Pasaré a saludarlo. No debe de estar muy lejos de aquí.

La mujer imploró:

—Quédate, por favor. Tenemos un lío en la familia y no sabemos qué hacer. Nos gustaría conocer tu opinión.

No fue capaz de rehusar la invitación. Mientras esperaban a que el cabeza de familia volviese del campo, la dueña le enseñó dos cartas dirigidas a Enric. El cartero las había llevado en septiembre, cuando su cuñado estaba quién sabe dónde preparándose para la invasión que había de costarle la vida. El empleado de correos explicó que las cartas habían aparecido en un cajón, requisadas por los alemanes, que debían de tener fichado al destinatario como terrorista del maquis. Procedían de Suiza, de una tal Angela Niezond, una de las chicas de la colonia que se

habían escapado a Suiza con la directora Inger en la primavera del 43. Samuel solo la recordaba de un año en que tocó el violín durante la velada del *réveillon*.

—Me duele en el alma por ella —dijo Aurora—. Era una muchacha sensata y trabajadora. Debería saber que Enric no recibió las cartas, por eso no le contestó. ¿Podrías responderle y explicarle la desgracia que nos ha pasado?

—Lo haré, Aurora. No te preocupes.

Cuando Ramon regresó del campo y se sentaron a la mesa, el hombre expuso el lío familiar que Aurora le había anunciado:

—A primeros de junio nos marchamos de Artiga. Al amo le ha salido una oferta millonaria de un potentado de Foish. Al parecer, quiere convertir el convento en una granja de vacas. Quieren instalar un centenar de cabezas, más que los niños de los suizos. Nosotros tenemos aún un año de contrato y en buena lid no nos puede echar. Le hemos pedido mil quinientos francos de indemnización y él lo ha aceptado. Al fin y al cabo, el año que viene nos tendríamos que ir sin cobrar nada.

Así pues, de nuevo debían comenzar desde cero y en otro lugar, de aquí nacía el conflicto familiar. Aurora quería quedarse en Francia, donde los niños tenían un futuro mejor que en España. En una población grande, como por ejemplo Sent Gironç, podrían estudiar el bachillerato mientras Ramon trabajaría en la papelera o en cualquier otra fábrica, o como peón en la construcción. Si convenía, incluso ella podría ganarse un jornal limpiando las casas de los ricos. Pero Ramon había decidido volver a España. Había consultado por carta a una familia de amigos que habían vuelto al pueblo el año anterior y estos le aseguraban que, aunque hubiese sido alcalde republicano y catalanista, los franquistas no lo condenarían a muerte; que una persona como él, a quien no se le podía culpar de ningún delito de sangre, con dos o tres años de prisión bastaría. Y el hombre estaba dispuesto a sacrificarse para volver a casa con sus padres ancianos y recuperar las tierras de la familia. Pensaba también que, si se quedaban en Francia, los niños no serían nunca catalanes.

—Pero los niños... —continuó la mujer—. ¡Menudo lío! El

mayor ha hecho amigos en la escuela de Sent Pèire. El año que viene quiere ir con ellos de todas todas al Lycée de Sent Gironç. Pero al pequeño Rafel no le gusta nada la escuela. Él quiere ser payés, como su padre, y quiere volver a Cataluña. —Tras una pausa, se dirigió al invitado—. Tú, Samuel, que has recorrido mundo, ¿qué nos aconsejas?

Era cierto que había recorrido con el camión todas las carreteras del norte, se había cruzado Francia de punta a punta tres veces con todo tipo de cargas, había dado millones de pasos con el cajón a la espalda, incluso había viajado en barco hasta la pequeña Asia... Sin embargo, eso de recorrer mundo no significa conocerlo. Pero algo tenía que aconsejar a aquella familia de españoles que probablemente solo habían cruzado los Pirineos para establecerse en el pueblo más próximo a la frontera:

—Es difícil decidirlo ahora. Hasta junio todavía tenéis un par de meses para pensarlo. Quizá entonces alguien cambie de opinión y lo veáis más claro... —De golpe, le vino a la cabeza una idea más concreta—. Yo creo que deberíais pensar también en vosotros, no solo en el futuro de los hijos y de Cataluña. No sois viejos, tenéis aún mucha vida por delante...

Aurora lo cortó en seco y con cara de no entusiasmarle mucho la propuesta:

—Lo pensaremos, Samuel. Gracias por el consejo.

Se hizo un silencio incómodo que el invitado rompió empujando la conversación hacia la derrota definitiva de Hitler y la consecuente reconquista de la libertad y la democracia en Europa.

—En todos lados excepto en España —puntualizó Ramon—. Los ingleses y los americanos no tienen ninguna intención de echar a Franco. Les da miedo que su lugar lo ocupen los comunistas. —Y sentenció—: Gane quien gane la guerra, a los catalanes siempre nos toca perder.

Samuel le recomendó paciencia y mencionó el caso de Israel, por si le servía de consuelo:

—A lo largo de dos mil años nos hemos tenido que beber las injusticias como el agua. Todo indica que por fin podremos tener

una nación libre y para nosotros.

—Primero tendréis que luchar contra los ingleses —le advirtió Ramon—. Ahora sabréis de qué pie calzan. Imagino que te volverás a Palestina.

—Sí, naturalmente —dijo él. No quiso confiarles que no lo tenía del todo claro, que antes debía resolver un lío parecido al de ellos. Parecido pero a la vez muy diferente, porque mientras los españoles dudaban si recuperar una tierra y una casa que eran totalmente suyas desde hacía muchas generaciones, y donde los esperaban familiares y amigos del pueblo, en cambio, para él, la tierra de Palestina era completamente nueva y allí solo lo esperaba un profeta reconvertido en rabino.

De vuelta a Sent Gironç con el coche de la tarde, recordó las cartas de Angela Niezond. Se las sacó del bolsillo y ni las sacudidas del coche ni la penumbra del atardecer lo hicieron desistir de leerlas. En la primera carta la chica le pedía disculpas a Enric por haber escapado a Suiza sin despedirse de él. «Tiene que comprenderlo, señor Enric. La directora no nos lo dijo hasta la víspera del viaje y nos hizo jurar que no se lo diríamos a nadie. A última hora intenté ponerme en contacto con usted y su sobrino me dijo que estaba lejos de casa. Yo me habría quedado de buena gana en Artiga, algún día le explicaré por qué motivo. Pero entonces no podía ser, porque, si no escapábamos, la señorita Inger se había comprometido a entregarnos a los alemanes.»

La segunda carta, escrita meses más tarde, tras comenzar suplicándole que diera señales de vida, pasaba a declararle su amor sin rodeos: «El primer verano en Artiga, cuando usted y los albañiles construían las paredes del convento, yo espiaba sus manos, no podía evitarlo. Me gustaba ver cómo cogía una piedra grande con las dos manos, la repasaba para encontrarle el lado bueno y la ponía a dormir en la pared, al lado de las demás, con delicadeza, como si arropase a un bebé. Después, cuando terminaba el trabajo, yo corría a acariciar la piedra, y le juro que por frío que hiciese podía notar aún el calor de sus manos... ¿Se acuerda de aquella tarde en que yo tocaba la *Serenade* de Schubert y usted vino a escondidas y me tapó los ojos con la mano? Aquel

día me dejó ciega para siempre...». En las últimas líneas juraba que no se movería de Suiza hasta que no le diera noticias suyas, y se despedía con los últimos versos que inspirarían el *lied* de Schubert: «Escúchame, amado: temblorosa espero nuestro encuentro. Ven, por el amor de Dios, hazme feliz».

A la mañana siguiente, Samuel respondió por carta las demandas insistentes de aquella amante desventurada. Después de contarle el encargo que Aurora le había hecho y los motivos de la falta de respuesta a sus cartas y de lamentar el sacrificio heroico del señor Enric, que había muerto luchando por la libertad de Cataluña, la informaba de que su amiga Rachel y otros compañeros de Artiga estaban en Palestina trabajando juntos en una comunidad agrícola. Le daba la dirección del kibutz y le aconsejaba que se reuniese con ellos, que era lo mejor que podía hacer. Al releer la carta pensó que no podía engañarla silenciándole un hecho que, por otra parte, ella quizá ya conocía a través de su compañera de Suiza. Añadió, pues, una posdata en que decía que Daniel Grüpner e Yvonne Kraft se habían ido a Estados Unidos, y que, si quería ponerse en contacto con ellos, en la Joint de Barcelona le facilitarían su dirección.

*

Llegó el día esperado y a la vez temido del adiós definitivo a Sent Gironç. El tren no salía hasta pasadas las once de la mañana, así que tenía tiempo de hacer un par de encargos pendientes. Se levantó a las siete y media, como de costumbre, y despojó el colchón de sábanas y mantas, que dejó dobladas encima de la cama con un sobre que contenía dos billetes de cincuenta francos. Lucienne le había dispuesto sobre la mesa el desayuno:

—Yo ya he desayunado —le gritó desde su habitación—. Date prisa, que sin toda la ropa no puedo cerrar la maleta.

Al salir de casa fue directo a la sastrería a recoger los pantalones que había encargado en los primeros días. El hombre le hizo probárselos por última vez:

—Estará muy elegante —le repitió el sastre mientras los

doblaba encima del mostrador—. Tiene buen gusto la señorita Lucienne.

El fotógrafo lo tuvo esperando un buen rato. Se había encerrado en el laboratorio y, cuando finalmente apareció, le vino con que el álbum no estaba listo, que representaba mucho trabajo y no había tenido tiempo de acabar las copias. Y cuando le preguntó si, de todas formas, podía llevarse el álbum, el fotógrafo le dijo que se habían extraviado algunos clichés y los necesitaba para hacer las copias. Dudó si llevárselo o no; de hecho, Lucienne se lo había regalado. No obstante, le sabía mal que la mujer se quedase sin el libro de oro de sus niños. Optó por dejárselo al fotógrafo y se fue a casa con el paquete de ropa por estrenar bajo el brazo.

El rumor del río lo retuvo en la barandilla del puente Viejo, por el lado de la montaña, de cara a los cerros redondeados y lozanos de vegetación, donde tantas veces se había parado a mirar. El agua del río, embalsada por la esclusa que lo cruzaba perpendicularmente se deslizaba lenta, turbia y solemne. Como si, después de mover ruedas de molino y turbinas y de limpiar papeleras, moderase su carrera para coger aire. Se le ocurrió que llevaba más agua el Salat que todos los arroyos del sur de Palestina. Y se preguntó si de verdad él era imprescindible para transformar aquel desierto en la nación rica y próspera de los judíos. Las plantas de cepa que un día se comprometió a salvar se encontraban en buenas manos, a punto de ser trasplantadas en la tierra de Israel, y los de la pandilla de Philippe se las apañaban solos en el kibutz de Beerseba. En aquella comunidad agrícola dominada por jóvenes que trabajaban de sol a sol en labores pesadas y de noche discutían en asambleas interminables en lenguas que no entendía, a menudo había tenido la sensación de que un viejo cansado como él, sin familia y que solo hablaba francés, estorbaba más que otra cosa. Tampoco Philippe lo necesitaba para nada. Para el defecto de la boca, un cirujano de Tel Aviv aseguró que en un par de operaciones o tres podría coserle el labio y el paladar. En realidad, el niño no lo había necesitado nunca. Era una de esas criaturas supervivientes por naturaleza,

incluso con la lacra de la boca. Si las monjas no lo hubiesen recogido en la puerta del orfanato, habría seguido bramando para llamar la atención hasta que algún viandante se hubiese compadecido de él. Y si en el maldito día del bombardeo alemán no se hubiese refugiado en la cabina de su Ford, se habría pegado a cualquier otro adulto o familia de los que huían hacia el Mediodía. En resumidas cuentas, era él, Samuel, quien de verdad lo había necesitado. La aparición del niño en dos de los momentos más trágicos y desesperados de su existencia había sido providencial.

Al llegar al extremo de la esclusa, el agua pausada del Salat se precipitaba por el tobogán, furiosa de espuma sucia. Pensó en la desgracia de haber sufrido dos guerras. En la primera había tenido que luchar durante medio año, escondido como un gusano de tierra bajo las colinas fangosas de Verdún. Entonces era joven y tenía la energía suficiente para resistirlo todo. La mayoría de sus compañeros de unidad se quedaron para siempre sepultados bajo la misma tierra que los protegía de los cañones alemanes. La segunda guerra le quitó a su familia, su casa, su negocio, su derecho a ser ciudadano francés, su dignidad como persona..., todo excepto la vida. Ahora el rabino Jacob pretendía embarcarlo de nuevo en un cargo de responsabilidad en medio de rumores constantes de una futura guerra de Israel contra unos filisteos que aún no quedaba claro quiénes eran. ¿No serán demasiadas guerras para la vida de un hombre?

El silbato estridente de locomotora que resonaba por el lado de la estación lo hizo cambiar de barandilla. En el otro extremo del puente, el agua irritada por la altura de la esclusa recuperaba la calma y corría río abajo dispuesta a recibir nueva energía del Les y a continuar el último tramo de su curso cada vez más llano, consciente de que antes de morir en el Garona aún le quedaban algunos puentes, esclusas y poblaciones dignos de ver. El paso de un auto que lo obligó a arrimarse contra la barandilla le recordó su viaje inminente y se encaminó hacia casa.

Lucienne lo esperaba con la maleta abierta encima de la mesa y los nervios a flor de piel.

—Vamos, dame lo que llevas.

Le entregó el paquete de ropa y la explicación de que la copia del álbum dorado no estaba lista y se la había dejado al fotógrafo. La mujer ya no estaba por él. Hundió el paquete encima de la ropa planchada, cerró la maleta y la sacó de la mesa con brusquedad:

—¡Vete ya! ¡Vete, o vas a perder el tren!

Él no tenía tanta prisa. Dejó la maleta encima de las baldosas, se metió la mano en el bolsillo de la gabardina y le dijo, entregándole un sobre:

—Tengo un regalo para ti. Dentro hay la reserva de un pasaje en barco a Palestina.

La mujer rehusó:

—¡Te dije que no pienso ir!

—Ya lo sé. Es la reserva de mi billete. Te la doy para que la rompas.

Ella no acababa de entenderlo. Tuvo que repetírselo para que se decidiera a extraer la hoja del sobre con dedos temblorosos y la rompiera:

—¿Has aplazado el viaje?

—Nada de aplazarlo. He cambiado de idea. Me quedo.

—Pero ¿qué harás aquí? Ya no quedan niños para salvar —dijo ella suspirando con la voz rota por la emoción. Al notar que se le doblaban las rodillas, se dio la vuelta y fue a sentarse en la silla.

Él se le acercó por detrás y le susurró:

—No hay niños, pero quedamos nosotros dos. —Le pasó el brazo por encima de los hombros y añadió—: Tienes mucho poder, Lucienne. Mucho más del que piensas. Has logrado detener al judío errante.

EPÍLOGO

Este escriba, que hasta ahora ha vertido las palabras sobre el papel como una lluvia de tormenta, se dispone a cerrar el relato con las escurriduras del gran diluvio, sabedor como es de que las últimas gotas sueltas, iluminadas por el fatigado sol a punto de ponerse, despliegan en el cielo todos los colores del arcoíris. En la primavera del año 1945 el déspota Adolf Hitler, que a lo largo de doce años había gobernado con mano de hierro el timón de Alemania, en lugar de entregar la nave cada vez más destrozada a las fuerzas aliadas, se emperró en llevarla hasta al borde del precipicio y despeñarse con ella y los suyos dentro.

Llegado el verano, Samuel tomó por esposa a Lucienne en una ceremonia sencilla ante las autoridades municipales de la nueva República provisional. A ninguno de los dos le apetecía un viaje de novios por una Francia famélica, convaleciente aún de los traumas de la ocupación. Él le pidió que lo ayudase a consumar un deber que tenía pendiente desde hacía cinco años, que él solo no se había sentido animado a cumplir y que le seguía escociendo como un mal crónico. Lucienne lo acompañó al sitio de la carretera de Orleans donde había enterrado a su hija y a sus padres. Metieron los restos en una caja de madera noble y, una vez en Lille, buscaron un rabino y reunieron a las siete personas que le faltaban para completar la ceremonia fúnebre. Por fin pudo dar sepultura a sus seres queridos en el sector judío del cementerio del Sur, al lado de sus abuelos, mientras los diez recitaban juntos la plegaria del Kadish que el maldito día de la desgracia él apenas había iniciado. La rezaron entera, del principio al fin liberador que concluye con la retahíla de deseos: «Que la paz duradera y la vida, la abundancia y la salvación, el consuelo y la seguridad, la salud y la redención, el perdón y la expiación, el alivio y la libertad desciendan del cielo

sobre nosotros y todo el pueblo de Israel. Amén».

La pareja permaneció una semana en Lille, durante la cual Samuel logró vender a un precio razonable el piso familiar y el almacén de transportista. De vuelta en Sent Gironç, él entró como empleado en los almacenes Sentenac & Reich; Lucienne siguió despachando pan en la panadería. Para la mayoría de sus conciudadanos, los Silverstein eran un matrimonio de conveniencia entre un judío viudo del norte de Francia que durante la guerra había tenido que ganarse la vida vendiendo quincalla en el mercado y una solterona quince años más joven que él que había perdido todos los trenes. Los escasos vecinos que conocían la actividad clandestina de la pareja durante la ocupación no la sacaban a relucir nunca en la conversación. Sea porque consideraban que eso de esconder a niños judíos tampoco era nada excepcional, nada que pudiera compararse con los héroes de la Resistencia que se habían jugado la piel, sea porque aquellos años nefastos habían sido una pesadilla que debían olvidar cuanto antes mejor. Justo es decir también que los límites del delito de «colaboración con el enemigo invasor» que los tribunales habían intentado inútilmente definir en los juicios posteriores solían ser muy imprecisos, hasta el punto de que eran muchos los franceses a quienes no les hacía ni pizca de gracia que se ensanchasen mucho, no fuera a ser que ellos también quedasen incluidos. A la pareja de la Petite Rue de Burg ya le parecía bien que los vecinos no los parasen por la calle ni hiciesen aspavientos a propósito de sus sacrificios para proteger a unas criaturas dejadas de la mano de Dios y perseguidas por las autoridades. Las tribulaciones que habían sufrido con Philippe y con el resto de los niños retratados en el álbum de las tapas doradas las recordaban ellos dos en privado de vez en cuando. No obstante, les inquietaba no tener noticias de su situación actual. De las numerosas cartas que en los primeros años Samuel dirigió a Philippe al kibutz de Beerseba solo había recibido respuesta de la primera. Entretanto, seguían con atención apasionada por la radio y por los periódicos las noticias sobre Palestina. El entusiasmo ante el nacimiento del nuevo Israel no podía ocultar la tristeza de una guerra contra los ingleses y

contra los árabes, y la inquietud por sus niños de Palestina.

Transcurrida una docena de años, Rachel Estruga respondía a una carta de Lucienne con noticias tranquilizadoras del grupo de Artiga. Su marido, Helmut Bachenheimer, que había adoptado el nombre de David, había hecho carrera militar y había obtenido condecoraciones muy importantes en la guerra de la independencia. Levy Keller había cursado estudios de rabino y, por lo que se refería a Philippe y a su hermana Carmen, se habían casado y, como no les gustaba el trabajo del kibutz, se habían trasladado a Tel Aviv. Él se había convertido al judaísmo y había adoptado el nombre de Tobías.

La vida de los Silverstein se deslizaba con la placidez y las sacudidas habituales de cualquier matrimonio de su edad. El primer domingo de mes se levantaban de madrugada, sacaban del garaje su Citroën DS y se iban hasta la Val d'Aran a comprar pastís y llenar el depósito de gasolina. Un domingo de verano del año 1962, cuando Samuel ya hacía tiempo que se había jubilado y era Lucienne la que conducía la flamante *déesse* de la carretera, se aventuraron a proseguir el viaje por el interior de España con la intención de visitar a la familia Clotet. Dejaron el coche a la entrada de un pueblo del llano de Lleida, bastante descuidado y sin ningún atractivo especial, pero rodeado de campos de frutales cargados que daba gusto mirar. Las calles estaban desiertas porque era la hora de la misa dominical y todo el mundo estaba en la iglesia, incluso la familia Clotet, que en los años de Artiga solo entraban en la capilla para dar de comer a los conejos. Samuel pensó: «He aquí que los españoles de Franco también han despertado a Dios de la siesta». Ni que decir tiene que los antiguos labradores de Artiga se alegraron mucho de la visita sorpresa. A base de tiempo y de esfuerzo se habían recuperado de la humillación de haber regresado al pueblo como vencidos. Ramon había redimido las penas de republicano y catalanista con tres años de trabajos forzados; su hijo mayor había seguido los estudios en Lleida, donde después se había casado, y el otro, Rafel, un joven robusto y tostado por el sol, se había quedado en casa para trabajar las tierras. Llegada la hora de la despedida, Rafel los acompañó al

coche cargando con una caja de fruta variada que Aurora les había preparado. Cuando hubo descargado la caja en el maletero, les preguntó, en voz baja, como si les confiase un secreto, si por casualidad habían visto por Francia a su tío Enric. Ante sus caras de desconcierto, el chico les reveló sus serias dudas de que hubiese muerto en el maquis. Les contó que a principios de verano del 45 su compañero del maquis, un tal Magí, los llevó al lugar donde había muerto con la intención de darle sepultura en el cementerio de Sent Gironç. Aunque la nieve ya se había fundido no hacía mucho, en el agujero entre las rocas donde él lo había dejado no estaba el cadáver ni ningún resto de ropa ni de huesos que hubiese podido quedar de él. Recorrieron los alrededores y no encontraron el menor rastro. Al final, Magí confesó que en realidad, cuando él se fue, Enric aún no estaba muerto... Rafel sospechaba, pues, que su tío seguía vivo, probablemente en Francia, y que si no se había dejado ver ni había dado señales de vida era por el berrinche que había tenido al saber que su hermano había querido volver a la Cataluña de Franco. El chico estaba seguro de que su tío volvería el día en que Franco no estuviera. Acabó preguntando a Samuel, él que había tratado a Enric y conocía su carácter, qué pensaba de su desaparición. Y Samuel, que conocía la ilusión vivificadora de la espera del Mesías, respondió: «Enric era un joven muy listo que se las apañaba bien. Yo creo que está en Suiza con la chica del violín. ¡Como hay Dios que Enric está vivo!».

En el año 1967, la pareja de ancianos compró un aparato de televisión para poder seguir desde casa las imágenes de la anunciada guerra de todos los países árabes de la tierra contra Israel. La inquietud inicial se desvaneció pronto y al cabo de seis días se consumó una victoria contundente y definitiva de los israelíes, gracias en buena parte a su escuadra de cazabombarderos de fabricación francesa. El hombre no se lo podía creer. Pasmado y aterrorizado al mismo tiempo, se hacía cruces del potencial militar con que se había armado en pocos años el joven y minúsculo país que había de ser modelo de paz y de concordia entre las naciones. Según comentaba un especialista en armamento de la televisión francesa, en la actualidad el ejército de Israel podría él solo

derrotar a la Wehrmacht. Diez meses después, Samuel Silverstein murió a la edad de setenta y ocho años satisfecho de haber vivido con plenitud dos vidas.

Lucienne le sobrevivió veintitrés años en el piso de la calle estrecha. Los primeros años tuvo que soportar las visitas de su hermana de Tolosa, que también había enviudado y que se quejaba de tener que vivir sola los años de vejez. La mujer no dejaba de refunfuñar: «Es normal que tú estés sola, pero yo, que he parido tres hijos...». Y enseguida le insinuaba que vendieran el piso y vivieran las dos en una ciudad importante donde hubiese plazas monumentales y bulevares anchos por los que pasear, con muchas tiendas y entretenimientos. Al ver que no reaccionaba, un día le preguntó si no se sentía muy sola en aquel piso pequeño y oscuro de un pueblo de montaña tan miserable que incluso habían suprimido el servicio de tren de pasajeros. Lucienne respondió: «Si quieres que te sea sincera, solo me siento sola cuando tú vienes». Al día siguiente su hermana se marchó a su gran ciudad y no volvió nunca más.

Encogida por el peso de los años, he aquí que un día llamó a su puerta una joven universitaria de nombre Émilienne que estudiaba la historia de la última guerra de Francia contra los alemanes y, como quería saber más cosas de las que ella había leído en los libros y en los archivos, le preguntó sobre su actividad con los niños judíos. Después de la estudiante llegó un escritor que sacó su nombre y el de Samuel, que en paz descanse, en uno de sus libros; después desfilaron por el piso periodistas, locutores de la radio y de la televisión. La mujer les repetía las mismas historias que había contado a la primera estudiante, y cuando se iban les pedía que le enviasen por correo la página del diario donde saldría la entrevista, o una copia grabada en el caso de la radio y de la televisión. Finalmente, acudieron también las autoridades municipales, regionales y nacionales, que, a base de medallas y de homenajes públicos, convirtieron a la viuda insignificante en un hada salvadora de criaturas perseguidas, una verdadera heroína de la Resistencia a la que vecinos y forasteros admiraban. Mientras, la mujer había empezado a recibir cartas procedentes de Israel y de

otras naciones, como Estados Unidos, Canadá, incluso de Argentina, de donde tuvo noticias de Daniel Grüpner e Yvonne Kraft, dos internos de Artiga que se habían casado y eran propietarios de una finca ganadera de centenares de hectáreas. Los autores de las cartas se presentaban como niños a los que Samuel y ella habían protegido de pequeños, contaban alguna anécdota que recordaban en especial y acababan dándoles las gracias y jurando que nunca los olvidarían. Recibió cartas de la mayoría de los niños del álbum dorado, salvo de Philippe.

Había acumulado tantos papeles y material diverso que la mujer no sabía dónde guardarlo en el orden en que él solía tenerlo. Mientras se dedicaba a ello, la mujer que le hacía limpieza del piso desenterró de debajo de un colchón de la habitación trastero una cajonera pequeña y estropeada. Cuando la anciana vio la caja de *colporteur* se llevó un gran susto, como si se tratase propiamente del sepulcro de su difunto marido. Superada la emoción, pensó que el mueble de diez cajoncitos era el estuche adecuado donde ordenar aquel montón de bonitos recuerdos. Le mandó a la mujer, pues, que limpiase la caja por dentro y por fuera, y la colocase encima de la cómoda del comedor, el lugar más al alcance para ella. En el cajoncito superior guardó su álbum de tapas doradas (la copia de su marido la había metido en su ataúd) y las cartas de agradecimiento de los antiguos niños protegidos. Fue llenando los otros con recortes de diarios, revistas, libros, cintas grabadas, y así hasta el de abajo del todo, que reservó a las medallas, orlas y reconocimientos que ella y su marido, a título póstumo, habían ido recibiendo. La caja de *colporteur*, barnizada, cubierta con un paño bordado y puesta encima de la cómoda, era el sagrario que la anciana visitaba cada día con movimientos lentos y ceremoniosos de sacerdotisa. Contaba los diplomas, repasaba la lista de los niños, sacaba al azar una carta de su sobre y la releía con la misma emoción que el día que la había recibido. Sin embargo, la mujer era consciente de que los años le iban royendo la memoria y se angustiaba imaginando que pronto se quedaría sin ella, y el día en que muriese, los responsables de la Cruz Roja francesa, a la que ella había legado sus bienes, se desharían de los muebles y la caja

acabaría en el mercado de los Encantes o en la hoguera.

Hete aquí que una tarde de otoño, cuando se disponía a cenar y a tomarse la ración de pastillas que le había dejado preparada su cuidadora, sonó el timbre. Por la mirilla vio a un señor de pelo blanco con una chica a su lado. Abrió la puerta dando por sentado que debían de ser de esos visitantes que querían saber cosas de los tiempos añorados de la ocupación alemana. En efecto, los forasteros iban por lo mismo que todos. Los invitó a pasar al comedor y, una vez acomodados en el sofá, reparó en que aquel señor elegante, de unos sesenta años, tenía una cicatriz que el pelo blanco del bigote no ocultaba por completo. Antes de que le planteara la pregunta, el hombre sonrió mostrando con claridad la cicatriz del labio y se presentó: era Philippe. Ahora se hacía llamar Tobías y había ido expresamente de Israel con su hija pequeña para saber cómo Samuel había vivido los últimos años de su vida y visitar su tumba. La anciana no sabía por dónde empezar. Se incorporó con un gran esfuerzo, retiró el manto que ocultaba la caja de *colporteur* y, después de anunciarle que lo más importante que su marido había hecho lo encontraría dentro de los cajoncitos, le reveló que lo había guardado todo con la esperanza de que él un día u otro fuera a buscarla. El hombre abrió ilusionado los pequeños cajones y, al no ver ninguno de los objetos que él recordaba de pequeño, los volvió a cerrar enseguida con muecas de decepción. Al final, se fijó en el cuero clavado en uno de los lados de la caja: era el bolsillo donde Samuel guardaba los documentos personales de *colporteur*. El cuero parecía muy liso, tan pegado a la madera que Lucienne siempre había creído que debajo no había nada. Él hurgó por dentro con los dedos y extrajo un papel viejo. Al desplegarlo apareció el impreso que Samuel había conseguido del juzgado en la época en que había intentado adoptarlo como hijo. Los más de cuarenta años transcurridos no habían planchado del todo las arrugas que sus dedos de jovencito habían dejado en el papel al estrujarlo para lanzárselo a la cara como una piedra. Le pidió el bolígrafo a su hija y, mientras iba rellenando los espacios en blanco, la chica preguntó:

—¿Quién era realmente este Samuel Silverstein? Cuéntamelo

todo.

Él respondió:

—Era mi padre.

Acabó estampando su firma y se lo entregó a la viuda, la cual, después de lo que acababa de ver y de oír, no necesitó las gafas para comprender todo lo que aquel documento significaba para su difunto marido.

La conversación entre los tres fue larga y emotiva. Al acabar, la anciana los acompañó a la puerta con sus andares vacilantes, y cuando finalmente el viejo Philippe hubo desaparecido por la escalera con la caja de su padre atada a la espalda, suspiró: «Ahora ya puedo morir tranquila». De vuelta al comedor, tiró la ración diaria de pastillas a la taza del váter y engulló con desgana la cena fría de cada noche. Dos meses más tarde, a la edad de ochenta y seis años, la viuda Lucienne Silverstein bajaba al sepulcro de su marido a descansar con él en la paz y la placidez de la nada.

FUENTES HISTÓRICAS

Bibliografía

De la numerosa bibliografía que he tenido que consultar para la documentación y redacción de la novela destaco estas obras:

ARASA, D., *Años 40: los maquis y el PC*, Barcelona, Argos Vergara, 1984.

Au temps des colporteurs, Ouvrage collectif de l'Association Patrimoine Souex- Rogalle, Toulouse, Le Pas d'Oiseau, 2019.

CALVET, J., *Les muntanyes de la llibertat*, Barcelona, L'Avenç, 2008.

—, *Huyendo del holocausto*, Lleida, Editorial Milenio, 2015.

DELPARD, R., *L'Armée Juive clandestine en France: 1940-1945,* París, Page après Page, 2002.

DELPLA, C., *La Libération de l'Ariège*, Toulouse, Le Pas d'Oiseau, 2019.

EYCHENNE, E., *Montagnes de la peur et de l'espérance*, Toulouse, Privat, 1980.

—, *Pyrénnées de la liberté. Les évasions par l'Espagne 1939-1945*, Toulouse, Privat, 1998.

GOLDSTEIN, D., *Mitologia jueva*, Barcelona, Edicions de la Magrana, 1991.

RISTORCELLI, F., *Aulus-les-Bains Auschwitz*, Portèth de Garona, Éditions Empreinte, 2017.

SHERRATT, Y., *Los filósofos de Hitler*, Madrid, Cátedra, 2015.

STEIGER, S., *Les enfants du château de La Hille*, Basilea, Brunnen, 1999.

VV. AA., *La Bíblia de Montserrat*, Andorra, Casal i Vall, 1989.

Realidad y ficción

Se trata de un relato novelesco ambientado en una época histórica concreta y, por lo tanto, los personajes principales y hechos concretos que lo protagonizan son, en su mayoría, fruto de la imaginación del autor. Por lo que respecta a personas de carne y hueso con su nombre real, aparecen los siguientes: el comandante alemán Robert Piersig y el capitán de la Gestapo Walter Dreyer, ambos destinados en la guarnición de Beauregard, en Sent Gironç; Pere Cruspinera, delegado de la Joint en Lleida; Samuel Sequerra, delegado de la Joint en Barcelona, y su hermano mellizo Joel; Fagja Rabinovitsh y su marido, Alexander, franceses de origen polaco, y Eduardo Quintela, inspector de policía de Barcelona.

Asimismo, algunos de los hechos novelados se ajustan a actos y situaciones reales recogidos por testigos e historiadores. En este sentido, quiero destacar los siguientes hechos históricos: el ambiente angustiante vivido por maestros y niños judíos en el orfanato suizo del castillo de La Hille (Steiger); la razia de los gendarmes contra los judíos confinados en Aulus el 26 de agosto de 1942 (Ristorcelli); la liberación de Sent Gironç por maquis y resistentes (Delpla); la ruta de los judíos evadidos a España cruzando los collados más elevados de los Pirineos (Eychenne, Calvet); la acogida y el ambiente que los evadidos encuentran en Barcelona (Calvet) y la sorpresa que los maquis se llevaron de los obreros del túnel de Vielha en construcción (Arasa).

Por lo que al marco geográfico se refiere, todos los nombres de poblaciones, ríos, montañas y otros accidentes geográficos se pueden consultar en cualquier mapa de carreteras o de montaña, salvo el monasterio de Artiga y la masía del Pradeth, que son fruto de la imaginación. He preferido emplear la toponimia original occitana en lugar de la denominación oficial, a menudo afrancesada con criterios torpes y poco respetuosos con la lengua del territorio de donde provienen. Al mismo tiempo, corresponden a los planos urbanos los nombres de calles, plazas y edificios históricos de Sent Gironç, Tolosa y Barcelona.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco la información, consejos y otros favores de cariz más personal que hombres, mujeres y entidades me han facilitado generosamente durante el largo proceso de documentación, viajes y caminatas, y la redacción definitiva de la novela.

Vaya mi agradecimiento a Raoul y Mia Casassús, y Jules y Marlen Estaran (Sent Gaudenç), Pierre y Myriam Cambus (Sent Gironç), Marie-Jose Masanés (París), Marc Piquer (Lille), Edmond Raillard (Meylan), Carles Vives y Joan Campeny (Barcelona), Josep Calvet y Manel Gimeno (La Pobla de Segur), Arcadi Castilló (Tremp), Cisco Farràs (Salàs), Montse Filella (Vilanova del Segrià), Silvia Schnessel, Xavier Galindo, Brauli Teixidó y Roser Trepat (Lleida).

Por último, quiero dar las gracias al Musée des Colporteurs de Soueix-Rogalle, el Musée Departamental de la Résistence et de la Déportation de Toulouse, la Maison du Chemin de la Liberté (antigua estación del ferrocarril) de Sent Gironç, la Médiatèque Municipal Gaston Massat de Sent Gironç, la Presó-Museu Camí de la Llibertat de Sort y la Biblioteca Pública de Lleida.

La larga siesta de Dios
Pep Coll

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la portada, José Luis Paniagua
© de la ilustración de las guardas, Óscar Sarramia
© fotografía del autor, archivo familiar

© Pep Coll, 2023
Autor representado por Silvia Bastos, S.L. agencia literaria.
© Raval Edicions, S. L. U., 2023
© de la traducción, Javier Rodrigo Zudaire, 2022

© De esta edición, Editorial Planeta, S. A., 2023
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2023

ISBN: 978-84-08-27003-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!